

r ayer

Colonialismo y neocolonialismo en el mundo árabe contemporáneo

El colonialismo y el neocolonialismo constituyen fenómenos de inmensa importancia histórica. Del mismo modo, los ámbitos árabes son claves para comprender numerosos aspectos de las relaciones internacionales y del mundo contemporáneo. En este dossier se entrecruzan estas problemáticas a través de investigaciones con perspectivas diversas y pluridisciplinares.

124

Revista de Historia Contemporánea

2021 (4)

AYER

124/2021 (4)

ISSN: 1134-2277

**ASOCIACIÓN DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
MARCIAL PONS, EDICIONES DE HISTORIA, S. A.**

MADRID, 2021

EDITAN:

Asociación de Historia Contemporánea
www.ahistcon.org

Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.
www.marcialpons.es

Consejo de Redacción

Director

Juan Luis Pan-Montojo González (Universidad Autónoma de Madrid)

Secretaria

María Pilar Salomón Chéliz (Universidad de Zaragoza)

Subdirectores

Miguel Cabo Villaverde (Universidade de Santiago de Compostela) y
Gloria Espigado Tocino (Universidad de Cádiz)

Vocales

Cristina Borderías Mondéjar (Universitat de Barcelona), Montserrat Duch i Plana (Universitat Rovira i Virgili), Stephen Jacobson (Universitat Pompeu Fabra), Ricardo Martín de la Guardia (Universidad de Valladolid), Ignacio Peiró Martín (Universidad de Zaragoza), José María Portillo Valdés (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea), Ismael Saz Campos (Universitat de València), Susana Sueiro Seoane (UNED)

Coordinadora técnica

María Candelaria Fuentes Navarro (Universidad de Granada)

Consejo Asesor

Carlos Forcadell Álvarez (Universidad de Zaragoza),
Silke Hensel (Westfälische Wilhelms-Universität Münster), Jo Labanyi (New York University), Mirta Zaida Lobato (Universidad de Buenos Aires), Sérgio Campos Matos (Universidade de Lisboa), Xosé Manoel Núñez Seixas (Universidade de Santiago de Compostela), Tomás Pérez Vejo (Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México), Ilaria Porciani (Università degli Studi di Bologna), Juan Pro Ruiz (Universidad Autónoma de Madrid), Pamela Radcliff (University of California, San Diego), Pedro Ruiz Torres (Universitat de València), Renán Silva Olarte (Universidad de los Andes, Colombia), Ramón Villares Paz (Universidade de Santiago de Compostela), Mercedes Yusta Rodrigo (Université Paris 8-Vincennes-Saint Denis)

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea*, en coedición con *Marcial Pons, Ediciones de Historia*, ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0. Fijar nuestra atención en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en esta revista.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista.

Miguel Artola, 1991.

AYER está reconocida con el *sello de calidad* de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) y recogida e indexada en Thomson-Reuters Web of Science (ISI: Arts and Humanities Citation Index, Current Contents/ Arts and Humanities, Social Sciences Citation Index, Journal Citation Reports/ Social Sciences Edition y Current Contents/Social and Behavioral Sciences), *Scopus*, *Historical Abstracts*, *ERIH PLUS*, *Periodical Index Online*, *Ulrichs*, *ISOC*, *DICE*, *RESH*, *IN-RECH*, *Dialnet*, *MIAR*, *CARHUS PLUS+* y *Latindex*



Esta revista es miembro de ARCE

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-18752-22-3

ISSN: 1134-2277

Depósito legal: M. 1.149-1991

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impreso en Madrid

2021

SUMARIO

DOSIER

COLONIALISMO Y NEOCOLONIALISMO EN EL MUNDO ÁRABE CONTEMPORÁNEO

Jorge Ramos Tolosa, *ed.*

<i>Introducción</i> , Jorge Ramos Tolosa	13-23
<i>Acumulación y resistencias en el norte de África y Oriente Medio. Colonialismo, poscolonialismo y neoliberalismo</i> , Ferran Izquierdo Brichs, Laura Feliu Martínez y Blanca Camps-Febrer	25-51
<i>La respuesta al fascismo en Egipto (1930-1948): antifascismo, anticolonialismo y antimperialismo</i> , Laura Galián.	53-79
<i>Mujeres, colonialismo y nacionalismo saharauí: hilvanando historia(s)</i> , Enrique Bengochea Tirado, Juan Carlos Gimeno Martín y Rocío Medina Martín	81-107
<i>Siria: estado residual, complejidad confesional y ostracismo islamista</i> , Naomi Ramírez Díaz	109-133
<i>¿Por qué Palestina-Israel es una cuestión de colonialismo de asentamiento?</i> , Jorge Ramos Tolosa	135-161
<i>Una historia en construcción: resistencias no-violentas al colonialismo en Palestina durante el siglo XX</i> , Diego Checa Hidalgo	163-189

ESTUDIOS

<i>Carlismo transfronterizo en los Pirineos en el siglo XIX. Algunas paradojas del realismo popular</i> , Alexandre Dupont	193-217
--	---------

Sumario

<i>Calle Real, calle Mayor: el comercio moderno en la España de provincias (1860-1936)</i> , Sergio Tomé Fernández....	219-249
<i>Estilos emocionales y censuras culturales. La Sección Femenina en la posguerra</i> , Begoña Barrera.....	251-276
<i>Azúcar y Guerra Fría: Marruecos, entre los Estados Unidos y la dependencia de la producción cubana</i> , Ana Torres García.....	277-305
<i>Un silencio multitudinario: la matanza de Atocha y la contención emocional comunista</i> , Laura C. Cruz Chamizo.	307-329

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

<i>Feminización y remasculinización del catolicismo en España</i> , Alejandro Camino.....	333-346
---	---------

DEBATE

<i>Regímenes fascistas y autoritarios: usos de la historia</i> , Alfonso Botti, Eduardo González Calleja y Teresa María Ortega López	349-374
--	---------

CONTENTS

DOSSIER

COLONIALISM AND NEO-COLONIALISM IN THE MODERN ARAB WORLD

Jorge Ramos Tolosa, *ed.*

<i>Introduction</i> , Jorge Ramos Tolosa.....	13-23
<i>Accumulation and resistance in North Africa and the Middle East: Colonialism, postcolonialism and neoliberalism</i> , Ferran Izquierdo Brichs, Laura Feliu Martínez y Blanca Camps-Febrer	25-51
<i>The response to fascism in Egypt (1930-1948): Anti-fascism, anti-colonialism and anti-imperialism</i> , Laura Galián.....	53-79
<i>Women, colonialism and Sabrawi nationalism: Weaving history and stories</i> , Enrique Bengochea Tirado, Juan Carlos Gimeno Martín y Rocío Medina Martín.....	81-107
<i>Syria: residual State, confessional complexity and Islamic ostracism</i> , Naomi Ramírez Díaz	109-133
<i>Why is Palestine-Israel a question of settler colonialism?</i> , Jorge Ramos Tolosa	135-161
<i>History under construction: Non-violent resistance to colonialism in Palestine during the twentieth century</i> , Diego Checa Hidalgo	163-189

STUDIES

<i>Cross-border Carlism in the Pyrenees in the nineteenth Century: Several paradoxes of popular Royalism</i> , Alexandre Dupont.....	193-217
<i>Royal Street, Main Street: Modern commerce in Spanish provincial cities (1860-1936)</i> , Sergio Tomé Fernández.	219-249

Contents

Emotional styles and cultural censorship: The Sección Femenina de FET-JONS and the Spanish Post-war, Begoña Barrera 251-276

Sugar and Cold War: Morocco's dependency on Cuban production and its relations with the United States, Ana Torres García 277-305

A crowded silence: The Atocha Massacre and communist emotional containment, Laura C. Cruz Chamizo 307-329

BIBLIOGRAPHICAL ESSAY

Feminisation and remasculinisation of Catholicism in Spain, Alejandro Camino..... 333-346

DEBATE

Authoritarian and fascist regimes: uses of history, Alfonso Botti, Eduardo González Calleja y Teresa María Ortega López 349-374

DOSIER

COLONIALISMO
Y NEOCOLONIALISMO
EN EL MUNDO ÁRABE
CONTEMPORÁNEO

Introducción. Colonialismo y neocolonialismo en el mundo árabe contemporáneo

Jorge Ramos Tolosa

Universitat de València
Jorge.Ramos@uv.es

En época contemporánea, el colonialismo y el neocolonialismo han sido fenómenos de enorme importancia histórica. Su estudio en profundidad es fundamental para comprender el sistema-mundo¹, las relaciones internacionales, la construcción y las diferencias entre el Norte y el Sur Global, la economía capitalista o las políticas internas de numerosos territorios durante los últimos siglos. Por mencionar solo una cifra, no puede olvidarse que, a la altura de 1914, colonias y excolonias cubrían casi el 85 por 100 de la superficie terrestre mundial². Entre otros elementos, el análisis académico del colonialismo supone avanzar en el conocimiento de «una fase decisiva del sistema internacional, durante la cual se desarrollaron de manera especial las bases estructurales del sistema internacional contemporáneo»³. Sin embargo, en la historiografía contemporánea española, más allá de investigaciones dedicadas en su mayoría a las antiguas colonias españolas⁴ o de algunos trabajos

¹ Immanuel WALLERSTEIN: *The Modern World-System*, Nueva York, Academic Press, 1974.

² David HUDDART: *Homi K. Bhabha*, Londres-Nueva York, Routledge, 2006, p. 1.

³ José Urbano MARTÍNEZ CARRERAS y Belén POZUELO MASCARAQUE: «La historia de los países afroasiáticos», *Ayer*, 42 (2001), pp. 149-161, esp. p. 152.

⁴ Como el dossier del núm. 109 (2018) de la revista *Ayer*, titulado *La colonización española en el golfo de Guinea: una perspectiva social*, cuyos editores fueron Gonzalo ÁLVAREZ-CHILLIDA y Gustau NERÍN. Asimismo, cabe mencionar los es-

más generales vinculados a las relaciones internacionales⁵, los debates conceptuales y las reflexiones analíticas en torno al colonialismo no han sido abundantes.

De manera similar, el número de investigaciones que giran en torno a categorías derivadas de colonialismo (poscolonialismo, neocolonialismo o colonialidad) tampoco ha sido elevado. Mientras tanto, el concepto de imperialismo, muy utilizado en historia contemporánea, en ocasiones ha sido empleado sin una reflexión previa como sinónimo o casi equivalente a colonialismo. Si, además, se entrecruza colonialismo y neocolonialismo con ámbitos árabes en el periodo contemporáneo, todavía es más reducido el número de estudios que pueden hallarse en esta disciplina⁶. Por todo ello, este dossier pretende aportar conocimientos novedosos, pluridisciplinarios y de significativa trascendencia histórica en estos campos. Asimismo, también trata de abrir algunas líneas de investigación y de debate académico en torno a estas cuestiones, que han marcado y siguen marcando distintas dinámicas internacionales contemporáneas.

En primer lugar, cabe tener en cuenta que el colonialismo y el neocolonialismo son problemáticas históricas extremadamente cambiantes, complejas y poliédricas. Dejando de lado los colonialismos anteriores al periodo contemporáneo⁷, en sus diversas tipologías se entretrejen con fenómenos de una gran variabilidad: cambios políticos, conflictividad social, construcción de culturas políticas, eco-

tudios publicados en la revista *Illes i imperis. Estudis de història de les societats en el món colonial i post-colonial*, editada por el Grup de Recerca en Imperis, Metròpolis i Societats Extraeuropees de la Universitat Pompeu Fabra desde 1998. También las obras dedicadas al Magreb y al Mediterráneo de mayoría árabo-islámico de historiadores como Juan Bautista Vilar, Eloy Martín Corrales o Víctor Morales, entre otros.

⁵ Como los estudios de José Urbano MARTÍNEZ CARRERAS (por ejemplo, *Historia del colonialismo y la descolonización. Siglos XV-XX*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, 1992) o de José Luis NEILA [entre otras, «La “descolonización de las mentes” en el África Subsahariana: identidad y conocimiento social», *Estudios internacionales: Revista del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile*, 162 (2009), pp. 31-61].

⁶ Entre ellos, destacan obras del historiador Antoni SEGURA como *El Magreb: del colonialismo al islamismo*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, 1994.

⁷ Claire L. LYONS y John K. PAPADOPOULOS: *The Archaeology of Colonialism*, Los Ángeles, Getty Research Institute, 2002.

nomía global, golpes de Estado e injerencias, guerras civiles y mundiales, migraciones, nacionalismos y *state-building*, ocupaciones militares o racismos. De esta forma, la inmensidad espaciotemporal, así como la adaptabilidad, heterogeneidad y transversalidad⁸ inherentes al colonialismo, dificultan el establecimiento de una única comprensión del mismo. Debido a factores como estos y a los múltiples significados que comprenden, con frecuencia puede observarse cierta confusión a la hora de entender conceptos fundamentales. Por tanto, antes de analizar otros aspectos historiográficos y presentar los artículos de este dossier, es necesario dedicar un espacio para establecer unas aclaraciones conceptuales sobre las que se pueda trabajar con posterioridad.

El colonialismo contemporáneo puede definirse a través de dos grandes ejes: por un lado, el territorio o la tierra, y, por el otro, la demografía o la población. En primer lugar, el colonialismo, estrechamente ligado a la expansión del capitalismo, está basado en el control, la explotación, la injerencia y la ocupación del territorio o la tierra, por lo general de fuera de Europa. En segundo lugar, también se fundamenta en la dominación, la explotación o la sustitución de su población autóctona, en su mayoría no blanca, a manos de Estados, individuos o instituciones metropolitanas o movimientos de colonos. Se trata de una relación asimétrica entre el agente colonizador y el colonizado, consecuencia de una imposición realizada a través de la fuerza, que comporta la ausencia de soberanía alimentaria, cultural, económica, epistémica y política del territorio y de la población colonizada. Estos procesos del colonialismo suponen, si se utiliza el triángulo de la violencia de Johan Galtung, formas de violencia directa, estructural y cultural⁹. Por lo general, el colonialismo se ha justificado a través de supuestos derechos económicos, históricos, religiosos, de «misión civilizadora» o de necesidad de «civilizar la barbarie». En ocasiones, también se ha aludido a lo que fue calificado por Rudyard Kipling como la «carga

⁸ Glòria CANO y Ana DELGADO (eds.): *De tartessos a Manila: siete estudios coloniales y poscoloniales*, València, Publicacions de la Universitat de València, 2008, p. 9.

⁹ Johan GALTUNG: *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos visibles e invisibles de la guerra y la violencia*, Gernika, Bakeaz-Gernika Gogoratuz, 2003, e íd.: «La violencia cultural, estructural y directa», *Cuadernos de estrategia*, 183 (2016), pp. 147-168.

del hombre blanco»¹⁰. El territorio colonizable se concebía como una *terra nullius* o como una tierra baldía, desértica o vacía que estaba abierta a la colonización¹¹.

Pueden distinguirse diversas formas de colonialismo, que a su vez cuentan con variaciones internas. Por un lado, puede diferenciarse el colonialismo externo o exocolonialismo y el colonialismo interno o endocolonialismo¹². Por otro, es relevante la distinción entre colonialismo de metrópoli (uno de cuyos principales paradigmas es el del Raj británico en la India de entre 1858 y 1947), frente al colonialismo de asentamiento o poblamiento (dentro del que se diferencia el de plantación étnica, como el del movimiento bóer en Sudáfrica, o el de asentamiento puro, como el del movimiento sionista en Palestina)¹³. Si bien tanto el colonialismo de metrópoli como el de asentamiento comportan los elementos definidos en los párrafos anteriores, el colonialismo de asentamiento agrega otras dinámicas distintas a las del colonialismo de metrópoli y se concentra en otras diferentes. Sobre todo, en que el objetivo fundamental del colonialismo de asentamiento es la creación en el territorio colonizado de una sociedad o patria propia que supone el desplazamiento, la exclusión, la sustitución y/o la eliminación de la población nativa o de su mayor parte. Cabe subrayar que, aunque el marco explicativo del colonialismo de asentamiento no supone un paradigma nuevo, tras la obra *Settler Colonialism* (1999) del académico australiano Patrick Wolfe¹⁴, el colonialismo de asentamiento se ha ido consolidando como un campo de estudio específico. De manera paulatina, este cuenta cada vez con más especialistas y publicaciones¹⁵, como es el caso de la revista *Settler Colonial Studies*.

¹⁰ Rudyard KIPLING: «The White Man's Burden», *The Times*, 4 de febrero de 1899.

¹¹ Jorge RAMOS TOLOSA: «Un país de desolación, sílices y cenizas». El mito de Palestina como tierra virgen en el discurso sionista», *Historia Social*, 78 (2014), pp. 117-134.

¹² Paul VIRILIO y Sylvère LOTRINGER: *Pure War*, Nueva York, Semiotext(e), 1997 (1.ª ed., 1983), y Paul VIRILIO: «The Suicidal State», en James DER DERIAN (ed.): *The Virilio Reader*, Malden, Blackwell, 1998, pp. 29-45.

¹³ Gabriel PITERBERG: «Colonos y sus Estados», *New Left Review*, 62 (2010), pp. 108-117.

¹⁴ Patrick WOLFE: *Settler Colonialism and the Transformation of Anthropology: The Politics and Poetics of an Ethnographic Event*, Londres, Cassell, 1999.

¹⁵ Frederick COOPER: *Colonialism in Question: Theory, Knowledge, History*,

Aunque en todas las formas de colonialismo es innegable la existencia de una lógica y de una identidad binaria entre el actor colonizador y el colonizado, cuya separación o línea abismal¹⁶ es difícilmente separable del racismo, también deben tenerse en cuenta fenómenos más difusos e híbridos. Precisamente si se atiende a conceptos como estos, se puede realizar una aproximación a los estudios poscoloniales. Por regla general se considera que, precedidos por escritos de autores como los afrocaribeños Aimé Césaire y Frantz Fanon, además de los del intelectual nigeriano Chinua Achebe¹⁷, los estudios poscoloniales fueron inaugurados por la obra *Orientalismo*¹⁸, del intelectual palestino-estadounidense Edward Said.

Con todo, el concepto de «poscolonialismo», así como las teorías y los estudios poscoloniales en las que se sustentan diversas perspectivas de los artículos de este dossier, no aluden aquí a un supuesto periodo histórico posterior al colonialismo, a las descolonizaciones o a las independencias de la mayor parte de los países afroasiáticos. En este contexto y en sentido amplio, «poscolonialismo» se refiere a unas perspectivas pluridisciplinares o interdisciplinares de análisis, a unas corrientes de pensamiento y a unas epistemologías surgidas en las últimas décadas del siglo XX en el Sur Global. En su núcleo está el cuestionamiento del punto de vista eurocéntrico de múltiples análisis y disciplinas. Sobre todo en sus inicios, numerosos estudios poscoloniales se centraron en el análisis del discurso, en un contexto de discusión y préstamos con el posestructuralismo, el posmodernismo y la historia de las relaciones de género. Del mismo modo, también han sido fundamentales los trabajos que han insistido en la necesidad de agencias, conceptos, narrativas y representaciones propias, así como en la diversidad de los

Berkeley, University of California Press, 2005; Lorenzo VERACINI: *Settler Colonialism: A Theoretical Overview*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010, y Edward CACANAGH y Lorenzo VERACINI (eds.): *The Routledge Handbook of the History of Settler Colonialism*, Londres-Nueva York, Routledge, 2017.

¹⁶ Boaventura DE SOUSA SANTOS y María Paula MENESES (eds.): *Epistemologías del Sur (perspectivas)*, Madrid, Akal, 2014, pp. 21-66.

¹⁷ Ali SALAMI y Bamshad HEKMATSHOAR TABARI: «Things Fall Apart and Chinua Achebe's Postcolonial Discourse», *International Journal on Studies in English Language and Literature*, 6, 3 (2018), pp. 19-28.

¹⁸ Edward W. SAID: *Orientalismo*, Barcelona, Debolsillo, 2003 (1.ª ed., 1978).

conocimientos, sujetos y territorios marcados o relacionados con los procesos coloniales.

El gran desarrollo de los estudios poscoloniales llegó a partir de la década de 1980. Estos puntos de vista poscoloniales se extendieron a numerosos campos de estudio: en especial a la antropología social y cultural; a la ciencia política; a los estudios culturales, étnicos y de género; a la filología; a la filosofía; a la historia; a la psicología social, o a la sociología. Este avance en la década de 1980 fue sobre todo de la mano de autoras y autores de la India, vinculados en mayor o menor medida al Grupo de Estudios Subalternos fundado por Ranajit Guha. En este sentido, por ejemplo, se encuentra Homi Bhabha¹⁹, Chandra Talpade Mohanty²⁰, Gayatri C. Spivak²¹ y, más tarde, autores como Dipesh Chakrabarty²². Si se retorna a la importancia de la década de 1980 en los estudios poscoloniales y se viaja fuera de la India, no puede dejarse de lado el trabajo del filósofo y profesor congoleño Valentin-Yves Mudimbe²³, considerado el equivalente a Edward Said de los estudios africanos²⁴. Además, desde mediados de la década de 1990 se han publicado revistas académicas centradas en lo poscolonial como *The Journal of Commonwealth and Postcolonial Studies* (a partir de 1993), *Jouvert: Journal of Postcolonial Studies* (desde 1997), *Postcolonial Studies e Interventions: International Journal of Postcolonial Studies* (ambas a partir de 1998-1999) o *Journal of Postcolonial Writing* (desde 2005).

A partir de la década de 1990, desde América Latina empezaron a desarrollarse categorías, debates y estudios que, si bien en cierta medida bebían de los estudios poscoloniales de la India, reivindicaban su perspectiva propia y su conocimiento situado. En

¹⁹ Homi BHABHA: *The Location of Culture*, Londres-Nueva York, Routledge, 1994.

²⁰ Chandra Talpade MOHANTY: «Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses», *Boundary 2*, 12, 3 (1984), pp. 333-358.

²¹ Gayatri C. SPIVAK: «Can the Subaltern Speak?», en Cary NELSON y Lawrence GROSSBERG (eds.): *Marxism and the Interpretation of Culture*, Londres, Macmillan, 1988, pp. 271-313.

²² Dipesh CHAKRABARTY: *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

²³ Valentin-Yves MUDIMBE: *The Invention of Africa. Gnosis, Philosophy and the Order of Knowledge*, Bloomington, Indiana University Press, 1988.

²⁴ Ali A. MAZRUI: «The Re-Invention of Africa: Edward Said, V. Y. Mudimbe, and Beyond», *Research in African Literatures*, 36, 3 (2005), pp. 68-82.

este contexto, algunos de los conceptos clave fueron los de colonialidad y decolonialidad. La primera categoría, acuñada por Aníbal Quijano, hace énfasis en fenómenos y dinámicas que van más allá del colonialismo o lo colonial como se había entendido tradicionalmente. Se insistía en el patrón de poder colonial global establecido tras 1492 y en la matriz colonial de poder, en la jerarquización racial, en el racismo sistémico y en la violencia epistémica. Y todo ello tanto en las colonias como en las metrópolis y no solo durante la realidad colonial *de iure*, formal o teórica, es decir, antes de las «descolonizaciones», sino también después. Esta categoría puede ser entendida como colonialidad del poder²⁵, del saber²⁶ y del ser²⁷. Del mismo modo, la idea de colonialidad es inseparable de la de modernidad. Como explicó el semiólogo argentino Walter D. Mignolo, «la “modernidad” es una narrativa europea que tiene una cara oculta y más oscura, la colonialidad. En otras palabras, la colonialidad es constitutiva de la modernidad: sin colonialidad no hay modernidad»²⁸.

Por su parte, el concepto de neocolonialismo por lo general es atribuido al líder ghanés y panafricanista Kwame Nkrumah. El propio contexto en el que fue acuñado explica en gran medida su significado: el de las independencias de numerosos territorios africanos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Nkrumah consiguió que neocolonialismo apareciese en el preámbulo de la Carta de la Organización para la Unidad Africana de 1963 y formó parte del título de su texto *Neo-Colonialism, the Last Stage of Impe-*

²⁵ Catherine WALSH, Freya SCHIWY y Santiago CASTRO-GÓMEZ (eds.): *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar y Abya Yala, 2002.

²⁶ Edgardo LANDER (comp.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-UNESCO, 2003.

²⁷ Nelson MALDONADO-TORRES: «Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto», en Santiago CASTRO-GÓMEZ y Ramón GROSFUGUÉL (eds.): *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, Bogotá, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos de la Universidad Central-Instituto Pensar-Siglo del Hombre Editores, 2007, pp. 127-167.

²⁸ Walter D. MIGNOLO: «La colonialidad: la cara oculta de la modernidad», en Stephen TOULMIN: *Cosmópolis: el trasfondo de la modernidad*, Barcelona, Península, 2001, pp. 39-49, esp. p. 39.

rialism, de 1965²⁹. Lógicamente, este término, vinculado a la teoría de la dependencia, lo utilizó y es empleado para describir las dinámicas coloniales, dominación e injerencia que perduran después de la independencia formal.

En el contexto contemporáneo, el concepto de imperialismo, según explicó Edward Said, se distingue del de colonialismo en que el primero está más relacionado con la teoría, el impulso ideológico, la idea metropolitana y los discursos de expansión y dominación de un territorio distante. Mientras tanto, colonialismo se referiría más bien a la práctica, al establecimiento de estructuras coloniales y a la implantación de asentamientos³⁰.

Por otra parte, los estudios árabes contemporáneos son el otro gran eje de este dossier. Como se ha indicado, las publicaciones y líneas de investigación que conectan esta disciplina académica con el colonialismo-neocolonialismo y la historiografía española son reducidas. Igualmente, según Bernabé López García, salvo algunas excepciones, «los historiadores españoles han vivido de espaldas a los temas relacionados con los mundos árabe e islámico»³¹. Por ello, es fundamental avanzar en conocimientos que con frecuencia han quedado en un lugar secundario o en compartimentos estancos. De manera casi telegráfica y sin ninguna pretensión de exhaustividad, antes de presentar los artículos de este dossier cabe introducir algunos aspectos de la historia de los estudios árabes contemporáneos en la academia española. En este ámbito, se puede considerar que los primeros pasos de esta disciplina académica con carácter propio se sitúan en la segunda mitad de la década de 1960. A partir de ese momento, con distintas variantes, se fue dejando atrás el «orientalismo periférico» y el «ensimismamiento andalusista»³², ligado a revistas como *Al-Ándalus* (1933-1978). En las décadas de 1970 y 1980 se consolidó y expandió la disciplina investigando numerosas cues-

²⁹ Kwame NKRUMAH: *Neo-Colonialism, The Last Stage of Imperialism*, Londres, Thomas Nelson & Sons Ltd., 1965.

³⁰ Edward W. SAID: *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 2001 (1.ª ed., 1993), p. 43.

³¹ Bernabé LÓPEZ GARCÍA: «30 años de arabismo español: el fin de la algomografía científica (1967-1997)», *Awraq*, 18 (1997), pp. 11-48.

³² *Ibid.*, e íd.: «Orientalismo y traducción en los orígenes del arabismo moderno en España», en Gonzalo FERNÁNDEZ y Manuel C. FERIA (eds.): *Orientalismo, exotismo y traducción*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, pp. 153-172.

tiones contemporáneas, tales como las relaciones entre España y los países de mayoría árabe o distintos fenómenos culturales, económicos, políticos y sociales árabes.

En este periodo surgió una nueva generación de arabistas vinculados en gran medida a las universidades de Barcelona, Granada, Autónoma de Madrid y Complutense. En especial, desde el nuevo departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Autónoma de Madrid se empezó a trabajar en los estudios árabes contemporáneos, sobre todo de manera pluridisciplinar haciendo hincapié en la literatura y en las ciencias sociales. Además, en 1978, desde el Instituto Hispano-Árabe de Cultura (más tarde Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe), se creó la revista *Awraq*, referente de los estudios árabes contemporáneos en España durante varias décadas.

A partir de la década de 1990 se multiplicaron las tesis doctorales, las obras de síntesis generales relacionadas con la historia contemporánea del mundo árabe e islámico³³ y las personas especialistas en los estudios árabes contemporáneos. Algunas de ellas forman parte de este dossier. Trabajaron ámbitos diversos —sobre todo Marruecos y, en menor medida, el Sáhara Occidental y otros territorios— y procedieron de distintas disciplinas académicas de las ciencias sociales y humanas. Durante la última década del siglo XX también se creó el Foro de Investigación del Mundo Árabe y Musulmán (FIMAM), una red de colaboración científica e informativa sobre el mundo árabe e islámico. Impulsado por personas que se dedicaban a la investigación de estas cuestiones, desde 1995 ha celebrado reuniones y congresos periódicos, convirtiéndose en un referente académico de los estudios árabes e islámicos en España. De manera similar, dos años antes se había establecido

³³ Solo en 1997 se publicaron tres de las más relevantes: Bernabé LÓPEZ GARCÍA: *El mundo arabo-islámico contemporáneo*, Madrid, Síntesis, 1997; Pedro MARTÍNEZ MONTÁVEZ: *El reto del islam. La larga crisis del mundo árabe contemporáneo*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, y Antoni SEGURA I MAS: *El món àrab actual*, Vic, Eumo Editorial-Universitat de Girona-Universitat de Vic, 1997. Dos años después se publicó la obra de Gema MARTÍN MUÑOZ: *El estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*, Barcelona, Bellaterra, 1999, y ya a comienzos del siglo XXI, los libros de Antoni SEGURA I MAS: *Más allá del islam. Política y conflictos actuales en el mundo musulmán*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, e ÍD.: *Aproximación al mundo islámico. Desde los orígenes hasta nuestros días*, Barcelona, UOC, 2002.

la Sociedad Española de Estudios Árabes (SEEA), una «asociación científica [...] que agrupa a profesores e investigadores interesados en el desarrollo, promoción y difusión de los estudios árabes en España»³⁴. Entre otras actividades, la SEEA convoca premios de investigación y otras distinciones. Por otra parte, en la actualidad existen diversos departamentos universitarios en España de estudios árabes, islámicos, orientales y semíticos³⁵. También cabe destacar la labor del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM), grupo de investigación de la Universidad Autónoma de Madrid vinculado a numerosas personas y a múltiples proyectos de investigación desde la década de 1990. Entre sus producciones más destacadas se encuentra la *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos (REIM)*³⁶, publicada desde el año 2007, y el Observatorio Electoral TEIM. La mayor parte de las personas que escriben en este dossier han participado en estos foros, grupos, proyectos o talleres.

En último lugar, cabe realizar una breve presentación de los artículos que componen este dossier. *Colonialismo y neocolonialismo en el mundo árabe contemporáneo* ofrece diversas investigaciones históricas realizadas por académicas y académicos formados y/o que trabajan en universidades españolas. Incluye análisis novedosos, pluridisciplinarios y de gran relevancia histórica y actual en torno a cuestiones cuya intersección ha sido, por lo general, poco estudiada en la historiografía contemporaneísta española.

En el primer artículo, obra de Ferran Izquierdo, Laura Feliu y Blanca Camps-Febrer, se analiza el entrecruzamiento de fenómenos tanto externos como internos en distintas movilizaciones sociales en ámbitos de mayoría árabe a partir del siglo XIX y desde la perspectiva de la sociología del poder. Por su lado, en el segundo artículo Laura Galían Hernández estudia la respuesta al fascismo del marxismo egipcio entre 1930 y 1948, así como su articulación con

³⁴ <http://www.estudiosarabes.org/queeslaseea>.

³⁵ En la Universidad Autónoma de Madrid, Universidad Complutense de Madrid o Universidad de Granada como departamentos específicos, además de varias áreas de conocimiento en universidades como la de Alicante-Alacant, Barcelona, Cádiz, Jaén, La Laguna, Málaga, Murcia, Oviedo-Uviéu, Pablo de Olavide, Sevilla, València o Zaragoza. En la Universitat Autònoma de Barcelona se encuentra un departamento de Traducción, Interpretación y Estudios del Asia Oriental.

³⁶ <https://revistas.uam.es/index.php/reim/index>.

el anticolonialismo y el antimperialismo para incorporar estas experiencias a la historia global o transnacional del antifascismo. El tercer artículo, cuya autoría corresponde a Enrique Bengochea Tirado, Juan Carlos Gimeno Martín y Rocío Medina Martín, se sitúa en el marco del colonialismo español tardío en el Sáhara Occidental y aborda la transformación de las vidas de las personas saharauis y la imposición de intereses culturales, económicos y sociales metropolitanos a través de intervenciones coloniales en el sistema sexo-género desde la historia, la antropología y el feminismo descolonial. Por otro lado, el cuarto artículo, obra de Naomí Ramírez Díaz, indaga en el aprovechamiento de las diferencias confesionales por parte del mandato francés de Siria para afianzar su dominio colonial, así como en el surgimiento de un islam político relacionado con la injerencia europea y la radicalización de algunos de sus elementos políticos. En el quinto artículo, de Jorge Ramos Tolosa, se cuestionan ciertos marcos hegemónicos en la explicación histórica de Palestina-Israel, se expone el paradigma del colonialismo de asentamiento para comprender esta cuestión y se debaten algunos de sus elementos explicativos. Por último, continuando en Israel-Palestina, el sexto artículo de Diego Checa Hidalgo estudia dinámicas de resistencia no-violenta que la población palestina ha puesto en práctica como respuesta al colonialismo, sobre todo en dos momentos de gran intensidad: la Gran Insurrección Árabe entre 1936 y 1939, y la Intifada de 1986-1990.

*Acumulación y resistencias en el norte de África y Oriente Medio. Colonialismo, poscolonialismo y neoliberalismo**

Ferran Izquierdo Brichs

Universitat Autònoma de Barcelona
ferran.izquierdo@uab.cat

Laura Feliu Martínez

Universitat Autònoma de Barcelona
laura.feliu@uab.cat

Blanca Camps-Febrer

Universitat Autònoma de Barcelona
blanca.camps@uab.cat

Resumen: En este artículo analizamos el entrelazamiento de factores externos e internos en las movilizaciones sociales en la región de Oriente Medio y el Norte de África desde el siglo XIX, cuando la región queda definitivamente subsumida a los procesos de modernización económica y política mundiales. El impacto de la influencia exterior depende directamente de su relación con el peso de los recursos de poder en cada momento: la tierra, el Estado moderno, la coacción, la industrialización o la financiación. Un seguimiento de estos recursos nos permite ver la evolución del poder y sus elites, así como de las respuestas populares. En nuestro análisis adoptaremos una perspectiva histórica de la sociología del poder.

Palabras clave: movilización social, MENA, colonialismo, poscolonialismo, neoliberalismo.

* Artículo realizado en el marco del proyecto de investigación dirigido por la Dra. Laura Feliu Martínez y el Dr. Ferran Izquierdo Brichs: «Dinámicas y actores transnacionales en Oriente Medio y Norte de África (MENA): una genealogía histórica de elites y movimientos sociales entre lo local y lo global», Ministerio de Economía y Competitividad, Agencia Estatal de Investigación (AEI) y Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), HAR2016-77876-P.

Abstract: In this article, we analyse the intertwining of external and internal factors affecting social mobilisation in the Middle East and North Africa. We begin in the nineteenth century, when the region became definitively subsumed into a global economy and undertook the process of political modernisation. The impact of the external influence depends directly on the weight of the resources of power at any given time: land, the modern state, coercion, industrialisation, or finances. Monitoring these resources allows us to see the evolution of power and elites, as well as popular responses. In our analysis, we will take a historical perspective of the sociology of power.

Keywords: social mobilisation, MENA, colonialism, post-colonialism, neoliberalism.

Introducción

La mundialización del capitalismo y del poder, a medida que avanzaba la influencia colonial moderna, tuvo consecuencias directas en la movilización social de la población por una mejora en sus condiciones de vida. Nuestra intención es analizar algunos de los factores externos e internos en las causas de las movilizaciones sociales en la región de Oriente Medio y el Norte de África (en adelante, MENA) desde el siglo XIX, cuando la región quedó definitivamente subsumida a los procesos de modernización económica y política mundiales, hasta la actualidad. En ocasiones la influencia exterior en las tensiones es muy evidente, como en la lucha anticolonial, y en otras es más sutil, como en las protestas de los años ochenta vinculadas con la aplicación de los planes de ajuste estructural dictados por las instituciones financieras internacionales. En la actualidad es casi imposible analizar estas sociedades, su configuración del poder (político, económico, informativo, etc.) y sus tensiones sin tener en cuenta que forman parte de un sistema global.

El impacto de la influencia exterior depende directamente de su relación con los principales recursos de poder en cada momento. Nosotros centraremos la atención en la tierra, la industrialización, la coacción, el Estado moderno y la financiación, lo que nos permite ver la evolución del poder y sus elites, y también las respuestas populares. En nuestro análisis adoptaremos una perspectiva histórica de la sociología del poder, para lo cual debemos tener en cuenta a los actores implicados, los recursos de que disponen, las

relaciones que establecen, la estructura en la que se mueven y también las ocasiones en las que los movimientos sociales consiguen expresar sus necesidades en términos de mejora de las condiciones de vida y producir cambios más o menos revolucionarios.

Este tipo de análisis en la mayoría de los casos se ha afrontado desde el marxismo. La perspectiva marxista, aunque imprescindible para el análisis, nos plantea, sin embargo, problemas por sus limitaciones economicistas y deterministas. Marx entendía el desarrollo como una evolución positiva que cuando es frenada genera revoluciones sociales y se basaba en la visión de las relaciones de producción como motor de la historia. Sin embargo, si en vez de la producción nos basamos en el «poder» en cualquiera de sus formas no solo el determinismo desaparece, sino que también se pueden explicar los largos periodos en los que las relaciones de producción que frenan el desarrollo no solo no provocan revoluciones, sino que aumentan el poder de las elites dominantes. El neoliberalismo sería uno de estos periodos en el sistema global¹.

El análisis marxista —seguimos en este caso a Gilbert Achcar—² plantea que las revoluciones se generan por la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Un modo de producción se ha ido desarrollando de manera progresiva, pero las nuevas elites no están dispuestas a ceder su poder a las nuevas clases sociales que se han desarrollado en paralelo, por lo que el conflicto es inevitable³. Y según Achcar, esta contradicción se produce en la región de Oriente Próximo⁴, por lo que el análisis se debe centrar en esta contradicción y su complejidad, que abarca tanto factores económicos como políticos locales, regionales e internacionales. Sin embargo, como comentábamos, si tenemos en cuenta no el desarrollo ni el crecimiento, sino la acu-

¹ COMISIÓN MUNDIAL SOBRE LA DIMENSIÓN SOCIAL DE LA GLOBALIZACIÓN: *Por una globalización justa: crear oportunidades para todos*, Ginebra, International Labor Office, 2004.

² Gilbert ACHCAR: *The People Want: A Radical Exploration of the Arab Uprising*, Berkeley, University of California Press, 2013, p. 114.

³ Nikki R. KEDDIE: *Debating revolutions*, Nueva York, New York University Press, 1995.

⁴ Nuestras referencias a Oriente Próximo abarcan una región amplia desde el Norte de África hasta Oriente Medio, la región MENA (*Middle East and North Africa*) en la literatura anglosajona.

mulación de poder en forma de capital, pero también de control sobre el Estado y sobre otros recursos como la población, la coacción o la información, podemos llegar a conclusiones contrarias:

En primer lugar, la contradicción entre el desarrollo de fuerzas productivas y las relaciones de producción hace crecer la desigualdad social, lo que favorece la acumulación en algunas élites a pesar de que pueda generar crisis en el sistema o de que el producto total disminuya.

En segundo lugar, esta mayor acumulación de poder refuerza a las élites, por lo que su capacidad de respuesta a revueltas y competidores dependerá de otros factores relacionados con el régimen y los recursos de poder que controla⁵, y el éxito o fracaso de la revolución no estarán determinados por las relaciones de producción.

En tercer lugar, en los países de la periferia del sistema global esta contradicción es producto también de la posición de estas economías-sociedades-Estados en el sistema-mundo, por lo que, por una parte, tanto el desarrollo de fuerzas productivas como las relaciones de producción, y, sobre todo, las relaciones de poder, deben ser analizadas dentro del sistema global, y, por otra, las élites están reforzadas gracias a sus alianzas con las élites del centro del sistema.

En cuarto lugar, las transformaciones de *longue durée* en el sistema se producen, sobre todo, por la aparición y desarrollo de nuevos recursos en los procesos de acumulación de poder⁶, no solo de capital. Esto genera transformaciones en el sistema, en las relaciones de poder y en las élites. En la actualidad, con la preponderancia de capital, corporación y Estado-potencia como recursos de poder, debemos hablar de sistema global, con relaciones basadas en el neoliberalismo, y de unas élites globales capaces de competir en dicho sistema. Lo que sitúa a la mayoría de élites políticas y económicas estatales en una posición secundaria.

Por último, la realidad del sistema global conlleva que los cambios que se producen en un sistema doméstico difícilmente pueden

⁵ Véase Laura FELIU y Ferran IZQUIERDO BRICHS: «Estructura de poder y desafíos populares. La respuesta del régimen marroquí al movimiento 20 de febrero», *Revista de Estudios Políticos*, 174 (2016), pp. 195-223.

⁶ Para un mayor desarrollo de este análisis véase Ferran IZQUIERDO BRICHS y John ETHERINGTON: *Poder global. Una mirada desde la sociología del poder*, Barcelona, Bellaterra, 2017.

entrar en contradicción con los procesos de acumulación global, por lo que, cuando ocurren, se limitan a una sustitución de elites y, como mucho, a una modificación en las formas de llevar a cabo su función en el sistema, pero no en la función en sí. Los cambios que se producen en el centro se transmiten a la periferia en forma de «revolución pasiva» que puede adoptar la forma de cesarismo o *trasformismo*⁷, ya que no son transformaciones provocadas por las fuerzas populares.

Este artículo se estructura en cuatro apartados que siguen la evolución de una serie de recursos que consideramos fundamentales para entender la historia social de la región MENA: la tierra, la coacción y la violencia, el Estado y el control financiero. Estos recursos y su importancia se abordan cronológicamente en tres grandes periodos que están conectados entre sí y ofrecen tanto diferenciaciones como continuidades. En primer lugar, abordamos el periodo precolonial y colonial. El siglo XIX y principios del XX constituyen el momento de penetración de las relaciones de producción capitalistas en la región y también de creciente influencia de las elites exteriores. Desde el punto de vista de las relaciones de producción, el protectorado amplía e intensifica procesos necesarios para el avance del modo de producción capitalista como modo global de producción y acumulación. Los territorios colonizados cumplen una función útil para la acumulación en el centro del sistema: proveer de tierras (para la agricultura destinada al mercado y más tarde para la colonización), de población (mano de obra, soldados), materias primas y capital (por ejemplo, generando nuevos mercados o a través de la deuda).

En el segundo periodo —el de las independencias—, por una parte, las elites de los gobiernos no pueden escapar a su función en el sistema global, por lo que a pesar de haber luchado por la

⁷ «*Trasformismo* sirve para cooptar a potenciales líderes de grupos sociales subalternos. Por extensión, *trasformismo* puede servir como estrategia de asimilación y domesticación de ideas potencialmente peligrosas, adaptándolas a las políticas de la coalición dominante, y obstaculizando así que se organice una oposición de clase al poder político y social establecido. [...] Esta noción de revolución pasiva [...] es particularmente apropiada para los países del Tercer Mundo en vías de industrialización». Véase Robert W. Cox: «Gramsci, Hegemony and International Relations: An Essay in Method», *Millennium*, 12, 2 (1983), pp. 162-175, esp. pp. 166-167.

soberanía esta queda limitada. Por otra parte, su poder y la soberanía política dependen de la construcción de aparatos estatales modernos y del monopolio de la violencia «legal». Y, por último, deben responder a las demandas de la población, para lo cual muchos países árabes adoptaron estrategias rentistas, algunos de ellos bajo la cobertura del socialismo árabe y, en general, de las ideologías nacionalistas.

En el tercer periodo nos centramos en la globalización neoliberal. Tras la crisis de la deuda externa, las instituciones financieras y las elites globales obligaron a los Estados a seguir sus instrucciones y los planes de ajuste estructural. La debilidad de la población permitió que las elites adoptaran cada vez más políticas neopatrimoniales, con corrupción y capitalismo de amigos (*crony-capitalism*), y se insertaran en el sistema global buscando alianzas con elites globales o aceptando su papel de reproductoras en el ámbito nacional de las relaciones de producción neoliberales.

En la elección de los casos se ha tenido en cuenta la diversidad territorial para abarcar diferentes subregiones (en este caso, Magreb, la centralidad egipcia y el Próximo Oriente levantino), la diferente posición en la estructura de poder regional e internacional y diferentes modelos económicos. Los casos escogidos según estos criterios son utilizados en cada recurso en función de su relevancia en los procesos de acumulación analizados.

Para desarrollar las diferentes premisas presentadas en este artículo se ha optado por ilustrar los diversos procesos con unos pocos casos que nos permiten identificar las dinámicas generales, aunque la concreción tenga elementos distintivos en cada caso. Marruecos representa un país magrebí colonizado por Francia que tras la independencia opta por una inserción en el sistema capitalista desde un planteamiento liberal con fuertes alianzas con los países occidentales. Egipto, desde su posición bisagra entre el Norte de África y Oriente Medio, junto con Argelia, ejemplifican el fracaso de los intentos de industrialización y desarrollo a partir del Estado, y en el caso egipcio también la constitución de una potencia media en competencia con elites externas. Por su parte, en Oriente Próximo, Palestina muestra en toda su crudeza la continuidad de los mecanismos coloniales en la región.

La tierra

El poder de las elites en el siglo XIX y los inicios del XX en los países no industrializados estuvo ligado a la propiedad de la tierra. Esta daba acceso al control de la riqueza, de la población (campesina en su mayoría) y en muchos casos también de las instituciones del Estado y el ejército. La tierra y los mecanismos de desposesión del campesinado fueron un factor determinante en muchas de las revueltas populares tanto en el periodo precolonial como en el colonial. Por ello, en nuestra explicación nos centramos sobre todo en estos periodos, a pesar de que los procesos de desposesión de la tierra han continuado hasta el día de hoy en lo que Harvey denomina «gran movimiento mundial de cercado», en el que las propiedades comunales se disuelven a través de la fuerza del Estado⁸.

En las sociedades premodernas, precapitalistas y preindustriales, el principal recurso en términos tanto de supervivencia como de poder era la tierra. Por esta razón, la paulatina transición a la agricultura destinada al mercado (primero, local y, en un segundo momento, cada vez más lejano) tuvo un gran impacto tanto en la vida de las personas como en las relaciones de poder.

Los cambios más importantes en este periodo se producen en la agricultura, que lentamente fueron transitando de la subsistencia al mercado. No todas las regiones evolucionaron al mismo ritmo, pues se tuvieron que adecuar a la demanda comercial, primero local y muy pronto exterior (regional y más tarde hacia Europa): algodón, tabaco, seda, opio, vino, frutos secos y cereales aumentaron en gran medida su producción. Estos cambios se produjeron, en primera instancia, a partir de la propiedad indígena (latifundistas y campesinado añadían a sus cultivos de subsistencia los comerciales o sustituyeron aquellos por estos). La propiedad y gestión extranjera se empezó a introducir en Palestina con los cítricos, en el Norte de África con la vid y en la región de Gezira, en Sudán, con el algodón⁹, y estos puntos se convirtieron en la

⁸ David HARVEY: *Social Justice and the City*, vol. I, Atenas, University of Georgia Press, 2010, p. 294.

⁹ Charles ISSAWI: *An Economic History of the Middle East and North Africa*, Londres, Routledge, 2013, p. 2.

punta de lanza de los procesos de introducción de la región en la economía mundial y también en avisos de los procesos coloniales que debían venir.

Las resistencias rurales a los intentos de hacerse con sus tierras, ya fuera por el Estado o por potencias/colonos europeos, fueron constantes. Deben recordarse en especial los movimientos campesinos en Egipto (1919), Iraq (1920), Siria (1925-1927), Palestina (1936-1939) o Argelia (1954-1962)¹⁰. En el caso palestino¹¹, se trataba de una región subdesarrollada, sin gran peso dentro del Imperio otomano, con una economía básicamente agraria basada todavía en buena parte en la explotación de los *fellahin*, campesinos de los que dependían los grandes propietarios, los funcionarios del imperio, los jeques tribales y los usureros. A finales del siglo XIX y principios del XX, la agricultura y la economía palestinas se estaban insertando en las redes globales. Los grandes beneficiarios de la penetración del mercado global en la economía palestina fueron los mercaderes, intermediarios y latifundistas, y, sobre todo, el Tesoro Público, que aumentó la fiscalidad para recaudar nuevos y mayores impuestos con los que hacer frente a la crisis financiera y a los gastos militares, sin ofrecer a la sociedad palestina prácticamente nada a cambio. Así, lejos del mito de la tierra yerma y deshabitada difundido por los sionistas, Palestina era una tierra exportadora de productos agrícolas y una fuente financiera para el endeudado Imperio otomano¹².

Otro cambio importante en la misma época fue la penetración de la economía capitalista europea en el Imperio otomano, provocando un resquebrajamiento de las bases del sistema patrono-cliente.

¹⁰ Gabriel BAER: *Fellah and Townsman in the Middle East: Studies in Social History*, Londres, Frank Cass, 1982.

¹¹ Hemos tratado con mucha más extensión esta cuestión en Ferran IZQUIERDO BRICHS: «Las raíces del *apartheid* en Palestina: la judaización del territorio durante el mandato británico», *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 11, 246 (2007), pp. 229-255. Véanse también Ilan PAPPE: *A History of Modern Palestine: One Land, Two Peoples*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 2004, y Gershon SHAFIR: *Land, Labor and the Origins of the Israeli-Palestinian Conflict, 1882-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

¹² Alexander SCHOLCH: «The Economic Development of Palestine, 1856-1882», *Journal of Palestine Studies*, 10, 3 (1981), pp. 35-58, y Marwan R. BUHEIRY: «The Agricultural Exports of Southern Palestine, 1885-1914», *Journal of Palestine Studies*, 10, 4 (1981), pp. 61-81.

telar en las relaciones de producción y de propiedad del suelo¹³. Se impulsó la agricultura capitalista, la desmembración de las tierras comunales y la concentración de la propiedad, al tiempo que se sometía al campesinado a una explotación cada vez más dura. La mayoría de estas dinámicas que expondremos se iniciaron bajo el Imperio otomano, pero siguieron durante el mandato británico de forma más dura¹⁴, con lo que la concentración de la propiedad se agudizó. Uno de los principales instrumentos en este proceso fue la introducción de un sistema impositivo ruinoso para los *fellahin*, que aumentaba las deudas del campesinado y la dependencia de los usureros (Código de la Tierra de 1858 y Ley de la Tierra de 1876). La deuda media de una familia campesina superaba su renta media. Las deudas se heredaban y se traspasaban con la tierra, con lo que el campesino endeudado estaba sometido al señor desde su nacimiento, hasta que se veía obligado a ceder la propiedad para convertirse en aparcerero o en jornalero. Para conseguir financiación, los *fellahin* terminaban teniendo que recurrir a los terratenientes, comerciantes de grano o notables urbanos, que practicaban la usura con intereses que podían oscilar en el 30 y el 60 por 100 en préstamos de tres meses a un año¹⁵. Como es evidente, en estas condiciones el campesino solo se endeudaba en situaciones de extrema necesidad y casi nunca como inversión, por lo que su capacidad de adaptar sus cultivos para competir en el mercado era muy pequeña.

Otro instrumento para la concentración de la tierra fue la obligación de registrar y catastrar la propiedad, que permitía aumentar los impuestos y acelerar el proceso de endeudamiento. Los campesinos vivían sobre todo de las pequeñas propiedades y del uso del suelo en propiedad colectiva (*musha'a*). Bajo control británico,

¹³ Sobre estas transformaciones véanse Nathan WEINSTOCK: *Le sionisme contre Israël*, París, Maspero, 1969, pp. 66-74; Baruch KIMMERLING y Joel S. MIGDAL: *Palestinians. The Making of a People*, Cambridge, Harvard University Press, 1994, y Ted SWEDENBURG: «The Role of the Palestinian Peasantry in the Great Revolt (1936-1939)», en Ilan PAPPE (ed.): *The Israel/Palestine Question*, Londres, Routledge, 2002, pp. 129-167.

¹⁴ Nahla ZU'BI: «The Development of Capitalism in Palestine: The Expropriation of the Palestinian Direct Producers», *Journal of Palestine Studies*, 13, 4 (1984), pp. 88-109, esp. p. 108 (n. 18).

¹⁵ Kenneth W. STEIN: «Palestine's Rural Economy, 1917-1939», *Studies in Zionism*, 8, 1 (1987), pp. 25-49.

la división de la propiedad colectiva, que debía ser registrada de forma individual, pasó a aplicarse de forma mucho más dura, pasando la *musha'a* de un 70 por 100 en 1917 a un 25 por 100 en 1940. Para sionistas y británicos la propiedad comunal era un gran obstáculo, pues impedía la privatización y venta del suelo y la posterior colonización¹⁶, y daba cohesión a la comunidad, lo que reforzaba la resistencia de la población palestina¹⁷.

Las tierras muertas (*mawat*) eran otro tipo de propiedad pública. Se trataba de zonas no cultivadas, alejadas de los pueblos, que constituían una reserva de tierra para cuando se agotaban las reservas de suelo más productivo y cercano, y a las que las autoridades británicas dificultaron el acceso campesino¹⁸ al igual que a otras tierras comunales y marginales, que eran vías de supervivencia de los *fellahin* al contar con ellas para los periodos difíciles¹⁹. Por otra parte, como relatan testigos de la época²⁰, la parcelación, la llegada de capital colonial europeo y la mayor rentabilidad de los cultivos provocaron una gran inflación en el precio del suelo, ante la cual los campesinos no podían competir y se vieron arrinconados a la aparcería y al jornal.

Las tensiones a consecuencia de la penetración de la agricultura capitalista y los cambios en la propiedad de la tierra, unidos por el proceso de colonización sionista que los agravaba, fueron un elemento determinante en el estallido de la Gran Rebelión Árabe en-

¹⁶ Kenneth W. STEIN: «Rural Change and Peasant Destitution: Contributing Causes to the Arab Revolt in Palestine, 1936-1939», en Farhad KAMEZI y John WATERBURY (eds.): *Peasants and Politics in the Modern Middle East*, Miami, Florida International University Press, 1991, pp. 143-170, y Raphael PATAI: «Musha'a Tenure and Co-Operation in Palestine», *American Anthropologist*, 51, 3 (1949), pp. 436-445.

¹⁷ Scott ATRAN: «The Surrogate Colonization of Palestine, 1917-1939», *American Ethnologist*, 16, 4 (1989), pp. 719-744, esp. pp. 725 y 737.

¹⁸ LEAGUE OF NATIONS: *Report by His Majesty's Government in the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland to the Council of the League of Nations on the Administration of Palestine and Trans-Jordan for the year 1930*, 31 de diciembre de 1930.

¹⁹ Véase Mark LEVINE: «Conquest Through Town Planning: The Case of Tel Aviv, 1921-48», *Journal of Palestine Studies*, 27, 4 (1998), pp. 36-52, esp. pp. 37-38.

²⁰ John Hope SIMPSON: *Palestine. Report on Immigration, Land Settlement and Development, 1930. Presented by the Secretary of State for the Colonies to Parliament by Command of His Majesty*, 30 de octubre de 1930.

tre 1936 y 1939. El levantamiento fue extendiéndose a las zonas rurales y adquiriendo carácter de revuelta campesina armada no solo contra británicos y sionistas, sino también contra grandes propietarios, notables y especuladores. La Rebelión Árabe culminaba un proceso de protestas, huelgas y tensión que había ido en aumento desde los años veinte. Paradójicamente, al mismo tiempo que la identidad nacional palestina se asentaba, la brutal represión de la rebelión a manos del ejército británico, con alguna ayuda tanto de los sionistas como de la Legión Árabe transjordana, dejó a la comunidad árabe palestina sin estructuras políticas, sin liderazgo y desarmada, indefensa ante la ofensiva sionista que conduciría a la creación del Estado de Israel diez años más tarde. Como es sabido, el proceso de expropiación de la tierra y colonización sionista no se detuvieron con la creación de Israel y continúan hasta la actualidad, siendo todavía hoy uno de los últimos reductos de colonización en el mundo y un factor determinante de la lucha palestina²¹.

La concentración de la propiedad de la tierra en manos de las elites se produjo en toda la región objeto de análisis, a lo que se añadió la apropiación por parte de los colonos europeos, en general por mecanismos muy parecidos a los mencionados en Palestina. El caso argelino es sin duda el más extremo. Jean-Paul Sartre²² denunciaba que las tierras en poder del sistema colonial habían pasado de 115.000 hectáreas en 1850 a 2.703.000 hectáreas en 1956, de las que los colonos compraron a las autoridades francesas 430.000, con confiscaciones y apropiaciones gracias al desplazamiento forzado de población²³. En el Marruecos francés, a los colonos se les facilitó el acceso a las mejores tierras de los territorios recién conquistados y las grandes corporaciones se beneficiaron de la aplicación de una agricultura a gran escala. Colonos y notables accedieron a las mejores tierras gracias al Dahir de 31 de agosto de

²¹ Véase el artículo de Jorge Ramos Tolosa en este mismo dossier.

²² Jean-Paul SARTRE: *Colonialismo y neocolonialismo*, Buenos Aires, Losada, 1965 (1.ª ed., 1956).

²³ Antonio Javier MARTÍN CASTELLANOS: «El impacto del colonialismo sobre la sociedad rural tradicional magrebí», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos. Sección Árabe-Islam*, 43 (1994), pp. 149-170, y Ghouti HAMADI: «La législation foncière en Algérie avant l'indépendance. Classification des terres en Afrique du Nord», *Revue algérienne des sciences juridiques, économiques et politiques*, 8, 3 (1971), pp. 723-734.

1914 y a la expropiación «por causa de utilidad pública»²⁴. En el periodo 1912-1956 casi 6.000 colonos cultivaban poco más de un millón de hectáreas, de las cuales algo menos de un tercio procedían de tierras expropiadas y luego vendidas a los colonos, mientras que el resto correspondía a ventas privadas (a diferencia de Argelia, no se distribuyó tierra gratuita a los colonos)²⁵. Un núcleo de unos 900 grandes propietarios controlaba las zonas más fértiles del país cultivadas con técnicas modernas²⁶, mientras que el pequeño campesinado utilizaba métodos tradicionales de cultivo mucho menos competitivos²⁷, y buena parte de la población rural se veía obligada a trabajar como jornalera. Las rebeliones en los años veinte en la zona francesa de Marruecos entre Fez y Moulouia, en las alturas del Atlas Medio (tribus Ait Atta y Ait Attalnan-Melghad lideradas por la zagüía Ahansal y Belgacem N'Gadi) o en los oasis del sur (Jheris, Ferkla y Todgha) pueden vincularse con cambios en las condiciones del campesinado²⁸, y para Edmund Burke las hambrunas se encuentran entre los principales detonantes de las revueltas precoloniales²⁹.

Tras las luchas anticoloniales, la construcción de las independencias por lo general tuvo lugar en contextos de movilización de la población, por lo que las nuevas elites debieron responder a las reivindicaciones populares para legitimarse y consolidarse en el poder. El discurso progresista y las políticas más igualitarias respondían a exigencias de la calle, que en buena parte continuaba siendo campesina. Las reformas agrarias, promulgadas entre los años cin-

²⁴ Jacques BERQUE: *Pour une nouvelle méthode politique de la France au Maroc*, Rabat, Dactylographié, 1 de marzo de 1947.

²⁵ Jean-François CLÉMENT: «Les revoltes urbaines», en Jean-Claude SANTUCCI (ed.): *Le Maroc actuel*, París, Editions de CNRS, 1992, pp. 393-406.

²⁶ John P. HALSTEAD: «A Comparative Historical Study of Colonial Nationalism in Egypt and Morocco», *African Historical Studies*, 2, 1 (1969), pp. 85-100, esp. p. 84.

²⁷ Reda MOUHSEIN y Sami LAKMAHRI: «L'impossible réforme agraire», *Zamane*, 28 de marzo de 2014.

²⁸ Abdallah LAROU: *Les origines sociales et culturelles du nationalisme marocain (1830-1912)*, París, François Maspero, 1980, y Abdelahad SEBTI: «Chroniques de la contestation citadine: Fes et la révolte des tanneurs (1873-1874)», *Hesperis Tamuda*, 29, 2 (1991), pp. 283-312.

²⁹ Edmund BURKE: *Prelude to Protectorate in Morocco: Precolonial Protest and Resistance, 1860-1912*, Chicago, University of Chicago Press, 1976.

cuenta y los setenta en el conjunto de la región, son producto de las presiones generadas durante las luchas por la independencia, pero su escaso recorrido testimonia los límites impuestos por los intereses de las élites.

En Egipto, Nasser siguió los pasos de Muhammad Ali y llevó a cabo una reforma agraria cuyo primer objetivo era debilitar a las élites tradicionales, empezando por las ligadas a la monarquía y más tarde a los bienes *waqf* (de carácter religioso o caritativo). Además, era una forma de responder a las demandas del campesinado y obstaculizar la influencia de los baazistas y de los comunistas. Sin embargo, los gobiernos de Sadat y Mubarak fueron llevando a cabo contrarreformas a medida que se sintieron fuertes³⁰. La reforma agraria iraquí fue la más radical de todas gracias a la influencia de los sectores comunistas en el periodo 1958-1959, pero no llegó a los niveles de la efectuada en países asiáticos como Corea del Sur o Taiwán³¹. En Argelia, trabajadores agrícolas autogestionados llegaron a controlar el 30 por 100 de las tierras cultivables, pero debido a las presiones de los terratenientes, en 1977 solo un tercio de los tres millones de hectáreas incluidas en las previsiones normativas estaban integradas en el proceso de reforma agraria³². A pesar de la propaganda sobre la «revolución verde», la agricultura quedó en un lugar secundario, pues, a diferencia de épocas anteriores, como mecanismo de acumulación estaba lejos del petróleo/gas y la industria, y el medio rural no facilita tanto como la ciudad las políticas rentistas y de control. Por otra parte, las transformaciones que se presentaban como revolucionarias cambiaron muy poco, y en ocasiones a peor, las condiciones de vida de la mayoría del campesinado³³. La estructura de la propiedad de la tierra mantuvo grandes desequilibrios que crecerían en los años ochenta y noventa con los procesos de privatización.

³⁰ Athina KEMOU: *Egypt's National Interest. A «Sociology of Power» Analysis*, tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, 2012, pp. 105-260.

³¹ Joel BEININ: *Workers and Peasants in the Modern Middle East*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 133.

³² Karen PFEIFER: *Agrarian Reform under State Capitalism in Algeria*, Boulder, Westview Press, 1985, pp. 221-223, y John Douglas RUEDY: *Modern Algeria: The Origins and Development of a Nation*, Bloomington, Indiana University Press, 1992.

³³ Sobre las políticas agrarias de la revolución argelina véase Nirou EFTEKHARI: «Rente et dépendance en Algérie», *Peuples méditerranéens*, 26 (1984), pp. 45-51.

Coacción y capacidad militar

La coacción se utilizó a gran escala en la penetración y ocupación colonial por parte de las potencias europeas en todo el Mediterráneo sur y oriental entre los siglos XVIII y XX. En el Magreb serían el ejército francés y el español los que masacrarían las poblaciones, sometiendo con violencia o amenaza a las elites locales y a la población. La apropiación forzada de la tierra para uso de los colonos en Argelia se llevó a cabo con la destrucción total y sistemática de los cultivos de la población local por parte del ejército francés entre los años 1830 y finales de 1840 en *razzias* llamadas «mares de fuego» con el objetivo de destruir la cohesión tribal, asegurar el control territorial y apoderarse de tierras, ganado y otros bienes³⁴. Las conocidas masacres de El Ouffia en 1832 o de Ouled Riah en 1845 son casos ejemplares de un ejercicio de la violencia sistemática. La violencia colonial, además, tenía un sentido simbólico y comunicativo más allá de la propia campaña militar y pretendía asegurar el sometimiento de las tribus más rebeldes, como los Beni Sala, a través de una violencia bárbara³⁵.

En las luchas anticoloniales y por la independencia, la violencia organizada contra la metrópoli y contra la población colonial supondría un recurso disperso, a la vez que legitimador, de distintos grupos ante la población local. En Argelia, la capacidad militar como recurso de poder fue arrebatada de manos francesas con la victoria argelina en 1962, dando lugar a la sustitución de una elite francesa por una nueva elite militar autóctona que buscaba alianzas con elites exteriores a través, sobre todo, de la ayuda militar soviética, y se legitimó mediante la imposición de un relato hegemónico sobre la lucha anticolonial. Por el contrario, en el caso marroquí, la lucha anticolonial llevó a una salida pactada entre la elite nacionalista y la monárquica marroquí, por un lado, y las elites políticas y económicas francesas, por otro. La disidencia y dispersión de la violencia organizada que había participado en la lucha anticolonial en Marruecos sería,

³⁴ Cheryl B. WELCH: «Colonial Violence and the Rhetoric of Evasion: Tocqueville on Algeria», *Political Theory*, 31 (2003), pp. 235-264.

³⁵ William GALLOIS: *A History of Violence in the Early Algerian Colony*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2013.

pues, una de las primeras preocupaciones de la nueva elite del régimen. Mohamed V se apresuró a crear las Fuerzas Armadas Reales, una de las primeras instituciones del Estado, con elites militares formadas en los ejércitos coloniales y de origen rural y eminentemente amazigh³⁶. En Egipto, el poder pasó directamente a manos militares tras el golpe de los Oficiales Libres en 1952, y el golpe de Estado de Abdelfatah Al-Sisi en 2013 ha mantenido la misma situación.

En el caso israelí encontramos una muestra histórica y actual de los mecanismos coloniales que inevitablemente necesitan la violencia como instrumento para acumular poder y controlar a la población. En este caso, la violencia que las fuerzas israelíes ejercen sobre la población palestina es complementada por el aparato de seguridad palestino en Cisjordania³⁷.

A nivel interno, la coacción ha ejercido un papel central para las elites dominantes como instrumento de mantenimiento de las estructuras de poder y de acumulación de poder, pasando su ejercicio directo, excepto en el caso palestino, a elites domésticas, con el apoyo armamentístico, técnico y estratégico de las antiguas potencias coloniales u otras elites exógenas. En ese sentido, la coacción como recurso de poder efectivamente utilizado por las grandes potencias desde el final de la Segunda Guerra Mundial se fue debilitando en la región. El recurso a la intervención directa, sin embargo, no ha dejado de ser imprescindible en ciertos momentos para que los Estados-potencia mantengan su estatus jerárquico (intervención de Estados Unidos en Libia en 1986 y 2011 o en Irak en 2003). Para las potencias-regionales sigue siendo también un recurso de poder importante en su dimensión territorial. En el caso marroquí, el control de la violencia en la guerra contra el Frente Polisario en 1976-1991, pero, sobre todo, con la ocupación militar de buena parte del Sáhara Occidental, ha servido tanto de legitimador ideológico como de apropiación directa de recursos naturales, o para el desvío de presupuesto y rentas hacia las elites militares marroquíes³⁸.

³⁶ Rémy LEVEAU: *Le fellah marocain défenseur du trône*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1985.

³⁷ Tahani MUSTAPHA: «Securitization Dysfunction: Security Sector Reform in the Occupied Palestinian Territories», *Contemporary Arab Affairs*, 12, 1 (2019), pp. 19-38.

³⁸ Mahjoub TOBJI: *Les officiers de sa majesté: Les dérives des généraux marocains, 1956-2006*, París, Fayard, 2006.

Estado, modernidad y rentismo

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, el contacto de las sociedades del sur con la modernidad tuvo un impacto directo en los modelos de acumulación de poder de sus elites. La única forma de impedir el control colonial y competir por el poder con las elites del norte era adoptar su proyecto de modernidad que debía conducir a la industrialización.

Egipto, la pieza central en el mundo árabe, fue un ejemplo de estas tensiones en dos momentos clave de la historia de la emancipación fracasada del sur: la derrota del proyecto de modernización de Muhammad Ali y su sometimiento a la influencia colonial europea, y la derrota del nacionalismo de Nasser y la posterior sumisión de Sadat y sus sucesores a las imposiciones de las elites financieras globales. En los dos casos, las elites egipcias no solo aceptaron la rendición, sino que aprovecharon la sumisión a las elites globales para aumentar su control y explotación de los recursos nacionales (y de la población). Nos centramos en la explicación del primer momento.

Muhammad Ali, a principios del siglo XIX, para asentar su poder en Egipto, acabó militarmente con los mamelucos y las elites tradicionales, ya debilitadas por la ocupación francesa³⁹. Sin embargo, con la modernidad el poder había cambiado de forma y si quería controlar todo Egipto, liberarse de la Sublime Puerta y evitar caer bajo la influencia de potencias europeas, debía construir un Estado y un ejército modernos e industrializar la economía. Su proyecto introdujo industria y cultivos industriales, infraestructuras hidráulicas, cambió el régimen de propiedad del suelo, modernizó y laicizó la administración y la educación⁴⁰, nacionalizó bienes religiosos y se enfrentó a ulemas que se oponían a sus políticas, y creó un ejército y fuerza naval que le permitiría expandir su control a buena parte

³⁹ Darrell DYKSTRA: «The French Occupation of Egypt, 1798-1801», en Martin W. DALY (ed.): *The Cambridge History of Egypt*, vol. II, *Modern Egypt from 1517 to the End of the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 113-138.

⁴⁰ Véase María Luisa ORTEGA GÁLVEZ: «Una experiencia modernizadora en la periferia: las reformas del Egipto de Muhammad Ali (1805-1848)», *Scripta Nova: revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 1, 1-13 (1997).

de Oriente Medio, Sudán, Morea y Creta, el Hidjaz, Yemen e incluso partes de Anatolia⁴¹.

La innovación de Muhammad Ali en el proceso industrializador fue el modelo de inversión, que convirtió al Estado en el motor económico de Egipto, con un proceso muy centralizado basado en monopolios en todos los ámbitos de la economía, desde la agricultura hasta el comercio exterior. Su proyecto exigía políticas proteccionistas frente a la competencia exterior, sobre todo la británica, lo que chocaba directamente con las capitulaciones que las potencias europeas estaban imponiendo al Imperio otomano para forzar la libre entrada de mercancías. Para su desarrollo, Egipto necesitaba materias primas (madera, carbón, hierro, etc.), lo que le llevó a expandir su influencia hacia Oriente Medio y Sudán, convirtiéndose en una nueva potencia colonial en la región.

Sin embargo, consciente de su debilidad frente a Gran Bretaña, el final de su acercamiento a la modernidad llegó con la rendición ante las elites exteriores, que veían cómo estaba surgiendo un foco competidor en una región que tenía que formar parte del imperio colonizado. En 1841, la monarquía se vio forzada a dismantelar su ejército, abandonar sus ambiciones regionales, aceptar la tutela otomana y evidentemente la tutela británica que se expresó, entre otras cosas, en la admisión del Tratado de Balta Liman. Este tratado de 1838 regulaba las relaciones otomano-británicas, abriendo el mercado del Imperio, incluido Egipto, y eliminando los monopolios, lo que significaba desproteger, sobre todo, el sector manufacturero que no tenía capacidad para competir con el británico y pronto quedó debilitado. La prueba de ello es que la industria textil (los telares) prácticamente desaparecieron no solo en Egipto, sino en el Imperio otomano tras la firma de dicho tratado⁴². El Estado perdió su capacidad inversora, con lo que cualquier nuevo intento de modernización e industrialización se hacía casi imposible sin una revolución. Esta no llegaría hasta el golpe de los Oficiales Libres en 1952 y las independencias en otros países, pero entonces la economía mundial ya estaba tan entrelazada y el sur había llegado a un

⁴¹ Véase Henry DODWELL: *The Founder of Modern Egypt: A Study of Muhammad'Ali*, Cambridge, Cambridge University Press, 1967 (1.ª ed., 1931).

⁴² Véase V. Necla GEYIKDA I: *Foreign Investment in the Ottoman Empire: International Trade and Relations 1854-1914*, Londres-Nueva York, I. B. Tauris, 2011.

nivel de dependencia tal que hacía casi imposible cualquier intento de alcanzar la modernidad. La experiencia del nasserismo (a pesar de las victorias simbólicas como la nacionalización del Canal de Suez) o de la «industria industrializadora»⁴³ argelina demuestran esta imposibilidad.

Un siglo después, para los regímenes de las independencias la aventura de Muhammad Ali era imposible. En primer lugar, porque en un contexto poscolonial y de guerra fría de ninguna forma un país del sur podía aspirar a competir con las superpotencias. En segundo lugar, porque el desarrollo, aunque muchos lo intentaran, era una puerta cerrada. Los fracasos en Latinoamérica, Asia, África y Oriente Medio así lo ponían de manifiesto. Y, por último, para las elites de las independencias el objetivo esencial era su consolidación en el poder, y para ello el recurso esencial no era la modernidad ni la industrialización, sino el control del Estado que permitía el acceso a la renta exterior: el rentismo.

Tras las independencias, en los años cincuenta y sesenta, cuando la población estaba movilizada y tenía capacidad de negociación, los nuevos gobiernos se vieron obligados a dar respuesta a sus demandas de mejores condiciones de vida, creando unos servicios para la mayoría de la población que hasta ese momento no habían existido. Las circunstancias facilitaron la aplicación de políticas basadas en muchos casos en la nacionalización de los recursos. El control estatal sobre estos debía asentar las soberanías de los Estados independientes y también asegurar que quedaran bajo el control de las nuevas elites políticas. Estos regímenes y políticas se basaban en el rentismo. La tendencia al rentismo fue general en la región, si bien en los llamados regímenes socialistas árabes (Egipto tras la llegada al poder de Nasser en 1952, Siria bajo el Baaz a partir de 1963, Irak republicano a partir de 1968 o Argelia con la victoria del FLN en 1962) el discurso y la política distributiva fueron más duraderos y profundos. No obstante, las economías de los nuevos Estados independientes no dejaron de jugar su papel en el sistema-mundo capitalista, con lo que se hacía evidente la contradicción entre el teórico socialismo y la realidad de una economía que

⁴³ Wladimir ANDREFF y Abderrahman HAYAB: «Les priorités industrielles de la planification algérienne sont-elles vraiment «industrialisantes»?», *Revue Tiers Monde*, 19, 76 (1978), pp. 867-892.

alimentaba el capitalismo a nivel global, así como a una élite ligada al control del Estado y a una burguesía dependiente de esta élite. Y cuando la población se fue desmovilizando y los nuevos regímenes se asentaron en el poder, inevitablemente las élites se desligaron de las demandas y la legitimidad popular, las políticas redistributivas se debilitaron y las alianzas con los sindicatos, movimientos sociales y partidos de la izquierda ya no fueron necesarias, por lo que la respuesta pudo ser más represiva.

En los sistemas rentistas, la intervención pública del gobierno se basa en los ingresos obtenidos de la renta exterior y esto significa que las políticas presupuestarias son sobre todo de gasto y tienen como objetivo legitimar al régimen. Por regla general se centra el análisis en las rentas producidas por la extracción de recursos, pero podemos ampliar los mecanismos rentistas a la deuda exterior y a las ayudas recibidas por algunos Estados. En los países productores de petróleo con poca población, parte de la renta se distribuye directamente y otra parte en forma de servicios, bienestar y ayudas. En países más poblados, los gobiernos buscaron otros mecanismos que, además, reforzaban su discurso y su control: ampliación del Estado y el funcionariado; desarrollo de sectores industriales que no tenían el objetivo del crecimiento ni de la productividad, sino el de responder a las demandas de trabajo de la población (por lo que, mientras la renta manaba, continuaron funcionando, aunque no generaran beneficios o capacidad de inversión); subvenciones al consumo de productos básicos, etc. También aumentaron los presupuestos del ejército, la policía y los servicios secretos (*mukhabarat*); los regímenes se militarizaron y se convirtieron en unos de los clientes más importantes de las industrias de armamento⁴⁴. Y, sobre todo, aumentaron su capacidad represiva. De esta forma, el Estado y la renta se unieron como recursos de poder en manos de las élites que los podían controlar. Estas élites acumularon un poder desproporcionado en comparación a otras épocas o a otras élites contemporáneas. Mientras la renta exterior fue caudalosa, la capacidad distributiva generada fue suficiente para controlar a la población y, al mismo tiempo, para convertir en clientes a los grupos competidores en la acumulación de poder.

⁴⁴ Hazem BEBLAWI y Giacomo LUCIANI (eds.): *The Rentier State*, Londres, Croom Helm, 1987, pp. 18, 52 y 59-60.

A medida que se consolidaron los regímenes, los movimientos sociales y las fuerzas de izquierdas se fueron apagando. Los años setenta y ochenta fueron de debilidad y desmovilización de la población y de los movimientos sociales ligados a la izquierda (guerra de junio de 1967, Septiembre Negro, llegada al poder de Sadat en Egipto, Assad en Siria y Hussein en Iraq, Benjedid en Argelia, golpe de timón de Bourguiba en Túnez, años de plomo en Marruecos, etc.)⁴⁵. Las elites se vieron liberadas de la necesidad de responder a las demandas de la población y de legitimar sus políticas, con lo que las políticas redistributivas y de creación de bienestar se fueron debilitando. En el mundo árabe esto daría lugar a las políticas de *Infitab* (apertura al exterior), a un fuerte aumento de la corrupción y el nepotismo, y a la apropiación directa de los recursos por parte de las elites cuando había ocasión para hacerlo. Este proceso coincidió con crisis en los precios del petróleo, que debilitaron los mecanismos rentistas y obligaron a muchos de los gobiernos a acudir de nuevo al crédito de las instituciones internacionales, orientadas ahora al neoliberalismo.

Financiación y neopatrimonialismo

Otro factor que también sufrió grandes cambios fue el financiero. El endeudamiento se convirtió en una losa para las familias, los Estados y las elites, y resultó determinante para entender la inserción de los países de la región en el sistema económico internacional. La dominación financiera fue la punta de lanza de la penetración colonial y de la modalidad de inserción de la región en el sistema-mundo.

En fecha tan temprana como 1852 los bancos europeos otorgaron los primeros préstamos comerciales a las autoridades otomanas y de las provincias de Egipto y Túnez. Estos préstamos y las dificultades para devolverlos comportaron un control financiero a través de la supervisión de las aduanas y la promoción del capital europeo (obras públicas, sector bancario, etc.); por ejemplo, con la

⁴⁵ Joel BEININ y Frédéric VAIREL (eds.): *Social Movements, Mobilization and Contestation in the Middle East and North Africa*, Stanford, Stanford University Press, 2011.

Comisión de la Deuda Pública en el Imperio otomano (1881), la Comisión Financiera Internacional en Túnez (1869) o la Caja de la Deuda Pública en Egipto (1876)⁴⁶. Al control financiero le seguiría la intervención política y militar imperialista.

Un siglo más tarde, el control financiero se volvió a imponer en muchas de estas economías que no podían hacer frente a la deuda externa. Con la intervención de las instituciones financieras y las élites globales, todas estas economías se insertaron en la globalización neoliberal, con graves consecuencias en todas ellas. Las presiones del Fondo Monetario Internacional y de las instituciones financieras profundizaron el desmantelamiento de parte del sector público y de las políticas redistributivas y de subvención del bienestar. La función de la inversión pasaba de tener la prioridad de generar puestos de trabajo —y, por tanto, legitimar el poder y desactivar posibles protestas— a tener la función teórica de generar beneficios y competir en el mercado, aunque la función real era la de acumular poder en forma de riqueza en manos de las élites. El conjunto de los países de la región cayó en el *crony-capitalism*, un «capitalismo políticamente determinado» que aprovecha la posición de poder que le garantiza la autoridad política para acumular fortunas considerables para un número reducido de inversores y de grandes grupos extranjeros⁴⁷. Así, el control de muchos recursos, inversión y empresas públicas, o de las licencias de importación y exportación, fueron privatizados y quedaron en manos de las élites y sus allegados tanto nacionales como extranjeros. Esta dinámica privatizadora se produjo y se produce siempre en una parte limitada de los recursos y la riqueza, pues el control de la coacción y de la renta (sobre todo, petróleo y gas) continúa perteneciendo al Estado y, por tanto, al régimen, aunque cada vez más usado para el enriquecimiento y la acumulación de las élites primarias. La conjunción de las dos dinámicas permitía sumar la concentración de poder a través del control del Estado y la acumulación de poder a través de los mecanismos económicos.

⁴⁶ Joel BEININ: *Workers and Peasants...*, p. 46.

⁴⁷ Gilbert ACHCAR: *The People Want...*; Melani Claire CAMMETT: *Globalization and Business Politics in Arab North Africa: A Comparative Perspective*, Nueva York, Cambridge University Press, 2007, e Isha DIWAN, Adeel MALIK e Izak ATIYAS (eds.): *Crony Capitalism in the Middle East: Business and Politics from Liberalization to the Arab Spring*, Oxford, Oxford University Press, 2019.

Cuando la presión sobre la condición de vida se hizo insopor- table, la población estalló en movilizaciones. El descontento popu- lar se expresó en las «protestas del pan» (Egipto, 1977; Marruecos, 1981 y 1984; Túnez, 1983; Argelia, 1988; Jordania, 1989). El con- junto de estas movilizaciones en el Norte de África y Oriente Me- dio, y, por tanto, la fuerza de negociación de los movimientos so- ciales y la población, fueron menores a las vinculadas a la lucha por la independencia y a los momentos posteriores a ella, y la capaci- dad de represión de los regímenes fue enorme y se produjo con la connivencia europea y norteamericana. Los generales argelinos de- mostraron que estaban dispuestos a provocar una guerra civil antes que perder el poder y los gobiernos de las potencias occidentales revelaron que estaban dispuestos a aceptarla. El ejemplo de Argelia se convirtió en un freno para la movilización social masiva hasta la Primavera Árabe de 2011, excepto en pequeñas protestas normal- mente muy localizadas o relacionadas con factores exteriores como Palestina o las guerras en el Golfo. La conjunción de las dictaduras apoyadas o permitidas por Occidente, la represión, la corrupción y el *crony-capitalism* condujo a los regímenes a sistemas dictatoriales neopatrimoniales con una enorme concentración de poder en ma- nos de las elites primarias.

El caso marroquí nos sirve para ilustrar estos procesos. El Tra- tado hispano-marroquí de 1861 había establecido el pago por Mar- ruecos de una indemnización tras perder la guerra de 1859-1860. Las autoridades optaron por solicitar un préstamo de capital bri- tánico sobre la garantía de sus ingresos en las aduanas (que cons- tituían una de las principales fuentes de ingresos del Estado). Este control de las aduanas por parte de poderosos acreedores se re- forzó con los préstamos posteriores. La crisis fiscal rural, unida a los intereses particulares de las elites vinculadas al sistema sulta- niano y a sus luchas internas, y la propia avidez del capital europeo empujaron en esta dirección. Finalmente, los protectorados convir- tieron Marruecos en colonia de Francia y España, que pasaron a controlar directamente su economía.

Con la llegada de la independencia, el poder político deter- minó el acceso a los recursos económicos. Los miembros de la fami- lia real se convirtieron en los principales terratenientes del país, ad- quiriendo también algunos de los principales negocios dejados por los colonos. La estrategia de sustitución de importaciones o el ini-

cio de las privatizaciones en sectores claves de la economía, ya en los años setenta, favorecieron a Palacio y a las familias de su entorno más inmediato. La alta burocracia, los empresarios vinculados al capital internacional o los grandes terratenientes se beneficiaron también de estos procesos⁴⁸. Tras unos primeros contactos y préstamos en los años sesenta, a finales de los años setenta y principios de los ochenta Marruecos se ató de forma estrecha a los principios y mecanismos del orden económico internacional neoliberal. Esto se hizo fundamentalmente a través de varios procesos: el agravamiento del capítulo de la deuda y de la influencia de las instituciones financieras internacionales (a mediados de los ochenta el 52 por 100 de las aportaciones del Banco Mundial al Magreb tenían como destino a Marruecos)⁴⁹; la evolución de la apertura comercial, centrada sobre todo en la relación desigual con la CEE (continuación de las negociaciones bilaterales en el marco de la Asociación Euromediterránea desde 1995), y el avance de las privatizaciones (vía preferente para la llegada de IDE, en especial en los años noventa).

A principios de los años ochenta el país era dependiente de la ayuda y de los créditos exteriores. El empeoramiento del servicio de la deuda externa de Marruecos se puede fechar en 1983, coincidiendo con la crisis internacional de la deuda. Las dificultades para su pago condujeron a sucesivas renegociaciones de la deuda, con la consiguiente subida de los intereses. Todos estos préstamos estaban condicionados a la introducción de una serie de reformas bajo el lema de «estabilización y ajuste». En 1983, el FMI aprobó un programa de reformas que Marruecos debía implementar para poder obtener nuevos préstamos, entre las que se incluían una devaluación progresiva del dirham, la renegociación de parte de la deuda externa, grandes cortes en el gasto público (incluida la inversión), la eliminación de los subsidios a los productos básicos o la reforma de las empresas públicas⁵⁰. La aplicación de estas y otras medidas

⁴⁸ Mohammed Said SAADI: «Moroccan Cronyism: Facts, Mechanisms and Impact», *Economic research Forum Working Paper*, 1063 (2016).

⁴⁹ Yves GAZZO: «Les financements internationaux et les pays du Maghreb», en Alain CLAISSE y Gérard CONAC (eds.): *Le Grand Maghreb: données socio-politiques et facteurs d'intégration des États du Maghreb*, París, Economica, 1987, pp. 281-292.

⁵⁰ David SEDDON: «Winter of Discontent: Economic Crisis in Tunisia and Morocco», *MERIP Reports*, 127 (1984), pp. 7-16, esp. p. 15.

trajo consigo una importante subida de precios y pérdida de poder adquisitivo de los sectores más vulnerables. Las movilizaciones sociales de protesta contra estas decisiones fueron constantes en este periodo. Los sindicatos convocaron una huelga general en junio de 1981 que fue seguida de forma masiva, en especial en Casablanca. La actuación policial represiva provocó centenares de víctimas⁵¹. Tres años más tarde, en enero de 1984, se produjeron nuevas revueltas lideradas por los estudiantes ante el anuncio del aumento de las matrículas y de los precios de los alimentos de primera necesidad. Las manifestaciones se iniciaron en Marrakech y con posterioridad se extendieron por diferentes ciudades del país, sobre todo en el norte⁵². En 1990, los sindicatos convocaron la huelga general, y de nuevo los estudiantes fueron la punta de lanza de este nuevo ciclo de protestas que se extendió por todo el país⁵³.

El proceso de apropiación de recursos por parte de las elites se aceleró en los años ochenta coincidiendo con el avance de las políticas neoliberales. En la liberalización económica, la monarquía marroquí y las elites aliadas se encontraban muy bien situadas para obtener beneficios privados. En el estudio realizado por Saadi sobre ochenta y tres grandes empresas marroquíes políticamente conectadas (EPC), que pueden superar a sus competidoras gracias a los privilegios que les otorga esta conexión política, el *holding* real SIN/ONA controla un 32 por 100 de estas empresas, mientras la segunda posición la ocupa un grupo integrado por dos ex primeros ministros y varios ministros (24,7 por 100 de las EPC analizadas) y parlamentarios marroquíes estarían vinculados con un 21 por 100⁵⁴. La monarquía y su entorno más inmediato conforman la cúspide de este capitalismo privado, ligado directamente a las elites políticas y a elites corporativas globales. Desde la llegada al trono de Mohamed VI en 1999 se ha fomentado la creación de empresas gigantes

⁵¹ Bernabé LÓPEZ GARCÍA: «Elecciones parciales y crisis política en Marruecos», *Revista de Estudios Políticos*, 22 (1981), pp. 260-261.

⁵² Jim PAUL: «States of Emergency: The Riots in Tunisia and Morocco», *MERIP Reports*, 127 (1984), pp. 3-6.

⁵³ Sobre la huelga de diciembre de 1990 en Marruecos véase Blanca CAMPS-FEBRER: «Fez 1990: de la huelga a la intifada», en Laura FELIU, Josep Lluís MATEO y Ferran IZQUIERDO (eds.): *Un siglo de movilización social en Marruecos*, Barcelona, Bellaterra, 2019, pp. 321-341.

⁵⁴ Mohammed Said SAADI: «Moroccan Cronyism...».

(«los campeones nacionales»), como las dedicadas a servicios de telefonía, la electricidad y la gestión del agua, que se privatizan total o parcialmente o pasan a tener la «gestión delegada» (eufemismo de gestión privada). En 2014 la revista *Forbes* informaba de que Mohamed VI era el dirigente más rico de África, con una fortuna estimada entonces en 2.100 millones de dólares.

Consideraciones en el contexto de la pos Primavera Árabe

Como hemos visto en los ejemplos utilizados, la historia de Oriente Próximo en los dos últimos siglos es la historia de su inclusión en el sistema-mundo moderno capitalista. La competencia de sus elites por el poder y las resistencias y movilizaciones populares tienen una relación directa con la evolución de la función de estas sociedades en un sistema cada vez más globalizado. La dependencia respecto a un centro con capacidad de control sobre ellas provoca tensiones y contribuye a dar forma a estructuras y procesos.

Respecto a las elites, en (pocas) ocasiones estas tensiones están provocadas por sus intentos de competir en el sistema-mundo como elites primarias (casos de Muhammad Ali y de algunos líderes de las independencias, como Gamal Abdel Nasser en Egipto). No obstante, en la mayoría de las ocasiones las tensiones para las elites surgen de la competencia entre ellas o de los intentos de someter a la población, y también de la forma de asimilarse al sistema global. Las movilizaciones de la población (en las pocas ocasiones en que se producen) están relacionadas con el impacto que estas dinámicas tienen en su condición de vida, entendida en un sentido amplio. Las consecuencias no son solo económicas, sino que también tienen un fuerte impacto en derechos y libertades, ya que en casi la totalidad de los países se constituyen regímenes dictatoriales o autoritarios que transitan a regímenes neopatrimoniales con un alto grado de corrupción.

El estallido de la Primavera Árabe a finales de 2010 se debe analizar desde esta perspectiva de *longue durée* si se quieren evitar conclusiones coyunturales con poco poder explicativo. Los ciclos de las revueltas están ligados directamente a los periodos delimitados por los procesos de acumulación de capital y de poder, con cada vez mayor intervención exterior y con la función de la región

en una economía-mundo que ahora ya es un sistema global en todos los ámbitos del poder.

La Primavera Árabe es una reacción a la evolución neopatrimonialista de los regímenes. El neopatrimonialismo, la corrupción y el capitalismo de amigos son una consecuencia de la debilidad de los movimientos sociales, sobre todo debido a la represión de las décadas anteriores y a la indiferencia o apoyo directo de las elites europeas y americanas a las elites nacionales en el Norte de África y Oriente Medio. Las demandas de cambio de régimen no tienen solo una dimensión política, pues el régimen abarca todas las dimensiones del poder: dictatorial, capitalismo políticamente conectado, nepotismo, corrupción, control de la información, etc. Y aunque en un primer momento no se apreciara (en especial porque esta vez los eslóganes de los manifestantes no apuntan hacia el exterior), las protestas desarrolladas a lo largo de 2011 tienen también una relación directa con la influencia de actores externos y la globalización del sistema. Solo cabe recordar que la reacción primera del presidente francés Nicolas Sarkozy a la Primavera Árabe fue ofrecer su apoyo en seguridad a Ben Ali y a Mubarak, y la ausencia de crítica a los demás dictadores⁵⁵.

La Primavera Árabe ha producido algunos cambios positivos como la caída del dictador Ben Ali en Túnez y la conciencia en muchas de estas sociedades de que la movilización es posible (aunque también de los costes, cuando esta no produce los resultados esperados). La represión ha llevado a cambios negativos como las guerras civiles en Siria, Libia y Yemen, o la intensificación del control autoritario en Egipto. En otros territorios como Bahrein o Marruecos los regímenes se han mantenido con una fuerte represión y reformas mínimas.

Años después de la Primavera Árabe siguen las protestas de forma intensa en distintas partes de la región: en Marruecos con el Movimiento Popular (*Hirak Chaabi*) en el Rif y en la localidad minera de Jerada; en Argelia con las manifestaciones masivas que se inician contra una quinta candidatura presidencial de Abdelaziz Bouteflika, o en Palestina con la «Gran Marcha del Retorno» para exigir el fin del bloqueo y el derecho al retorno de las per-

⁵⁵ Barah MIKAIL: «Francia y la primavera árabe: una política oportunista», *Documento de trabajo FRIDE*, 110 (2011).

sonas refugiadas. En la actualidad, un cambio de régimen no parece suficiente para transformar las condiciones de vida de las personas. En el sistema global, el poder, los intereses, la competición y las alianzas de las élites están entrelazados. La caída de un dictador puede producir cambios políticos importantes en el país en cuestión, pero no modifica la función y el encaje de una sociedad en la economía-mundo.

No obstante, en todos los casos, la población del mundo árabe y la región de Oriente Próximo ha tomado conciencia de que su vida está ligada a las alianzas de sus élites con las élites globales; que su permanencia y acumulación de riqueza y poder dependen de esta alianza y de su función en el sistema global, y de que, por tanto, se debe denunciar esta alianza, que es vista como producto de la corrupción de un sistema cada vez más neopatrimonial. El «Hirak digital» marroquí⁵⁶ contra tres grandes marcas de yogures, agua mineral y gasolina —que simbolizan la connivencia del gran capital marroquí (ligado en buena parte a la Casa Real) y el gran capital transnacional— es una demostración de que no solo la economía, sino también el poder y la resistencia se han globalizado.

⁵⁶ El Mehdi BERRADA y Fahd IRAQI: «Boycott au Maroc: un “Hirak” numérique», *Jeune Afrique*, 12 de junio de 2018.

*La respuesta al fascismo en Egipto (1930-1948): antifascismo, anticolonialismo y antimperialismo**

Laura Galián

Universidad Autónoma de Madrid
laura.galian@uam.es

Resumen: El antifascismo ha sido estudiado sobre todo como producto de la historia de los Estados-nación europeos. La historiografía sobre el fascismo ha dejado de lado sus experiencias coloniales e imperialistas y, en consecuencia, las expresiones antifascistas en sociedades colonizadas. El objetivo de este artículo es el de analizar la reacción ante el fascismo del marxismo egipcio desde 1930 a 1948 para incorporar estas experiencias a la historia global del antifascismo. A través de un análisis crítico de historia transnacional, este artículo saca a la luz la articulación del antifascismo en Egipto como una tríada inseparable del anticolonialismo y el antimperialismo.

Palabras clave: antifascismo, Egipto, marxismo, sionismo, anticolonialismo.

Abstract: Anti-fascism has been studied almost eminently as a product of the history of the European nation-states. The historiography on fascism has left aside its colonial and imperialist experiences and consequently the antifascist expressions in colonised societies. The aim of this article is to analyse the reaction to fascism of Egyptian Marxism from 1930 to 1948 in order to incorporate these experiences into the global history of anti-fascism. Through a critical analysis of transnational history, this article sheds light on the articulation of anti-fas-

* Este trabajo forma parte de los resultados de investigación del proyecto de I+D «Representaciones del islam en el Mediterráneo *glocal*: cartografía e historia conceptuales», FEDER-MICINN: RTI2018-098892-B-100.

cism in Egypt as an inseparable triad from anti-colonialism and anti-imperialism.

Keywords: anti-fascism, Egypt, Marxism, Zionism, anti-colonialism.

Introducción

En marzo de 1937, Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), fundador del movimiento de vanguardia futurista italiano, impartió una conferencia sobre poesía en la sede del grupo literario y cultural Les Essayistes en El Cairo. Nacido en Alejandría, Marinetti llegó a ser miembro de la Reale Academia d'Italia gracias al nombramiento directo de Mussolini y a su cercanía al régimen fascista. El resultado de la ponencia, que acabó en una reyerta abierta entre los miembros del público y el propio Marinetti, fue significativa y marcó un antes y un después en la lucha antifascista en Egipto. El incidente ha sido recordado por la historiografía egipcia y no egipcia como el catalizador del movimiento marxista, antifascista e internacionalista en la región, que, desde finales de los años treinta, vivió un nuevo impulso en su lucha contra el fascismo y, en última instancia, por la independencia nacional y la emancipación total de Egipto.

El antifascismo ha sido estudiado sobre todo como producto de la historia de los Estados-nación europeos. La historiografía sobre el fascismo ha dejado de lado sus experiencias coloniales e imperialistas y, en consecuencia, sus expresiones antifascistas en sociedades colonizadas. El estudio del antifascismo no solo ha olvidado su historia colonial y poscolonial, sino que ha tendido a acercarse a estos movimientos con un objetivo local o regional, en muchas ocasiones desde el prisma de su emergencia en los Estados-nación¹. En los últimos años ha habido un giro transnacional en los estudios antifascistas que ha dado como resultado la incorporación de estudios de caso hasta ahora desconocidos. Desde la historia transnacional ha comenzado una reflexión crítica sobre la necesidad de mirar a este fenómeno desde un prisma alejado del Estado-nación y de las fronteras de Europa. Esta perspectiva ha demostrado ser no solo válida, sino también necesaria en el estudio del antifascismo, cuyo análi-

¹ Hugo GARCÍA: «Transnational History: A New Paradigm for Anti-Fascist Studies?», *Contemporary European History*, 25, 4 (2016), pp. 563-572, esp. p. 564.

sis se lleva a cabo entendiendo que en muchas ocasiones el antifascismo en su pluralidad ha sido un fenómeno ligado a la «cultura del exilio», es decir, casi enteramente perteneciente a la diáspora de los exiliados políticos que escaparon del fascismo y el autoritarismo de sus respectivos países en busca de espacios como Latinoamérica o el Sur del Mediterráneo, convertidos en lugares de acogida que otorgaban una relativa seguridad a estos exiliados políticos. Estos estudios, aunque pertinentes y necesarios a la hora de abordar las expresiones locales del antifascismo en conexión con este fenómeno transnacional, son insuficientes y en muchos casos refuerzan una mirada colonial. Si bien estos análisis muestran las realidades antifascistas en sociedades de ultramar, privilegian la mirada de los exiliados políticos en su lucha contra el fascismo y el nazismo y olvidan que esta lucha fue, en muchas ocasiones, una lucha paralela a la lucha anticolonial y por la emancipación nacional, como en el caso que nos ocupa en estas páginas.

La lucha contra el fascismo y el nazismo en Egipto y la emergencia de grupos antifascistas, a los que dedicamos este artículo, es inseparable del momento de lucha anticolonial y de la necesidad de emancipación de los egipcios del yugo imperialista. El fascismo italiano o el nazismo alemán en la región no solo se percibieron con preocupación por su autoritarismo, militarización y racismo, algo que, por otro lado, ya habían experimentado los egipcios como colonia de la metrópolis británica, sino y sobre todo, se percibieron como una nueva injerencia europea que, en caso de establecerse, minaría sus posibilidades de emancipación. La lucha contra el fascismo, por tanto, formó parte de la misma lógica anticolonial que ya existía en los movimientos políticos de base. Una lógica por la que era necesaria la liberación de los pueblos tanto a nivel local como global. Para entender cómo se hilan estos discursos, luchas y estrategias políticas en el periodo de entreguerras en Egipto, vamos a dividir este artículo en cuatro partes. La primera da cuenta de cómo se vivió y percibió la amenaza fascista y nazi en el país. La segunda analiza la respuesta de la izquierda egipcia, heterogénea en sus filiaciones políticas, al fascismo y al nazismo, y cuáles fueron las estrategias de lucha antifascista que desarrollaron desde el emergente y heterogéneo movimiento marxista. La tercera parte está dedicada a Palestina como cuestión central en la lucha antifascista y anticolonial, y, en concreto, nos centraremos en la postura del mar-

xismo en Egipto sobre el sionismo. Por último, el cuarto apartado desentraña el funcionamiento y colaboración de las redes antifascistas de la comunidad italiana que operaba en Egipto como una historia paralela, a la vez que conjunta, de la lucha antifascista local para dar cuenta del carácter transnacional, global a la par que local, de estos movimientos.

Así, este artículo pretende contribuir a la historia transnacional del antifascismo en sociedades coloniales haciendo hincapié en la lucha antifascista, sin dejar de entender su relación con las redes transnacionales del periodo de entreguerras. En última instancia, el propósito es sacar estas historias de las fronteras de Europa y empezar a entender el fascismo y el antifascismo como parte, también, de los procesos de descolonización que se desarrollaban de manera paralela.

¿Podemos hablar de fascismo en Egipto?

Definir el fascismo ha sido una tarea no exclusiva de la historia que ha suscitado numerosas discrepancias. El carácter revolucionario, ideológico y cultural de este fenómeno, más que su emergencia por oposición exclusiva al comunismo, es quizá el aspecto a destacar a la hora de describir la experiencia egipcia con el fascismo. La relación de Egipto con el fascismo se puede leer de manera paralela a la de España, salvaguardando las enormes diferencias. Como asegura Ismael Saz, se ha establecido una conexión entre el régimen fascista y el fascismo reduciendo la experiencia española a la dictadura, siendo esta analizada como una forma «local» de fascismo, lo que ha acarreado importantes problemas en el estudio de su historia y sus consecuencias². Como revolución, el fascismo preveía una nueva sociedad; como ideología, había reformado el nacionalismo buscando una alternativa al liberalismo, y como cultura, propugnó la transformación de la nación y la construcción de un «hombre nuevo»³. El periodo de entreguerras fue un momento de impor-

² Ismael SAZ: «Paradojas de la historia, paradojas de la historiografía. Las peripecias del fascismo español», *Hispania*, 51, 207 (2001), pp. 143-176.

³ Enzo TRAVERSO: *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2012, esp. pp. 109-110.

tantes cambios sociopolíticos en Egipto, que, sin embargo, no acabaron con el sueño anticolonial y democrático que pedía la población y que culminó en la Revolución de 1919. En ese sentido, la acogida del fascismo por parte de ciertos sectores de la sociedad egipcia se puede explicar por su carácter revolucionario y su emergencia como alternativa a la crisis parlamentaria, identitaria y poscolonial del país.

En el contexto posterior a 1919, el Wafd, en un primer momento como proyecto de delegación a las negociaciones del fin de la Gran Guerra y más tarde como partido, supo reconducir la lucha anticolonial, debido a un apoyo popular sin precedentes. Esta popularidad se intensificó de forma progresiva tras el arresto y deportación de Sa'ad Zaghlul a Malta en marzo de 1919 junto a otros miembros del partido. De esta manera, el Wafd —y, en concreto, Sa'ad Zaghlul— se convirtieron simbólicamente en la encarnación del propio Egipto y en sus representantes nacionales. Su éxito se explica por la composición heterogénea de sus filas, que aglutinaron tanto a una pequeña burguesía urbana como a latifundistas rurales. De hecho, el partido se caracterizó por ser el partido de la burguesía nacionalista y, con ello, el representante de los intereses de la clase media urbana y rural. Sin embargo, las negociaciones entre Gran Bretaña y el Wafd no terminaron en un acuerdo bilateral, sino en una declaración de independencia unilateral por parte de los británicos que no garantizó la completa independencia del país. Además, la Constitución de 1923 otorgó al rey Fuad (1917-1936) poderes casi absolutos, lo que, unido a la gran depresión de 1929, sumió a Egipto en una profunda crisis y condujo a la decepción general de la población respecto al sistema parlamentario controlado por fuerzas autoritarias en connivencia con la monarquía y el imperio colonial, minando finalmente todas las esperanzas puestas en la lucha anticolonial y la revolución de 1919⁴.

La presencia de los militares británicos en suelo egipcio, resultado de los acuerdos de 1922 y posteriormente de 1936, continuó obstaculizando la independencia nacional y favoreciendo los intereses británicos. Sin embargo, esta presencia no constituyó el único foco de amenaza imperialista y colonial en la época. El sueño de

⁴ Afaf Lufti AL-SAYYID MARSOT: *A Short History of Modern Egypt*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, esp. p. 82.

Mussolini de un imperio africano que finalmente otorgase a Italia un papel relevante como fuerza colonial, en su anhelo por convertirse en el antiguo Imperio Romano, terminó con la agresión italiana en Abisinia (1935-1936) y la conquista militar de Libia (1911-1942)⁵. A pesar de que Italia desarrolló una vigorosa propaganda fascista en el Mediterráneo, lo que se tradujo en un aumento y emergencia de grupos fascistas en la heterogénea comunidad italiana de Egipto, la opinión pública egipcia fue, en su mayoría, desfavorable a una nueva invasión colonial, que se percibía como una injerencia extranjera más en la región que debía ser combatida. La crisis etíope (*al-Azma al-habashiyya*), como lo llamó la prensa del momento, fue la principal fuente de preocupación egipcia en los años treinta. La prensa rechazó especialmente la invasión italiana de Etiopía y de esa manera moldeó la actitud contraria general al fascismo de la opinión pública⁶. Como demuestra el detallado estudio de Gershoni y Jankowski (2010), una mayoritaria opinión pública rechazó el autoritarismo, el racismo y el imperialismo que emanaba de esta ideología y que era contrario a los deseos comunes de independencia y emancipación.

Sin embargo, otro sector de la población fue seducido por la aparente habilidad de Benito Mussolini y Adolf Hitler de transformar sus respectivas naciones humilladas y en crisis por medio de la exaltación nacional y la rehabilitación económica. El apoyo institucional y a veces popular al fascismo por parte de la población egipcia en los años treinta fue amparado por la emergencia de grupos de estética fascista. La oposición al Imperio británico de ambas potencias, Italia y Alemania, reforzó la idea de que «el enemigo de mi enemigo es mi amigo». Por eso, la organización de Ahmad Hussein Joven Egipto (Misr al-Fatat), fundada en 1933 y más tarde convertida en partido político, ha sido generalmente analizada desde el prisma de la proyección orientalista del fascismo local en la región. Estas interpretaciones, por lo general

⁵ Véase Anna BALDINETTI: *Orientalismo e colonialismo. La ricerca di consenso in Egitto per l'impresa di Libia*, Roma, Pubblicazioni dell'Istituto per l'Oriente C. A. Nallino, 1997.

⁶ Israel GERSHONI y James JANKOWSKI: *Confronting Fascism in Egypt: Dictatorship versus Democracy in the 1930s*, Stanford, Stanford University Press, 2010, esp. p. 59.

provenientes de la historiografía nacionalista y marxista egipcia, han hecho un flaco favor a una organización que, si bien se sintió atraída por el estilo paramilitar del fascismo italiano, fue abiertamente crítica con las políticas de Mussolini en la región⁷. La organización Joven Egipto, que tuvo una transformación ideológica constante desde su fundación hasta su conversión final en partido político, tenía el objetivo de restaurar el orgullo nacional a través de la participación juvenil en campañas de boicot a productos extranjeros, el rechazo de los privilegios de las comunidades de expatriados y el fin de la ocupación británica⁸. La relación de la organización de Hussein con el fascismo es necesario leerla en una clave estética más que ideológica. La formación de sus cuadros jóvenes de Camisas Verdes, al igual que las Camisas Azules del partido Wafd, exaltaron la obediencia absoluta a la patria junto a la tríada: *allah*, *al-watan*, *al-malik* (Dios, la nación, el rey) y favorecieron este tipo de interpretaciones.

Gran parte de las reacciones políticas y sociales que surgen ante la crisis parlamentaria de los años treinta en Egipto vinieron a demostrar que cualquier postulado político del momento se producía no como reacción, causa, efecto, reflejo o extensión del encuentro con la modernidad/colonialidad europea, sino como una negociación dialógica en la que participaron desde Joven Egipto, los Hermanos Musulmanes y la fraternidad fundada por Hassan Al-Banna en 1928, hasta los grupos antifascistas que analizamos en este artículo. Estas organizaciones y movimientos —que en un principio no tenían pretensión hegemónica— surgieron como reacción al fraude del sistema parlamentario, la injerencia extranjera en la región y al auge del fascismo, cuyas actividades estuvieron sometidas a una gran represión por parte de las autoridades locales y coloniales. Por todo ello no es de extrañar que en ocasiones el marxismo y el islamismo hayan formado lo que Luz Gómez denomina «convergencias paralelas», es decir, posiciones de reconocimiento compartido y colaboraciones estratégicas, en determina-

⁷ Roel MEIJER: *Contemporary Egyptian Historiography of the Period 1936-1952: A Study of its Scientific and Political Character*, Amsterdam, Netherlands Flemish Institute, 1985, esp. p. 120.

⁸ James JANKOWSKI: *Egypt's Young Rebels. «Young Egypt», 1933-1952*, Stanford, Stanford University Press, 1975, esp. p. 13.

das circunstancias para la movilización por la liberación nacional⁹. De ahí que consideremos que estas organizaciones surgidas en la década de 1930 tienen que ser entendidas desde el prisma anticolonial, antimperialista y emancipatorio de la época, a pesar de que sus alianzas fluctuasen progresivamente entre ideologías opuestas y, en ocasiones, contradictorias.

El marxismo egipcio ante el antifascismo

En este contexto, las organizaciones marxistas, operativas desde los años veinte, se reactivaron en torno a la lucha antifascista en su intento de frenar la ola de propaganda italiana y alemana en la región. Esta lucha fue el revulsivo necesario para canalizar el movimiento marxista egipcio, que había quedado relegado a un segundo plano tras la desaparición del primer partido comunista, fundado en 1921¹⁰. En los años treinta aparecieron numerosas organizaciones antifascistas de diverso carácter, en su mayoría marxistas, con el objetivo de oponerse al imperialismo, al creciente antisemitismo y al autoritarismo del fascismo europeo (sobre todo, en Italia y Alemania). Estas organizaciones contribuyeron al desarrollo del segundo movimiento marxista desde finales de los años treinta y a su alrededor volvió a movilizarse un cuadro heterogéneo de activistas que, junto a sus redes transnacionales, crearon un nicho de disidencia que preocupó no solo a las autoridades egipcias, sino también a las italianas y británicas. Para autores como Gennaro Gervasio¹¹, Selma Bootman¹² o

⁹ LUZ GÓMEZ GARCÍA: *Entre la sharía y la yibad. Una historia intelectual del islamismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2018, pp. 193-224.

¹⁰ La historia del movimiento marxista en Egipto ha sido dividida por Gennaro Gervasio (2005) en tres fases: la primera da comienzo en 1920 con la creación del Partido Comunista egipcio; la segunda se desarrolla en la década de los cuarenta y culmina con la disolución del partido y la unión de sus miembros a la Unión Árabe Socialista, liderada por Gamal 'Abdel Nasir, y la tercera da comienzo tras la catástrofe (*naksa*) de 1967 y la formación de la «nueva izquierda», cuyos miembros siguen presentes y activos hasta nuestros días. Véase Gennaro GERVASIO: «Scrivere la storia dai margini. Note sulla alternativa marxista in Egitto (1967-1981)», *Oriente Moderno*, 24, 85 (2005), pp. 437-453.

¹¹ *Ibid.*, pp. 437-453.

¹² Selma BOOTMAN: *The Rise of Egyptian Communism, 1939-1970*, Syracuse, Syracuse University Press, 1989.

Bárbara Azaola¹³, especialistas en el movimiento marxista egipcio, el renacimiento de la izquierda en los años cuarenta se debe en gran medida a la labor de estos antifascistas, en su mayoría organizados como grupos culturales. No se ha demostrado aún la relación de estos grupos con las primeras agrupaciones de la izquierda que aparecieron en el país a través del primer movimiento comunista, ya que en esos años se produjo un importante cambio generacional en los cuadros como resultado de un nuevo contexto en la politización juvenil del momento¹⁴.

La actividad antifascista en Egipto, en un primer momento organizada en torno a círculos culturales e intelectuales, utilizó estos espacios como punto de encuentro para el intercambio y propagación de su ideario. Les Essayistes, club científico-cultural fundado en 1920 por Leon Castro, abogado y declarado anticolonialista, aparece en este contexto. Abiertamente sionista, el grupo fundado por Leon Castro atrajo a numerosos miembros de las diferentes comunidades de expatriados y egipcianizados (*mutamasi-rrun*), que, a través de este espacio cultural, se movilizaron contra el antisemitismo y la propagación del fascismo y del nazismo usando estrategias de boicot económico y cultural contra productos alemanes¹⁵. George Henein (1914-1973), destacada figura del surrealismo egipcio, a su vuelta a El Cairo tras su estancia en París en 1933 participó en el club cultural Les Essayistes, donde conoció a los que años más tarde serían sus compañeros y cofundadores del grupo Arte y Libertad (al-Fann wa-l-Hurriyya), el único nicho antiestalinista del momento.

Sin embargo, la actividad antifascista en la región no solo se redujo a exclusivos espacios de discusión y debate. En 1934, Paul Jacot Descombes fundó la Liga Pacifista (Ansar al-Salam) junto a Sakellanis Yamakakis y Raymond Aghion, declarado socialista utópico, con el objetivo de luchar contra el creciente fascismo en la re-

¹³ Bárbara AZAOLA: «The Communist Movement in Egypt», en Laura FELIÚ y Ferran IZQUIERDO: *Communist Parties in the Middle East. 100 Years of History*, Nueva York, Routledge, Taylors and Francis Group, 2019, pp. 152-167.

¹⁴ Para conocer la bibliografía esencial sobre la izquierda egipcia véase Didier MONCIAUD (ed.): «Les gauches en Egypte», *Cahiers d'Histoire. Revue d'histoire critique*, 105-106 (2008), <http://chrhc.revues.org/1233>.

¹⁵ Selma BOOTMAN: *The Rise of Egyptian...*, p. 6.

gión. Descombes, nacido en El Cairo de padres suecos, tras su experiencia en Alemania y su contacto con los trabajadores de Asuán, consideró necesaria la formación de grupos políticos en Egipto que combatieran el fascismo a través de una feroz propaganda antifascista. La Liga Pacifista surgió como sección del Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo (Amsterdam-Peyel) y en 1936 se adhirió al movimiento internacional Rassemblement Universel pour la Paix (RUP), en el que participaban importantes personajes de la época como Pierre Cot y el conservador británico Lord Robert Cecil, galardonado con el Premio Nobel de la Paz en 1937. La Liga Pacifista fue conocida en los años treinta por su labor antifascista: atacó la ocupación italiana en Etiopía y apoyó a los republicanos españoles en su lucha contra el fascismo, organizando seminarios sobre la Guerra Civil española y campañas de solidaridad. Tanta era su preocupación por España y la lucha contra el bando franquista que la Liga se puso en contacto con el embajador español en Egipto para expresar su intención de mandar voluntarios a luchar en el bando republicano¹⁶.

En constante contacto con las redes internacionales contra el fascismo, la Liga tuvo un marcado carácter local. Descombes, declarado comunista, creía firmemente en la necesidad de construir un movimiento marxista donde los extranjeros o egipcianizados tuvieran un papel secundario y de mera asistencia. Precavido a la hora de expresar abiertamente sus intenciones, su objetivo era poder proseguir con los objetivos antifascistas de la Liga sin la interferencia de las autoridades tanto egipcias como británicas, especialmente preocupadas por el auge del «bolchevismo», como apuntan los documentos consulares de la época. Para Descombes, los antifascistas italianos eran elementos poco fiables y rechazó cualquier tipo

¹⁶ Marcel Israel, importante figura del movimiento comunista egipcio y miembro de la Liga Pacifista, contactó en 1937 con la Embajada de España en Egipto para alistarse en las brigadas internacionales. En su artículo «The Rise of Homemade Egyptian Communism: A Response to the Challenge Posed by Fascism and Nazism?» (2014), Rami Ginat cuenta cómo el embajador lo disuadió de tal propósito, alegando que era más útil para la causa su labor antifascista en Egipto que en España. Véase Rami GINAT: «The Rise of Homemade Egyptian Communism: A Response to the Challenge Posed by Fascism and Nazism?», en Israel GERSHONI y James JANKOWSKI (eds.): *Arab Responses to Fascism and Nazism. Attraction and Repulsion*, Austin, University of Texas Press, 2014, pp. 195-215, esp. p. 202.

de colaboración¹⁷. Muchos de los miembros de la Liga veían estas constantes precauciones más como un obstáculo que como una ventaja en términos de seguridad. Marcello Leone (1913-), conocido comunista egipcio de origen italiano y miembro de la Liga, recuerda este episodio de la siguiente manera:

«Estaba desilusionado. Paul Jacquot-Descombes siempre fue un verdadero comunista, muy prudente, demasiado prudente. No podía olvidar la traición del secretario general del partido que había causado el arresto de decenas de militantes. Tenía una obsesión y se comportaba con un sectarismo total, una sospecha increíble. Estaba en contacto con un grupo de antifascistas y había propuesto que se adhiriesen a la Liga. Jacquot-Descombes lo rechazó, veía provocadores por todas partes»¹⁸.

Leone, que tras su estancia en el Líbano por motivos de salud fue nombrado corresponsal del Partido Comunista sirio-libanés Saut al-Sha'ab, al igual que Descombes, se dio cuenta de que el papel de los marxistas extranjeros en Egipto, en un contexto de grandes contradicciones y de lucha anticolonial, tenía que concentrarse en aspectos formativos y no les correspondía ocupar posiciones de liderazgo¹⁹.

La Liga Pacifista, que progresivamente se convirtió en una organización paraguas para marxistas egipcios y no egipcios, se articuló a través de tres secciones: Alejandría, El Cairo y Port Said. Un esquema que recordaba a la organización del primer movimiento anarquista en la región y a otros movimientos de izquierdas de la época. Esto se explica por el carácter internacional de los miembros de la Liga, formada por un gran número de expatriados o egipcianizados. Su composición es importante si atendemos a uno de los grandes debates del comunismo egipcio, sobre todo a partir de los años cuarenta, que giraba en torno a la necesidad de egipcianizar

¹⁷ Didier MONCIAUD: «Pacifisme, antifascisme et anticolonialisme dans l'Égypte des années 1930: l'expérience de la ligue pacifiste Ansâr al Sâlam», *Cahiers d'histoire. Revue d'histoire critique*, 127 (2015), pp. 51-74, p. 11, <http://chrhc.revues.org/4406>.

¹⁸ Guido VALABREGA: «Note sulla partecipazione di italiani ai movimenti antifascisti in Egitto negli anni trenta e quaranta», *Italia contemporanea*, 203 (1996), pp. 203-304, esp. p. 298.

¹⁹ *Ibid.*, esp. p. 297.

sus cuadros y convertir el exclusivo movimiento en uno de masas que aglutinara a los sectores más pobres de la sociedad. Otro de los grandes debates era si incluir en el movimiento a trabajadores, ya que hasta el momento había estado enfocado exclusivamente a intelectuales de clase media. A este proceso se le llamó *ta'aml* (dar la organización a los trabajadores). Al igual que el primer movimiento marxista de los años veinte, en esta nueva etapa la izquierda y la movilización antifascista emergieron de las comunidades de expatriados intelectuales y trabajadores europeos, sobre todo en Alejandría, El Cairo y Port Saïd. Liderados por miembros de las comunidades de egipcianizados, estos grupos apoyaron los objetivos del movimiento mundial por la paz y la vuelta a la armonía entre diversas comunidades. La comunidad griega, mayoritariamente presente en Alejandría, fue muy activa en esta ciudad, ya que luchaba al mismo tiempo contra la dictadura de Metaxas (1936-1941) y la usaron, al igual que muchos, como organización paraguas para la formación de un movimiento marxista propio. Entre ellos participaron Theodosios Pierides, empleado de los tribunales mixtos, escritor y poeta comunista expulsado en 1946, y Yanni Hadjiandria, escritor y miembro activo de la Liga. La comunidad de trabajadores y exiliados políticos provenientes de Italia se asentaron en las tres ciudades. Poseían una larga historia de participación en los movimientos sindicales en Egipto, al igual que los integrantes de la comunidad griega. Su participación en la Liga fue de notoria importancia para contrarrestar la feroz propaganda fascista que el régimen de Mussolini estaba llevando a cabo en el país. La sección de Port Saïd, que formaba parte de la Liga de las Naciones Unidas, incorporó a numerosos residentes británicos, que a su vez fundaron un Comité Internacional por la Defensa de la Paz en 1935²⁰.

La Liga recibió también el apoyo de diferentes organizaciones del movimiento feminista egipcio. Además, se crearon secciones femeninas del movimiento por la paz internacional en el país, como fue el caso de la sección de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, y la sección de la Liga Internacional de Madres y Educadoras para la Paz, compuesta por activistas de la Unión Feminista Egipcia (en adelante, UFE) cuyo objetivo era promo-

²⁰ *Ibid.*, esp. p. 4.

ver una educación pacifista desde la infancia²¹. Asimismo, la UFE, que siempre se mantuvo como organización independiente y autónoma de la Liga, colaboró muy de cerca con el movimiento antifascista en Egipto. La Liga organizó conferencias donde participaron importantes miembros de la UFE, como la reunión de 25 de octubre de 1935 en favor de la paz y contra la agresión italiana en la que intervinieron Huda Sha'arawi (1879-1947) y Ceza Nabarawi (1897-1985). La UFE facilitó espacios y salas para la organización de eventos de la Liga y algunos de sus miembros participaron en las conferencias internacionales de la RUP, como sección egipcia de la lucha antifascista, aunque siempre manteniendo sus siglas.

La Liga Pacifista, como organización paraguas, fue la primera experiencia en la vida política de muchos jóvenes que más tarde comenzaron a organizarse en torno al marxismo. Todo ello vino de la mano del redescubrimiento de la cuestión nacional y colonial a través del activismo internacionalista como elemento decisivo en su compromiso político. Yussef Darwish (1910-2006), abogado e importante figura de la historia del comunismo egipcio, se hizo comunista durante su estancia en la Universidad de Toulouse, donde estuvo expuesto a la literatura marxista y fue miembro de una sección local del Partido Comunista francés. La mayor parte de estos jóvenes también evolucionaron hacia el marxismo en un proceso constante de arabización del movimiento comunista.

Las divergencias entre los miembros de la Liga dieron lugar a la escisión del grupo. Aunque muchos de sus miembros querían convertirla en un partido, Jacot-Descombes rechazó cualquier referencia marxista desde el inicio. Además, consideró que el movimiento no estaba preparado ni el contexto político lo permitía. Los debates sobre la egipcianización del movimiento y la necesidad de fundar un partido comunista sin miedo a las etiquetas se materializaron en una ruptura que dio lugar a la fundación, por un lado, de la Unión Democrática, club político cultural dirigido por Esam Hefni Nasef donde participaron numerosos miembros de la comunidad de egipcianizados y expatriados; por otro, del grupo clandestino Liberación del Pueblo (*Tabrir al-Sba'ab*), dirigido por Marcel Israel, y, por último, del círculo secreto marxista Grupo de Estudios (*Gama'at*

²¹ Didier MONCIAUD: «Pacifisme, antifascisme...», p. 11.

al-Bubuz), creado por los jóvenes judíos egipcios Yussef Darwish y Raymond Douaik, cuyo propósito era estudiar la sociedad egipcia. El Grupo de Estudios de Darwish y Douaik publicó el libro *Egypt Now* dirigido a los soldados aliados en Egipto con la intención de educarlos sobre la historia y la situación social del país.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939, la Liga Pacifista se disolvió, poniendo fin a una de las mayores iniciativas antifascistas transnacionales creadas con una base política heterogénea. Su disolución no significó el fin de la actividad antifascista en la región, ya que la Liga ayudó en el proceso de politización de muchos jóvenes que, a través de esta primera experiencia, continuaron su actividad política en otros colectivos culturales, artísticos y políticos, donde el antifascismo, junto al anticolonialismo y la lucha por la liberación nacional, fueron sus grandes retos.

Un año antes de la disolución de la Liga Pacifista, el 22 de diciembre de 1938, un grupo de treinta y un artistas, escritores y abogados, muchos de ellos activos en la Liga Pacifista, firmaron el manifiesto de Georges Henein: *Larga vida al arte degenerado (Yahiyya al-Fann al-Munhat)*²². En este manifiesto, Henein y los demás firmantes criticaban de manera contundente el autoritarismo de la «sociedad moderna» y de sus instituciones. El manifiesto surgió como una respuesta a la prohibición de «los repulsivos artistas y poetas» y, sobre todo, a las exhibiciones *Entartete kunst* en Múnich en 1937, enmarcadas en la campaña contra el arte degenerado que comenzó Adolf Hitler y en la que participaron más de 112 artistas con 650 obras de arte²³. Con la reivindicación del término «degenerado» (*al-munhat*), el grupo Arte y Libertad, surgido un año más tarde de la firma de este manifiesto, articuló un discurso antiautoritario y antifascista: «El arte, por su naturaleza, es un intercambio intelectual y emocional constante en el que la humanidad como un todo participa y no puede, por lo tanto, aceptar estas limitaciones artificiales», consideraba George Henein²⁴.

²² George HENEIN: «Yahiyya al-Fann al-Munhat», *al-Kitaba al-'Ukbra*, Al-Qahira, s. e., 1992.

²³ Patrick KANE: «Art Education and the Emergence of Radical Art Movements in Egypt: The Surrealists and the Contemporary Arts Group, 1938-1951», *Journal of Aesthetic Education*, 44, 4 (2010), pp. 95-119, esp. p. 97.

²⁴ George HENEIN: «Yahiyya al-Fann...».

El auge del fascismo tanto fuera como dentro de las fronteras de Egipto fue uno de los principales catalizadores para la formación del grupo Arte y Libertad. Su objetivo era la liberación de todas las formas de opresión de los regímenes autoritarios, locales, internacionales o autoimpuestos a través de la propagación de un programa revolucionario que defendiera la imaginación, la libre expresión artística y corporal, así como la libertad social y personal. A nivel local, como apuntan Bardaouil y Fellrath²⁵, se centraron en criticar la rigidez y el control de las artes por las instituciones ligadas al Estado, como la Escuela Egipcia de Bellas Artes, fundada en 1908 y convertida en la institución por excelencia en la enseñanza del arte profesional moderno²⁶. Sin embargo, la preocupación por el fascismo fue constante en las actividades del grupo. En 1935 en *Un Effort*, revista literaria ligada al grupo Les Essayistes donde participaron algunos miembros de Arte y Libertad, se publicó un diccionario titulado *Fragments del pequeño Larousse ilustrado. Diccionario para uso del mundo burgués (Fragments du petit Larousse illustré. Dictionnaire à l'usage du monde bourgeois)*, donde se define el fascismo como «una manera diferente de enfadar a los otros» (*encore un manière de fâcher les autres*)²⁷. Asimismo, Ramsis Yunan (1913-1966)²⁸, destacado pintor, escritor y miembro del grupo, escribió en 1942 el artículo «El peligro del fascismo» (*Khaturat al-Fashiyya*), donde denunciaba la postura de ciertos intelectuales que no veían el peligro del fascismo y se «lava[ba]n las manos» como hacían otros «jugando a las cartas»²⁹. Asimismo, Yunan se definió abiertamente contra el fascismo y las mafias que lo componían:

²⁵ Sam BARDAOUIL y Till FELLRATH: *Art et Liberté. Ruptura, guerra y surrealismo en Egipto (1938-1948)*, Madrid, SKIRA, 2017, p. 34.

²⁶ Patrick KANE: *The Politics of Arts in Modern Egypt: Aesthetics, Ideology and Nation Building*, Londres, I. B. Tauris and Co. Ltd., 2013, p. 26.

²⁷ *Un Effort*, núm. 51, febrero de 1935, p. 23.

²⁸ Nació en la provincia de Minia, en el alto Egipto, en una familia de clase media baja. A los quince años, tras la muerte de su padre, se encargó de sacar adelante a sus cuatro hermanos. En 1933 ingresa en la Escuela de Bellas Artes de El Cairo y tras su exilio en Francia en 1956 ya tenía una posición clara sobre su inclinación política, más cercana al anarquismo individualista que a cualquier otra rama de la izquierda.

²⁹ Ramsis YUNAN: *Dirasat fi-l-fann*, El Cairo, Maktaba al-'usra, 2012, p. 57.

«Y adoptaremos siempre una posición de hostilidad hacia el fascismo y sus numerosas facetas. Porque nosotros odiamos con contundencia estos elementos del fascismo, tanto en Europa como fuera de ella, en los que se basa la mafia fascista. Vemos en esta victoria el presagio de un futuro asfixiante y la decapitación de todos los tesoros profundos de la humanidad de este tiempo»³⁰.

La cuestión palestina: el antifascismo y el antimperialismo ante el sionismo

Tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, la cuestión palestina pasó a ser uno de los temas más importantes de la política egipcia. Algunos autores consideran que los asentamientos judíos en la región, junto a la preocupación por el creciente antisemitismo, provocaron un aumento de la atención y la presencia de la causa palestina entre los miembros de las organizaciones marxistas en Egipto años antes del estallido de la Gran Guerra³¹. Los marxistas no fueron los únicos que en los años treinta comenzaron a hacerse eco de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Palestina. Joven Egipto, los Hermanos Musulmanes y el propio partido Wafd se habían erigido una década antes como los grandes defensores de la causa³². Con el comienzo de la revolución palestina en octubre de 1933, muchos organismos sociales se solidarizaron con el pueblo palestino. Estas muestras de respaldo, que las autoridades egipcias intentaron acallar con el fin de que no incidieran en las negociaciones con los británicos —que acabaron prolongando en el tiempo la presencia de su ejército—, se intensificaron durante la Gran Revolución (*al-Zawra al-Kubra*) de 1936 a 1939. En el imaginario anticolonial egipcio, la causa palestina estaba íntimamente ligada a los estragos del imperialismo y a la colonización, y en ella se proyectaron sus propias inquietudes de descolonización. A pe-

³⁰ *Ibid.*, p. 58.

³¹ Joel BEININ: *Was the Red Flag Flying There? Marxist Politics and the Arab-Israeli Conflict in Egypt and Israel 1948-1965*, Berkeley, University of California Press, 1990, y Abdelqader YASIN: *Al-Qadiyya al-Filistiniyya fi-l-fikr al-yasar al-misri*, Beirut, Dar Ibn Khaldun, 1981.

³² Abdelqader YASIN: *Al-Qadiyya al-Filistiniyya...*, p. 20.

sar de la popularidad de la causa palestina en un momento crucial para el propio pueblo egipcio, las posiciones respecto del sionismo, la partición de Palestina y la consecuente fundación del Estado de Israel dividieron al movimiento marxista egipcio y, en concreto, a sus militantes judíos.

Como miembro de la comunidad judía, Yusuf Darwish comenzó a interesarse por Palestina en los años treinta influido por un libro que había leído durante sus años de estudio en París³³. En 1936 contactó con líderes de la revuelta palestina y organizó campañas de solidaridad para recaudar dinero junto a Raymon Douaik y Ahmad Sadik Saad, los tres de origen judío, declarados antisionistas y miembros de la Liga Pacifista. En 1945 fundaron la revista *al-Fayr al-Yadid* (*El nuevo despertar*), enfocada a los problemas del proletariado egipcio y la lucha sindical. *Al-Fayr al-Yadid* apoyó la primera manifestación antisionista de Egipto, criticando la posición abiertamente racista y antisemita de los Hermanos Musulmanes y de la organización Joven Egipto³⁴.

Los miembros del grupo Arte y Libertad fueron también destacados antisionistas. Las relaciones con Francia y la adhesión al movimiento surrealista se vieron truncadas cuando Ramsis Yunan, tras una polémica sobre la fundación del Estado de Israel, cortó todo tipo de relación con el grupo surrealista parisino. Este hecho es importante para comprender el carácter autónomo de las vanguardias árabes cuando la política se cuela en la actividad artística. Es una de las vías de análisis del antifascismo, en este caso, menos estudiada, en la medida en que la separaría del tronco occidental del que se le hace depender y, además, ahondaría en sus contradicciones ideológicas hasta el punto de quedar en cuestión su razón misma de ser. En 1948, el grupo surrealista parisino publicó un manifiesto titulado *A la niche les glapisseurs de Dieu!*, que Ramsis Yunan se negó a firmar. En mayo de 1948, los surrealistas en Francia llevaron a cabo actividades de recaudación de fondos para la fundación del nuevo Estado hebreo en Palestina³⁵. Breton consideró que esta solución ayudaría a evitar los pogromos antisemitas. Sin

³³ Joel BEININ: *Was the Red Flag...*, p. 55.

³⁴ *Ibid.*, p. 56.

³⁵ Ondřej BERÁNEK: «The Surrealist Movement in Egypt in the 30s and 40s», *Archiv Orientální*, 73, 2 (2005), pp. 203-222, esp. p. 207.

embargo, Henein y Yunan rechazaron participar, argumentando que esta acción iba en contra del surrealismo, opuesto, por definición, al Estado³⁶.

En 1944, Anwar Kamil (1919-1973), quizá uno de los miembros del grupo Arte y Libertad menos estudiado por su vinculación más política que artística con el grupo, publicó un folleto titulado *Sionismo (al-Sabiuniyya)* donde comparaba el sionismo con el nazismo. Gilbert Achcar³⁷ argumenta de manera acertada que quizá este panfleto sea uno de los documentos más inusuales sobre el sionismo de la época. Para Kamil, el extremismo exterminador de Alemania era comparable al extremismo exterminador del sionismo en Palestina. La inusual crítica de Kamil dentro del marxismo egipcio, así como el estilo de su relato —su uso de términos del acervo islámico como *mujahidin* para hacer referencia a los palestinos que defendieron la causa árabe en 1948—, le valió la invitación de Hassan al-Banna para felicitarle por el escrito³⁸. Vemos cómo la visión estanca y parcelada de los grupos políticos no nos sirve para entender las afiliaciones, colaboraciones o propuestas políticas compartidas en un momento de lucha anticolonial.

Por su parte, la organización conocida por sus siglas ISKRA, en árabe *al-Sharara* (Chispa), fundada por Hillel Schwartz en 1942, tenía también un marcado carácter antisionista. Compuesta en su mayoría por jóvenes de origen judío, los miembros de ISKRA consideraban que el sionismo era una amenaza a su identidad como judíos egipcios³⁹. En 1946-1947, liderados por Ezra Harari, descendiente de una respetada y conocida familia judía de Egipto, algunos miembros de esta organización formaron la Liga Judía contra el Sionismo en El Cairo, con sede también en Alejandría. Esta Liga denunció que el sionismo era una herramienta política del imperialismo británico. En una nota que distribuyeron en árabe y francés a los judíos de Egipto intentaban disuadirlos de emigrar a Palestina: «¡Abajo con el sionismo! ¡Larga vida a la hermandad entre judíos y árabes!

³⁶ Sarane ALEXANDRIAN: *Georges Henein*, París, Editions Seghers, 1981, p. 56.

³⁷ Gilbert ACHCAR: *The Arabs and the Holocaust*, Londres, Saqi Books (Epub), 2010, p. 55.

³⁸ *Ibid.*, p. 56.

³⁹ Joel BEININ: *Was the Red Flag...*, p. 57.

¡Larga vida al pueblo egipcio!»⁴⁰. Para los antisionistas del movimiento marxista egipcio, el sionismo constituía una amenaza colonial que interfería con los deseos de independencia nacional propios. Por ello, pedían la creación de un frente unido de judíos y árabes en Palestina contra el imperialismo y el sionismo, considerado una estrategia imperialista⁴¹.

En 1943, Henri Curiel, un conocido marxista egipcio de origen judío y de procedencia italiana, fundó el Movimiento Egipcio por la Liberación Nacional (MELN), con el objetivo de crear un frente unido en la lucha por la independencia nacional. La partición del territorio palestino y la creación del Estado de Israel supusieron un éxito en el imaginario antifascista internacional y por ello la cuestión palestina pasó a ser una prioridad para el MELN. En un detallado informe publicado con ocasión de la manifestación antisionista de 1945 en El Cairo, Curiel criticó abiertamente la partición de Palestina, que consideraba un «país binacional». Sin embargo, el movimiento comunista, y, en concreto, Henri Curiel y el MELN, terminaron aceptando la división y apoyaron la resolución de la ONU del 14 de mayo de 1947, como así lo hicieron también los comunistas palestinos. No hay duda de que Curiel y el MELN rechazaban el sionismo como ideología; sin embargo, admitieron sus diferencias con la Liga Judía contra el Sionismo, operativa también en Egipto, y terminaron siguiendo las directrices de la Unión Soviética y el internacionalismo de la época. Curiel consideraba que con una postura moderada y sin declararse abiertamente antisionista podía convencer a los judíos egipcios de no emigrar a Palestina. Para Curiel, la liberación nacional y el antifascismo eran dos cuestiones que estaban por encima de cualquier otra consideración. «S'il y a défense du peuple juif, c'est par idéologie de la résistance nationale», afirma René Gallissot (2009, 51), su biógrafo más importante, en un intento de defender una postura poco entendida para muchos respecto de la causa palestina. Para Curiel y el MELN, la resistencia nacional y la liberación del pueblo judío, como lucha por la emancipación de los pueblos, pasaban por la construcción del Estado de Israel.

⁴⁰ Alisa DOUER y Karim HANTA: *Egypt - The Lost Homeland: Exodus from Egypt, 1947-1967. The History of the Jews in Egypt, 1540 BCE to 1967 CE*, Berlín, Logos, 2015, p. 111.

⁴¹ Joel BEININ: *Was the Red Flag...*, p. 58.

El Movimiento Democrático de Liberación Nacional (conocido por sus siglas HADITU), fundado tras la unión del MELN e ISKRA en 1947, siguió la línea ideológica de la Unión Soviética sobre Palestina; línea que también adoptaron los partidos comunistas a nivel internacional, no sin críticas por parte de sus miembros. HADITU vio en la cuestión palestina la propia lucha egipcia por la independencia y, en paralelo, la evacuación de las tropas británicas como resultado último de la lucha anticolonial tanto en Egipto como en Palestina⁴².

La posición sobre la partición de Palestina supuso la desintegración del movimiento comunista egipcio entre los que se oponían abiertamente al liderazgo de Curiel, que había impulsado la aceptación de la partición y, por tanto, negado la posibilidad de un Estado binacional, conforme a la posición del comunismo internacional, y los que, como Muhamad Tiba, criticaban esta decisión y se vieron rechazados por su oposición a la partición, considerada contraria al internacionalismo y al marxismo⁴³. En mayo de 1948, el Gobierno egipcio, con motivo de la intervención militar en Palestina, declaró el estado de guerra y aprovechó para agudizar su represión contra el movimiento nacionalista y comunista. Poco tiempo después, *al-Yamahir (Las masas)*, la revista publicada por el MDLN, fue prohibida y, junto a otros compañeros, Curiel fue encarcelado en una antigua prisión militar hasta su expulsión del país en 1950.

Didar Fawzy (1920-2011), importante militante marxista egipcia y miembro del MENL, fue educada por su padre, director del Banco Nacional de Egipto, en la más feroz crítica al fascismo y al nazismo. Involucrada desde muy joven en los grupos marxistas egipcios, su militancia antifascista pero también por la causa palestina transcurre en paralelo a la de Henri Curiel. Ambos fueron compañeros de activismo político incluso en el exilio: la cuestión nacional egipcia, Palestina y la independencia de Argelia unieron a ambos militantes en su lucha emancipatoria hasta el inesperado asesinato de Curiel en París. Didar Fawzy, como muchos de los militantes marxistas judíos egipcios de la época, no se inclinó por el sionismo, pero, al igual que los miembros del MDLN, tampoco se opuso a la partición de Palestina de 1948.

⁴² *Ibid.*, p. 60.

⁴³ *Ibid.*

La cuestión palestina y la anticolonial dividieron a los marxistas en los años de lucha contra el imperialismo en la región. Muchos de ellos vieron en el sionismo la solución al antisemitismo nazi que estaba creciendo en el país. Leon Castro ejemplifica esta tendencia. Castro combinó su actividad política con su militancia en el partido Wafd, en paralelo con la organización de actividades en apoyo al sionismo en El Cairo. Fundó y lideró, junto a otros miembros, la Unión Sionista egipcia (*al-Ittihad al-Sahyuni al-Misri*) para luchar contra el antisemitismo nazi en la región, llegando a pedir el boicot a los productos y la producción cultural alemana. Como parte de esta campaña fundó la Liga para Combatir el Antisemitismo (*Yami'yyat Mukafabat al-'Ada'a li-l-Samiyya*), conocida por sus siglas LICA. La posición de LICA sobre la cuestión palestina se basaba en una visión de conjunto donde el pacifismo y el sionismo convergían en una misma lucha: la lucha antifascista.

A pesar de las fluctuaciones en las posiciones de los marxistas egipcios hacia el sionismo, la cuestión nacional siguió siendo el común denominador. Abiertamente sionistas o antisionistas, todos los militantes consideraban que la lucha por la emancipación nacional y, por tanto, la lucha anticolonial y antifascista iban de la mano. Mientras que para unos esto significó la fundación del Estado de Israel, para otros dicha fundación constituía una extensión más de las garras imperialistas y coloniales en la región. Mientras miraban a Palestina proyectando sus anhelos de independencia colonial, imaginaban un modelo de «comunidad imaginada» del futuro Egipto independiente de la filiación religiosa, étnica o cultural.

Redes transnacionales antifascistas: el caso de la comunidad italiana

«Il nostro compito era quello di far giungere “l’informazione” a tutti i ceti della collettività italiana di Alessandria, Porto Said e Cairo: denunciare l’abiezione del regime, i delitti che vi si commettevano, e di come già militassero all’interno gli antifascisti, che per questo rischiavano la galera o la vita. L’assassinio di Matteotti, la morte di Gobetti e di Gramsci, e più tardi la guerra d’Etiopia furono via via il materiale scottante nei volantini

che i giovani di buona volontà riuscivano a distribuire. Ricordo gli anni della guerra di Spagna come un periodo di fuoco»⁴⁴.

Fausta Cialente (1898-1994), novelista, periodista e importante activista antifascista italiana, recordaba así en su libro *Le quattro ragazze Wieselberger* (1976) la organización de la actividad antifascista en Egipto. Instalada en Alejandría desde el comienzo de su matrimonio con el escritor Enrico Terni en 1921, Cialente organizó la publicación de la revista antifascista *Fronte Unito* y puso en marcha la emisora de Radio Cairo, programa radiofónico que se emitía en italiano todas las tardes de 19:50 a 20:50. Sin embargo, la independencia de sus emisiones estuvo limitada por las autoridades italianas, inglesas y egipcias en todo momento. De esta manera, el fermento de la organización antifascista italiana en Egipto comenzó a gestarse en su lucha de ultramar contra el fascismo. En esa lucha participaron un número desconocido de jóvenes italianos o italo-egipcios de muy diversa militancia política e ideológica. Iba desde miembros del Partido Comunista italiano como Velio Spano (1905-1964), importante activista anticolonial que participó en 1935 en Egipto en la campaña de Giuseppina Zolia para promover las iniciativas contra la expedición italiana en Etiopía, o como Dina Forti y Laura Levi, hasta un número desconocido de anarquistas, socialistas y demócratas. En los archivos consulares, Marta Petricioli⁴⁵ ha descubierto un informe elaborado por la legación de El Cairo a petición del Gobierno italiano para que se rastrease a los nacionales residentes en Egipto que profesaran ideas antifascistas. En ese informe se señalaba que los antifascistas tenían la siguiente composición: doce se definían como socialistas, once como anarquistas, seis eran comunistas, dos eran republicanos, cinco eran masones y el «resto se atribuían ideas antifascistas generales». De hecho, los viejos antifascistas italianos en Egipto, muchos de ellos pertenecientes a la comunidad judía italiana de El Cairo y Alejandría, empezaron a forjar alianzas con los británicos, a quienes consideraban los únicos salvadores y la futura autoridad en el país. Además, esta comunidad, por lo general acomodada, tenía miedo de un contacto directo

⁴⁴ Guido VALABREGA: «Note sulla partecipazione...», pp. 203-304, esp. p. 294.

⁴⁵ Marta PETRICIOLI: *Oltre Il Mito. L'Egitto Degli Italiani (1918-1947)*, Milán, Bruno Mondadori, 2007, pp. 370-371.

con un antifascismo un «pó troppo rosso, un po' troppo rivoluzionario, un po' troppo repubblicano»⁴⁶.

De esta manera, los pocos militantes comunistas, anarquistas y demócratas que aún quedaban en El Cairo y que disfrutaban de los últimos privilegios acordados a los europeos, a pesar de su finalización en 1937, comenzaron su actividad antifascista. En 1940 se fundó la sección egipcia del movimiento antifascista Giustizia e Libertà gracias a la labor de Paolo Vittorelli (1915-2003), descendiente de italianos de Alejandría. Vittorelli dejó el país en 1937 para conocer en París a Carlo Rosselli (1899-1937), fundador del movimiento, y entrar en contacto con el antifascismo internacional. Con la ocupación nazi de Francia, Giustizia e Libertà empezó a organizarse y a operar en Egipto en condiciones distintas a las de París. La idea de trasladar el grupo a Egipto, donde la situación a principios de los años cuarenta era relativamente tranquila para la comunidad italiana y donde los antifascistas locales «eran una pequeña patrulla también perseguida por el Consulado de Italia», formada por «nostálgicos del viejo régimen giolittiano o masones», no estaba del todo clara⁴⁷.

Para movilizar y afianzar las actividades del grupo, Vittorelli invitó a El Cairo a Umberto Calosso (1895-1959), amigo íntimo de Antonio Gramsci, y quien, tras participar en la guerra de España, entró en contacto y colaboró con Giustizia e Libertà ocupándose (no siempre en consonancia con Cialente) del programa de Radio Cairo⁴⁸. Sin embargo, las diferencias entre las distintas tendencias del antifascismo italiano en Egipto eran insostenibles. Por un lado, estaban los que se habían proclamado fascistas hasta el momento en que el fascismo se tornó antisemita y antimasónico, que fue cuando la mayor parte de la comunidad judía y de los masones, que hasta 1938 habían estado cerca del fascismo, se hizo antifascista. Por otro lado, se encontraban los comunistas, socialistas y anarquistas.

El grupo antifascista italiano, por otra parte, fue bienvenido por parte de las autoridades británicas en Egipto. Las fuerzas británicas

⁴⁶ Paolo BAGNOLI: *Roselli, Gobetti, e la rivoluzione democratica. Uomini e idee tra liberalismo e socialismo*, Florencia, La Nuova Italia, 1996, p. 245.

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ *Ibid.*, p. 248.

tenían un problema de seguridad, ya que la mayor parte de la comunidad italiana en Egipto mostraba inclinaciones fascistas y apoyaba la campaña de Mussolini en Etiopía. El objetivo de Paolo Vitorelli era el de encaminar a Egipto y a todo Oriente a un Estado «modélico» como el de Francia. Sin embargo, las contradicciones que entrañaba su colaboración con la presencia británica, a sabiendas de sus intereses coloniales, le produjeron un malestar que no siempre supo resolver⁴⁹.

La colaboración entre los antifascistas locales y la organización exclusivamente italiana del antifascismo, que operaba en la comunidad de expatriados italianos, fue constante. En la Liga Pacifista de Descombes participaron varios grupos antifascistas italianos que operaron en El Cairo, entre ellos, el movimiento Libera Italia de tendencia mazziniana. Sin embargo, una de las colaboraciones más fructíferas, pero también menos exploradas, entre los diferentes movimientos antifascistas presentes en Egipto fue con el grupo Arte y Libertad. La conexión entre el antifascismo italiano en El Cairo y el grupo Arte y Libertad se estableció a través del escritor y periodista turinés Stefano Terra (1917-1986), que en 1941 dejó Italia para exiliarse en Egipto. Mientras estuvo preso en un campo de concentración inglés en tierras faraónicas conoció las actividades antifascistas en El Cairo, llegando a ser redactor de la revista perteneciente al movimiento Giustizia e Libertà, *Quaderni di Giustizia e Libertà*. En este periodo entró en contacto con las actividades antifascistas de Arte y Libertad; por ello es posible encontrar numerosos artículos de Georges Henein publicados en su mayor parte en 1944 en los *Quaderni*. En estos artículos Henein argumenta que los partidos de masas (contestando siempre a la experiencia en Rusia) habían fracasado en su respuesta a las necesidades del movimiento obrero en Europa. En su artículo «Della riforma dei partiti dei massa» («De la reforma de los partidos de masa»), George Henein critica la tendencia «tecnicista» de los partidos de masas que habían surgido en Europa y considera que «la iniciativa de los anarquistas españoles, su eficaz llamamiento a la lucha antifranquista de 1936 a 1939, el secreto del dinamismo de Durruti, no se han analizado suficientemente por los autores y los críticos de la izquierda».

⁴⁹ *Ibid.*, p. 246.

Lo que criticaba George Henein era el autoritarismo de los partidos de masas que intentaban liderar la revolución y el movimiento obrero. En su artículo «Ricerche sul fallimento dei partiti di massa» («Investigación sobre el fracaso de los partidos de masa») de 1944 es más explícito a la hora de criticar el autoritarismo interno de los partidos que intentaban luchar contra el capitalismo: «La vida interna de los partidos de masa se reduce generalmente a una lucha feroz por ocupar los puestos directivos». En estos artículos publicados en los *Quaderni di Giustizia e Libertà*, Georges Henein deja claro su antiautoritarismo, que lo acercaba a las posiciones libertarias y anarquistas. Y en sentido inverso, sería necesario un mayor trabajo de las fuentes para poder dilucidar de qué manera el pensamiento de George Henein, y por extensión del grupo Arte y Libertad, influyó en la corriente antifascista italiana también en Italia y de esa manera revertir la tradicional mirada de análisis del antifascismo: Europa *versus* el resto del mundo. Lo que es innegable es que Henein dedica sus artículos a una reflexión crítica sobre los partidos de masas; cuestión que, por otro lado, no hemos visto que aborde en otros de sus escritos. Consideramos especialmente interesante en su reflexión sobre el fascismo que se hace extensa a los partidos comunistas. Esto tiene sentido si conocemos el carácter antiautoritario del grupo Arte y Libertad y sus posiciones antiestalinistas, que equiparaban el régimen de la Unión Soviética, desde el punto de vista del autoritarismo y la represión, al fascismo.

Conclusión. Antifascismo, anticolonialismo, antimperialismo: una tríada inseparable

La lucha antifascista es inseparable de la lucha antimperialista tanto en sus expresiones internas como externas a Europa. Sin embargo, el antifascismo europeo perdió interés progresivamente en las luchas anticoloniales y el imperialismo a partir de los años treinta, replegándose, como sucede siempre con las ideologías emancipatorias europeas, sobre sí mismo. Así, el antifascismo dejó de interesarse por Abisinia tras la victoria italiana, a pesar de la guerra de guerrillas que continuó en la región. Una vez que los nazis tomaron el poder en Alemania, la atención política de la izquierda dejó de estar en el mundo colonizado para centrarse en la

Europa continental, un giro que estuvo influenciado por la adopción del Frente Popular por parte de la VII Internacional Comunista en 1935⁵⁰. El antifascismo europeo olvidó el sufrimiento de los no-blancos por el fascismo. En el caso español, en la narrativa de la izquierda republicana, los «moros» aparecen dibujados como los culpables de grandes atrocidades durante la Guerra Civil, pero no ha existido una reflexión crítica desde estos espacios sobre cómo el fascismo afectó a las colonias españolas en el Norte de África. Sin embargo, la lucha antifascista, anticolonialista y antimperialista es una tríada inseparable en la lucha por la emancipación de las sociedades colonizadas; una tríada olvidada por la historiografía europea sobre las reacciones al fascismo y la articulación del movimiento antifascista. La mirada transnacional no unidireccional, Europa *versus* el resto del mundo, nos ayuda a descubrir otras maneras de entender el internacionalismo de la lucha antifascista como lucha *glocal* y emancipatoria. En Egipto, y, sobre todo, desde la izquierda egipcia, se articuló desde diferentes espacios y en colaboración con las redes transnacionales del momento —no como una redefinición o extensión de las mismas, como vemos en el ejemplo de la comunidad italiana en Egipto— un movimiento antifascista heterogéneo en su militancia y libertador en sus objetivos que se pensaba en constante relación con el antimperialismo y el anticolonialismo. Por ello, la partición de Palestina en 1948 fue un momento de gran relevancia que materializa las tensiones entre el internacionalismo marcado por las políticas europeas frente al internacionalismo surgido de las sociedades colonizadas. Mientras que una parte del movimiento marxista egipcio aceptó las directrices de la Unión Soviética sobre la división de Palestina como solución al antisemitismo sufrido por los judíos en Europa, para otros, el sionismo y la creación del Estado de Israel en la región significaron la continuación de la colonización y el imperialismo. Ambas tendencias, aunque en principio contradictorias, partían de la misma lógica: la necesidad de emancipación de los pueblos, tanto el judío como el palestino, todos ellos sometidos o instrumentalizados por el imperialismo y la colonización.

⁵⁰ Tom BUCHANAN: «“The Dark Millions in the Colonies are Unavenged”: Anti-Fascism and Anti-Imperialism in the 1930s», *Contemporary European History*, 25, 4 (2016), pp. 645-665, esp. p. 646.

Entender que el antifascismo, el anticolonialismo y el antimperialismo forman parte de una misma lucha, como una tríada inseparable, es también un imperativo más allá de la historia concreta de la izquierda egipcia en el periodo de entreguerras. El caso del marxismo egipcio en su relación con el antifascismo, el anticolonialismo y el antimperialismo nos ayuda a incorporar otras narrativas a la historia del antifascismo y a la creciente literatura sobre historia transnacional, a la vez que nos advierte sobre el peligro epistemológico y ético de leer la historia de las ideas en Europa sin atender a su pasado colonial.

*Mujeres, colonialismo y nacionalismo saharauí: hilvanando historia(s)**

Enrique Bengochea Tirado

Universidade Nova de Lisboa
etirado@fcsh.unl.pt

Juan Carlos Gimeno Martín

Universidad Autónoma de Madrid
juan.gimeno@uam.es

Rocío Medina Martín

Universitat Autònoma de Barcelona
rocio.medina@uab.cat

Resumen: Combinando la indagación en los archivos coloniales de la actuación de la Sección Femenina y los testimonios de mujeres y hombres saharauis recogidos en el terreno sobre la participación social y política de las mujeres saharauis, el texto aborda cómo las intervenciones coloniales en el sistema sexo-género, además de transformar las vidas de los y las saharauis durante el colonialismo tardío (1958-1976) y en el proceso de liberación nacional saharauí, fueron imprescindibles para imponer los intereses económicos, sociales y culturales de la metrópolis. Este trabajo nace de insertar en diferentes disciplinas y metodologías, como la historia y la antropología, una perspectiva feminista descolonial que evidencia la necesidad que han tenido los proyectos coloniales de intervenir los sistemas sexo-género precoloniales como operación indispensable de la lógica colonial.

Palabras clave: colonialismo, descolonialidad, género, Sahara Occidental, Sección Femenina.

* Esta investigación ha recibido la financiación del European Research Council (ERC) bajo el programa de investigación e innovación Horizon 2020 (Grant Agreement 716467).

Este artículo ha sido desarrollado en el marco de los resultados del proyecto de investigación I+D+i, «Consolidación y declive del orden colonial español, Ifni-Sahara Occidental, 1958-1976» (HAR 2012-36414), coordinado por Juan Carlos Gimeno Martín y financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

Abstract: The article is based upon research in colonial archives of Sección Femenina of the Spanish Falange, together with oral testimony collected in the field about the social and political participation of Sahrawi women. It demonstrates how colonial interventions in the sex-gender system, in addition to transforming the lives of Sahrawi men and women during late colonialism (1958-1976) and the subsequent period of national liberation, imposed metropolitan economic, social and cultural interests. This work inserts a feminist decolonial perspective within the different disciplines and methodologies of history and anthropology. To be sure, the intervention into precolonial sex-gender systems was an indispensable operation in the colonial logic.

Keywords: colonialism, decoloniality, gender, Western Sahara, Sección Femenina.

Introducción

Aunque la contribución de las mujeres a las luchas anticoloniales y a los procesos de construcción nacional es cada vez más tenida en cuenta, sigue habiendo un déficit de su presencia que resulta llamativo en ciertos procesos históricos. Esto es especialmente cierto en el caso de las mujeres saharauis, que están en el centro de este artículo, tanto en el periodo final de la colonización española como en el surgimiento y desarrollo del movimiento de liberación nacional. Su silenciamiento, acentuado con la invisibilización y olvido de la cuestión del Sahara Occidental¹, incrementa el desconocimiento de su contribución a las luchas anticoloniales, la autodeterminación y la construcción de la República Árabe Saharaui Democrática (RASD)². Este trabajo nace del diálogo de diferentes disciplinas y metodologías que incluyen la historia y la antropología, articulando una perspectiva de género con un enfoque que tome en cuenta la colonialidad de los procesos históricos específicos, delimitados en el espacio y el tiempo.

¹ Una primera explicación de la ausencia del Sahara Occidental en la bibliografía internacional sobre el colonialismo en África es que la bibliografía española sobre el colonialismo español es poco conocida. La experiencia española raramente figura en términos comparados con los otros colonialismos europeos.

² Joanna ALLAN: *Silenced Resistance. Women, Dictatorships, and Genderwashing in Western Sabara and Equatorial Guinea*, Madison, The University of Wisconsin Press, 2019.

Entendemos que la investigación de los procesos históricos debe tener en cuenta los dos sentidos de la historia y sus relaciones a los que se refiere el antropólogo haitiano Michel Rolph Trouillot: los hechos ocurridos («la historia de lo que fue») y las narraciones de estos hechos [«la(s) historia(s) que se cuenta(n)»]³. La historia del Sahara Occidental todavía está por hacer (tanto en cuanto a los hechos como a las narraciones que los producen con significación histórica): en la condición de territorio cuyo futuro está en disputa, librada a partir de una larga guerra entre Marruecos y el Frente Polisario que se hallaba (hasta finales de 2020) en lo que parecía un punto muerto, y también están en disputa las interpretaciones históricas sobre el conflicto. La dificultad de acceder al «campo» de estudio y la condición del mismo, en tanto que objeto de investigación constituido como «campo minado», han hecho que las investigaciones históricas sobre el territorio hayan tenido que reducirse en gran medida al trabajo de archivo; un archivo colonial cuyas categorías y sistematización responden a las exigencias de conocimiento y control metropolitano sobre las poblaciones colonizadas. Hoy no es posible desconocer las dimensiones eurocéntricas y androcéntricas de la producción de los documentos coloniales y la necesidad de utilizar los documentos de archivo de manera crítica para desvelar la realidad de la población colonizada —aquí la población saharauí— y de una manera aún más crítica si se refieren a las mujeres y a las relaciones de género. Por otra parte, la contemporaneidad del conflicto del Sahara Occidental, que contribuye paradójicamente a producir su olvido, exige de quienes investigan perspectivas que reconozcan a los sujetos subalternizados y contribuyan a hacer visibles sus cuerpos y escuchar (con atención) sus voces negadas; exige también explicitar la localización y actitud de las personas investigadoras, el lugar de autoridad desde donde producen sus investigaciones y escriben sus textos.

Así, en este trabajo, centrado en la contribución de las mujeres saharauis a las luchas anticoloniales y a la descolonización del pueblo saharauí, tratamos de contribuir al esfuerzo por descolonizar los relatos orientalizados respecto a las mujeres árabes, beduinas como son las mujeres saharauis, mediante un enfoque que nos sitúe «cerca» de estas mujeres y nos prevenga para no hablar «acerca» de

³ Michel Rolph TROUILLOT: *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Boston, Beacon Press, 1995.

ellas⁴, un enfoque que, en definitiva, buscaría comprender la vida de estas mujeres saharauis tal y como es vivida por ellas mismas.

Situando el contexto histórico: historia y relatos

El pueblo saharauí es un pueblo beduino, nómada, que habita un territorio que fue colonizado por España y Francia a finales del siglo XIX⁵. Antropológicamente se trata de un pueblo que practicaba estrategias de adaptación ecológica y organización tribal segmentaria⁶ y supuestamente patriarcal⁷, en un hábitat árido, al oeste del desierto del Sahara, un amplio territorio denominado *Trab al-bidan* que ocupaba el sur actual de Marruecos, el Sahara occidental, el norte de Mauritania, el suroeste de Argelia y el noroeste de Mali⁸. Caracterizado por una rica tradición oral producto de una hibridación de pueblos (bereberes, árabes, negros), el conjunto de *qabilas*⁹ (o tribus) englobadas en la sociedad sahariana se enfrentó a la colonización mediante la acomodación y apropiación y, a la par, una persistente resistencia anticolonial¹⁰. En el proceso fue conformándose el pueblo saharauí, a la luz de los procesos de descolonización que desde los años 1950 movilizaron las luchas anticoloniales en el Magreb y en África. Fruto de esta movilización fue la guerra Ifni-Sahara, la última guerra colonial española que solo en la

⁴ Trinh T. MINH-HA: *Women, Native, Other: Writting Posfolonity and Feminism*, Bloomington, Indiana University Press, 1989.

⁵ Jesús María MARTÍNEZ MILÁN: *España en el Sahara Occidental y en la zona sur del Protectorado en Marruecos*, Madrid, UNED, 2003.

⁶ Alberto LÓPEZ BARGADOS: *Arenas coloniales. Los Awlad Dalim ante la colonización franco-española del Sahara*, Barcelona, Bellaterra, 2003.

⁷ Dolores JULIANO: *La causa saharauí y las mujeres «siempre hemos sido muy libres»*, Barcelona, Icaria, 1998.

⁸ Sophie CARATINI: *Les Rgaybat (1610-1931)*, 2 vols., París, L'Harmattan, 1989.

⁹ El término «tribu», junto a otros como primitivo y salvaje, fue largamente criticado en la década de 1970 por los etnólogos del Tercer Mundo (Ikenna Nzimiro, 1979, p. 77). «Qabila» es el concepto árabe para referirse a la tribu (Hernández Moreno, 1988, p. 75). En el artículo usaremos el término qabila para referirnos a la sociedad segmentaria sahariana, salvo en el caso que los autores o contextos (coloniales) exijan el uso del término «tribu».

¹⁰ Juan Carlos GIMENO MARTÍN y Juan Ignacio ROBLES: «Hacia una contrahistoria del Sahara Occidental», *Cabier d'EMAM*, 24-25 (2015), pp. 183-206.

actualidad ha comenzado a ser objeto de estudio histórico. Tras la misma, el Gobierno español intentó blindar la situación de la colonia a través del Decreto de Provincialización de 1958 que declaró el Sahara español como «provincia de ultramar» el 10 de enero de 1958, a pesar de que desde 1955 la ONU pedía cuentas a España sobre el proceso de descolonización.

Desde el punto de vista identitario, aunque desde 1884 se dividió a la sociedad saharauí entre la influencia francesa y la española, la población mantuvo relaciones de parentesco, muchos elementos de su cultura y, sobre todo, la solidaridad agnática, lo que permitió más adelante el fermento revolucionario tanto en las ciudades como en el desierto (la *badia*). Asimismo, el hecho de concebirse como un mismo pueblo¹¹ se hace presente en la resistencia saharauí organizada, que con precedentes históricos anticoloniales, crea el 12 de diciembre de 1969 el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sahara (MLS), dirigido por Mohamed Uld El Hadj Brahim uld Lebsir, un joven saharauí nacido en Tan Tan y conocido como Bassiri. El MLS se fijó como objetivo la independencia del Sahara, pero conservando los lazos con España, de la que se iría desprendiendo de forma gradual. Para mediados de 1970, la organización contaba con 5.000 personas adscritas, y con ocasión de la decisión del Gobierno General del Sahara de convocar el 17 de junio de 1970 una reunión en El Aiún para mostrar la adhesión saharauí a España, el MLS respondió con una manifestación alternativa a la que acudieron miles de saharauís de todo el país mientras el mencionado encuentro quedaba apenas sin asistencia. Tras algunas negociaciones que hacían aparecer como posible el diálogo político, a las siete y media de la tarde se empezó a cargar contra la manifestación provocando decenas de muertos y heridos¹². Tras la matanza, Bassiri fue detenido y trasladado a la cárcel, donde, tras ser interrogado y torturado, desapareció hasta hoy. Lo relatado fue el «grito» de Zemla, intifada y mito fundacional del nacionalismo saharauí e hito histórico que abonó la emergencia del Frente Polisario el 10 de mayo de 1973; según este mito, Bassiri se convertía así

¹¹ Stephen ZUNES y Jacob MUNDY: *Western Sabara: War, Nationalism, and Conflict Irresolution*, Siracusa, Syracuse University Press, 2010.

¹² Emboirik AHMED OMAR: *El movimiento nacionalista saharauí de Zemla a la Unidad Africana*, Madrid, Beginbooks, 2017, pp. 85-86.

en el primer mártir y desaparecido del nacionalismo saharauí a manos del ejército español.

El Acuerdo Tripartito de Madrid, firmado el 14 de noviembre de 1975, condujo al abandono unilateral del territorio del Sahara Occidental por España en febrero de 1976, al mismo tiempo que se proclamaba la RASD. La ocupación violenta por sus vecinos, Marruecos y Mauritania, no había esperado a los acuerdos; en octubre de 1975 se produjo un «éxodo» masivo de la población saharauí a los actuales campamentos que ocupan al sur de Argelia. Organizado como Frente Polisario, el pueblo saharauí mantuvo una guerra con sus vecinos ocupantes hasta 1991 (Mauritania abandonó la guerra en 1979). Tras el alto el fuego en 1991, el Frente Polisario y el Reino de Marruecos aceptaron la celebración de un referéndum para dirimir la cuestión; el conflicto del Sahara Occidental entra entonces en una nueva dinámica. El pueblo saharauí vive hoy dividido, separado por un muro de 2.700 kilómetros construido desde 1981 por Marruecos para contener las incursiones del Frente Polisario. A un lado, una parte del pueblo saharauí vive bajo la ocupación marroquí; al otro, el resto vive en los campamentos al sur de Argelia. Una pequeña porción habita el territorio liberado que está en manos del Frente Polisario, donde se concentran sus fuerzas militares y donde es posible, aunque complicada, la vida nómada (por la existencia de minas sembradas durante la guerra y la escasez de agua y otros recursos). Un porcentaje creciente de la población saharauí vive hoy en la diáspora en distintos lugares, en especial en España, si bien muchas de estas personas se encuentran en situación de apátridas.

Haciendo española la nueva provincia africana

Un factor clave en el cambio de la actitud de España frente a sus colonias se dio tras su entrada en las Naciones Unidas en 1955, cuando, en virtud del capítulo XI de la carta de la organización, le fue requerida información sobre los territorios no autónomos bajo su soberanía. Para evitar comprometer su permanencia en las colonias africanas y en consonancia con la respuesta portuguesa¹³ a la

¹³ Sobre las similitudes y diferencias de las estrategias frente a los procesos de descolonización impulsados por la ONU véase Adolfo CUETO RODRÍGUEZ: «Las

misma situación, negó su estatus colonial. Sahara, Ifni, Río Muni y Fernando Poo pasaron a ser consideradas provincias, evitando, con esta figura retórica, la citada categoría. Para ello transformó la antigua Dirección General de Marruecos en la Dirección General de Provincias y Plazas Africanas, aprobándose en enero de 1958 un decreto que daba a las colonias del oeste sahariano el estatus de provincias y poco después otro para las ecuatoriales.

Se trata de un proceso que en lo económico está englobado en lo que se ha venido a llamar «segunda colonización»¹⁴. En este contexto, el colonialismo europeo acometió una intensificación de la inversión pública en un tipo de economía dirigida bajo el marco de la modernización; un proceso al que las propias metrópolis no eran ajenas. Los esfuerzos franquistas por construir infraestructuras e industrias propias se plasmaron tanto en las colonias como en la Península, coincidiendo en los primeros años sesenta la intensificación de la colonización de la provincia con la aplicación de los planes de desarrollo¹⁵. En este sentido, merece la pena señalar cómo no solo se potenció una economía extractiva basada en los fosfatos¹⁶, sino que se realizaron una serie de esfuerzos encaminados a transportar a la provincia africana lógicas económicas que estaban teniendo éxito en otros puntos de la geografía española como, por ejemplo, su conversión en destino turístico.

De forma paralela a la instalación industrial y transformación productiva, se dotó al territorio de toda una serie de instituciones y prácticas que simbólicamente equiparaban la provincia africana al resto de las metropolitanas. Con el tiempo, hospitales, escuelas, institutos y otros edificios dependientes de la administración fue-

“descolonizaciones” ibéricas. Similitudes y diferencias entre el comportamiento de España y Portugal en África (1945-1974/76)», en Beatriz FRIEYRO DE LARA y José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ (eds.): *Las relaciones de España con Guinea Ecuatorial y Sahara Occidental: dos modelos de colonización y de descolonización*, Granada, Universidad de Granada, 2015, cap. 4.

¹⁴ Anthony LOW y John LONSDALE: «Introduction», en Anthony LOW y John LONSDALE (dirs.): *History of East Africa*, vol. III, Oxford, Clarendon Press, 1976, p. 13.

¹⁵ Este proceso fue muy tardío en el caso del colonialismo español en contraste con otros colonialismos. El colonialismo español siguió un camino paralelo al portugués, para divergir después, según Adolfo CUETO RODRÍGUEZ: «Las “descolonizaciones” ibéricas...».

¹⁶ Javier MORILLAS: *Sahara Occidental, desarrollo y subdesarrollo*, Madrid, El Dorado, 1988.

ron poblando los centros urbanos de nueva creación. El tropo del desarrollo y la modernización impregnó todas estas iniciativas de la mano de un discurso imperial que justificaba la permanencia española en el Sahara en su capacidad de integrar lo saharauí en la cultura «nacional». Pese a la hegemonía de este discurso, se crearon unas condiciones de desigualdad social entre colonizadores y colonizados en el ámbito urbanístico¹⁷, educativo¹⁸, judicial y laboral¹⁹. Como explicaba Tiba, director de cultura del Ministerio de Cultura de la RASD en 2011: «La intención del colonizador era dominar. Los saharauis eran ciudadanos de segunda clase, se trataba de que no adquirieran conocimientos para poder independizarse; hubo saharauis a quienes se enseñó a conducir, pero se les prohibió abrir el capó de un coche»²⁰. Esta situación queda comprendida en la categoría de mimesis, mediante la cual Homi Bhabha se refiere a una estrategia del discurso colonial cuya intención es «normalizar» al sujeto colonial, pero siempre como una figura incompleta, de manera que el sujeto colonizado «es casi lo mismo, pero no exactamente» al sujeto colonizador²¹.

Construyendo el proyecto hispanizador a través de la Sección Femenina

Es en este contexto en el que debemos situar la presencia de la Sección Femenina en el Sahara español. Durante el primer lustro de los años sesenta, la organización implementó toda una serie de in-

¹⁷ José A. RODRÍGUEZ ESTEBAN y Diego A. BARRADO TIMÓN: «Los procesos de urbanización en el Sahara español (1884-1975): un componente esencial del proyecto colonial», *Les Cahiers d'EMAM*, 24-25 (2015), pp. 77-94, y Tomás BÁRBULO: *Historia prohibida del Sahara Occidental. Las claves del conflicto que condiciona las relaciones entre España y el Magreb*, Madrid, Destino, 2002.

¹⁸ Mariam SALEK HAMADA: «Investigación, universidad y perspectiva de género: el caso de las mujeres saharauis», en Rocío MEDINA (ed.): *Mujeres saharauis, tres tizas para la memoria de la resistencia*, Sevilla, Aconcagua, 2016.

¹⁹ Alicia CAMPOS y Violeta TRASOMONTES: «Recursos naturales y segunda ocupación», *Les Cahiers d'EMAM*, 24-25 (2015), pp. 107-129.

²⁰ Entrevista al director de cultura en Dajla, Sevilla, julio de 2011, en Rocío MEDINA MARTÍN: *Mujeres saharauis. Experiencias de resistencias y agencias en un devenir feminista decolonial*, tesis doctoral, Universidad Pablo de Olavide, 2016.

²¹ Homi BHABHA: *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 1994, p. 112.

tervenciones en la provincia, sobre todo en El Aaiún, la capital, aunque también se llevaron a cabo actividades en Villa Cisneros y, con el tiempo, en otros centros urbanos menores como Smara, Aargub, La Güera y Bu Craa. Este programa de aculturación, referido como «hispanización», vendría a constituir una agenda asimilacionista²². En este caso, no diferiría mucho de lo desarrollado bajo otros imperios coloniales. La «cultura española» que se trataba de transmitir en las instituciones educativas coincide con lo que Aimé Césaire definía como subcultura. Con este término, el pensador martiniqués definía una reconstrucción artificial de la propia cultura del colonizador enunciada para cumplir con la «misión civilizadora»²³. Un proyecto que, en gran medida, era evaluado respecto al añorado Imperio español en América y que tenía como principal referente la utilización del castellano, aunque también incluía la incorporación por parte de la población colonizada de rasgos, costumbres y lugares comunes de «lo español»²⁴. Dichas incorporaciones se impulsaban al margen de la población local, sobre la cual había un gran desconocimiento por parte de los agentes metropolitanos, tanto en el caso de las mujeres como en la sociedad en general, que hasta los años de 1960, cuando se puso en marcha la urbanización, se habían mantenido al margen de la influencia colonial.

Cabe señalar el contexto de cambio económico y social que estaba viviendo la sociedad saharauí, así como la importancia dada al hogar como elemento estructurador de la célula básica de consumo por parte de la organización falangista, para entender el concepto

²² Gustau NERÍN: *La Sección Femenina de la Falange en la Guinea Española (1964-1969)*, Valencia, CEIBA, 2006, p. 3. Al respecto merece la pena destacar el trabajo de Andreas Stucki para una perspectiva comparada dentro del imperialismo español. Véase Andreas STUCKI: *Violence and Gender in Africa's Iberian Colonies: Feminizing the Portuguese and Spanish Empire, 1950s-1970s*, Cham, Palgrave, 2019. También merece mención el trabajo de Enrique Bengochea centrado en la organización provincial de la Sección Femenina en Sahara. Véase Enrique BENGOCHEA TIRADO: *La Sección Femenina en la provincia de Sabara. Entrega, hogar e imperio*, Barcelona, Bellaterra, 2019.

²³ Aimé CÉSAIRE: «Culture et colonisation», *Présence Africaine*, 8 (1956), pp. 197-198.

²⁴ José Ramón Diego Aguirre cita los esfuerzos de las falangistas por transmitir la receta de «la fabada o la paella como parte de su labor formativa o deformativa». Véase José Ramón DIEGO AGUIRRE: «La lucha del Frente Polisario, 1973-1975», *Historia 16*, 151 (1988), pp. 12-22, esp. p. 12.

de hispanización. La central situación simbólica de las mujeres en este espacio hacía especialmente relevante la actuación sobre ellas. Estas debían atender a su familia en el hogar, pudiendo acceder al trabajo solo como complemento del salario masculino. Su participación política debía pasar en exclusiva por las instituciones propias de las mujeres presentes en la dictadura, en este caso la Sección Femenina. Por su parte, para los hombres se debía dejar la preeminencia en el trabajo y el control de la política, ambos incluidos en una esfera pública masculinizada.

A lo largo de 1963 y 1964, los primeros documentos creados por la organización falangista para el territorio fueron definiendo este proyecto *hispanizador*. En 1963, una vez se decidió que la Sección Femenina iba a iniciar en el Sahara una delegación provincial, se envió a la inspectora del Sindicato Español Universitario (SEU), organización universitaria del partido único, para realizar un informe sobre las posibilidades de acción de la organización en el territorio. El análisis de este resulta muy revelador de las expectativas que las falangistas tenían sobre la sociedad saharauí y sobre cómo pretendían transformarla, tanto por las descripciones que hizo de la misma como de las oportunidades de desarrollo en las que incidía.

Para realizarlo, la inspectora visitó El Aaiún, Daora y Villa Cisneros entre los días 8 y 15 de marzo de 1963. Después se dirigió a Río Muni y Fernando Poo, donde hizo lo propio respecto de las provincias ecuatoriales. Durante estos días visitó ciertos puntos clave de las ciudades y se entrevistó con ciertas personalidades, la gran mayoría españoles metropolitanos, bien pertenecientes al Gobierno, bien relacionados con la educación. En la lista en la que se enumeran estas opiniones solo aparece «el Hatri y otro jefe nativo» en El Aaiún y «dos niñas nativas, dependientas de una tienda» en Villa Cisneros.

El resultado fue un proyecto en el que todas las autoridades parecían interesadas. «Los padres de las niñas europeas y ellas mismas» se sintieron atraídas por las actividades que podían desarrollar, como las vinculadas al Círculo de Juventudes; además, tanto el gobernador general como el secretario general, el delegado gubernativo de la zona sur, el delegado de información y seguridad, el del Frente de Juventudes y el prefecto apostólico consideraron que sería «fundamental» y «necesario» para las mujeres saharauíes. Solo las autoridades saharauíes parecían no estar entusiasmadas: «El jefe

principal de los nativos, el Hatri, una vez se le explicó lo que se pretendía hacer, agradeció nuestro interés y dijo le parecía bueno se capacitara a sus niñas y mujeres. Y que no podía aportar ninguna idea, pues desconocía lo que se podía hacer por ellas»²⁵.

Esta reacción resulta muy reveladora de la presión exógena que suponía el proyecto falangista sobre la sociedad saharauí, así como de la intersección entre autoridad colonial y masculina. Las autoridades metropolitanas privilegiaban la intermediación masculina en su relación con las sociedades colonizadas, produciendo un cambio en la capacidad de decisión de los hombres en las mismas²⁶. Desde ese momento se implantaría la organización de mujeres en una doble encrucijada. En tanto que poder colonial, supuso la realización de ciertas políticas desde un grupo (mujeres metropolitanas) hacia otro (mujeres colonizadas), y en tanto que propuesta generizada, se proyectaba una jerarquización por la cual los hombres tendrían el poder político a través del control del espacio público y las mujeres serían reconducidas al nuevo espacio privado²⁷.

El informe describía una sociedad extraña, alejada de la metropolitana. Respecto a la organización familiar, dejaba constancia tanto del divorcio, que podía tener lugar por iniciativa del hombre o de la mujer, como del matrimonio temprano de algunas niñas, además de las formas de filiación basadas en la *qabila*²⁸. Difícilmente este sistema podía ser asimilado al propuesto desde el falangismo, que situaba en una posición central el matrimonio cristiano (con una gran aversión al divorcio) reunido alrededor de un hogar que com-

²⁵ María Dolores BERMÚDEZ CAÑETE: «Informe general de mi visita como inspectora nacional a la provincia del Sahara, a su capital el Aaiún, a la ciudad de Villa Cisneros y al puesto interior de Güera» (Madrid, 14 de marzo de 1963), Archivo General de la Administración (en adelante, AGA), Fondo de Cultura, caja 236.

²⁶ Este proceso se ha dado en otros contextos en los que la colonialidad de género ha permitido una alianza tácita entre los hombres colonizadores y colonizados al favorecer la creación de una «esfera pública» que le es propia; lo que Rita Laura Segato llama «hiperinflación de la masculinidad». Véase Rita Laura SEGATO: «Género y colonialidad: en busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico descolonial», en Karina BIDASECA y Vanesa VÁZQUEZ LABA (coords.): *Feminismos y poscolonialidad. Descolonizando el feminismo desde y en América Latina*, Buenos Aires, Godot, 2011, pp. 17-48. Véase también Rocío MEDINA MARTÍN: *Mujeres saharauis...*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ María Dolores BERMÚDEZ CAÑETE: «Informe general de mi visita...».

prendía marido, esposa e hijos, cada uno con roles diferenciados, pero que, en su conjunto, era concebido como la célula básica de la nación, pivote central en las formas de identificación²⁹.

Pese a describirse un sistema familiar que no se correspondía con las expectativas de lo que la Sección Femenina deseaba para la sociedad española, las posibilidades de acción de la organización falangista se encauzaron al ámbito del trabajo. El reparto generizado del mismo resultó chocante a la inspectora, diciendo de los hombres que eran «orgullosos, guerreros, pues han vivido mucho del pillaje, poco trabajadores; se dedican solo al pastoreo en la actualidad y a muy pocos oficios. Solo he visto a majarreros o plateros. Hacen las tareas normales de la casa. De tal manera que son mejores para el servicio doméstico que las mujeres»³⁰.

En este sentido el problema era doble, ya que no solo los hombres no cumplían con los roles asignados para su género en el reparto del trabajo, sino que no se permitía a las mujeres desarrollar aquellas actividades que les eran propias. En un contexto de desarrollo como era el de mediados de los años sesenta, en el que la Sección Femenina pretendía abanderar la lucha de las mujeres por el acceso al mercado de trabajo, resultaba imprescindible que las saharauis accedieran a los nichos de trabajo remunerado reservado para ellas. Así, con indignación indicaba la inspectora en el apéndice dedicado a «Trabajo»: «Servicio doméstico: no existe elemento femenino europeo. Los que trabajan en esto son los nativos, ellos (pues ellas no saben hacer nada), y se les da el nombre de ordenanza y el Gobierno paga a cada funcionario suyo dándole 1.300 pesetas al mes y comida. También hay bastantes “ordenanzas para todo” entre los legionarios»³¹.

Resulta interesante cómo en esta situación las categorías de raza y género se cruzan con la de clase, relacionando las formas de trabajo también con la posición social. Los legionarios eran considerados una clase baja dentro de la militarizada jerarquización de la provincia y, por tanto, asimilable a ciertos hombres saharauis³². En

²⁹ Teresa GONZÁLEZ PÉREZ: «Dios, patria y hogar. La trilogía en la educación de las mujeres», *Hispania Sacra*, 66, 133 (2014), pp. 337-363.

³⁰ María Dolores BERMÚDEZ CAÑETE: «Informe general de mi visita...».

³¹ *Ibid.* Cursiva en el original.

³² Elena FIDDIAN-QASMIYEH: «Histories of Displacement: Intersections bet-

este juego, a las mujeres saharauis se les reservaba la categoría de «mujer rural», una figura que la organización falangista había estado utilizando desde los momentos más tempranos de la instalación de la dictadura franquista y que continuaba siendo un paternalista objeto de desarrollo en el contexto de los años sesenta. Así, el discurso que dio Pilar Primo de Rivera en el Primer Consejo Nacional de la Sección Femenina en 1939, por el que mostraba una visión idealizada de la vida rural para el futuro de la España arrasada por la guerra, seguía mostrando el eje programático de la actuación de la organización veinticinco años después en la colonia: «Para vosotras los pueblos de España serán más limpios, más alegres, más cultos; por vosotras los niños cantarán en las plazas y en las eras romances antiguos sacados de vuestra propia tierra; por vosotras las mujeres volverán a tejer en los telares mientras duermen a los niños y preparan la comida para cuando vuelva el marido a la casa»³³.

En el Sahara, el informe preliminar indica que lo más importante para el futuro de la organización pasa por el desarrollo de actividades manuales, debido a que a las mujeres «les cuesta asimilar lo cultural»³⁴. De este modo, la propuesta de la inspectora es la implantación de una escuela de formación específica para ellas: «Capacitar a las nativas en la escuela de formación que monte la SF en las cosas más elementales sobre todo en algo de artesanía y en industrias rurales con el material natural que allí tienen: lana de camello, curtido de piel de camello y cabra, fabricación de esteras, etc.»³⁵. Estas propuestas nacen de la imposibilidad de comprender el papel productivo y reproductivo desarrollado por las mujeres en la sociedad precolonial. El informe abunda en referencias a la ociosidad femenina y a su incapacidad para trabajar de forma correcta, pudiéndose leer fragmentos como: «Se sabe juguete del hombre, luego muy caprichosas y vagas. Casi solo saben hacer

ween Ethnicity, Gender and Class», *Journal of North African Studies*, 16, 1 (2011), pp. 31-48.

³³ Discurso de Pilar Primo de Rivera en el Primer Consejo Nacional de la SF, citado en Kathleen RICHMOND y José Luis GIL ARISTU: *Las mujeres en el fascismo español: la Sección Femenina de la Falange, 1934-1959*, Madrid, Alianza Editorial, 2004. p. 153.

³⁴ María Dolores BERMÚDEZ CAÑETE: «Informe general de mi visita...».

³⁵ *Ibid.*

las telas de lana de camello para cubrir sus jaimas. Siempre están reunidas amigas y parientes tomando té». Sin embargo, a través de figuras como la *tuiza* no solo estas participaban de la producción³⁶, sino que se estrechaban los lazos de sororidad que constituían un importante mecanismo social.

Pero las actividades de la Sección Femenina no estaban solo dirigidas a las mujeres saharauis, pues había toda una línea de intervención dirigida a las mujeres metropolitanas. Algunos elementos, como el planteamiento del Servicio Social, que era obligatorio para las jóvenes metropolitanas y optativo para las de la colonia, planteaban una soterrada línea divisoria entre ambos colectivos. Sin embargo, la organización falangista tenía entre sus objetivos su comunión y planteaba proyectos como clases de trabajos manuales conjuntos: «Se podría organizar para nativas y europeas clases de trabajos manuales que todas están deseando»³⁷, aunque el deseo planteado en este fragmento surgiese solo de las españolas.

Otros documentos interesantes para comprender los entresijos del proyecto que la Sección Femenina planteó en un principio para la colonia tienen por título: «Plan para las provincias africanas»³⁸ y «Guión general de los servicios de artesanía y rural como posibles para organizar en la provincia africana de Aaiún»³⁹. Ambos fueron escritos entre la visita de la inspectora del SEU y la efectiva instalación de las primeras falangistas —alrededor de 1963—, y fueron redactados desde Madrid aplicando a la información que habían recibido programas que habían desarrollado en la metrópolis. El primero de estos textos incide en el desarrollo de las actividades relacionadas con las escuelas. Se proponía el apoyo a las maestras y profesoras de las enseñanzas de la Sección Femenina, así como

³⁶ La *tuiza* era una forma de trabajo colectivo realizado bien por hombres o por mujeres, dependiendo del objeto del mismo. Para una descripción véase Julio CARO BAROJA: *Estudios Saharianos*, Madrid, ONO, 1958, pp. 124-125 (también Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Instituto de Estudios Africanos, 1955).

³⁷ María Dolores BERMÚDEZ CAÑETE: «Informe general de mi visita...».

³⁸ «Plan para las provincias africanas. Normas de actuación» (1963), AGA, Fondo de Cultura, caja 236.

³⁹ «Guión general de los servicios de artesanía y rural como posibles para organizar en la provincia africana de Aaiún» (Madrid, julio de 1963), AGA, Fondo de Cultura, caja 236.

la selección de alumnas para disfrutar de becas en la Península en colegios menores y escuelas profesionales. También se alentaba la creación de círculos de juventudes en El Aaiún y en Villa Cisneros. Al respecto se apuntaba: «Teniendo en cuenta las características de estas poblaciones de África, organizaremos, además de las actividades que le son propias, cursos para desarrollar y cultivar la artesanía propia del país, de enseñanzas del hogar y ciencia doméstica»⁴⁰. Sin embargo, poca adaptación se podía concretar desde Madrid, donde se escribió esta guía. Las siguientes páginas se centran en describir las actividades comunes a todos los círculos de juventudes, planteando incluso seguir el calendario litúrgico cristiano para el mismo. Solo al final se puede encontrar una pequeña mención a las niñas saharauis: «Tenemos que lograr que con esta formación que vayan recibiendo las niñas indígenas, consigamos en ellas una educación que las haga capaces como futuras madres de elevar la vida de estas provincias y de dirigir dentro de unas generaciones, por sí mismas, todas estas actividades»⁴¹.

La formación que proponía la Sección Femenina, tanto para las saharauis como para las metropolitanas, estaba íntimamente ligada al hogar, al ser las mujeres las encargadas de formar a otras en las técnicas que permitiesen un adecuado trabajo reproductivo tanto en la crianza como en la higiene del espacio de la casa. Pero, debido a su condición colonial, se tenía especial cuidado en introducir a las mujeres saharauis en las lógicas culturales españolas, bien a través de la inmersión en la cultura metropolitana con las becas en la Península, bien por la intimidad con las niñas españolas en los círculos de juventudes.

El segundo texto anterior al desarrollo de la delegación provincial fue redactado por la Regiduría de Trabajo y consistía en una serie de propuestas para el desarrollo de la artesanía local. En este sentido, la propuesta era empezar montando la «obra social de ayuda al hogar» para poder desarrollar, en un futuro, una cooperativa artesana. Entre los objetivos de estas actividades estaría el «aumentar los ingresos familiares con el trabajo de la mujer hecho

⁴⁰ «Plan para las provincias africanas, Normas de actuación» (1963), AGA, Fondo de Cultura, caja 236.

⁴¹ *Ibid.*

en el hogar y a horas compatibles con sus obligaciones caseras»⁴², así como «resurgir e intensificar la producción artesana o tratar de crearla sobre bases de alguna circunstancia de tradición, existencia de materias primas, vida de sus pobladores, etc.»⁴³. Estos planes tendrían que seguir varios pasos, siendo el primero localizar algún nicho de producción susceptible de ser considerado industria artesana y rural. De este modo se folclorizaban las formas de producción del lugar, estandarizándolas e introduciéndolas en la lógica del mercado. El trabajo aportado por las mujeres en este proceso estaría ligado al hogar económicamente, como suplementario del salario principal aportado por el hombre. Además, el hogar estaría ligado a la tradición, siendo solo las labores «típicas» las susceptibles de desarrollarse en este sentido, poniendo un límite simbólico a la capacidad de las mujeres de contribuir a la «modernización» del territorio.

Con el tiempo, estos planes se tuvieron que adaptar a la experiencia sobre el terreno de las propias falangistas, concretándose en una serie de intervenciones. Las principales fueron las Escuelas de Hogar de El Aaiún y Villa Cisneros, donde grupos de mujeres recibían clases de costura, corte, cocina, puericultura, economía doméstica y formación familiar y social, además de alfabetización y canciones y danzas, según la edad de las participantes. En El Aaiún se encontraba también la Escuela-Hogar, un proyecto educativo en régimen de internado o seminternado para niñas saharauis y, durante algún tiempo, niñas metropolitanas. Junto a la misma se encontraba el taller de confección, que terminó transformándose en una cooperativa industrial textil. Además, por todo el territorio circularon cátedras ambulantes buscando introducir a las mujeres saharauis en ciertas formas de habitar los hogares.

Todas estas iniciativas ponían en relación una imagen cultural que hacía referencia a «lo español» con ciertas prácticas productivas y reproductivas a través de la figura del hogar. A su vez, haciendo recaer en las mujeres la responsabilidad sobre este espacio generizado, se podía medir en ellas el alcance del proyecto

⁴² «Guion general de los servicios de artesanía y rural como posibles para organizar en la provincia africana de Aaiún» (Madrid, julio de 1963), AGA, Fondo de Cultura, caja 236.

⁴³ *Ibid.*

colonial. En este sentido, las mujeres saharauis que participaban en la organización falangista encarnaban el éxito de la labor colonial española. Sin embargo, y paradójicamente, cuando emergió el movimiento nacionalista del Frente Polisario, estas mujeres se integraron en él, menospreciando la iniciativa política promovida por el gobierno de la metrópoli de crear un partido político, el PUNS, ya en 1974.

Las mujeres saharauis frente al proyecto colonial

Atendemos ahora a la dimensión salvífica del discurso colonial que, instrumentalizado por mujeres de la Sección Femenina y destinado a las mujeres saharauis, insinuaba la justificación de la colonización también en la liberación de las mujeres saharauis de la ignorancia, de la falta de higiene, etc. Todo ello implicó el intento de asimilación de las mujeres saharauis de familias recientemente sedentarizadas a los estándares de género del nacional-catolicismo bajo un aparente respeto a la religión islámica, convertida en marcador racial naturalizado e invisibilizado. Hay indicios para pensar que este entramado de resignificaciones pudo ser percibido por las mujeres saharauis como una pérdida de poder. Juliano recoge una expresión muy citada entre las mujeres saharauis que, a día de hoy, aún las mujeres de mediana edad suelen recordar: «Nuestras abuelas y nuestras madres nos decían, os estáis volviendo muy sumisas»⁴⁴. Concepción Mateo, delegada provincial de la Sección Femenina, reconocía en sus informes los espacios de poder que las mujeres saharauis mantenían dentro de la sociedad: «La mujer de este territorio no solo influye, sino que manda»⁴⁵.

Como señala María Lugones, es una característica de los órdenes coloniales restringir los espacios de poder que las mujeres mantienen en un determinado orden patriarcal previo en connivencia con los hombres⁴⁶. Esta restricción también se intentó en el Sahara, donde el poder de los hombres saharauis se potenció de la mano

⁴⁴ Dolores JULIANO: *La causa saharauí y las mujeres...*, p. 58.

⁴⁵ «Informe de Concha Mateo Merino como inspectora nacional de Sahara, Sección Femenina del Movimiento» (1974), AGA, Fondo de África, caja S2877.

⁴⁶ María LUGONES: «Colonialidad y Género», *Tabula Rasa*, 9 (2008), pp. 61-76.

de la política de distribución de «ayudas sociales» que identificaba a los varones saharauis como cabezas de familia en una construcción colonial, occidentalizada y androcéntrica de la tribu⁴⁷. Por señalar un solo ejemplo: la readaptación colonial española de la *Yemáa* impuso que el divorcio, reconocido tradicionalmente en la sociedad saharauí y regulado a partir de controles informales y leyes no escritas, implicase un pago de 50.000 duros por parte de la mujer que quisiera divorciarse. Correale muestra, en base al trabajo de archivo, que durante los años sesenta del siglo pasado las «ayudas sociales» procedentes de la metrópolis eran proporcionadas a los *chiuj*, quienes intentaron reforzar una autoridad sin verdadero prestigio, a la vez hacia sus propias familias y redes de parentesco y hacia las autoridades coloniales, y escribe:

«Una de las consecuencias más relevantes de esta política es la creación de un embrión de clase mediana saharauí, tanto en el sentido económico-liberal del término, que en el sentido de intermediarios entre el ejecutivo provincial y la gente que no tiene acceso directo a la administración. Esta clase está representada esencialmente por los Chiuju y su personal que gestionan la distribución de las ayudas; y por los que, entre ellos, se apropian ilegalmente de los donativos para ponerlos en los circuitos comerciales informales que salen de Sahara y alcanzan Argelia, Marruecos y Mauritania»⁴⁸.

El reforzamiento del patriarcado por el orden colonial tuvo su correlato en la clasificación de la sociedad en tribus, lo que se ha proyectado hasta el momento presente. Isidoros nos recuerda que «la lista de identificación del votante se basó en el último censo colonial español de 1974, que a su vez procedía de Del Barrio *et al.*, 1973, *Las tribus del Sahara*. Ha habido otros intentos de contar a los saharauis como si fueran una sociedad tribal, como ocurrió con

⁴⁷ Konstantina ISIDOROS: «The silencing of unifying tribes: the colonial construction of tribe and its “extraordinary leap” to nascent nation-state formation in Western Sahara», *Journal of the Anthropological Society of Oxford*, 7, 2 (2015), pp. 168-190.

⁴⁸ Francesco CORREALE: «Levantando los camellos para aplastar el espacio: la invención de las ayudas sociales (1959-1975)», comunicación presentada en el VIII Congreso Ibérico de Estudios Africanos «Bajo el árbol de la palabra», Madrid, 2012, p. 15.

el “censo” de repatriación de ACNUR (1998-2000), que trató de localizar al patriarca (o cabeza de familia) de cada casa familiar»⁴⁹. De este modo, observamos cómo el orden colonial potenciaba el papel de los hombres saharauis como interlocutores con la metrópolis, haciendo que ocupasen el espacio público y político delimitado por esta y resignificando en este intercambio sus posiciones sociales, tal y como ha argumentado la feminista Rita Laura Segato sobre la hiperinflación del espacio público y del rol de los hombres en él, abriendo así la posibilidad de pensar en los pactos entre hombres colonizados y colonizadores⁵⁰.

Las resignificaciones de los derechos no escritos de las mujeres tuvieron que contar con la connivencia entre los hombres saharauis de la *Yemáa* y los hombres españoles, no sin resistencia por parte de las mujeres ni de otros saharauis. De hecho, frente al poder colonial, pero también frente al sistema de colaboración de los *chiuj* con el mismo, se alzarían jóvenes estudiantes y mujeres saharauis desde la médula de la movilización social nacionalista del Frente Polisario. De algún modo, el poder sobre las mujeres saharauis y su domesticación, aparentemente atenuada por el movimiento nacionalista, se convirtió en una contrapartida que algunos hombres saharauis obtenían por su colaboración con la colonia⁵¹, a la par que la introducción de las mismas prácticas y valores de lo moderno que se impulsaban con la modernización generaban tensiones con mujeres y jóvenes por los nuevos espacios de libertad abiertos. Teniendo en cuenta el contexto político revolucionario de la época, es comprensible que jóvenes estudiantes y mujeres saharauis se convirtiesen desde finales de los sesenta en los grupos de movilización social y política fundamentales en torno a los discursos nacionalistas, en los cuales, por las razones expuestas, la dimensión de género se volvería fundamental, pues las mujeres saharauis tenían razones sólidas para ser motor decidido del movimiento de liberación⁵².

⁴⁹ Konstantina ISIDOROS: «The Silencing Of Unifying Tribes...», p. 170.

⁵⁰ Rita Laura SEGATO: «Género y colonialidad...», pp. 17-48.

⁵¹ Partha CHATTERJEE (1999): «La nación y sus mujeres», en Saurabh DUBE (coord.): *Pasados poscoloniales*, México, CEEA-El Colegio de México.

⁵² Rocío MEDINA: «Mujeres saharauis, colonialidad del género y nacionalismos: un acercamiento a partir de los feminismos decoloniales», *Revista de Relaciones Internacionales*, 27 (2014), pp. 13-34.

Género y nacionalismos en el periodo revolucionario

La participación masiva y directa de las mujeres saharauis en la lucha anticolonial fue esencial. Participación que continúa hoy co-protagonizando la lucha por la autodeterminación. Los dos proyectos identitarios nacionalistas surgidos en el Sahara Occidental a principios de los años 1970 contenían discursos de género. Por un lado, frente al impresionante auge político del Frente Polisario, la metrópoli promueve en 1974 la fundación del Partido de Unión Nacional Saharaui (PUNS), cuyo discurso desarrollista, en concordancia con el proyecto de la Sección Femenina, era afín a la modernización impulsada por el régimen colonial y estructurado desde el poder estatal. Por otro, el Frente Polisario, cuyo discurso político estaba estructurado desde la movilización de la sociedad saharauí en lucha por su liberación. Ambos reivindicaron un «mayor papel de la mujer en la vida pública», pero con importantes diferencias.

En primer lugar, el discurso del PUNS, que respondía a directrices españolas, ralentizaba la independencia bajo la protección desarrollista española y defendía «valorar la personalidad de la mujer saharauí, tanto en el ambiente familiar como social, a fin de que pueda participar activamente en la vida política, cultural y económica del país»⁵³. En el segundo caso, el Polisario exigía soberanía inmediata sobre los recursos naturales y aludía «a las tradiciones como elementos de diferenciación en clave progresista»⁵⁴.

Según Dolores Juliano, la reivindicación de género como parte de la propia tradición saharauí se convirtió en un elemento central de la tradición que se deseaba mantener y de la nueva sociedad por construir, hasta el punto de asumir la reivindicación de género como elemento nuclear de la identidad étnica y diferenciador del adversario⁵⁵. El programa del Polisario se proponía así «restable-

⁵³ Claudia BARONA: *Los hijos de las nubes, estructura y vicisitudes del Sahara español desde 1958 hasta la debacle*, Madrid, Langre, 2009, p. 231.

⁵⁴ Enrique BENGOCHEA: «La movilización nacionalista saharauí y las mujeres durante el último periodo colonial español», *Revista Historia Autónoma*, 3 (2013), pp. 113-128, esp. p. 125.

⁵⁵ Se trata de lo que Juliano denominó como la «tercera posibilidad», frente a los casos centroamericanos, donde se subalternó la lucha feminista frente a la libe-

cer todos los derechos políticos y sociales de la mujer y abrir ante ella todas las perspectivas»⁵⁶, en base a las cuales articuló un discurso nacionalista que hacía del voto femenino, la resignificación de la dote o la educación de las mujeres bandera del nacionalismo saharauí⁵⁷. Según argumentan las propias mujeres saharauíes, desde su creación, el Frente Polisario estaba convencido de que «había que promocionar la participación de la mujer, dado que su activismo constituía un factor esencial para la movilización a favor de la lucha revolucionaria»⁵⁸. De hecho, Lippert argumenta que la educación de las mujeres fue una estrategia clave del Frente Polisario para llevar a cabo la revolución social que superase la división de una sociedad históricamente tribal⁵⁹. Así, la revolución saharauí se presentaba con una clara vocación igualitarista que cuestionaba no solo las jerarquías tribales preintrusión, en lo que se denomina «patriarcado de baja intensidad»⁶⁰, sino también las imposiciones de género coloniales domesticadoras de las mujeres⁶¹.

Otro hito fundamental para el pueblo saharauí es el Pacto de Unión Nacional del 12 de octubre de 1975 en Ait Ben Tili, que fue ratificado el 6 de diciembre en Guelta, cuando el pueblo saharauí deslegitima la *Yemáa*, cuya cooptación pretende el invasor, y declara al Frente Polisario como único representante legítimo del pueblo saharauí. El Pacto de Unión Nacional supuso un nuevo contrato social: la abolición del sistema tribal y la conciliación en-

ración nacional, y los integristas islámicos, que entienden las reivindicaciones de género como occidentales y distorsionadoras de la unidad por la liberación nacional. Véase Dolores JULIANO: *La causa saharauí y las mujeres...*, p. 22.

⁵⁶ Rafael WIRTH y Soledad BALAGUER: *Frente Polisario, la última guerrilla*, Barcelona, Paperback, 1976.

⁵⁷ Sophie CARATINI: «La prisión del tiempo: los cambios sociales en los campamentos de refugiados saharauíes», *Cuadernos Bakeaz*, 77 (2006), esp. p. 7.

⁵⁸ Aunque se crearon las organizaciones de masas para la movilización de las mujeres, no fue hasta 1985 cuando se creó oficialmente la Unión Nacional de Mujeres Saharauíes (UNMS) como organización dentro del Movimiento de Liberación del Frente Polisario. Véase UNIÓN NACIONAL DE MUJERES SAHARAUIS (UNMS): *La fuerza de las mujeres. Experiencia de la UNMS*, Campamento «27 de febrero», Tinduf (Argelia), 2011.

⁵⁹ Anne LIPPERT: «Sahrawi Women in the Liberation Struggle of the Sahrawi People», *Chicago Journals*, 17, 3 (1992), pp. 636-651.

⁶⁰ Rita Laura SEGATO: «Género y colonialidad...».

⁶¹ Rocío MEDINA: «Mujeres saharauíes, colonialidad del género...».

tre formas de socialismo árabe y tradiciones democráticas beduinas, y supuso un paso fundamental para las mujeres. Entre los avances más destacables, se abolieron prácticas como la ablación y el cebado de las niñas, se instauró el consentimiento femenino para el matrimonio, se reconoció el derecho al voto y a la educación de las mujeres, y se redujo la dote a un dinar simbólico⁶². Sin embargo, el Pacto de Unión Nacional no implicó una necesaria «destribalización»; más bien lo ocurrido en Ait Ben Tili se fundamentaba en una organización intertribal antes referida y fundada en la *assa-biya*, el Ait Airban⁶³. Este argumento ha sido confirmado por personas entrevistadas sobre el terreno. Una de ellas señaló: «El FP no encontró al pueblo saharauí tan desestructurado, estaba el Ait Arbain, Consejo de los 40, que representaba a todas las qabilas. España creó la Yemáa, Consejo que representaba de alguna manera al pueblo saharauí, pero España logró cooptarlos para la colonia. El Polisario surgió frente a la Yemáa cooptada»⁶⁴.

A la dimensión política del discurso del Frente Polisario en clave de género hay que añadir el análisis de la masiva participación de las mujeres en los comienzos del movimiento y sus posibles implicaciones en el futuro devenir feminista de las mujeres saharauis. Nos referimos, en concreto, a la politización de espacios públicos y privados a través de la participación de las mujeres, contrarrestando la hiperinflación de los hombres y del espacio público producido por la colonia. Ya antes de la fundación del Polisario, se reconocen importantes tareas de las mujeres en las labores de concienciación, enlace clandestino y divulgación en los años 1960. Posteriormente, en hitos históricos como la represión de Zemla en 1970 o la visita de la ONU el 12 de mayo de 1975, las mujeres son reconocidas como fundamentales en labores de proselitismo y organización⁶⁵. Nos relata Zenia Ahmed sobre esta visita de la misión de la ONU:

⁶² Sophie CARATINI: «La prisión del tiempo...», p. 7.

⁶³ Konstantina ISIDROS: «The Silencing Of Unifying Tribes...», y Juan Carlos GIMENO MARTÍN: *Transformaciones socioculturales de un proyecto revolucionario: la lucha del pueblo saharauí por la liberación*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2007, pp. 57-59.

⁶⁴ Entrevista al director de cultura en Dajla, Tiba, abril de 2011.

⁶⁵ Rafael WIRTH y Soledad BALAGUER: *Frente Polisario...*, p. 25.

«Nos visitó la Misión de las Naciones Unidas, y todas las masas se lanzaron a la calle y se consolidó la fuerza del FP como representante legítimo del pueblo saharauí, en su mayoría fueron mujeres. Esto lo puedes constatar en los archivos de las Naciones Unidas y ver en las imágenes el porcentaje de mujeres. La velocidad y la rapidez con que se correspondió el llamamiento del Polisario a las mujeres fue algo rápido y veloz. Nos transformamos políticamente casi siendo analfabetas, gracias al discurso del Polisario y nuestra correspondencia con él»⁶⁶.

Especial presencia tuvieron las mujeres en los actos de sabotaje al PUNS⁶⁷. Además, el espacio «privado» resultó profundamente repolitizado por las mujeres. Estas, durante el periodo revolucionario, no solo no quedaron confinadas en el espacio doméstico, sino que politizaron el espacio «público» organizando y participando masivamente en mítines, manifestaciones, revueltas, o incluso en el frente como guerrilleras. En sus casas convencían y afiliaban a los militantes, acogían a los guerrilleros/as, escondían las armas, confeccionaban las banderas y, sobre todo, generaban grupos de concienciación política, bastante cercanos en su metodología a los grupos de autoconciencia feminista de la época en otras partes del mundo. Entre los testimonios del momento puede leerse de parte de una militante y guerrillera del Polisario:

«Reuníamos a las mujeres en las casas en las que las familias eran dignas de confianza. El pretexto era confeccionar jerseys o participar de las tareas de la casa. Las discusiones comenzaban siempre por las dificultades de las vidas cotidianas, sobre los salarios de los maridos, la insalubridad, las enfermedades de los niños... Y partiendo de los problemas personales de cada uno, llegábamos juntas hasta la fuente de nuestros males comunes: el colonialismo español»⁶⁸.

El sistema de género propuesto por el Polisario permitió «canalizar reivindicaciones cotidianas» de las mujeres⁶⁹ y, a su vez, la mujer saharauí «fue objeto de sublimación en la construcción de la identidad como un factor distintivo de la revolución social im-

⁶⁶ Entrevista a Zenia Ahmed, exsecretaria de la UNMS, Smara, abril de 2015.

⁶⁷ Enrique BENGOCHEA: «La movilización nacionalista saharauí...», p. 125.

⁶⁸ Rafael WIRTH y Soledad BALAGUER: *Frente Polisario...*, pp. 84 y 85.

⁶⁹ Enrique BENGOCHEA: «La movilización nacionalista saharauí...», p. 125.

puesta por el Frente Polisario, fenómeno que no tiene parangón en las sociedades árabo-beréber-musulmanas limítrofes»⁷⁰.

Conclusiones

La combinación de la indagación en los archivos coloniales de la actuación de la Sección Femenina y los testimonios de mujeres y hombres saharauis recogidos en el terreno sobre su participación social y política nos ha permitido poner de manifiesto algunas transformaciones que incidieron en la vida de las mujeres saharauis en los últimos años del colonialismo (1958-1976) y en el proceso de liberación nacional saharauí, primero contra el colonialismo español, después contra la ocupación de sus vecinos, Mauritania y Marruecos. De una situación de patriarcado de baja intensidad (que hay que matizar en función de la adscripción estatutaria y tribal), la actuación colonial propició varios procesos de cambio sociocultural que no dejan de ser contradictorios. La labor de aculturación ideológica de la Sección Femenina proporcionó a jóvenes mujeres saharauis información, conocimientos y capacidades que las llevaron a acercarse y apoyar activamente el movimiento del Polisario. El investigador Enrique Satué⁷¹ señala que la acción de la Sección Femenina acercó a las jóvenes al Polisario. Sin llegar a estar de acuerdo con él, sin duda los procesos de modernización impulsados por el régimen colonial dieron lugar a una apropiación vernácula, en especial por parte de los hombres y mujeres saharauis jóvenes, de las promesas ofrecidas por la modernidad. El problema para las personas saharauis no era tanto la falta de modernidad, sino que la mayor parte de ellas, por su condición de saharauis, eran privadas de sus recompensas⁷².

La modernidad en el Sahara Occidental era al mismo tiempo un constructo discursivo y un hecho empírico: el discurso alimentaba las

⁷⁰ Francesco CORREALE: «La narración de la historia en situación de crisis. Reivindicaciones y contradicciones en la construcción de la memoria saharauí», *Les Cahiers d'EMAM. Sahara occidental: mémoires, culture, histoires*, 24 (2015), p. 112.

⁷¹ Enrique SATUÉ OLIVAN: *Tiza y arena, un viaje por las escuelas del Sahara español*, Huesca, Diputación de Huesca, 2016.

⁷² Los salarios de los trabajadores saharauis eran inferiores a los salarios europeos; los soldados indígenas no tenían canales de ascenso, los estudiantes saharauis solo podían acceder a carreras técnicas, etcétera.

aspiraciones de la población saharauí, mientras el hecho empírico era que en la práctica estas aspiraciones no se cumplían. Además, la vía del diálogo fue rechazada por la violencia colonial en Zemla.

La acción colonial propició el reforzamiento y transformación a la vez de una estructura asimétrica de relaciones de género que reproducía una división sexual del trabajo, con los hombres saharauís trabajando en empresas de construcción e infraestructuras y en el ejército, mientras la labor de las mujeres era concebida centrada en el hogar familiar, reproduciendo relaciones patriarcales reforzadas en lo sociopolítico a través de una política que hablaba el lenguaje paternalista del régimen franquista, basada en la colaboración con las instituciones coloniales de los *chiuj*, representando a la sociedad saharauí en la *Yemaa* y en los puestos de administración local tutelados por la metrópoli, en la reproducción de ese orden.

La alianza de las mujeres saharauís con el Polisario, liderado por los jóvenes y apoyado por saharauís de toda edad y condición, contribuyó a enfrentar no solo la autoridad tribal basada en la edad, sino también en su dimensión de relaciones de género patriarcales. Como sugieren Isidoros⁷³ y Gimeno⁷⁴, esta nueva alianza social ampliaba las relaciones de solidaridad en la sociedad saharauí, la *assabiya*, desbordando las diferencias entre los segmentos tribales de la sociedad para acometer una acción común ante nuevos retos, como se había hecho históricamente. Esta integró también una alianza con los excluidos: esclavos, majarreros y también las mujeres. El nuevo contrato social que constituyó el pueblo saharauí se hizo desde ese horizonte igualitario, que ya quedó expresado en la proclamación de la RASD en 1976 y que se ha desarrollado en todas sus constituciones.

Esta historia, que hemos podido empezar a hilvanar con el trabajo en los archivos y con entrevistas y conversaciones sobre el terreno, está realmente por escribir. Las instituciones del Estado saharauí no han abordado hasta el momento este esfuerzo tanto por falta de medios como por una cuestión de prioridades estratégicas, centradas en la visibilidad de la justicia de su causa, la lucha contra la violación de los derechos humanos y la supervivencia en los campamentos de refugio. En este sentido cabe destacar el esfuerzo

⁷³ Konstantina ISIDOROS: «The Silencing Of Unifying Tribes...».

⁷⁴ Juan Carlos GIMENO MARTÍN: *Transformaciones socioculturales...*

realizado por el intelectual y diplomático Emborik Ahmed Omar, que realiza una lectura de la historia del nacionalismo saharauí confrontando los textos y archivos que componen la biblioteca colonial con los testimonios orales de una gran cantidad de protagonistas de esta historia⁷⁵. Su trabajo constituye un ejercicio de contrahistoria del Sahara Occidental⁷⁶. Mediante este ejercicio trata de revertir la escasa contribución saharauí al conocimiento de su realidad a través de investigaciones históricas: «La inexistencia de esa interpretación autóctona de los acontecimientos más relevantes ocurridos en el país, sobre todo lo que pudieron apuntalar sus reivindicaciones como nación independiente, les priva a los saharauis de una arquitectura argumental propia y los expone, como explican los defensores de la subalternidad, a ser víctimas de un acto de “apropiación” que excluye al rebelde como sujeto consciente de su propia historia y lo incorpora como elemento contingente de otra historia con otro protagonista»⁷⁷. Esta aproximación es bienvenida en el terreno de la producción de historias de la región producidas desde otros intereses, entre ellos desde el irredentismo marroquí y el neocolonialismo europeo en el norte de África.

Es un hecho conocido que las historias poscoloniales africanas ven en la lucha anticolonial el proceso que hizo posible restaurar la integridad del pasado nacional e imaginan el futuro de los estados independientes ligados a unos nuevos relatos orientados por la modernidad. La contrahistoria de Ahmed Omar⁷⁸ forma parte y

⁷⁵ Emboirik AHMED OMAR: *El movimiento nacionalista saharauí...*

⁷⁶ En la crítica de Foucault a la historia como discurso del poder y la fascinación que ejerce este propone la contrahistoria como el «discurso de los que no poseen la gloria o de los que habiéndola perdido se encuentran en la oscuridad y el silencio». Véase Michel FOUCAULT: *Genealogía del racismo*, Madrid, Altamira, 1996 (1.ª ed., 1976). Gimeno y Robles hacen uso de esta categoría para sugerir la importancia de producir una historia de Sahara Occidental por los propios saharauis, como un mecanismo de contrastar otras historias producidas desde otras localizaciones. Véase Juan Carlos GIMENO MARTÍN y Juan Ignacio ROBLES: «Hacia una contrahistoria del Sahara Occidental...».

⁷⁷ Ranahit GUHA: *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 81.

⁷⁸ El relato contrahistórico utilizado por Ahmed Omar plantea cuatro contrapuntos a los relatos hegemónicos sobre el Sahara Occidental: 1) sitúa el impulso del movimiento nacionalista en relación con la configuración de un sentimiento no solo de lucha anticolonial, sino de descolonización impulsada por el espíritu de la con-

nutre estas narraciones. En su trabajo tiene muy en cuenta la participación de las mujeres en la respuesta saharauí a la recolonización marroquí, destacando su papel histórico y reconociendo que la cuestión de género está presente, de forma transversal, en toda la política social del gobierno saharauí; la importancia de esta cuestión, sin embargo, puede medirse en el número de páginas que le dedica: solo cinco de las 294 páginas del texto. Como señala Guha⁷⁹, las reglas de la escritura de la historia no solo suelen ser elitistas, también se adaptan plenamente a las líneas que marca el patriarcado. En el caso del Sahara Occidental, las mujeres y hombres saharauis y los hombres y mujeres que investigan la historia de todas partes deberemos estar muy atentos a estas tendencias para reconocerlas y revertirlas.

ferencia de Bandung (1956), frente a las causas regionales; 2) evalúa la resistencia saharauí al colonialismo español en función de la memoria oral saharauí y los testimonios de protagonismos saharauis en los acontecimientos son recogidos en los archivos coloniales, a partir de los cuales se construyen las narraciones hegemónicas sobre la historia del Sahara Occidental; 3) revela las estrategias del Ejército de Liberación Popular saharauí y sus éxitos frente a los ejércitos mauritanos y marroquíes, poniendo en valor su protagonismo, y 4) inserta la situación del conflicto del Sahara y sus posibles soluciones en el contexto africano, reivindicando el protagonismo de la RASD en la Unión Africana y el papel de esta en la solución del conflicto, frente a las propuestas centradas en el papel del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

⁷⁹ Ranahit GUHA: *Las voces de la historia...*, p. 29.

Siria: estado residual, complejidad confesional y ostracismo islamista

Naomí Ramírez Díaz

Investigadora independiente
naomiramirezdiaz@gmail.com

Resumen: La configuración nacional de la Siria actual tuvo lugar en un contexto marcado por la injerencia exterior, la amputación de zonas que históricamente habían formado parte de un territorio más amplio denominado Bilad al-Sham y la compleja composición confesional, cuyas diferencias fueron exacerbadas por parte de las autoridades francesas, aunque el sectarismo también se veía reforzado por dinámicas internas nacidas de enfrentamientos ideológicos y de clase. Con todo ello, este artículo pretende demostrar cómo la particular formación de la entidad nacional siria ha marcado profundamente su devenir político y, en la actualidad, ayuda a entender varios aspectos del conflicto.

Palabras clave: Siria, islamismo, colonialismo, Baaz, sectarismo.

Abstract: The national configuration of present-day Syria took place in a context characterized by external interference. Areas that had historically been part of a wider territory known as Bilad al-Sham were amputated. Its complex confessional composition exhibited differences that had been exacerbated by the French authorities, although internal dynamics resulting from ideological and class conflicts had also accentuated sectarianism. This article aims to show how the formation of Syria as a national entity deeply affected its political future, and helps explain various aspects of the current conflict.

Keywords: Syria, Islamism, colonialism, Baath, sectarianism.

«Ya desde su infancia (Hafez al-Asad) se había enfrentado a los Hermanos Musulmanes en sus primeras peleas en el patio del colegio en Latakia. De hecho, una corriente organizada de activismo musulmán había existido en Siria desde los años treinta cuando, al final de dicha década, habían surgido algunos núcleos de resistencia islámica contra el gobierno francés en varias ciudades sirias. Paradójicamente, fueron los franceses quienes en 1938 provocaron que estos grupos aislados se unieran en una única organización a nivel nacional al insistir en traer a colación la polémica cuestión de la enseñanza islámica en los colegios. Este debate había impulsado el nacimiento de Shabab Muhammad [los Jóvenes de Mahoma]»¹.

(Patrick Seale)

Nacida el 17 de abril de 1946, tras la salida de las tropas francesas, la oficialmente denominada República Árabe Siria, con la controversia que ello suscita en relación con la presencia de una multiplicidad de etnias (kurdos, asirios, circasianos) en el país, era hasta hace menos de una década uno de los países mediterráneos más desconocidos. Sin embargo, los acontecimientos en la región que acabaron alcanzando sus fronteras en 2011 abrieron los ojos del mundo a un país que, hoy por hoy, no ha abandonado la sección de actualidad de los medios internacionales.

Este artículo, no obstante, no pretende analizar la situación actual en Siria, sino bucear en su evolución histórica y plantear una serie de cuestiones relacionadas con la conformación de su propia identidad nacional. Cabe advertir, sin embargo, que el lector no encontrará en este estudio un repaso pormenorizado de la historia siria, a la que se han dedicado ya múltiples obras², sino el análisis de algunos aspectos que tengan relevancia en la cuestión que nos concierne. Nos centraremos, en particular, en el grupo islamista por excelencia en Siria, los Hermanos Musulmanes, reduciendo la horquilla temporal al periodo entre el mandato francés en Siria y finales del siglo XX (esto es, entre 1918 y 1982), con especial atención

¹ Patrick SEALE: *Asad of Syria: The Struggle for the Middle East*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 1989, p. 322.

² En castellano, podemos destacar Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO: *Siria contemporánea*, Madrid, Síntesis, 2009.

al desarrollo del islam político hasta la llegada de Hafez al-Asad, padre del actual presidente, Bashar al-Asad, al poder en 1970. Con ello se pretende presentar las claves para comprender la conformación nacional siria, muy marcada por la presencia e injerencia extranjeras y las particularidades de su islam político. Con esa finalidad, se recurrirá a fuentes primarias (testimonios, discursos, documentos, memorias, entrevistas personales) y al amplio abanico de literatura secundaria en árabe, castellano, francés e inglés sobre la historia de la Siria contemporánea. Todo ello puede servir para comprender el trasfondo histórico de algunos elementos muy presentes en la actualidad.

La particular configuración nacional del estado «residual» de Siria

El Estado sirio se caracteriza por una composición confesional compleja, en la que conviven distintas variedades de musulmanes y cristianos junto con minorías cuya adscripción siempre resulta problemática, como los drusos, por ejemplo. No obstante, a diferencia de su vecino libanés, nunca han existido ni se han implantado cuotas oficiales de reparto de poder en la configuración del ejecutivo o los cargos electos. Los porcentajes manejados habitualmente, a falta de una verdadera estadística oficial, sostienen que, a principios del siglo XXI, la composición étnico-confesional se erigía rudimentariamente sobre la base de la regla del 10 por 100; es decir, al margen de una mayoría suní, seguida de un fuerte elemento cristiano, se sumaría un conjunto de minorías étnicas y confesionales, a cada una de las cuales se le asignaba una cifra en torno al (y nunca superior) citado porcentaje del total de la población.

Desde el momento en el que las potencias occidentales impusieron su presencia, aunque ya en época otomana había existido el sistema de *millet* (en el cual cada comunidad religiosa disfrutaba de independencia en la organización de los asuntos relativos a la ley personal a condición de mantener su lealtad al Imperio)³, el colo-

³ De hecho, algunas teorías apuntan a que la hegemonía europea del siglo XIX y su forma de entender el Estado precipitó las reformas otomanas e introdujo, junto a otros factores, una nueva forma de sectarismo político. Véase Ussama MAKDISI:

nizador se afanó en categorizar a sus habitantes y fomentar la visibilidad de las minorías confesionales diluidas en la mayoría suní de la población.

Como bien detalla Ignacio Gutiérrez de Terán en un pormenorizado estudio, la correspondencia entre responsables británicos y franceses ya entre 1918 y 1919 deja claro que el reclutamiento de habitantes no suníes como soldados en Siria y Líbano tenía el propósito de «fomentar la impresión de que París desempeñaba el cometido de protectora de los cristianos», relegando el nacionalismo árabe a la identificación casi total con una suerte de «nacionalismo musulmán suní»⁴. Si bien es cierto que el efímero gobierno de Faisal (octubre de 1918-julio de 1920)⁵ parecía ser consciente de que las rivalidades sectarias solo iban en beneficio de las potencias europeas y de que «la eliminación de la discriminación religiosa era esencial para lograr la unidad y la independencia»⁶, la brevedad de este periodo no permitió una mayor cohesión intercomunitaria.

Dificultando aún más cualquier forma de unidad nacional, la estrategia francesa durante el periodo del mandato (desde 1920) incluyó también a grupos «minoritarios» como alauíes y drusos⁷, además de los cristianos, bajo la premisa de que eran más avanzados, algo de lo que dan cuenta las declaraciones de Robert Montagne, reputado experto en Oriente Medio y el Norte de África, en el si-

«The Problem of Sectarianism in the Middle East in an Age of Western Hegemony», en *Sectarianization: Mapping the New Politics of the Middle East*, Londres, Hurst, pp. 23-34, esp. pp. 27 y ss.

⁴ Ignacio GUTIÉRREZ DE TERÁN GÓMEZ-BENITA: *Estado y confesión en Oriente Medio: el caso de Siria y Líbano. Religión, taifa y representatividad*, Madrid, Universidad Autónoma, 2003, p. 97.

⁵ Líder de la Gran Revuelta Árabe contra las promesas al jerife Hussein de La Meca de creación de una nación árabe liderada por su familia que fueron incumplidas por británicos y franceses. El Congreso Nacional Árabe, conformado con el objetivo de lograr que se respetaran sus deseos, en 1919 proclamó la soberanía árabe también sobre la zona del Bilad al-Sham, con una monarquía parlamentaria encabezada por Faisal (1885-1933). Tras meses de desencuentros entre las pretensiones nacionalistas árabes, el rechazo a la partición del territorio de la Siria histórica y los deseos de las futuras potencias, Faisal sería expulsado por los franceses.

⁶ Tabitha PETRAN: *Syria: A Modern History*, Londres, Ernest Benn Ltd., 1972, p. 57.

⁷ Ignacio GUTIÉRREZ DE TERÁN GÓMEZ-BENITA: *Estado y confesión en Oriente Medio...*, p. 97.

guiente fragmento de una conferencia en el Royal Institute of International Affairs:

«Es muy difícil gestionar en tan poco tiempo un país tan complejo como Siria. [...] Una de nuestras mayores dificultades ha sido garantizar la protección de unas minorías que, en Siria y Líbano, son más numerosas y, sobre todo, más enérgicas y educadas, que en otros lugares, además de que han jugado un papel mucho más destacado en el gobierno de su país. Nos hemos visto obligados a preservar sus derechos en la medida de lo posible en los tratados recientemente firmados»⁸.

Estas políticas francesas generarían, entre otras desigualdades, confrontaciones y divergencias de criterio y estrategia a la hora de hacer frente al dominio francés. Cabe citar, a modo de ejemplo, la situación que se dio en 1925 en la ciudad de Hama, localidad situada en el centro-oeste de Siria. En ese año, el hecho de que los franceses mostraran una clara preferencia por los jesuitas empujó a muchos suníes y cristianos ortodoxos de la ciudad a salir a las calles para exigir la «independencia». No obstante, mientras que los primeros pedían que los franceses se marcharan definitivamente, los segundos, envidiosos de los jesuitas, deseaban obtener el favor de los franceses, «insistiendo en que no querían que los franceses se marcharan»⁹. Esta divergencia de objetivos provocó una división de filas que aumentó las tensiones religiosas, agravadas cuando los franceses decidieron enviar soldados cristianos sirios a reprimir las revueltas ya copadas por suníes. Las proclamas contra los cristianos no se hicieron esperar: «Abajo Francia, abajo los cristianos. Viva el Emir Hussein¹⁰, Comendador de los Creyentes. Mañana acabaremos con los traidores cristianos»¹¹.

⁸ Robert MONTAGNE: «French Policy in North Africa and in Syria», *International Affairs*, 16, 2 (1937), pp. 263-279, esp. p. 272.

⁹ N. E. BOU-NACKLIE: «Tumult in Syria's Hama in 1925: the Failure of a Revolt», *Journal of Contemporary History*, 33, 2 (1998), pp. 273-289, esp. p. 277.

¹⁰ El emir Hussein (1853-1931) es el jerife Hussein, líder de la que debía haber sido la Gran Nación Árabe prometida por franceses e ingleses durante la Primera Guerra Mundial.

¹¹ *Bulletin de renseignements*, document 51/SP, del 31 de marzo de 1924, ficha 3, cartón 4H-72, AV. Citado en N. E. BOU-NACKLIE: «Tumult in Syria's Hama...», p. 278.

Aunque semejantes expresiones bien podían haber estado motivadas por una sensación de desprecio por parte de los colonos franceses hacia los suníes, el hecho de que se escucharan da cuenta del aumento de la división entre cristianos (y por extensión, otras minorías musulmanas y no musulmanas) y suníes. De hecho, como sentencia Tabitha Petran en un estudio publicado apenas dos años después de la llegada de Hafez al-Asad al poder, un momento en el cual el sectarismo no venía mediado aún por la ostentación del poder por parte de una minoría considerada herética por ciertas corrientes islámicas y sus políticas represivas: «El sectarismo en Siria no es nuevo»¹².

Es decir, del mismo modo que en el episodio precedente se han atestiguado divergencias entre los propios cristianos, más allá de la dicotomía cristiano-musulmana, las minorías dentro del islam siempre han tenido una especial relevancia en la jurisprudencia en general y en todo lo relacionado con el anatema en particular¹³. De hecho, los alauíes, beneficiados por las políticas francesas, mantuvieron una relación ambivalente con el colonizador, lo que ahondaba en la brecha confesional¹⁴. El propio padre de Hafez al-Asad, Ali Sulaiman, llegó a ser nombrado miembro de un comité establecido por los franceses en la región de Latakia cuya misión era elaborar una constitución propia para la región, aunque después recuperaría sus credenciales nacionalistas al apoyar la independencia. A

¹² Tabitha PETRAN: *Syria...*, p. 236. Para un pormenorizado estudio sobre esta confesión se recomienda leer Yaron FRIEDMAN: *The Nusayri-Alawis: An Introduction to the Religion, History and Identity of the Leading Minority in Syria*, Londres, Brill, 2010. No obstante, existen también estudios publicados por figuras prominentes de dicha comunidad religiosa, como Abd al-Rahman AL-JAYR: *Aqidatuna wa waq'una nabnu al-muslimin al-ya'fariyyin al-'alawiyyin* (*La doctrina y realidad de nosotros, los musulmanes yafaríes alauíes*), Damasco, Kutub Faris Fa'ida, 1991, y Ahmad Ali HASAN: *Al-Muslimun al-'alawiyyun fi-muwayabat al-tayanni* (*Los musulmanes alauíes frente a la criminalización*), s. l., Dar al-Alamiyya. Incluso chiíes indiscutibles han participado de esta controversia como Hashim UTHMAN: *Hal al-'alawiyyun sbi'a?: Babth tarihi min waq' watha'iqibim wa adabibim al-manshura wa gayr al-manshura* (*¿Son los alauíes chiíes? Estudio histórico basado en sus documentos y escritos publicados y no publicados*), Beirut, Mu'assasat al-Alami li-l-matbu'at, 1994.

¹³ Ignacio GUTIÉRREZ DE TERÁN GÓMEZ-BENITA: *Estado y confesión en Oriente Medio...*, pp. 187-220.

¹⁴ Patrick SEALE: *Asad of Syria...*, p. 18.

pesar de su redención, el precedente le pasaría factura a su hijo¹⁵. En palabras de Seale: «Tras la marcha de los franceses, había aún un precio que pagar. Los alauíes habían sido siempre despreciados por ser pobres y por sus creencias heréticas; ahora, se les acusaba de haber sido desleales a las ideas políticas de la unidad siria y el nacionalismo árabe»¹⁶. La idea del nacionalismo árabe —o, al menos, sirio— se volvería decisiva en los años venideros.

Con todo, la creación de una entidad nacional en el territorio que nos ocupa tenía otras particularidades. La República Árabe Siria nació a partir de lo que podría denominarse la «Siria residual» del gran Bilad al-Sham (región que comprendía los actuales Líbano, Siria, Jordania y Palestina, y que podía incluso extenderse para incluir zonas de Irak y Turquía). Este Estado amputado tendría que superar la falta de tradición nacional para erigirse como uno más en la región, más aún cuando Francia había dividido el territorio en regiones, una vez más, según la mayoría religiosa dominante: el Estado de los alauíes en la región de Latakia, el Estado druso en la región de Suweida y una región en la que se fomentó el asentamiento de cristianos, asirios y kurdos a lo largo del Éufrates¹⁷.

Importantes sectores de la población de estos «estados forzosa-mente federados» jugarían un destacado papel en las revueltas antifrancesas¹⁸. Si algo los unía era el rechazo al mandato. Cabe citar, por ejemplo, a Saleh al-Ali o Sultan al-Atrash¹⁹. Sin embargo, el regionalismo seguiría manteniendo su peso específico durante los casi cien años de historia de la unidad territorial siria que hoy conocemos. Así, a pesar de su papel, los parlamentos sirios tras la inde-

¹⁵ Durante el referéndum para aprobar la constitución celebrado el 8 de marzo de 1973, Said Hawa, figura prominente de los Hermanos Musulmanes en Siria, se refirió a Asad como «un enemigo apoyado por el colonialismo». Véase Thomas PIERRRET: *Religion and State in Syria: The Sunni Ulama from Coup to Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp. 186-187.

¹⁶ Patrick SEALE: *Asad of Syria...*, p. 23.

¹⁷ Tabitha PETRAN: *Syria...*, p. 62.

¹⁸ N. E. BOU-NACKLIE: «Tumult in Syria's Hama...», p. 273.

¹⁹ Saleh al-Ali (1884-1950) fue un líder alauí que dirigió la Revuelta Siria de 1918-1919 contra la invasión francesa a través de la costa siria, que, según denunció el propio Al-Ali, pretendía separar la región alauí del resto del territorio. Sultan al-Atrash (1888-1982) fue un líder druso que comandó la revolución siria entre 1925 y 1927 contra los franceses, además de haber apoyado con anterioridad el gobierno nacionalista de Faisal.

pendencia relegarían a dichas regiones «periféricas» a un segundo plano y el peso político quedaría repartido entre las urbes de Alepo y Damasco, copadas por las burguesías suní y cristiana. Ante semejante panorama de desunión, se hacía harto complicado desarrollar un sentimiento nacional sirio. Del mismo modo que otros partidos de corte laico o panarabista, los Hermanos Musulmanes, que nacieron prácticamente al calor de la independencia, serían de los primeros en buscar la forma de solventar la división regional, como veremos en el siguiente apartado.

En cualquier caso, expulsado el mandatario, las irrupciones militares en el devenir político de Siria desde que en 1949 Husni al-Za'im diera su primer golpe de Estado se convertirían en el *leitmotiv* de un periodo que mantendría en vilo la realidad política del país durante unos años y que sería fruto de continuas injerencias regionales explotadas por las grandes potencias del momento, dificultando el desarrollo de una vida política autónoma²⁰.

El papel del islamismo en la construcción política nacional siria

En 1946, cuando Siria accedió a la independencia, existían agrupaciones regionales de ulemas por todo el país²¹. Sin embargo, la fragmentación regional arriba señalada había supuesto que, hasta apenas un año antes, no se hubiera creado una organización nacional. En 1945, Mustafa Sibai, natural de la ciudad de Homs, fundó la rama siria de los Hermanos Musulmanes, grupo con el que se había relacionado durante su estancia en Egipto en la década anterior, convirtiéndose así en la primera sucursal de dicha organización fuera del país del Nilo. La organización que Sibai tenía en mente cuando inauguró semejante empresa era una combinación de lo político y lo so-

²⁰ A modo de ejemplo de los múltiples golpes orquestados o patrocinados desde el exterior cabe citar dos que se sucedieron en menos de un año: el de Husni al-Za'im (1949), patrocinado por la CIA, y el de Sami Hinnawi, que estuvo relacionado con las aspiraciones de unidad con el Irak hachemí (1949).

²¹ Los comienzos de la Hermandad y las organizaciones que la precedieron están perfectamente detalladas en la crónica histórica de uno de sus miembros. Véase Adnan SAAD AL-DIN: *Al-ijuan al-muslimun fi Suriya: Mudbakkirat wa dbikrayat (Los Hermanos Musulmanes en Siria: recuerdos y memorias)*, vol. I, Ammán, Dar Ammar, 2006, pp. 1-49.

cial en la que los ulemas como él debían realizar el servicio público de participar en política, tal y como había expresado en un texto previo a la fundación de la rama siria de la Hermandad:

«(En lo que respecta a los ulemas) muy pocos se preocupan por la política, y resulta especialmente triste que solo les preocupen sus intereses y la obtención del paraíso en la Tierra [...] poniendo todo su conocimiento, inteligencia y alma a disposición del colonialismo salvaje para que lo utilice a su antojo [...] ¿Dónde queda su huella en la resistencia contra la política imperialista que conduce a la corrupción de la moral y el debilitamiento de la religión? [...] ¿Qué escaños ocupan en el parlamento?»²².

A pesar de que no todo miembro de los Hermanos Musulmanes es ni ha sido ulema, pues en su mayoría han sido miembros de profesiones liberales, como abogados u hombres de negocios, con un conocimiento profundo de la religión adquirido en virtud de su larga preparación de más de siete años hasta que el aspirante accede a una pertenencia plena a la Hermandad, Sibai no podía ocultar su desilusión. Sin embargo, el fundador de la rama siria de la Hermandad se afanaría por dar un papel a la religión en la construcción nacional frente al colono, pues, para él, el islam era parte integrante de la identidad nacional siria como elemento cultural y religioso. Así, desde sus comienzos, los Hermanos Musulmanes se erigieron como parte del movimiento nacional de construcción del Estado²³, participando en la compleja elaboración de la constitución de 1950, que debía poner de acuerdo a corrientes políticas

²² Mustafa SIBAI: «Al-ulama' wa-l-siyasa'» («Los ulemas y la política»), *Aalam wa aamal, silsilat maqalat nushirat fi mayallat al-Fath al-qabiriyya* (Dolores y esperanzas: una serie de artículos publicados en la revista cairota Al-Fath), pp. 37-46, esp. pp. 42-43 y 45.

²³ No en vano, hasta la actualidad, los Hermanos han hecho una profusa utilización del concepto «nacional» (*watani*) en el sentido de patriota. Así, por ejemplo, en 2001 emitieron desde el exilio un documento considerado un llamamiento a la unión de fuerzas *wataniya* para lograr un nuevo pacto social en Siria; en 2013 lanzaron un proyecto fracasado de partido político *watani* sin referencias religiosas en el nombre, y desde 2011 algunas de sus figuras más prominentes en los círculos de la oposición al régimen se han presentado no como miembros de los Hermanos Musulmanes, sino como «personalidad *wataniya*». Sin embargo, esto último pertenece a la «revisión» de su pensamiento realizada en los años noventa del siglo pasado y, sobre todo, tras la muerte de Hafez al-Asad, cuyo papel fue deter-

disparos e intereses regionales divergentes²⁴. En ese tiempo, pues, el islam político sirio adoptó una doble vertiente de lucha contra la influencia extranjera y, sobre todo, de construcción de la identidad nacional, sin maximalismos doctrinarios²⁵.

Los Hermanos expresaron su rechazo a la influencia occidental en Oriente Medio y se pusieron del lado de los laicos e izquierdistas en la lucha contra los pactos de seguridad patrocinados por Occidente en los años cincuenta. Según se recoge en algunas fuentes, aunque no ha podido localizarse la cita original (si bien, no por ello resulta inverosímil), Sibai llegó a afirmar lo siguiente en un acto público el 12 de marzo de 1950: «Estamos dispuestos a virar hacia el bloque del Este si las democracias occidentales no son justas con nosotros [...] A todos aquellos que nos dicen que el bloque del Este es nuestro enemigo, les contestamos: ¿en qué momento ha sido el bloque occidental nuestro amigo? Nos encomendaremos a Rusia aunque sea el mismísimo Diablo»²⁶.

Cabe destacar que, en ese momento, el Frente Socialista Islámico, formado por el propio Sibai en 1949 como brazo político de la Hermandad y como fuerza de oposición a la injerencia militar de

minante en la radicalización de posturas de algunos sectores de la Hermandad durante el periodo anterior.

²⁴ En 1954, un artículo del misionero y profesor estadounidense Alford Carleton explicaba las dificultades de hacer prevalecer las múltiples visiones de lo que debería ser el recientemente inaugurado Estado de Siria, y que mezclaban nociones de panislamismo, panarabismo, comunismo y otras corrientes en auge en el momento: «El problema de las autoridades en Siria sigue siendo la conformación de un ideal común, de desarrollar la lealtad y de inculcar un sentimiento de patriotismo hacia el Estado nacional moderno [...]. El ámbito de las relaciones públicas, para con su propia gente, es una de las esferas más relevantes del desarrollo nacional». Véase Alford CARLETON: «Syria Today», *International Affairs*, 30, 1 (1954), pp. 24-30, esp. p. 28.

²⁵ Patrick SEALE: *Syria: The Struggle for Syria. A Study in Post-War Arab Politics 1945-1958*, Londres-Nueva York, Oxford University Press, 1965, p. 62. Los Hermanos no dudaron en acusar a Husni al-Za'im por dos aspectos fundamentales: sus reformas «laicas» y las «inspiradas por partes extranjeras».

²⁶ *Ibid.*, p. 102, y Raymond HINNEBUSCH: «The Islamic Movement in Syria: Sectarian Conflict and Urban Rebellion in an Authoritarian-Populist Regime», en Y. Ali E. Hilal DESSOUKI (ed.): *Islamic Resurgence in the Arab World*, Nueva York, Praeger, 1982, pp. 138-166, esp. p. 151. La cita original, no obstante, parece provenir de Pierre RONDOT: «Les États Unis devant l'Orient d'aujourd'hui», *Orient*, 2 (1957), p. 41.

Husni al-Za'im²⁷, «a diferencia de los Hermanos Musulmanes en Egipto, lejos de ser un instrumento político-paramilitar organizado, era en realidad un verdadero portavoz de las masas sirias, que eran y siguen siendo fervorosamente musulmanas»²⁸. Precisamente debido a ese fervor musulmán y con el fin de evitar que las potencias buscaran excusas para intervenir, a tenor de los precedentes, los Hermanos Musulmanes no solo se centraron en el desarrollo de su país, sino que también enfatizaron aspectos clave para el devenir de un Estado moderno e independiente.

De hecho, Sibai fue un arduo defensor del sistema republicano, tal y como demuestra su arenga en el parlamento el 27 de diciembre de 1949. Con el trasfondo de las rivalidades entre quienes apoyaban la unión con Irak —aún bajo la monarquía Hachemí— y quienes la rechazaban²⁹, el juramento que debían hacer los miembros de la Asamblea Constituyente no gustó en absoluto a quienes disientían de la unión, pues se omitía la mención al régimen republicano en Siria. Las palabras del fundador de la Hermandad no dejaron lugar a duda:

«Nosotros siempre, desde que éramos niños, hemos abogado por la unidad árabe, pero esta unidad impide la realización de algunas aspiraciones. A este país le gusta el sistema parlamentario y lo ha abrazado desde el primer momento. Y con toda fe, sinceridad y claridad anunciamos que no queremos una alternativa al sistema republicano, sino que queremos para nuestra patria un régimen popular democrático, basado en la voluntad popular y en el que se refleje dicha voluntad»³⁰.

El programa electoral del Frente Islámico Socialista iba en la misma línea, por lo que, entre los objetivos del gobierno, ha-

²⁷ Los Hermanos, en un primer momento, dieron la bienvenida al golpe considerando que, si este no hubiera tenido lugar, el pueblo se habría levantado igualmente. Sin embargo, sus esperanzas de instauración de un «verdadero gobierno democrático» quedaron frustradas cuando Za'im apartó al Partido Comunista y los Hermanos del gobierno. Véase Joshua TEITELBAUM: «The Muslim Brotherhood and the “Struggle for Syria”, 1947-1958: Between Accommodation and Ideology», *Journal of Middle Eastern Studies*, 40, 3 (2004), pp. 134-158, esp. p. 139.

²⁸ Patrick SEALE: *Syria: The Struggle for Syria...*, p. 102.

²⁹ Tabitha PETRAN: *Syria...*, p. 76.

³⁰ Adnan, ZARZOUR: *Mustafa al-Siba'i: al-da'iya al-muyaddid (Mustafa al-Siba'i: el predicador renovador)*, Damasco, Dar al-Qalam, 2000, p. 267.

bría de estar «proteger la decisión política interna de toda injerencia extranjera y preservar el sistema republicano, salvaguardando el equilibrio entre poderes según los límites establecidos por la Constitución»³¹. De hecho, Mustafa Sibai ya había introducido con anterioridad el concepto de ciudadanía como medio para fomentar la unión contra un colonialismo divisor, como se muestra en el Comunicado de la Liga de Ulemas de Siria de 1938 en cuya redacción participó:

«Que nuestra arma más fuerte contra el colonialismo en los centros islámicos sea enfrentarnos a él exponiendo sus falsedades y calumnias sobre el islam, y poniendo de manifiesto la realidad social de dicha religión. Esa es la mejor garantía de la unidad nacional entre los hijos del país, ya que el islam no congenia con este colonialismo destructivo en ningún tiempo ni lugar, sino con la vida independiente de todos los componentes de la sociedad, y respeta la libertad religiosa y los derechos de sus fieles más que lo que dicen proteger los derechos de las minorías colonizadas los propios colonialistas. El islam dice a los *ciudadanos* que viven junto a los musulmanes que *sus derechos son los nuestros y sus obligaciones las nuestras*, tal y como han establecido las bases islámicas»³².

Para Sibai, el islam era el elemento clave en el que basar la configuración del Estado, porque, como demuestra lo anterior, entendía dicho sistema de creencias como una base para la igualdad y la unidad. Así, el borrador que se envió a la Asamblea Constituyente de la que formó parte en 1949-1950 contemplaba que el islam fuera la religión oficial³³. Ahora bien, en sus sugerencias a dicho borrador —y aquí es donde Sibai se desmarca de sus sucesores y homólogos en otros países— incluyó que «los ciudadanos son iguales en derechos y todos podrán llegar a los más altos cargos del Estado sin dis-

³¹ Adnan SAAD AL-DIN: *Al-ijuan al-muslimun fi Suriya...*, pp. 289-290.

³² Cursiva añadida. Comunicado de la primera reunión de ulemas en Damasco celebrada entre el 6 y el 8 de agosto de 1938, disponible en <http://goo.gl/ZIxQ0w> (consulta: 18 de enero de 2019).

³³ Según Adnan SAAD AL-DIN: *Al-ijuan al-muslimun fi Suriya...*, p. 177, el primero en proponer algo así fue el miembro de los Hermanos y también parlamentario Muhammad al-Mubarak, que abogó por la participación parlamentaria incluso cuando el consejo consultivo de los Hermanos decidió no hacerlo tras la dictadura de Adib al-Shishakli.

crimination por razones de religión, sexo o idioma»³⁴. De hecho, ya previamente en el congreso de ulemas antes mencionado, cuando se denunció abiertamente la estrategia de división sectaria de los colonos que «derraman lágrimas de cocodrilo por el destino de lo que llaman minorías, asegurando que las protegen para así dominarnos mejor a todos», se incidió en los «principios islámicos de igualdad entre musulmanes y otros *ciudadanos*»³⁵.

Como se explica en otros estudios³⁶, no obstante, Sibai no escapaba a las contradicciones, sobre todo en lo referente a la igualdad entre hombres y mujeres, y entre creyentes y no creyentes. La cuestión es poder determinar si ello era producto de su pensamiento específico o del contexto general en el que desarrolló su actividad, en donde, por ejemplo, la mujer tenía una cabida nula en la actividad política y en la que el peso de la religión no podía ignorarse. En relación con esto último, aunque Sibai consideraba que el laicismo era una importación occidental muy ligada al comunismo y su afán de influencia global, buscó la fórmula para aunar una fuerza en auge (el socialismo, en el que se inspiraban con mayor o menor acierto fuerzas políticas laicas como el naserismo, el panarabismo o el propio Baaz) con el islam, llegando a hablar del «socialismo del islam»³⁷, un socialismo que, a su juicio, ni siquiera los propios socialistas habían entendido:

«Socialistas que os dejáis la vida por levantar estatuas e ídolos: ¿es socialismo derrochar dinero en edificios y estatuas para hacer eternos a los grandes cuando ellos ya son eternos en nuestras almas? ¿Por qué no usar ese dinero para dar de comer a los hambrientos, ropa a los desnudos, casa a los desplazados, conocimiento a los ignorantes o fuerza a los débiles? El socialismo antes que la propia religión os incitaría a ello si

³⁴ Adnan ZARZOUR: *Mustafa al-Siba'i...*, p. 270.

³⁵ Cursiva añadida. Véase Thomas PIERRET: *Religion and State in Syria...*, p. 166.

³⁶ Naomí RAMÍREZ DÍAZ: *The Muslim Brotherhood in Syria: The Democratic Option of Islamism*, Londres-Nueva York, Routledge, 2018, pp. 30-32.

³⁷ Mustafa AL-SIBAI: *Isbtirakiyyat al-islam (El socialismo del islam)*, Damasco, Imprenta de la Universidad de Damasco, 1960. Sobre la relación de comunismo y socialismo con el islam, en especial en Egipto y el Levante, se recomienda la lectura del capítulo correspondiente en Luz GÓMEZ: *Entre la sharía y la yibad: una historia intelectual del islamismo*, Madrid, Catarata, 2018.

comprendierais el verdadero significado del socialismo y si de veras creyeráis en él»³⁸.

Por ello, en *Ishtirakiyyat al-islam*, Sibai defiende que: «Si el socialismo del islam se aplicara en nuestra sociedad, se beneficiarían de ello todos los ciudadanos: musulmanes y cristianos [...], pues una de las ventajas del socialismo en el islam es que reafirma su identidad independiente y se libera de la dependencia ideológica y política que nuestra *umma* tiene de otros países»³⁹.

Con ello, en parte, parecía suavizar su previo posicionamiento más cercano a la Unión Soviética. En cualquier caso, sus tesis no fueron demasiado bien recibidas entre sus correligionarios y compañeros de organización y frente político. La crítica más destacada a la tesis de Sibai la elaboró precisamente Muhammad al-Hamid, padre espiritual de los Hermanos sirios y ulema de formación. En *Natharat fi ishtirakiyyat al-islam* sentencia: «el islam es el islam, y punto»⁴⁰, poniendo énfasis en el hecho de que las semejanzas que pueda haber entre algunos postulados islámicos y el socialismo no hacen de este último parte del islam. No obstante, su respuesta a Sibai sobrepasa los propios argumentos esgrimidos por este, ya que Al-Hamid entra en distintos aspectos de la legislación islámica que en ocasiones no guardan relación alguna con el propósito crítico de su libro. Por ello, podría asumirse que su refutación de Sibai es más bien un pretexto para la producción de un libro de contenido mucho más amplio, donde la contestación a Sibai queda en un segundo plano y que se centra, en todo caso, en la defensa de la pro-

³⁸ Mustafa AL-SIBAI: *Hakadha allamatni al-bayat (Así aprendí de la vida)*, s. I., s. e., 1962, p. 100.

³⁹ Mustafa AL-SIBAI: *Ishtirakiyyat...*, pp. 13-15. En este asunto del posicionamiento del islamismo frente al capitalismo y el socialismo véase Hazem KANDIL: *Inside the Brotherhood*, Cambridge, Polity Press, 2015, p. 38, citando a Yusuf AL-QARADAWI: *Al-sheij al-Gazali kama 'araftubu: riblat nisf qarn (El sheij Al-Gazali como lo conocí: medio siglo de camino)*, El Cairo, Dar al-Shuruk, 2004, pp. 14-15. En palabras de este estudioso de la religión «la economía islámica, según Al-Gazali, ocupa una posición intermedia entre “el comunismo radical y el capitalismo arrogante”: los capitalistas sacralizan la propiedad privada, los comunistas la eliminan y los islamistas la respetan salvo si contradice el interés público».

⁴⁰ Muhammad AL-HAMID: *Natharat fi kitab ishtirakiyyat al-islam (Observaciones sobre el socialismo en el islam)*, s. I., s. e., 1962, p. 7.

piedad privada, dada la extracción social de clase media de los Hermanos y la burguesía urbana suní que los apoyaba en un momento de auge del naserismo y el panarabismo⁴¹. Como si nunca hubiera comprendido por qué su teoría generó tanto rechazo, el 24 de julio de 1962 Sibai escribía: «La historia dirá quiénes se han mantenido más acordes con la visión que tiene el islam del mundo: los que defienden el socialismo del islam o los que luchan contra él»⁴².

Quizá de haberse recibido mejor, la de Sibai habría sido una gran apuesta para sus seguidores, sobre todo si se tiene en cuenta que los Hermanos Musulmanes no gozaban de prédica entre los oficiales del ejército, que eran quienes dominaban la vida política desde 1949: «En claro contraste con Egipto, donde los oficiales de clase media tenían contactos con los Hermanos o simpatizaban con ellos, en Siria, los oficiales politizados se hicieron nacionalistas sirios, baazistas o naseristas, pero en rara ocasión Hermanos Musulmanes»⁴³. De hecho, resulta curioso que la radio egipcia en 1961, según uno de los cronistas de la historia de la Hermandad siria, también exlíder de la misma, Adnan Saad al-Din, utilizara los postulados de *Ishtirakiyyat al-islam* para justificar los procesos de nacionalización del entonces presidente Gamal Abdel Naser⁴⁴. Esta falta de penetración en el ejército tendría también su efecto en el enfrentamiento posterior con el Baaz, cuyo mando militar terminó desplazando al civil en su particular pugna interna durante los años

⁴¹ Sobre el asunto de las nacionalizaciones, por ejemplo, dice que «si se hacen sin consentimiento, y por obligación, dejan de ser nacionalizaciones para convertirse en confiscaciones». Véase *ibid.*, p. 49.

⁴² Mustafa AL-SIBAI: *Hakadba allamatni...*, p. 138. Con esta identificación parcial, Sibai se puede situar en lo que Muhammad Yamal Barut llama «laicización del islamismo» (*almanat al-islamiyya*) y que define como el proceso o estado en que «la dimensión laica no niega ni difumina la identidad cultural o espiritual presente en el inconsciente de los musulmanes, sino que permite a esa identidad abrirse a la modernidad y absorberla». Véase Muhammad Jamal BARUT: *Yathrib al-yadida: al-harakat al-islamiyya al-rabina* (La nueva Yathrib: los movimientos islámicos actuales), Londres, Dar al-Rayyes, 1994, p. 17.

⁴³ Raymond HINNEBUSCH: «The Islamic Movement in Syria...», p. 153. Esto tiene que ver también con que los que llegaban a oficiales en muchos casos pertenecían a minorías religiosas, dadas las políticas francesas de reclutamiento antes mencionadas.

⁴⁴ Adnan SAAD AL-DIN: *Al-Ijwan al-muslimun fi Suriya: mudbakkirat wa dbikera-yat*, vol. 2, Ammán, Dar Ammar, 2007, p. 160.

sesenta. Aun teniendo visiones que podían haber sido compatibles, su historia es la de un matrimonio imposible.

El choque frontal con el Baaz

El partido Baaz lo fundaron Michel Aflaq y Salah al-Bitar en 1947 en Damasco, con ramas nacionales en Siria e Irak que tomarían trayectorias independientes más adelante con el objetivo de defender el nacionalismo panarabista y bajo el lema «Unidad, libertad y socialismo». Su vínculo original con el ejército, contando con mandos civil y militar, marcaría su historia al ligarse al golpismo como forma de perpetuarse en el poder.

La andadura de los Hermanos hasta la llegada del Baaz al poder no fue un camino de rosas, pues en varias ocasiones, como les sucedió a otros partidos, en especial durante la breve experiencia de la República Árabe Unida (1958-1961) con Egipto, que exigió la disolución de todos ellos, fueron ilegalizados y apartados de la vida política. La situación no mejoró en 1963, cuando este partido accedió al poder. A pesar de tener algunos puntos en los que podrían haber buscado el encuentro, tales como el papel del islam como elemento cultural unificador⁴⁵, la radical transformación en la estructura de poder supuso que aquellos a quienes los Hermanos representaban como clase se configuraran como antagonistas de los representados por el Baaz, las clases periféricas. Más aún, el mando militar del partido estaba copado por minorías religiosas poco o nada receptivas al mensaje de los Hermanos por conciliador que se presentara. La incompatibilidad era manifiesta.

Nadie ha definido con mayor claridad el cambio que supuso la llegada del Baaz, y posteriormente de Asad, al poder como el reputado experto británico Raymond Hinnebusch:

«Una elite predominantemente salida de la burguesía terrateniente y comerciante fue desplazada por una nueva elite de origen rural, clase

⁴⁵ Aun siendo cristiano, para Michel Aflaq el islam ocupaba un lugar importante como elemento cultural, como apunta en el manifiesto fundacional del partido, en concreto en su sección tercera. Véase Michel AFLAQ: *Fi sabil al-Baath (En el camino de la resurrección)*, Beirut, Dar al-tali'a li-l-tiba'a wa-l-nashr.

media y adscripción minoritaria en porcentajes desproporcionados⁴⁶. En sustitución del estado liberal basado en las clases altas, la nueva elite conformó un estado autoritario, militar y de partido único que quiso fundarse en las clases bajas y medias. Excluyó a todos los rivales políticos, concentró el poder en sus manos y trató de utilizar dicho poder para desarrollar sus políticas populistas y estatistas, redistribuyendo los recursos hacia sus propios miembros y creando, en lugar de una economía de mercado privado dominado por la burguesía, una economía controlada por el estado»⁴⁷.

Como se apuntó con anterioridad, una de las principales críticas a las tesis «socialistas» de Sibai se desarrolló en torno a la defensa de la propiedad privada, ya que la mayoría de Hermanos Musulmanes pertenecían a clases medias, comerciantes o de profesiones liberales. Por tanto, era natural que la principal oposición al nuevo régimen viniera de círculos islamistas como los propios Hermanos, aunque no fueron los únicos⁴⁸. En este punto cabe señalar cómo el régimen baazista buscó la connivencia o acomodación con la clase religiosa de los ulemas, algo que fue posible hasta cierto punto por la diferente forma de entender la sociedad que tiene grupos abiertamente políticos y otros más centrados en lo socio-religioso. Con ello, el Baaz pretendía garantizarse el apoyo de las clases conservadoras de las grandes urbes.

Para comprender esta diferente reacción de ulemas e islamistas es preciso recurrir a la obra del experto belga Thomas Pierret, que define la aproximación de los ulemas a la política como «sectorial», siendo su objetivo influir en aquellas cuestiones que consideran

⁴⁶ Lo que sucedió probablemente es que los postulados «universalistas y laicos» del Baaz encontraron mejor prédica en sectores rurales donde, además, era predominante la diversidad confesional y no tanto que se tratara de un esfuerzo consciente de subvertir el predominio de clases tradicionales. Véase Ignacio GUTIÉRREZ DE TERÁN GÓMEZ-BENITA: *Estado y confesión en Oriente Medio...*, p. 108.

⁴⁷ Raymond HINNEBUSCH: «The Islamic Movement in Syria...», pp. 140-141.

⁴⁸ Miembros del partido comunista, activistas de izquierda y, en definitiva, todo aquel que pudiera oponerse al sistema de dominación asadiano era susceptible de ser detenido, encarcelado, torturado o desaparecido. Diversos estudios dan cuenta de ello. Sin embargo, se recomienda la lectura del reciente estudio sobre el uso de la violencia en el imaginario colectivo de Salwa ISMAIL: *The Rule of Violence: Subjectivity, Memory and Government in Syria*, Nueva York, Cambridge University Press, 2018.

cruciales para una elite, al estilo de los hombres de negocios, y que casaban mejor con la nueva realidad. Los islamistas, por su parte, adoptan una estrategia distinta, «otorgando prioridad a los cambios estructurales en el sistema político». En definitiva, su objetivo es «modificar los principios *centrales* del monopolio» de poder⁴⁹. Si a ello le sumamos que los Hermanos pertenecían a una clase social concreta, dicho objetivo tenía, además, un matiz de lucha por los privilegios de clase, como ya venimos señalando en apartados anteriores. En consecuencia, el origen del conflicto entre el Baaz y los islamistas no fue tanto de orden religioso ni de incompatibilidad de objetivos y postulados, sino que partía de una percepción de agravio socioeconómico en primera instancia: «No son las creencias de los suníes las que están en peligro o siendo atacadas desde la toma del poder por parte de los baazistas en 1963, sino los intereses sociales de sus clases medias y altas dedicadas al comercio y la manufactura»⁵⁰.

En definitiva, en palabras de Hinnebusch, el movimiento de oposición de corte islámico en Siria se erigió sobre varios ejes: una reacción contra el Estado laico importado de Occidente, una reacción por parte de la sociedad urbana contra un régimen de extracción rural que había dañado sus intereses y la oposición suní contra el desproporcionado peso de las comunidades minoritarias en el liderazgo del Baaz⁵¹. Si bien resulta pertinente señalar que, hasta los setenta del siglo pasado, estos dos autores veían la lucha de la oposición islamista como una especie de «paraguas para una oposición más generalizada de los “gobernados” contra los “gobernantes”»,

⁴⁹ Thomas PIERRET: *Religion and State in Syria...*, pp. 163-164.

⁵⁰ Hanna BATATU: «Syria's Muslim Brethren», *MERIP Reports*, 110 (1982), pp. 12-20, esp. p. 13; íd.: *Syria's Peasantry, the Descendants of Its Lesser Rural Nobles, and Their Politics*, Princeton, Princeton University Press, 1999, y Volker PERTHES: *The Political Economy of Syria Under Asad*, Nueva York, I. B. Tauris, 1995.

⁵¹ Raymond HINNEBUSCH: «The Islamic Movement in Syria...», pp. 138-140. Ello a pesar de dar discursos como el emitido el 21 de marzo de 1980, en el que aseguró que los Hermanos Musulmanes «no todos son asesinos, sino que muchos, la mayoría, están en contra de los asesinos y condenan el asesinato [...]. Apoyamos a los que trabajan por la religión y combatimos a los que la utilizan para otros objetivos no religiosos, así como a los retrógrados que pretenden explotar a los religiosos en nuestro país para su propio interés y sus sucios objetivos políticos». Véase Muhammad AL-GADBAN: *Suriya fi qarn (Un siglo de historia de Siria)*, s. I., s. e., 2006, p. 583.

que incluía un amplio espectro de opositores de izquierda y ciudadanos sin adscripción específica. Es decir, hasta que ciertos elementos escindidos de la Hermandad o apartados con mayor o menor premura de la misma, que terminaron por conformar la Vanguardia Combatiente⁵², no entraron en escena abogando por el enfrentamiento armado con el régimen, los Hermanos Musulmanes sirios se erigieron como portavoces de ciertos sectores sociales.

El recurso a la injerencia exterior y el particular caso de Palestina

Tanto el Baaz como el régimen más personalista de Hafez al-Asad, inaugurado en 1970, buscaron el favor de las elites suníes a fin de garantizarse una estabilidad que Siria no había conocido desde la independencia. Dado que el descontento de ciertos sectores de la población con las políticas secularizantes del Baaz llevaba gestándose desde 1963, era importante mandar un mensaje conciliador en la medida de lo posible y descargar cualquier responsabilidad en elementos externos que atentaran contra la soberanía nacional. El elemento antinjerencia seguía siendo clave en las visiones que cada uno tenía del Estado sirio como entidad nacional dentro del mundo árabe y musulmán. No obstante, el año 1967, que marcó la antesala de la gran era de la confrontación que se prolongaría desde mediados de la década de los setenta hasta los inicios de los ochenta entre el régimen sirio y la Vanguardia Combatiente, y en el que los entonces dirigentes del Baaz tuvieron que afanarse para no desatar la ira de las masas tanto cristianas como musulmanas, nos da un buen ejemplo de ello.

⁵² Grupo escindido alrededor de 1975 de los Hermanos Musulmanes sirios, inspirado en las ideas de Marwan Hadid, con los que mantuvo una compleja relación, dado que no compartían su estrategia no violenta de oposición al régimen. Los Hermanos Musulmanes siempre han argüido que la decisión de tomar las armas fue en defensa propia cuando el régimen de Asad los acusó directamente de ser responsables de la escalada de violencia y comenzó a perseguirlos. Véase entrevista con Ali Sadr al-Din al-Bayanouni, exlíder de la Hermandad siria, implicado en la toma de dicha decisión como coordinador del departamento militar de los Hermanos, Estambul, 13 de agosto de 2014. No obstante, mientras él insiste en que tal decisión se tomó en 1981, otras personas que tenían fuertes lazos con la Hermandad en aquel momento, como el ex secretario general de la Yamaa Islamiyya de Líbano, Ibrahim al-Masry (entrevista en Beirut el 31 de enero de 2013), aseguran que la decisión se tomó dos años antes, en 1979.

En abril de ese año, Israel anunció que procedería a cultivar las tierras de la zona desmilitarizada fronteriza con Siria, provocando con ello un ataque por parte de las fuerzas sirias. Los israelíes, por su parte, respondieron con un despliegue de artillería que despertó las críticas de la oposición interior en Siria. Radios de disidentes sirios que emitían desde Jordania comenzaron a llamar a «derrocar al régimen ateo hostil a la arabidad y el islam» y a «liberar al país del marxismo y el comunismo»⁵³. El 25 de abril, el órgano oficial del ejército, el periódico *Yaish al-shaab*, publicó un artículo firmado por Ibrahim Jlas titulado «El camino para el surgimiento del nuevo hombre árabe», en el que afirmaba lo siguiente:

«No necesitamos a un hombre que rece y se prosterne humillado, sino que necesitamos al hombre socialista revolucionario. El único camino es la creación de un nuevo hombre árabe socialista que crea que Dios, las religiones, los latifundios, el capital, el colonialismo y todos los valores dominantes en la sociedad anterior no son más que momias que han de permanecer en el museo de la historia»⁵⁴.

Semejantes declaraciones provocaron la ira del estamento religioso y los sectores más conservadores de la sociedad, incluyendo las clases medias. Ante lo injustificable, la respuesta del régimen fue culpar a la CIA por la publicación, detener a su autor y, posteriormente, ponerlo en libertad.

Este ejemplo, junto con muchos otros, evidencia que la mejor forma de desacreditar a cualquier rival ideológico en un país como Siria, muy expuesto a las interferencias externas, era ligarlo a una parte extranjera y, en concreto, a Estados Unidos y sus supuestos esfuerzos por debilitar a Siria y obligarla a capitular ante Israel. Así, en relación con los atentados terroristas perpetrados por la Vanguardia Combatiente, Asad respondía culpando a la mano negra occidental:

«Creemos que esta situación se enmarca en una campaña general contra Siria y otros países de la región, y en última instancia contra la nación

⁵³ Tabitha PETRAN: *Syria...*, p. 197.

⁵⁴ Número del 25 de abril de 1967 recogido en Raphaël LEFÈVRE: *Ashes*, pp. 46-47.

árabe. El objetivo es hacer que los árabes se plieguen a los esquemas sionistas y los planes israelíes [...]. Nuestro país es uno de los más afectados por el terrorismo. Y quiero añadir que algunas fuerzas occidentales son las mentes detrás de estos actos de terrorismo»⁵⁵.

El elemento externo resultaba, pues, clave en la pugna propagandística. Con esto no pretende negarse el hecho de que la oposición siria había tejido sus propias redes con otros Estados, en especial Irak, desde donde se creó un frente común⁵⁶. De hecho, fue allí desde donde los Hermanos Musulmanes, viendo que la escalada de violencia no se detenía, lanzaron la «Revolución Islámica» el 9 de noviembre de 1980⁵⁷, inspirada nominalmente en la revolución iraní —aunque en realidad la República Islámica no apoyó en ningún momento a la Hermandad—⁵⁸, con el fin de buscar una salida política a los actos terroristas de la Vanguardia y las represalias violentas del régimen. En definitiva, pretendían dotar de contenido político a la insurrección, aunque la Vanguardia no estuviera dispuesta a aceptar la tutela *ijuaní*⁵⁹. En ello mostraron una vez más

⁵⁵ Hafiz AL-ASAD *et al.*: «Interview 1. Hafiz al-Asad: Terrorism and the Anti-Syria Campaign», *Journal of Palestine Studies*, 22 (1993), pp. 3-16, esp. p. 3.

⁵⁶ La Alianza Nacional para la Liberación de Siria fue creada por diversos grupos opositores en 1982 con apoyo del gobierno iraquí del momento.

⁵⁷ Recogido en Adnan SAAD AL-DIN: *Al-ijuan al-muslimun fi Suria: Mudbakki-rat wa dbikera-yat*, vol. 5, Ammán, Dar Ammar, 2009, p. 213 y ss.

⁵⁸ En Olivier CARRÉ y Gérard MICHAUD: *Les Frères Musulmans (1928-1982)*, París, Gallimard, 1983, p. 184, se recoge que, cuando las autoridades iraníes recriminaron a los Hermanos los ataques contra el régimen (en 1980 tomaron la decisión de entrar en la lucha armada), estos respondieron: «Si el régimen estuviera fundado sobre un sistema de partidos, o sea, si los partidos tuvieran verdaderas posibilidades de constituirse, habríamos mantenido con él un diálogo constructivo, libre y sincero; sin embargo, el régimen ha escogido la vía del confesionalismo más deleznable». En el régimen no hubo consenso en lo referente al apoyo iraní. De hecho, algunos prohombres del régimen, como Rifaat al-Asad, que terminaría cayendo en desgracia, no entendieron semejante alianza al considerar a los mullahs iraníes «tan reaccionarios y fanáticos como los enemigos islamistas contra los que Siria luchaba en casa». Así, la pregunta era: «¿Cómo podía el régimen seguir una política en Hama y otra en Teherán?». Véase Patrick SEALE: *Asad of Syria...*, p. 424. A las potencias occidentales, no obstante, tal denominación no les debió de gustar: «One Khomeini may for the moment be as many as the Middle East can stand». Véase «The Appeal Behind the Brotherhood», *The Guardian*, 24 de febrero de 1982, p. 12.

⁵⁹ Según testimonios directos de miembros de la Vanguardia, «no vemos inconveniente alguno en establecer con ellos (los Hermanos Musulmanes) una rela-

su sentido de defensa de la entidad siria con toda su heterogeneidad confesional, aunque tuviera sus limitaciones.

Achacando de nuevo a la presencia del colonizador el atraso democrático de los ciudadanos, la revolución islámica lanzada por la Hermandad consideraba que «era necesario que estallara el régimen democrático contra los golpes militares llevados a cabo por el partido sectario (el Baaz) [...] desde que accedió al poder como resultado de la ausencia de valores y en contra de las facciones islámicas». Así, las causas de la «guerra civil» que se desarrollaba en el país habían sido las prácticas del régimen, consideradas una «agresión contra la dignidad y una conspiración contra la patria y los ciudadanos». Ahora bien, quejándose de los apoyos internacionales del régimen, los Hermanos predicaban algo que ni ellos mismos cumplían: que los partidos «no deban lealtad a un Estado extranjero».

Para profundizar más en este asunto, si la injerencia extranjera de países vecinos y potencias era un hecho innegable, es importante reseñar el papel jugado por el conflicto palestino-israelí en la dicotomía entre el régimen asadiano y la oposición islamista. Como es natural, por sus múltiples dimensiones, la causa palestina ocupa un lugar central en la política de Oriente Medio, aunque en ocasiones no supere la categoría de recurso retórico. El islam político siempre ha tenido muy en cuenta dicho conflicto por el carácter simbólico de algunos territorios palestinos, como sería la propia Mezquita de Al-Aqsa en la ciudad de Jerusalén. Por su parte, los regímenes de corte nacionalista panarabista, como el del Baaz, también hicieron de la recuperación de Palestina su bandera. Más en concreto, Hafez al-Asad se afanó también en hacer de esta causa su carta de presentación como baluarte de la lucha contra el imperialismo, granjeándose así el apoyo de no pocos islamistas⁶⁰.

ción de apoyo, pero en lo que respecta a temas de organización, no tenemos nada que ver con ellos». Véase Ayman SHURBAYI: *Mudhakkirat al-Tali'a al-Muyabida fi Suriya didda-l-nizam al-nusayri al-muyrim fi abd al-balik Hafiz al-Asad* (Memorias de la lucha de la Vanguardia de yibad en Siria contra el régimen criminal y nusairí en tiempos del difunto Hafiz al-Asad), s. l., s. e., s. d., p. 201.

⁶⁰ Debido a su retórica de apoyo a la causa palestina, Asad no podía excluir a Hamás de su buena relación con las facciones, aunque era perfectamente consciente de la contradicción: «Hamás son los Hermanos Musulmanes, pero tenemos que lidiar con la realidad de su presencia». Véanse declaraciones de Bashar al-Asad recogidas en *Wikileaks*, 2009, Corrected copy of Damascus 179 Para 14 Classifica-

Esto impidió a la Hermandad siria hacer de la defensa de Palestina un elemento con el que atacar al régimen de Asad o algo exclusivo de su discurso político. Tanto Asad como los Hermanos eran conscientes de que compartían un mismo as, que ambos jugaban en su partida por la legitimidad.

Así las cosas, lo único a lo que los Hermanos pudieron aferrarse en su manifiesto de la revolución islámica —cuando el nacionalismo árabe impregnaba la causa— era que la liberación de Palestina era «una cuestión de *aqida* (doctrina, dogma) y religión»⁶¹. Es en este sentido específico en el que puede decirse que la causa palestina ha supuesto también una injerencia exterior en la relación de Siria con el islam político y que es, desde el principio, parte integrante de su política interna: «La revolución islámica anuncia que su lucha contra el régimen sectario en Siria no es más que una preparación para esta batalla definitiva (contra Israel), porque el régimen sirio fue impuesto como una cortina de humo para distraer al pueblo sirio de su verdadera lucha contra los sionistas»⁶².

Es decir, Siria no dejaba de ser parte de la nación árabe y musulmana y había de jugar un papel determinante. Así lo entendían ambos y, por ello, unos y otros se acusaban de hacerle el juego al Estado de Israel y, por ende, al colonialismo. De haberse centrado en su propio enfrentamiento, la duda reside en si habría sido posible llegar a algún tipo de entendimiento entre los Hermanos Mu-

tion; «President Asad and Codel Cardin Discuss a Nuclear Iran, Peace Process, Terrorism and Human Rights». No en vano, por medio de palestinos en varias ocasiones se produjeron negociaciones entre Asad y el liderazgo de la Hermandad tras su expulsión. Véase Naomí RAMÍREZ: *The Muslim Brotherhood in Syria...*, pp. 63-70.

⁶¹ Adnan SAAD AL-DIN: *Al-ijuan al-muslimun fi Suriya...*, vol. 3, p. 240. Frente a esto, unos meses antes de la llegada de Asad al poder se produjo, el 21 de agosto de 1969, un incendio en la mezquita de Al-Aqsa. El periódico oficial del gobierno baazista del momento, en el que Asad era ministro de Defensa, realizó las siguientes declaraciones: «La mezquita de Al-Aqsa no es más sagrada que la arena del Sinaí o la más diminuta piedrecilla de los Altos del Golán, Cisjordania y Palestina [...] La destrucción de una humilde cabaña debería suscitar la misma indignación del mundo entero que la destrucción de la mezquita». Véase Tabitha PETRAN: *Syria...*, p. 237.

⁶² Esta teoría, defendida por muchos, se basa en los testimonios que hablan de que el Golán fue rendido a cambio de garantizarle al entonces ministro de Defensa, Hafez al-Asad, el poder, como el de Jalil MUSTAFA: *Suqut al-Yulan (La caída del Golán)*, Ammán, s. e., 1970.

sulmanes (y la Vanguardia) y el régimen. La evidencia histórica, no obstante, apunta a que su lucha era del tipo *zero-sum*: la victoria de uno suponía la eliminación del otro⁶³. El dominio de la violencia como forma de gobierno en el caso del régimen asadiano, su absoluta intolerancia hacia toda forma de disidencia y su deificación del líder⁶⁴ resultaron en el ostracismo de la Hermandad en ese mismo año, cuando la membresía en dicha organización fue penada con la muerte o el exilio, tal y como estipulaba la Ley 49/1980.

Conclusiones

La particular composición social siria fue aprovechada por la potencia mandataria, Francia, para intervenir de forma más directa en destacar el papel de las minorías religiosas frente a la mayoría suní en el país. En este sentido, no resulta sorprendente que el rechazo a la presencia extranjera en el país viniera especialmente patrocinado por musulmanes suníes en los casos en que la división se hacía más flagrante, por lo que puede argüirse que el surgimiento del islam político en Siria sí estuvo motivado, al menos parcialmente, por algunas políticas extranjeras. Ello, no obstante, no impidió que líderes pertenecientes a dichas confesiones minoritarias se pusieran el nacionalismo por bandera para retar al colono francés y abogar por la independencia.

Tras la salida de las tropas francesas, Siria, con un diseño de fronteras amputado, tuvo que hacer frente a las divisiones regionales y buscar la manera de lograr una cohesión nacional. Frente a grupos de corte panarabista que fueron creando ramas regionales, los Hermanos Musulmanes hicieron el camino inverso: de la unión de una panoplia de organizaciones regionales islámicas se configuró la rama siria de la Hermandad Musulmana de la mano de Mustafa Sibai.

⁶³ Los relatos sobre las mediaciones realizadas por otros actores entre los Hermanos y el régimen desde el inicio de la confrontación hasta la muerte de Hafez al-Asad en el 2000 indican la incapacidad de ambos de hacer concesiones. Especialmente interesantes son las mediaciones realizadas por la Yamaa Islamiyya libanesa (entrevista con Ibrahim al-Masry, Beirut, 31 de enero de 2013).

⁶⁴ Lisa WEDEEN: *Ambiguities of Domination: Politics, Rhetoric and Symbols in Contemporary Syria*, Chicago, University of Chicago Press, 1999.

Desde el inicio, Sibai y muchos de los suyos abogaron por el mantenimiento de un sistema parlamentario republicano en el que todos, con independencia de su religión, fueran considerados ciudadanos en igualdad de condiciones, siempre con matices. Más aún, llegó a proponer una comunión entre socialismo e islam, asegurando que los principios verdaderos de aquel estaban en la esencia de este; teoría rechazada por sus compañeros, pero que podría haber servido para aunar posturas con otras fuerzas de izquierda y laicas, como el Baaz, que terminaron dominando el ejército y, por ende, la política, en un país vapuleado por los golpes militares.

Precisamente su relación antagónica con el Baaz tendría que ver con este y otros aspectos, en especial el vuelco social que supuso la llegada de las minorías de extracción rural al poder. Sin embargo, el sentimiento de agravio comparativo de ciertos elementos de la Hermandad, unido a las políticas de represión del régimen baazista y, en concreto, tras la llegada al poder de Asad, darían pie a la radicalización de algunos elementos que terminarían por escindirse y fundar la llamada Vanguardia Combatiente. En este sentido, si el origen del islam político sirio tuvo mucho que ver con la presencia extranjera, su radicalización fue consecuencia directa de condicionantes internos. Lejos de buscar una solución o admitirse tal problemática, el recurso a la mano exterior y la interferencia de Israel en concreto fue el esgrimido para desacreditar al rival. La imposibilidad de coexistencia entre un régimen que gobernaba por medio de la violencia y una oposición no solo islamista se saldó con el ostracismo, asesinato o encarcelamiento de la disidencia política; realidad que sería determinante en el devenir del país y que a día de hoy se muestra con una oposición desestructurada, una identidad nacional desmembrada y un predominio del sectarismo.

¿Por qué Palestina-Israel es una cuestión de colonialismo de asentamiento?*

Jorge Ramos Tolosa

Universitat de València
Jorge.Ramos@uv.es

Resumen: Por lo general, la cuestión de Palestina-Israel ha tenido como principal marco histórico explicativo un conflicto entre dos pueblos que luchan por el mismo territorio. Con frecuencia, el eje interpretativo se ha centrado en la ocupación militar y endocolonización posterior a 1967, relegando los procesos iniciados con anterioridad a un segundo plano. Sin embargo, cada vez está teniendo una mayor aceptación académica la interpretación de Israel-Palestina como una cuestión prioritariamente de colonialismo de asentamiento. Asimismo, cabe aportar perspectivas críticas, más abiertas, complejas y matizadas, al debate sobre el colonialismo de asentamiento en Palestina-Israel, una problemática que estuvo y sigue estando, periódicamente, en el centro de la agenda diplomática, mediática y política internacional.

Palabras clave: Palestina, Israel, sionismo, colonialismo.

Abstract: As a general rule, historians have viewed the Palestine-Israel question as a conflict between two peoples contesting the same territory. Frequently, the interpretive axis has focused on military occupation and post-1967 «endo-colonialization». In a like manner, the processes that occurred before have been relegated to a subsidiary consideration. All the same, the interpretation of Israel-Palestine as an

* Esta publicación es parte del proyecto de I+D+i «Derechas y nación en época contemporánea. Una perspectiva transnacional» (DYNECTRANS PGC2018-099956-B-I00), financiado por MCI/AEI/10.13039/501100011033 y FEDER Una manera de hacer Europa.

issue of settler colonialism is increasingly gaining ground in academic circles. It is necessary to provide more critical, open, complex and nuanced perspectives to the debate on settler colonialism in Palestine-Israel. This question was and remains periodically at the centre of the diplomatic agendas, media concerns and international politics.

Keywords: Palestine, Israel, Zionism, colonialism.

La cuestión de Palestina-Israel se localiza en un territorio de una gran importancia histórica y religiosa, conjuga numerosas cuestiones fundamentales en el mundo desde finales del siglo XIX y es un episodio de la historia contemporánea «activo» en la actualidad. Se trata del único asunto internacional que continúa en el centro de la agenda de la Organización de las Naciones Unidas desde prácticamente su establecimiento, además de que es el problema al que han hecho referencia más resoluciones de los principales organismos de la ONU. Estos y otros factores se han traducido en que Israel-Palestina haya sido objeto de una enorme atención y atracción internacional dentro y fuera del ámbito académico.

Como en otros fenómenos contemporáneos, el relato y el marco explicativo han sido claves para comprender Palestina-Israel. El objetivo de este artículo es ofrecer un análisis histórico que dilucide los principales relatos o narraciones históricas sobre la cuestión israelo-palestina y proponer la utilización del marco explicativo del colonialismo de asentamiento. En este marco pueden encajarse y articularse las continuas transformaciones de la problemática de Palestina-Israel, su complejidad histórica y sus matices. Además, facilita las perspectivas comparadas con otros contextos y una comprensión más global de este problema, sin eludir algunos debates ni dejar de indicar algunas limitaciones.

Entre otros relatos, la cuestión de Israel-Palestina se ha explicado históricamente en numerosos ámbitos a través de dos grandes relatos con raíces comunes. Por una parte, el que podría denominarse como sionista maximalista; por otra, el sionista liberal (en sentido anglosajón) o de la solución biestatal. Ambos contienen importantes variantes internas, sobre todo el segundo, pero los dos poseen bases comunes; entre las más destacables, la que minimiza o niega el origen y la idiosincrasia prioritariamente colonial del problema israelo-palestino.

Con distintos matices que por cuestiones de espacio no pueden abordarse en este texto, estos dos grandes relatos históricos tienen grandes similitudes, pero en general divergen en o a partir de 1967. En síntesis, ambos suelen considerar que, desde las últimas décadas del siglo XIX, varios grupos de judíos emprendedores, idealistas y valientes intentaron regresar a su antigua patria después de dos mil años de exilio. El sionismo era un movimiento de liberación nacional de un pueblo oprimido que acogía una relevante diversidad interna. Siempre según este relato, su intención era crear una sociedad ideal para el pueblo judío en la que pudiera estar a salvo de la persecución a la que estaba sometido en la diáspora. Los pioneros compraron tierras a los pocos árabes que vivían o poseían tierras en la Palestina —conocida como *Eretz Israel*— del Sultanato o Imperio otomano, un territorio prácticamente virgen en manos de un Estado en decadencia y sobre el que el pueblo judío tenía derechos históricos exclusivos. Con trabajo, esfuerzo y numerosas dificultades, consiguieron «redimir la tierra» y hacer «florecer el desierto». Los sionistas llevaron a cabo diversas oleadas migratorias (*aliyot*) a Palestina y fundaron ciudades como Tel Aviv, así como *kibbutzim* y *moshavim* (diferentes tipos de colonias agrícolas colectivas, cooperativas o autogestionadas). Además, en múltiples casos, el contenido socialista era de gran relevancia. El movimiento sionista construyó una cultura política nacional, creó instituciones y organizaciones económicas, políticas y sociales, y obtuvo el favor de una gran potencia (el Reino Unido a partir de la Declaración Balfour de 1917). Tras ello, durante el dominio británico (1917/1923-1948), el movimiento sionista continuó con sus *aliyot* y preparándose para la creación de un Estado «judío». Tuvo que luchar contra unos «árabes» de Palestina cada vez más violentos y contra el Mandato Británico entre finales de la Segunda Guerra Mundial y 1947 para que abandonasen Palestina. Según este relato, el Holocausto demostró que el sionismo tenía razón.

La intervención de la ONU en 1947 supuso la partición de Palestina, que las corrientes mayoritarias del sionismo aceptaron, pero que fue rechazada por los dirigentes palestinos y árabes. A partir de diciembre de 1947, esta situación derivó en un enfrentamiento civil y en una «guerra defensiva por la supervivencia del *Yishuv*», la comunidad judía de Palestina. En mayo de 1948 se proclamó la independencia del Estado de Israel y finalizó el Mandato Británico de

Palestina. Los Estados de la Liga Árabe iniciaron una guerra interestatal que, milagrosamente para el nuevo Estado, perdieron. Esta interpretación sostenía que la población «árabe» de Palestina que se marchó de sus casas lo hizo por voluntad propia, por las órdenes de los líderes árabes o, en casos aislados, por excesos de incontrollados. La responsabilidad sobre esta población que se convirtió en refugiada solo recaía y recae en los Estados de la Liga Árabe. Desde el fin de la Primera Guerra Árabe-Israelí, el Estado israelí, el único Estado democrático de la zona y rodeado de enemigos, intentó negociar la paz, pero los dirigentes árabes la rechazaron y la rechazan de manera reiterada.

Según este relato, la Guerra de los Seis Días de 1967 fue una nueva guerra defensiva en la que volvió a vencer Israel. Pero este fue el punto de inflexión para ambos relatos. El sionismo maximalista interpretó que la conquista de Cisjordania —«Judea y Samaria» según los términos sionistas—, Jerusalén Este y la Franja de Gaza solo era la redención de unos territorios que pertenecen al pueblo judío, con un mayor o menor significado religioso o mesiánico. En este campo también se incluyeron sionistas laboristas, algunos de los cuales crearon organizaciones como el Movimiento por el Gran Israel. Por su lado, para el marco interpretativo sionista liberal o de la solución biestatal, dominante en la comunidad internacional y expresado con matices a través de resoluciones como la 242 del Consejo de Seguridad de la ONU de noviembre de 1967, el Estado de Israel debía retirarse de todos —o para ciertos sectores sionistas, solo de una parte— de los territorios palestinos ocupados aquel año. Para la interpretación sionista liberal más habitual, la mayor parte de los problemas israelíes venían y vienen causados por la ocupación militar iniciada en 1967¹. Para numerosos analistas, Estados y organizaciones políticas de todo el mundo, también.

Innumerables personas, tanto académicas como de otros ámbitos, defienden este último relato y son críticas con diversas políticas derivadas de la ocupación militar israelí y la «endocolonización»²

¹ Carmen LÓPEZ ALONSO: «¿Jano o cabeza de Medusa? Historia y política en Israel», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 1 (1999), pp. 119-122.

² John COLLINS: «Más allá del “conflicto”: Palestina y las estructuras profundas de la colonización global», *Política y Sociedad*, 48, 1 (2011), pp. 139-154.

posteriores a la Guerra de Junio de 1967. No obstante, su postura respecto a problemas clave, como el de las personas refugiadas palestinas, simboliza las raíces compartidas con el resto de sionistas. Esta cuestión, así como los hechos de 1948 y la naturaleza colonial del proyecto sionista, suponen la Caja de Pandora del sionismo y del Estado de Israel. El núcleo de la cuestión de la población palestina refugiada es la limpieza étnica de Palestina de 1948³, conocida por el término *Nakba* («catástrofe» o «desastre» en árabe). La *Nakba* es el hito fundamental en la memoria colectiva palestina y posee un carácter multidireccional. Por un lado, ha supuesto una relación doliente entre el pasado y el presente o una tensión hiriente entre temporalidades, al tiempo que ha funcionado como pilar central de la identidad colectiva del pueblo palestino y como una forma de resistencia en una vida de exilio. La *Nakba* significó la expulsión de unas 750.000 personas palestinas, la destrucción de entre 418 y 615 localidades⁴, la dispersión y división geográfica de las comunidades palestinas⁵ y «una nueva humillación árabe»⁶. Este episodio histórico ha sido objeto de un intenso debate académico. En especial, la discusión se extendió por distintos ámbitos del Norte Global desde finales de la década de 1980 y la década de 1990, cuando apareció el fenómeno de la historiografía revisionista israelí o «nuevos historiadores»⁷. En

³ Ilan PAPPÉ: *La limpieza étnica de Palestina*, Barcelona, Crítica, 2008.

⁴ Mientras que Walid Khalidi (*All That Remains: The Palestinian Villages Occupied and Depopulated by Israel in 1948*, Washington DC, Institute for Palestine Studies, 1992) contabilizó 418 y Salman Abu Sitta (*The Palestinian Nakba 1948: The Register of Depopulated Localities in Palestine*, Londres, Palestine Return Center, 2000) registró 531, las últimas investigaciones de Eléonore Marza y Eitan Bronstein publicadas en de-colonizer.org elevan el número a 615.

⁵ Diego CHECA HIDALGO: «Colonización, construcción nacional e identidades palestinas. Procesos inacabados», en Damián Alberto GONZÁLEZ MADRID *et al.*: *La Historia, lost in translation?*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2017, pp. 3431-3442.

⁶ Antoni SEGURA I MAS: «El conflicte etern de l'Orient Mitjà», *L'Espill*, 59 (2018-2019), p. 147.

⁷ Mar GIJÓN MENDIGUTIA: «Los “nuevos historiadores” israelíes. Mitos fundacionales y desmitificación», *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos (REIM)*, 5 (2008), pp. 27-41; Carmen LÓPEZ ALONSO: «Historia y presente en Israel y Palestina: separación, oposición y entrecruzamiento de dos historias paralelas. Nuevos y viejos enfoques», *Ayer*, 76 (2009), pp. 296-307, e Ilan PAPPÉ: *Los demonios de la Nakba. Las libertades fundamentales en la universidad israelí*, Madrid, Bósforo, 2008, pp. 6-23.

este punto, como en otros contextos del Sur Global, elementos relativos a la colonialidad del saber han tenido una importancia fundamental⁸. Múltiples personas palestinas y árabes llevaban décadas ofreciendo estudios y testimonios escritos, gráficos y orales sobre lo ocurrido en su historia reciente⁹. Pero solo la ratificación de gran parte o de prácticamente todos los relatos palestinos sobre la *Nakba* por investigaciones provenientes de la comunidad colonizadora, en este caso israelíes (de la historiografía revisionista israelí), han conseguido validar en numerosos ámbitos académicos internacionales las narraciones y versiones palestinas de 1948.

Sin embargo, aunque «nuevos historiadores» israelíes como Simha Flapan¹⁰, Benny Morris¹¹, Ilan Pappé¹² o Avi Shlaim¹³ llegasen a la conclusión de que en 1948 se produjo un proceso de expulsión masiva o una limpieza étnica en Palestina, fuese premeditada o contingente, entre ellos solo Ilan Pappé ha trabajado y explicado en profundidad la esencia colonial de asentamiento del sionismo y

⁸ Edgardo LANDER (coord.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000.

⁹ Entre los primeros, Constantine K. ZURAYK: *The Meaning of the Disaster (Ma'na al-Nakba)*, Beirut, Khayat's College Book Cooperative, 1956 (1.ª ed., 1948); Arif AL-'ARIF: *Al-Nakba*, 6 vols., Beirut, Saïda, 1956-1962; Walid KHALIDI: «Why Did the Palestinians Leave?», *Middle East Forum*, 35, 7 (1959), pp. 21-24 y 35, e íd.: «The Fall of Haifa», *Middle East Forum*, 35, 10 (1959), pp. 22-32.

¹⁰ Simha FLAPAN: *The Birth of Israel: Myths and Realities*, Nueva York, Pantheon Books, 1987.

¹¹ Benny MORRIS: *The Birth of the Palestinian Refugee Problem, 1947-1949*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, e íd.: *Righteous Victims: A History of the Zionist-Arab Conflict, 1881-1999*, Nueva York, Vintage, 2001.

¹² Ilan PAPPÉ: *Britain and the Arab-Israeli Conflict, 1948-1951*, Nueva York, MacMillan, 1988; íd.: *The Israel-Palestine Question*, Londres-Nueva York, Routledge, 1999; íd.: *Historia de la Palestina moderna: un territorio, dos pueblos*, Madrid, Akal, 2007; íd.: *La limpieza étnica...*; Ilan PAPPÉ y Noam CHOMSKY: *Gaza en crisis. Reflexiones sobre la guerra de Israel contra los palestinos*, Madrid, Taurus, 2011; Ilan PAPPÉ (ed.): *People Apart: Israel, South Africa and the Apartheid Question*, Londres, I. B. Tauris, 2012; íd.: *The Idea of Israel: A History of Power and Knowledge*, Nueva York, Verso, 2014; íd. (ed.): *Israel and South Africa: The Many Faces of Apartheid*, Londres, Zed Books, 2015; íd.: *Genocidio progresivo en Palestina y el BDS*, Buenos Aires, Canaán, 2017, e íd.: *Los palestinos olvidados. Historia de los palestinos de Israel*, Madrid, Akal, 2017.

¹³ Avi SHLAIM: *Collusion Across the Jordan: King Abdullab, the Zionist Movement and the Partition of Palestine*, Oxford, Clarendon Press, 1988, e íd.: *El muro de hierro: Israel y el mundo árabe*, Granada, Almed, 2003.

de la cuestión de Palestina-Israel. De hecho, contextos como el de la deriva «neosionista», que surgió en Israel en los primeros años del siglo XXI, revelaron el alma profundamente sionista —compartida con maximalistas— de académicos y figuras públicas consideradas «liberales», «progresistas» o «revisionistas». En este sentido, Benny Morris llegó a justificar la limpieza étnica de Palestina. En el contexto del final de la segunda intifada palestina, este «nuevo historiador» israelí afirmó en 2004 que David Ben Gurión hizo lo correcto al expulsar a cientos de miles de palestinos de sus casas. Justificó que sin ello no podría haberse establecido un Estado «judío» en Palestina y que «en ciertas condiciones» las expulsiones masivas de población no son crímenes de guerra. Por último, Morris manifestó que Ben Gurión incurrió en un grave error al no expulsar a todas las personas no judías de Palestina¹⁴.

Por otro lado, con frecuencia Palestina-Israel se ha interpretado como un «conflicto interminable»¹⁵ entre dos pueblos o dos movimientos nacionalistas que pugnan por la misma tierra. Pero de la misma manera, teniendo en cuenta el relato expuesto con anterioridad, tanto su núcleo histórico como el punto cero de las negociaciones israelo-palestinas se ha situado asiduamente en 1967. Esto significa que problemas vinculados a la ocupación militar israelí iniciada en la Guerra de los Seis Días de 1967 podrían ser susceptibles de negociación, pero no la cuestión de las personas refugiadas palestinas y lo ocurrido en 1948. Y todo ello a pesar de que la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU de diciembre de 1948 establece que la población palestina refugiada tiene derecho al retorno a sus hogares. No obstante, por lo general la versión hegemónica sionista niega este derecho al responsabilizar a las propias personas palestinas, a sus dirigentes y a los líderes de los Estados de la Liga Árabe de su «éxodo» o «huida». Al mismo tiempo, sostiene que el retorno de la población refugiada supondría «la desaparición de Israel como Estado judío» y lo sitúa fuera de las negociaciones¹⁶.

¹⁴ Ari SHAVIT: «Survival of the Fittest? An Interview with Benny Morris», *Haretz Friday Magazine*, 9 de enero de 2004.

¹⁵ Richard FALK y Howard FRIEL: *Israel-Palestine on Record: How the New York Times Misreports Conflict in the Middle East*, Londres-Nueva York, Verso, 2007, p. 139.

¹⁶ Jorge RAMOS TOLOSA: «La *Nakba* palestina», en Antonio BASALLOTE MARÍN

De forma reiterada y de manera más o menos deliberada, todas estas cuestiones han estado con frecuencia marcadas por una cuestión de marco interpretativo. En numerosas ocasiones, a la hora de abordar o comprender la cuestión de Israel-Palestina se ha eludido, minimizado o negado su principal —aunque no único— origen e idiosincrasia: un proceso sionista activo de colonialismo de asentamiento (en inglés, *settler colonialism*).

En este contexto cabe destacar que el principal objetivo del movimiento político sionista fue y es la creación de un Estado denominado «judío» —establecido en 1948 con el nombre de Estado de Israel— en el máximo de territorio posible con una mayoría o exclusividad demográfica judía. Aunque nada estaba predeterminado, una estrategia cardinal de las corrientes sionistas hegemónicas fue la aceptación de una porción territorial —y, por tanto, de cualquier plan de división o partición de Palestina— para más tarde colonizar la mayor superficie posible con el mínimo de población no judía. Entre otras figuras y discursos, esto fue sintetizado en varios momentos por el gran líder histórico del movimiento sionista David Ben Gurión. En 1937, el dirigente sionista escribió: «Tenemos que expulsar a los árabes y ocupar su lugar [...] y si hay que usar la fuerza [...] contamos con la fuerza necesaria»¹⁷. Por entonces, en una reunión de la ejecutiva de la Agencia Judía, Ben Gurión afirmó que si aceptaba la partición o división territorial era para conseguir un Estado «judío» a partir del cual «cancelaremos la partición del país y nos expandiremos a través de la Tierra de Israel»¹⁸. Once años después, tres meses antes de que estallase la Primera Guerra Árabe-Israelí, Ben Gurión anotó en su diario: «La guerra nos dará la tierra. Los conceptos de “nuestros” o “no nuestros” son conceptos de paz solamente y en la guerra pierden todo su significado»¹⁹.

et al.: Existir es resistir: pasado y presente de Palestina-Israel, Granada, Comares, 2017, pp. 53-60.

¹⁷ Archivos Ben Gurion, carta de David Ben Gurion a su hijo Amos, 5 de octubre de 1937, citado en «JPS Responds to CAMERA's Call for Accuracy: Ben-Gurion and the Arab Transfer», *Journal of Palestine Studies*, 41, 2 (2012), p. 248.

¹⁸ Citado por Avi SHLAIM: *Collusion across...*, p. 17.

¹⁹ Entrada del 6 de febrero de 1948, citado por Benny MORRIS: *The Birth of the Palestinian Refugee Problem...*, p. 170.

En un territorio en el que a finales del siglo XIX, cuando surgió en Europa el movimiento sionista²⁰, la población judía tan solo era entre un 2 y un 4 por 100 del total del territorio, la búsqueda de un Estado «judío», como era concebido por la mayor parte de los líderes políticos sionistas, se concretaba a través del colonialismo de asentamiento. A partir de principios del siglo XX se fue consolidando la dinámica de exclusión, segregación e intento de sustitución progresiva de la población autóctona no judía. Cuando entre 1948 y 1949 se estableció el Estado de Israel en el 78 por 100 de la Palestina histórica, fue inseparable la fundación del nuevo Estado, la expansión colonial y el reemplazo de personas no judías —sobre todo musulmanas y cristianas palestinas— por judías. La tierra y la población, como en otros procesos de colonialismo de asentamiento, eran la clave. En 1948 el movimiento sionista consiguió la mayor parte de la tierra y la expulsión de la mayor parte de la población palestina no judía de esta tierra. Pero el proceso de colonialismo de asentamiento continuaba. La *Nakba* fue un momento clave del proyecto colonial de asentamiento sionista. Sin embargo, no fue ni su culminación ni su final.

Aproximarse al colonialismo de asentamiento

En sus distintas formas, el colonialismo es uno de los fenómenos políticos, sociales, económicos y culturales que más ha configurado el mundo desde la época moderna hasta la actualidad. Durante largo tiempo, el colonialismo se ha asociado por lo general al modelo de colonialismo clásico o de metrópoli, que ha tenido entre sus principales paradigmas contemporáneos el periodo del Raj británico en la India. El colonialismo de asentamiento es un fenómeno relacionado y debe entenderse dialécticamente con el colonialismo de metrópoli, pero al mismo tiempo es diferente y cuenta con sus propias especificidades. El colonialismo de metrópoli comporta la explotación y el dominio económico, epistémico y cultural del territorio y de los sujetos colonizados a través de relaciones asimétricas y concepciones racistas. En su mayoría se relaciona con la

²⁰ Walter LAQUEUR: *Historia del sionismo. Edición abreviada*, México DF, Instituto Cultural Mexicano-Israelí, 1982, pp. 3-135.

anexión o el control de territorios no europeos por parte de Estados europeos. Por su parte, el colonialismo de asentamiento añade más elementos a los del colonialismo de metrópoli y se centra en otros distintos. Sobre todo, en que el propósito principal del colonialismo de asentamiento es el establecimiento por parte de Estados, movimientos o grupos de colonos —sobre todo europeos, pero no solo— de una sociedad o patria colonial propia que intenta excluir, sustituir, desplazar y/o eliminar a la población nativa o a su mayor parte. Para Patrick Wolfe, en este modelo de colonialismo la «invasión es una estructura, no un acontecimiento»²¹.

Aunque el marco explicativo del colonialismo de asentamiento no conforma un paradigma histórico-explicativo nuevo (tampoco respecto a Palestina-Israel)²², a partir de la obra de Wolfe *Settler Colonialism*²³ se ha ido afianzando como un campo de estudio concreto que cuenta cada vez con más especialistas y publicaciones²⁴. En este contexto, una publicación periódica de referencia es la revista *Settler Colonial Studies*, que vio la luz en 2011. Desde entonces hasta el momento en que se escriben estas líneas ha dedicado tres números a Israel-Palestina desde diversos puntos de vista que se enmarcan en el colonialismo de asentamiento.

Cabe tener en cuenta que los casos modernos y contemporáneos más estudiados de colonialismo de asentamiento, sin olvidar que existen otros muchos y con una diversidad interna importante, han sido los de Australia, Canadá, Estados Unidos, Nueva Zelanda y Sudáfrica²⁵. En este último caso, cada vez es mayor el número de investigaciones que establecen una comparación histórica entre el colonialismo de asentamiento bóer y el sionista, y en-

²¹ Patrick WOLFE: *Settler Colonialism and the Transformation of Anthropology: The Politics and Poetics of an Ethnographic Event*, Londres, Cassell, 1999, pp. 1-3.

²² Uri DAVIS: *Israel: An Apartheid State*, Londres-Nueva Jersey, Zed Books Ltd., 1987, y Maxime RODINSON: *Israel: A Colonial Settler State?*, Nueva York, Monad, 1973.

²³ Patrick WOLFE: *Settler Colonialism...*

²⁴ Frederick COOPER: *Colonialism in question: Theory, Knowledge, History*, Londres, University of California Press, 2005; Lorenzo VERACINI: *Settler Colonialism: A Theoretical Overview*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010, y Edward CAVANAGH y Lorenzo VERACINI (eds.): *The Routledge Handbook of the History of Settler Colonialism*, Londres-Nueva York, Routledge, 2017.

²⁵ Edward CAVANAGH y Lorenzo VERACINI (eds.): *The Routledge Handbook...*

tre el *apartheid* en Sudáfrica y el *apartheid* en Palestina-Israel²⁶. No obstante, también se ha analizado una de las diferencias más importantes entre ambos: aunque tanto bóeres como sionistas han pretendido controlar la mayor parte del territorio posible excluyendo a la población nativa mayoritaria, la «lógica de la eliminación» que expuso Patrick Wolfe ha funcionado de manera distinta. Mientras que los poderes bóeres —con la connivencia británica en diversos periodos y formulaciones— desplazaron, discriminaron y segregaron a la población no blanca, necesitaban su mano de obra y no la expulsaron masivamente fuera de los límites considerados nacionales. Por su lado, las autoridades sionistas-israelíes no han necesitado a la población palestina de igual manera, aunque la han utilizado como mano de obra en distintos contextos. Al mismo tiempo, su axioma de máximo territorio con el mínimo de población no judía (en palabras de Ilan Pappé, «pureza demográfica» judía o, en la peor situación, «mayoría demográfica» judía)²⁷ ha hecho que históricamente se combine el *apartheid* con la limpieza étnica.

De este modo, es fundamental entender que el paradigma del colonialismo de asentamiento permite cuestionar el carácter de excepcionalidad que ha marcado numerosos análisis históricos de Israel-Palestina²⁸. Los fenómenos históricos de colonialismo de asentamiento responden a parámetros diversos a la vez que comparables. En este contexto, y aunque por cuestiones de espacio aquí solo se vaya a indicar, la perspectiva comparada ofrece un valor añadido al conocimiento, ya que permite analizar el colonialismo de asentamiento como un fenómeno transnacional y global. También permite, entre otros elementos, reflexionar sobre los relatos históricos y las construcciones de las identidades nacionales en diversos ámbitos de distintos continentes. En consecuencia, el para-

²⁶ Uri DAVIS: *Apartheid Israel: Possibilities for the Struggle Within*, Londres, Zed Books, 2003; Sean JACOBS y Jon SOSKE: *Apartheid Israel: The Politics of an Analogy*, Chicago, Haymarket Books, 2015; Ilan PAPPÉ (ed.): *Israel and South Africa...*; íd.: *Peoples Apart: Israel, South Africa...*, y Ben WHITE: *Israeli Apartheid: A Beginner's Guide*, Londres-Nueva York, Pluto Press, 2009.

²⁷ Ilan PAPPÉ: «Shtetl Colonialism: First and Last Impressions of Indigeneity by Colonised Colonisers», *Settler Colonial Studies*, 2, 1 (2012), pp. 39-58.

²⁸ David LLOYD: «Settler Colonialism and the State of Exception: The Example of Palestine/Israel», *Settler Colonial Studies*, 2, 1 (2012), pp. 59-80.

digma del colonialismo de asentamiento se propone como el marco explicativo más útil para comprender el pasado y el presente de la cuestión de Palestina-Israel.

Comprender Palestina-Israel como una cuestión de colonialismo de asentamiento

A pesar de que su escenario sea la denominada «Tierra Santa», de que el movimiento sionista se haya servido de la religión para sus fines políticos coloniales y de que diversos actores palestinos e israelíes tengan sus interpretaciones religiosas en el centro de su identidad y apuesta política, la denominada cuestión israelo-palestina no es de índole religiosa. Del mismo modo, Palestina-Israel tampoco es la expresión, el puntal o una parte del «choque de civilizaciones». El origen de la cuestión palestina-israelí no es un enfrentamiento entre dos pueblos históricamente vecinos que pugnan por un territorio ni entre dos movimientos nacionalistas. Es, sobre todo, un proceso de colonialismo de asentamiento sionista que se encuentra activo en la actualidad.

Aunque regularmente se utiliza el concepto «conflicto» y se ha considerado que Palestina-Israel es el «conflicto» contemporáneo por excelencia²⁹, emplear esta fórmula puede ser impreciso. A pesar de que el enorme discurso institucional y mediático en torno a esta categoría puede conducir a ello, explicar lo que ocurre en Palestina como un «conflicto» mueve a pensar que la relación histórica entre el colonialismo sionista-Estado de Israel y la población palestina es, de alguna manera, una relación entre dos partes simétricas que desarrollan roles similares. Esto, argumenta John Collins, es erróneo, puesto que no solo existe un gran desequilibrio en la manera en que cada parte aplica la violencia, sino que ensombrece que Israel-Palestina ha sido el lugar en el que se ha puesto en práctica un proyecto (en marcha) de colonialismo de asentamiento. De este modo, desde el rigor histórico, el lenguaje proporcional de «conflicto» es de dudosa compatibilidad con las realidades del colonialismo de asentamiento.

²⁹ John COLLINS: «Más allá del “conflicto”...».

El origen de la cuestión colonial de Palestina-Israel cabe situarlo en las últimas décadas del siglo XIX. Fue entonces cuando surgió el movimiento sionista³⁰, un nacionalismo judío creado por una minoría de personas judías europeas asquenazíes en un contexto de efervescencia tanto del impulso imperial como de numerosos movimientos nacionalistas en Europa. Su *raison d'être* era que la única solución a lo que ellos consideraban el «problema judío», es decir, la falta de asimilación y la persecución de algunas comunidades judías (sobre todo en Europa centro-oriental), era la creación de una patria exclusiva o mayoritariamente judía. Aunque se tratara de un movimiento europeo influido por otros nacionalismos de la época, el sionismo era un «nacionalismo sin territorio»³¹, por lo que el colonialismo fue la vía para acceder a un territorio propio en el que establecer un Estado denominado «judío».

Mientras tanto, no puede olvidarse que la discriminación y la hostilidad, unidas a las dificultades económicas y a dinámicas más generales de migración transatlántica, condujeron a varios millones de personas judías a migrar entre la década de 1880 y la de 1920 al continente americano, en especial a la Norteamérica de mayoría anglófona y al Cono Sur. Así, Palestina no fue el principal lugar de destino en este periodo; de hecho, estuvo por detrás de Estados Unidos, el Reino Unido, Argentina y Canadá. Solo un 3 por 100 aproximadamente de las personas judías que migraron desde Europa entre finales del siglo XIX y la década de 1920 lo hicieron a Palestina; más de cuatro quintas partes marcharon a América³².

Hasta bien entrado el siglo XX, el sionismo fue un fenómeno minoritario entre las comunidades judías. Del mismo modo, numerosos individuos y grupos judíos no solo consideraban y consideran que el sionismo no representa al judaísmo, sino que incluso es antijudío³³. Desde finales del siglo XIX, personas y grupos judíos realizaron propuestas políticas específicamente judías distin-

³⁰ David VITAL: *The Origins of Zionism*, Oxford, Oxford University Press, 1975.

³¹ Frédéric ENGEL: *Géopolitique du sionisme. Stratégies d'Israël*, París, Armand Colin, 2015.

³² Ferran IZQUIERDO BRICHS: «Sionismo y separación étnica en Palestina durante el Mandato Británico: la defensa del trabajo judío», *Scripta Nova: Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 10 (2006), pp. 205-228.

³³ Yakov M. RABKIN: *La amenaza interior: historia de la oposición judía al sionismo*, Hondarribia, Hiru, 2006.

tas al sionismo. Lucharon contra la judeofobia, refutaron que la solución al «problema judío» tuviese que suponer la colonización de un territorio y defendieron poder seguir viviendo en sus respectivos países. De hecho, como idealizó retrospectivamente Stefan Zweig en su autobiografía *El mundo de ayer*³⁴, algunas personas judías consideraban que imperios multinacionales como el austrohúngaro podrían haber sido adecuados para la integración de las minorías y abrazar el cosmopolitismo y la movilidad históricamente vinculados a algunas personas judías europeas³⁵. De esta forma, al margen del sionismo, se forjaron alternativas como el asimilacionismo³⁶, el autonomismo o el bundismo³⁷. Un caso particular fue el de figuras como Bernard Lazare, que a pesar de haber sido recibido con honores en el Segundo Congreso Sionista de 1898³⁸ y de haber compartido viajes con el padre del movimiento sionista, Theodor Herzl, se distanció del sionismo a través de una propuesta revolucionaria de emancipación proletaria judía³⁹. Paralelamente, en algunas ocasiones ligado a estos fenómenos, debe remarcarse que una parte muy importante de la flor y nata del mundo científico, cultural, intelectual y revolucionario de entre finales del siglo XIX y mediados del XX estaba compuesto por personas de identidad u origen judío frecuentemente críticas con el sionismo (Theodor Adorno, Hannah Arendt, Walter Benjamin, Marc Chagall, Albert Einstein, Sigmund Freud, Emma Goldman, Franz Kafka, Rosa Luxemburg, Groucho Marx, Camille Pissarro o León Trotsky, entre otras)⁴⁰.

De manera similar a otros proyectos coloniales, el movimiento sionista también intentó y ha intentado ocultar, minimizar o refutar

³⁴ Stefan ZWEIF: *El mundo de ayer: memorias de un europeo*, Barcelona, Acan-tilado, 2002 (1.ª ed., 1942).

³⁵ Enzo TRAVERSO: *El final de la modernidad judía. Historia de un giro conserva-dor*, Valencia, Universitat de València, 2013, pp. 24-25.

³⁶ Robert S. WISTRICH: «Zionism and Its Jewish "Assimilationist" Critics (1897-1948)», *Jewish Social Studies*, 4, 2 (1998), pp. 59-111.

³⁷ Zvi GITELMAN (ed.): *The Emergence of Modern Jewish Politics. Bund and Zion-ism in Eastern Europe*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2003.

³⁸ David VITAL: *Zionism: The Formative Years*, Oxford, Oxford University Press, 1982, pp. 19-44.

³⁹ Nelly JUSSEM-WILSON: «Bernard Lazare's Jewish Journey: From Being an Is-raelite to Being a Jew», *Jewish Social Studies*, 26, 3 (1964), pp. 162-166.

⁴⁰ Enzo TRAVERSO: *El final de la modernidad judía...*, pp. 19-80.

su índole colonial⁴¹. Representándose históricamente como un movimiento nacional de liberación de un pueblo oprimido, sobre todo en sus primeros periodos, se esforzó en difundir la conocida frase «un pueblo sin tierra para una tierra sin pueblo»⁴². Entre otros elementos y según se avanzaba en el tiempo, se iba legitimando por medio de elementos providencialistas y de la instrumentalización de pasajes de la Biblia⁴³, a partir de 1917 por la Declaración Balfour⁴⁴ y posteriormente por la persecución y el genocidio que perpetró el Tercer Reich en Europa. Más tarde, a partir de 1947-1948, por sus victorias en las «guerras de supervivencia» contra los «árabes» y, después, por su pertenencia a la supuesta esfera occidental o judeocristiana en el «choque de civilizaciones».

Sin embargo, no puede eludirse que desde la década de 1880 se habían empezado a fundar colonias agrícolas en Palestina. Tampoco puede olvidarse que el proyecto colonizador sionista surgió al calor de la última etapa de la mayor expansión colonial europea⁴⁵, en el mismo periodo que el del gran imperialismo europeo representado en la Conferencia de Berlín de 1884-1885. Así pues, en aquel periodo, conocido también como el de la primera *aliya* (1882-1903), se inició la «exocolonización» sionista en Palestina⁴⁶. Tras 1948-1949 en el territorio en el que se estableció el Estado de Israel (el 78 por 100 de la Palestina histórica) y a partir de 1967 (en el 22 por 100 restante ocupado militarmente) la dinámica imperante

⁴¹ Lorenzo VERACINI: «Introducing, Settler Colonial Studies», *Settler Colonial Studies*, 1, 1 (2011), pp. 1-12, esp. p. 3.

⁴² Jorge RAMOS TOLOSA: «“Un país de desolación, sílices y cenizas”. El mito de Palestina como tierra virgen en el discurso sionista», *Historia Social*, 78 (2014), pp. 117-134.

⁴³ Nur MASALHA: *La Biblia y el sionismo: invención de una tradición y discurso poscolonial*, Barcelona, Bellaterra, 2008.

⁴⁴ David VITAL: *Zionism: The Crucial Phase*, Oxford, Oxford University Press, 1987, pp. 207-296.

⁴⁵ Edward W. SAID: *La cuestión palestina*, Barcelona, Debate, 2013, pp. 109-138 (1.ª ed., 1979).

⁴⁶ Mientras que el concepto de «exocolonización» destaca el carácter prioritariamente extensivo de estos procesos, la «endocolonización» se centra en lo intensivo y, con frecuencia, en espacios ya controlados. Aun así, suelen ser dinámicas entrecruzadas e incluso inseparables, como en este último caso demuestra el devenir histórico de Palestina a partir de 1948 y 1967. Véase John COLLINS: «Más allá del “conflicto” ...».

fue de «endocolonización», ya que se realizaba sobre un territorio controlado por Israel y en el que ha sido fundamental el carácter intensivo de la colonización, que se encuentra activo y en continua transformación hasta la actualidad.

En las últimas décadas del siglo XIX, lo que en la actualidad conforma Palestina, Israel o Palestina-Israel formaba parte del Sultanato o Imperio otomano. Se trataba de un Estado encabezado por el sultán, regido por la dinastía osmanlí desde el siglo XIII, con capital en Constantinopla-Estambul desde 1453 y que se encontraba en su etapa de decadencia final. Aunque el islam y el turco otomano eran la religión y el idioma oficial del Sultanato, respectivamente, el carácter de su población era multiétnico, multilingüe y multirreligioso. En Palestina, prácticamente la totalidad de la población era árabe, según el criterio identitario lingüístico-cultural. El territorio se caracterizaba por la pluralidad y la tolerancia en la esfera religiosa. No había problemas destacables en el acceso a los Santos Lugares de las tres religiones monoteístas. Respecto a la población, entre 1850 y 1880 alrededor de medio millón de personas vivían en Palestina, un territorio de unos 27.000 kilómetros cuadrados. En torno a un 2-4 por 100 era judía (conocida más tarde como el «Viejo *Yishuv*»), entre un 10-11 por 100 era cristiana y en torno a un 85-86 por 100 era musulmana⁴⁷, la inmensa mayoría sunní. También existían exiguas minorías drusas, de personas musulmanas chiíes y gitanas. En este escenario multiétnico y multirreligioso, sin conflictos intercomunitarios relevantes entre personas musulmanas, cristianas y judías, puede realizarse una pregunta clave: ¿cómo conseguir que un territorio con un 96-98 por 100 de población no judía se convirtiese, como pretendía el movimiento sionista, en un Estado exclusiva o mayoritariamente «judío»?

En los asentamientos de la primera *aliya* predominó el modelo colonial de asentamiento de «plantación étnica» con mano de obra nativa, que se asemejaba a la relación entre bóeres y población no blanca sudafricana. Como se ha indicado, en este modelo de colonialismo de asentamiento, la minoría colonizadora busca el control de la tierra y los recursos mientras desposee, discrimina, excluye, explota y segrega a la mayoría no blanca. Sin embargo, no puede,

⁴⁷ Mazim B. QUMZIYEH: *Compartir la tierra de Canaán*, Buenos Aires, Canaán, 2007, p. 54.

no quiere o no sitúa en su agenda expulsar de los límites que considera nacionales al mayor número de personas no blancas posible. Es decir, se necesita la tierra, pero de algún modo también a la población autóctona. En el otro modelo de colonialismo de colonos, conocido como de asentamiento puro, la sociedad colonial necesita la tierra, pero no a la población nativa.

Aunque en los primeros años un número considerable de personas nativas de Palestina no se opusieron a la llegada de colonos europeos, e incluso su tradicional hospitalidad les hizo recibirlos «con los brazos abiertos»⁴⁸, pronto la colonización sionista empezó a generar una creciente y mayoritaria hostilidad⁴⁹. Entre otros elementos, su proyecto colonial restringió la puesta en cultivo de nuevas tierras que se buscaban por el crecimiento demográfico palestino y obstaculizó la expansión de la comercialización agrícola. A partir de la segunda *aliya* (1904-1914), la construcción del «Nuevo *Yishuv*» estaría cada vez más basada en el modelo de colonialismo de colonos de asentamiento puro⁵⁰. En el caso de Palestina, esto suponía la búsqueda de una nueva sociedad judía colonial y un desarrollo segregado a través de la «conquista de la tierra» (*kibbush ha-adama*) y la «conquista del trabajo» (*kibbush ha-'avoda*) o «trabajo judío» (*'avoda 'ivrit*). Todo ello significaba excluir del trabajo agrícola y del mercado laboral a personas que no fuesen judías⁵¹. De hecho, en sus numerosos testimonios escritos era habitual que los colonos de esta segunda oleada colonizadora despreciaran a los de la primera por haber utilizado a trabajadores «árabes» (palestinos) en sus colonias⁵².

De esta forma, a partir de los últimos años de la Palestina otomana, el movimiento sionista empezó a poner en práctica sobre el terreno diversos mecanismos de segregación o separación (en afrikáans, *apartheid*) de la sociedad colonizadora respecto a la mayoría nativa. Esto iba de la mano de la consolidación de la premisa

⁴⁸ Ilan PAPPÉ: *Los palestinos olvidados...*, p. 9.

⁴⁹ Gershon SHAFIR: *Land, Labor and the Origins of the Israeli-Palestinian Conflict, 1882-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 40-41.

⁵⁰ Gabriel PITERBERG: *The Returns of Zionism. Myths, Politics and Scholarship in Israel*, Londres-Nueva York, Verso, 2008, pp. 62-68, e íd.: «Colonos y sus Estados», *New Left Review*, 62 (2010), pp. 108-117.

⁵¹ Ferran IZQUIERDO BRICHS: «Sionismo y separación étnica...».

⁵² Ilan PAPPÉ: «Shtetl Colonialism...», pp. 48-53.

de que Palestina debía ser «tan judía como inglesa era Inglaterra», como afirmaría en 1919 Chaim Weizmann, el químico británico sionista que más tarde se convertiría en el primer presidente del Estado de Israel⁵³. En el contexto de Palestina y de la reivindicación sionista mayoritaria, esta pauta colonial empezó a imponerse. Esto se tradujo en la edificación de una nueva comunidad y de un nuevo sujeto judío «resultado de la colonización» a través del «arado y la espada»⁵⁴. En este sentido, Patrick Wolfe identificó al sionismo como «simple y llanamente colonialismo de asentamiento»⁵⁵, mientras que Lorenzo Veracini afirmó que el «asentamiento, nada más, [es] el núcleo absoluto de la práctica sionista»⁵⁶.

La Declaración Balfour de 1917 supuso un gran salto hacia delante para el movimiento sionista no solo porque obtenía el apoyo de una gran potencia, el Reino Unido, sino porque este iba a ser el agente colonial, desde una variante del colonialismo de metrópoli, encargado de Palestina hasta 1948. En un proceso complejo, el Reino Unido permitió o apoyó la excolonización de asentamiento sionista en Palestina, cuyos agentes se fueron preparando para la creación de un Estado exclusiva o mayoritariamente judío en el mayor territorio posible.

El momento culminante llegó en 1947 y 1948. En febrero de 1947, el Reino Unido traspasó a las Naciones Unidas la decisión sobre el futuro de Palestina. La Asamblea General de la ONU violó su propia Carta negando la consulta y el derecho de autodeterminación de la mayoría de la población palestina⁵⁷. Además, con diversas presiones a Estados pequeños —en especial por parte de Washington— aprobó la partición de Palestina el 29 de noviembre del mismo año. Poco después se desencadenó una guerra civil

⁵³ Citado por Saree MAKDISI: *Palestine Inside Out: An Everyday Occupation*, Nueva York, W. W. Norton & Company, 2010, p. 242.

⁵⁴ Arno J. MAYER: *El arado y la espada: del sionismo al Estado de Israel*, Barcelona, Península, 2010.

⁵⁵ Patrick WOLFE: «The Settler Complex: An Introduction», *American Indian Culture and Research Journal*, 37, 2 (2013), pp. 1-22, esp. p. 9.

⁵⁶ Lorenzo VERACINI: «What Can Settler Colonial Studies Offer to an Interpretation of the Conflict in Israel-Palestine?», *Settler Colonial Studies*, 5, 3 (2015), pp. 268-271, esp. p. 269.

⁵⁷ Jorge RAMOS TOLOSA: *Los años clave de Palestina-Israel. Pablo de Azcárate y la ONU (1947-1952)*, Madrid, Marcial Pons, 2019, pp. 69-124.

en la que las fuerzas sionistas iniciaron la limpieza étnica de Palestina, que continuó después del establecimiento del Estado de Israel el 14 de mayo de 1948 y de que pocas horas más tarde finalizase el Mandato Británico de Palestina⁵⁸. De este modo se puso en práctica la segunda vía, la del desplazamiento, transferencia, traslado o expulsión masiva, para conseguir el objetivo último sionista. Entre 1947 y 1949, año en que se firmaron los armisticios que pusieron fin a la Primera Guerra Árabe-Israelí, Palestina cambió por completo. La mayor parte de la Palestina árabe fue destruida, casi dos tercios de su población no judía se convirtió en refugiada⁵⁹ y el país fue desmembrado. Israel se edificó sobre el 78 por 100 de Palestina, mientras que (Trans)Jordania se anexionó Cisjordania y Jerusalén Este, y Egipto pasó a administrar la nueva Franja de Gaza. Para la escritora italo-palestina Rula Jebreal, la *Nakba* fue «la catástrofe, el desastre, el apocalipsis [...] Es difícil de explicar, pero es algo que cada palestino siente en su interior, como una herida irreparable, como un cortocircuito en nuestra historia»⁶⁰. Para el «poeta de Palestina» Mahmud Darwish, la llegada de la metáfora, que siempre quiso rechazar, de «mi patria es una maleta» y de un «mapa de ausencia»⁶¹. De este modo, después de más de medio siglo de esfuerzos del colonialismo de asentamiento sionista, había llegado su gran victoria: construir un nuevo Estado sobre un territorio, como ordenó David Ben Gurión en 1948, «limpio y vacío de árabes»⁶². Para el movimiento sionista, aquel 1948 fue un *annus mirabilis* en el que se convirtió en realidad un sueño vinculado a la justicia y a la pureza moral. Para el pueblo palestino fue un *annus horribilis* que no dejaría de ser un «presente eterno»⁶³.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 165-388, e íd.: «De los orígenes a la intervención de la ONU», en Antonio BASALLOTE MARÍN *et al.*: *Existir es resistir: pasado y presente de Palestina-Israel*, Granada, Comares, 2017, pp. 30-46.

⁵⁹ Antoni SEGURA I MAS y Óscar MONTERDE MATEO: *El interminable conflicto en Israel y Palestina*, Madrid, Síntesis, 2018, pp. 87-100.

⁶⁰ Rula JEBREAL: *La strada dei fiori di Miral*, Milán, Bur, 2005, p. 142.

⁶¹ Mahmud DARWISH: *En presencia de la ausencia*, traducción de Luz Gómez, Valencia, Pre-textos, 2011.

⁶² Citado por Benny MORRIS: *The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 463.

⁶³ Ahmad H. SA'DI: «Catastrophe, Memory and Identity: Al-Nakbah as a Component of Palestinian Identity», *Israel Studies*, 7, 2 (2002), pp. 175-198.

Es importante tener en cuenta que, desde el marco explicativo del colonialismo de asentamiento, la *Nakba* palestina no solo fue un acontecimiento, sino que formaba parte de una dinámica colonial y una estructura tanto anterior como posterior a 1948. Así, al contrario de lo que argumentan algunos historiadores, tanto con perspectivas sionistas como antisionistas, la guerra civil no oficial en Palestina (entre diciembre de 1947 y mayo de 1948), así como la guerra interestatal (Primera Guerra Árabe-Israelí) desde el 15 de mayo de 1948 hasta la firma de los armisticios, no fue la causa principal de la limpieza étnica de Palestina. Simplemente fue su contexto, su medio o su vía. En otras palabras, aunque nada estaba predeterminado y la coyuntura de los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial permitió la *Nakba*, su causa primordial no fue la contingencia de las dos guerras desarrolladas en Palestina antes mencionadas, sino la dinámica de colonialismo de asentamiento sionista. Una dinámica que no acabó en 1948 ni en 1967⁶⁴.

Entre otros fenómenos, a partir del año de la creación del Estado de Israel/*Nakba* se pondrían en marcha mecanismos legales para impedir a la población nativa palestina refugiada volver a sus casas, a pesar de que la Resolución 194 de la Asamblea General de la ONU en diciembre de 1948 reconoció su derecho al retorno. Paralelamente, a través de las leyes de retorno (1950) y ciudadanía (1952), cualquier persona judía del mundo podía obtener la ciudadanía plena israelí solo por su condición judía, mientras que, solo por su condición no judía, a la mayor parte de la población palestina se le negaba este derecho. Además, a la minoría de personas palestinas que no habían sido expulsadas durante la *Nakba* y que quedaron dentro de las líneas de armisticio israelíes se les impuso la ley marcial hasta 1966. En resumen, en ambos casos se establecieron diferentes mecanismos legales de desposesión, segregación, separación o represión entre la población que vivía bajo un

⁶⁴ De hecho, en diversas épocas, distintos líderes israelíes han defendido en público esta idea o una versión de ella. Por ejemplo, Ariel Sharon, quien afirmó en 2001: «La guerra de independencia no ha terminado todavía. No: 1948 fue tan solo uno de sus capítulos. [...] Es imposible pensar que hayamos concluido nuestra tarea y que nos podamos dormir en los laureles». Citado por Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO y Ferran IZQUIERDO BRICHS: *¿Por qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007, p. 23.

mismo Estado solo por su condición de judía o no judía, por lo que también puede considerarse un tipo de política de *apartheid*⁶⁵. Por tanto, en la búsqueda del objetivo último sionista —máximo territorio con el mínimo de población no judía—, la limpieza étnica y el *apartheid*, dentro del marco de proyecto sionista de colonialismo de asentamiento, fueron y han sido claves en la creación y la consolidación del Estado de Israel.

En junio de 1967 llegó la euforia israelí por la victoria en la Guerra de los Seis Días. La preparada y rápida ocupación militar de los Altos del Golán, Cisjordania, Jerusalén Este, la Franja de Gaza y la península del Sinaí —declarada ilegal por la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU— también supuso un dilema para las autoridades políticas y militares israelíes. El contexto no era el mismo que en 1947-1948, a pesar de que entre 200.000 y 300.000 personas palestinas fueron expulsadas de sus casas en la conocida como *Naksa*⁶⁶ de 1967. Si el Estado de Israel anexionaba los territorios de la Palestina histórica que acababa de conquistar, dejaría de tener una mayoría judía permanente, un axioma fundamental del sionismo. Por tanto, entre otros factores y con diversos matices se optó por la endocolonización (tanto por su carácter intensivo como por tratarse de un territorio bajo control total israelí) y una ocupación militar *sine die*⁶⁷. Al contrario de lo que establecen numerosos análisis que consideran que la «colonización» de territorios como Cisjordania y Jerusalén Este (que aquí se considera endocolonización de asentamiento) siguió a la ocupación militar de 1967, en este estudio se está demostrando que la ocupación vino después de la co-

⁶⁵ Isaías BARREÑADA BAJO: *Identidad y ciudadanía en el conflicto israelo-palestino: los palestinos con ciudadanía israelí, parte del conflicto y excluidos del proceso de paz*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2005; Ilan PAPPÉ (ed.): *Israel and South Africa...*; *id.*: *Peoples Apart...*, y Oren YIFTACHEL: *Ethnocracy: Land and Identity Politics in Israel/Palestine*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2006, pp. 9, 82-85, 125-129 y 304.

⁶⁶ El término *Naksa* (que puede traducirse como «recaída», «retraso» o «reves») aplicado a la historia de Palestina-Israel es utilizado por el pueblo palestino para hacer referencia a la victoria israelí en la guerra de junio de 1967 y a sus consecuencias.

⁶⁷ Con diversas diferencias e interpretaciones, la ocupación militar en un contexto de colonización o endocolonización ya fue desarrollado, por ejemplo, por Estados Unidos a partir de su guerra con México. Véase Lorenzo VERACINI: «What Can Settler Colonial Studies Offer...».

lonización (exocolonización y endocolonización de asentamiento) y que ambas han sido inseparables hasta la actualidad⁶⁸.

La solución israelí de endocolonización, unida a la ocupación militar de duración indefinida, permitía controlar en profundidad el territorio, explotar sus recursos y trasladar a un número cada vez mayor de colonos. Al mismo tiempo, posibilitaba la desposesión, segregación y sustitución de numerosas familias palestinas, la demolición de viviendas, la aplicación de fórmulas de biopolítica o una limpieza étnica progresiva. A partir de 1967, algunas de las dinámicas más claras de colonialismo de asentamiento han sido: la construcción de asentamientos dentro de la continua endocolonización de Cisjordania⁶⁹; la «judaización», revocación de la ciudadanía y de aislamiento de Jerusalén Este; la fragmentación territorial, de obstáculos a la movilidad o de destrucción de casas, escuelas e infraestructuras palestinas y de comunidades beduinas. Todas ellas se encuentran activas hasta el día de hoy y experimentan una renovación periódica. Asimismo, se combinan con otros factores e intereses económicos —entre los que destacan, por ejemplo, los de los complejos militares-industriales, tecnológicos y de seguridad— y están vinculadas, en mayor o menor medida, al propósito del colonialismo de asentamiento sionista-israelí de conseguir el máximo de territorio con el mínimo de población no judía.

A modo de conclusión: limitaciones y desafíos del marco del colonialismo de asentamiento en Israel-Palestina

El marco explicativo del colonialismo de asentamiento es fundamental para comprender el pasado y el presente de Palestina-

⁶⁸ Estas dinámicas están vinculadas a lo que Isaías Barreñada, por ejemplo, denomina «colonialismo 2.0». Véase Isaías BARREÑADA BAJO: «La política disruptiva de Trump en Oriente Medio y el nuevo momento del conflicto israelo-palestino», *Anuario CEIPAZ*, 10 (2017-2018), pp. 203-226.

⁶⁹ José ABU-TARBUSH QUEVEDO: «Palestina: retomando la iniciativa», *Revista Electrónica de Estudios Internacionales (REEI)*, 24 (2012), pp. 1-27; *id.*: «Palestina en el nuevo contexto regional: ¿parálisis o avances?», *Anuario CEIPAZ*, 6 (2013-2014), pp. 146-159, e Ignacio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARINO: «Archipiélago Palestina: la ruptura de la continuidad territorial de Cisjordania», *Norba. Revista de historia*, 21 (2008), pp. 117-137.

Israel. Sin embargo, las realidades históricas del problema israelo-palestino son complejas, multiformes y cambiantes. Del mismo modo, los conocimientos derivados de esta cuestión, como de cualquier otra, siempre deben estar sujetos a revisión y a debate. Por todo ello, es importante indicar, como manera de abrir la discusión y el diálogo académico, algunas limitaciones y desafíos del colonialismo de asentamiento aplicado a Palestina-Israel. Para realizar esta tarea intelectual es necesario entender la influencia de Patrick Wolfe en los *settler colonial studies* del siglo XXI. Aunque un creciente número de académicas y académicos trabajan desde este campo de estudio en ámbitos muy diversos, puede decirse que Wolfe es el principal referente, seguido por Lorenzo Veracini. Sus perspectivas y análisis han marcado numerosas investigaciones aplicadas a distintos contextos de la historia contemporánea. Por tanto, el trabajo de deconstrucción y reevaluación de algunos de sus puntos de vista puede afectar a otros estudios influidos por su obra, concernir a problemáticas de índole diversa y permitir un avance en los conocimientos históricos.

En primer lugar, aunque Patrick Wolfe criticase definiciones de colonialismo que consideraba «monolíticas» —que, según Wolfe, no contemplaban fenómenos como el colonialismo de asentamiento—, lo cierto es que el propio marco explicativo de este modelo, según ha sido desarrollado por este autor, también puede ser debatido por su excesiva rigidez. Al considerar que el «colonialismo de asentamiento es *relativamente* impermeable al cambio de régimen»⁷⁰, la interpretación histórica y teórica del colonialismo de asentamiento concebida por Patrick Wolfe encaja con dificultad las transformaciones históricas y la eventualidad. El marco explicativo del colonialismo de asentamiento, como cualquier otro, debe ser adaptable y flexible al cambio histórico. En el caso de la cuestión de Palestina-Israel, este elemento puede ser incluso más necesario, ya que su prolongación en el tiempo, el gran número de problemas contemporáneos que conjuga y su carácter activo en la actualidad requieren una perspectiva más abierta. Aunque el colonialismo de asentamiento tenga un carácter específico y se caracterice por la lógica de la sustitución y/o eliminación de la mayoría o la totalidad

⁷⁰ Patrick WOLFE: «Settler Colonialism and the Elimination of the Native», *Journal of Genocide Research*, 8, 4 (2006), pp. 387-409, esp. p. 402.

de la población nativa, considerar que difícilmente puede estar sujeto a diversas variables y cambios espacio-temporales puede limitar su utilidad.

La «lógica de la eliminación» propuesta por Wolfe, como una especie de dimensión ontológica expresada por una inherente voluntad colona, también puede reducir o negar la capacidad de agencia de los pueblos colonizados. Al predeterminedar la historia, puede parecer que sus discursos y prácticas fuesen, hayan sido o sean en vano, ya que su único destino es la desaparición. Como escribió Veracini, según este punto de vista, «el colonialismo de asentamiento solo tiene una historia que contar: la de su victoria total o la de su derrota total»⁷¹. Pero solo con un repaso a la trayectoria histórica de Palestina-Israel desde finales del siglo XIX puede comprobarse que esta idea es cuestionable. Igualmente, por su lado, al centrar su atención en el análisis del colonialismo de asentamiento y en la acción de sus agentes, algunas perspectivas pueden dejar de lado las experiencias y voces de los pueblos autóctonos o nativos⁷². Así, tanto la idea de la «lógica de la eliminación» y la «impermeabilidad al cambio de régimen» de Wolfe como la afirmación de que «el colonialismo de asentamiento solo tiene una historia que contar» de Veracini pueden aparecer como demasiado teleológicas. Considerar el colonialismo de asentamiento como una estructura transhistórica que difícilmente deja lugar a la eventualidad o a procesos y acontecimientos históricos abiertos y multidireccionales también puede reducir sus aplicaciones y su capacidad interpretativa.

Tanto en Israel-Palestina como en otros contextos puede interpretarse algo similar respecto al «binarismo primigenio de la frontera» de Wolfe y la dicotomía estática e inexorable del sujeto colono y del sujeto nativo que también establece Veracini. En el caso palestino-israelí, por ejemplo, algunas líneas divisorias son más complejas. Aunque formen parte del mismo pueblo palestino (sujeto nativo), las experiencias cotidianas y el significado de la frontera entre las personas palestinas con ciudadanía israelí, las que re-

⁷¹ Lorenzo VERACINI: «Settler Colonialism and Decolonization», *borderlands e-journal*, 6, 2 (2007).

⁷² Corey SNELGROVE *et al.*: «Unsettling Settler Colonialism: The Discourse and Politics of Settlers, and Solidarity with Indigenous Nations», *Decolonization: Indigeneity, Education & Society*, 3, 2 (2014), pp. 1-32, esp. p. 10.

siden en Cisjordania, la Franja de Gaza y Jerusalén Este y las que viven en campos de refugiados de Jordania, Líbano o Siria son diversas, así como su mayor o menor relación con las personas judías israelíes (sujeto colono). Asimismo, elementos como la existencia de una minoría de personas judías previa al inicio de la colonización sionista (Viejo *Yishuv*), así como la idea sionista de «derechos históricos» y «retorno judío» a *Eretz Israel*, introduce matices distintos a este binarismo entre el sujeto colono y el sujeto nativo. Como recordó Edward Said⁷³, el movimiento sionista ha presentado a Israel y a las personas judías, a través de sus «derechos históricos» y este «retorno» después de «dos mil años de exilio», como lo auténticamente —e incluso, en ocasiones, exclusivamente— nativo. A pesar de que historiadores israelíes como Shlomo Sand o palestinos como Nur Masalha han desmontado con minuciosidad esta mitología⁷⁴, esto no significa que no introduzca dinámicas y relaciones más complejas que una simple dualidad inmutable entre colono y nativo colonizado. En este punto es enriquecedor acudir a los estudios de distintos autores como Jean Bernabé, Homi Bhabha, Néstor García Canclini y conceptos como el de hibridez⁷⁵, y en el caso de Bhabha, también los de ambivalencia e imitación⁷⁶.

Además, la dicotomía inflexible colono-nativo dentro del marco del colonialismo de asentamiento planteada por Wolfe y Veracini puede limitar la perspectiva de análisis sobre algunas cuestiones de la problemática de Palestina-Israel. En concreto, su contenido nacional y de identidad nacional. En el caso palestino, siempre ha estado presente la dimensión de los discursos y las prácticas de resistencia palestina como una lucha de índole anticolonial y, cada vez más, como una lucha por la igualdad, los derechos civiles y contra el *apartheid*. Sin embargo, en numerosos contextos ha predominado su (auto)caracterización como una lucha prioritariamente na-

⁷³ Edward W. SAID: *La cuestión palestina...*, pp. 88-89.

⁷⁴ Nur MASALHA: *La Biblia y el sionismo...*; Shlomo SAND: *La invención del pueblo judío*, Madrid, Akal, 2011, e *íd.*: *La invención de la tierra de Israel*, Madrid, Akal, 2013.

⁷⁵ Jean BERNABÉ *et al.*: *Éloge de la Créolité*, París, Gallimard, 1989; Homi BHABHA: *The Location of Culture*, Londres-Nueva York, Routledge, 1994, y Néstor GARCÍA CANCLINI: *Culturas híbridas (estrategias para entrar y salir de la modernidad)*, México DF, Grijalbo, 1990.

⁷⁶ Homi BHABHA: *The Location of Culture...*

cional encarnada por el movimiento nacional palestino. No puede eludirse que los procesos de afirmación identitaria, y en concreto los de construcción de identidad nacional, han formado parte del núcleo de las dinámicas emancipatorias y por la independencia de numerosos pueblos colonizados. Por otro lado, se halla la «nacionalización» del judaísmo que realizó el sionismo desde finales del siglo XIX. Aquí se inició su también (auto)caracterización como un movimiento de liberación nacional de un pueblo oprimido, esta vez *altneu*⁷⁷, que reivindica su derecho a la autodeterminación. Aunque su práctica continuada es de colonialismo de asentamiento, no puede eludirse que su impulso inicial también fue nacionalista. Esto lo puede diferenciar en algunos aspectos de otros movimientos coloniales de asentamiento y hace incorporar matices distintos. A pesar de que este factor nacional no modifica la existencia de un binarismo colono-nativo, introduce elementos adicionales que entrecruzan los análisis.

En definitiva, los marcos explicativos que niegan o minimizan que Palestina-Israel es una cuestión sobre todo de colonialismo de asentamiento, incluyendo las perspectivas liberales críticas centradas en 1967, en la ocupación militar y en el paradigma biestatal, ofrecen un puzle histórico en el que faltan piezas fundamentales. De hecho, puede afirmarse que son insuficientes y limitados. El colonialismo de asentamiento no solo proporciona un análisis holístico, sino que introduce más referencias históricas y dimensiones espaciales y temporales relacionadas con Palestina-Israel que el focalizado espacio-temporalmente en o a partir de 1967. De esta forma, permite comprender mejor las múltiples dinámicas que acoge esta problemática: desde los inicios de la exocolonización sio-

⁷⁷ *Altneuland* (traducido del alemán original «Tierra vieja nueva») es el título de una de las obras más conocidas de Theodor Herzl [la referencia completa es *Old-New Land (Altneuland)*, Nueva York, Bloch Publishing and Herzl Press, 1960 (1.ª ed., 1902)]. Tanto el título de este libro como su utilización aquí responden a uno de los ejes sionistas: por un lado, el carácter antiguo o ancestral tanto del «pueblo judío» como de la tierra asociada a él (*Eretz Israel*). Respectivamente, el carácter tanto de pueblo elegido como de tierra prometida puede ser enfatizado en mayor o menor medida dependiendo del contexto. Por otro lado, la condición de nuevo (pueblo y tierra) se interpreta mayoritariamente en el sionismo como el renacimiento, el *risorgimento* o la nueva sociedad judía que se construye en Palestina desde el inicio de las *aliyot* u oleadas colonizadoras sionistas.

nista de asentamiento —como se ha indicado, en los primeros años de «plantación étnica» y desde principios del siglo xx de asentamiento puro—, hasta fenómenos posteriores como la *Nakba*, las políticas de segregación o *apartheid* y la endocolonización de asentamiento unida a la ocupación militar actual. Al mismo tiempo, establece un paradigma y diccionario renovados, que estimulan el avance, el debate y la actualización del conocimiento.

De este modo, para comprender Palestina-Israel se propone la utilización del paradigma del colonialismo de asentamiento, que debe en gran medida su formulación a Wolfe y Veracini. Sin embargo, también se sugiere la introducción de puntos de vista más abiertos y con menos elementos teleológicos y deterministas. De esta forma, se podrá explicar tanto las fundamentales realidades históricas binarias como ciertos matices y elementos híbridos, así como la capacidad de agencia y algunos procesos activos, cambiantes y contingentes. Entre otros factores de utilidad, el colonialismo de asentamiento permite establecer perspectivas comparadas entre Israel-Palestina y otros casos históricos y globales, algo en especial necesario dado el carácter de excepcionalidad e incluso ahistórico que establecen numerosos análisis sobre esta cuestión. No obstante, no puede olvidarse que es fundamental tener en cuenta las características particulares y las lógicas propias de una cuestión que estuvo y sigue estando, periódicamente, en el centro de la agenda diplomática, mediática y política internacional.

*Una historia en construcción: resistencias no-violentas al colonialismo en Palestina durante el siglo XX**

Diego Checa Hidalgo

Universidad de Granada
diegoch@ugr.es

Resumen: Este artículo realiza un análisis sobre los procesos de resistencia no-violenta que la población palestina ha desarrollado para enfrentarse a las dinámicas coloniales implantadas en la región tras la caída del Sultanato Otomano. Para ello, se estudiarán los actores implicados en las resistencias y sus estrategias de lucha a lo largo de todo el siglo XX, comparando en especial los dos momentos donde esta resistencia ha tenido una mayor intensidad: la Gran Insurrección Árabe (1936-1939) y la Intifada (1987-1990).

Palabras clave: resistencia civil, resistencias cotidianas, Reino Unido, Israel, Oriente Medio.

Abstract: This article analyses the processes of non-violent resistance that the Palestinian population has developed in order to confront the colonial dynamics implanted in the region following the fall of the Ottoman Sultanate. It examines the actors involved, and their strategies of resistance throughout the twentieth century. In pays particular attention to comparing two moments where this resistance has had the greatest intensity: the Great Arab Uprising (1936-1939) and the Intifada (1987-1990).

Keywords: civil resistance, everyday resistance, United Kingdom, Israel, Middle East.

* Este artículo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación «Contribuciones de la resistencia civil para la prevención de la violencia, la construcción de la paz y la transformación de conflictos en los Territorios Palestinos y Colombia» (HAR2015-74378-JIN), del Programa Estatal de I+D+i Orientado a los Retos de la Sociedad del Ministerio de Economía y Competitividad.

Introducción

La cuestión palestina sigue atrayendo el foco de atención de la sociedad internacional más de un siglo después de su entrada en escena. Desde la caída del Sultanato Otomano y la dominación europea de la región, la población que habitaba aquellos territorios ha enfrentado dinámicas coloniales que no se han detenido y que han supuesto la subordinación de la población local a actores exógenos, mediante el ejercicio de la violencia. Durante la prolongada trayectoria del conflicto, la sociedad palestina y su movimiento nacional han empleado los medios a su disposición para terminar con la colonización de su territorio y lograr la autodeterminación, recurriendo tanto al empleo de la resistencia civil como a la lucha armada.

Del análisis detallado de las etapas de la lucha por la autodeterminación del pueblo palestino se desprende un gran número de acciones que pueden ser catalogadas como resistencia civil, desarrolladas en su mayoría por gente corriente en su vida cotidiana. Sin embargo, esas formas de lucha no-violenta fueron subordinadas, en gran parte de las situaciones, a otros medios de lucha caracterizados por la retórica y la práctica de la violencia, cuyo protagonismo capitalizaban los denominados *fedayines*. Esto ha contribuido a invisibilizar gran parte de los procesos de resistencia del movimiento nacional palestino a lo largo de su historia.

El presente artículo tiene por objeto recuperar la historia de los procesos de resistencia no-violenta ante la colonización desarrollados desde la sociedad palestina. Para realizar esta investigación se recurrió al análisis de la actuación de los actores implicados en los procesos de resistencia y al estudio de la bibliografía existente sobre la materia. Además, en el marco del trabajo de campo realizado a lo largo de una serie de estancias sobre el terreno llevadas a cabo durante los años 2011-2015, se llevaron a cabo entrevistas semiestructuradas a informantes relevantes de la sociedad civil y la política palestina.

El artículo, en primer lugar, presentará el fenómeno de la resistencia civil y su relevancia en los procesos históricos de cambio político y social. En segundo lugar, se centrará en el análisis de los procesos de resistencia palestina contra la colonización desde finales de

la época otomana y hasta la creación del Estado de Israel en 1948, prestando especial atención a las luchas no-violentas. En tercer lugar, se presentará la evolución de la resistencia del movimiento nacional desde la Nakba a la primera Intifada, estudiando la lucha no armada llevada a cabo por la población palestina. Por último, se presentarán los principales resultados de esta investigación.

Resistencia civil y lucha no armada

Los relatos dominantes en la historiografía participan de la creencia de que la violencia es un arma indispensable para conseguir la transformación de las estructuras políticas, sociales, económicas o culturales y, por esta razón, destacan la importancia en dichas transformaciones de las batallas e insurrecciones violentas, las victorias y derrotas en las guerras y los héroes caídos en dichas luchas armadas. Estas perspectivas se centran en el estudio de la lucha armada para entender muchos de los procesos de cambio histórico, y en consecuencia tienden a ignorar, en muchas ocasiones, el papel que la resistencia civil y la lucha no-violenta han desempeñado en la mayoría de los procesos analizados¹.

¹ Se denomina resistencia civil a un fenómeno colectivo que abarca múltiples formas de acción social, psicológica, económica y política que no recurren a la amenaza ni al uso de la violencia y que se emplean para desafiar a un poder, fuerza, política o régimen concreto, con el objetivo de dar satisfacción a los objetivos de un amplio sector de la sociedad o de la ciudadanía. Véanse Adam ROBERTS y Timothy GARTON ASH (eds.): *Civil Resistance & Powers Politics. The Experience of Non-violent Action from Gandhi to the Present*, Oxford-Nueva York, Oxford University Press, 2009, p. 2, y Michael RANDLE: *Civil Resistance*, Londres, Fontana, 1994, pp. 9-10. A disposición de la resistencia civil se encuentran cientos de métodos no-violentos. Véanse Gene SHARP: *The Politics of Nonviolent Action*, Boston, Porter Sargent, 1973, y Mario LÓPEZ MARTÍNEZ: *¿Noviolencia o barbarie? El arte de no dejarse deshumanizar*, Madrid, Dykinson, 2017, pp. 93-116. La resistencia civil también es conocida mediante términos sinónimos como «resistencia no-violenta», «lucha no-violenta», «revoluciones no-violentas» y «el poder del pueblo», y resulta equivalente al concepto de «satyagraha» gandhiano, tal y como expone April CARTER: *People Power and Political Change. Key Issues and Concepts*, Milton Park, Routledge, 2012. Aquellos que la practican pueden diferenciarse entre quienes recurren a ella de manera pragmática o estratégica y quienes la desarrollan en función de sus principios morales. Véase Stellan VINTHAGEN: *A Theory of Nonviolent Action. How Civil Resistance Works*, Londres, Zed Books, 2015, p. 8.

Hoy sabemos de la práctica esporádica de campañas de resistencia civil a lo largo de la historia, al menos desde que la plebe romana organizó una huelga general en el año 449 a. C. que no terminó hasta que sus reivindicaciones políticas fueron atendidas². A partir del siglo XIX, estas campañas emergieron de la mano de los movimientos abolicionistas y feministas como acciones con una fuerza política más sólida. Poco a poco aumentó el uso de métodos no-violentos como estrategia de lucha contra la injusticia y la opresión donde antes se pensaba como única respuesta adecuada o viable la rebelión violenta o la lucha armada³. Por ello, desde el siglo XIX, la resistencia civil fue utilizada con más frecuencia como un equivalente funcional a la resistencia violenta⁴, en especial en el marco de las luchas nacionalistas y obreras.

En el siglo XX, Gandhi tuvo una labor fundamental en el desarrollo de la resistencia no-violenta como acción política. Los resultados alcanzados por Gandhi en Sudáfrica e India sirvieron como acicate para que, a partir de mediados del siglo XX, la práctica de la resistencia civil se fuera extendiendo por todo el mundo gracias a su reiterado uso en numerosos movimientos sociales. Como ejemplo de ello destacan el movimiento feminista, el ecologista o el pacifista, los cuales han recurrido casi exclusivamente al empleo de estrategias y métodos no-violentos para la consecución de sus objetivos, cultivando al mismo tiempo una amplia crítica social contra todo tipo de violencia⁵.

La constatación de un aumento del protagonismo de la resistencia civil en los procesos de cambio político y social de la época contemporánea ha llevado al desarrollo de estudios comparativos sobre el estado y la eficacia de la lucha armada y la resistencia no-violenta, que han mostrado como, a lo largo del siglo XX, las campañas de resistencia civil a gran escala, con claros objetivos políti-

² Este hecho está recogido en Kurt SCHOCK: «The Practice and Study of Civil Resistance», *Journal of Peace Research*, 50, 3 (2013), pp. 277-290, esp. p. 278.

³ Mario LÓPEZ MARTÍNEZ: «La sociedad civil por la paz», en Francisco MUÑOZ y Mario LÓPEZ MARTÍNEZ (eds.): *Historia de la paz. Tiempos, espacios y actores*, Granada, Universidad de Granada, 2000, pp. 291-357.

⁴ Esta relevancia ha quedado manifiesta en el trabajo de Maciej J. BARTOWSKI (ed.): *Recovering Nonviolent History. Civil Resistance in Liberation Struggles*, Londres-Boulder, Lynne Rienner Publisher, 2013.

⁵ Véase Mario LÓPEZ MARTÍNEZ: *¿Noviolencia o barbarie?...*

cos maximalistas, fueron más frecuentes que las campañas armadas, logrando a su vez mejores resultados⁶. Las razones que explican esta situación son variadas e incluyen la cada vez mayor disparidad en los medios de la violencia entre los ciudadanos y el Estado en la mayoría de los países, la difusión del conocimiento sobre métodos y estrategias de acción no-violenta, y el aumento del reconocimiento de la eficacia de la resistencia no-violenta⁷.

Desde el punto de vista historiográfico, tal y como hemos señalado, esta realidad ha sido bastante ignorada y continúa siendo cuestionada. Aunque el papel de la resistencia civil y la lucha no armada en los procesos históricos de cambio político y social desarrollados por los movimientos nacionales y anticoloniales comienza a ser reconocido, son escasos los trabajos que abordan esta cuestión en la región de Oriente Medio y el norte de África⁸. El caso de la cuestión palestina no es ajeno a tales dificultades, y el estudio de la lucha no armada del movimiento nacional palestino solo ha sido analizado en profundidad en el caso de la primera Intifada y el periodo más actual del conflicto⁹. En este sentido, surge la necesidad de recuperar parte de la historia de los procesos de resistencia no-violenta contra la colonización que existen en Palestina a lo largo de todo el siglo xx.

⁶ Véase Erica CHENOWETH y Maria J. STEPHAN: *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.

⁷ Kurt SCHOCK: *Unarmed Insurrections: People Power Movements in Nondemocracies*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 2005.

⁸ Algunas de esas muestras son los capítulos dedicados a Egipto, Irán y Argelia en el libro de Maciej J. BARTOWSKI (ed.): *Recovering Nonviolent History...*

⁹ Véanse Andrew RIGBY: *Living the Intifada*, Londres, Zed Books, 1991; Mary E. KING: *A Quiet Revolution: The First Palestinian Intifada and Nonviolent Resistance*, Nueva York, Nation Books, 2007; Marwan DARWEISH y Andrew RIGBY: *Popular Protest in Palestine. The Uncertain Future of Unarmed Resistance*, Londres, Pluto Press, 2015; Mazin B. QUMSIYEH: *Popular Resistance in Palestine: A History of Hope and Empowerment*, Nueva York, Pluto Press, 2011; Julie M. NORMAN: *The Second Palestinian Intifada. Civil Resistance*, Londres-Nueva York, Routledge, 2010, y Diego CHECA HIDALGO: «Resistiendo la ocupación de los Territorios Palestinos. Oportunidades y desafíos de la lucha no-violenta», *Miscelánea de estudios árabes y hebraicos. Sección Árabe-Islám*, 65 (2016), pp. 3-20.

La resistencia no-violenta palestina durante el Mandato Británico

Los procesos de resistencia contra la colonización del territorio de la antigua Palestina comenzaron antes de la conquista británica, con la llegada de la primera oleada de colonos sionistas a la región datada entre 1882 y 1903. Las primeras reacciones públicas palestinas consistieron en pequeñas protestas del campesinado afectado por la instalación de colonias sionistas. La primera de las cuales se documenta en 1884 en Afula, ante la venta de parte de las tierras que trabajaba la comunidad palestina por los terratenientes otomanos a los nuevos pobladores judíos de una colonia cercana, lo cual privaba a la comunidad local de sus medios tradicionales de subsistencia¹⁰. A ella siguieron las quejas de pequeños comerciantes y artesanos palestinos que no podían competir con los medios de los colonos y la petición formal realizada por los notables palestinos de Jerusalén a las autoridades otomanas en junio de 1891 para que se detuviesen la colonización sionista¹¹.

Así pues, aunque a finales de la primera década del siglo XX el movimiento sionista contaba solo con 50.000 personas en Palestina¹², su llegada estaba alterando las estructuras y las relaciones económicas tradicionales, granjeándose el antagonismo de la población local, expresado a través de quejas contra el consentimiento del Sultán Otomano a la venta de tierra a las organizaciones sionistas y protestas contra la población recién llegada. En paralelo a la expansión de la colonización sionista, las protestas de la población local se intensificaron, llegando a producirse llamadas al boicot contra los bienes y comercios de la comunidad judía de Palestina a partir de 1910, y encontrando un amplio eco en las publicaciones periódicas de la región antes de la Primera Guerra Mundial¹³.

¹⁰ Ellen L. FLEISCHMANN: *The Nation and its «New» Women: The Palestinian Women's Movement, 1920-1948*, Berkeley, University of California Press, 2003, p. 125.

¹¹ Gudrun KRÄMER: *Historia de Palestina: desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, Madrid, Siglo XXI, 2009, p. 117.

¹² Ilan PAPPE: *A History of Modern Palestine: One Land, Two Peoples*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, p. 56.

¹³ Antonio BASALLOTE MARÍN et al.: *Existir es resistir. Pasado y presente de Palestina-Israel*, Granada, Comares, 2017, pp. 7-8.

La actividad sionista, la inmigración judía y la ocupación británica a partir de diciembre de 1917 contribuyeron a consolidar el nacionalismo palestino¹⁴. A partir de entonces, el movimiento nacional palestino se enfrentó en su lucha por la autodeterminación a una potencia ocupante que, a través de la Declaración Balfour, había manifestado su apoyo a la creación de un hogar nacional judío en Palestina en respuesta a las peticiones del movimiento sionista. Las autoridades británicas desplegaron unas políticas favorables al movimiento sionista que hicieron que tal sentimiento antisionista tornase también en antibritánico. Tales circunstancias generaron el estallido de protestas que fueron aumentando en intensidad hasta desembocar en los disturbios de abril de 1920¹⁵. Esta situación, agravada por el respaldo que recibió de la comunidad internacional en la Conferencia de San Remo de 1920, impulsó la organización de seis congresos árabes palestinos entre 1919 y 1923 para oponerse al Mandato y la Declaración¹⁶.

El sentimiento antisionista y antibritánico continuó espoléando el movimiento nacional palestino, que mantuvo su proceso de organización y resistencia durante la década de 1920¹⁷. Dicha resistencia, liderada por las élites árabes, con el Gran Muftí de Jerusalén, Haj Amin al Husseini, a la cabeza, tuvo un carácter fundamentalmente no armado, aunque en ciertas ocasiones se produjeron disturbios, saqueos e incidentes violentos en algunas ciudades y

¹⁴ Rashid KHALIDI: *Palestinian Identity: The Construction of Modern National Consciousness*, Nueva York, Columbia University Press, 1997.

¹⁵ Abdul W. KAYYALI: *Palestina, una historia moderna. Colonización sionista, imperialismo británico y resistencia nativa hasta 1939*, Madrid, Bósforo Libros, 2014, pp. 89-93.

¹⁶ Una de las fuentes documentales más importantes para el estudio de este periodo y de la resistencia palestina en la época del Mandato Británico ha sido recopilada por Abdul W. KAYYALI (ed.): *Documents on the Palestinian Arab Resistance to the British Mandate and Zionism (1918-1939)*, Beirut, Institute for Palestine Studies, 1988.

¹⁷ Abdullah Rashid, que participó en la resistencia palestina contra la colonización británica, confirma este punto: «Nosotros estábamos luchando contra los recién llegados que los británicos trajeron aquí, no los viejos judíos. Odiábamos Inglaterra por traer a los sionistas». Extracto de la entrevista contenida en Arthur NELSEN: *In Your Eyes a Sandstorm. Ways of Being Palestinian*, Berkeley, University of California Press, 2011, p. 236.

pueblos como, por ejemplo, la revuelta de Jaffa de 1921¹⁸ o los disturbios en Jerusalén y sus alrededores de 1929¹⁹.

Sin embargo, la resistencia palestina a la colonización británica y sionista fue en su mayoría no-violenta, donde la población combinó tanto métodos simples de protesta como otros más complejos de no-cooperación para suspender la obediencia a las autoridades. En un principio la resistencia se basó en métodos de protesta y persuasión: declaraciones formales, peticiones, manifiestos, asambleas, delegaciones, procesiones y marchas, dirigidas a modificar la política británica en Palestina y su apoyo al movimiento sionista²⁰. Así, por ejemplo, el estudiantado palestino pidió a sus compañeros en Inglaterra que apoyasen la lucha contra las cláusulas sionistas del Mandato, y el campesinado presentó protestas contra las concesiones de tierras otorgadas a judíos y contra los despidos de dirigentes árabes y pro-árabes de cargos públicos.

Más adelante fueron incorporando a sus estrategias de lucha métodos de no-cooperación política, económica y social. Por una parte, las elites árabes llegaron a boicotear las elecciones organizadas por las autoridades británicas y renunciaron a colaborar con la administración colonial, aunque sí participaron en las elecciones locales. Por otra parte, el campesinado dejó de colaborar en la demarcación de tierras que llevaban a cabo los comisionados del gobierno²¹. Por tanto, esta no-cooperación escaló y en consecuencia se produjeron boicots económicos a los productos británicos y judíos, huelgas que cerraron los comercios en todo el territorio, llamadas de las mezquitas a la insumisión fiscal y acciones de desobediencia civil en general²². El hecho de que entonces la resistencia fuese principalmente no-violenta tuvo mucho que ver con la actitud del liderazgo palestino que favoreció tal estrategia y desestimó las opciones de otros sectores del movimiento nacional que abogaban por la rebelión y la lucha armada²³.

¹⁸ Mazin B. QUMSIYEH: *Popular Resistance in Palestine...*, p. 59.

¹⁹ Los disturbios no siempre fueron menores. Por ejemplo, en los incidentes de agosto de 1929 se cifró el número de víctimas en 196 según fuentes oficiales del Gobierno británico. Véase *The Palestine Bulletin*, 2 de septiembre de 1929, p. 3.

²⁰ Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, pp. 34-39.

²¹ Abdul W. KAYYALI: *Palestina, una historia moderna...*, p. 136.

²² Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, pp. 35-40.

²³ Abdul W. KAYYALI: *Palestina, una historia moderna...*, pp. 136-137.

Durante la siguiente década se amplió la intensidad de la resistencia civil contra las autoridades británicas y las políticas que favorecían los intereses sionistas, como muestra el aumento de la participación y la frecuencia de las manifestaciones y huelgas generales, algo que se pondrá en especial de manifiesto en varias ocasiones a lo largo de 1933²⁴.

Sin embargo, en ese momento se produjo el ascenso de nuevos líderes más jóvenes que competían con las élites tradicionales por el liderazgo del movimiento nacional, lo cual polarizó la resistencia entre moderados y radicales, entre la vieja oligarquía árabe y los jóvenes líderes e intelectuales nacionalistas que nutrieron los primeros partidos políticos palestinos²⁵. Mientras los primeros seguían abogando por una resistencia basada en métodos de protesta y persuasión, los segundos apostaron por métodos de confrontación abierta con las autoridades británicas basados en la no-cooperación y la desobediencia civil para elevar la intensidad del enfrentamiento.

Las diferencias entre las viejas elites palestinas y los nuevos líderes políticos nacionalistas se plasmaron el 26 de marzo de 1933 en el Gran Encuentro Nacional. En él se aceptó el principio de no-cooperación, pero se limitó su aplicación a tres áreas determinadas: boicots sociales a recepciones gubernamentales, boicots políticos a los órganos de gobierno y boicot al consumo de productos británicos y judíos²⁶. La objeción fiscal fue discutida, pero se rechazó²⁷. Este congreso también decidió rechazar la autoridad del gobierno, pero las divergencias internas impidieron que esta resolución se aplicara y, en consecuencia, no se realizó un llamamiento a la desobediencia civil. En este sentido, Haj Amin también se opuso a la renuncia de los árabes a los puestos de trabajo en la administración colonial y esta no se produjo²⁸.

A pesar de los esfuerzos de movimiento nacional palestino por impulsar un proceso de resistencia civil más sostenido, las divisiones internas y la enorme represión que sufrieron sus acciones por

²⁴ *Ibid.*, pp. 210-214.

²⁵ Véase Gudrun KRÄMER: *Historia de Palestina...*

²⁶ «Arabs Decide on Non-Cooperation, in Principle», *The Palestine Post*, 27 de marzo de 1933, pp. 1 y 5.

²⁷ Véase Abdul W. KAYYALI: *Palestina, una historia moderna...*, pp. 208-209.

²⁸ Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, p. 43.

parte de las autoridades británicas minaron sus esfuerzos y no lograron provocar cambios en las políticas coloniales. La intensificación de la emigración sionista a Palestina y la tensión creciente ante las consecuencias que acarrearía la colonización, en especial en forma de desposesión de tierras y aumento del desempleo de la población local, desembocó en el surgimiento de partidas guerrilleras y de autodefensa árabes y judías.

La primera llamada a la lucha armada en el discurso del movimiento nacional palestino aconteció en 1931, en el congreso reunido en Nablus durante el verano²⁹. Supuso un hecho muy significativo y respondía al deterioro de la situación mencionada con anterioridad y al fracaso de la organización de una resistencia no-violenta disciplinada que permitiese frenar la colonización y avanzar en el proceso de autodeterminación³⁰. Al principio, la violencia no se produjo de manera organizada y era producto de choques espontáneos. Sin embargo, a partir de 1929, fueron surgiendo pequeños grupos armados que recurrieron a ella como medio para organizar la resistencia antisionista y antibritánica³¹.

El hito más significativo de esta resistencia palestina fue la llamada Gran Insurrección Árabe, que tuvo lugar entre 1936 y 1939³², que ilustra con claridad la dicotomía del movimiento nacional y sus métodos de acción. Durante sus primeros seis meses, la revuelta se desarrolló de manera no-violenta y trató de reunir en la resistencia civil a una amplia masa social. Sin embargo, su segunda fase tuvo un carácter mucho más guerrillero, donde predominó la lucha armada. La insurrección surgió sobre un sustrato de descontento acumulado, resistencias cotidianas y movilizaciones cada vez más frecuentes en el campo³³, cuando los asesinatos de varias personas palestinas y judías desencadenaron unos enfren-

²⁹ «One of Three Answered Nablus Call», *The Palestine Bulletin*, 22 de septiembre de 1931, p. 4.

³⁰ *Ibid.*, p. 40.

³¹ Véase Abdul W. KAYALI: *Palestina, una historia moderna...*, pp. 191-193.

³² Ted SWEDENBURG: *Memories of Revolt: The 1936-1939 Rebellion and the Palestinian National Past*, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1995.

³³ Véase Charles ANDERSON: *Will the Real Palestinian Peasantry Please Sit Down? Towards a New History of British Rule in Palestine, 1917-1936*, Londres, London School of Economics, 2015, http://eprints.lse.ac.uk/64741/1/Anderson_Will%20the%20real%20PalestinianPeasantry%20author_2015.pdf.

tamientos en Jaffa y Tel Aviv entre las dos comunidades en abril de 1936. En este contexto, el día 20 se formó un Comité Nacional Árabe en Nablus, donde declaró la huelga general en todo el país hasta que las políticas de las autoridades británicas cambiasen. Al día siguiente, la iniciativa se reprodujo en Haifa, Jaffa y Gaza, donde se formaron comités nacionales que se sumaron a la convocatoria declarada por el primero³⁴. A continuación, se fueron incorporando de manera progresiva los partidos palestinos y el Comité Nacional de Jerusalén, el cual asumió la coordinación de la huelga general el día 24 de abril de 1936³⁵.

La huelga tuvo por objeto modificar la política británica para detener la inmigración judía, la venta de tierras a estos, y lograr la autodeterminación de la población palestina. Los comités que organizaron las acciones de la campaña de resistencia contaban con gran autonomía y mantuvieron el esfuerzo de manera disciplinada hasta octubre, a pesar de la represión y los castigos colectivos impuestos por los británicos, sobre todo en forma de multas, arrestos masivos y demolición de casas de los líderes de los comités de huelga. Además, contribuyeron a la mayor implicación de una amplia masa social, integrando a nivel local tanto a población cristiana como musulmana, a personas del mundo rural y del urbano, y a actores institucionales como dirigentes políticos, sindicatos, asociaciones juveniles y movimientos de mujeres³⁶. La participación de esta diversificada masa social fue fundamental para el desarrollo de esta campaña³⁷. La huelga paralizó el país casi por completo y extendió la insumisión fiscal por toda la sociedad, hasta que la fatiga fue extendiéndose y al final se puso fin a la huelga tras seis meses de reivindicación³⁸. La incapacidad del movimiento nacional para que los

³⁴ Véase Abdul W. KAYYALI: *Palestina, una historia moderna...*, pp. 234-235.

³⁵ «Arab Strike to Continue», *The Palestine Post*, 26 de abril de 1936, p. 1.

³⁶ La prensa de la época documentó 360 incidentes políticos protagonizados por mujeres palestinas entre 1936 y 1939. Puede verse en Ellen L. FLEISCHMANN: *The Nation and its «New» Women...*, p. 135.

³⁷ Entrevista a Jalil Sharqawi Fawadli, joven estudiante en 1946, quien recuerda acudir a las manifestaciones contra británicos y sionistas: «Los manifestantes eran de todas las edades, mujeres y hombres, niños y mayores, todo el mundo». Extracto de la entrevista contenida en Arthur NELSEN: *In Your Eyes a Sandstorm...*, p. 231.

³⁸ Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, pp. 49-54.

funcionarios palestinos dejaron de participar en la administración colonial contribuyó a no prolongar esta campaña³⁹.

Así, ante la negativa británica a hacer concesiones y la represión del movimiento de resistencia civil, la lucha armada ganó partidarios y protagonizó la segunda fase de la revuelta, enfrentando a las guerrillas árabes con las fuerzas británicas, los grupos paramilitares sionistas e, incluso, con los árabes moderados. Al final, las operaciones militares y el cambio de política, con el abandono británico de la idea de la partición y en favor de un estado binacional, acabaron con la rebelión en 1939⁴⁰. Los tres años de lucha y represión por las autoridades británicas desgastaron el movimiento nacional palestino reduciendo su capacidad de acción durante la década de 1940.

Cuando en 1947 Gran Bretaña decidió poner fin al Mandato y trasladar la responsabilidad sobre Palestina a la Organización de Naciones Unidas (ONU), la opción principal barajada fue dividir el territorio para la creación de dos Estados que respondiesen a las demandas de los proyectos árabe-palestino y sionista respectivamente. La acogida de este plan por ambas comunidades fue diametralmente distinta, lo que encaminó a Palestina hacia la guerra civil. Antes de la proclamación del Estado de Israel, el 15 de mayo de 1948, y de la entrada en escena de los ejércitos de la Liga Árabe, los grupos armados palestinos y sionistas ya se encontraban en guerra y el plan de limpieza étnica, puesto en marcha por las fuerzas sionistas⁴¹, avanzaba de manera sistemática hasta lograr el desplazamiento forzoso de alrededor de 800.000 personas⁴² y la destrucción de entre 418 y 615 localidades palestinas⁴³.

³⁹ Véase Abdul W. KAYYALI: *Palestina, una historia moderna...*, pp. 239-240.

⁴⁰ Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, pp. 54-56.

⁴¹ Ha quedado ampliamente documentado cómo estas prácticas de limpieza étnica a lo largo de 1948 y 1949 eran puestas en práctica bajo el conocimiento y supervisión de las autoridades israelíes, como queda manifestado en la carta de Walter Eytan, director ejecutivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, a su superior, el ministro Moshe Sharett, el 4 de diciembre de 1949. Véase Archivo del Estado de Israel, documento FO 2402/29. Consultado en el archivo online de Akevot <https://www.akevot.org.il/wp-content/uploads/2018/12/EytanLetter1949e.pdf>.

⁴² Entrevista a Jalil Sharqawi Fawadli, adolescente en 1948 durante la Nakba, quien describe el proceso que siguieron miles de palestinos en su huida de Jaffa: «Los judíos solían invadir las zonas palestinas y matar a la gente en sus casas [...] Recuerdo cómo nos fuimos en el coche. Solo una salida, Nater, se mantuvo abierta,

En este contexto también existieron comunidades que pusieron en marcha iniciativas de resistencia no-violenta, como pueblos y aldeas palestinos que alcanzaron acuerdos con las colonias sionistas cercanas para no agredirse y protegerse mutuamente, o poblaciones que lograron no ser destruidas gracias a estrategias de resistencia civil como el caso de Battir, y, aunque su impacto fue muy limitado, probaron ser eficaces en casos puntuales⁴⁴. Por su parte, la lucha armada tampoco permitió alcanzar los objetivos del movimiento nacional palestino en este momento, dado que las fuerzas árabes fueron derrotadas a excepción de la Legión Árabe jordana. En este contexto, Israel se anexionó territorios originalmente destinados al Estado Palestino por Naciones Unidas y la población local, que no fue expulsada hacia el exterior, quedó bajo la dominación de Israel, Jordania y Egipto.

En resumen, podemos afirmar que las acciones y estrategias de lucha no armada fueron un recurso fundamental utilizado por la sociedad palestina para contestar las políticas coloniales a lo largo de todo este periodo. La movilización de la población fue creciente desde los inicios del Mandato hasta 1936, cuando se produjo la Gran Insurrección Árabe que extendió la desobediencia a las autoridades británicas por todo el territorio, compartiendo un fuerte rechazo de las políticas de colonización. Sin embargo, la cohesión del movimiento nacional se vio perjudicada por las fuertes diferencias entre los actores participantes, en especial entre el mundo urbano y el mundo rural, y por las divisiones en su liderazgo, entre los viejos notables y las nuevas élites, lo que no contribuyó a la eficacia de las campañas de resistencia civil. A ello tampoco favoreció la existencia de organizaciones y líderes que abogaron por la lucha armada, obstaculizando las estrategias no-violentas.

y todos los palestinos fueron registrados por los judíos. Prohibieron que los palestinos se llevaran con ellos su dinero o sus muebles». Extracto de la entrevista contenida en Arthur NELSEN: *In Your Eyes a Sandstorm...*, p. 231. Para conocer cómo fue ese proceso de limpieza étnica véase Ilan PAPPE: «The 1948 Ethnic Cleansing of Palestine», *Journal of Palestine Studies*, 36, 1 (2006), pp. 6-20.

⁴³ Véase Antonio BASALLOTE MARÍN *et al.*: *Existir es resistir...*, p. 38.

⁴⁴ Jawad BOTMEH: *Civil Resistance in Palestine: The Village of Battir in 1948*, tesis doctoral, Coventry University, 2006.

La evolución de las resistencias palestinas desde la Nakba hasta la Intifada

Las transformaciones que sufrió la sociedad palestina tras la Nakba condicionaron sus formas de organización y lucha durante las décadas posteriores, pero las comunidades continuaron resistiendo los procesos coloniales. En la mayoría de ellas, la población luchó por sobrevivir a las consecuencias de la guerra y en contra de los procesos de subordinación a los que se veía sometida, apareciendo un tipo de resistencia no-violenta basada en la perseverancia o *sumud*, construida sobre la solidaridad comunitaria y la voluntad de mantener su identidad y prácticas culturales tales como la lengua y el folclore, rehusando su condición de refugiada mediante la continuación de sus actividades diarias y prácticas de subsistencia, con la determinación de permanecer en el territorio y resistir la expulsión a pesar de la dominación árabe e israelí⁴⁵.

El Estado de Israel implementó una serie de medidas para prevenir el retorno de la población nativa a sus hogares, apropiarse de las propiedades de los refugiados, criminalizar a la población que trataba de regresar a sus tierras y negar su derecho al retorno⁴⁶. La población palestina que permaneció en el interior de Israel, entre 80.000 y 160.000 personas, era percibida como un grupo hostil y fue sometida a amplias restricciones en virtud de las Regulaciones de Emergencia heredadas del Mandato Británico, que impusieron la administración militar sobre la población palestina desde 1948 hasta 1966.

A pesar de estas políticas, dicha población permaneció en el territorio y preservó su identidad colectiva. Literatura, música y folclore se convirtieron en vías para manifestar su identidad nacional, ya fuese en bodas, festivales de poesía o celebraciones religiosas. Estos actos se convirtieron en medios de expresión política y de de-

⁴⁵ Alexandra RIJKE y Toine VAN TEEFFELLEN: «To Exist Is To Resist: Sumud, Heroism, and the Everyday», *Jerusalem Quarterly*, 59 (2014), pp. 86-99.

⁴⁶ Benny MORRIS: *Israel's Border Wars, 1949-1956: Arab Infiltration, Israeli Retaliation, and the Countdown of the Suez War*, Oxford, Clarendon Press, 1997, pp. 135-137.

safío a la autoridad militar, manifestado también a través de la negativa a reconocer los símbolos y las autoridades del Estado, lo cual puede calificarse como resistencia simbólica⁴⁷. Esta resistencia no-violenta llegó incluso a manifestarse en forma de protestas abiertas contra algunas de las políticas israelíes desde etapas muy tempranas. Destacan la manifestación de junio de 1951 en Acre contra la expropiación de tierras⁴⁸ y la primera protesta abiertamente política contra la autoridad militar que tuvo lugar en Nazaret el 1 de mayo de 1958 y en la cual la población palestina reivindicó sus derechos civiles y expresó su identidad nacional⁴⁹.

En los pueblos, muchos campesinos desafiaron las restricciones al movimiento impuestas para acceder a sus tierras y cultivarlas, no solo para subsistir, sino también para afirmar su propiedad sobre ellas y prevenir el riesgo de confiscación⁵⁰. En algunos casos, por medio de dichas acciones, llegaron a convencer al ejército para permitir el regreso de los residentes a sus casas y reconstruirlas. Todo ello muestra una población que no era un mero sujeto colectivo pasivo, sino que permaneció activo a pesar de las limitaciones a las que se enfrentaba, y manifestó patrones de resistencia no-violenta cotidiana que revelaban múltiples formas de no consentir la dominación⁵¹.

Al mismo tiempo, a mediados de la década de 1950, comenzaron a surgir en los campos de refugiados algunos movimientos de resistencia de distintas ideologías que abogaban por la lucha ar-

⁴⁷ Información obtenida a partir de entrevistas a varios activistas palestinos ciudadanos de Israel en Haifa y Umm al-Fahm en junio de 2014.

⁴⁸ Isaías BARREÑADA BAJO: *Identidad nacional y ciudadanía en el conflicto israelo-palestino: los palestinos con ciudadanía israelí, parte del conflicto y excluidos del proceso de paz*, tesis doctoral, Universidad Complutense, 2006, p. 325.

⁴⁹ Marwan DARWEISH y Andrew RIGBY: *Popular Protest in Palestine...*, p. 45.

⁵⁰ Marwan DARWEISH y Patricia SELICK: «Everyday Resistance among Palestinians Living in Israel, 1948-1966», *Journal of Political Power*, 10, 3 (2017), pp. 359-365.

⁵¹ El concepto de resistencia cotidiana hace referencia al modo en el que grupos subalternos responden a la dominación, en especial a formas de resistencia cultural y no-cooperación empleadas de forma prolongada en el curso de una persistente servidumbre, tal y como recoge James C. SCOTT: *Weapons of the Weak*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1985. Su correspondencia con el concepto de *sumud* palestino ha sido analizada en Anna JOHANSSON y Stellan VINTHAGEN: «Dimensions of Everyday Resistance: The Palestinian Sumud», *Journal of Political Power*, 8, 1 (2015), pp. 109-139.

mada para liberar Palestina y sus unidades guerrilleras se convirtieron en la parte más visible de la resistencia palestina⁵². Sin embargo, la mayoría de la población no tomó las armas ni se involucró políticamente de manera activa, asumiendo como prioridad su supervivencia económica.

La década de 1960 reorientó las energías de las facciones palestinas hacia la lucha armada bajo el paraguas de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) fundada en 1964⁵³. Sin embargo, tras la ocupación de Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza en 1967 por Israel, la resistencia guerrillera tuvo un papel poco significativo en los territorios ocupados. Allí la lucha se centró en el ámbito del activismo político y social, desde el cual la sociedad palestina discutió de forma pacífica las políticas israelíes de colonización que les habían privado de sus derechos civiles básicos y administraba de manera militar el territorio y la población. La resistencia no armada tuvo como protagonista inicial al sector educativo, cuyas asociaciones de profesores llevaron a cabo huelgas para oponerse a los cambios impuestos en el currículo educativo y a las demoliciones de casas llevadas a cabo por las autoridades militares⁵⁴. En tales protestas también participaron las elites políticas tradicionales palestinas, por lo cual se convirtieron en objeto de la represión israelí, siendo expulsados de Jerusalén Este cuatro notables por hacer un llamamiento a la población para adoptar la táctica gandhiana de la desobediencia civil⁵⁵. Las mujeres, que se sumaron a las protestas desde el principio, ya se manifestaban en Gaza en agosto de 1967 para protestar contra las atrocidades israelíes cometidas sobre la población palestina⁵⁶.

El proceso de organización civil y política iniciado en los territorios ocupados fue liderado en sus primeros momentos por el partido comunista, que animaba a la amplia participación social en los procesos de resistencia y a la utilización de métodos de resisten-

⁵² Yezid SAYIGH: *Armed Struggle and the Search for State. The Palestinian National Movement, 1949-1993*, Oxford, Oxford University Press, 1997, pp. 81-85.

⁵³ *Ibid.*, pp. 243-281.

⁵⁴ Entrevista a Saed Abu-Hijleh, activista y profesor de An Najah National University, Nablus, febrero de 2014.

⁵⁵ Mazin B. QUMSIYEH: *Popular Resistance in Palestine...*, pp. 118-119.

⁵⁶ Mar GIJÓN MENDIGUTIA: *Historia del movimiento de mujeres en Palestina*, Tafalla, Txalaparta, 2015, p. 110.

cia no-violenta. Poco después, una coalición de grupos, que incluía la OLP y sus facciones, establecieron el 15 de agosto de 1973 el Frente Nacional de Palestina (FNP) para resistir la ocupación militar y presionar para lograr la autodeterminación y el retorno de los refugiados a sus hogares, tanto en Cisjordania como en Gaza, siendo la primera vez que los territorios ocupados mantenían una unidad política desde 1948⁵⁷.

El FNP luchó de manera no-violenta contra las expropiaciones de tierra por la potencia ocupante e hizo campaña contra su venta a israelíes, empleando tácticas que abarcaban desde la asesoría legal a la organización de mítines y peticiones públicas. También ejerció oposición a las elecciones municipales en Jerusalén, que pretendían legitimar la anexión israelí del Este de la ciudad, y animó a los empresarios a que practicasen la desobediencia fiscal negándose a pagar impuestos a las autoridades israelíes⁵⁸. A pesar de la represión ejercida por las fuerzas ocupantes, el FNP triunfó en las elecciones municipales de Cisjordania en 1976, lo que provocó su ilegalización en octubre de 1978. El éxito del FNP mostró el fuerte sentimiento nacionalista que se había ido gestando bajo la ocupación, así como el rechazo de la población palestina hacia las políticas jordanas y de la administración militar israelí.

Ante la ilegalización de sus actividades, las facciones políticas palestinas desarrollaron la mayoría de sus acciones de manera encubierta, para lo cual organizaron instituciones a nivel comunitario⁵⁹. Primero el movimiento comunista y luego el resto de los grupos integrados en la OLP pusieron en marcha asociaciones⁶⁰, que convivían con las sociedades caritativas y benéficas tradicionales, situadas en la órbita de los Hermanos Musulmanes. De esta manera, la sociedad palestina se organizó en asociaciones deportivas, culturales, de mujeres, jóvenes y federaciones profesionales de carácter so-

⁵⁷ Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, pp. 71-74.

⁵⁸ Naseer H. ARURI: «Resistance and Repression: Political Prisoners in Israeli Occupied Territories», *Journal of Palestine Studies*, 7, 4 (1978), pp. pp. 48-66, esp. p. 50.

⁵⁹ Entrevista a Mazim Qumsiyeh, activista y profesor de la Universidad de Belén, Beit Sahour, junio de 2014.

⁶⁰ Entrevista a un líder del Frente Popular para la Liberación de Palestina, Ramala, mayo de 2015.

cial y cultural, no abiertamente políticas en apariencia⁶¹. Las organizaciones de base y los comités de mujeres estuvieron a la cabeza del esfuerzo constructivo de resistencia civil expuesto, que creó instituciones capaces de proporcionar servicios y satisfacer las necesidades sociales palestinas⁶². Así, en 1976, a pesar de las dificultades impuestas por la ocupación, existían treinta y ocho organizaciones de mujeres implicadas en acciones de distribución de ayuda, salud, cuidado de niños y ancianos, y generación de empleos e ingresos⁶³. Su trabajo ayudó a preservar la identidad palestina y el sentido de comunidad, desafiando de manera no-violenta la ocupación del territorio mediante el fortaleciendo del sentimiento nacionalista.

Junto a las mujeres, la comunidad universitaria palestina también tuvo un papel protagonista en las redes de movilización política y de resistencia civil. La creación y desarrollo de universidades palestinas a partir de la década de 1970 tuvo gran importancia para la sociedad, ya que se convirtieron en el centro de numerosas acciones de protesta y de resistencia no-violenta llevadas a cabo por sus estudiantes⁶⁴. También sirvieron para organizar comités de trabajo comunitario de carácter voluntario en campos de refugiados y zonas rurales⁶⁵, fortaleciendo los lazos de solidaridad de la población palestina. Además, a través de la participación en los sindicatos universitarios, el estudiantado experimentó por primera vez los procesos democráticos⁶⁶.

⁶¹ Entrevista a Tayseer Nasrallah (2016), presidente del Centro Cultural Yala, quien recuerda cómo Fatah se incorporó más tarde a este proceso debido al papel central que tenía la lucha armada en su narrativa nacionalista. Puede verse en https://www.youtube.com/watch?v=Z0Sl64TDVBg&list=PLJk45-KnC0dxm5fW79TO5uWsDgJ_e4VOy&index=13. Véase también archivo electrónico *The Palestinian Revolution*, <http://learnpalestine.politics.ox.ac.uk>.

⁶² Mar GIJÓN MENDIGUTIA: *Historia del movimiento...*, p. 115.

⁶³ Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, pp. 94-99.

⁶⁴ Este proceso aparece explicado con detalle en las memorias y testimonios de Gabriel Baramki, rector de la Universidad de Birzeit durante diecinueve años. Véase Gabriel BARAMKI: *Peaceful Resistance. Building a Palestinian University under Occupation*, Nueva York, Pluto Press, 2010. El propio Baramki definía a esta universidad como «la vanguardia del movimiento nacional». Extracto de la entrevista contenida en Arthur NELSEN: *In Your Eyes a Sandstorm...*, p. 201.

⁶⁵ Mazin B. QUMSIYEH: *Popular Resistance in Palestine...*, pp. 120-125.

⁶⁶ Gabriel BARAMKI: *Peaceful Resistance. Building a Palestinian University...*, p. 41.

El movimiento de presos políticos palestinos detenidos en cárceles israelíes también desempeñó un papel importante en los procesos de resistencia no-violenta contra la ocupación durante este periodo⁶⁷, pues fueron capaces de organizar acciones colectivas como, por ejemplo, huelgas de hambre masivas, para exigir la mejora de sus condiciones de vida⁶⁸. Al inicio de la década de 1980, las familias de los prisioneros comenzaron a crear asociaciones a lo largo de Cisjordania y Gaza para construir un movimiento de solidaridad hacia ellos mediante el apoyo externo a las acciones que se producían en el seno de las prisiones.

Todos estos procesos de movilización de la población palestina indican que, a pesar de la ocupación militar, la sociedad civil invirtió sus energías en un trabajo constructivo que extendió la acción colectiva y favoreció el empoderamiento de sus organizaciones, creando instituciones alternativas que desafiaban a la administración militar, desarrollando procedimientos democráticos y aprendiendo a utilizar métodos de acción no-violentos que, tras dos décadas de intensa actividad, desembocaron en el surgimiento de la Intifada. Sin embargo, pese al predominio de la lucha no armada en la sociedad de los territorios ocupados, la retórica del movimiento nacional seguía subordinando la lucha no-violenta a las estrategias armadas como único medio para la liberación de Palestina. Esta subordinación de la resistencia civil a la lucha armada no impidió que durante las décadas de 1970 y 1980 la OLP discutiese constantemente la puesta en marcha de una campaña de desobediencia civil masiva para desafiar la autoridad de la administración militar encargada de dirigir la colonización en los territorios ocupados. A pesar de lo expuesto, esta no fue desarrollada hasta la primera Intifada.

⁶⁷ Maya ROSENFELD: «The Centrality of the Prisoners' Movement to the Palestinian Struggle against the Israeli Occupation: A Historical Perspective», en Abeer BAKER y Anat MATAR (eds.): *Threat. Palestinians Political Prisoners in Israel*, Londres, Pluto Press, 2011.

⁶⁸ Entrevista a Sharif Youssef Mansour (2016), que describe el proceso de organización de los prisioneros palestinos en las cárceles israelíes y destaca cómo esto facilitó que muchos de ellos se «convirtieran posteriormente en líderes de la Primera y Segunda Intifadas». Puede verse en <https://www.youtube.com/watch?v=01p3GGJDu2w&list=PLJk45-KnC0dxm5fW79TO5uWsdgLe4VQy&index=9>. Véase también archivo electrónico The Palestinian Revolution, <http://learnpalestine.politics.ox.ac.uk>.

Por otra parte, la comunidad palestina en el territorio del Estado de Israel seguía siendo discriminada en la mayoría de los ámbitos de la vida mediante la imposición de un estatus «semiciudadano», a pesar del fin de la administración militar en 1966. Sin embargo, a partir de entonces dicha población se incorporó de manera activa a la escena política de la mano de una serie de cambios provocados por la «reunificación» palestina tras la ocupación israelí de Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza, por el desarrollo de sentimientos de independencia y autoconfianza fruto de los procesos de modernización de la propia sociedad palestina, y por la natural evolución generacional de la comunidad, cambios que favorecieron el surgimiento de un nuevo liderazgo⁶⁹. Así, en la década de 1970 se crearon nuevos movimientos y organizaciones que buscaban articular y representar los intereses de la minoría palestina en Israel⁷⁰.

En 1975 surgió el Comité Nacional para la Defensa de las Tierras Árabes, coalición de organizaciones de base y grupos políticos opuestos a las confiscaciones de tierra, que convocó la primera huelga nacional para los palestinos en Israel, bajo el lema del «Día de la Tierra», el 30 de marzo de 1976⁷¹. Esta encontró en las autoridades israelíes una reacción violenta que provocó la muerte de seis manifestantes. Este evento tuvo un carácter no-violento por parte de los organizadores, consagrándose en la memoria como el primer acto de resistencia masiva de la población palestina en Israel contra la continua expropiación de sus tierras⁷². Además, reforzó el reconocimiento de la minoría residente en Israel como parte de la nación palestina, celebrando en 1977 el primer encuentro entre representan-

⁶⁹ Isaías BARREÑADA BAJO: *Identidad nacional...*, pp. 375-379.

⁷⁰ Marwan DARWISH y Andrew RIGBY: *Popular Protest in Palestine...*, p. 48.

⁷¹ El padre Shehadeh fue uno de los líderes de aquella protesta y destaca la importante campaña de base que tuvieron que realizar para movilizar a la población: «Solía ir a reuniones públicas tres o cuatro veces a la semana para decirle a la gente que intentábamos organizar una huelga si el gobierno no nos escuchaba». Véase en Sharif HAMADEH: «Entrevista con Shehadeh Shehadeh sobre la protesta del primer Día de la Tierra», *Adalah's Newsletter*, 2015. Disponible en <http://learnpalestine.politics.ox.ac.uk/uploads/sources/58964333c81d3.pdf>, Archivo electrónico The Palestinian Revolution.

⁷² Entrevista a un activista palestino ciudadano de Israel, Umm al-Fahm, junio de 2014.

tes de la OLP y la población palestina en Israel. Desde entonces, las comunidades de ambos lados de la Línea Verde han conmemorado este día con manifestaciones y huelgas para protestar contra la continuación de los procesos coloniales israelíes, que tomaban la forma de confiscaciones de tierras palestinas y construcción de nuevos asentamientos tanto en Israel como en los territorios ocupados⁷³.

Finalmente, en 1987, los esfuerzos de movilización que se habían producido los territorios ocupados cristalizaron en un levantamiento generalizado que implicó a todas las capas de la sociedad palestina en un acto de resistencia civil contra la colonización israelí mantenido hasta 1991. La Intifada comenzó en diciembre en Gaza a partir de una protesta que se extendió desde los campos de refugiados a las ciudades y desde la Franja de Gaza a Cisjordania, lideradas por comités locales. Un mes más tarde se formó el Mando Nacional Unificado con representantes designados por las principales facciones nacionalistas seculares en los territorios ocupados para coordinar las acciones. Así, a principios de enero de 1988, un grupo de intelectuales palestinos, actuando en nombre del movimiento nacional, presentaron en Jerusalén un documento con catorce peticiones que debían cumplir las autoridades israelíes para poner fin a la Intifada, y pedían la celebración de una conferencia internacional de paz para lograr un acuerdo que permitiese alcanzar el respeto de los derechos de la población palestina y la mejora de la seguridad y la estabilidad en la región⁷⁴. La represión del levantamiento por las fuerzas de seguridad israelíes, con la reiterada utilización de los toques de queda y con el cierre de las instituciones de enseñanza⁷⁵, contribuyó a la extensión de la soli-

⁷³ Los activistas palestinos entrevistados constatan la importancia adquirida por las conmemoraciones de este día en Israel, Cisjordania y las comunidades palestinas de la diáspora como una muestra más de la resistencia contra la colonización y ejemplo de la unidad del movimiento nacional palestino. Entrevistas realizadas en Haifa y Umm al-Fahm (Israel) en junio de 2014, en Coventry (Reino Unido) en marzo de 2015 y en Granada (España) en junio de 2015.

⁷⁴ «The Palestinians' Fourteen Demands», *Palestinian Nationalist Institutions and Personalities from the West Bank and Gaza*, Jerusalén, 14 de enero de 1988. Base de datos de documentos especiales del Institute for Palestine Studies.

⁷⁵ El cierre de las instituciones de enseñanza afectó a más de 300.000 estudiantes, lo que significó la negación de su derecho de acceso a educación formal durante diecisiete meses. Véase Mary E. KING: *A Quiet Revolution...*, pp. 221-222.

daridad en la sociedad palestina e impulsó los esfuerzos de organización y resistencia a partir de comités populares locales. Estos comités populares fueron fundamentales para desconectarse del sistema israelí, económica y administrativamente, convirtiéndose en el motor de la Intifada⁷⁶, encargándose de coordinar las actividades, administrar la provisión de servicios básicos y de controlar la violencia, lo que nos permite comparar su esfuerzo con el programa constructivo planteado por Gandhi, centrado en el aumento del poder desde dentro y en la transformación de las relaciones con el opresor. Este trabajo redujo la obediencia hacia la potencia ocupante y favoreció la masiva movilización de la población bajo la dirección de una nueva autoridad⁷⁷.

Durante la Intifada se empleó una amplia gama de métodos de lucha mayoritariamente no-violentos. Por citar algunos ejemplos, podemos mencionar la utilización de acciones de resistencia simbólica con la vestimenta de trajes tradicionales, la puesta en marcha de campañas de no-cooperación económica con el desarrollo de huelgas, la realización de actos de no-cooperación política mediante el abandono de la población palestina de sus puestos en la administración israelí, o la ocupación del espacio público para enfrentarse directamente a las fuerzas ocupantes. Estas acciones fueron completadas con la creación de redes de apoyo para ayudar a los manifestantes y huelguistas, la creación de nuevos espacios productivos como el que supuso la extensión de los cultivos a los jardines y el establecimiento de un sistema educativo clandestino al margen del control israelí⁷⁸.

La Intifada tuvo dos fases. La primera se desarrolló desde diciembre de 1987 hasta principios de 1990 y se caracterizó por una escalada horizontal de la lucha basada en un movimiento de masas en

⁷⁶ La implicación de los partidos políticos bajo un liderazgo común y unificado hizo que los comités «tuviesen una gran legitimidad y se convirtiesen en fuente de autoridad», facilitando la movilización de la mayoría de la población, según recuerdan miembros de los nuevos comités populares de resistencia en Cisjordania. Entrevista a miembros del Comité de Coordinación de la Resistencia Popular, Belén y Ramala, junio de 2014.

⁷⁷ Andrew RIGBY: *Living the Intifada...*

⁷⁸ Mary E. KING: *A Quiet Revolution...* Resulta muy ilustrativa la película de Amer SHOMALI y Paul COWAN: *The Wanted* 18, 75 min., 2014, <https://www.justvision.org/wanted18>.

resistencia civil contra la ocupación que abarcaba la práctica totalidad de los sectores de la sociedad palestina⁷⁹. Sin embargo, a partir de 1990 se entró en una segunda fase de deterioro que duraría hasta el final de la Intifada a finales de 1991. Esta segunda fase se caracterizó por el progresivo debilitamiento de la lucha por varias razones. Una de ellas fue el relativo fracaso de la estrategia de no-cooperación, puesto que Israel no necesitaba la cooperación palestina para mantener la ocupación. Otra fue la escalada de los costes de la resistencia para la población, ya que su dependencia económica del sistema israelí era muy importante. Mientras, la resistencia se fragmentó y el control político se debilitó debido a las rivalidades entre las facciones y a la represión israelí sobre el liderazgo de la Intifada⁸⁰. Por último, el impacto de las consecuencias de la Guerra del Golfo, donde las simpatías mostradas por el liderazgo palestino con el régimen de Saddam Hussein motivaron el distanciamiento de los países del Golfo y la reducción de su apoyo financiero a la causa palestina⁸¹.

Los habitantes palestinos de Israel manifestaron su solidaridad y su identificación con la población palestina que luchaba en los territorios ocupados, prestándoles apoyo moral, político y económico, lo que permitió que por primera vez se coordinase la acción política en los dos lados de la Línea Verde. La primera reacción política de la población palestina en Israel fue realizar una huelga general el 21 de diciembre de 1987 bajo el lema de «Día de la Paz», que fue seguida por la totalidad de la comunidad, marcando su activa identificación con la Intifada⁸². A partir de ahí se organizaron otras huelgas generales y manifestaciones, y se crearon comités de ayuda que proporcionaron comida, dinero y medicinas a la población de los territorios ocupados⁸³.

A las acciones iniciales palestinas se sumaron después algunos sectores de la izquierda israelí que querían poner fin a la ocupación y a la brutalidad de la represión del levantamiento por parte

⁷⁹ Andrew RIGBY: *Living the Intifada...*, pp. 51-55.

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 55-58.

⁸¹ Ahron BREGMAN: *La ocupación. Israel y los territorios palestinos ocupados*, Barcelona, Crítica, 2014, pp. 237-240.

⁸² Marwan DARWEISH: «Palestinians in Israel: The Impact of the Intifada», en Andrew RIGBY: *Living the Intifada*, Londres, Zed Books, 1991, pp. 204-205.

⁸³ Isaías BARREÑADA BAJO: *Identidad nacional...*, pp. 409-415, y Marwan DARWEISH: «Palestinians in Israel...», pp. 205-218.

de las fuerzas de seguridad, lo que llevó al movimiento pacifista en Israel a alcanzar uno de sus mayores picos de actividad y presencia pública, con manifestaciones como las de Peace Now que llegaron a reunir a más 200.000 personas⁸⁴. Así, durante este periodo se reforzó la coordinación entre las organizaciones palestinas y los grupos judíos no sionistas⁸⁵.

A pesar de que la Intifada no terminó con la ocupación, podemos considerar este proceso como la primera gran victoria del movimiento nacional palestino. En primer lugar, el levantamiento fortaleció la identidad nacional y grupal de la población palestina dándole un sentido de pertenencia y empoderamiento. Además, el desarrollo de instituciones locales a partir de los comités populares puso los cimientos para la construcción de un Estado propio, y generó un liderazgo que trasladó el peso de la lucha por la independencia desde el exterior al interior de los territorios ocupados, estableciendo lazos de solidaridad con los habitantes palestinos de Israel y, en menor medida, también con los israelíes opuestos a la ocupación.

En segundo lugar, la Intifada generó una corriente de opinión internacional favorable a la OLP, apoyada sobre la fuerza moral de su causa y el visible sufrimiento ocasionado por la ocupación y la brutal represión israelí de la población palestina y su resistencia civil. Esta corriente fortaleció la posición de la organización, materializándose en la decisión de proclamar el Estado de Palestina el 15 de noviembre de 1988, sobre los territorios ocupados en 1967, de modo que la OLP aceptaba el marco de las resoluciones de la ONU para la resolución del conflicto palestino-israelí, reconocía por primera vez el derecho de existencia del Estado de Israel y renunciaba expresamente al empleo del terrorismo. Este acto recibió muchos apoyos y envió un claro mensaje a Israel y a la comunidad internacional para encontrar una salida negociada a la cuestión Palestina.

Sin embargo, y a pesar de que los prometedores resultados de la Intifada generaron la esperanza de un futuro mejor para la sociedad palestina y permitieron vislumbrar en la lejanía el final de

⁸⁴ Mordechai BAR-ON: *In Pursuit of Peace. A History of the Israeli Peace Movement*, Washington, United States Institute of Peace, 1996, p. 231.

⁸⁵ Isaías BARREÑADA BAJO: *Identidad nacional...*, p. 420.

la ocupación, los procesos que ayudó a generar la Intifada no culminaron en la formación de un Estado palestino, sino en la firma de los acuerdos de paz de Oslo en 1993 y 1995 para la creación de una región semiautónoma en parte de los territorios ocupados y gobernada por la Autoridad Nacional Palestina, que no acabaron con la colonización⁸⁶.

En definitiva, a lo largo del periodo posterior a la Nakba, la lucha no armada tuvo un importante protagonismo para la población palestina, tanto en los territorios ocupados como en Israel o en los campamentos de refugiados en los países vecinos, visibilizando una resistencia contra la colonización que fue más allá de las partidas guerrilleras y la actividad de la OLP. Tanto de manera individual como colectiva, las comunidades palestinas utilizaron métodos no-violentos para sobrevivir, conservar su identidad, evitar el desplazamiento, organizarse políticamente y desafiar al Estado de Israel. A pesar de no lograr la autodeterminación, las estrategias de resistencia no-violenta desarrolladas por la sociedad palestina, de especial durante la Intifada en Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza, consiguieron empoderar al movimiento nacional y afirmar su identidad y su derecho a la autodeterminación. Esto fue el resultado de una amplia movilización colectiva que se desarrolló desde la década de 1970 y cristalizó en una campaña masiva de resistencia civil, protagonizada por una sociedad fuertemente cohesionada en ese momento en torno a la injusticia de la ocupación, con un liderazgo unificado comprometido con el mantenimiento de la disciplina no-violenta, y capaz de comunicar hacia el exterior la asimetría de la lucha y la brutalidad de la colonización frente a la población civil.

⁸⁶ La mayoría de la población se muestra tan decepcionada con el proceso de Oslo y la falta de soberanía que, paulatinamente, han abandonado las posiciones que abogaban por solucionar el conflicto mediante la vía de los dos Estados y ahora defienden la vía de un solo Estado, con los mismos derechos y libertades para todos, sean palestinos o israelíes. Así se manifestaban los miembros del Frente Popular para la Liberación de Palestina y Stop de Wall, entrevistados en Ramala en mayo de 2015 y enero de 2013. También lo reflejan las encuestas de opinión realizadas por el Palestinian Center for Policy and Survey Research, mostrando cómo el respaldo hacia la solución de los dos estados ha descendido desde posiciones cercanas al 70 por 100 a finales de la década de 1990 hasta el 48 por 100 a inicios de 2019. Pueden consultarse en <https://www.pcpsr.org/>.

Conclusiones

El estudio de la historia de los procesos de resistencia civil ante la colonización desarrollados por la sociedad palestina, desde el inicio del Mandato Británico hasta los acuerdos de Oslo, evidencia un periodo de más de setenta años donde la población manifestó variadas formas de lucha no-violenta que incluyeron tanto las resistencias locales y cotidianas campesinas, como las movilizaciones masivas que desafiaron al poder británico e israelí. Tomando como muestra los sucesos de dos de esas grandes movilizaciones, la Gran Insurrección Árabe (1936-1939) y la Intifada (1987-1991), podemos realizar varias reflexiones en torno a estos procesos de resistencia.

Ambos episodios muestran unos procesos de movilización masiva que disputaron la autoridad al poder colonial, el primero en todo el territorio del Mandato y el segundo en los territorios ocupados de Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza, que supusieron un importante desafío a la autoridad colonial. Y lejos de ser fruto de la casualidad, estos episodios muestran el resultado de procesos de empoderamiento no-violentos que se han gestado en la década precedente.

En las dos movilizaciones los actores implicados compartieron un notable rechazo a las políticas de colonización, aunque en el primer caso se apreciaban importantes divisiones que dificultaron la cohesión del movimiento, algo que fue muy diferente en el segundo caso, donde hubo una fuerte subordinación al Mando Nacional Unificado, que coordinó las acciones de resistencia y mantuvo clara la orientación hacia la lucha no armada. Esta circunstancia y la capacidad para presentar su resistencia como legítima y moral en un conflicto desigual, logró que se manifestara el reconocimiento internacional al derecho a la autodeterminación de pueblo palestino y favoreció la disposición al diálogo de las autoridades israelíes con los representantes políticos palestinos en torno a la búsqueda de una solución negociada al conflicto.

Estas dos cuestiones son fundamentales para interpretar la falta de impacto de la resistencia civil palestina para conseguir resultados políticos maximalistas en la mayor parte del siglo xx. Por un lado, las recurrentes divisiones en el seno del movimiento nacional pales-

tino han lastrado su cohesión y el desarrollo de una estrategia común, condicionando los resultados de los procesos de resistencia. Por otro lado, el movimiento no ha sido capaz de reunir el apoyo externo necesario para transformar el conflicto asimétrico en el que se encuentra. Ambas cuestiones inciden en la capacidad para sostener la lucha en el tiempo, lo que ha llevado a que la resistencia civil se manifieste de manera intermitente y eso dificulte la consecución de una autodeterminación que se mantiene esquiva.

Sin embargo, los procesos de lucha no-violenta desarrollados durante ese tiempo lograron otros objetivos políticos muy importantes. La resistencia civil permitió a la población palestina conservar su identidad y permanecer en parte de su territorio, frente a los intentos de los proyectos coloniales por negarla y a las políticas de expulsión y desplazamiento que no alcanzaron todos sus objetivos. Además, la lucha no armada fortaleció los lazos de solidaridad entre las diferentes comunidades palestinas, facilitando procesos de empoderamiento y organización política en abierto desafío a las autoridades británicas e israelíes, aumentando la movilización de la población y creando instituciones alternativas que sirvieron como ensayo para ejercer su soberanía política.

ESTUDIOS

*Carlismo transfronterizo en los Pirineos en el siglo XIX. Algunas paradojas del realismo popular**

Alexandre Dupont

Université de Strasbourg
alexandredupont0@gmail.com

Resumen: Este artículo trata del realismo popular y de la solidaridad pro-carlista transfronteriza protagonizada por las comunidades pirenaicas en los años 1870 durante la Segunda Guerra Carlista. El objetivo es poner de relieve dos paradojas que ayudan a entender la particular naturaleza del realismo popular en los Pirineos. Por una parte, el realismo popular se caracteriza por una creciente implicación popular en una cultura política que rechazaba el compromiso. Por otra, el apoyo de los vascos y de los catalanes a don Carlos era más bien una forma de ejercer presión para salvar su mundo socioeconómico tradicional que una defensa del Antiguo Régimen.

Palabras clave: realismo popular, carlismo, Pirineos, politización, solidaridad transfronteriza.

Abstract: This article addresses popular royalism and how Pyrenean populations developed cross-border pro-Carlist solidarities in the 1870s during the Second Carlist War. The aim is to explore two paradoxes that help understand the specific nature of popular royalism in the Pyrenees. First, people from a political culture that had traditionally

* Las conclusiones de este artículo se presentaron por primera vez en el congreso «Popular Royalism in the Revolutionary Atlantic World», organizado en la universidad de Yale en octubre de 2016. Se ha beneficiado de las sugerencias de los participantes y de las lecturas posteriores, atentas y fecundas, de Álvaro París Martín y de Darina Martykánová. También agradezco a los evaluadores externos sus sugerencias.

shunned strong ideological commitments grew increasingly implicated in popular royalism. Second, Basque and Catalan support of Don Carlos was a means of exercising pressure to preserve a traditional socio-economic world rather than a defence of the Old Regime.

Keywords: popular royalism, Carlism, Pyrenees, politicisation, cross-border solidarity.

En 1873, un tal François Didier publicó en Lyon un panfleto titulado *Les Trois alliées* en el que abogaba por una unión entre Francia, España e Italia bajo el mando de gobiernos moderados, tal y como existían, según su parecer, en los últimos dos países. La unión latina frente a Alemania, un discurso cada vez más movilizadado desde 1870¹, se teñía en este texto de un claro color político: Didier rechazaba con la misma vehemencia a los radicales y a los contrarrevolucionarios. Tachaba las aspiraciones de restaurar el poder temporal del papa Pío IX y el trono del conde de Chambord² de anticuadas e irrealistas. Sin embargo, el carlismo recibía las críticas más duras, en especial sus partidarios procedentes de las clases populares. Con mucho desprecio, Didier argumentaba:

«El partido carlista, que desde hace algún tiempo da que hablar gracias a sus actos de fuerza, a sus revueltas afortunadamente inútiles, tiene algunas raíces entre los campesinos que, con la estupidez que les caracteriza, se imaginan que el Todopoderoso decidió, un buen día, que el trono de todas las Españas había de pertenecer a un Carlos cualquiera. No entienden, esos montañeses ignorantes, que lo que Dios quiere se hace. Que sigan mi razonamiento, es tan simple y tan primitivo como su corazón y su espíritu. Si Dios quisiera verdaderamente que don Carlos fuera rey de España, como creemos en la omnipotencia de Dios, es cierto que el elegido

¹ Sarah AL-MATARY: *Idéalisme latin et quête de «race». Un imaginaire politique entre nationalisme et internationalisme (France-Amérique hispanique, 1860-1933)*, tesis doctoral, Université Lumière-Lyon 2, 2008.

² Sobre la movilización europea a favor del poder temporal del papado en los años 1870 véase Emiel LAMBERTS (ed.): *The Black International. L'internationale noire (1870-1878)*, Lovaina, Presses Universitaires de Louvain, 2002. Sobre las tentativas de restauración del conde de Chambord en 1871 y 1873 véase Marvin Luther BROWN jr.: *The Comte de Chambord, the Third Republic's Uncompromising King*, Durham, Duke University Press, 1967.

del Cielo reinaría tranquilamente en su país. No reina, entonces no es el elegido de Dios. Nunca entenderán, esos pobres campesinos, que Dios no dijo a un pueblo: “¡Tendrás a este hombre como jefe!”»³.

En el contexto de la guerra civil entre los carlistas y la monarquía amadeísta, que iba a desembocar poco después en la abdicación de Amadeo I y en el auge militar de los carlistas a lo largo del año 1873, el enfado de François Didier con los contrarrevolucionarios españoles se entendía muy bien. Sin embargo, su juicio sobre los campesinos del norte de España que luchaban al lado del pretendiente don Carlos de Borbón y Austria-Este tiene otro alcance. En estos improperios contra el apoyo de las clases populares rurales al carlismo se perciben dos elementos del pensamiento de Didier: la incomprensión frente a una opción política en su parecer absurda y fundada en la superstición, y la negación de cualquier autonomía política de estos campesinos, reducidos a seres imbéciles y manipulados por sus creencias religiosas.

A este apoyo popular de los campesinos de las provincias septentrionales de España se añadió durante la Segunda Guerra Carlísta, tal y como había pasado cuarenta años antes durante la Guerra de los Siete Años (1833-1840), un inesperado sostén por parte de los campesinos del otro lado de la frontera, que sorprendió aún más a los observadores⁴. Que los carlistas fuesen respaldados por parte de las clases populares de su país era aberrante, pero el fenómeno tenía explicaciones. Que recibieran la ayuda de sus correligionarios de toda Europa, y en especial de Francia, era lógico: los contrarrevolucionarios europeos habían demostrado a lo largo

³ François DIDIER: *Les Trois Alliées*, Lyon, Impr. de A.-L. Perrin et Marinet, 1873, p. 38. La traducción es mía.

⁴ Véanse *A mis amigos de la frontera. El País Vasco francés en la aventura carlista, 1833-1876*, Bayona, Musée Basque et de l'Histoire de Bayonne-Museo Zumalakarregi, 2006; Jean-Pierre JOURDAN: «Le département des Basses-Pyrénées et les guerres carlistes», en *Les relations entre le Sud-Ouest et la Péninsule Ibérique. Actes du XXXVIII^e Congrès de la Fédération Historique du Sud-Ouest*, Pau, Société des Sciences, Lettres et Arts de Pau et du Béarn, 1987, pp. 203-217; Raymond SALA: *Trabucaires et frontière(s): de Barcelone à Perpignan par le Vallespir*, Canet, Trabucaire, 2010, y Lluís Ferran TOLEDANO GONZÁLEZ: «Refugio militar y santuario político: el exilio carlista en los Pirineos Orientales», en Julio HERNÁNDEZ BORGE y Domingo GONZÁLEZ LOPO (eds.): *Exilios en la Europa mediterránea*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2010, pp. 131-161.

del siglo su capacidad de formar redes de solidaridad internacional apoyadas en una sociabilidad de élites, como había pasado en la Península Ibérica en los años 1830 o en la península italiana en los años 1860⁵. Pero que don Carlos fuera ayudado por campesinos franceses de los Pirineos, a quienes la situación de España, en teoría, no afectaba, suponía un misterio incomprensible. El dramaturgo liberal José Aparici de Valparda, refugiado en Francia, atribuía este realismo popular transfronterizo a un proyecto independentista oculto por parte de los vascos: «La cuestión carlista, hoy, se reduce a una pretensión [...]: establecer la independencia vasca sobre las ruinas de España; el vasco conquistaría España y la daría al duque de Madrid, a cambio de la ratificación por este del tratado por el cual las provincias gozaran de una total autonomía»⁶.

La incomprensión y la indignación manifestadas por estos testigos de los años 1870 revela la importancia del apoyo popular trasfronterizo durante la guerra carlista. En la frontera se desarrolló una solidaridad internacional concreta: contrabando, cruce de la frontera por voluntarios que iban a luchar en España y por carlistas que venían a refugiarse en Francia, etc., lo que generó una intensa actividad política durante la guerra⁷. Esto se debió también a que la guerra tuviese lugar en Cataluña y en las provincias vascas, esto es, cerca de la frontera franco-española. En cualquier caso, la acción de las clases populares fue esencial para esta solidaridad internacional, lo que singularizaba el espacio fronterizo al colocar a estas capas populares en el centro de los procesos de internacionalismo. El carlismo transfronterizo en los Pirineos en los años 1870 constituye un objeto histórico paradójico, que permite repensar va-

⁵ Véanse Bruno DUMONS y Hilaire MULTON (eds.): *Blancs et contre-révolutionnaires en Europe: espaces, réseaux, cultures et mémoires, fin XVIII^e-début XX^e siècles: France, Italie, Espagne, Portugal*, Roma, École Française de Rome, 2011; Jordi CANAL: «Guerres civiles en Europe au XIX^e siècle, guerre civile européenne et Internationale blanche», en Jean-Paul ZÚÑIGA (ed.): *Pratiques du transnational. Terrains, preuves, limites*, París, Centre de Recherches Historiques, 2011, y Simon SARLIN: *Le légitimisme en armes: histoire d'une mobilisation internationale contre l'unité italienne*, Roma, Presses de l'École Française de Rome, 2013.

⁶ José APARICI DE VALPARDA: *Lettre à une légitimiste sur le carlisme*, Pau, Impr. Veronese, 1875, p. 35.

⁷ Alexandre DUPONT: *La internacional blanca. Contrarrevolución más allá de las fronteras*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2021.

rios tópicos de la historiografía sobre la contrarrevolución, en particular en lo que al realismo popular se refiere⁸.

La siguiente reflexión propone entonces desde la movilización procarlista en la frontera franco-española en los años 1870, otro modo de pensar la contrarrevolución a partir de la cosmovisión y de la actuación de sus actores populares. Postula que esta politización popular gozaba de cierta autonomía frente a la de las elites carlistas, derivada en parte de la desestabilización socioeconómica que padecieron estas clases populares y de la capacidad de estos actores del campesinado y del artesanado de influir en el ideario y la estrategia de los dirigentes legitimistas.

¿Cómo se hace popular el realismo? Viejo debate, nuevas propuestas

Construcción de un problema epistemológico

El apoyo que recibieron los movimientos contrarrevolucionarios europeos entre las clases populares ha sido desde hace décadas uno de los principales problemas al que se han enfrentado los historiadores. La pregunta se puede formular de la siguiente manera: ¿cómo consiguió el realismo hacerse popular, cuando el ideario contrarrevolucionario no parecía favorable a los intereses del pueblo? Este problema ha generado una rica historiografía que merece ser recordada.

Los primeros estudios sobre la contrarrevolución fueron a menudo realizados por historiadores favorables a esta opción política —por ejemplo, en el caso español, el enorme trabajo realizado sobre el carlismo por Melchor Ferrer—⁹. Estos historiadores consi-

⁸ Los trabajos de Álvaro París Martín constituyen una renovación esencial sobre el realismo popular. Véase Álvaro PARÍS MARTÍN: «*Se susurra en los barrios bajos*»: *policía, opinión y política popular en Madrid, 1825-1827*, tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, 2015.

⁹ Melchor FERRER: *Historia del tradicionalismo español*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1941-1979. Los trabajos de Josep Carles Clemente constituyen otro ejemplo de esta historiografía de origen tradicionalista, pero desde la perspectiva federalista y autogestionaria que defendió este autor en el seno del carlismo a partir de los años 1970.

deraban casi «natural» el apoyo popular a la opción contrarrevolucionaria, como la que defendía verdaderamente los intereses del pueblo, su religiosidad y su conservadurismo. En parte, eran los herederos del pensamiento tradicionalista que consideraba que los cambios que afectaron el continente europeo a partir de 1789 fueron el resultado de la acción de una minoría privilegiada, esto es, los liberales, que se habían impuesto sin el menor apoyo popular o con un apoyo obtenido gracias a mentiras¹⁰.

En una segunda etapa, los historiadores presentaron la cultura política tradicionalista como una defensa del Antiguo Régimen, es decir, como una ideología que aspiraba a volver a la situación prerrevolucionaria y que defendía el poder de la Iglesia, de la monarquía y de la nobleza. Desde esta perspectiva, el apoyo popular al realismo se hizo incomprensible, contrario a sus intereses. Nació la tentación de despolitizar esta elección política. Si los miembros de las capas populares defendían el legitimismo, era porque estaban todavía sometidos al orden social tradicional, en el cual tenían que seguir al señor o al cura, o porque no eran capaces de entender su propio interés. Tal discurso seguía el esquema liberal de análisis de la contrarrevolución que había prevalecido durante el siglo XIX. Buena muestra de ello es el tratamiento gráfico de la actuación de los carlistas en los años 1870 por el semanario republicano *La Flaca*, que de forma sistemática presentó a los partidarios de don Carlos, como sometidos a la influencia de párrocos fanáticos¹¹. Se puede citar en especial la famosa caricatura en la que un párroco con la escopeta en mano predicaba la insurrección a un rebaño de corderos de rodillas con la boina roja en la cabeza, en un paisaje que recordaba los Pirineos: la asociación entre campesinado, fanatismo polí-

¹⁰ La idea de un complot liberal y revolucionario para derrocar los Antiguos Regímenes fue formulada desde los años 1790 en la obra paranoica del abate Barruel, *Memoria para servir a la historia del jacobinismo* (1797-1803), e influyó en el pensamiento contrarrevolucionario durante todo el siglo XIX. Despojada de sus atributos complotistas, dio lugar a una vena interpretativa que hacía de la revolución un proceso contra la voluntad popular, como bien se ve en la recuperación por François Furet de las hipótesis de Augustin Cochin. Véase François FURET: *Pensar la Revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980.

¹¹ Juan Miguel TEIJEIRO DE LA ROSA: «Un aspecto de la manifestación del anticlericalismo. *La Flaca*, 1869-1873», *Espacio, tiempo y forma. Serie V, Historia contemporánea*, 5 (1992), pp. 317-334.

tico y marginación territorial se hacía perfectamente clara en este dibujo¹². Esta línea interpretativa condujo a una falta de interés por la historia del realismo hasta mediados del siglo xx¹³.

La historiografía marxista dio entonces un paso más al integrar las condiciones socioeconómicas de los actores en la ecuación. Siguiendo el marco dibujado por el propio Karl Marx, los historiadores marxistas notaron que el apoyo popular a la contrarrevolución provenía sobre todo de los campesinos, más que de los obreros. Les fue entonces fácil asociar la condición rural con el atraso político: los campesinos no tenían acceso a la conciencia de clase que les permitiera emprender una acción auténticamente transformadora y expresaban sus reivindicaciones en modo místico o reaccionario por su incapacidad para construirse como sujetos revolucionarios. Bien conocemos a este respecto los análisis de Eric John Hobsbawm sobre los «rebeldes primitivos», que no se focalizaban en los contrarrevolucionarios, pero que proporcionaron un marco explicativo elaborado¹⁴. Todos estos estudios respaldaban, aún con matices, los discursos producidos por las elites del siglo xix en cuanto al realismo popular, como prueba de una incapacidad de los campesinos para la madurez política. Al fin y al cabo, podríamos ver en estas aproximaciones al realismo popular otra aplicación de la «enorme condescendencia de la posteridad» que evocó Edward P. Thompson a propósito del movimiento ludita¹⁵.

En los últimos treinta años el paisaje historiográfico y epistemológico se ha transformado de forma considerable en dos etapas. Primero, a partir de las perspectivas socioeconómicas adoptadas por los historiadores marxistas, los historiadores de los años

¹² *La Flaca*, 10 de septiembre de 1870.

¹³ Para el caso español véase Jesús MILLÁN: «Popular y de orden: la pervivencia de la contrarrevolución carlista», *Ayer*, 38 (2000), pp. 15-34. Para el caso francés véase Alexandre DUPONT: «Le légitimisme, parent pauvre de l'historiographie?», *Revue Historique*, 672 (2014), pp. 887-909.

¹⁴ Eric John HOBBSAWM: *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos xix y xx*, Barcelona, Ariel, 1983 (1.ª ed., 1959). Para el carlismo véase José Luis MARTÍNEZ SANZ: «Historiadores e historiografía sobre el carlismo. La difícil frontera entre política y ciencia», *Aportes*, 49 (2002), pp. 110-129.

¹⁵ Edward Palmer THOMPSON: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra, 1780-1832*, Madrid, Laia, 1977 (1.ª ed., 1963).

1970 y 1980 prestaron atención a la especificidad del realismo popular, distinguiéndolo del realismo de las elites en cuanto al ideario movilizado y a las raíces de la politización contrarrevolucionaria. Las fecundas hipótesis de Jaume Torras sobre las revueltas absolutistas en España en los años 1820¹⁶ coincidieron con un profundo debate abierto en Francia por la propuesta teórica de François Lebrun y Roger Dupuy con el término «antirrevolución»: plantearon tomar en cuenta las especificidades del realismo popular y designarlo como antirrevolución en vez de contrarrevolución, reservado al realismo ideológico y teorizado de las elites¹⁷. En este marco, como en el de Torras, era el trastorno de las condiciones concretas de la vida cotidiana de las comunidades, al nivel económico y social, lo que había suscitado reacciones de rechazo al liberalismo promovido por las revoluciones de los años 1770-1830.

Esta propuesta fue determinante en dos aspectos: primero, otorgaba una autonomía a estos actores populares en su politización y movilización; segundo, integraba en la reflexión el importantísimo concepto de cultura política, al reconocer que no todo en la politización popular tenía que ver con las condiciones materiales de la vida. En este sentido, los trabajos pioneros de Charles Tilly sobre la Vandea en los años sesenta abrieron pistas fecundas para entender la movilización contrarrevolucionaria de las clases populares¹⁸. Sin embargo, esta aproximación seguía considerando el realismo popular, en los mismos términos utilizados, como una especie de respuesta epidérmica y espontánea a la introducción del liberalismo en las sociedades europeas. A fin de cuentas, describía este realismo popular como una verdadera *reacción*, en un momento en el que los historiadores tendían a ponerse de acuerdo en su consideración de la contrarrevolución como una ideología más compleja que un mero deseo de vuelta hacia atrás¹⁹.

¹⁶ Jaime TORRAS: *Liberalismo y rebeldía campesina, 1820-1823*, Barcelona, Ariel, 1976.

¹⁷ Roger DUPUY y François LEBRUN (eds.): *Les résistances à la Révolution. Actes du colloque de Rennes, 17-21 septembre 1985*, París, Imago, 1987.

¹⁸ Charles TILLY: *The Vendée: A Sociological Analysis of the Counter-Revolution of 1793*, Harvard, Harvard University Press, 1964.

¹⁹ Abrió el camino Jacques GODECHOT: *La contre-révolution (1789-1804)*, París, Presses Universitaires de France, 1984.

El enfoque local de estos estudios tuvo un papel fundamental en cuanto a la comprensión del realismo popular en los Pirineos: primero, porque su perspectiva socioeconómica suponía una aproximación detallada a las condiciones de vida de las comunidades locales, en especial en regiones como Navarra o la Cataluña interior, que habían sido percibidas en términos de marginación y atraso; segundo, porque los modos de politización postulados por estos estudios ponían de relieve la dimensión esencialmente local de la movilización de las clases populares.

La segunda etapa se ha producido en las últimas tres décadas, en las que han visto la luz estudios que se han tomado en serio la cultura política legitimista y que han explicado el apoyo de las clases populares a la contrarrevolución con argumentos políticos y desde una perspectiva más cultural: la defensa de la Iglesia, la estructuración de una comunidad política realista a través de la acción bélica, el apego simbólico a la figura del rey, las redes sociales cotidianas, etc.²⁰ Esta escuela historiográfica estaba marcada por el legado intelectual de Maurice Agulhon en torno a los conceptos de politización y de cultura política²¹. A fin de cuentas, el realismo habría sido una de las múltiples culturas que se estructuraron en el siglo XIX y la contrarrevolución habría evolucionado en paralelo a sus adversarios de izquierdas. Desde esta perspectiva, la movilización realista popular reflejaba la relativa homogeneidad de su cosmovisión con la de los dirigentes contrarrevolucionarios, lo que no significaba una negación de la especificidad del realismo popular; pero invitaba a insistir en los puntos comunes más que en las eventuales discrepancias, en los vecto-

²⁰ Jean-Clément MARTIN: *La Vendée de la mémoire (1800-1980)*, París, Seuil, 1989; Juan PAN-MONTOJO: *Carlitas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1989; Maria de Fatima Sa e Melo FERREIRA: *Résistances populaires au libéralisme au Portugal (1834-1844)*, tesis doctoral, Université Paris-1, 1995; Pedro RÚJULA: *Contrarrevolución, realismo y carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998, y Valérie SOTTOCASA: *Mémoires affrontées. Protestants et catholiques face à la Révolution dans les montagnes du Languedoc*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2004, para unos ejemplos.

²¹ Jean-Louis GUEREÑA: «Un essai empirique qui devient un projet raisonné. Maurice Agulhon et l'histoire de la sociabilité», *Studia historica. Historia contemporánea*, 26 (2008), pp. 157-175.

res de la movilización popular y de la conexión entre elites y pueblo realista²².

El carlismo, el legitimismo y el pueblo en la segunda mitad del siglo XIX

Interesarse por el carlismo de la década de 1870 en los Pirineos permite hacer aún más complejo el retrato del realismo popular como cultura política. La vuelta al primer plano del carlismo, después de la larga crisis de los años 1860, se produjo a consecuencia de la revolución de septiembre de 1868, que derrocó a Isabel II e instauró, por primera vez en la historia de España, un régimen democrático, esto es, fundado en el sufragio universal (masculino) y en las grandes libertades cívicas y públicas²³. Hasta la sublevación de abril de 1872, que marcó el inicio de la Segunda Guerra Carlista, los partidarios del duque de Madrid decidieron aprovechar esta nueva situación política y participaron en la vida política legal. Los muchos estudios que existen sobre esta etapa de la historia del carlismo insisten todos en la masiva politización que tal decisión provocó. Los procesos electorales, la importancia de la propaganda y la difusión de prácticas políticas vinculadas con la sociabilidad —protestas, mítines, eslóganes, canciones, encuentros físicos, entierros, lectura pública de los periódicos, etc.— revelan la politización del pueblo carlista, que fue capaz de apropiarse de estas prácticas típicas de la política decimonónica²⁴.

Sin embargo, y al mismo tiempo, los carlistas fueron capaces de imaginar otras formas de politización más conformes con sus tra-

²² Veáanse Philippe SECONDY: *La persistance du Midi blanc dans l'Hérault (1789-1862)*, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, 2006; Pierre TRIOMPHE: *1815, la Terreur blanche*, Toulouse, Privat, 2017, y Bernard RULOF: *Popular Legitimism and the Monarchy in France. Mass Politics without Parties, 1830-1880*, Cham, Springer International Publishing, 2020.

²³ Rafael SERRANO GARCÍA (coord.): *España (1868-1874). Nuevos enfoques sobre el Sexenio Democrático*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, 2002.

²⁴ Para una síntesis reciente de estos aportes véase Alexandre DUPONT: «Una politización paradójica. Carlismo, democracia e implicación popular durante el Sexenio Democrático», *Investigaciones Históricas: época moderna y contemporánea*, 37 (2017), pp. 40-68.

diciones. Un ejemplo muy bien conocido de esta realidad es el papel que desempeñó la misa. Tanto en Francia como en España, la misa fue un momento de politización, en la medida en que parte del clero bajo utilizó el sermón para comentar la actualidad política y para vincular la actitud política de sus fieles con el cumplimiento de sus deberes religiosos²⁵. Por esta razón, sus adversarios presentaron a los seguidores de don Carlos como un rebaño de ovejas, sometidos a la tutela de los párrocos. Esta centralidad de la sociabilidad religiosa en la politización carlista se manifiesta en el número de partidas lideradas por curas, siendo la más famosa en la guerra de 1872-1876 la del cura Santa Cruz, objeto de muchos debates y controversias²⁶. En el lado francés de la frontera, el Ministerio de Cultos se inquietó en la primavera de 1872 por informes que recibía desde el País Vasco que señalaban prédicas en varias iglesias en las que los sacerdotes incitaban a los fieles a tomar las armas a favor de don Carlos²⁷.

Los responsables de la Comunión Católico-Monárquica también participaron en este movimiento de politización. Las actas de las reuniones de la junta organizada en París por don Carlos, cuando llegó en la capital francesa en el otoño de 1868 para reconstruir el carlismo, son buena muestra de este proceso. Subrayan cuán importante era para el Pretendiente crear una organización política moderna, que fuese capaz de dirigir y controlar la movilización popular. Se creó una organización piramidal con varios niveles de responsabilidad y de acción: de lo local a lo internacional pasando por la escala nacional. Resulta muy significativo que esta estructura política destinada a organizar la lucha electoral fuera redoblada por

²⁵ Austin GOUGH: *Paris et Rome: les catholiques français et le pape au XIX^e siècle*, París, Éditions de l'Atelier-Éditions Ouvrières, 1996. Esto favoreció una implicación bastante notable de las mujeres en las movilizaciones contrarrevolucionarias. Véase María Cruz ROMEO MATEO: «¿Sujeto católico femenino? Política y religión en España, 1854-1868», *Ayer*, 106 (2017), pp. 79-104.

²⁶ Para una primera aproximación véase Gregorio ALONSO GARCÍA: *La nación en capilla. Ciudadanía católica y cuestión religiosa en España, 1793-1874*, Granada, Comares, 2014. Véase también, para Cataluña, Lluís Ferrán TOLEDANO GONZÁLEZ: *Entre el sermón i el trabuc: el carlisme català contra la revolució setembrina (1868-1872)*, Lleida, Pagès, 2001.

²⁷ «Rapports et notes sur l'attitude du clergé et particulièrement de l'épiscopat. Sympathies pour l'insurrection carliste», Archives Nationales, F¹⁹ 5610.

una estructura militar similar, cuyo objetivo era preparar una eventual sublevación. En cuanto a la movilización popular se refiere, guerra y política no se encontraban herméticamente separadas, lo que contrastaba con los discursos que definían en la misma época el campo legítimo de lo político²⁸.

Así pues, el carlismo popular de la década de 1870 era el producto de múltiples procesos de politización, a veces respaldados por los líderes, a veces autónomos, que juntos tendían hacia un protagonismo reforzado del pueblo en la política monárquica. Eso no significaba ni una identificación total entre realismo popular y realismo de las elites, ni una separación radical entre estas dos clases. De hecho, la conexión entre estos dos espacios sociales del legitimismo se fundamentaba en una mediación eficaz llevada a cabo por los mediadores o intermediarios, sacerdotes o nobles locales, que eran capaces de comunicar con los líderes carlistas y que disponían de una legitimidad social entre las comunidades locales²⁹.

Asimismo se recurrió a actores populares para dinamizar la movilización procarlista a ambos lados de la frontera, como lo demuestra la campaña política que se entabló en torno al contrabandista Ganich de Macaye, que había ayudado a que la princesa de Beira, mujer del primer don Carlos, entrara en España en 1838³⁰. De nuevo popularizada en 1867 gracias a una novela del notario Jean-Baptiste Dasconaguerre, *Les Échos du Pas-de-Roland*³¹, con gran rapidez traducida al vasco y al castellano, la figura de Ganich fue explícitamente recuperada por los dirigentes carlistas en 1872, cuando el canónigo Vicente Manterola, sacerdote vasco y diputado carlista a Cortes³², encomendó una nueva traducción de la obra de Dasco-

²⁸ Alexandre DUPONT: «Una politización paradójica...».

²⁹ Lluís Ferran TOLEDANO GONZÁLEZ: «El caudillaje carlista y la política de las partidas», *Ayer*, 38 (2000), pp. 91-114. El antropólogo Laurence Wylie había demostrado en los años 1970 la importancia de estas relaciones sociales tradicionales en la estructuración de los movimientos contrarrevolucionarios. Véase Laurence WYLIE: *Chanzeaux, village d'Anjou*, París, Gallimard, 1970.

³⁰ Alexandre DUPONT: «Le passage en Espagne de la princesse de Beira en 1838: une tentative d'anthropologie historique», en Laurent DORNEL (dir.): *Passages et frontières en Aquitaine, XIX^e-XX^e siècles*, Pau, Presses de l'UPPA, pp. 41-63.

³¹ Jean-Baptiste DASCONAGUERRE: *Les Échos du Pas-de-Roland*, París, F. Marchand, 1867.

³² Vicente GARMENDIA: *Vicente Manterola (canónigo, diputado y conspirador carlista)*, Vitoria, Gráficas Gasteiz, 1976.

naguerre. En el prefacio y en el apéndice, el responsable carlista insistía en el compromiso del campesino contrabandista a favor de la dinastía carlista, pero también ponía de relieve todo lo que el carlismo debía a este actor procedente de las clases populares, que alcanzaba así un protagonismo insólito entre las representaciones de la Comunión Católico-Monárquica³³.

Durante todo el siglo XIX, la contrarrevolución fue una cultura política compleja, rica y organizada, cuya principal característica era su capacidad para proponer otra modernidad, una modernidad alternativa a la modernidad liberal, que se estaba construyendo en la misma época bajo la forma del Estado-nación liberal³⁴. Esta modernidad alternativa se apoyaba en los principios del legitimismo —la Iglesia y la monarquía en particular—, pero tenía en cuenta la situación en la que actuaban los contrarrevolucionarios. El legitimismo europeo del siglo XIX no fue el fantasma de un regreso al Antiguo Régimen y la movilización de parte de las clases populares para defender estos objetivos poco tuvo que ver con la sumisión a un orden tradicional o con el atraso. Al contrario, el legitimismo participó en la politización generalizada de los pueblos del mundo atlántico durante este siglo³⁵.

Aquí reside una primera paradoja en cuanto al realismo popular: el compromiso popular en defensa del legitimismo puso en tela de juicio una base del tradicionalismo, esto es, el rechazo de la política. En efecto, los teóricos del tradicionalismo interpretaron la era de las revoluciones como una rebelión contra Dios y, a la vez, como un castigo mandado por la Providencia en expiación de los pecados de los humanos. Así interpretó Joseph de Maistre la re-

³³ Jean-Baptiste DASCONAGUERRE: *Un drama en la frontera*, traducido al castellano bajo la dirección de Vicente Manterola y adicionado con una introducción y un apéndice, Bayona, Librería de Desplan, 1872.

³⁴ Francisco Javier RAMÓN SOLANS y Pedro RÚJULA (eds.): *El desafío de la Revolución. Reaccionarios, antiliberales y contrarrevolucionarios (siglos XVIII y XIX)*, Granada, Comares, 2017.

³⁵ Clément THIBAUD: «Idées et pratiques révolutionnaires», en Pierre SINGARAVÉLOU y Sylvain VENAYRE (eds.): *Histoire du monde au XIX^e siècle*, París, Fayard, 2017, pp. 123-136. Sobre el realismo popular en América, véase Marcela ECHEVERRI: *Indian and Slave Royalists in the Age of Revolution. Reform, Revolution, and Royalism in the Northern Andes, 1780-1825*, Nueva York, Cambridge University Press, 2016.

volución de 1789 en sus *Consideraciones sobre Francia* de 1799³⁶. Medio siglo más tarde, esta interpretación seguía vigente en el discurso de Juan Donoso Cortés sobre la dictadura, pronunciado a principios de 1849 como respuesta a los trastornos de la Primavera de los Pueblos. Y, veinte años más tarde, esta lectura de la historia se impuso otra vez entre los contrarrevolucionarios frente al ciclo revolucionario que afectó sobre todo a España, Francia e Italia en torno a 1870³⁷.

La solución propuesta por este campo político fue resumida por el propio Joseph de Maistre en las últimas líneas de las *Consideraciones sobre Francia*: frente a la revolución, había que emprender una contrarrevolución, «lo contrario de la revolución»³⁸ (y no una revolución contraria) para volver a un mundo gobernado por la Providencia. Para la totalidad del tradicionalismo europeo a lo largo del siglo XIX, la movilización política no era sino la continuación del pecado original de la revolución, la inaceptable intromisión de los pueblos en el fluir de la historia, la soberbia que había llevado a los humanos a rebelarse contra la voluntad divina y a hacerse los actores de su propio destino. El objetivo de los contrarrevolucionarios era construir una modernidad sin política, una modernidad que volviera a una cosmovisión prerrevolucionaria³⁹. Claramente, la soberanía popular y la participación del pueblo en la política eran del todo contrarias a esta cosmovisión.

Sin embargo, el realismo del siglo XIX pasó por una creciente participación de las clases populares en la lucha. Este componente popular siempre había existido en el realismo, y varias investigaciones revelan lo amplio que fue el apoyo popular a la contrarrevolución en las primeras décadas del siglo XIX, tanto en el campo

³⁶ Joseph DE MAISTRE: *Consideraciones sobre Francia*, Madrid, Rialp, 1955. Sobre Joseph de Maistre, véase *The French Idea of History. Joseph de Maistre and his Heirs, 1794-1854*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2011.

³⁷ Alexandre DUPONT: «“C’est l’implacable logique du mal”. Quand les contre-révolutionnaires français interprètent la Révolution espagnole de septembre 1868», en Sylvie APRILE y Hervé LEUWERS (dirs.): *Révolutions et relecture du passé, XVIII^e-XX^e siècles*, Lille, Presses du Septentrion (en prensa).

³⁸ Joseph DE MAISTRE: *Consideraciones sobre Francia...*, p. 234.

³⁹ Stéphane RIALS: *Révolution et Contre-Révolution au XIX^e siècle*, París, Diffusion Université Culture, 1987.

como en las ciudades⁴⁰. Lo que cambió con el paso del tiempo fue la importancia del protagonismo popular en la lucha, como si el realismo hubiera entrado poco a poco, y a su pesar, en la era democrática. Más aún, los responsables legitimistas empezaron a considerar el apoyo popular como una fuente de legitimidad alternativa a la legitimidad de derecho divino, que resultaba cada vez más marginal. En ocasiones surgió un legitimismo auténticamente popular, que abogaba por una defensa del sufragio universal, visto como la garantía más segura de recuperar el poder⁴¹. No es en absoluto anecdótico que el carlismo decidiera participar en las elecciones entre 1868 y 1872, en una etapa en la que su movimiento homólogo en Francia puso todas sus esperanzas de restauración del conde de Chambord en los excelentes resultados obtenidos en las elecciones de 1871⁴².

La politización espontánea de parte de las clases populares en sentido realista, a lo largo del siglo XIX transformó las ideas tradicionales de las elites realistas y les forzó a incluir el realismo popular en sus discursos y en sus teorías. En cierto modo, el argumento tradicional de la sumisión de las clases populares realistas se podría invertir: las elites tuvieron que adaptarse a la irrupción del pueblo y de las prácticas democráticas y otorgarles un papel reforzado dentro de su organización política. Esta paradoja de una cultura política opuesta a la soberanía popular que acabó apoyándose en la acción del pueblo para triunfar lleva a una mejor comprensión del papel del realismo popular: nos obliga a considerarlo como un actor en sí mismo, que participó en la construcción de esta cultura política con sus propios lenguajes y reivindicaciones.

⁴⁰ Pedro RÚJULA: «El antiliberalismo reaccionario», en María Cruz ROMEO MATEO y María SIERRA ALONSO (coords.): *La España liberal, 1833-1874*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2014, pp. 377-401.

⁴¹ Brian FITZPATRICK: *Catholic Royalism in the Department of the Gard, 1814-1852*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, y Peter MCPHEE: *Les Semaines de la République dans les Pyrénées-Orientales, 1846-1852: classes sociales, culture et politique*, Perpignan, Les Publications de l'Olivier, 1995.

⁴² Éric DERENNES: «Le mouvement pétitionnaire pour la restauration d'Henri V (automne 1873-hiver 1874). Tactique politique et expression d'un légitimisme populaire», *Revue historique*, 661 (2012), pp. 49-99.

Una cosmovisión propia: campesinos pirenaicos en los años 1870

Lecturas de una solidaridad realista transfronteriza

La influencia de las clases populares en la contrarrevolución fue mucho más importante de lo que se había pensado tradicionalmente: no fueron una mera fuerza numérica, un apoyo de masas, sino que transformaron en profundidad la representación del mundo y las prácticas de esta cultura política. Esta observación no nos permite, sin embargo, acceder a la propia cosmovisión de estas clases populares. En el caso del carlismo transfronterizo en los Pirineos, el programa político definido para España por don Carlos y sus consejeros no era en absoluto suficiente para explicar la movilización que se producía a favor de la Comunión a ambos lados de la frontera. El discurso de las elites liberales, como hemos visto, negaba o escondía el carácter político de tal implicación, igual que lo hicieron más tarde la historiografía liberal y marxista; pero el discurso de los líderes realistas que afirmaba la comunión entre ellos y el pueblo realista también escondía las diferencias que existían entre estos dos sectores sociales. En otros términos, el estudio del realismo popular no puede limitarse a explicarlo a partir de las categorías discursivas de las elites realistas.

Los actores populares de la contrarrevolución, como otros muchos, dejaron pocas huellas de su cosmovisión y lo que conocemos de esta se deriva sobre todo de los discursos que produjeron las elites sobre el pueblo⁴³. Si las elites liberales tendían a despolitizar su combate, las elites tradicionalistas intentaban naturalizarlo, para presentar esta participación popular como una expresión sencilla de la ideología realista y del soporte instintivo de las clases populares a la contrarrevolución⁴⁴. Encontrar un modo de captar estas cosmovisiones populares resulta por ello difícil, aunque se puede acudir a herramientas metodológicas eficaces: la deconstrucción de los discursos

⁴³ Dos referencias, entre muchas otras, Pierre BOURDIEU: «La paysannerie. Classe objet», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 17-18 (1977), pp. 1-6, y James C. SCOTT: *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Era, 2003.

⁴⁴ Juan OLABARRÍA AGRA: «Opinión y publicidad en el tradicionalismo español durante la era isabelina», *Historia Contemporánea*, 27 (2003), pp. 647-662.

sos de las elites, para distinguir lo que era el producto de su propia cosmovisión y lo que correspondía a la cosmovisión popular⁴⁵; centrarse en las prácticas políticas más que en los discursos⁴⁶.

Es evidente que el apoyo a don Carlos en los Pirineos se puede explicar por factores culturales. Como se ha afirmado más arriba, las provincias vasco-navarras y la Cataluña interior eran, en el siglo XIX, baluartes importantes del catolicismo, y la mayoría de los habitantes de estas regiones consideraban, con razón, que el liberalismo y el republicanismo constituían una amenaza para el papel social de la Iglesia, cuando el carlismo, al igual que el legitimismo francés, se presentaba como el guardián del catolicismo. De hecho, la cuestión religiosa y el desafío de la secularización fueron retos centrales en la construcción de las divisiones políticas en la Europa occidental del siglo XIX⁴⁷. Si la contrarrevolución se afirmó desde el inicio como defensora de la religión, la emergencia a lo largo del siglo de un catolicismo intransigente, centrado en Roma y en la figura del papa, acentuó este fenómeno⁴⁸.

Los aspectos culturales de la politización contrarrevolucionaria en ambos lados de los Pirineos no se limitaban a respaldar el catolicismo: como en otras regiones, como La Vandea en Francia o el Miño en Portugal, el clero desempeñaba un papel central en la vida de las comunidades locales, igual que la nobleza⁴⁹. En consecuencia, este realismo popular no era solo el producto de procesos políticos y de debates en torno a la construcción de un nuevo ámbito

⁴⁵ Siguiendo la senda abierta por Carlo GINZBURG: *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1981.

⁴⁶ Natalie ZEMON DAVIS: *Society and Culture in Early Modern France: Eight Essays*, Stanford, Stanford University Press, 1975.

⁴⁷ Christopher CLARK y Wolfram KAYSER (eds.): *Culture Wars. Secular-Catholic Conflict in 19th Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

⁴⁸ Para el caso francés, muy bien estudiado, Bruno HORAIST: *La dévotion et les catholiques français sous le pontificat de Pie IX (1846-1878)*, París, De Boccard, 1995, y Austin GOUGH: *Paris et Rome... Véase también, para una síntesis, Emiel LAMBERTS: Les catholiques et l'État. Un tableau européen (1815-1965)*, París, Desclée de Brouwers, 2018.

⁴⁹ Sobre la estructuración progresiva de regiones blancas véanse *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución. Actas de las I Jornadas de estudio del carlismo (Estella, 18-21 de septiembre de 2007)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, y Bruno DUMONS y Hilaire MULTON (eds.): *Blancs et contre-révolutionnaires en Europe...*

constitucional o político en el país. También procedía de la voluntad de preservar la coherencia de un mundo fundado en equilibrios y jerarquías sociales. Además, los miembros de esas comunidades locales también compartían una devoción simbólica hacia la figura del rey como defensor de la orden social y ejecutor de la voluntad divina⁵⁰. Se reunían en torno a la memoria de los combates pasados, lo que permitía la reproducción del compromiso realista⁵¹. Tales bases culturales tuvieron un papel central: la defensa de un orden tradicional entre las clases populares no significaba la sumisión de estos actores a las elites tradicionales, ni su incapacidad para desarrollar una cultura y un lenguaje políticos.

Se trata entonces de entender qué orden social defendían y por qué. En este punto, el carácter transfronterizo del apoyo al carlismo ofrece indicios muy interesantes. En el lado catalán de la frontera, la situación parecía bastante sencilla: los carlistas que se habían alzado desde el Empordà hasta el Valle de Arán se beneficiaban de la solidaridad de parte de los habitantes del lado francés de la frontera, en el departamento de los Pirineos Orientales⁵². Este departamento se caracterizaba en la geografía política francesa por una orientación muy republicana y hasta socialista. Sin embargo, también había una fuerte minoría legitimista, en especial en Perpiñán y en las zonas fronterizas del sur del departamento. En apariencia, los legitimistas ayudaban a los carlistas para que triunfase su cosmovisión tradicionalista común. Tal colaboración no era nueva en los años 1870: como demostró Peter McPhee en su obra sobre la politización en Pirineos Orientales en los años 1840, se organizó allí una politización transfronteriza que hacía caso omiso de la línea divisoria en la lucha política⁵³.

Del lado vasco de la frontera, la situación era mucho más complicada: las provincias vascas y Navarra constituían de forma muy

⁵⁰ Jordi CANAL: «El rey de los carlistas: reflexiones sobre las palabras, las personas y las cosas», en «*Por Dios, por la Patria y el Rey*». *Las ideas del carlismo. Actas de las IV Jornadas del Carlismo (22-24 de septiembre de 2010)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2011, pp. 227-249, y Andrés María VICENT FANCONI: «Rey de corazones: la monarquía y la cultura política del carlismo (1833-1845)», *Alcores*, 21, (2017), pp. 161-182.

⁵¹ Pedro RÚJULA: «El antiliberalismo reaccionario...».

⁵² Alexandre DUPONT: *Une Internationale blanche...*, cap. 6.

⁵³ Peter MCPHEE: *Les Semilles de la République...*

clara el centro del carlismo popular en España; en el País Vasco francés, por el contrario, los habitantes no eran legitimistas. Desde el punto de vista político, el departamento de los Bajos Pirineos había apoyado el Segundo Imperio y, en las elecciones de febrero de 1871, los votantes optaron por candidatos conservadores pero no legitimistas⁵⁴. El único legitimista elegido fue Charles Chesnelong, un moderado que se opuso durante la Segunda Guerra Carlista al radicalismo de sus correligionarios del otro lado de los Pirineos⁵⁵. Si el departamento se contaba entre los más católicos en la Francia de la segunda mitad del siglo, no se caracterizó en los años 1860 por una movilización muy intensa a favor del poder temporal del papa, a diferencia de otras zonas⁵⁶.

Sin embargo, el apoyo que recibieron los carlistas por parte de los vascos de Francia fue masivo y decisivo: se beneficiaron de la protección de los habitantes del territorio francés⁵⁷, quienes también les proporcionaron un apoyo financiero y logístico, hasta tal punto que fue en Bayona donde don Carlos decidió instalar un comité carlista que se convertiría en el corazón de la solidaridad internacional procarlista⁵⁸. En este caso, no se trataba de una solidaridad transnacional clásica y la explicación del proceso resultaba mucho más difícil. Ante esta misteriosa solidaridad, los observadores de la guerra carlista la atribuyeron a un sentimiento nacional vasco que aspiraba a conquistar la autonomía y hasta la independencia de las provincias vascas⁵⁹.

En una Europa tan marcada —como fue el caso de las décadas centrales del siglo XIX— por los combates nacionales, este

⁵⁴ Jacques GOUAULT: *Comment la France est devenue républicaine; les élections générales et partielles à l'Assemblée nationale, 1870-1875*, París, Armand Colin, 1954.

⁵⁵ «Papiers Chesnelong. Lettres de Nadaillac, 1873-1897», Archives Départementales des Pyrénées-Atlantiques, 1 J 180/20.

⁵⁶ Arthur HÉRISSON: «Une mobilisation internationale de masse à l'époque du *Risorgimento*: l'aide financière des catholiques français à la papauté (1860-1870)», *Revue d'histoire du XIX^e siècle*, 52 (2016), pp. 175-192.

⁵⁷ Comte REMACLE: «Les carlistes. Souvenirs de la frontière», *Revue des Deux Mondes*, 156 (1899), pp. 169-201.

⁵⁸ Romualdo MARTÍNEZ VINALET: «Orden para el establecimiento del Comité Carlista en Bayona (Mayo, 1^o paquete)», Biblioteca de la Real Academia de la Historia, fondo Pirala, leg. 6880.

⁵⁹ Fue el caso, por ejemplo, de José Aparici de Valparda, evocado más arriba.

punto de vista no carecía de interés. Además, el carlismo había operado en los años precedentes un giro espectacular hacia una defensa resuelta de los fueros, unos derechos particulares de los cuales las provincias vascas seguían gozando en parte. Esta opción estratégica había permitido al carlismo reforzar su arraigo en la sociedad vasca, marcada por la defensa de dichos derechos⁶⁰. También respaldaban esta interpretación unos estereotipos que los observadores atribuían a los vascos, unidos en torno a una lengua misteriosa, a una fe católica muy fuerte y a un conservadurismo atávico. Si bien es cierto que esta interpretación en clave nacional de la solidaridad procarlista en los Pirineos no prevaleció entre los contemporáneos, es muy revelador el hecho de que fuera compartida tanto por actores liberales, que veían entonces la sociedad vasca como incapaz de entrar en la modernidad, como por actores legitimistas, que interpretaban tal actitud como la señal de la pureza de los vascos que habían quedado libres de la mácula revolucionaria⁶¹.

La defensa de un mundo

Tal interpretación, desde un punto de vista histórico, no resulta satisfactoria —o por lo menos no puede ser más que una especulación: fuera de estos discursos exteriores, no disponemos de ningún elemento que valide esta teoría; nos faltan, en particular, las palabras de los propios actores sobre este asunto—. En cambio, el estudio de las prácticas concretas que fundamentaban esta solidaridad transfronteriza aparece muy fructífero. De hecho, la mayor parte de las acciones llevadas a cabo por los habitantes del lado francés de la frontera tenían que ver con el cruce de esta. El contrabando, que proporcionó a los carlistas armas y municiones, alcanzó unos niveles altísimos durante la guerra. La acogida en los

⁶⁰ Mikel URQUIJO GOITIA: *Liberales y carlistas. Revolución y Fueros Vascos en el preludio de la última guerra carlista*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994.

⁶¹ Para los liberales véase Victor CHERBULIEZ: *L'Espagne politique, 1868-1873*, París, Hachette, 1874, y para los contrarrevolucionarios véase Louis PETIT DE MEURVILLE. «Blancos y negros», *excursion en pays carliste (septembre 1874)*, París, Pous-sielgue Frères, 1874.

pueblos de los combatientes que pasaban a Francia para huir de los soldados liberales hizo de los departamentos pirenaicos un refugio bastante seguro para los absolutistas españoles. La multiplicación de redes de guías para ir de Francia a España, a pesar de los dispositivos militares y policiales de la frontera, aseguró que esta se mantuviera abierta. La lucha a todos los niveles contra la voluntad de los gobiernos de Francia y España de cerrarla herméticamente también tuvo repercusiones políticas y diplomáticas notables, sobre todo cuando los habitantes de la zona fronteriza acusaron al Gobierno francés de favorecer sus relaciones con España más que a sus propios ciudadanos⁶².

Además, las escasas trazas de discursos de los propios actores subrayan dos elementos. Primero, las motivaciones políticas —si entendemos la política como el campo regularizado y pacificado definido por las elites como ámbito de debate legítimo— no contaban en su acción. Varios contrabandistas, por ejemplo, se autodefinían como republicanos, pero afirmaban que su ideología no importaba cuando se trataba de solidaridad transfronteriza. «Déjeme con sus opiniones liberales [...]. Un contrabandista siempre es contrabandista. Don R... pasa armas a los carlistas como las pasaría a los republicanos», explicó por ejemplo en el verano de 1874 un guía a un periodista que no entendía la actuación de un contrabandista que armaba a la facción del cura Félix⁶³.

Segundo, todos los discursos ponían de relieve un fuerte resentimiento contra las políticas de Francia y España en la frontera, en particular contra la voluntad de ambos gobiernos de controlar ese espacio y de transformar una frontera-confines en frontera-línea⁶⁴. Todos expresaban también una verdadera ansiedad en cuanto al futuro de su entorno social si perduraba tal política. Al dirigir en abril de 1873 una protesta al presidente de la República francesa contra la decisión de alejar a todos los españoles de la frontera, varios responsables políticos locales de los Bajos Pirineos afirmaban que con su escrito hablaban «en nombre de una población de

⁶² Alexandre DUPONT: *La internacional blanca...*

⁶³ Véase, por ejemplo, *La Liberté*, 24 de agosto de 1874.

⁶⁴ Lucien FEBVRE: «Frontière: le mot et la notion», en *Pour une histoire à part entière*, París, SEVPEN, 1962, pp. 11-24.

15.109 habitantes, perjudicada en sus afecciones, su manera de ser, sus intereses, sus medios de existencia»⁶⁵.

En general, la acción procarlista de los fronterizos fue esencial para los partidarios de don Carlos: sin esta ayuda no hubieran sido capaces de mantener una guerra de cuatro años contra el Gobierno y nunca hubieran podido levantar y armar un verdadero ejército de unos cien mil hombres, capaz de enfrentarse al ejército gubernamental en el campo de batalla. Sin embargo, esta acción también tenía otro sentido para los fronterizos. La Segunda Guerra Carlista empezó en un contexto particular en ambos lados de la frontera: desde mediados del siglo, la zona fronteriza se enfrentaba a la intervención gubernamental, cada vez más fuerte, y a la progresiva introducción del capitalismo⁶⁶. Por un lado, los Estados intentaban afirmar su poder en su territorio y en su población, lo que implicaba un control reforzado de la frontera y de su cruce: la frontera se convirtió en un laboratorio de lo político y fue en este momento cuando los Estados francés y español decidieron fijar el trazado concreto y definitivo de la línea fronteriza⁶⁷. Por otro lado, la expansión del capitalismo implicó, paradójicamente, la instalación de impuestos y tasas estatales y un control reforzado sobre la circulación internacional de los bienes, así como una fuerte emigración de la zona fronteriza, en particular en el espacio vasco, algo que empezó a preocupar a las autoridades desde la década de 1850⁶⁸.

De forma general, estas transformaciones generaron una profunda desestabilización de los equilibrios socioeconómicos en las sociedades pirenaicas, basadas en una organización transfronteriza en la cual los hombres y las cosas pasaban de uno a otro país de forma bastante fácil, sin que estas relaciones constantes significasen un rechazo o un desinterés hacia el Estado ni una falta de inte-

⁶⁵ «À Monsieur le Président de la République», 14 de abril de 1873, Archives Nationales, F⁷ 12576.

⁶⁶ Jean-François SOULET: *Les Pyrénées au XIX^e siècle*, Toulouse, Eché, 1987.

⁶⁷ Joan CAPDEVILA SUBIRANA: *Historia del deslinde de la frontera hispano-francesa: del Tratado de los Pirineos (1659) a los Tratados de Bayona (1856-1868)*, Madrid, Centro Nacional de Información Geográfica, 2009.

⁶⁸ José Manuel AZCONA PASTOR: *Los paraísos posibles. Historia de la emigración vasca a Argentina y Uruguay en el siglo XIX*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1992.

gración en las naciones emergentes⁶⁹. Sin embargo, la cosmovisión de los habitantes de los Pirineos estaba marcada por esta organización transfronteriza y, en la segunda mitad del siglo, veían desaparecer poco a poco el mundo que siempre habían conocido y en el que vivían. Más allá de los intereses económicos de estos artesanos y campesinos, las transformaciones del siglo XIX amenazaban también una concepción del mundo, una economía moral para usar las palabras de Edward P. Thompson⁷⁰. Esto se refleja bien en las palabras que el *syndic* del valle de Baigorri, en la frontera, dirigió en 1873 al subprefecto de Mauléon, a propósito de los derechos de pastoreo transfronterizos puestos en peligro por la política del Estado francés durante la guerra carlista: «[Los baigorrianos] se ven despojados por culpa del Gobierno de unas montañas muy ricas que poseían de hecho y de derecho desde tiempos inmemoriales, y que a menudo defendieron con las armas en la mano»⁷¹. En concreto, no fue una casualidad que el carlismo incluyera por aquel entonces la defensa de los fueros en su programa: en las regiones pirenaicas, los fueros implicaban exenciones fiscales, exenciones militares y un particularismo aduanero, tres elementos situados en el corazón de la imposición del Estado y del capitalismo en la región⁷².

Varios historiadores han mostrado que estos factores desempeñaron un papel nada desdeñable en la movilización carlista de los años 1870⁷³. Este caso demuestra muy bien que la politización no se reduce a un proceso desde arriba hacia abajo: durante la guerra carlista de 1872-1876, fueron las elites carlistas las que se mostraron capaces de adaptar su programa político a las reivindicaciones de

⁶⁹ Peter SAHLINS: *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrenees*, Berkeley, University of California Press, 1991.

⁷⁰ Edward Palmer THOMPSON: «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past & Present*, 50 (1971), pp. 76-136.

⁷¹ Carta del *syndic* de Baigorri al subprefecto de Mauléon, 4 de mayo de 1873, Archives Nationales, F⁷ 12578.

⁷² María Cruz MINA APAT: *Fueros y revolución liberal en Navarra*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

⁷³ Enriqueta SESMERO CUTANDA: *Clases populares y carlismo en Bizkaia, 1850-1872*, Bilbao, Universidad de Deusto, 2000, y Lluís Ferrán TOLEDANO GONZÁLEZ: *Carlins i catalanisme: la defensa dels furs i de la religió a la darrera carlinada, 1868-1875*, Sant Vicenç de Castellet, Farell, 2002.

los que tradicionalmente les habían apoyado. Además, subraya una vez más la importancia de los mediadores, los hombres de las élites locales que conectaban el lenguaje y las reivindicaciones populares con las élites realistas; en cierta forma, actuaron como intérpretes entre dos idiomas sociales para hacerlos compatibles y mantener la coherencia de la cultura realista. No es casualidad que los responsables de la movilización procarlista en ambos lados de la frontera, reunidos en juntas locales como el Comité Carlista de Bayona o la Junta Real de Navarra, fueran todos hombres —y mujeres— procedentes de la zona fronteriza, aptos para comunicarse entre sí y con los habitantes de la frontera⁷⁴.

Así se puede explicar esta curiosa solidaridad transfronteriza en los Pirineos, devolviendo a la cosmovisión de las clases populares su originalidad y su coherencia. Más que el programa contrarrevolucionario de las élites, los actores que se involucraron en la guerra carlista defendían su propia cosmovisión, una cosmovisión específica y articulada en torno a una organización socioeconómica basada en el cruce de la frontera; también defendían el mundo en el que vivían y que estaba desapareciendo, lo que suscitó el apoyo de los habitantes del lado francés de la frontera, más allá de las consideraciones ideológicas. Las pocas huellas que dejaron estos actores, si bien nos permiten identificar una cosmovisión propia, no nos proporcionan información sobre sus contenidos más allá del rechazo al Estado. Identificarlos requiere de nuevas investigaciones y herramientas que permitan superar esta dificultad, quizás recurriendo a la antropología histórica.

Se podría argumentar que la actitud de los fronterizos en la guerra carlista tenía un carácter exclusivamente egoísta, que poco tenía que ver con lo político al centrarse en la comunidad local, y que, a fin de cuentas, la actuación de los habitantes de los Pirineos es otra ilustración de que el concepto de «antirrevolución» es relevante. Para concluir, se puede, sin embargo, proponer otra manera de pensar el realismo popular. Estas clases populares de los Pirineos, procedentes de un espacio distante y marginal en todos los sentidos de la palabra, fueron capaces de producir un lenguaje sociopolítico

⁷⁴ Alexandre DUPONT: *La internacional blanca...*, cap. 6.

adaptado a la situación a la que se enfrentaban, un lenguaje diferente del de las elites, que se centraba en la zona fronteriza por debajo de la escala nacional, un lenguaje que adaptaba y utilizaba el realismo como un vehículo para llevar sus problemáticas locales a la escena política nacional.

Este caso nos invita a interesarnos en la multiplicidad de los espacios sociales y de los lenguajes que cohabitaron en el realismo, en las especificidades de la cosmovisión de las clases populares realistas —retomando y repensando el concepto de economía moral, entre otros—, en las interacciones entre este lenguaje social y el de las elites, etc. Se trata, en fin, de reconstruir una historia del realismo desde abajo, tomando el/los realismo/s popular/es en serio e intentando captar sus particulares modos de concebir, construir y practicar política.

Calle Real, calle Mayor: el comercio moderno en la España de provincias (1860-1936)

Sergio Tomé Fernández

Universidad de Oviedo
stome@uniovi.es

Resumen: Desde mediados del siglo XIX hasta la Guerra Civil, las transformaciones capitalistas se extendieron a las ciudades de categoría media baja, cuyo censo no alcanzaba los cien mil habitantes en 1930. El comercio desempeñó un papel fundamental en su transición hacia el modelo urbano liberal, como motor de crecimiento, agente de cambios espaciales o paisajísticos, y traductor de los procesos de orden general. Las herencias del viejo circuito comercial proporcionaron los cimientos para la modernización de la actividad mercantil, sus implantaciones y la morfología de los establecimientos, en el nuevo centro urbano que en gran medida se superpone al centro tradicional y lo prolonga.

Palabras clave: ciudad, historia urbana, comercio, centro urbano.

Abstract: From the mid-nineteenth century until the Civil War, capitalist transformation reached medium-size cities in Spain, those with less than one hundred thousand inhabitants by 1930. Commerce was very important in the transition of those cities towards a liberal-urban model. It not only acted as a motor spurring growth, but it also changed spaces and landscapes, serving as a translator for the transformation of the urban order. Older trade networks served as the basis for the modernization of mercantile activity. The new urban centre overlapped with and prolonged the traditional urban centre, as new stores opened and others became transformed.

Keywords: city, urban studies, trade, city centre.

Introducción

Los estudios de carácter retrospectivo acerca del comercio urbano en España no son muy numerosos, en particular en lo que se refiere a la etapa crucial de modernización física y estructural que va desde mediados del siglo XIX hasta la Guerra Civil. Como corresponde a un objeto de reflexión transversal, los autores de esos trabajos no son solo historiadores, sino investigadores o divulgadores de disciplinas afines (Economía, Arquitectura, Historia del Arte), con perspectivas diversas y escalas de análisis locales o regionales. Directas o no, las aportaciones efectuadas desde el campo de la Historia desvelan el papel destacado de la actividad comercial, entre las transformaciones más características del periodo entre repúblicas. En Madrid, el grupo de investigación complutense Espacio, Sociedad y Cultura en la Edad Contemporánea, dirigido por Luis Enrique Otero Carvajal, aglutina un equipo al que pertenecen, entre otros, Rubén Pallol Trigueros, Fernando Vicente Albarrán y Borja Carballo Barral. En sus publicaciones sobre la capital han utilizado el padrón para medir la expansión de los servicios a través de su mercado laboral. Del mismo núcleo participan Nuria Rodríguez Martín y Santiago de Miguel Salanova, que emplean esa y otras fuentes para acercarse a las nuevas pautas de consumo, la dinámica del sector comercial y la irrupción de la publicidad en el siglo XX¹.

¹ Ángel BAHAMONDE: «El mercado de mano de obra madrileño (1850-1874)», *Estudios de Historia Social*, 15 (1980), pp. 143-175; Santiago de MIGUEL SALANOVA, Luis DÍAZ SIMÓN y Rubén PALLOL TRIGUEROS: «Los servicios: un sector clave en la transformación del mercado laboral de la ciudad de Madrid a comienzos del siglo XX», en Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO, Antonio ORTEGA SANTOS y Manuel MARTÍNEZ MARTÍN (coords.): *Ciudad y modernización en España y México*, Granada, Universidad de Granada, 2013, pp. 181-200; Santiago de MIGUEL SALANOVA y Nuria RODRÍGUEZ MARTÍN: «Modernización comercial y nuevas formas de ocio y consumo en el Madrid del primer tercio del siglo XX», en Alejandra IBARRA AGUIRREGOBIRIA (coord.): *No es país para jóvenes*, Vitoria, Instituto Valentín Foronda, 2012, pp. 1-22; Luis Enrique OTERO CARVAJAL y Rubén PALLOL TRIGUEROS: «El Madrid moderno, capital de una España urbana en transformación, 1860-1931», *Historia Contemporánea*, 39 (2009), pp. 541-588; Rubén PALLOL TRIGUEROS: «Trabajadores en la ciudad: la evolución del mercado laboral masculino madrileño a través de los padrones municipales, 1860-1905», en Óscar ALDUNATE e Iván HEREDIA (coords.): *Primer Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la Asocia-*

De otro lado está el grupo de investigación Demografía Histórica e Historia Urbana de la Universidad del País Vasco, interrelacionado con el anterior, donde Manuel Gómez Portilla y José María Beascochea Gangoiti han medido el aporte de la actividad mercantil al crecimiento de las clases medias, a través de fuentes fiscales². Sin pretensiones de exhaustividad, y aparte de los demás autores citados a lo largo del texto, es inevitable la referencia a los arquitectos catalanes Manuel Guardia, José Luis Oyón y Nadia Favia, por lo tocante a los mercados de abasto³.

Parece forzoso destacar aparte la contribución de los geógrafos, orientada en concreto al comercio en diferentes periodos y, sobre todo, de forma lateral, mediante monografías que reconstruyen el crecimiento de las distintas ciudades desde el siglo XIX, tratando con cierta profundidad el papel desempeñado por las funciones terciarias⁴. Los aspectos más estrictamente geográficos no son solo de orden espacial: variaciones en la distribución y en las combina-

ción de Historia Contemporánea, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2008; Rubén PALLOL TRIGUEROS, Fernando VICENTE ALBARRÁN y Borja CARBALLO BARRAL: «Del taller a la gran fábrica, del ultramarinos a la gran empresa: la evolución del mercado de trabajo madrileño entre 1860 y 1930», en María Encarna NICOLÁS y Carmen GONZÁLEZ (coords.): *Ayeres en discusión: temas clave de historia contemporánea*, Murcia, Universidad de Murcia, 2008, pp. 91-123; Nuria RODRÍGUEZ MARTÍN: «Cuando Carmen va de compras. Clases medias y sociedad de consumo en el Madrid del primer tercio del siglo XX», en José María BEASOECHEA GANGOITI y Luis Enrique OTERO CARVAJAL (coords.): *Las nuevas clases medias urbanas: transformación y cambio social en España, 1900-1936*, Madrid, Catarata, 2015, pp. 170-185.

² José María BEASOECHEA GANGOITI y Arantxa PAREJA: «Tiendas y tenderos de Bilbao a finales del ochocientos», *Bidebarrieta*, 17 (2006), pp. 249-264; Manuel GONZÁLEZ PORTILLA, Jesús HERNANDO PÉREZ y José María URRUTIKOETXEA LIZARRAGA: «Clases medias en un contexto de desarrollo industrial y urbano, 1876-1930. El País Vasco y sus dos principales escenarios de modernización», en José María BEASOECHEA GANGOITI y Luis Enrique OTERO CARVAJAL (coords.): *Las nuevas clases medias urbanas: transformación y cambio social en España, 1900-1936*, Madrid, Catarata, 2015, pp. 58-78.

³ Manuel GUARDIA, José Luis OYÓN y Nadia FAVIA: «De mercado de barrio a mercado central: trabajo, parentesco y proximidad en torno al mercado del Born, 1876-1931», *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, 36 (2013), pp. 231-246.

⁴ Carlos CARRERAS VERDAGUER: «Per una nova geografia comercial urbana», *Revista Catalana de Geografia*, 10 (1989), pp. 5-21; Sergio TOMÉ: «Comercio y ciudades medias en la España del desarrollismo», *Biblio 3W*, 17 (2012), pp. 1-30, www.ubu.edu/geocrit/, e ID.: «Posguerra y ciudad: la memoria del comercio perdido», *Ería*, 91 (2013), pp. 110-128.

ciones de actividades, jerarquía, redefinición y desplazamiento del centro de negocios. También interesan otras dimensiones más formales, pues las tiendas y almacenes son un elemento relevante del paisaje urbano, y su fisonomía y organización interna han variado de forma sustancial siguiendo los ciclos de desarrollo de la ciudad; así que el comercio es una resultante y un cruce de influencias, con múltiples significados y muy alto valor informativo⁵.

Sumando distintas procedencias, los conocimientos disponibles sobre el particular para el periodo anterior a 1936 están muy fragmentados, no suelen tener carácter general e iluminan de manera muy desigual el territorio nacional, dando mayor cobertura a las poblaciones principales. De ahí resultó la decisión de efectuar un acercamiento selectivo, referido exclusivamente a las ciudades de tipo medio o más bien medio-bajo, entendidas de forma abierta como el conjunto situado entre las grandes aglomeraciones o las capitales regionales y los pequeños núcleos; es decir, plazas que en ningún caso rebasaron los cien mil habitantes en 1930. Valorar por separado lo ocurrido en ese grupo está asimismo justificado por tratarse del tipo dominante, al que pertenecían la generalidad de las capitales de provincia, y además representan el límite inferior hasta donde alcanzó de lleno el proceso de renovación comercial iniciado en la parte alta de la red urbana.

El trabajo que aquí se presenta es, en primer término, una recopilación bibliográfica de historia urbana multidisciplinar, pero orientada preferentemente hacia los textos procedentes de la geografía. Esa parte proporcionó una primera sistematización, completada después con aportaciones de primera mano. La consulta de periódicos, revistas, guías (comerciales, turísticas) y anuarios suministró textos, anuncios y fotografías de gran valor⁶. La búsqueda se extendió a las tarjetas postales que contienen vistas urbanas cerca-

⁵ Allain REMY: *Morphologie Urbaine*, París, Armand Colin, 2004, y Horacio CAPEL: *La morfología de las ciudades*, vol. II, *Aedes Facere: técnica, cultura y clase social en la construcción de edificios*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2005.

⁶ Sirvan como ejemplo, para Asturias y León, estas obras: Enrique ÁLVAREZ SUÁREZ y Francisco Manuel GÁMEZ: *Guía monumental, histórica, artística, industrial, comercial y de profesiones*, Madrid, Matéu Ediciones, 1923; *Anuario descriptivo de Asturias para 1904*, Gijón, Tipografía del Anuario Descriptivo, 1904, y Raimundo RODRÍGUEZ y Winocio TESTERA: *Guía artística oficial de León*, León, Imprenta Moderna, 1925.

nas, pues son un documento geográfico de primer orden, y precisamente vivieron su época dorada entre 1910 y 1925, gracias a la labor de Hauser y Menet, Thomas o Castiñeira, Álvarez y Levenfeld, además de García Garrabella y Roisin⁷. Entre postales e instantáneas de otra clase fueron seleccionadas casi medio millar de fotografías de establecimientos, y calles o plazas comercialmente densas. Las imágenes se clasificaron con arreglo a variables sencillas: cronología aproximada, naturaleza del documento (foto, postal, anuncio, cromo) y encuadre (primer plano de local, conjuntos o agrupaciones de tiendas, e interiores de estas). Como apoyo secundario fueron entrevistados treinta informantes descendientes de propietarios de empresas, dependientes, viajeros y «chicos» en León, Zamora, Oviedo, Santander y Salamanca, cuyas historias de vida contienen información cualitativa de utilidad, incorporada parcialmente a la descripción interpretativa.

El interés por la memoria del comercio urbano o rural se remonta sobre todo a la parte final del siglo xx y ha fructificado en iniciativas como el Museo del Comercio y la Industria de Salamanca (2006), el Centro de Interpretación del Antiguo Comercio en Salas de Pallars (Lleida, 2007) o la parte dedicada a esa actividad en el Centro de Cultural Tradicional de Pusol (Elche). Libros y artículos periodísticos relativos a las contadas tiendas antiguas aún existentes en ciudades de categoría intermedia han alimentado el debate sobre su consideración como recurso cultural, y la necesidad de proteger los establecimientos de más edad o valor identitario que sobrevivieron a las destrucciones masivas practicadas desde los años setenta. Su inclusión en los Catálogos de Patrimonio no ha logrado salvar las empresas, pero sí algunos locales, que han sido adaptados para dedicaciones nuevas, lo cual no siempre impide su banalización. El grupo de ciudades que aquí nos ocupa solo conserva una porción insignificante de los negocios anteriores a la dictadura en su integridad. Hasta donde conocemos, los más antiguos son la cerería y comestibles Corderet de Tarragona, cuyo origen se remonta a 1751, y las farmacias Puente (Vitoria, 1826) y Merino (León, 1827), además de la espartería Taboada en Talavera de la Reina (1835), la sombre-

⁷ Publio LÓPEZ MONDÉJAR: *Las fuentes de la memoria*, vol. II, *Fotografía y sociedad en España, 1900-1939*, Barcelona, Lunwerg, 1992, y Juan Miguel SÁNCHEZ VIGIL: *Del daguerrotipo a la instamatic*, Gijón, Trea, 2007, pp. 283-288.

rería Casa Ponsol en San Sebastián (1838) y la también vitoriana Óptica Mendía (1856). Del último tercio del siglo XIX proceden la Confitería Madrileña de Salamanca (1870), el ultramarinos La Confianza (Huesca, 1871) o la sombrerería Durín en Logroño (1896), y a principios del siglo XX corresponden el gijonés café Dindurra (1901) y la librería del Espolón (Burgos, 1907).

El arranque de los cambios en la actividad y el espacio mercantil

El intercambio de los excedentes agrícolas y la producción artesanal, en torno a ferias y mercados, proporcionó a las ciudades españolas su mayor fuente de vida hasta bien entrado el siglo XIX. Las exigencias espaciales del comercio condicionaron por completo el crecimiento de los núcleos preindustriales, en torno a las rutas de comunicación, así como sus trazas y organización interna⁸. La trama urbana heredada (división parcelaria, caserío, definición de los frentes de manzana, recorridos de soportal) experimentó sucesivas reformas y derribos locales, para adaptarse a las necesidades cambiantes del tejido comercial, resultando un modelado por estratos temporales de gran riqueza morfológica. Esa relación histórica ganó complejidad y cobró dimensiones diferentes durante la parte central del Ochocientos, al configurarse la ciudad burguesa, dentro de un Estado liberal que reforzó las capitales de provincia. La ruptura del aislamiento, con la extensión progresiva de las redes de transporte, comenzó a modificar las bases de actividad urbana (administración, banca, funciones productivas, distribución, bienes raíces), estimuló el aumento poblacional y la formación de una nueva elite⁹. En onda expansiva de lenta propagación, desde las ciudades mayores a las medianas y pequeñas, la transformación capitalista

⁸ Carlos CARRERAS VERDAGUER: «Per una nova geografia...», p. 9; Leopoldo TORRES BALBÁS: «La Edad Media», en *Resumen histórico del urbanismo en España*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1987, pp. 68-172; Fernando DE TERÁN: *Historia del urbanismo en España*, vol. III, *Siglos XIX y XX*, Madrid, Cátedra, 1999, y Gabriel WACKERMANN: *Géographie urbaine*, París, Éditions Ellipses, 2000.

⁹ Luis Enrique OTERO CARVAJAL: «Las ciudades en la España de la Restauración, 1868-1939», en *España entre Repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, vol. I, Guadalajara, Asocia-

adquirirá expresión geográfica en forma de escenarios mercantiles nuevos, bajo los cuales suelen permanecer unas bases materiales previas. En principio el comercio moderno colonizó las viejas calles y plazas tradicionalmente dedicadas a esa función, indisolubles de los ejes primarios de circulación¹⁰. Su primacía descansaba en factores de localización, ya que eran umbral del casco, travesía, ronda o coso, cuando no nudo viario o gozne entre unidades morfológicas diferenciadas. De esa forma conservaron o revalidaron su condición de sitios principales, y en no pocos casos han logrado mantenerla, al menos relativamente, hasta hoy.

Poseen denominaciones características: Mayor, del Mercado, Mercadal o de las Tiendas cuando se trata de plazas; si son calles figuran como topónimos dominantes Mayor y Real, entre muchos otros. Hay calles mayores con marcado protagonismo en ciudades de Castilla (Albacete, Alcalá, Béjar, Guadalajara, Palencia y Salamanca), Cataluña (Lérida y Tarrasa), Valencia (Alicante, Benidorm y Castellón) y Murcia (Cartagena), además de Navarra (Pamplona) y Aragón (Jaca). La calle Real continúa siendo una arteria de tiendas con peso específico en Almería, Ceuta, Ferrol, La Coruña, San Fernando, Santa Cruz de la Palma o Segovia. Otros nombres propios declaran el origen, como la Rúa de León. Aluden acaso a su naturaleza funcional en el Coso de Huesca, La Carrera en La Laguna y Jaén (hoy Bernabé Soriano), pero también Corredora en Elche, Corredera en Lorca y Carretería en Cuenca. Pueden, si no, explicar otros atributos de donde deriva la principalidad: calle Maestra (Jaén), calle Nueva (Cádiz y Teruel), calle Ancha (Albacete, Cádiz, León y Sanlúcar) o calle Larga (Jerez). En ocasiones se llaman directamente del Comercio (Toledo y pasaje del Comercio en Linares), de Las Tiendas (Almería) y Los Portales (Baeza y Logroño). O precisan en mayor grado los cometidos de origen: Mesones (Úbeda), Argentería (Gerona), Correría (Vitoria) o Azafrenal (Salamanca). Los más habituales aparecen a veces asociados para enfatizar o indicar jerarquía (Rúa Mayor de Salamanca o Mayor Principal en Palencia), o se les añaden especificaciones temporales, caso de Rúa Nueva en Santiago.

ción de Amigos del Archivo Histórico Provincial, 2007, pp. 27-80, y Luis Enrique OTERO CARVAJAL y Rubén PALLOL TRIGUEROS: «El Madrid moderno...», pp. 543-551.

¹⁰ Horacio CAPEL: *La morfología...*, p. 444.

IMAGEN 1

Calle Mayor principal, Palencia



Fuente: Vicente BUZÓN CONCHEIRO: *Palencia antiguo*, Palencia, Editora del Carrion, 1997, p. 26.

Según la investigación realizada por Quirós Linares utilizando el *Diccionario* de Pascual Madoz, la primera novedad que llegó gradualmente desde mediados del siglo XIX a las capitales de provincia y poblaciones menores fue la tienda fija, en lugar de las tiendas del aire y los puestos de soportal, al incrementarse el número y variedad de artículos, así como el poder de compra. Había mayor disponibilidad de productos agrícolas y una amplia gama de nuevos bienes (tejidos, ferretería, quincalla, herramientas, máquinas), parte de ellos importados¹¹. El perfil dominante en los primeros establecimientos modernos era el de comercio general o mixto, aunque desde el comienzo estuvo presente la especialización. Además de boticas, pañerías o coloniales, antes de 1835 abrieron joyerías, pastelerías-restaurant, y ya en 1850 se saltó a otro concepto empre-

¹¹ Francisco QUIRÓS LINARES: *Las ciudades españolas en el siglo XIX*, Valladolid, Ámbito, 1991, pp. 63-71.

sarial en los almacenes santanderinos Las Tres BBB, denominación generalizada luego para quincalla y mercerías, que en algunos casos sobrevivieron hasta 1970. De algún modo la dinámica a la que nos referimos estuvo asociada con los productos procedentes del exterior y, en algunos casos también, con la presencia de extranjeros. Por ejemplo, en las mayores ciudades costeras de las islas Canarias, donde el Régimen de Puertos Francos de 1852 atrajo comerciantes ingleses y franceses¹².

El marco espacial sobre el que se proyectaban aquellos cambios era el de cascos urbanos sometidos a profundos reajustes morfológicos y funcionales, con la reforma liberal y los primeros ensanches, indisociables de la evolución de los transportes¹³. La regularización del plano y la sustitución del caserío permitían dedicar los pisos bajos a tiendas, talleres y almacenes, del mismo modo que la remodelación de las plazas mayores estuvo en gran medida justificada por los imperativos comerciales. La atracción ejercida, con ayuda del mercado semanal y las paradas de diligencias, se vio normalmente reforzada al aparecer los primeros mercados de abastos, en las décadas de 1830-1840, utilizándose al efecto solares obtenidos por derribo o lugares descubiertos, formalizados o no¹⁴. A veces estaban especializados previamente en la venta de artículos determinados (madreñas, leche etc.), según el reparto funcional de cada localidad. En esas zonas de fuerte concentración, espacios públicos y antiguas calles principales poco a poco reedificadas, convivían de manera natural el intercambio mercantil y la socialización; ofrecen prueba de ello las primeras sucursales del café Suizo fuera de las grandes ciudades (Burgos, Pamplona, Santander, Santa Cruz de Tenerife y Toledo)¹⁵.

¹² Emilio MURCIA NAVARRO: *Santa Cruz de Tenerife, un puerto de escala en el Atlántico*, Tenerife, Aula de Cultura, 1975.

¹³ Carmen MIRALLES GUASCH: *Ciudad y transporte. El binomio imperfecto*, Barcelona, Ariel, 2002, y Basilio CALDERÓN CALDERÓN: «Las ciudades de la ciudad. Apuntes sobre los orígenes de la memoria urbana en la España de los siglos XIX y XX», en Gonzalo ANDRÉS LÓPEZ: *La ciudad de la memoria: Burgos a través de la fotografía histórica (1833-1936)*, Burgos, Dossolés, 2002, pp. 13-39.

¹⁴ Manuel GUARDIA BASSOLS y José Luis OYÓN BAÑALES: «Los mercados públicos en la ciudad contemporánea. El caso de Barcelona», *Scripta Nova*, 744 (2007).

¹⁵ A fin de siglo alcanzaban el medio centenar según Antonio FERNÁNDEZ CA-

El modelado del centro comercial en la ciudad de la Restauración

Conforme avanzaba la centuria hacia su cuarto final y el entre siglos, la revolución del transporte (ferrocarril, carreteras, puertos) facilitó la explotación de los yacimientos mineros, el despegue industrial de los territorios periféricos y la puesta en valor de los recursos agropecuarios. Con fuerte participación extranjera, proliferaron las sociedades inversoras y grupos financieros, robustecidos gracias al retorno de capitales cuando termine de derrumbarse el imperio colonial¹⁶. La mayor difusión territorial y la orientación más diversa de las inversiones dieron lugar a una creciente diferenciación regional y una mayor jerarquía urbana. Las ciudades de peor posición permanecieron ancladas al campo, dedicadas a la actividad mercantil y los servicios. Otras adquirieron una base económica más compleja, engrosaron su censo gracias al aporte inmigratorio, y el abastecimiento pasó a ser en ellas una cuestión de mayor importancia. Las más dinámicas conocerán pronto la modificación de las relaciones de clase, al afianzarse la burguesía de negocios con nuevas necesidades y prácticas de representación social, frente a las clases medias todavía poco numerosas fuera de las grandes capitales y el proletariado en aumento¹⁷. El comercio conoció entonces una expansión numérica a importantes modificaciones cualitativas en las localidades con mejor posición geográfica, donde los progresos del sector mercantil estarán conectados con la renovación urbanística y arquitectónica¹⁸.

La reforma interior de poblaciones, herramienta fundamental de intervención urbanística, recibió su mayor impulso en tiem-

SADO: *Guía histórica de fondas, posadas, hoteles, restaurantes y tabernas de Bilbao*, Bilbao, BBK, 2002, p. 49.

¹⁶ Francisco ERICE SEBARES: «Comercio, comerciantes y dependientes en Asturias», *Semata: Ciencias sociales e humanidades*, 12 (2001), pp. 125-165, y Fernando DE TERÁN: *Historia del urbanismo...*, pp. 93-95.

¹⁷ Francisco ERICE SEBARES: *Propietarios, comerciantes e industriales. Burguesía y desarrollo capitalista en la Asturias del siglo XIX (1835-1885)*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1995; Luis Enrique OTERO CARVAJAL: «Las ciudades...», pp. 17-20, y Luis Enrique OTERO CARVAJAL y Rubén PALLOL TRIGUEROS: «El Madrid moderno...», pp. 546-557.

¹⁸ Gracia SUÁREZ BOTAS: «La estancia en la ciudad», en Armando RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (coord.): *Puerto de Gijón, escala turística*, Gijón, Autoridad Portuaria, 2008, pp. 95-181, esp. pp. 128-147.

pos de la Restauración, dando como resultado el replanteamiento de los espacios centrales heredados y la definición de otros, donde se esculpe el núcleo comercial capitalista¹⁹. Plazas y arterias históricas de vocación mercantil y artesana confirmaron su papel, o lo cedieron a nuevos enclaves abiertos al demoler fortificaciones (Puerta Purchena en Almería, Rambla Nova de Tarragona o Plaza Constitución en Jaén)²⁰. Hubo desplazamientos, dentro de los límites del viejo recinto o en su aureola envolvente, hacia viales destacados por la construcción de edificios administrativos, residencias burguesas o por su condición de paseos: Corrida en Gijón o Herradores en la Laguna²¹. Municipios vivaces con proyectos de ensanche tempranos (Santander, San Sebastián o Vigo) conocerían pronto desbordamientos o incipientes traslados del centro de gravedad hacia la nueva cuadrícula y la estación de ferrocarril. Las calles principales irán exhibiendo fisonomías semejantes, producto de una normalización edificatoria que introdujo lo que hoy llamamos arquitectura ambiental (casas balconadas o de miradores)²². Los estudios locales revelan que esos viales de primer orden respondían a un mismo pa-

¹⁹ Jean Claude BOYER: *Les villes européennes*, París, Hachette Editions, 2003, p. 99.

²⁰ Ana María ARANDA BERNAL y Fernando QUILES GARCÍA: *Historia urbana de Algeciras*, Sevilla, Junta de Andalucía, 1999, p. 27; Emilio ARROYO LÓPEZ, Rafael MACHADO SANTIAGO y Carmen EGEA JIMÉNEZ: *El sistema urbano de la ciudad de Jaén*, Granada, Universidad de Granada-Ayuntamiento de Jaén, 1992, p. 27; Félix CASTAÑO FERNÁNDEZ: *Los paisajes urbanos de Mérida*, Mérida, Biblioteca Pública, 1989, p. 50; Fernando FERNÁNDEZ GUTIÉRREZ y Rafael ASENJO PELEGRINA: *La visión subjetiva del espacio urbano almeriense*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 1998, p. 25; Vicente GONZÁLEZ PÉREZ: *La ciudad de Elche*, Valencia, Universidad de Valencia, 1976, p. 93, y Francisco Javier PÉREZ ROJAS: *Cartagena, 1878-1936*, Murcia, Editora Regional, 1986, p. 104.

²¹ Carmen CALERO MARTÍN: *La Laguna, desarrollo urbano y organización del espacio*, La Laguna, Ayuntamiento de La Laguna, 2001, p. 298.

²² Manuel FERRER REGALES y Andrés PRECEDO LEDO: «Las ciudades centrales del sistema vasco-navarro», *Estudios Geográficos*, 189 (1975), pp. 325-349; Juan Jesús LARA VALLE: *Desarrollo y crisis urbana de Almería*, Almería, Ediciones Cajal, 1989, p. 66; Carmen GIL DE ARRIBA: *Ciudad e imagen*, Santander, Universidad de Cantabria, 2002, pp. 139-143; Francisco Javier GÓMEZ PIÑEIRO: *Aproximación a la geografía social y urbana de la comarca donostiarra*, San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones, 1984, p. 28; José Luis PEREIRO ALONSO: *Desarrollo y deterioro urbano de la ciudad de Vigo*, Vigo, Colegio de Arquitectos de Galicia, 1981, pp. 40-47; Ramón PÉREZ GONZÁLEZ: «La Laguna», *Estudios Geográficos*, 124 (1971), pp. 443-565; Andrés PRECEDO LEDO, Rafael RODRÍGUEZ y Montserrat VILLARINO: *Vigo, área metropolitana*, Vigo, Universidad de Santiago-Fundación Caixa Galicia,

trón funcional, en cuanto a la combinación de usos: comercio, instituciones públicas y despachos de profesionales, además de círculos recreativos y hostelería (alojamiento y restauración). Eran sendas flanqueadas por una sucesión casi ininterrumpida de *lunas* de escaparates y cafés: San Francisco en Santander, la calle Mayor en Lérida o Palencia, la calle Real de La Coruña, Santa Clara en Zamora, o la calle de Enmedio en Castellón. Obedeciendo a los mismos impulsos que el comercio, la hostelería registró una dinámica de modernización y especialización socioespacial del mayor interés. Algunas publicaciones diferenciaban las posadas, mesones y tabernas, por un lado, de los cafés y hoteles modernos, por otro. Los primeros estaban preferentemente situados cerca de los mercados o las terminales de transporte, mientras que los segundos ocuparon ejes o nudos directores en el cuerpo principal de la ciudad o su ensanche, con grandes locales en esquina o chaflán. La competencia por los puntos más céntricos se resolvía en principio a favor de los cafés, que sobrevivieron por regla general hasta la época del desarrollismo, cuando cedieron paso a los bancos²³.

El despegue, reflejado en la aparición de las cámaras de comercio para defender los intereses de la burguesía mercantil, es mensurable gracias a la Matrícula de Contribución Industrial y de Comercio al menos desde 1890. Los datos de esa lista cobratoria revelan, casi con independencia del entorno geográfico, un total predominio del pequeño negocio familiar, asociado al taller artesanal o a la hostelería (tiendas bar): comercios generales, ventas de comestibles y tejidos, así como tabernas, cuyos propietarios y empleados residían con frecuencia a la parte trasera o en el piso superior. A distancia figuraban las tiendas de alpargatas, cordelería, curtidos y zapaterías, además de las droguerías y expendios de paquetería y quin-calla. Los otros tipos comerciales eran las cacharrerías, cesterías y tiendas de semillas y aperos, aparte de las cererías y suministro de objetos religiosos²⁴. Allí acudían los cosarios, a realizar la compra

1989, p. 105, y José Alberto VALLEJO DEL CAMPO: *Apuntes históricos del Santander alfonsino*, Santander, Artes Gráficas Resma, 1983, pp. 48 y 137-141.

²³ María GRECIET PEREDES: *La Cámara de Comercio, cien años de vida (1889-1989)*, Oviedo, Cámara Oficial de Comercio, 1989.

²⁴ Han utilizado la lista cobratoria, entre otros, Mariano ESTEBAN DE VEGA, Manuel REDERO SAN ROMÁN y Santiago GONZÁLEZ GÓMEZ: *Salamanca, 1900-1936*, Sa-

colectiva para los habitantes de los pueblos. A fin de siglo, en regiones industriales, se puso en marcha la transición hacia modelos más diferenciados por ramos, orientación social y localización. Fueron muy característicos del momento los coloniales y ultramarinos finos (con tostaderos de café y pequeñas fábricas de chocolate), así como los almacenes de tejidos, sederías y ferreterías. Compartían las calles más animadas con tiendas de objetos de escritorio, sombrererías, camiserías y perfumerías; estas, como los negocios de material fotográfico y guarnicionerías dedicadas a efectos de viaje, eran exponentes de una capitalización que alcanzó su cota más elevada en el mediano comercio. Ahí entrarían los negocios organizados en distintos departamentos, anticipo de los grandes almacenes, como el bazar J de Zamora y el bazar Masaveu de Oviedo, que constaba de dos edificios y secciones de confección, porcelanas finas y juguetes, además de bisutería, perfumería, flores, cuadros, tapices y bombones²⁵.

También las denominaciones evolucionaron desde las tres tipologías tradicionales que Gago González clasificó en 2007²⁶. Una recoge el nombre del fundador o propietario, si acaso con expresión de parentesco o relación (viuda de, hijos de, sucesor de); otra identifica también la actividad, de manera genérica o con puntualizaciones (pastelería y repostería), e indica si se trata de un almacén; el tercer grupo define la procedencia geográfica, empleando los apelativos de origen y los gentilicios, en masculino o femenino, de provincias (La Zamorana, La Madrileña, La Gaditana o El Navarro), comarcas (La Camerana, La Berciana, El Serranillo o El Sayagüés) y localidades (La Montijana, Los Valdepeñeros o La Carredana).

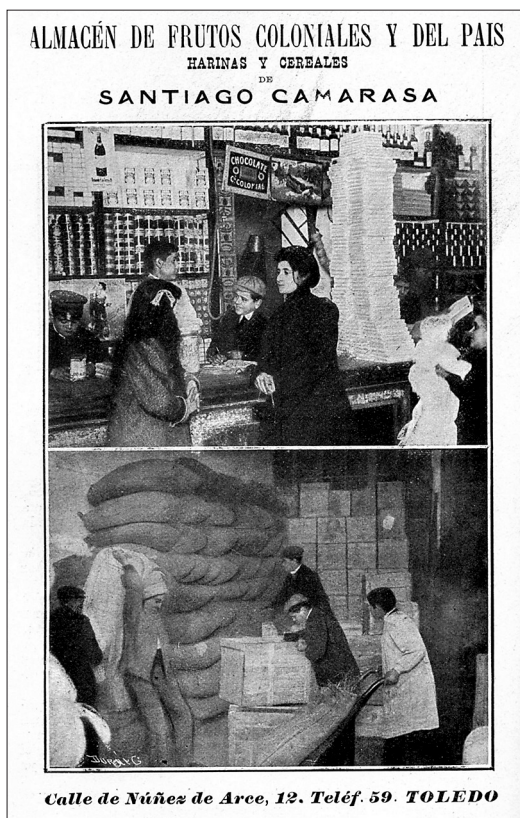
lamanca, Ediciones de la Diputación, 1992, p. 33, y Aurorea GARCÍA BALLESTEROS: *Geografía urbana de Guadalajara*, Madrid, Fundación Universidad Española, 1978, p. 247. Véase también Francisco ERICE SEBARES: «Comercio, comerciantes y dependientes...», p. 113.

²⁵ Bernabé RODRÍGUEZ VALVERDE: *El urbanismo comercial*, Jaén, Universidad de Jaén, 2000, p. 18; «Escaparates que marcan época», *Cuéntame cómo era Zamora, blog*, 13 de enero de 2016, www.laopiniondezamora.es/blogs/cuentame-como-era-zamora/escaparates-que-marcaron; Carmen RUIZ ARIAS: *La vida comercial en Oviedo a través de «Nosotros los Rivero»*, Oviedo, Ediciones Entorno Asturiano, p. 15, y María José CUESTA RODRÍGUEZ et al.: *Guía de arquitectura y urbanismo de la ciudad de Oviedo*, Oviedo, Colegio Oficial de Arquitectos de Asturias, 1998, p. 139.

²⁶ José María GAGO GONZÁLEZ: *El pequeño comercio en la posguerra castellana*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2007, pp. 53-56.

IMAGEN 2

Anuncio de un comercio de víveres
toledano a principios del siglo XX



Fuente: *Guía práctica de Toledo y su provincia*, Madrid, Ambrosio Pérez y Compañía, s. d.

Incluso países, como El Andorrano, razón que todavía sobrevive en el ensanche donostiarra. Pueden aludir al lugar de dónde vienen determinadas mercaderías o comunidades dedicadas tradicionalmente al transporte o a determinados rubros comerciales. De ahí las tiendas de tejidos El Catalán o Los Catalanes, la armería Ei-

barresa, los pescados La Coruñesa o El Maragato, y los dulces, heladerías y turrones El Valenciano, aunque también aparece aplicado con cierta frecuencia a ferreterías. A eso se sumaron nuevas categorías que explicitaban la evolución técnica, los cambios sociales y el avance de las ideas. El contexto material trajo nombres como El Porvenir, El Progreso, El Pensamiento, La Verdad, El Siglo o El Vapor. Los hay, si no, alusivos a países o ciudades tomados como referencia cultural o económica, lugar de procedencia de hombres de negocios u origen de artículos importados: La Parisiën, El Belga o La Suiza (aplicado a granjas o lecherías). Están por fin los indicativos puramente mercantiles, que proclaman cualidades, alicientes o ventajas comparativas de la empresa: La Competidora, La Favorita, La Buena Voluntad, El Buen Gusto, El Barato o La Novedad.

La corriente de cambios terminó por sustanciarse en la morfología comercial de diferentes formas. En contraposición al comercio previo, más relacionado con el mundo rural, más parecido al taller artesanal y encerrado en sí mismo, los negocios modernos estaban volcados al exterior gracias a los escaparates, resultantes de los avances técnicos, cuya capacidad se aprovechaba al máximo para exhibir mercadería. Además de las cristaleras, la fisonomía de las tiendas venía dada por las portadas de madera, ricamente trabajada en algunos casos, y los elementos gráficos pintados o grabados sobre el vidrio, con el nombre de la empresa y su dedicación. Las fotografías de época recogen a veces interiores repletos de productos, en los colmados y bazares, ocupando estantes y mostradores, colgando del techo o descansando sobre el suelo. En cuanto a la proyección hacia la vía pública, los toldos (en tela cruda o de listas) eran un distintivo de las calles más activas, así como los rótulos de muestra. En una instantánea de las barricadas levantadas en Santander durante la Revolución Gloriosa de 1868, quedaron perennizados los grandes carteles publicitarios del mundo moderno: Salón de Peluquería, Géneros de Moda²⁷. Algunos cafés desplegaban sobre la acera estructuras de fundición, soportadas con columnillas, para proteger los veladores del sol o de la lluvia, como en el alicantino paseo de la Explanada. Todavía puede verse uno de esos porches

²⁷ José Alberto VALLEJO DEL CAMPO: *Apuntes históricos del Santander...*, p. 18.

con aire colonial, acompañando al local de un viejo café cerrado en el centro de Avilés. La utilización masiva del hierro y el cristal dejó huella en los primeros pasajes comerciales de carácter monumental, el de Gutiérrez (Valladolid), abierto durante los años 1880, y el de Conesa (Cartagena), en el decenio posterior. También gran parte de los mercados centrales o municipales inaugurados entre 1880 y 1910 eran metálicos, aunque los hubo de piedra o ladrillo. En ocasiones se trataba de un segundo inmueble, cercano al anterior a fin de separar la pescadería del resto, o más distante para servir a la nueva población, cosa que a veces requiere un tercer edificio²⁸.

El primer tercio del siglo XX, crecimiento y modernización

Las trayectorias abiertas con anterioridad derivaron en unas condiciones sumamente favorables al comercio durante la Primera Gran Guerra y, en especial, con la dictadura de Primo de Rivera: obras públicas, producción de materias primas, desarrollo fabril y, en consecuencia, una cierta terciarización económica, hasta que se deje sentir la crisis de 1929²⁹. Avanzó la urbanización y se incrementó el tamaño de las ciudades medias, y, por tanto, su mercado interno, al calor de las actividades logísticas, manufactureras, mercantiles o de ocio, según los casos. El progreso de los conocimientos científicos y técnicos (electricidad, maquinaria, motorización) permitió ir completando las redes de suministro y resolver el problema de la movilidad, generado por la multiplicación de los flujos y el aumento de las distancias interiores. La fabricación a gran escala fue determinante en la prosperidad del comercio, pues incorporó al circuito de consumo de las rentas más altas, y en menor grado los estratos mesocráticos, una amplia gama de artículos. Im-

²⁸ María Inmaculada CERRILLO RUBIO: *La formación de la ciudad contemporánea, Logroño entre 1859 y 1936*, Logroño, Ayuntamiento de Logroño, 1993, pp. 199-206; René-Paul DESSE: *Le nouveau commerce urbain*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2001, p. 79; Michelle PERROT: «El ama de casa en el espacio parisino durante el siglo XIX», *Historia Urbana*, 1 (1992), pp. 71-82; Horacio CAPEL: *La morfología de las ciudades...*, p. 452, y Javier PÉREZ ROJAS: *Cartagena...*, pp. 104, 303 y 310.

²⁹ Jean Luc PINOL y François WALTER: *Historia de la Europa Urbana IV. La ciudad contemporánea hasta la Segunda Guerra Mundial*, Valencia, Universitat de València, 2011, p. 79.

portados o nacionales, estaban relacionados con los nuevos estilos de vida (salud, higiene, vestido, alimentación, deporte) y formas de habitación (mobiliario, enseres, aparatos), en un contexto de grandes cambios en las pautas culturales relativas al ocio, relación social o de género³⁰. En el Cantábrico incidió en concreto el turismo de ola, desarrollado desde muy temprano en Santander y San Sebastián con el impulso del ferrocarril y el aliciente del veraneo real³¹. Otro grupo diferenciado es el de las plazas norteafricanas, donde intervinieron factores geoestratégicos como la constitución del Protectorado (1912)³².

Parte del sector evolucionó, sobre todo a partir de la Guerra de 1914, siguiendo patrones de organización y estrategias de promoción diferentes (remates, venta a plazos), que daban mayor relevancia a la publicidad³³. Pero las pervivencias gremiales y los pequeños establecimientos de corte tradicional continuarán teniendo un papel muy destacado durante el primer tercio del Novecientos, sobremanera en los núcleos menores. Con sus limitaciones, la Matrícula de Industria y Comercio permite cuantificar en aquel pe-

³⁰ Jesús MIRÁS ARAUJO: «El puerto y la actividad económica en la ciudad de A Coruña, 1914-1925», *Scripta Nova*, 8 (2004), pp. 157-180; Gloria NIELFA CRISTÓBAL: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX: tiendas, comerciantes y dependientes de comercio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985; Luis Enrique OTERO CARVAJAL: «Las ciudades...», pp. 22-24, y Jorge URÍA: *Una historia social del ocio. Asturias, 1898-1914*, Madrid, Unión General de Trabajadores, 1996.

³¹ Carlos LARRINAGA: «De las playas frías a las playas templadas: la popularización del turismo de ola en España en el siglo XX», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 37 (2015), pp. 67-87, y Rafael VALLEJO, Elvira LINDOSO y Margarita VILAR: «Los antecedentes del turismo de masas en España, 1900-1936», *Revista de Historia de la Economía y de la Empresa*, 10 (2016), pp. 137-188.

³² Gonzalo ANDRÉS LÓPEZ: *La estructura urbana de Burgos en los siglos XIX y XX*, Burgos, Caja Círculo, 2004, p. 556; Bernardo CASTELO ÁLVAREZ: *Ferrol, morfología urbana y arquitectura civil*, Betanzos, Universidad de La Coruña, 2000, p. 86; Rocio SILVA PÉREZ: «Ceuta, una ciudad singularizada por su condición de frontera», en *Guía para las excursiones del IX Coloquio y jornadas de campo de geografía urbana*, Sevilla, Grupo de Geografía Urbana de la Asociación de Geógrafos Españoles, 2008, pp. 4-40, y Gracia SUÁREZ BOTAS: «La estancia...», p. 156.

³³ Nuria RODRÍGUEZ MARTÍN: «Hábitos de consumo y publicidad en la España del primer tercio del siglo XX, 1900-1936», en *España entre repúblicas, 1868-1939. Actas de las VII Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos*, Guadalajara, Asociación Nacional de Archiveros, Bibliotecarios, Arqueólogos, Museólogos y Documentalistas, 2007, pp. 213-246.

riodo aumentos considerables del número de tiendas: en la primera década del siglo, Medina del Campo alcanzaba el centenar y Guadalajara sumaba 233; al terminar la Gran Guerra, Salamanca ya tenía 436 establecimientos censados y llegó a 643 en 1935³⁴. El área neurálgica de las ciudades medias bajas terminó de perfilarse en torno a 1930, ocupando, como ya se dijo, la porción del casco preindustrial remodelada al efecto, y una zona de desbordamiento que en ciertos casos correspondió al Ensanche, en especial sus vías maestras (calles Dato en Vitoria, Ordoño II en León o Uría en Oviedo) y la plaza-nudo que actuaba como bisagra entre ambas piezas. La concurrencia del comercio especializado, servicios comerciales, la banca y los demás servicios profesionales, junto con la hostelería, cines y teatros, hicieron de la parte más moderna del centro un espacio multifunción; también menos abigarrado, por el mayor tamaño de los locales, y más sectorializado a causa de las exigencias espaciales o de localización de las distintas actividades³⁵. Los principales elementos de atracción y definición de flujos eran las estaciones del Norte y de vía estrecha, los cruces más frecuentados y los accesos o travesías urbanas de las carreteras nacionales. Otros puntos vitales venían determinados casi como en el pasado por la presencia de nuevos edificios públicos, ayuntamientos (Cartagena, La Coruña o Santander) y equipamientos comerciales, como el pasaje de Lodares en el centro de Albacete y la generación primisecular de mercados municipales, algunos de los cuales sustituyeron a otros previos. Son alrededor de una docena, fechados entre 1910 y la Guerra Civil, que en no pocos casos tienen proporciones importantes, relacionadas con el hormigón armado, mayor monumentalidad (Logroño, Sabadell o Tarragona) y diversidad arquitectónica, desde el modernismo hasta el regionalismo.

³⁴ Jesús ESCUDERO SOLANO: «Estudio de un pequeño núcleo urbano de Castilla-La Vieja», *Estudios Geográficos*, 101 (1965), pp. 439-456; Mariano ESTEBAN DE VEGA, Manuel REDERO SAN ROMÁN y Santiago GONZÁLEZ GÓMEZ: *Salamanca...*, p. 33, y Aurora GARCÍA BALLESTEROS: *Geografía urbana...*, p. 268.

³⁵ Jesús MIRÁS ARAUJO: «El sector comercial en A Coruña durante el primer tercio del siglo XX», *Perspectivas Urbanas*, 4 (2004), www.etsav.upc.edu/urbanpersp/nm04/art04-3.htm, y Antonio RAMOS HIDALGO: *Evolución urbana de Alicante*, Alicante, Instituto de Estudios Gil Albert-Diputación Provincial de Alicante, 1984, p. 221.

IMAGEN 3

Calle Dato en el Ensanche de Vitoria durante la Gran Guerra



Fuente: *Vitoria Gasteiz, viejos recuerdos para un tiempo nuevo*, Vitoria, Caja de Ahorros de Vitoria, 1987, p. 13.

La accesibilidad pasará a ser un factor de producción más destacado, al extenderse las ciudades y entrar en funcionamiento las redes de tranvías eléctricos y autobuses urbanos, que orientaron el crecimiento contribuyendo a reordenar las funciones urbanas³⁶. La

³⁶ Horacio CAPEL: *Los ferrocarriles en la ciudad: redes técnicas y espacio urbano*, Madrid, Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 2011; Alberte MARTÍNEZ y Jesús MIRÁS ARAUJO: «El transporte urbano y su modernización en España, 1850-2010», en Carlos BARCIELA et al. (coords.): *Vie e mezzi de comunicazione in Italia e Spagna in Età Contemporanea*, Soveria Mannelli, Rubbetino, 2013, pp. 205-229.

relación entre transporte y negocios se hizo aún más estrecha al incluir las terminales de las distintas líneas de ómnibus interurbanos, por lo general dispersas. A comienzos de los años treinta, algunas compañías tenían sus lugares de salida en la vía pública, cerca de los mercados o en las avenidas y plazas más frecuentadas: Alameda (Málaga), Avenida de Blondel (Lérida) y plaza Martínez Tornel (Murcia). Las plazas mayores de Soria, Zamora o Valladolid también cumplían ese cometido, como las de Zocodover (Toledo) y El Castillo (Pamplona), favoreciendo su comercialidad. En otros casos, el punto de partida estaba establecido en fondas (Alicante), hoteles (Ávila), pensiones (Palencia), posadas (Albacete) y paradores (Segovia y Teruel), cuando no directamente en el café (Café Suizo, Logroño). Pocas empresas emprendían las expediciones desde sus garajes (Albacete, Badajoz, Teruel o Zamora), y solo en Pontevedra y León está documentada la existencia de autoestación³⁷. El sector mayorista tendió a concentrarse cerca del ferrocarril; la estación de trenes y las cabeceras de autocares también atraieron la hostelería de gama inferior, mientras que la más selecta convivía con el comercio de calidad o los espectáculos en las vías principales, y el ramo del automóvil buscó la proximidad de las carreteras. El centro moderno pasó a un primer plano en la percepción ciudadana, como prueba el empleo de nuevos microtopónimos populares para referirse a él que todavía hoy utilizan las personas de edad. Por ejemplo, El Reloj (León), La Farola (Zamora) o Las Farolas (Santander), suscitados por las obras de ornato, aplicación de mobiliario e iluminación nocturna³⁸.

Las novedades características: especialización, importaciones y gran comercio

Hablando de La Coruña, Mirás Araujo sostiene que hasta 1960 dominó la dualidad entre un sector heredado y otro capitalista avanzado, a remolque de Europa y Estados Unidos. Según vimos,

³⁷ *Guía general de automóviles de línea de España*, año I, núm. 6, Madrid, Gráficas Carrozas, 1933.

³⁸ Sergio TOMÉ: «Espacios públicos singulares en áreas urbanas centrales», *Ciudad y Territorio: Estudios Territoriales*, 180 (2014), pp. 277-290.

el modelo comercial tradicional tenía como señas distintivas la atomización, el carácter polivalente y de primera necesidad, dominado por la alimentación, el textil y el calzado³⁹. El grueso de las tiendas, dedicadas básicamente a los víveres, habían ido jerarquizándose desde las abacerías y los comestibles más corrientes, de frutos del país o del reino (legumbres, cereales, harinas), hasta los coloniales (chocolates, cacao, tostadores de café) y ultramarinos finos (licores, escabeches, almíbares salazones)⁴⁰. La parte restante comprendía lo que en términos generales y en lenguaje actual denominaríamos equipamientos de la persona (farmacia y óptica, tejidos, camisería, confecciones, alpargatas y zapatería, relojería y joyería) y equipamientos del hogar (ferretería, paquetería y quincalla, muebles, droguería). Cualquier tentativa de clasificación al respecto es, sin duda, reduccionista y opinable, pues parte de las últimas dedicaciones podrían ser incluidas en la categoría de los suministros (herramientas, imprenta, objetos de escritorio) o las ventas varias que, representadas por los bazares, eran el tipo comercial preponderante. El movimiento renovador alcanzó tímidamente las pequeñas poblaciones, pero avanzó con celeridad en las medianas, observándose desde los años veinte variaciones sustantivas en la configuración del sector. Especialización, o diferenciación por calidades, son los conceptos más atinados para explicar un proceso que afectó en primer término a los alimentos, separando más claramente las materias secas de los productos perecederos: carnicerías, fruterías, lecherías y pescaderías, así como las confiterías⁴¹. Proliferaron sombrererías, perfumerías y aumentaron las proporciones de los establecimientos (tejidos, ferretería, droguería). Surgieron comercios selectos (equipos para novias), suministradores de artículos nuevos (por ejemplo, hules para mesa y piso) o revestidos con perfiles singulares como las tiendas de ropa, propiedad de libaneses y sirios en Canarias⁴².

³⁹ Jesús MIRÁS ARAUJO: «El sector comercial...», p. 4.

⁴⁰ En Cáceres, en 1929, el 56,2 por 100 de los comercios eran de alimentación, según puede leerse en Antonio CAMPESINO HERNÁNDEZ: *Estructura y paisaje urbano de Cáceres*, Cáceres, Colegio de Arquitectos de Extremadura, 1982, p. 281.

⁴¹ Mariano ESTEBAN DE VEGA, Manuel REDERO SAN ROMÁN y Santiago GONZÁLEZ GÓMEZ: *Salamanca...*, p. 56.

⁴² Ese comercio apareció a comienzos del siglo XX en La Laguna (Tenerife), según Ramón PÉREZ GONZÁLEZ: «La Laguna...», p. 484.

IMAGEN 4

Comercio general y de efectos de viaje en Santander

Fuente: *Guía práctica de Santander y su provincia*, Madrid, Guías Arco, s. d.

La publicidad durante esa misma década experimentó un estirón apoyado en los nuevos soportes de difusión, desde la radio, prensa y revistas ilustradas (*Blanco y Negro*, *Lecturas*), hasta los anuarios y las guías (como la colección *Arco*). Los reclamos ya no aludían solo a las novedades, «la casa más surtida», los «artículos de fantasía» y el precio fijo, ofreciendo ventas a plazos⁴³. Insistían en los productos de importación, tradicionalmente cristalerías de Bohemia y vajillas de Baviera, a lo que ahora se suman confecciones e impermeables ingleses, sillas y cajas vienesas. Eran la parte menor de una cascada de innovaciones presidida por las máquinas de escribir, coser y retratar; los aparatos receptores de radio;

⁴³ *Guía práctica de Alicante y su provincia*, Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, 1908; *Guía práctica de Santander y su provincia*, Madrid, Ediciones Guías Arco, s. d. (editada en los años veinte), y *Guía práctica de Toledo y su provincia*, Madrid, Ambrosio Pérez y Cía. Impresora, s. d. (anterior a 1908).

al igual que las neveras, motocicletas, bicicletas y automóviles; es decir, los productos fordistas. Todo ello ponía en evidencia la mayor asequibilidad de una amplia oferta de bienes de consumo, fueren básicos (alimentación, farmacia, lanas de labores) o vinculados a una cierta capacidad de compra (plumas estilográficas, corsetería, cosmética, enciclopedias). En algunos de esos epígrafes participaba más la industria nacional (Elgorriaga, Heno de Pravia, Gal), sin compensar del todo la fuerte penetración foránea [Nestlé (La Lechera), Warner's, Lux].

Tan amplia gama de productos tuvo una traducción espacial desigual. Algunos eran meras representaciones en los bazares, droguerías, farmacias o tiendas de muebles, que solo afloraban en forma de rótulos comerciales. Por el contrario, los concesionarios de vehículos ligeros (Ford, Fiat, Citroën, Opel), camiones y ómnibus (De Dion Bouton, Delahage y más tarde Chevrolet, Leyland o Dodge) abrieron agencias y talleres propios en edificios exclusivos de calles bien comunicadas. Complementariamente se multiplicaban los negocios de carrocías, neumáticos, lubricantes y los garajes que atendían diversas marcas de coches o de motos con nombres recurrentes (Auto Salón, Garaje Central, Auto Garaje Moderno), y proliferaron los surtidores de gasolina. Como dijimos, ciertos negocios se decantaron por una orientación más suntuaria o socialmente exclusiva (por ejemplo, en las capitales veraniegas del Cantábrico las tiendas de efectos de viaje, lencería o la alta costura, representada desde 1917 en San Sebastián por la Casa Balenciaga)⁴⁴. Pero los cambios no bastaban para trastocar, en la parte más baja de la red urbana, las pervivencias del circuito comercial clásico. Sirva como ejemplo, para los años en que irrumpió la motorización, la panadería El Belga, que en el centro de León repartía a domicilio con carrito tirado por un perro San Bernardo. Por otro lado, una parte no desdeñable del sector estaba compuesta por las microtiendas y locales de reparación situados en los portales y rinconadas (mercerías, quioscos, platerías, encuadernadores, churrerías, zapateros remendones), aparte de las casetas de madera en recintos abiertos.

⁴⁴ Miren ARZALLUZ: «En el extranjero tienen más clara la verdadera dimensión de Balenciaga que aquí», *Euskalkultura.com*, 8 de noviembre de 2010, www.euskalkultura.com/.../miran-arzalluz-en-el-extranjero.

El otro hecho más trascendente antes de la Guerra Civil fue el empuje de nuevas fórmulas empresariales y la arribada de la gran distribución moderna, pero no en forma de grandes almacenes por departamentos, sino con su derivación hacia los almacenes populares, impuesta por la crisis de 1929⁴⁵. Las cadenas comerciales pioneras, el sucursalismo y los economatos completaron esa transformación, cuya primera evidencia será el uso del apelativo «Gran». Ya en las décadas 1910-1920 era tan habitual como relativamente indiscriminado: Grandes Almacenes de Droguería, Gran Bazar, Gran Tintorería Alemana, así como la Gran Europa, Gran Lechería Suiza o el Gran Hotel. En tiendas de tejidos o ferreterías importantes el calificativo de almacén (o «al», como Al San Luis y más tarde Al Pelayo en Oviedo) ya no indica necesariamente un carácter mayorista o intermediario, sino que se trata un concepto expresivo de superficie, categoría o rabiosa modernidad del local⁴⁶.

Por entonces se fueron sumando otra clase de establecimientos clasificables como gran comercio por su planteamiento, condición extra local y seriación. Pertenecen a esa familia los bazares populares de precios únicos, llamados «Bazar del 0,95», que empleaban a mujeres jóvenes como dependientas. Todavía sobrevive, aunque en un local modernizado, el de Lugo⁴⁷. En lo que respecta a las cadenas de tiendas, al menos hubo cinco firmas del sector textil y una del calzado con sucursales en poblaciones de categoría mediana. Dentro del primer grupo figuraba Telas el Águila, de confección y ropa a medida, quizá con origen catalán, que hacia 1910 ya tenía presencia en diez municipios, Cádiz y Palma entre ellos (al menos un comercio heredero de aquella firma permaneció abierto en la calle Uría de Oviedo hasta 2010). Otra es El Guante Varadé (1902), con fábrica en Madrid y distribución en otros puntos como San Sebastián, La Coruña o Valladolid antes de 1936, plazas que conserva, aunque los locales fueron reformados⁴⁸. Por otro lado estaban los

⁴⁵ René-Paul DESSE: *Le nouveau commerce...*, pp. 81-88.

⁴⁶ María GRECIET PAREDES: *La Cámara de Comercio...*, p. 72.

⁴⁷ Javier CASARES RIPOL y Julián BRIZ ESCRIBANO: «Una revisión histórica del comercio español», en Javier CASARES RIPOL (coord.): *La economía de la distribución comercial*, Barcelona, Ariel, 1987, pp. 94-107.

⁴⁸ Los datos sobre El Águila proceden de la *Guía práctica Arco* de Santander, p. 215. Los de la fábrica de guantes están recogidos de «Historia de Varadé», www.varade.com/historia-guante-varade.

almacenes Hijos de Simeón García (o Almacenes Simeón a secas), procedentes de Vigo, aunque su origen remoto se sitúa en Santiago (1872). Calificados en la publicidad como «los más importantes de España en tejidos», tenían en 1933 casas abiertas en quince localidades, excepto Madrid y Bilbao, todas del grupo que nos ocupa. La central viguesa utilizó un lujoso edificio de estilo ecléctico, todavía existente en la Puerta del Sol; también tenía un gran empaque el de la calle Real en Ferrol, ya desaparecido, cuya fachada acristalada lo hacía emparentable con los almacenes europeos⁴⁹. También en ciudades gallegas (Pontevedra, Vigo o Lugo) dio sus primeros pasos desde 1899 Almacenes Olmedo, propiedad de empresarios salmantinos, cuya expansión se producirá durante la posguerra⁵⁰. La compañía restante fue Fajas Madame X, con once locales en 1935, incluyendo La Coruña, San Sebastián, Santander y Vigo⁵¹.

El norte fue destino privilegiado de la irradiación comercial, también en el sector de las zapaterías: Calzados La Imperial partió de una fábrica madrileña anterior a 1916, y ya en 1919 tenía veinte sucursales en seis poblaciones, dos de ellas San Sebastián y León⁵². Pero la difusión también alcanzó los niveles inferiores de la red urbana, con la firma Almacenes Ridruejo, procedente de Reinosa, fundada antes de 1919. Respondía a un concepto más abierto, pues trabajaba en espacios grandes los textiles, mercería y ferretería, o este último campo en exclusiva. De ahí su otro rasgo diferenciador, el umbral de negocio más bajo: de las veintinueve sucursales y filiales abiertas hasta 1932, según consta en una tarjeta postal de propaganda, solo diez estaban en Madrid y otras capitales de provin-

⁴⁹ La información acerca de Almacenes Simeón fue tomada de dos anuncios, uno de la revista *Blanco y Negro* (1933) y otro de la misma fecha pero de procedencia desconocida, que estaba a la venta en internet en enero de 2011 (www.todocoleccion.net/vigo). Sobre Ferrol véase Bernardo CASTELO ÁLVAREZ: *Ferrol, morfología urbana...*, p. 170.

⁵⁰ Arsenio COTO: «Adiós a Olmedo, uno de los últimos comercios de Lugo, centenarios», *El Progreso* (Lugo), 4 de mayo de 2018, www.elprogreso.es/.../lugo/adios-olmedo-ultimos-comercios-lugo/.../2018504, y Rafael L. TORRE: «El cierre de Olmedo», *El Faro de Vigo*, 16 de febrero de 2014, www.farodevigo.es/opinion/2014/02/16/cierre-olmedo/968504.

⁵¹ Un anuncio de las Corseterías Madame X se insertó en la revista *Lecturas*, 150 (1935), p. 1036.

⁵² «Progresos del comercio en España», *Diario ABC*, 29 de marzo de 1919, www.hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/1973/03/29/006.htm/.

cia; el resto eran villas y cabeceras comarcales (Almazán, Berlanga o Aguilar de Campoo)⁵³.

La modernización llegó a veces de mano del capital local en ciudades portuarias o nudos de comunicación interiores, donde compañías de antiguo origen (Ribalaygúa en Santander desde 1850) o primiseculares trabajaban al menos dos secciones (tejidos y muebles o ferretería y muebles), caso de El Pote (1930) en La Coruña⁵⁴. Otras se circunscribían a la confección y uniformes, pero con cierto tamaño, como los Grandes Almacenes de Rafael Valls en Cartagena (Murcia). Aunque sin el aumentativo, quizá entraba más claramente dentro de esa categoría la ferretería Pallarés de León (1928), cuyas distintas secciones ocupaban un edificio de cuatro plantas en el centro urbano, hoy museo de León. En un plano distinto hay que situar los economatos de empresa, cuyo origen se remonta, al menos en la siderúrgica asturiana Duro Felguera, a la dictadura de Primo de Rivera⁵⁵.

La pequeña marea de transformaciones tuvo su correlato en la materialidad de las tiendas y sus denominaciones. Como corresponde a un tiempo de transición, las herencias aún tenían un peso formidable, empleándose con frecuencia el nombre de los propietarios y descendientes o sus gentilicios (El Turolense), en especial si se trataba de procedencias características como la de los montañeses que abrieron abacerías en las ciudades andaluzas (La Pasiéga). De manera paulatina van a ir ganando terreno las designaciones más urbanas y de época: El Siglo XX, La Moderna, Colchonería La Higiénica, Sastrería Modelo o El Progreso Mercantil. Era frecuente el descriptor «Salón» o «Gran Salón» (de té, de belleza, peluquería, publicidad, auto-salón) y la invocación a las colonias (La Imperial, Méjico, Los Filipinos, La Isla de Cuba, El Río de La Plata o La Pampa). También resultaba habitual la imitación de la capital de

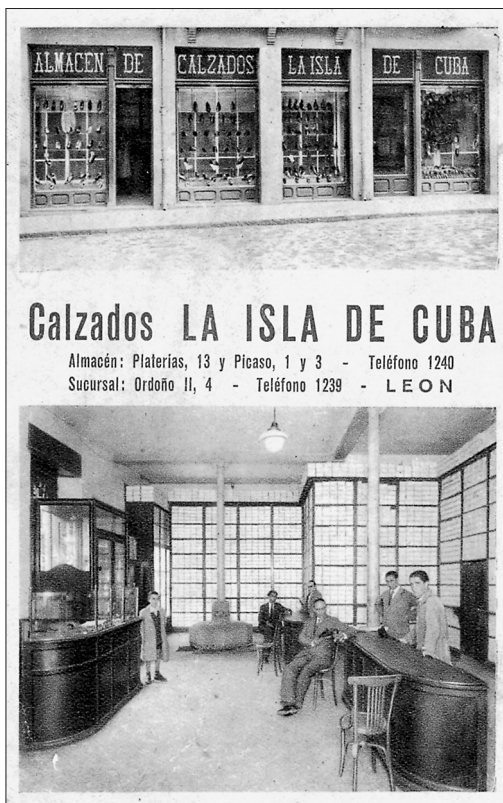
⁵³ La información sobre Almacenes Ridruejo procede de un anuncio, a la venta en internet en junio de 2018, <https://todocoleccion.net/coleccionismo-revistas-periodicos/santander/cantabria-publicidad>.

⁵⁴ Ese dato fue proporcionado por el industrial coruñés Ricardo Ocampo. Véase al respecto Elvira LINDOSO: *Los pioneros gallegos. Bases del desarrollo empresarial*, Madrid, LID, 2006.

⁵⁵ Aladino FERNÁNDEZ GARCÍA y Francisco PALACIOS: *Langreo en el pasado. Álbum fotográfico, 1910-1925*, Oviedo, Caja de Asturias, 1994. Ese dato acompaña a una fotografía sin paginar.

IMAGEN 5

Tarjeta postal de publicidad comercial,
impresa en los años treinta



Fuente: Colección particular del autor.

España [La Villa de Madrid, Palas (por *Palace*)], el recurso a las zarzuelas (La Paloma, La Revoltosa) o la flamante Gran Vía (Capitol).

Al diversificarse, abundaron los títulos estrictamente comerciales que buscaban inspirar la confianza del comprador (La Económica, La Favorita, El Encanto, El Palacio del Niño o La Liquidadora), despertar su interés o llamar su atención con menciones

distinguidas o graciosas (La Gafa de Oro, La Perla, La Polar, La Bomba, o los bazares El Arca de Noé). La importancia de las reparaciones y arreglos afloraba en El Hospital del Calzado o el Sanatorio de Muñecos. Pero lo más propio de la fase inicial del siglo fue la catarata de nombres extranjeros, no solo en las empresas auspiciadas por capitalistas foráneos, para señalar los focos de irradiación tecnológica y cultural o transmitir exotismo. Gran Bretaña (Sastrea Inglesa), Alemania, Viena, Bélgica o la Confederación Helvética eran referencias comunes, aunque quizá no tan abundantes como las inspiradas en Francia (Louvre, Restaurant Fornos, La Imprimerie Française) o las alusivas a su capital. Prosiguiendo la tendencia abierta en las postrimerías del siglo XIX, hay una clara proclividad hacia las menciones como La Villa de París, Chic Parisien y hasta una Corsetería Parisiën, con casas en Tortosa y Vigo en los años treinta. Como grupo aparte figuraban los indicativos cosmopolitas (Metropol, Excelsior), extranjerismos (Royalti) o vocablos demostrativos del cambio en las costumbres (Sport).

IMAGEN 6

Pastelería en La Coruña en la década de 1930

Fuente: Archivo Municipal de La Coruña.

En paralelo evolucionaron la disposición física y el gusto de las tiendas, según los estudios de Capel Sáez, Cerrillo Rubio y Castelo Álvarez, entre otros ya nombrados⁵⁶. Si a ello añadimos la información obtenida directamente de anuncios, fotografías y tarjetas postales, resulta fácil extraer un tipo característico de portada y de interior comercial a partir de los cuales se produce la evolución ulterior. En un principio predominaban las fachadas de madera torneada sobreimpuestas a la estructura del edificio, con escaparates en los huecos y a menudo vitrinas sobre los muros, además de lámparas o globos de luz y a veces columnas de fundición al descubierto. Completaba la composición el cartel situado en la parte alta del establecimiento, ocupando toda su longitud y por lo general pintado encima de espejo, que condenó al olvido las antiguas muestras. Ya en los años diez había comercios en esquina o chaflán, con escaparate continuo y paneles publicitarios recubriendo las partes ciegas, donde se mostraban, por ejemplo, dibujos de prendas de confección para señora y niño. Con el paso del tiempo se hicieron más jerarquizadas socialmente, más ricas en adorno, puntos de iluminación o materiales de exterior para proyectar la idea del lujo. También siguieron la estela de los estilos arquitectónicos, desde el decorativismo modernista hasta la desnudez del Bauhaus, donde las puertas se retiran, las lunas se incurvan y aparecen las tipografías racionalistas.

Los interiores de comercios recorrerán idéntico camino. A comienzos de siglo, los locales principales exhibían paredes recubiertas con estantes de madera o vitrinas hasta el techo, mostrador ancho y columnas metálicas. Las sillas para los clientes y un reloj colgante pasaron a ser elementos de excelencia, a los que se sumará gradualmente la caja registradora. La luz natural o la iluminación eléctrica superaron la penumbra de las antiguas tiendas, igual que el olor a humedad fue cediendo ante la ventilación o los sistemas primarios de calefacción. Aun cuando disponen de habitaciones anejas para guardar mercancía, muchos expendios todavía tienen ambiente de almacén, con gran parte de su multiforme oferta a la vista, incluso sacos dispuestos en el suelo. Las instantáneas de época invariablemente recogen un gran número de em-

⁵⁶ Horacio CAPEL: *La morfología...*, pp. 459-462; Bernardo CASTELO ÁLVAREZ: *Ferrol, morfología urbana...*, p. 184, y María Inmaculada CERRILLO RUBIO: *La formación de la ciudad...*, pp. 199-206.

pleados y «chicos» con blusones o uniforme en cierto tipo de empresas. Cuando eran familiares, y si la superficie lo permitía, tenían con frecuencia una camilla detrás del mostrador donde los propietarios hacían la vida, aunque no siempre conservaban, como en el pasado, la vivienda al fondo. Parte del sector avanzó hacia una mayor nobleza del mobiliario, fuesen espejos, bancos o butacas y mesas auxiliares, o bien biombos, plantas de tipo palmera e incluso escupideras. Los suelos de tarima cedieron sitio a los de baldosa, se aplicaron zócalos de azulejo y se lograron ambientes más diáfanos, guardando artículos en las vitrinas de los mostradores. El ideario del movimiento moderno no haría más que acelerar ese proceso de conceptualización.

Por otro lado, el comercio se hizo más presente en la vía pública a través de la publicidad, paneles de cerámica decorativa sobre la portada de las tiendas, en los andenes de las estaciones de ferrocarril (Oviedo) o en los bancos azulejados con forma de sofá que adornaban las plazas (Tenerife). Aparte de los reclamos ocasionales que las tiendas sacaban a la calle pintados sobre tela blanca («enorme liquidación»), la propaganda pasó a los carteles, saltó a las barandillas de los carros de reparto y a los tranvías, donde adquirió un carácter más colorido. Colonizó las farolas (paneles de madera colgados) e incluso los pilares de los soportales, hasta llegar a las fachadas laterales y cornisas de los edificios. La demolición de inmuebles vetustos en lugares céntricos había cedido lugar a nuevas construcciones más elevadas que dejaban a la vista enormes medianeras, en contraste con las pequeñas edificaciones colindantes. En municipios como Gijón, su impacto visual quedó suavizado al utilizarlas como bastidor de grandes anuncios murales, no precisamente desprovistos de valor artístico cuando utilizaban tipografía y composiciones vanguardistas. Más aún, en la plaza principal de algunas localidades, como la Escandalera de Oviedo, el Altozano de Albacete y la Puerta del Sol en Vigo, ya hubo, antes del golpe de Estado fascista, grandes rótulos en alto formados por letras sueltas sobre rejilla, que anunciaban marcas de bebidas como Cinzano, Decano o Anís Chispa, siguiendo la pauta de la madrileña Puerta del Sol⁵⁷.

⁵⁷ «Plaza del Altozano», Asociación Cultural La Cepa de Albacete, <https://lacepa.es/PLAZA-DEL-ALTOZANO.htm>.

Conclusiones

A mediados del siglo XIX, las ciudades de categoría media-baja emprendieron con retraso, a distintos ritmos y de diferente manera que las grandes, el camino del capitalismo industrial. Las tensiones entre tradición y liberalismo no les impidieron realizar un recorrido considerable hasta el estallido de la Guerra Civil. Para entonces, muchas de ellas carecían de experiencia fabril suficiente, pero todas habían conocido cambios extraordinarios en el significado y planteamiento de su actividad mercantil, al ser el primero o uno de los principales motores de desarrollo. Por eso, la renovación comercial, en sus aspectos económicos y espaciales, es un indicador privilegiado que refleja el conjunto de las transformaciones urbanas. La reforma interior de los cascos antiguos y su paralelo o posterior ensanche proporcionaron los escenarios de base sobre los que se construyó el centro moderno, superpuesto o yuxtapuesto al antiguo, lo que hace de él un espacio heterogéneo en constante adaptación. Allí, el comercio evolucionó en términos funcionales y morfológicos con gran rapidez, hacia mayores tamaños, tipos diversificados, orientaciones de clase y combinaciones espaciales más complejas.

El equipamiento de la distribución comercial llegó a ser de una enorme amplitud, variedad y vistosidad en las poblaciones más dinámicas, que a principios del siglo XX eran bastante más parecidas casi en todos los sentidos a las otras ciudades europeas. Eso hace aún más lamentable su pérdida, desencadenada en época del desarrollismo franquista, cuando la incultura, la falta de amor al pasado reciente y, en consecuencia, el culto a una modernización ramplona nos apartaron de los países del entorno cultural. Mucho más tarde han ido desapareciendo otros establecimientos, al cumplir su ciclo de vida o no ser capaces de resistir la eclosión de las grandes firmas genéricas. Las franquicias del capitalismo global han empobrecido las principales calles comerciales de nuestras ciudades, cuya singularidad y amenidad procedían en gran parte de esas tiendas y almacenes locales o regionales con valor memorial. El reducido grupo de antiguas tiendas supervivientes cobra por ello un mayor valor relativo, como recurso patrimonial necesitado de salvaguardia.

Estilos emocionales y censuras culturales. La Sección Femenina en la posguerra

Begoña Barrera

Universidad de Sevilla
bbl@us.es

Resumen: Este artículo analiza la tarea adoctrinadora que la Sección Femenina de FET-JONS ejerció sobre las españolas partiendo de la hipótesis de que, más allá de prescribir un tipo de conducta, las falangistas trataron de educar a las mujeres de la posguerra en un estilo emocional preestablecido. Mi propósito es explorar cómo la organización empleó sus instrumentos propagandísticos para difundir sus consignas sobre afectividad y para censurar todas aquellas creaciones culturales (incluidas el cine y la literatura) que pudieran amenazar la hegemonía de su discurso emotivo. Con ello, trataré de mostrar la potencia de la normativización afectiva que la Sección Femenina impuso a estas mujeres, así como el posible sufrimiento emocional que de ello se derivó.

Palabras clave: Sección Femenina de FET-JONS, género, emociones, sufrimiento emocional, censura cultural.

Abstract: This paper analyses the indoctrination of Spanish women carried out by the Sección Femenina of FET-JONS. Apart from stipulating accepted behaviour, Falangists tried to educate post-war women in a pre-established emotional style. My purpose is to explore how this organization used its propaganda instruments to spread a set of rules concerning sentiment while censoring all cultural expressions (including cinema and literature) that might threaten its hegemony on emotional discourse. By so doing, I will show the strength of the emotional norms that the SF forced upon women, while exploring the potential emotional suffering that accompanied this project.

Keywords: Sección Femenina de FET-JONS, gender, emotions, emotional suffering, cultural censorship.

Poca duda cabe acerca del peso que la Sección Femenina de FET-JONS (en adelante, SF) tuvo en la educación de las mujeres de posguerra. No solo porque por entonces se les exigiera cumplir su deber nacional en el archiconocido Servicio Social, que la SF controlaba, o porque las más niñas acudieran a la escuela llevando bajo el brazo unos libros de texto editados por la misma organización femenina, sino, sobre todo, porque las falangistas trataron de hacer presentes sus preceptos en la vida de las españolas mediante el control de aquellos elementos que componían su cotidianeidad. A que esto fuera posible contribuyó de forma determinante la Regiduría de Prensa y Propaganda de la SF, órgano desde el que se confeccionó todo tipo de materiales escritos, radiofónicos y audiovisuales destinados a la formación de las mujeres. Alguno de ellos, como *Y. Revista de la mujer nacionalsindicalista* (1938-1946) o *Medina. Semanario de la SF* (1941-1945), inauguraron una tradición de publicaciones periódicas patrocinadas por la SF que se mantendría hasta 1977¹. Otros, como la editorial Almena, fundada en 1942, resultaron esenciales para introducir el discurso de la organización en el mundo del libro durante la dictadura. Asimismo, desde esta Regiduría se elaboraron programas de radio como *Hora*

¹ A diferencia de lo ocurrido con las publicaciones producidas por Almena o con los programas de *Hora Femenina*, las revistas falangistas han recibido cierta atención por parte de la historiografía dedicada al estudio de la SF, que ha empleado estas publicaciones como fuente principal (y en ocasiones exclusiva) para el estudio del discurso de la organización. Valgan como muestra los trabajos de Marie Aline BARRACHINA: «De *Y, revista de las mujeres nacional sindicalistas* a *Y, revista para la mujer* (février 1938-décembre 1938)», en Danièle BUSSY GENEVOIS (coord.): *Typologie de la presse hispanique: actes du colloque*, Rennes, Université Rennes, 1986, pp. 141-149; Esmeralda MUÑOZ SÁNCHEZ: «La imagen de la mujer en las revistas *Teresa* e *Y* de la Sección Femenina», en María Esther ALMARCHA NÚÑEZ-HERRADOR *et al.* (coords.): *Fotografía y memoria. I Encuentro en Castilla-La Mancha*, Ciudad Real, Universidad de Castilla-La Mancha, 2006, pp. 118-128; Vanessa TESSADA SEPÚLVEDA: «El modelo femenino en las dictaduras de Franco y Pinochet a través de las revistas femeninas *Y, revista de la mujer* y *Amiga*», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 32 (2012), pp. 263-282; Desirée GARCÍA GIL y Consuelo PÉREZ COLODRERO: «Música, educación e ideología por y para mujeres de la Sección Femenina a través de los contenidos de *Y. Revista de la mujer nacionalsindicalista* y *Medina* (1938-1946)», *Historia y comunicación social*, 22, 1 (2017), pp. 123-139, y Ángela CENARRO: «La Falange es un modo de ser (mujer): discursos e identidades de género en las publicaciones de la Sección Femenina (1938-1945)», *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 91-120.

Femenina. Emisión especial dedicada a la mujer y al hogar, un instrumento privilegiado para que las consignas falangistas se proyectasen en las rutinas diarias de aquellas mujeres que no podían permitirse el alto coste económico de una publicación ilustrada en plena penuria de posguerra.

Como parece lógico, la finalidad última de esta densa red de instrumentos propagandísticos fue canalizar el discurso oficial de la organización en lo referente a la mujer española. Un discurso cuyos pilares estuvieron cimentados en una concepción de la diferencia sexual entre hombres y mujeres que determinaba su lugar en lo público y privado, estipulando el horizonte de expectativas hacia el que cada cual debía dirigir su destino. En este reparto, a las mujeres les fue asignada una relación muy limitada de funciones «propiamente femeninas», que se concretaban en la dedicación plena a las tareas de hogar y a los requerimientos conyugales y maternales. Esta preceptiva acerca de las labores correspondientes a las mujeres, con su consecuente encierro en un «mundo pequeño» —por emplear la conocida fórmula de Carme Molinero—, es con seguridad el aspecto más estudiado de la actividad adoctrinadora que desarrolló la SF².

Como fundamento subyacente de este «deber hacer» que estipularon las falangistas para sus tuteladas, en este artículo se argumenta que la organización también promovió un tipo de adoctrinamiento más sutil, y si cabe más determinante, dirigido a la imposición de unas pautas emocionales en el conjunto de las muje-

² Cfr. Carme MOLINERO: «Mujer, franquismo, fascismo. La clausura forzada en un “mundo pequeño”», *Historia Social*, 30 (1998), pp. 97-117. Sin pretensión de exhaustividad, se pueden citar a este respecto trabajos clásicos como el María Teresa GALLEGU MÉNDEZ: *Mujer, Falange y Franquismo*, Madrid, Taurus, 1983, u otros más recientes y fundamentales como Kathleen RICHMOND: *Las mujeres en el fascismo español. La Sección Femenina de la Falange, 1934-1959*, Madrid, Alianza Editorial, 2003; Inbal OFER: *Señoritas in Blue. The Making of a Female Political Elite in Franco's Spain. The National Leadership of the Sección Femenina de la Falange (1936-1977)*, Oxford, Oxford University Press, 2010; Sofía RODRÍGUEZ LÓPEZ: *El patio de la cárcel. La Sección Femenina de FET-JONS en Almería (1937-1977)*, Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2010; Ángela CENARRO: «Trabajo, maternidad y feminidad en las mujeres del fascismo español», en Ana María AGUADO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ (coords.): *Feminismos y antifeminismos. Culturas políticas e identidades de género en la España del siglo XX*, Valencia, Universidad de Valencia, 2011, pp. 229-252, e íd.: «La Falange es un modo de ser (mujer)...», pp. 91-120.

res españolas. Para tratar de defender esta posición, examinaré algunos de los instrumentos propagandísticos arriba citados con la intención de subrayar el protagonismo indiscutible que las pautas sentimentales tuvieron en estos espacios. La historia de las emociones y, en particular, nociones de recorrido fecundo como la de «estilo emocional» me ayudarán a identificar las dos dinámicas que convergieron en la confección de este canon afectivo: la constante insistencia en un repertorio de pasiones a incorporar por parte de las mujeres (tanto en su vivencia íntima como en su expresión pública) y la férrea censura de todas aquellas creaciones culturales (incluidas el cine y la literatura) que pudieran desafiar la primacía de los patrones emocionales promovidos por la SF³.

Estilo emocional y afectos normativos

El concepto de «estilo emocional» ha sido acuñado por William Reddy en el marco del desarrollo de un cuerpo teórico sólido para el estudio de la historia de las emociones⁴. Como es sabido, esta lí-

³ Uno de los retos más espinosos a los que se ha enfrentado el estudio histórico e historiográfico de las emociones en el mundo hispanófono es el de la traducción de los conceptos de *emotions*, *feelings* y *affects*, cuyos significados no son los mismos que los de «emociones», «sentimientos» y «afectos». La secuencia de términos anglosajones hace referencia a un proceso en el cual *affect* es la respuesta inmediata al entorno anterior al pensamiento; *feeling*, la mezcla entre sensación y conciencia, y, por último, *emotion*, la evaluación de aquello que en primera instancia ha «afectado» al individuo. En aras de mayor claridad analítica, en general se tiende a emplear «emoción» como un término paraguas que lleva implícito toda esta secuencia de reacciones y a utilizar otros conceptos del mismo campo semántico, como «afectos» o «sentimientos», en función de lo que el rigor historiográfico permita. Como se verá a lo largo de este estudio, por coherencia con el aparato teórico y con la intención de suscribir este deseo de clarificación, he escogido privilegiar «emoción» como término de referencia, sin excluir «afecto», «pasión» y «sentimiento» cuando el contexto requiera o permita su uso en tanto que sinónimos *no exactos*. Esta polémica idiomática ha sido examinada en Jo LABANYI: «Doing Things: Emotions, Affects and Materiality», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11, 3-4 (2001), pp. 223-233. La toma de posición de esta misma autora respecto a la cuestión en <https://emocriticas.wordpress.com/2014/11/09/entrevista-a-jo-labanyi/>.

⁴ La minuciosidad del trabajo de Jan PLAMPER: *The History of Emotions: An Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2015, me dispensa de la compleja tarea de relacionar todos los autores que han contribuido al desarrollo de esta pers-

nea de estudio, que comparte presupuestos de disciplinas colindantes como la historia, la antropología y la sociología, ha tratado de impugnar la visión de los sentimientos como una dimensión invariable y ajena a las circunstancias socioculturales, defendiendo que si bien la naturaleza humana nos predispone hacia un cierto tipo de respuesta emocional, la cultura tiene un papel determinante como moldeadora de estas propensiones. En palabras de Barbara Rosenwein, otro de los nombres principales para esta línea historiográfica, no se trataría de negar la existencia de una base biológica para las emociones, sino más bien de afirmar y demostrar que esta, sea corporal o mental, estará siempre construida⁵.

Partiendo de estos presupuestos, Reddy ha sugerido denominar «estilo emocional» a aquel conjunto de emociones normativas, rituales oficiales y prácticas que regulan la vida emocional de los individuos⁶. En función de la rigidez o flexibilidad con la que esta normativa se imponga desde el poder, Reddy estimaba que un estilo puede promover la «libertad emocional» si a estos individuos se les permite transitar entre varios estilos afectivos e incluso buscar matizaciones o alternativas dentro del dominante, construyendo de esta forma una subjetividad más autónoma, más libre de imposiciones afectivas; o provocar «sufrimiento emocional» si el estilo sentimental que se impone es tan restrictivo que impide a los individuos que viven bajo su normativa «navegar» —empleando el tér-

pectiva. Para el caso español, y como muestra de la riqueza y variedad de estudios que se han producido en los últimos años en lo relativo al papel de los afectos en la contemporaneidad, cabe citar los números dedicados a la historia de las emociones de las revistas *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 36 (14), dossier *Historia de las emociones*, Carolina RODRÍGUEZ-LÓPEZ (coord.); *Rúbrica contemporánea*, 4-7 (2015), dossier *Historia de las emociones*, Juan PRO (coord.); *Ayer*, 98 (2015), dossier *Emociones e Historia*, José Javier DÍAZ FREIRE (ed.), e *Historia Social*, 81 (2015), dossier *Del uso de las pasiones: la civilización y sus sombras*, Mónica BOLUFER (coord.).

⁵ William REDDY: «Historical Research on the Self and Emotions», *Emotion Review*, 1, 4 (2009), pp. 302-315, y Barbara H. ROSENWEIN: «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context*, 1 (2010), pp. 1-33.

⁶ El concepto de «estilo emocional» es una reformulación de su primera propuesta, «régimen emocional», criticada por su excesiva dependencia de la idea de régimen político y por la deuda que este conserva, a su vez, con la noción de Estado-nación moderno. El primer planteamiento de «régimen» en William M. REDDY: «Against Constructionism: The Historical Ethnography of Emotions», *Current Anthropology*, 38, 3 (1997), pp. 327-51, esp. p. 334.

mino acuñado por Reddy— hacia otros o maniobrar entre varias opciones afectivas⁷.

En su voluntad de ejercer una tutela total sobre las mujeres españolas, la SF orquestó un sistema complejo de adoctrinamiento dirigido a aleccionarlas en un estilo emocional propio desde el que poder generar identidades homogéneas y dóciles al servicio del régimen. Lejos de promover ningún tipo de libertad afectiva, las falangistas procuraron implantar un canon emocional que recogía todos aquellos sentimientos y expresiones sancionadas como propiamente femeninos. En este sentido, la SF heredó la visión de los sexos como esencias emocionales complementarias que en el primer tercio de siglo había defendido, entre otros, el influyente Gregorio Marañón, y que durante el franquismo arraigarían en las teorías de psiquiatras como Antonio Vallejo Nájera o Misael Bañuelos, que profundizarían en la supuesta división y correspondencia de caracteres sexuales masculinos y femeninos⁸. Las mujeres «conmueven más fácilmente que los muchachos; aman, odian y sufren con mucha mayor intensidad. Tan extraordinaria es la reactividad emotiva de la mujer que nada le es indiferente», sentenciaba Vallejo Nájera en una conferencia que impartió, no por casualidad, en el Círculo Medina de la SF de Madrid; por ello —proseguía—, «supera la mujer al hombre en todos los aspectos afectivos, y el hombre a la mujer en los intelectuales»⁹. Mucho más allá iban los planteamientos de Bañuelos, para quien las mujeres se definían por su capacidad de atracción, su desconfianza y sus celos, todo consecuencia de sus miedos, de su conciencia de inferioridad y de sus complejos mentales. Asimismo, les caracterizaba su tendencia a vivir de ilusiones, su propensión a percibir alucinaciones y a sugestionarse y su incapacidad para razonar sentimientos como el odio y el rencor, emociones que además en ellas eran extraordinariamente violentas¹⁰.

⁷ William M. REDDY: *The Navigation of Feeling*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001, p. 125.

⁸ Nerea ARESTI: *Médicos, donjuanes y mujeres modernas: los ideales de feminidad y masculinidad en el primer tercio del siglo XX*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001.

⁹ Antonio VALLEJO NÁJERA: *Psicología de los sexos*, Bilbao, Ediciones Conferencias y Ensayos, ¿1941?, pp. 35-36.

¹⁰ Misael BAÑUELOS: *Psicología de la feminidad*, Madrid, Morata, 1946.

La SF retomó estas premisas y las tradujo en mensajes que ahondaban en la diferencia emocional y sexual, justificándola como medio para conservar un *status quo* social sostenido sobre la distribución de funciones. Así, por ejemplo, las emisiones de *Hora Femenina* afirmaban que, para las mujeres, «todo su mundo gira en la órbita sentimental», a diferencia de los hombres, cuyo corazón «no es como el nuestro», sino que sienten «pero con tranquilidad y sin revolucionar su vida. Por eso son capaces de atender a todos sus asuntos, de enfrascarse en sus negocios como si tal cosa, y esto no se lo perdonamos»; ¿y qué ocurriría si esta diferencia se aboliera, si los hombres sintiesen como las mujeres?, se preguntaba la locutora, pues que «se dedicarían a hacer versos a la luna, a estar a nuestro lado y pensar en nosotras, y, por consiguiente, [se] vendrían abajo las organizaciones de todos los estados de la Tierra», concluía¹¹. A que estas ideas arraigaran en la mentalidad colectiva de las mujeres españolas contribuirían de un modo singular los consultorios sentimentales, un instrumento de educación afectiva entre lo individual (por aportar respuestas personalizadas) y lo colectivo (por compartirlo con el resto de las lectoras/espectadoras) desde el que la SF instruyó también, y con gran empeño, sobre la premisa de la diferencia emocional. En estos espacios, que Gerard Imbert ha definido como «una especie de laboratorio semiótico donde se fabrica lenguaje, donde se da un discurso, una ideología a la mujer que carece de ellos, con vistas a imponer un modelo de mujer ideal que se adelanta, por decirlo así, a la mujer real»¹², la consejera senti-

¹¹ «Entre nosotras», guía de emisión, hora femenina, emisión especial dedicada a la mujer y al hogar, 12 de noviembre de 1946, Archivo General de la Administración (en adelante, AGA).

¹² Gerard IMBERT: *Elena Francis, un consultorio para la Transición*, Barcelona, Península, 1982, p. 153. Los consultorios sentimentales han nutrido buena parte de la investigación sobre la historia reciente de las mujeres desde diferentes perspectivas. Algunas investigaciones han optado por elaborar un examen en profundidad del contenido de estas secciones, ya sea en función de la edad biológico-social de las mujeres, como María Carmen MUÑOZ RUIZ: *Mujer mítica, mujeres reales: las revistas femeninas en España, 1955-1970*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2002 (una división que sigue la propuesta de Roland BARTHES: *Mitologías*, México, Siglo XXI, 1988); contrastándolos con los discursos médicos y científicos de la época, como Rosa MEDINA DOMÉNECH: *Ciencia y sabiduría del amor. Una historia cultural del franquismo (1940-1960)*, Madrid-Fráncofurt del Meno, Iberoamericana-Vervuert, 2013, o bien prestando atención a la intrahistoria, protagonistas y

mental falangista empleaba de forma recurrente este paradigma de la diferencia emocional para solventar cualquier tipo de inquietud que le plantearan las lectoras: «la clave del enigma, en efecto, está en nuestro temperamento, en nuestra infinita ambición sentimental, y «ellos», tan fuertes para vencer las dificultades de la vida, parece que tienen también mucho más fuerte el cerco defensivo de su corazón», le aseguraba a una de ellas¹³.

Junto con la ratificación de esta visión esencializada de la diferencia sexual, el proyecto de educación afectiva conducido a través de la radio y los consultorios sentimentales contempló también la promoción de otras formas de expresión y habilidades sociales consideradas positivas y acordes al modelo de feminidad deseado. Según aseguraba *Hora Femenina* en un apartado dedicado a tratar «el carácter en la intimidad», «ser querida por los que nos rodean, el tener éxito en nuestras empresas, la paz del espíritu depende en gran parte del propio carácter»¹⁴. En consecuencia, resultaba primordial cultivar virtudes como la simpatía y el agrado, dos de las actitudes más invocadas para la regulación de la vida afectiva y el trato cotidiano de las mujeres. Del interés por promocionar estas conductas nacieron espacios como «¿Eres realmente agradable?» o «10 fórmulas irresistibles de simpatía» que poblaron las páginas de las revistas de cuestionarios y decálogos sobre los sentimientos íntimos y los comportamientos públicos asociados a su vivencia¹⁵.

Entre las directrices enunciadas siempre destacaban en número las relativas a los cuidados ajenos, de forma que solían repetirse hasta la saciedad consejos como los de «considerad a los demás, interesaos por las historias de las gentes, recordad los nombres de

derivas de programas-consultorios concretos, como Sergio BLANCO FAJARDO: «Los consultorios sentimentales de radio durante el primer franquismo. A propósito del programa “Hablando con la Esfinge” (1946-1956)», *Arenal: Revista de historia de mujeres*, 23, 1 (2016), pp. 59-83, y Pura SÁNCHEZ: *Mujeres náufragas. Los consultorios femeninos en la España de los sesenta y setenta*, Barcelona, Bellaterra, 2016.

¹³ «Consúltame», *Medina. Semanario de la SF*, 149 (1944).

¹⁴ «Entre nosotras» («El carácter en la intimidad»), guía de emisión, hora femenina, emisión especial dedicada a la mujer y al hogar, Madrid, 13 de noviembre de 1942, AGA.

¹⁵ «¿Eres realmente agradable?», *Y. Revista de la mujer nacionalsindicalista*, 50 (1952), p. 36, y «10 fórmulas irresistibles de simpatía», *Medina. Semanario de la SF*, 57 (1942).

las personas, sed buenos fisionomistas, hablad con las gentes de sus aficiones predilectas, hablad cordialmente y sonreíd siempre» o «aprende[d] el divino arte de escuchar»¹⁶. El hecho de que la simpatía se relacionase de este modo con la entrega femenina a los individuos de su entorno resultaba bastante significativo, puesto que mostraba que esta clase de actitudes no se concebían como el resultado de un proceso íntimo o del bienestar sentimental del sujeto, sino que se imponían como un medio para obtener un fin. Esto resultaba evidente cuando el mismo discurso exigía ahora a todas a las españolas «el cuidado de los demás» como un método para obtener fama, reconocimiento y buena conciencia: «los ajenos cuidados harán que olvidemos los propios, sentiremos más ligero el espíritu por cumplir un deber moral y de paso conseguiremos tener un carácter amable que nos haga ser queridas, cosa esta la más principal»¹⁷.

Para reforzar esta misma concepción surgía en el discurso de las falangistas el interés por aleccionar sobre la capacidad de perdón y el amor, sentimientos igualmente preceptivos sobre los que se instruía bajo la promesa de alcanzar la plenitud del carácter femenino¹⁸. Así se lo hacía saber la consejera sentimental a *Una española de Bilbao*: «Perdona siempre amiga, perdona en todo aquello que no ataque tu dignidad sentimental; ¿ves?, es como si en vez de un marido hubieras de tratar con un hijo que te ha salido un poco loco»¹⁹. Como su respuesta mostraba, uno de los terrenos en los que más se llamaba a las mujeres a practicar este tipo de entrega y clemencia sin fin era el de la relación con los varones, en particular en el marco de la matrimonio. De hecho, los consultorios sentimentales eran en especial pródigos en recomendaciones que afianzaban esta relación entre amor y renuncia: «la vida de toda mujer, a pesar de cuanto ella quiera simular —o disimular— no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse. La dependencia voluntaria, la ofrenda de todos los minutos, de todos los deseos y las

¹⁶ «10 fórmulas irresistibles...».

¹⁷ «Entre nosotras», guía de emisión, hora femenina, emisión especial dedicada a la mujer y al hogar, 13 de octubre de 1942, AGA.

¹⁸ Sin título [«El perdón»], guía de emisión, hora femenina, emisión especial dedicada a la mujer y al hogar, 14 de diciembre de 1943, AGA.

¹⁹ «Consúltame», *Medina. Semanario de la SF*, 186 (1944).

ilusiones, es el estado más hermoso», explicaba la consejera a *Ade-lante*²⁰. Tanto fue así que no solo los consultorios, sino también un sinnúmero de artículos se dedicaron a apuntalar esta correspondencia entre abnegación, sumisión, sacrificio y amor en el caso de la mujer, dado su «abnegado empeño en no imponerse [...] y sí solo en ponerse, sumarse a la utilidad. A la acción común. Condición abnegada y loable que realza el valor de la feminidad. Sinónimo de SACRIFICIO y AMOR»²¹.

La amenaza de lo «rosa»

A tenor de todo lo anterior, parece indiscutible que la afectividad promovida por el discurso de la organización se perfiló a partir del fomento de unas emociones prefiguradas que reflejaban su diferencia esencial respecto a los afectos propiamente masculinos. El propósito de que las mujeres asimilasen este estilo sentimental también condujo a las falangistas a dirigir su discurso contra todas aquellas pasiones que consideraron perjudiciales para el correcto desarrollo de la psicología femenina. En no pocas ocasiones, las falangistas argumentaron que los peligrosos desvíos de la ortodoxia sentimental femenina provenían de la nociva influencia que «lo extranjero» ejercía en las españolas a través del cine, la prensa y las publicaciones —algunos de los cauces de expresión y control social que ellas mismas dominaban y que, por tanto, más se empeñaban en monopolizar—. Como ya sentenciaba *Hora Femenina*, entre las españolas «son muchas las que [...] ganadas por un ambiente falso, extranjero, por querer parecer modernas y originales se entregan a su tiranía como muñecas sin libre albedrío, sin voluntad»²².

En efecto, la «flaqueza de espíritu» y la reticencia a aceptar los preceptos emocionales que las falangistas profesaban fueron atribuidas tanto a la propagación de los modelos de mujer extranjeros como a las ilusiones y fantasías moralmente impropias que estas

²⁰ *Ibid.*

²¹ «El espíritu no es ni masculino ni femenino», *Medina. Semanario de la SF*, 149 (1944). Las mayúsculas son del original.

²² Sin título [«La hipocresía»], guía de emisión, hora femenina, emisión especial dedicada a la mujer y al hogar, 27 de julio de 1943, AGA.

provocaban en las mujeres. Para intentar prevenirlo, la SF censuró estos estereotipos y los medios a través de los que se difundían. Así, desde la sección dedicada al SEU dentro de *Medina*, la articulista hablaba por boca de todas las estudiantes falangistas al afirmar que «nosotras no pedimos un cine ñoño, con ribetes de novela rosa, no lo pedimos, ni nos hace falta. Pedimos un cine de orientación noble y de sentido español. Un cine que esté de acuerdo con nuestras costumbres y nuestra manera de ser. Quizás estemos cansadas de genialidades yankis»²³. La reivindicación de películas con un sentido patriótico no era, ni mucho menos, una demanda nueva, puesto que ya durante la Guerra Civil la SF había apostado por producir filmes que desafiaron la popularidad de la propaganda republicana. Desaparecida esta última, a mitad de la década de los años cuarenta el peligro venía de las productoras de cine americanas, de las novelas rosa francesas y, en definitiva, de una nueva sensibilidad que amenazaba con corromper la integridad moral de las mujeres —público mayoritario en las salas de cine— de la que las falangistas se sentían guardianas.

La preocupación por el influjo de lo extranjero era, por otra parte, un fenómeno bastante extendido. Como ha señalado José Antonio Pérez Bowie, la defensa de la superioridad del cine español frente a las producciones de otros países fue un lugar común en los discursos de la prensa especializada durante la década de 1940. La cinematografía extranjera era comúnmente acusada de guiarse solo por imperativos comerciales y calificada de «fácil, amable y jocunda» y de promover «una vida anticristiana en pugna con nuestra moral tradicional o al margen de ella»²⁴. En esta línea, en 1941 se publicaba *El cine y los católicos*, un conjunto de ensayos coordinados, entre otros, por Miguel Pereyra. Dedicado a resolver el problema moral que suscitaba la fama creciente de las películas extranjeras (sobre todo estadounidenses y francesas) entre el público, y a hacer un balance de los beneficios que una «correcta» utiliza-

²³ «Nosotras y ellos», *Medina. Semanario de la SF*, 222 (1945).

²⁴ José Antonio PÉREZ BOWIE: *Cine, literatura y poder. La adaptación cinematográfica durante el primer franquismo (1939-1950)*, Salamanca, Cervantes, 2004; JO LABANYI: «Historia y mujer en el cine del primer franquismo», *Secuencias. Revista de Historia del Cine*, 15 (2002), pp. 42-59, e íd.: «Cinema and the Mediation of Everyday Life in 1940s and 1950s Spain», *New Readings*, 8 (2007), pp. 1-24.

ción de este medio podría tener para la propaganda católica, este texto constituye un buen exponente del clima intelectual de condena hacia el cine que se vivía en los sectores más conservadores y afines al régimen. Al tiempo que destacaban su «carácter fecundísimo de elemento insuperable de propaganda», aseguraba que los lugares de proyección cinematográfica podían calificarse de «salas de la indecencia» en los que prevalecían los temas de «moral libre, amor libre, divorcio, adulterio, relaciones sexuales, intrigas amorosas, orgías y fraudes». Y añadía: «cualquier virgencita de dieciocho años que frecuente el cine habrá visto hoy más historias indecentes que las que solían, no ver, sino saber, y a medias, sus abuelas a los treinta de edad y diez de casadas»²⁵.

De forma similar a lo que ocurría con el cine, el creciente aprecio por parte de las españolas hacia la novela rosa también propició una dura cruzada contra aquel género literario, que presentaba una realidad edulcorada y desconectada de la vida en la que primaban los lugares exóticos y alejados, y los ambientes de riqueza, lujo y esplendor; un contexto, por tanto, diametralmente opuesto al de la España de miseria de la inmediata posguerra²⁶. Hay que tener en cuenta que, durante los primeros años cuarenta, títulos como *Rebeca*, *Lo que el viento se llevó* o *Cumbres Borrascosas* se encontraron entre lo más leído del país, lo cual resultaba elocuente respecto a la popularidad que ostentaba esta forma de literatura extranjera y en particular la inglesa, a pesar de las malas traducciones que circulaban²⁷. La falta de interés hacia la representación de un mundo identificable como real y el menosprecio por un referente externo reconocible permitían a las lectoras de novela rosa sustituir la realidad prosaica por otra mucho más estilizada y embellecida donde el final del relato siempre albergaba la promesa y

²⁵ José Luis DÍEZ, Remigio VILARIÑO y Miguel PEREYRA: *El cine y los católicos*, Madrid, Aldecoa, 1941, esp. pp. 86, 97 y 101.

²⁶ Lucía MONTEJO GURRUCHAGA: «Escritoras falangistas en la revista *Medina*. El séquito literario femenino de José Antonio Primo de Rivera», en Raquel OSBORNE (ed.): *Mujeres bajo sospecha (memoria y sexualidad, 1930-1980)*, Madrid, Fundamentos, 2012, pp. 363-377.

²⁷ María del Carmen ALFONSO GARCÍA: «Sobre novela rosa y condición femenina en la España de posguerra», en *Homenaje a José María Martínez Cachero: investigación y crítica*, vol. 2, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2000, pp. 23-40.

el sosiego de un mundo próspero²⁸. De este modo, y aun considerando que el final feliz del relato se cifraba siempre en el matrimonio, las novelas tenían un aspecto lúdico e imaginativo que las transformaba en una válvula de escape ante el «mundo de anestesia de la posguerra» —como lo definiera Carmen Martín Gaité— y que incluso podría operar como un espacio para el «refugio emocional» en el que buscar nuevas formas de subjetivación²⁹.

Las falangistas habían sabido diagnosticar esta tendencia general entre el público femenino y parecían haber calibrado también los posibles efectos negativos para ellas: actuando en consecuencia, no solo ejercieron actos de censura directa sobre los relatos que

²⁸ Gonzalo NAVAJAS: «La novela rosa en el paradigma literario: Inmaculada de Rafael Pérez y Pérez», *Monographic Review/Revista Monográfica*, 7 (1991), pp. 364-81, y Stephanie SIEBURTH: *Inventing High and Low: Literature, Mass Culture, and Uneven Modernity in Spain*, Durham, Duke University Press, 1994.

²⁹ La propia Martín Gaité mantuvo en sus ensayos y en sus novelas una relación ambivalente con la novela rosa, ya que si de un lado la consideraba un mecanicismo para fortalecerse emocionalmente, también criticaba la perpetuación de los patrones sociales del noviazgo y el matrimonio que se daba en ellas. Véase Jennifer SMITH: «Otra mirada a la novela rosa en *El cuarto de atrás* y *Usos amorosos de la posguerra española*», en Pierre CIVIL y Françoise CRÉMOUX (coords.): *Nuevos caminos del hispanismo. Actas del XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (París, 9-13 de julio de 2007)*, vol. 2, Madrid-Fráncofurt del Meno, Iberoamericana-Vervuert, 2010, p. 202. En los años ochenta, esta literatura fue revisitada desde una perspectiva feminista interesada en cuestionar el tabú que existía en los estudios culturales acerca de la novela rosa, un género con el que toda la crítica literaria, incluida la elaborada por mujeres, había sido hostil y despectiva. Autoras como Tania Modleski y Janice Radway han planteado la necesidad de analizarla también como un espacio para la reconfiguración de identidades femeninas. Véanse Tania MODLESKI: *Loving with a Vengeance. Mass-produced Fantasies for Women*, Nueva York, Routledge, 1982, y Janice RADWAY: *Reading the Romance. Women, Patriarchy, and Popular Literature*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1984. Más recientemente, el trabajo de Sonia Núñez Puente ha puesto de manifiesto la complejidad no aparente de este tipo de literatura, que si de un lado parecía conservar ciertos elementos que la acercaban al discurso dominante de la época, también suponía una sutil ruptura con este por promover una «modernidad moderada» a través de protagonistas independientes o con capacidad de actuación. Véase Sonia NÚÑEZ PUENTE: *Reescribir la femineidad. La mujer en el discurso cultural en la España contemporánea*, Madrid, Pliegos, 2008. El concepto de «refugio emocional» también ha sido propuesto por Reddy para denominar aquellos espacios en los que los individuos pueden lograr algún tipo de alivio al liberarse, aunque sea solo de manera parcial, de la coerción emocional a la que están sometidos. Véase William M. REDDY: *The Navigation of Feeling...*, pp. 129 y ss.

consideraban «rosa», sino que desaprobaban su lectura cuantas veces encontraron ocasión de hacerlo. En la década de posguerra fue bastante habitual que los consultorios sentimentales de *Medina* ardieran en críticas hacia las que se confesaban seguidoras de esta literatura, a quienes la consejera recomendaba que abandonaran de inmediato «esas novelas rosa en que, con un estilo de pésima traducción, se relatan las aventuras de una niña rica y mal educada que tarda doscientas páginas en convencer a un joven rico, y a ser posible inglés, de que se case con ella»³⁰.

Las nociones de amor apasionado y de relaciones con final siempre feliz sobre las que se construían estos textos extranjeros no solo discordaban profundamente de las que la SF defendía, sino que además suponían una competencia en la defensa de sus parámetros emocionales. De este modo, en respuestas como la enviada a *Arjumad Pérez*, se advertía a las mujeres que, «pese a nuestra cacareada emancipación, pese a los ejemplos del cine y de esas terribles novelas rosa, seguimos bastante propicias a enamorarnos y gustar de sentirnos pequeñas ante la mirada irónica, la sonrisa suficiente o el bigotillo bien colocado de un señor»³¹. Que las posibilidades ofrecidas por este tipo de ficción se equiparasen en peligrosidad a la «emancipación» femenina era un síntoma bastante claro de la aprensión que las falangistas sentían hacia cualquier instrumento de subjetivación que no estuviera controlado o en consonancia con sus principios. En oposición a aquel mundo idílico de las novelas, tan extraño a los sacrificios emocionales a favor de la templanza y el dominio de las pasiones (aunque sin duda regido por otro tipo de normativa afectiva), la SF seguía defendiendo su propia visión en lo que a prácticas cotidianas del amor se refiere y su hegemonía a la hora de definir qué debían sentir y expresar las mujeres hacia el sexo opuesto. A una lectora de *Medina* que parecía dispuesta a manifestar apasionadamente su amor a un hombre sin esperar a que este se le adelantara, la consejera le recomendaba: «No, mujer, por mucho que vayas al cine, y aunque incurras en el error de leer novelas americanas, no te contagies»³².

Es importante observar qué tipo de lecturas recomendaban los consultorios falangistas para contrarrestar aquellos hábitos que

³⁰ «Consúltame», *Medina. Semanario de la SF*, 36 (1941).

³¹ *Ibid.*, 32 (1941).

³² *Ibid.*, 81 (1942).

juzgaban perniciosos. «Prueba, por ejemplo, a leer —le sugerían a *Interrogante*— cosas de verdad, no tonterías que se llaman novelas. Y a lo mejor, en fuerza de bucear en vidas ajenas, empiezas a sentir una cierta necesidad de hacerte una propia»³³. Concretando un poco más aquello de las «vidas ajenas», la misma consultora preguntaba retóricamente a *Mariquilla de Jalón*: «¿no te gustan las biografías?, ¿no prefieres saber [...] las vidas de quienes te precedieron y dejaron materias, para ejemplo y escarnio, en el análisis?»³⁴. No era una recomendación sorprendente. Durante los años cuarenta, las biografías sobre mujeres que habían destacado de manera excepcional en los campos de la política o de la cultura ocuparon un espacio editorial abrumador y los relatos sobre las vidas de Isabel la Católica, Mariana de Pineda, Agustina de Aragón o Santa Teresa de Jesús fueron recomendados y reseñados por doquier, e incluso adaptados a públicos infantiles³⁵. De hecho, solo de la primera de ellas se puede contabilizar una nutrida muestra de en torno a doscientos libros publicados, cuyas frecuentes reimpressiones parecen demostrar el éxito y la buena acogida de las biografías sobre la reina, ya fueran en forma de hagiografías o pánegíricos, como ficción o historia novelada, o como testimonios y supuestos estudios históricos³⁶.

Los consultorios de *Medina* se mostraron más que dispuestos a contrarrestar la influencia negativa de los relatos cinematográficos y rosas con la promoción de biografías sobre mujeres encomiables de la historia patria. Algunas de estas figuras, en particular las de Agustina de Aragón, Teresa de Ávila e Isabel I, habían sido traídas a colación cuando se hizo necesario y urgente justificar la implica-

³³ *Ibid.*, 32 (1941).

³⁴ *Ibid.*, 30 (1941).

³⁵ Montserrat HUGUET: «Memoria del primer franquismo. Mujeres, niños y cuentos de infancia», en Antonella CAGNOLATI (ed.): *Tessere trame, narrare storie. Le donne e la scrittura per l'infanzia*, Roma, Aracne, 2013, pp. 123-150, p. 132.

³⁶ Véase Elena MAZA ZORRILLA: *Miradas desde la historia: Isabel la Católica en la España contemporánea*, Valladolid, Ámbito, 2006, pp. 75 y ss. También Susana Tavera ha señalado que el franquismo «dio pábulo a las tendencias generales de una “biografía de género” [...] difundida desde su discurso neopatriarcal y utilizando un publicismo periodístico afín al régimen». Véase Susana TAVERA: «¿Escribir sobre una vida o sobre muchas? Vida, escritura e historia: la política de las biografías de mujeres», en Henar GALLEGO y Mónica BOLUFER (eds.): *¿Y ahora qué? Nuevos usos del género biográfico*, Barcelona, Icaria, 2016, pp. 149-176, esp. pp. 159-160.

ción de las mujeres en la guerra³⁷. No obstante, a diferencia de lo acontecido durante la guerra, las vidas de estas honorables no era recuperada aquí para argumentar la intervención en ningún conflicto bélico de las mujeres que escribían a los consultorios, sino para cifrar en ellas el antídoto de espiritualidad que contrarrestaría la sobredosis de fantasía (y las posibles expectativas que de ella se derivaran) en las españolas. «Al correr de los años, las mujeres tengamos a lecturas que reúnan mejores elementos de espiritualidad, que se adapten mejor a nuestra investigadora mirada en otras vidas que fueron. Y se inicia el gran éxito de las biografías», le explicaba la consultora a *Marilyn*³⁸. Esta presunta espiritualidad, en teoría opuesta a los espejismos y frivolidades que provocaba la ficción, era reivindicada a todas horas cualesquiera que fueran los asuntos que se estuvieran debatiendo: «La mujer es mucho más sincera y simple: es poco dada a retorcimientos y a crearse una conciencia artificial», aseguraba el editorial de la misma revista³⁹.

Aunque orientarse por las vidas de mujeres venerables pareciera ser un buen camino para desprenderse de la perversión atribuida a los relatos rosas, incluso con las biografías se recomendaba tener precaución: «A mí personalmente me encantan las biografías. Pero si te dejas llevar y quieres revivir en todas las figuras pueden ser peligrosas. Una mezcla de María Antonieta, la Duse, Cristina de Suecia, la señorita Lavalieve [¿La Vallière?] y Santa Teresa de Jesús sería muy interesante desde el punto de vista psicológico [...] Pero para andar por la vida normalmente, un lío horroroso»⁴⁰. Las mujeres quedaban una y otra vez atrapadas en este tipo de callejones sin salida: no debían «servirse de procedimientos de novela», pero tampoco les valdría para su vida cotidiana seguir los modelos de las fi-

³⁷ La importancia de la reina Isabel y de Santa Teresa en la configuración de paradigmas de mujer durante la guerra civil y el régimen franquista ha sido subrayado en repetidas ocasiones por la historiografía desde la aparición de trabajos pioneros como el de Guiliana DI FEBO: *La santa de la raza: Teresa de Ávila, un culto barroco en la España franquista*, Barcelona, Icaria, 1988. Otra perspectiva en Inbal OFER: «Historical Models-Contemporary Identities: The Sección Femenina of the Spanish Falange and its Redefinition of the Term “Femininity”», *Journal of Contemporary History*, 40, 4 (2005) pp. 663-674.

³⁸ «Consúltame», *Medina. Semanario de la SF*, 58 (1942).

³⁹ «La frivolidad y la mujer falangista», *Medina. Semanario de la SF*, 13 (1941).

⁴⁰ «Consúltame», *Medina. Semanario de la SF*, 7 (1941).

guras ilustres a cuyas trayectorias debían acudir para desintoxicarse de la literatura rosa. El rompecabezas se hacía aún más complejo cuando la consejera, dejando atrás las recomendaciones sobre vidas ejemplarizantes, se aventuraba a dar una nómina bastante completa de lecturas con las que las mujeres podrían avanzar en el conocimiento de su propia naturaleza:

«Lee, pero no novelas sin espíritu ni belleza. Lee, por ejemplo, *Veinticuatro horas de la vida de una mujer* o los *Momentos estelares de la humanidad*, de Zweig. Lee las obras de Paul Bourget, un poco pasadas, pero siempre buenas como psicologías femeninas. Lee nuestra Concha Espina, que tiene hondos y bellos caracteres de mujer. Lee Benavente, empezando —son deliciosas— por sus *Cartas de mujeres*, y meditando luego las frases de sus comedias. Y Palacio Valdés, con figuras mínimas y conmovedoras como aquella de la mujer de Riverita, que siempre hace llorar con su muerte a las que tienen el corazón sano. Y si vas penetrando en la maravillosa atracción del libro, lee *Las figuras de la Pasión*, de Gabriel Miró. O las obras de Marquina ¡Tienen tal dominio sobre nuestra inquietud los poetas!»⁴¹.

Como si de una preceptora literaria se tratara, la consejera ofrecía una guía bien medida y calculada de textos en cuyo contenido se reflejaban los propios intereses formativos de las falangistas. En primer lugar, esta relación de obras no dejaba de evidenciar la inclinación tan generalizada como propia de la SF a emplear las historias de vida con fines moralizantes, ya fuera en la vertiente religiosa que representaban las historias bíblicas de *Figuras de la pasión de Miró* (1916) o los pasajes de historia novelados y centrados en los grandes prohombres de *Momentos estelares de la vida de la humanidad* (1927), de Zweig⁴². Asimismo, la men-

⁴¹ *Ibid.*, 64 (1942).

⁴² Las primeras se publicaron por primera vez entre 1913 y 1917 y aunaban, según Rafael Narbona, «neomodernismo, impresionismo, sensualidad bíblica, sensibilidad pictórica y espiritualidad teresiana». No habría que perder de vista que la SF tenía una perspectiva de la religión católica del todo influenciada por el estilo benedictino de fray Justo Pérez de Urbel, lo que se reflejó en unos cultos mucho más orientados a la meditación, la espiritualidad y la participación. Esta «modernidad» en los asuntos religiosos podría estar relacionada con la incitación a este tipo de lecturas que, si bien ofrecían un contenido bíblico ortodoxo, lo hacían desde unas técnicas literarias que precisamente buscaban incidir en la reflexión profunda sobre los personajes a los que se aludía. Sobre la cuestión religiosa en la Sección Fe-

ción a *Veinticuatro horas de la vida de una mujer* (1927), de este último autor, era del todo consonante con los preceptos sobre la contención de las emociones y el control de los afectos que la SF predicaba. Esta obra había sido una de las novelas «psicológicas» de Zweig más conocidas en España. En ella se ponía en paralelo la historia de dos protagonistas femeninas que se rebelaban contra una situación que no las satisfacía y que fantaseaban con experimentar otras vidas llevadas por la pasión de un nuevo amor. La historia de Zweig se desenvolvía de tal manera que el relato acababa teniendo un sentido moralizante claro: la insumisión, la entrega a las pasiones lleva a la perdición, al naufragio moral y al sentimiento de culpa⁴³.

Algo similar ocurría con las novelas de Paul Bourget, cuya inclusión en este tipo de lista podría parecer contradictoria respecto al propio discurso de la organización, que había criticado con dureza la producción literaria francesa por su amoralidad. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la lectura de sus novelas era más bien una garantía que un riesgo para las falangistas dado el tono conservador y duramente censor de sus textos. Preocupado por la psicología femenina como la propia consejera señalaba, Bourget consideraba que los vicios, los «males afectivos» y la debilidad de los individuos frente a sus pasiones eran la causa de la decadencia social. Además, no habría que perder de vista que el escritor francés aportaba una visión tremendamente crítica con la sociedad norteamericana que casaba a la perfección con los reproches de las falangistas hacia su cultura del ocio. Así ocurría, por ejemplo, en *Outre-mer. Notes sur l'Amerique*, donde Bourget había llegado a

menina, véanse Begoña BARRERA: «Las religiones del falangismo femenino: el culto a lo político y la afirmación de lo católico en la Sección Femenina de FET JONS (1937-1945)», *Bulletin of Spanish Studies*, 98, 1 (2021), pp. 101-125, y Kathleen RICHMOND: *Las mujeres en el fascismo español...*, pp. 105-130. Por su parte, *Momentos estelares de la vida de la humanidad* es un compendio de miniaturas históricas y literarias que tratan de adentrarse en las emociones y describir las grandezas y las miserias morales de los que son considerados protagonistas de la historia. Véanse Jean-Jacques LAFAYE: *Una vida de Stefan Zweig*, Barcelona, Alrevés, 2002, y Wes ANDERSON: *The Society of the Crossed Keys. A Selection from the Writings of Stefan Zweig*, Londres, Pushkin Press, 2014.

⁴³ Stefan ZWEIG: *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, traducción de María Daniela Landa, Barcelona, El Acanalado, 2010, y Jean-Jacques LAFAYE: *Una vida de Stefan Zweig...*

defender que los tres problemas que destruían Europa, «la democracia, la ciencia positivista y la raza» —entendida como «interracialidad»—, tenían su origen en los Estados Unidos de América⁴⁴.

Por otro lado, la mención a literatos como Armando Palacio Valdés, Jacinto Benavente, Eduardo Marquina o Concha Espina (la única mujer incluida en el repertorio de nombres) y su ponderación en tanto que concedores del carácter y la psicología femenina se convertían en el ingrediente necesario para equilibrar una hoja de recomendaciones que, de haber quedado reducida a los nombres anteriores, tal vez no hubiera resultado lo bastante atractiva para las lectoras y, en consecuencia, no hubiera producido el efecto necesario de desbancar en sus intereses a la novela rosa. Estos relatos, aun no teniendo la autoridad científica de los tratados médicos ni el reconocimiento de los ensayos filosóficos, eran un instrumento imprescindible a tener en cuenta por parte de las falangistas dada la popularidad de los nombres que los firmaban y la relativa facilidad de acceso a sus ediciones. Aunque la referencia a Palacio Valdés, que desarrolló gran parte de su trayectoria en el siglo anterior, pudiera escaparse a la línea general de un repertorio de lo más contemporáneo, no habría que perder de vista la enorme capacidad de las obras citadas por la consejera —*Riverita* (1886) y *Maximina* (1887)— para describir tipos femeninos angelicales, dulces, sencillos, de buena educación para asuntos prácticos y con perfecto conocimiento de las normas sociales. Cualidades todas ellas que se adecuaban a lo promovido desde órganos de expresión de la SF como *Medina*⁴⁵. Bien es cierto que estas descripciones hacían referencia a un modelo de mujer burguesa del siglo anterior

⁴⁴ Véanse Walter Todd SECOR: *Paul Bourget and the Nouvelle*, Whitefish, Kessinger Publishing, 2010, y David BAGULEY (ed.): *The Nineteenth Century in Two Parts*, Siracusa, Syracuse University Press, 1994.

⁴⁵ Guadalupe GÓMEZ-FERRER: «Los arquetipos femenino socializados por la novela realista», en *Hombres y mujeres: el difícil camino hacia la igualdad*, Madrid, Editorial Complutense, 2002, pp. 27-79. Personajes como los de Riverita eran, además, vehículos para mostrar cierta identificación con las clases bajas, así como una fuerte indignación con el egoísmo de una clase alta tildada de altiva y poco preocupada por las penalidades del resto de la sociedad. Aunque tal vez no tanto como sus retratos femeninos, estas otras características también hacían de estas obras una lectura compaginable con un discurso de la SF sobre la justicia social mucho más explotada durante la guerra y todavía no desaparecido a principios de los años cuarenta. Para lo primero véase Brian J. DENDLE: «Armando Palacio Valdés, el astu-

con el que *a priori* las falangistas estaban en desacuerdo por considerarlo frívolo y superficial, y porque, además, el modelo de vida burgués representaba la antítesis de los planteamientos falangistas ortodoxos. Sin embargo, este tipo de novelitas presentaban a personajes que, si bien podrían excederse en sensiblería, nunca transgredían otros ámbitos más comprometidos, como el de la moral sexual, y que además contenían una dosis de retórica sentimentalista lo bastante abultada como para competir con la novela rosa extranjera y convertirse, en consecuencia, en una lectura ajustada a las necesidades de la SF.

Algo similar ocurría con Benavente, convocado a esta lista de lecturas por el conocimiento del temperamento femenino que acreditaba su *Cartas de mujeres* (1893), donde el autor no solo hablaba por boca de mujer tratando de representar los caracteres puramente estereotipados de la mujer burguesa, sino que además reflexionaba sobre el propio acto de la escritura declarando que «quizás porque el instinto de agradar es más imperioso en las mujeres, hasta convertirse en arte lo que disimulan, y porque adiestradas en este arte al espejo trasladan al papel su habilidad, sean las cartas de las mujeres superiores a las de los hombres»⁴⁶. Si la voluntad de agradar era un elemento consustancial a la feminidad según la SF la interpretaba y, por tanto, si el énfasis de Benavente y de sus personajes en esta característica resultaba de lo más apropiado para reforzar su discurso, no menos oportuna era la defensa de las capacidades epistolares para estimular la participación de las mujeres en los consultorios sentimentales.

Del mismo modo que la literatura de Benavente resultaba recomendable por su adecuación más o menos precisa, los textos de Eduardo Marquina, a quien le suponían un dominio eminente de las inquietudes femeninas, podían ayudar a enfatizar los presupuestos ya expuestos por las falangistas. Cabe recordar que el escritor desarrolló durante el régimen una línea de exaltación nacio-

riano universal: una visión de conjunto», en Francisco TRINIDAD (ed.): *Palacio Valdés en Asturias*, Laviana, Ayuntamiento de Laviana, 2007, pp. 57-70.

⁴⁶ Jacinto BENAVENTE: *Cartas de mujeres*, Madrid, Espasa Calpe, 1976, p. 14. Véase también María Ángeles TORRAS FRANCÉS: *Tomando cartas en el asunto. Las amistades peligrosas de las mujeres con el género epistolar*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2001.

nalista y de ferviente religiosidad en sus obras, y que recurrió no pocas veces en sus piezas teatrales y novelas a figuras como Teresa de Ávila e Isabel I, patronas y protectoras de la organización falangista. Solo de la primera había escrito *Teresa de Jesús. Estampas carmelitas* (1932) y la trilogía de *Pasos y trabajos de Santa Teresa de Jesús* (1941), mientras que sobre la segunda publicó *La reina mujer Isabel la católica* (1941), cuyo título ya denotaba la línea que seguía el relato: la descripción de la reina en tanto que mujer en lucha por aunar las virtudes familiares y políticas en un temperamento puramente femenino, caracterizado por la «pulcritud del alma», el «ánimo sereno», la «benignidad maternal» y, en definitiva, por una perfecta combinación entre fortaleza y sentimentalidad que encajaba de manera impecable con los presupuestos emocionales de la SF⁴⁷.

Mención aparte merece la alusión a Concha Espina. Como se ha explicado más arriba, las falangistas lanzaron una feroz campaña de desprestigio contra las novelas rosa en su versión extranjera. Sin embargo, nunca mencionaron que ellas mismas, o al menos el imaginario femenino que promovían, también se había beneficiado durante la guerra de la popularidad de este género con la publicación de «novelas rosa de guerra», un tipo de relato en el que los esquemas narrativos y los estereotipos de la novela rosa tradicional se adaptaban a la situación bélica (la enfermera o la madrina de guerra sustituían a la secretaria y el apuesto y heroico oficial al galán de buena familia), con un propósito claramente propagandístico⁴⁸. Así,

⁴⁷ Eduardo MARQUINA: *La Reina mujer. Isabel la Católica*, Barcelona, Betis, 1941. Marquina no solo se identificó con las instituciones del régimen, sino que participó en ellas como presidente de la Junta Nacional de Teatros dependiente del Ministerio de Educación. Véanse Víctor GARCÍA RUIZ: *El teatro español entre 1939 y 1945*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2013, y Víctor GARCÍA RUIZ y Gregorio TORRES NEBRERA: *Historia y antología del teatro español de posguerra (1940-1945)*, vol. I, Madrid, Fundamentos, 2003. Véase lo dicho en la nota 38 sobre la utilización de las figuras de la reina Isabel y de Santa Teresa durante la guerra civil y la dictadura.

⁴⁸ La definición de «novelas rosa de guerra» en José A. PÉREZ BOWIE: «Literatura y propaganda durante la Guerra Civil española», en *Propaganda en guerra*, Salamanca, Consorcio Salamanca, 2002, pp. 31-49, esp. p. 49. Véase un ejemplo en Iker GONZÁLEZ-ALLENDE: «La novela rosa de ambientación vasca e ideología franquista durante la Guerra Civil española», *Revista internacional de los estudios vascos*, 50, 1 (2005), pp. 79-103.

durante el conflicto, Y había reseñado en sus «noticias bibliográficas» algunas de las novelas «rosa y de guerra» más populares de Espina, como *Retaguardia*, e incluso había integrado a la autora como parte de su plantilla de redactoras, un grupo del que la publicación presumía abiertamente, habida cuenta de la escasez de mujeres en esta empresa durante los primeros meses de Y⁴⁹. El caso de Espina no fue único: durante la década de los años cuarenta muchas de las escritoras afines o afiliadas a la SF, como Carmen Icaza o Concha Linares Becerra, siguieron empleando los mismos recursos literarios adaptándolos al discurso de las falangistas y así llenaron las páginas de revistas falangistas como *Medina* con novelas por entregas de género rosa de evidente tono folletinesco⁵⁰.

Teniendo esto en cuenta, no deja de ser paradójico que aquel «séquito literario» de escritoras vinculadas a la SF se esmerara en cultivar un tipo de relatos que la misma organización que los acogía criticaba de forma tenaz. Es más, resultaría hasta cierto punto incoherente que las publicaciones de las falangistas reunieran en sus páginas narraciones como «Una historia de novela rosa», donde, siguiendo la misma línea argumentativa de los consultorios sentimentales, se prevenía a las lectoras sobre los peligros de estas lecturas

⁴⁹ «Noticia bibliográfica», *Y. Revista de la mujer nacionalsindicalista*, 4 (1938), p. 44, y «La redacción y colaboradoras de Y», *Y. Revista de la mujer nacionalsindicalista*, 15 (1939), p. 16. Para la función de la novela rosa «de guerra» véase Iker GONZÁLEZ-ALLENDE: «Las novias de Concha Espina: amor durante la Guerra Civil española», *Spanish Language and Literature*, 92 (2011).

⁵⁰ La relación de estas escritoras con el género rosa en Alicia G. ANDREU: «La Sección Femenina de la Falange en la obra de Carmen Martín Gaité: la popularidad de las novelas rosa en la posguerra española», *Revista de Estudios Hispánicos*, 36, 1 (2002), pp. 145-157; *id.*: «The “Sección Femenina” in Spanish Literature: 1930-1950», *España contemporánea: Revista de literatura y cultura*, 19, 2 (2006) pp. 83-100; Jo LABANYI: «Romancing the Early Franco Regime: The Novelas Románticas of Concha Linares-Becerra and Luisa-María Linares», en Emillie L. BERGMANN y Richard HERR (eds.): *Mirrors and Echoes: Women's Writing in Twentieth-Century Spain*, Berkeley, University of California Press International & Area Studies, 2007, pp. 63-78, y Lucía MONTEJO GURRUCHAGA: «Escritoras falangistas en la revista *Medina*...», pp. 363-377. Para el caso concreto de Carmen Icaza y su trayectoria y reconocimiento previo a la Guerra Civil véase Ángela CENARRO: «Carmen Icaza: novela rosa y fascismo», en Alejandro QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO y Miguel Ángel DEL ARCO BLANCO (eds.): *Soldados de Dios y apóstoles de la patria: las derechas españolas en la Europa de entreguerras*, Granada, Comares, 2010, pp. 373-396.

(«te aconsejo que no intentes servirte en la vida de procedimientos de novela. Especialmente si se trata de la rosa», le respondía su antiguo novio a la protagonista, después de abandonarla por no soportar sus fantasías sobre el amor), mientras que daban cabida también a opiniones como las de Mercedes Werner, quien, en un alegato a favor del tono despreocupado y alegre de la novela rosa, afirmaba que «hoy día está de moda el que las novelas acaben mal. [...] El hecho de terminar bien cualquier pequeña fábula que nuestra mente crea para solaz de propios y extraños le haga ser calificada de pastel de merengue, me parece excesivo y hasta algo así como tentar a Dios, ya que semejaría una actitud de eterna renunciación al más modesto optimismo [...] Yo no participo de esa idea lúgubre»⁵¹.

No obstante, habría que tener en cuenta otros factores importantes que pueden ayudar a explicar la aparente contradicción entre el fomento y la censura de estos textos. Por un lado, las mismas escritoras que cultivaban aquella literatura protestaron en numerosas ocasiones contra la denominación de sus obras como «rosas» y propusieron que se las identificara con otros epítetos («blanca» y «moderna») ajenos a aquel género tan desacreditado⁵². Esta inquietud por la designación sugiere que, quizás antes que un género literario, el calificativo de «rosa» fuera para la SF un modo de reconocer aquellas producciones «extranjeras» cuyos contenidos no se adecuaban a los estrechos márgenes del imaginario femenino-nacional de las falangistas. En este sentido, lo que representaría un riesgo para la moralidad de las españolas y lo que hubiera podido suponer un peligro para la difusión de novelas como las de Espina, Icaza o Linares no era tanto el empleo de unos patrones para el desarrollo del relato (la sociedad bien definida, la polarización de caracteres en buenos y malos, el obstáculo principal que parece insalvable pero cuya superación supone el cierre feliz de la historia, etc.) como la introducción en estas historias de escenarios, actitudes o expresiones normalmente ajenas a las que se consideraban propiamente femeninas y españolas, y que

⁵¹ Ángeles VILLARTA: «Una historia de novela rosa», *Y. Revista de la mujer nacionalsindicalista*, 49 (1942), p. 18, y Mercedes WERNER: «El hombre perfecto. Cuento por Mercedes Werner», *Medina. Semanario de la SF*, 116 (1943).

⁵² *La Estafeta Literaria*, 5 de marzo de 1944, citado en Carmen MARTÍN GAITE: *Usos amorosos de la posguerra española*, Barcelona, Anagrama, 1987, p. 109.

serían, a fin de cuentas, las que convertían a una novela en «rosa» para las falangistas⁵³.

Por otra parte, el encuentro que se dio en las publicaciones de la SF entre posturas a favor y en contra de la literatura «rosa» estuvo en parte determinado por las posibilidades editoriales de la organización. La editorial Almena se había especializado desde 1942 en «publicaciones destinadas a la mujer, familia, profesorado y temas infantiles», pero no incluía en su oferta ninguna colección de narrativa femenina o contemporánea⁵⁴. Sin embargo, este tipo de obras se estaban estableciendo en la década de posguerra como uno de los reclamos esenciales tanto para atraer a las mujeres al mundo del libro como para fidelizarlas a las revistas femeninas a través de los relatos por entregas, de modo que la posibilidad de aprovechar el auge de los relatos rosas (sin reconocerlos como tales) en sus publicaciones periódicas se convirtió en un camino irrenunciable para la SF. Desde esta perspectiva, resulta factible que la organización fuera consciente de la necesidad de poner en marcha todo un discurso en contra de la novela sentimental y extranjera mientras utilizaba a su favor la enorme popularidad de esa narrativa tanto para atraer lectoras a sus revistas como para reforzar los patrones emocionales que su propio discurso iba asentando.

* * *

Parece claro que nada de lo relativo al plan de tutela formativa que las falangistas desplegaron durante los años de posguerra fue improvisado. La SF puso todos sus esfuerzos en orquestar una densa red de recursos propagandísticos y se empleó a fondo en hacer de ella un medio eficaz para transmitir a las españolas su discurso aleccionador en materia de género y emociones. El problema se originó cuando, al tratar de monopolizar el ámbito de la cultura para hacer de él un coto privado de consignas, percibieron que entre muchas españolas persistía la preferencia por lenguajes

⁵³ La cuestión de si la novela rosa debe ser considerada género o fórmula literaria ha sido problematizada en Pamela REGIS: *A Natural History of the Romance Novel*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2011.

⁵⁴ «Breve estudio sobre la editorial “Almena” y fórmulas para distribución de publicaciones», AGA.

extranjeros. Una circunstancia que suponía una amenaza para la organización falangista en, al menos, dos sentidos. Por un lado, el cine estadounidense y las páginas de las novelas *no españolas* podrían abrir la imaginación de sus lectoras a estilos emocionales y prácticas que nada tuvieran que ver con aquellas que las falangistas tanto se estaban esforzando en imponer. En el peor de los casos, podrían hacer ver a quien se imbuyera de estas historias que existía otro modo de relacionarse con el sexo opuesto más allá de los estrechos márgenes de sociabilidad que la consigna de pureza y la moralidad les exigían, o que era posible aspirar a otra forma de vida más apasionante que la que ofrecía la grisura del encierro en los hogares de la posguerra.

Pero este no era el único peligro. Además de poder desviar los caracteres femeninos de la ortodoxia que instauraron las falangistas, lo que indudablemente más preocupaba a estas últimas era que el descubrimiento de nuevos estilos afectivos o de nuevas maneras de sociabilidad pudiera restar credibilidad a sus propuestas. Piénsese que la organización había fundamentado todo su discurso en la certeza de que todas aquellas cualidades que atribuía a la feminidad —como la moderación, la autocontención o la abnegación— eran rasgos inherentes y constitutivos de su esencia. ¿Cómo lidiar, entonces, con discursos que afirmaban que aptitudes como la fantasía también eran propias, habituales e incluso positivas para las mujeres? ¿Cómo enfrentar relatos en los que el amor no suponía *por naturaleza* una posición de subalternidad de la mujer respecto a su novio/marido, sino que significaba pasión, vehemencia e incluso erotismo?

Como se ha visto, la respuesta a este desafío pasó por intentar neutralizar todos aquellos relatos que representaran una competencia desleal a las consignas de la SF, al tiempo que estas últimas trataban de hacerse omnipresentes en la cotidianeidad de las españolas. El resultado de tal combinación de censura y hostigamiento no pudo ser otro que el padecimiento emocional de muchas de las mujeres que vivieron sujetas a esa tutela. Este daño no solo se derivó de la imposición de un canon afectivo que, de hecho, consideraba el sufrimiento femenino como positivo y enaltecedor, sino que vino provocado por el aleccionamiento emocional que vivieron las mujeres, sujetas al deseo de la organización de limitarlas a unas identidades que las falangistas pudieran controlar desde su posición de

poder. Es cierto que no todas las mujeres encuadradas por la SF experimentaron con la misma intensidad esta educación afectiva y que la complejidad del proyecto adoctrinador falangista tampoco imposibilitó el nacimiento de transgresiones sutiles. Sin embargo, resulta innegable que el tesón de la organización por disciplinar emocionalmente a las españolas dio sus frutos en la modelación de muchas subjetividades femeninas de posguerra. Unas subjetividades que, con su autocontención y docilidad, contribuyeron a legitimar a la SF en su papel de guardiana del significado de feminidad y a prevenir muchos amagos de disidencia identitaria que, no obstante, tampoco tardarían muchos años en aflorar.

*Azúcar y Guerra Fría: Marruecos, entre los Estados Unidos y la dependencia de la producción cubana**

Ana Torres García

Universidad de Sevilla
torresga@us.es

Resumen: Durante los años sesenta el rey Hassan II de Marruecos se esforzó por fortalecer su relación con Estados Unidos, pero tuvo que enfrentarse a ciertos obstáculos. Uno de ellos fue la dependencia de Marruecos del azúcar de Cuba, lo que supuso un problema para los objetivos del monarca, dada la política económica de Washington hacia el régimen castrista. Este estudio, basado en documentación diplomática estadounidense (National Archives and Records Administration y Lyndon B. Johnson Presidential Library), analiza el desarrollo del caso y cómo la Administración Johnson y el Gobierno de Marruecos ajustaron sus políticas respectivas para salvaguardar sus intereses.

Palabras clave: Marruecos, Cuba, Estados Unidos, azúcar, Guerra Fría.

Abstract: During the 1960s King Hassan II of Morocco made efforts to strengthen his relationship with the United States, but encountered certain obstacles in achieving his objectives. Morocco's dependence on Cuban sugar proved to be a major liability, given Washington's economic policy towards the Castro regime. Based on diplomatic documentation from United States archives (National Archives and Records Administration and the Lyndon B. Johnson Presidential Library), this

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en el *Fifth World Congress for Middle Eastern Studies* (Sevilla, 16-20 de julio de 2018). Agradezco a los revisores sus oportunas sugerencias para mejorar el texto, así como los comentarios y la ayuda proporcionada por las siguientes personas a la hora de recopilar parte de la información que aquí se analiza y su representación en gráficas: Jorge Carro, Rosa Salgado, Miguel Torres, Rocío Velasco y Antonio Giménez.

article analyses how the Johnson Administration and the government of Morocco adjusted their respective policies to serve each other's interests.

Keywords: Morocco, Cuba, United States, Sugar, Cold War.

Introducción

El establecimiento en La Habana del régimen castrista en 1959 y la consiguiente adopción por parte de Washington de políticas activas en su contra no solo marcaron la evolución de sus relaciones bilaterales, sino que también tuvieron un significativo impacto en el desarrollo a escala internacional de lo que conocemos como Guerra Fría. Existe un importante número de estudios publicados sobre las relaciones entre Cuba y Estados Unidos en general y sobre la coerción económica ejercida por el Gobierno de Washington contra La Habana. Sin embargo, escasean los análisis sobre las repercusiones de esta política estadounidense anticubana sobre terceros países¹, en particular en relación con países árabes como Marruecos.

En la región norteafricana, los años sesenta estuvieron marcados por la necesidad de fomentar el desarrollo en unos países que se enfrentaban al desafío de la descolonización. La situación económica era complicada y, derivada de ella, la ayuda exterior se tornaba vital. En el caso de Marruecos, esta provenía en primer lugar de Francia y luego de Estados Unidos, entre otros países.

La relación de Estados Unidos con Marruecos alcanzó especial relevancia desde la Segunda Guerra Mundial, cuando los estadounidenses tomaron conciencia del valor geoestratégico del país y los marroquíes del valor político que la potencia norteamericana iba cobrando. El territorio marroquí representaba para Washington un lugar idóneo desde donde repeler con sus bombarderos una hipotética invasión soviética de Europa Occidental. Por ello, su po-

¹ Una excepción es Morris H. MORLEY: «The United States and the Global Economic Blockade of Cuba: A Study in Political Pressures on America's Allies», *Canadian Journal of Political Science*, 17, 1 (1984), pp. 25-48. Sobre el caso español en concreto es de mencionar el artículo de Rosa María PARDO SANZ: «Las relaciones hispano-norteamericanas durante la presidencia de L. B. Johnson, 1964-1968», *Studia historica. Historia contemporánea*, 22 (2004), pp. 231-272, esp. pp. 141-143.

lítica exterior en relación con Marruecos a partir de 1950 se fundamentó en dos ejes principales: la construcción de bases militares estadounidenses en la zona del protectorado francés y el apoyo tanto al nacionalismo marroquí como a Muhammad V con el objeto de fortalecer un poder local anticomunista. Desde el punto de vista marroquí, la potencia norteamericana representaba un apoyo político de valor inestimable en su lucha por la independencia. De manera que Washington poco a poco se fue convirtiendo en ese pilar alternativo en el que apoyarse cuando las relaciones con París no fuesen del todo satisfactorias para los intereses de Rabat².

Durante el reinado de Hassan II (1961-1999), tanto por razones económicas como político-ideológicas, y aunque se intentaba mantener una postura defensora del «neutralismo» adoptado en tiempo de Muhammad V³, el monarca se mostró en lo fundamental proclive al alineamiento con los países occidentales, en particular con la superpotencia estadounidense. Sin embargo, este acercamiento no se produjo sin fricciones en sus relaciones bilaterales.

En este artículo nos centramos en el análisis del papel desempeñado por la relación comercial entre Cuba y Marruecos durante aquel periodo de tiempo para poner de manifiesto cómo la política exterior de Estados Unidos, entonces marcada por lo que se percibía como imperativo en el marco de la Guerra Fría, topaba con los intereses nacionales de sus aliados y, en consecuencia, se planteaba la necesidad de enmarcarse en unos límites más estrechos. Así, en las siguientes páginas nos proponemos arrojar luz sobre lo que supuso para Marruecos la ruptura de relaciones entre Cuba y Estados Unidos y cómo reaccionó el Gobierno de Rabat. Para ello estructuramos el trabajo en dos partes. En primer lugar, contextualizamos este periodo histórico repasando las circunstancias que llevaron a Estados Unidos a romper relaciones con Cuba y a poner en marcha iniciativas legislativas de carácter comercial con el objeto

² Abdelkhaleq BERRAMDANE: *Le Maroc et l'Occident (1800-1974)*, París, Éditions Karthala, 1987, pp. 63-83, y Ana TORRES GARCÍA: *Limitaciones de una política exterior norteamericana: sindicalismo y nacionalismo en Marruecos (1956-1959)*, Sevilla, Alfar, 2003, pp. 28-31, 34-35 y 39-62.

³ Egeya N. SANGMUAH: «Eisenhower and Containment in North Africa, 1956-1960», *Middle East Journal*, 44, 1 (1990), pp. 76-91, y Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI: *La política exterior de Marruecos*, Madrid, Mapfre, 1997, pp. 193-199.

de castigar al régimen castrista. En segundo lugar, basándonos en documentación estadounidense, en parte inédita, explicamos cómo dicha legislación tiene importantes consecuencias para la economía de Marruecos debido a su alta dependencia del azúcar cubano y cómo Rabat y Washington se adaptaron ante el desafío que planteaba este conflicto de intereses.

Política estadounidense hacia Cuba en los años sesenta

Antes de la revolución, la economía cubana era muy dependiente de la estadounidense. La producción agrícola de la isla se centraba sobre todo en la producción de azúcar de caña, que era exportada en grandes cantidades a Estados Unidos. De hecho, desde 1934 existía una cuota para garantizar la compra de este producto y apoyar la economía de la isla. Antes del inicio del embargo, Cuba había estado vendiendo una media de tres millones de toneladas por año, lo que representaba más de la mitad de la cosecha anual⁴.

La política adoptada por el nuevo Gobierno, en claro detrimento de los intereses estadounidenses en la isla (a través de nacionalizaciones de empresas, por ejemplo), provocó la toma de medidas por parte de Washington contra el Gobierno de Fidel Castro y, en particular, se empezó a plantear el uso de la dependencia económica de Cuba como instrumento de castigo contra el régimen castrista, buscando su debilitamiento. Las primeras medidas adoptadas al respecto fueron decisiones del presidente Eisenhower, en concreto la suspensión de la cuota de compras del azúcar cubano (1960)⁵.

El Gobierno de Cuba, al verse desprovisto de su principal mercado, tuvo que buscar una alternativa y la Unión Soviética se la proporcionó con rapidez. Así, se firmó un acuerdo por el cual Moscú compró 425.000 toneladas de azúcar el primer año y un millón los años siguientes. Esas compras aliviaban las necesidades económicas de la isla, pero irremediablemente la asociaban al bloque

⁴ Anna P. SCHREIBER: «Economic Coercion as an Instrument of Foreign Policy: U.S. Economic Measures Against Cuba and the Dominican Republic», *World Politics*, 25, 3 (1973), pp. 387-413, esp. p. 387, y Óscar ZANETTI LECUONA: *Los cautivos de la reciprocidad*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2003, pp. 116-117.

⁵ Óscar ZANETTI LECUONA: *Los cautivos...*, pp. 176-179.

soviético, lo cual era percibido desde Washington como una seria amenaza a su seguridad⁶. La política exterior que adoptaría el régimen castrista poco después, basada en la defensa de la acción revolucionaria en otros países, no hizo más que confirmar las preocupaciones del Gobierno estadounidense⁷.

Más tarde, y tras el fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos (abril de 1961), el presidente Kennedy decidió acentuar las medidas de presión económica en vez de optar por la intervención directa. En esa línea se trató de expandir la acción anticubana a las relaciones comerciales con terceras partes, por lo que se impusieron restricciones a aquellas compañías y países que comerciasen con Cuba, amenazando con la suspensión de la ayuda americana. Es decir, la Administración americana presionó a otros países usando como herramienta su ayuda exterior⁸, siendo Marruecos uno de los países afectados por esta política.

El desafío del azúcar en el Marruecos independiente

A mediados del siglo XX, Jean Louis Miège apuntó cómo el hecho de que el té a la menta fuese la bebida nacional en Marruecos representaba una paradoja. Pues, a excepción de la menta, los dos ingredientes principales de esta bebida, el té y el azúcar, eran productos de importación que se consumían en grandes cantidades a lo largo y ancho de todo el país, y por parte de todas las capas sociales⁹. Durante el periodo colonial, el consumo de ambos había ido

⁶ Jorge I. DOMÍNGUEZ: «It Won't Go Away: Cuba on the U.S. Foreign Policy», *International Security*, 8, 1 (1983), pp. 113-128, esp. p. 111.

⁷ La primera misión militar permanente cubana en el extranjero fue a Ghana en 1961. Véase William J. DURCH: «The Cuban Military in Africa and the Middle East: From Algeria to Angola», *Studies in Comparative Communism*, 11, 1-2 (1978), pp. 34-74, esp. p. 43. En relación con el Norte de África es fundamental la intervención cubana en apoyo de Argelia desde 1960. Véanse Gisela GARCÍA BLANCO: *La misión internacionalista de Cuba en Argelia (1963-1964)*, La Habana, FAR, 1990; Piero GLEJESSES: *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002, y Ana TORRES GARCÍA: *La Guerra de las Arenas. Conflicto entre Marruecos y Argelia durante la Guerra Fría (1963)*, Barcelona, Bellaterra, 2012.

⁸ Anna P. SCHREIBER: «Economic Coercion...», pp. 387, 390-393 y 395.

⁹ Jean-Louis MIÈGE: «Origine et développement de la consommation du thé au Maroc», *Bulletin économique et social du Maroc*, 20, 71 (1957), p. 378.

incrementándose en paralelo, llegando en 1958 a alcanzarse 32,8 kilos de azúcar por persona, de manera que garantizar su abastecimiento a la población con la llegada de la independencia se convirtió en una prioridad¹⁰.

El té en Marruecos fue introducido por los británicos durante el siglo XVIII como regalo con el que los embajadores de Gran Bretaña agasajaban a los sultanes. El consumo de este objeto de lujo propio de la corte fue extendiéndose poco a poco entre la clase alta y urbana hacia principios del siglo XIX gracias a una posterior bajada de su precio. Durante este siglo, una serie de transformaciones fundamentales facilitaron una liberalización del comercio del té, antes monopolizado por la East India Company y sujeto a gravosas tasas aduaneras, como el abaratamiento de su importación gracias a la revolución en los transportes y la apertura del Canal de Suez. De manera que en el periodo 1856-1860 la difusión del consumo del té en Marruecos se encontraba ya muy generalizada en zonas urbanas y dos décadas después el consumo experimentó un gran aumento: de 250.000 kilos que se importaron en 1884 se pasó a 420.000 en 1886. Las causas de este fenómeno, según Miège, fueron la bajada de precios mencionada, así como la relativa prosperidad que se disfrutaba en el país en aquellos años. Al final, la competencia entre comerciantes británicos y franceses en busca de clientes causó también la importación de tés de baja calidad y, por tanto, muy asequibles para la población general. Así, se difundió en el medio rural también su consumo, aunque con tés de calidad inferior. Las importaciones no hicieron más que aumentar en los años siguientes y en 1902 se alcanzó el millón y medio de kilos. A principios del siglo XX, como dice Miège, «la conquista de Marruecos por el té era un hecho consumado». Este proceso se consolidó y de los tres millones de kilos importados en 1908 se pasó a los diez millones en 1951¹¹.

¹⁰ ROYAUME DU MAROC, MINISTÈRE DE L'AGRICULTURE, COMISIÓN DE L'AGRICULTURE, SOUS-COMMISSION DES PRODUITS ET MARCHÉS: «Le sucre», Rabat, 1959, p. 2. Recuperado de internet (<http://www.abhatoo.net.ma/content/download/31322/678417/version/1/file/LE+SUCRE++Saecharose.pdf>, consultado el 22 de mayo de 2018).

¹¹ Jean-Louis MIÈGE: «Origine et développement...», pp. 380-383, 385, 388 y 390.

Asociado al té verde, se consolidaba también el consumo del azúcar¹². Las importaciones de té y azúcar en 1894 representaron más de un cuarto de las importaciones marroquíes, tres veces más que en 1840¹³. En parte se explica este fenómeno por el hecho de que el té se preparaba, y se sigue haciendo, muy azucarado. De hecho, el pan y el té azucarado llegaron a ser a mediados del siglo XX alimentos de sustitución, representando para las clases humildes la comida con la que sustentaban la jornada laboral¹⁴. Aunque debemos señalar que este no es el único factor que causa el alto consumo de azúcar en Marruecos y que el estudio de esta correlación no es fácil de realizar, como el propio Miège ya apuntaba¹⁵.

GRÁFICA 1

Consumo de azúcar en Marruecos durante el periodo 1870-1956



Fuente: Jacqueline BOUQUEREL: «L'industrie du sucre...», esp. p. 389.

¹² Jacqueline BOUQUEREL: «L'industrie du sucre au Maroc», *Cahiers d'Outre-Mer*, 88 (1969), pp. 388-407, esp. p. 389. Recuperado de internet (http://www.persee.fr/doc/caoum_0373-5834_1969_num_22_88_2526, consultado el 11 de mayo de 2018).

¹³ Michel ABITBOL: *Histoire du Maroc*, París, Perrin, 2009, p. 334.

¹⁴ Abderrazak LAZRAQ: «Les salaires dans le revenue national de 1955 à 1966», *Bulletin économique et sociale du Maroc*, 29, 106-107 (1967), pp. 85-139, esp. p. 130, y Albert AYACHE: *Le Maroc: bilan d'une colonization*, París, Éditions Sociales, 1956, p. 288.

¹⁵ Jean-Louis MIÈGE: «Origine et développement...», p. 392.

El cultivo de la caña de azúcar está documentado en Marruecos desde el siglo X y, al parecer, en el siglo XII la producción en la zona sur de Marrakech ya era conocida por su calidad¹⁶. Su relevancia económica, sin embargo, fue desigual en el tiempo debido a diversos factores. La industria azucarera marroquí estuvo supeditada, en primer lugar, a condiciones ecológicas favorables, pero también a los vaivenes de la situación política local debido a que el cultivo de la caña de azúcar requería grandes cantidades de agua y mano de obra intensiva, por lo que una mala administración fácilmente ponía en peligro la eficiencia del sistema de irrigación, la gestión del suelo y la organización laboral necesaria¹⁷. Así, en el siglo XVI llegó a representar un cultivo de importancia económica para las finanzas de la dinastía Saadí, que impulsó su producción con fines de exportación, sobre todo a Italia, Francia e Inglaterra¹⁸. Sin embargo, dificultades políticas, sociales y naturales (derivadas de la degradación del suelo), así como la competencia que suponía la producción española y portuguesa, primero en las islas del Atlántico (Madeira, Canarias) y después en territorio americano (Brasil, Caribe)¹⁹, impidieron al final que esta industria se desarrollase a gran escala en territorio marroquí. Con todo, la importancia comercial de este producto persistió. En este sentido, es de señalar la iniciativa del sultán Muhammad ibn Abd al-Rahman (Muhammad IV, 1859-1873), quien en la dé-

¹⁶ Andrew M. WATSON: *Innovaciones en la agricultura en los primeros tiempos del mundo islámico: difusión de los distintos cultivos y técnicas agrícolas del año 700 al 1100*, Granada, Universidad de Granada, p. 73.

¹⁷ Sidney W. MINTZ: *Dulzura y poder: el lugar del azúcar en la historia moderna*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 54-60, y Andrew M. WATSON: *Innovaciones en la agricultura...*, p. 293.

¹⁸ Jamil M. ABUN-NASR: *A History of the Maghreb*, Londres, Cambridge University Press, 1971, pp. 214 y 217; Michel ABITBOL: *Histoire du Maroc...*, pp. 174-175 y 201-202; Paul BERTHIER: «La canne à sucre, richesse de l'ancien Maroc», *Comptes rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 2 (1964), pp. 376-386; Andrzej DZIUBINSKI: «La fabrication et le commerce du sucre au Maroc aux XVII^e et XVIII^e siècles», *Acta Poloniae Historica*, 54 (1986), pp. 5-37; Antonio MALPICA CUELLO: «La caña de azúcar del Mediterráneo al Atlántico», en Antonio GARRIDO ARANDA (coord.): *Comer cultura. Estudios de cultura alimentaria*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2001, pp. 97-110, esp. p. 105, y Sidney W. MINTZ: *Dulzura y poder...*, pp. 59-61.

¹⁹ David ABULAFIA: «Sugar in Spain», *European Review*, 16, 2 (2008), pp. 191-210, esp. pp. 191 y 201-202; Paul BERTHIER: «La canne à sucre...», pp. 384-385, y Andrew M. WATSON: *Innovaciones en la agricultura...*, pp. 303-304.

cada de los 1860 intentó modernizar la industria azucarera de Marrakech con ayuda de un ingeniero inglés, aunque, finalmente, el proyecto fracasase²⁰. Con posterioridad, durante el periodo del protectorado (1912-1956), los franceses mantuvieron la producción de azúcar en mínimos debido a intereses coloniales²¹. En este contexto se fundó COSUMAR (1929), la empresa que a día de hoy sigue procesando y comercializando el azúcar en Marruecos.

Debido a esta evolución, a mediados del siglo xx la población de Marruecos consumía té y azúcar en grandes cantidades, pero sin tener la capacidad de abastecer su propia demanda interna. De hecho, ambos productos representaban entonces un cuarto de las importaciones alimentarias del país²². La importancia de ambos, considerados de primera necesidad, quedó plasmada en la decisión que tomó el Gobierno en diciembre de 1958 de crear la Office National du Thé, dependiente del Ministerio de Comercio, cuyas funciones serían ampliadas en 1963 cuando pasó a denominarse Office National du Thé et du Sucre (ONTS). Este organismo ostentó el monopolio de la importación y venta de té y azúcar en Marruecos hasta la liberalización de 1993²³.

De lo explicado hasta ahora se deduce que la provisión de azúcar emergió como un verdadero desafío en los primeros años de Marruecos como país independiente. Se hizo evidente con rapidez para las autoridades que, además de controlar la importación y venta del azúcar con el objeto de minimizar en lo posible su efecto sobre la balanza comercial, Marruecos debía esforzarse por producirlo. Así, tras la consecución de la independencia, una de las características de la política agraria marroquí fue basar su estrategia en la extensión de las zonas de regadío y el desarrollo de cultivos de ex-

²⁰ Michel ABITBOL: *Histoire du Maroc...*, p. 358, y Mohammed ENNAJI: «Réforme et modernisation technique dans le Maroc du XIXe siècle», *Revue des mondes musulmans et de la Méditerranée*, 72, 1 (1994), pp. 75-83, esp. pp. 76-79.

²¹ Jonathan KYDD y Sophie THOYER: «Structural Adjustment and Moroccan Agriculture: An Assessment of the Reforms in the Sugar and Cereal Sectors», *OECD Development Centre Working Papers*, 70 (1992), p. 2, y Abderrahim NEMMAOUI y Andrés GARCÍA LORCA: «La irrigación en Marruecos: el caso de Tadla-Azilal», *Cuadernos geográficos de la Universidad de Granada*, 44, 1 (2009), pp. 113-132, p. 125.

²² Jean-Jacques HÉMARDINQUER: «Le thé à la conquête de l'Occident», *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, 6 (1962), pp. 1145-1151, esp. p. 1146.

²³ Jacqueline BOUQUEREL: «L'industrie du sucre...», p. 390.

portación; tanto el Fondo Monetario Internacional (FMI) como el Banco Mundial apoyaron tales acciones²⁴.

El primer Plan Quinquenal (1960-1964) reflejó la importancia de la agricultura en el desarrollo de la economía del país. Una de las iniciativas puestas en marcha por el Gobierno de Abdallah Ibrahim y Abderrahim Bouabid (1957-1960) en el marco general del diseño de una reforma agraria²⁵, cuyo objetivo era conseguir para Marruecos la autosuficiencia alimentaria y la sustitución de importaciones²⁶, fue la creación de la Office National des Irrigations (ONI) en septiembre de 1960. Esta entidad sería la responsable de la introducción del cultivo de la remolacha azucarera, considerada de interés nacional, así como de su posterior comercialización²⁷. Su primera intervención con este objetivo tuvo lugar en concreto en Sidi Slimane en 1962, donde 270 jóvenes fueron seleccionados y formados en el cultivo de la remolacha, resultando en la explotación de 7.000 hectáreas²⁸.

En 1963, además, se lanzó el «Plan Sucrier» para fomentar el desarrollo de la capacidad de autoabastecimiento de azúcar²⁹. Sin

²⁴ Antonio Javier MARTÍN CASTELLANOS: *Las estrategias de desarrollo agrario en el Magreb Central: análisis comparativo de los fundamentos de las políticas agrarias magrebíes y estudio específico de las agriculturas marroquí y argelina*, tesis doctoral, Universidad de Granada, 1996, pp. 133-137. Recuperado de internet (<http://digibug.ugr.es/handle/10481/14405#.WqFzQedG3IU>, consultado el 20 de mayo de 2018).

²⁵ Sobre la fundamental cuestión de la propiedad de la tierra en este periodo véase Jean Jacques PERENNES: *L'eau et les hommes au Maghreb: contribution à une politique de l'eau en Méditerranée*, París, Karthala, 1993, pp. 161-164.

²⁶ Estrategia política que se consolida a partir de 1963. Véase Mohammed Rachid DOUKKALI y Latifa REDANI: «Filière sucrière et valorisation des ressources au Maroc», en *Symposium International AGDUMED 2009: Agriculture durable en Méditerranée*, Rabat, IAV Hassan II, 2009, p. 2. Recuperado de internet (<https://orbi.uliege.be/handle/2268/20897>, consultado el 12 de marzo de 2018).

²⁷ Thierry DESRUES: *Estado y agricultura en Marruecos: trayectoria de la política agraria y articulación de intereses (1956-2000)*, Madrid, Centro de Publicaciones del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2004, pp. 78-80, y Antonio Javier MARTÍN CASTELLANOS: *Las estrategias...*, pp. 137 y 146.

²⁸ Jean BRUNET: «L'Office national des irrigations au Maroc: Deux années d'expérience», *Annuaire de l'Afrique du Nord 1962*, París, CNRS, 1963, pp. 249-267, esp. pp. 260-265. Recuperado de internet (http://aan.mmsh.univ-aix.fr/Pdf/AAN-1962-01_21.pdf, consultado el 11 de junio de 2018).

²⁹ Mohammed Rachid DOUKKALI y Latifa REDANI: «Filière sucrière et valorisation...», p. 2.

embargo, a pesar de los esfuerzos que se realizaban, pues se continuó introduciendo el cultivo y su explotación en otras zonas como Tadla, se trataba claramente de un proceso lento que tardaría en dar respuesta a las necesidades de los marroquíes, cuyo alto consumo de azúcar estaba por encima de la media mundial³⁰.

Repercusión en Marruecos de la legislación estadounidense contra Cuba

Durante la década de los sesenta Marruecos se enfrentaba a una situación económica y financiera complicada. A los efectos derivados del proceso descolonizador (fuga de capitales, falta de mano de obra cualificada...) se sumaron unas condiciones climáticas adversas que no contribuían a obtener buenas cosechas en un país muy dependiente del sector agrícola. Así, la ayuda exterior, en particular la proveniente de Estados Unidos y Francia, resultó ser vital para garantizar la seguridad alimentaria en el país³¹.

Es en este contexto en el que se realizaron esfuerzos significativos, antes mencionados, para incrementar la producción local de azúcar, convertida en una de las prioridades de la política agrícola de Rabat. Sin embargo, en aquel momento esta era claramente insuficiente (la tasa de cobertura del azúcar para el periodo 1960-1964 era de solo el 4 por 100), así que el déficit solo podía resolverse a base de importaciones, con el consiguiente impacto en la disponibilidad de divisas y, por último, en la balanza de pagos, lo que lastró la economía marroquí los años siguientes. Si el déficit de cereales se solucionaba importando sobre todo de Estados Unidos³² y Francia, en el caso del azúcar Marruecos encontró un proveedor idóneo en Cuba. De hecho, ya en 1958 el país norteafricano se benefició de la

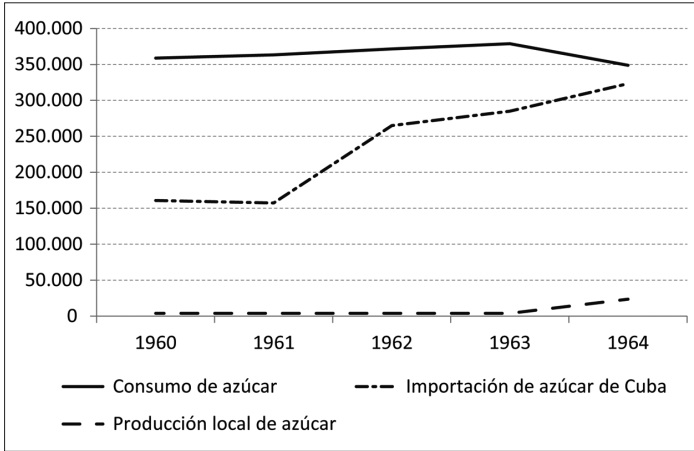
³⁰ Jacqueline BOUQUEREL: «L'industrie du sucre...», p. 399.

³¹ Abdelkhaleq BERRAMDANE: *Le Maroc et l'Occident...*, pp. 196-198, y Bertrand MUNIER: «Chronique économique», *Annuaire de l'Afrique du Nord* 1964, París, CNRS, 1965, p. 296. Recuperado de internet (http://aan.mmsh.univ-aix.fr/Pdf/AAN-1964-03_05.pdf, consultado el 14 de junio de 2018).

³² Sobre el origen y evolución de la ley estadounidense que regulaba entonces la ayuda alimentaria (PL-480) véase Luis PORTILLO: *¿Alimentos para la paz?: la «ayuda» de Estados Unidos*, Madrid, IEPALA, 1987.

GRÁFICA 2

Consumo de azúcar en Marruecos, producción local e importación de azúcar cubano (toneladas métricas) durante el periodo 1960-1964



Fuente: Elaboración propia a partir de datos obtenidos de BANQUE MAROCAINE DU COMMERCE EXTERIEUR: «Moroccan agriculture in figures, 1935-1983», *Monthly information review* (1984), esp. p. 6. Recuperado de internet (<http://www.abhatoonet.ma/maalama-archives/archives-textuelles1/developpement-economique-et-social/developpement-economique/agriculture/production-agricole/moroccan-agriculture-in-figures-1935-1985>, consultado el 14 de mayo de 2018); Jacqueline BOUQUEREL: «L'industrie du sucre...», p. 389, y Gerald B. HAGELBERG: «Cuba's Sugar Policy», en Irving Louis HOROWITZ (ed.): *Cuban Communism*, 5.ª ed., Londres, Transaction Books, 1984, pp. 113 y ss., esp. p. 130.

necesidad de La Habana de deshacerse de su excedente de azúcar bruto a precios muy bajos y de la posibilidad de pagar gran parte, entre el 75 y el 66 por 100, en especie, lo que evidentemente beneficiaba a la balanza comercial marroquí³³. Estos términos comerciales se mantuvieron y el país norteafricano pudo pagar buena parte

³³ ROYAUME DU MAROC, MINISTÈRE DE L'AGRICULTURE, COMISIÓN DE L'AGRICULTURE, SOUS-COMMISSION DES PRODUITS ET MARCHÉS: «Le sucre...», p. 5.

del coste del azúcar importado³⁴ a cambio de productos agrícolas y pesqueros o fosfatos³⁵. Por esta razón, en la década de los sesenta Cuba se convierte en el principal proveedor de azúcar (gráfica 2), a pesar de que el régimen castrista fuese ideológicamente antagónico al de Hassan II.

Para Washington, no obstante, esta relación comercial era contraria a su política económica respecto a Cuba, por lo que presionó para intentar ponerle fin. Parece ser que las primeras presiones ya se sintieron en 1960, cuando consiguieron persuadir a los marroquíes para que no comprasen azúcar cubano con fondos provenientes de su ayuda exterior³⁶. Desde entonces las relaciones comerciales entre este país y Marruecos se sometieron a vigilancia por parte de los estadounidenses.

En aquel periodo (1960-1963), Rabat intentó incrementar en lo posible sus ventas de fosfatos a Cuba para equilibrar en lo posible el pago del azúcar³⁷. En un principio esta práctica se enmarcaba en el fomento, por parte del Gobierno de Abdallah Ibrahim (1958-1960), de este tipo de cooperación comercial basado en intercambios de productos con otros países evitando el pago con divisas, tal como continuaría en los años siguientes. Como Laroui y Larramendi explican, con posterioridad el rey Hassan II mantuvo este comercio con países del Este también por razones políticas, con objeto de subrayar su libertad de elección entre bloques³⁸.

³⁴ «Démarche américaine auprès du Maroc à propos du commerce avec Cuba», *Le Monde* (París), 5939, 19 de febrero de 1964, p. 20.

³⁵ «Statement of Reasons that Public Law 480 Sales to Morocco are in National Interest», adjunto a Walt W. ROSTOW: «Memorandum for the President: Three North African decisions», 7 de febrero de 1967, pp. 1-2, Biblioteca Presidencial de Lyndon B. Johnson (en adelante, BPLBJ), National Security Files (en adelante, NSF), Country File, Africa-South Africa, caja 79, carpeta «Algeria volume 2 7/65-11/68 [1 of 3]».

³⁶ Anna P. SCHREIBER: «Economic Coercion...», p. 399.

³⁷ Aerograma A-291 de la Embajada en Rabat al Departamento de Estado, «Joint Embassy-USAID message», 21 de noviembre de 1962, National Archives and Records Administration (College Park, Maryland) (en adelante, NARA), Record Group 84, Records of the Foreign Service Posts of the Department of State, Classified General Records, 1956-1963, caja 13, carpeta «320 US-CUBA 1962-64».

³⁸ Abdallah LAROUÍ: *Marruecos y Hassan II: un testimonio*, Madrid, Siglo XXI, 2007, pp. 67-68, y Miguel HERNÁNDEZ DE LARRAMENDI: *La política exterior...*, pp. 193-199.

Así, en 1961 Rabat firmó con La Habana un acuerdo comercial que se renovó anualmente hasta 1963: los dos primeros años por 150.000 toneladas métricas y por 300.000 el tercero³⁹. En 1963 se firmó un contrato trienal por un millón de toneladas que pareció peligrar debido al apoyo que Cuba ofreció a Argelia durante la conocida como Guerra de las Arenas (octubre-noviembre de 1963) y que provocó que el Gobierno marroquí rompiera relaciones diplomáticas el 31 de octubre de 1963 con el país caribeño. Sin embargo, esta situación solo duró hasta enero de 1964, por mutua necesidad. El contrato comercial suscrito por ambos países al final no peligró⁴⁰.

Las verdaderas dificultades para Marruecos relacionadas con este intercambio comercial empezaron en 1964, cuando se renovó la ley estadounidense PL-480 redefiniendo el concepto de «nación amiga» que establecía la imposición de limitaciones a la ayuda exterior estadounidense en el caso de países cuyos aviones o buques transportasen mercancías a/o de Cuba⁴¹. Así, el 14 de febrero de 1964, y tras avisos previos, el Gobierno marroquí fue oficialmente informado por la embajada estadounidense en Rabat de que, de acuerdo con la legislación vigente en aquel momento, la provisión de ayuda americana cesaría debido al comercio que Marruecos realizaba con Cuba⁴². Desde el Departamento de Estado se señalaba

³⁹ *Bulletin Officiel du Maroc*, núm. 2534, 19 de mayo de 1961, p. 745, recuperado de internet (http://www.sgg.gov.ma/BO/Fr/1961/BO_2534_Fr.pdf, consultado el 20 de mayo de 2018); *Bulletin Officiel du Maroc*, núm. 2594, 13 de julio de 1962, p. 895, recuperado de internet (http://www.sgg.gov.ma/BO/Fr/1962/BO_2594_Fr.pdf, consultado el 20 de mayo de 2018), y *Bulletin Officiel du Maroc*, núm. 2644, 28 de junio de 1963, p. 1108, recuperado de internet (http://www.sgg.gov.ma/BO/Fr/1963/BO_2644_Fr.pdf, consultado el 20 de mayo de 2018).

⁴⁰ Piero GLEJESSES: *Conflicting Missions...*, pp. 42 y 50, y Ana TORRES GARCÍA: *La Guerra de las Arenas...*, pp. 135-138.

⁴¹ Luis PORTILLO: *¿Alimentos para la paz?...*, pp. 109-110.

⁴² «Memorandum From Robert W. Komer of the National Security Council Staff to the President's Special Assistant for National Security Affairs (Bundy)», 12 de febrero de 1964, *Foreign Relations of the United States, 1964-1968*, vol. XXIV, *Africa* (en adelante, *FRUS 64-68*), recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d101>, consultado el 15 de marzo de 2018); telegrama de la Embajada en Rabat al Departamento de Estado núm. 1057 (28 de enero de 1964), NARA, Record Group 59, General Records of the Department of State, Subject Numeric File 1964-1966, Central Files of the Department of the State, caja 573, carpeta «AID (U.S.) MOR 1/1/64».

que la ayuda se reanudaría cuando el Gobierno de Marruecos ofreciese «evidencias satisfactorias» de su intención y medidas concretas a tomar para prohibir el uso de sus buques en cualquier actividad comercial con Cuba⁴³.

En un contexto marroquí de prácticamente total dependencia del exterior para el suministro de azúcar, la amenaza norteamericana tenía importantes repercusiones para el país norteafricano. Además, ello coincidía con un momento de grave dificultad, de clara recesión económica marcada por la carestía de productos básicos. En el caso del azúcar, su precio subió de manera significativa debido a una importante alza de precios a escala internacional que repercutió de manera severa en el consumidor marroquí: un 85 por 100 entre agosto de 1963 y mayo de 1964. Ello acabó produciendo una bajada de su consumo y, por supuesto, dada su importancia en la dieta diaria de las capas más desfavorecidas de la sociedad marroquí, sería uno de los factores causantes del descontento popular que desembocaría en la revuelta de marzo de 1965⁴⁴.

Rabat protestó ante las autoridades estadounidenses⁴⁵. El ministro de Asuntos Exteriores marroquí, Ahmed Reda Guedira, expresó públicamente el dilema al que se enfrentaban tildándolo de «aberración»⁴⁶. De hecho, antes los funcionarios del Departamento de Estado habían interpretado que la política comercial marroquí se basaba en su interés propio y no en un deseo de aliviar la situación del régimen cubano, minimizando, por tanto, el impacto de la política comercial alauita con relación a los intereses de Estados Unidos⁴⁷. Sin embargo, ante el endurecimiento de la ley, la res-

⁴³ Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Rabat num. 1338 (14 de febrero de 1964), NARA, Record Group 59, General Records of the Department of State, Subject Numeric File 1964-1966, Central Files of the Department of the State, caja 573, carpeta «AID (U.S.) MOR 1/1/64».

⁴⁴ Jean Jacques PERENNES: *L'eau et les hommes au Maghreb...*, pp. 421-422, y Bertrand MUNIER: «Chronique...», pp. 295-296.

⁴⁵ Telegrama de la Embajada en Rabat al Departamento de Estado núm. 1234 (3 de abril de 1964), NARA, Record Group 59, General Records of the Department of State, Subject Numeric File 1964-1966, Central Files of the Department of the State, caja 573, carpeta «AID (U.S.) MOR 1/1/64».

⁴⁶ «L'intention de Washington de suspendre son aide cause une vive inquiétude à Rabat», *Le Monde* (París), 5942, 22 de febrero de 1964, p. 3.

⁴⁷ Aerograma A-291 citado en la nota 37.

puesta de Washington fue ejercer la presión sobre el país norteafricano. Así, durante los dos meses siguientes, hasta el 16 de abril⁴⁸, se retuvo un préstamo de cinco millones de dólares hasta conseguir que Rabat retirase sus navíos del comercio con Cuba⁴⁹.

Además de las necesidades en materia alimentaria hay otro elemento a tener en cuenta en la relaciones entre Estados Unidos y Marruecos en este momento, y es que para este también era esencial seguir contando con los americanos en materia militar, una asistencia inaugurada en 1960⁵⁰. Desde el final de la Guerra de las Arenas en noviembre de 1963, y debido a la derrota sufrida frente al ejército marroquí, el régimen de Argel promovió un importante esfuerzo de modernización de sus fuerzas armadas. Esta medida tensó las relaciones argelino-marroquíes, cundiendo en Rabat la alarma al conocer que el rápido rearme del país vecino se producía gracias a la asistencia de la Unión Soviética. Por ello, el Gobierno marroquí se dirigió a Washington en busca de un apoyo que le permitiese nivelar la balanza. El 16 de octubre de 1964 el embajador Benjelloun transmitió una solicitud oficial de ayuda⁵¹ y en las semanas posteriores desde el Gobierno estadounidense se hicieron esfuerzos por estudiar qué vías de apoyo financiero podrían aplicarse al caso marroquí⁵². Esta solicitud de Rabat inauguró un periodo en

⁴⁸ Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Rabat núm. 1440 (16 de abril de 1964), NARA, Record Group 59, General Records of the Department of State, Subject Numeric File 1964-1966, Central Files of the Department of the State, caja 573, carpeta «AID (U.S.) MOR 1/1/64».

⁴⁹ De G. Mennen Williams, secretario adjunto para asuntos africanos, a Dean Rusk, secretario de Estado, «Action memorandum: Relations with Morocco» (22 de septiembre de 1964), p. 2, BPLBJ, NSF, Files of Robert W. Komer (1963-1966), caja 11, carpeta «Morocco. December 1963-March 1966 [3 of 3]».

⁵⁰ Abdelkhaleq BERRAMDANE: *Le Maroc et l'Occident...*, p. 219.

⁵¹ «Memorandum of Conversation. Subject: Morocco's Request for Increased Financial and Economic Assistance», 16 de octubre de 1964, *FRUS 64-68*. Recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d108>, consultado el 24 de mayo de 2018).

⁵² «Action Memorandum From the Deputy Assistant Secretary of State for African Affairs (Tasca) to the Under Secretary of State (Ball)», 6 de noviembre de 1964, *FRUS 64-68*, recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d109>, consultado el 24 de mayo de 2018); «Telegram From the Department of State to the Embassy in Morocco», *FRUS 64-68*, recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d113>, consultado el 24 de mayo de 2018).

sus relaciones con Washington caracterizado por una presión constante por parte de los marroquíes en favor de un incremento de la ayuda, tanto alimentaria como militar, siendo en ambos casos la relación comercial con Cuba un impedimento.

El dilema al que se enfrentaban los altos funcionarios estadounidenses consistía en que estaban convencidos de que los marroquíes debían hacer un esfuerzo por sí mismos con el objetivo de enderezar su situación financiera. En este sentido hay que señalar que ya en 1964 desde el Gobierno americano se presionaba al marroquí para que, al margen de la recepción de ayuda exterior, se embarcase en un programa de reforma financiera profundo en línea con las recomendaciones del FMI⁵³. Por otro lado, sin embargo, Washington no quería arriesgarse a perder un aliado en el norte de África, donde mantenía instalaciones militares estratégicas y que, además, pudiera servir de contención a la República Socialista de Argelia⁵⁴. Hay que recordar que, gracias al acuerdo del presidente Kennedy y Hassan II de marzo de 1963, Estados Unidos seguía haciendo uso de instalaciones marroquíes, aunque oficialmente los estadounidenses hubieran evacuado ya sus bases militares⁵⁵.

De manera que coincidían intereses estratégicos por ambas partes. Por ello, desde Washington respondieron ofreciendo algo de ayuda a los marroquíes, pero sin ceder a sus pretensiones maxi-

⁵³ R. W. Komer, «Memorandum for the Record», 6 de octubre de 1964, *FRUS 64-68*, recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d106>, consultado el 24 de mayo de 2018), y «Memorandum From Robert W. Komer of the National Security Council Staff to the Assistant Secretary of State for African Affairs (Williams)», 8 de octubre de 1964, *FRUS 64-68*, recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d107>, consultado el 23 de mayo de 2018).

⁵⁴ «Memorandum From Robert W. Komer of the National Security Council Staff to the Assistant Secretary of State for African Affairs (Williams)», 8 de octubre de 1964, *FRUS 64-68*, recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d107>, consultado el 23 de mayo de 2018); Junta de Jefes de Estado Mayor, «Memorandum for the Secretary of Defense, JCSM-67-65» (29 de enero de 1965), BPLBJ, NSF, Files of Robert W. Komer (1963-1966), caja 11, carpeta «Morocco. December 1963-March 1966 [3 of 3]»; Department of State, Agency for International Development, «Country Assistance Strategy Statement. Morocco» (septiembre u octubre de 1964), p. 1, BPLBJ, NSF, Files of Robert W. Komer (1963-1966), caja 11, carpeta: «Morocco. December 1963-March 1966 [3 of 3]».

⁵⁵ Ana TORRES GARCÍA: *La Guerra de las Arenas...*, p. 73.

malistas y dentro de los límites impuestos por el Congreso⁵⁶. Con todo, entre sus objetivos se mantuvo también el de reducir el comercio marroquí con Cuba y su dependencia del azúcar cubano⁵⁷.

En este contexto de intereses políticos y estratégicos compartidos, el 19 de enero de 1965 el ministro de Exteriores, Ahmed Taibi Benhima, manifestó en Washington la intención de Hassan II de alinearse definitivamente con Occidente y de su deseo de comentarlo personalmente con el presidente Lyndon B. Johnson, por lo que solicitaba un encuentro entre ambos mandatarios⁵⁸. A raíz de esta petición, la Casa Blanca analizó el estado de la relación bilateral. En la recopilación de información preceptiva a tal efecto se incluyeron nuevos datos recabados sobre el procedimiento seguido por los marroquíes para evitar las limitaciones impuestas por Washington al comercio con Cuba:

«No solo el año pasado los marroquíes suplieron el 25 % de las necesidades cubanas de fosfatos, tanto de manera directa como a través de los Países Bajos [...]. Sino que ahora nos enteramos de que enviaron al menos tanto —quizá tres veces más— a Polonia como forma de cubrir allí deuda cubana. Así que el azúcar cubano enviado a Marruecos no solo compra una cuarta parte de los fertilizantes de Cuba, sino que paga, Dios sabe cuánto, por bienes polacos»⁵⁹.

En este análisis, además, se consideró muy probable que, a pesar de las protestas estadounidenses en contra, los marroquíes reno-

⁵⁶ Durante la administración Johnson se producen tensiones entre el ejecutivo y el legislativo en torno al uso de los fondos de ayuda exterior y el Congreso conseguirá imponer ciertos límites. Sobre estos recortes véase William L. MORROW: «Legislative Control of Administrative Discretion: The Case of Congress and Foreign Aid», *The Journal of Politics*, 30, 4 (1968), pp. 985-1011, esp. pp. 987-988.

⁵⁷ Department of State, Agency for International Development, «Country Assistance...».

⁵⁸ «Memorandum From the Ambassador at Large (Harriman) to Secretary of State Rusk», 21 de enero de 1965, *FRUS 64-68*. Recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d112>, consultado el 7 de junio de 2018).

⁵⁹ Traducción propia. Nota de Harold H. Saunders, Consejo de Seguridad Nacional, a Robert W. Komer, Consejo de Seguridad Nacional (18 de febrero de 1965), BPLBJ, NSF, Files of Robert W. Komer (1963-1966), caja 11, carpeta «Morocco. December 1963-March 1966 [3 of 3]».

vasen con Cuba el acuerdo de compra de azúcar firmado el 24 de febrero del año anterior, pues se reconocía que los términos que ofrecían los cubanos difícilmente podían ser mejorados, por lo que los marroquíes, desde un punto de vista económico-financiero, se encontraban sin alternativa viable. Dada la situación, y asumiendo que no iban a cancelar la ayuda a Marruecos en aquel momento (a lo que Rabat claramente apostaba), lo que desde el Ejecutivo sí se cuestionó fue la idoneidad de un encuentro personal entre el presidente Johnson y Hassan II⁶⁰. De manera que, de hecho, este no tuvo lugar en aquel momento.

Por otro lado, para intentar alcanzar el objetivo de reducir su dependencia del azúcar cubano, los americanos presionaron al Gobierno marroquí para que cambiase de proveedor, sugiriendo que negociase con Brasil. Sin embargo, los contactos entre brasileños y marroquíes en aquel momento no resultaron satisfactorios. La principal razón fue que los primeros querían un «acuerdo comercial ordinario» mientras que los segundos necesitaban un trato en términos parecidos a los ofrecidos por La Habana, es decir, que buena parte del coste de la importación se cubriese con exportación de productos marroquíes⁶¹. Por ello en aquel momento Brasil no se confirmó como alternativa a Cuba, aunque la diplomacia estadounidense seguiría insistiendo en esa opción⁶². A pesar de esto, durante los años 1965 y 1966, pareció que los marro-

⁶⁰ *Ibid.*; Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Rabat núm. 452 (17 de febrero de 1965), BPLBJ, NSF, Files of Robert W. Komer (1963-1966), caja 11, carpeta «Morocco. December 1963-March 1966 [3 of 3]»; nota mecanografiada de H. H. Saunders, Consejo de Seguridad Nacional, para McGeorge Bundy, Asistente Especial del Presidente para Asuntos de Seguridad Nacional (12 de febrero de 1965), BPLBJ, NSF, Files of Robert W. Komer (1963-1966), caja 11, carpeta «Morocco. December 1963-March 1966 [3 of 3]».

⁶¹ Telegrama de la Embajada en Rabat al Departamento de Estado núm. 596 (15 de diciembre de 1965), NARA, Record Group 59, General Records of the Department of State, Subject Numeric File 1964-1966, Central Files of the Department of the State, caja 2495, carpeta «POL 30 MOR 1/1/64».

⁶² En Rabat, el embajador estadounidense mantenía la presión señalando la idoneidad de establecer una relación comercial con Brasil para poder sustituir a Cuba. Véase Telegrama de Rabat núm. 1957 (26 de octubre 1966), NARA, Record Group 59, General Records of the Department of State, Subject Numeric File 1964-1966, Central Files of the Department of the State, caja 2492, carpeta «POL 7 MOR 10/11/66».

quies se plegaban a la presión, pues redujeron sus transacciones comerciales con Cuba⁶³.

Desafortunadamente para el país magrebí, el año 1966 estuvo marcado por una grave recesión económica. La cosecha fue desastrosa y condicionó de manera negativa la situación socioeconómica de su población, dado que en aquel entonces más del 70 por 100 habitaba en el medio rural y de ahí el fuerte impacto que suponía un descenso en la actividad agrícola. El PIB cayó un 4,5 por 100 aquel año. Una vez más Marruecos dependía de la ayuda exterior, sobre todo de Francia y Estados Unidos, para evitar los efectos de la sequía⁶⁴. La ayuda francesa siguió fluyendo, aunque notablemente reducida debido a las malas relaciones con París tras el caso Ben Barka (1965)⁶⁵. La situación se tornaba tan desesperada que Rabat contactó, además, con países del bloque comunista como Rumania y Polonia, e incluso la misma Unión Soviética. Así, la relación comercial con Cuba se enmarcaba también en una táctica general de asociación con países del Este que caracterizaba la política exterior marroquí en estos años. En particular, a la hora de diversificar sus proveedores de azúcar, Marruecos se apoyó en Polonia, país que también cooperaría en el desarrollo del cultivo de la remolacha azucarera⁶⁶.

Con todo, Hassan II se vio en la necesidad de negociar con Washington una ayuda complementaria, a la vez que insistía en mantener un encuentro personal con Johnson que, al final, se programó para febrero de 1967. Sin embargo, el endurecimiento de la ley estadounidense a partir de principios de aquel año supuso una nueva dificultad a sortear. Desde el 1 de enero de 1967 fue de aplicación una enmienda que prohibía la exportación a Cuba de productos manufacturados, aunque se podían exceptuar algunas mercancías si el presidente lo consideraba de interés nacional.

⁶³ Gerald B. HAGELBERG: «Cuba's sugar...», p. 130.

⁶⁴ Bertrand MUNIER: «Chronique économique Maroc», *Annuaire de l'Afrique du Nord 1966*, París, CNRS, 1967, pp. 402, 405 y 414. Recuperado de internet (http://aan.mmsh.univ-aix.fr/Pdf/AAN-1966-05_13.pdf, consultado el 29 de mayo de 2018).

⁶⁵ Miguel HERNANDO DE LARRAMENDI: *La política exterior...*, pp. 252-253.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 233-235, y Abdelkhalq BERRAMDANE: *Le Maroc et l'Occident...*, pp. 336, 344 y 359.

Al estimar la cuantía y los términos de la ayuda que solicitaban los marroquíes en el contexto de una legislación más restrictiva, el Ejecutivo estadounidense confrontó al Gobierno marroquí con el hecho de que no había cumplido anteriores promesas verbales de reducir la exportación de fosfatos a Cuba, sino que habían continuado haciéndolo de manera indirecta a través de terceros países como Holanda o Alemania Federal. Por ello, a partir de ese momento exigieron un compromiso por escrito por parte de los marroquíes, requisito necesario antes de conceder la ayuda PL-480 que se pedía. Se solicitó que se terminase por completo con la exportación de productos manufacturados (calzado, manufacturas de cuero, ladrillos refractarios, tubos de presión de cemento y amianto, botones y recipientes de plástico), cuya venta en el año 1965 se estimaba haber alcanzado un valor de 941.000 dólares, así como que se redujese al mínimo la de productos para los que el presidente podía hacer una excepción (fosfatos). Solo así se consideraría aprobar la ayuda para la adquisición de trigo que se solicitaba con urgencia para la segunda mitad de 1967⁶⁷.

Esto se reiteró por parte del secretario de Estado Rusk al embajador Laraki en enero de 1967, en una reunión previa a la visita del monarca⁶⁸. El Gobierno marroquí accedió a estos requisitos y el Departamento de Estado concretó la ayuda alimenticia que Marruecos necesitaba antes de la visita de Hassan II⁶⁹. Para ello era necesario que el presidente argumentase que la excepción que se hacía,

⁶⁷ Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Rabat núm. 103796 (16 de diciembre de 1966), NARA, Record Group 59, General Records of the Department of State, Subject Numeric File 1964-1966, Central Files of the Department of the State, caja 573, carpeta «AID (U.S.) MOR 1/1/64»; Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Rabat núm. 110799 (30 de diciembre de 1966), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Cables 12/63-7/67 [2 of 2]»; Dean Rusk, secretario de Estado, «Memorandum for the President» (4 de febrero de 1967), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Memos & Misc. 12/63-7/67 [2 of 3]».

⁶⁸ Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Rabat, s/n (26 de enero de 1967), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Cables 12/63-7/67 [2 of 2]».

⁶⁹ Asimismo, se aprobó una ayuda militar por valor de catorce millones de dólares.

dado que Marruecos continuaba exportando fosfatos a Cuba⁷⁰, era en interés nacional. Los argumentos en que se basó esta decisión fueron la difícil situación creada a raíz de la grave sequía que sufría el país y el hecho de que el Gobierno marroquí hacía lo que estaba en sus manos al respecto, pues se había embarcado en un sólido programa con el objeto de incrementar la producción agrícola nacional⁷¹. Por otro lado, necesariamente se señalaba el hecho de que Marruecos era un país «amigo», subrayando su valor estratégico:

«Estados Unidos quiere que Marruecos continúe apoyando la posición estadounidense en Naciones Unidas y en la Organización para la Unidad Africana, evite extremismos en asuntos relacionados con Oriente Medio y colabore en favor de una cooperación magrebí, que permita a Estados Unidos el uso de la base naval y las instalaciones de comunicaciones de Kenitra, así como acceso total y derechos de tránsito para la aviación civil norteamericana, y el uso de la emisora de *Voice of America* en Tánger»⁷².

Por último, se explicó al presidente que, como el principal problema seguía siendo la exportación de fosfatos a Cuba, se habían explorado alternativas para sortear las restricciones y dar solución a la necesidad marroquí de azúcar, incluso el intercambio de mercancías a tres bandas, es decir, involucrando a un tercer país, aunque sin éxito. Con todo, según el Departamento de Estado, Hassan había mostrado buena predisposición y quedaba claro que en ningún caso tenía intención de ayudar al régimen cubano⁷³.

⁷⁰ Walt W. Rostow, ayudante especial del presidente, «Memorandum From the President's Special Assistant (Rostow) to President Johnson», 8 de febrero de 1967, *FRUS* 64-68. Recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v24/d131>, consultado el 14 de junio de 2018).

⁷¹ Walt W. Rostow, «Memorandum for the President: Three North African decisions», p. 2 (7 de febrero de 1967), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Memos & Misc. 12/63-7/67 [2 of 3]».

⁷² Traducción propia. William S. Gaud, administrador de la Agencia de Desarrollo Internacional, y John A. Schnittker, secretario interino del Departamento de Agricultura, «Memorandum for the President. Subject: Public Law 480 wheat for Morocco», p. 1 (2 de febrero de 1967), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Memos & Misc. 12/63-7/67 [2 of 3]».

⁷³ Walt W. Rostow, «Memorandum for the President: Findley waiver for

Asimismo, se informó al Congreso. Justo antes de la visita de Hassan II, algunos congresistas preguntaron al Ejecutivo sobre los términos de la ayuda a conceder a Marruecos. Se les explicó que el Gobierno de Marruecos había dado «suficientes garantías de que tomaría medidas lo antes posible para poner fin a esa parte de las transacciones con Cuba para las que no se pueden hacer excepciones de acuerdo con la nueva legislación»⁷⁴.

Pero el presidente concedió la excepción⁷⁵, de manera que los marroquíes pudieron confirmar la ayuda alimentaria (167.000 toneladas de trigo por un valor de 11,3 millones de dólares)⁷⁶ antes del desplazamiento del monarca a Washington, como era su deseo. Durante su visita, el rey Hassan II confirmó su compromiso de limitar el comercio con Cuba, subrayando que las relaciones con La Habana se supeditaban a la necesidad mutua de fosfatos y azúcar:

«El rey Hassan manifestó que en relación a Cuba, hablando francamente, Marruecos no pretende mantener relaciones diplomáticas ni un día más de lo necesario. Sin embargo, los cubanos van a comprar unas 800.000 toneladas de fosfatos de Marruecos por un valor aproximado de 7 millones de dólares. Queda claro que Estados Unidos no puede reemplazar a Cuba como cliente [...] El Rey añadió que, al margen de esto, Marruecos no tiene ninguna simpatía por la Cuba de Castro, cuyos ciudadanos habían luchado contra Marruecos en la frontera argelina en 1963 y que es un país que ha insultado a Marruecos en repetidas ocasiones»⁷⁷.

Morocco» (27 de febrero de 1967), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Memos & Misc. 12/63-7/67 [2 of 3]».

⁷⁴ Traducción propia. Benjamin H. Read, secretario ejecutivo del secretario de Estado, «Memorandum for Mr. Walt W. Rostow. Subject: Department's consultation with Congress on PL-480» (25 de febrero de 1967), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Memos & Misc. 12/63-7/67 [1 of 3]».

⁷⁵ Lyndon B. Johnson, «Presidential Determination No. 67-14», 5 de enero de 1967, FRUS 64-68, vol. IX, *International Development And Economic Defense Policy; Commodities*. Recuperado de internet (<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v09/d61>, consultado el 9 de junio de 2018).

⁷⁶ Walt W. Rostow, «Memorandum for the President: Three North...», p. 1.

⁷⁷ Traducción propia. «Memorandum of Conversation [Participants: King Hassan II, The President, et al.]. Subject: Cuba» (10 de febrero de 1967), BPLBJ, NSF, Country File Africa-Malawi-Morocco, caja 94 [2 of 2], carpeta «Morocco, Volume 1, Memos & Misc. 12/63-7/67 [1 of 3]».

Durante los años siguientes, el Gobierno marroquí cumplió su compromiso con los estadounidenses y redujo las importaciones de azúcar cubano, en especial en el año 1968⁷⁸, pero sin ser eliminadas por completo, a la vez que recurría a otros proveedores como Brasil, Polonia o Taiwán. Sin embargo, la incertidumbre e irregularidad en los precios del azúcar parece ser la causa por la cual Marruecos no pudo prescindir del todo de Cuba como proveedor. Por lo que se procuró tener en cuenta las condiciones impuestas por Washington y solo se exportaban fosfatos a los cubanos. Ante esta limitación, en 1972 y 1973, con ocasión de la negociación de un nuevo acuerdo, La Habana manifestó su protesta a los marroquíes exigiendo poder diversificar importaciones y que estas incluyesen productos manufacturados. Según Rabat, La Habana llegó incluso a amenazar con suspender el mantenimiento de un precio estable para el azúcar⁷⁹.

El ministro de Exteriores, Benhima, informó de estas presiones a los estadounidenses para pedirles comprensión y que «cerrasen los ojos» ante los intercambios cubano-marroquíes que pudieran ir en contra de la legislación vigente contra aquellos países que comerciaban con Cuba. Volvió a surgir la opción de proponer a Brasil como alternativa y también a Polonia. En efecto, se habían establecido contactos comerciales con estos países, pero con los brasileños no fructificaron en aquel entonces y los polacos no podían suministrar toda la cantidad que los marroquíes necesitaban. Los marroquíes insistían en su petición, argumentando que los americanos podían relajar su posición debido a que estaban inmersos en un proceso de mejora de relaciones con la Unión Soviética y China y, además, otros aliados occidentales, como era el caso de Bélgica o Inglaterra, no cumplían con el embargo en relación con productos mucho más significativos⁸⁰.

⁷⁸ Gerald B. HAGELBERG: «Cuba's sugar...», p. 130.

⁷⁹ Telegrama núm. 2750 de la Embajada en Rabat al Departamento de Estado (18 de junio de 1973), Archival Databases (en adelante, AAD-NARA), Record Group 59, Central Foreign Policy Files, created 7/1/1973-12/31/1979. Recuperado de internet (<https://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=72220&dt=2472&dl=1345>, consultado el 2 de julio de 2018).

⁸⁰ *Ibid.*

Evolución de las restricciones a partir de 1975

A partir de 1975 las transacciones comerciales con Cuba dejaron de suponer un problema en la relación de Marruecos con Estados Unidos. La Administración Ford eliminó las restricciones aquel año debido al cambio de varios factores a nivel internacional y local⁸¹: Estados Unidos salía de la Guerra de Vietnam escarmentado y receloso de embarcarse en iniciativas agresivas en el exterior, el escándalo del Watergate todavía estaba reciente y desde 1974 se sufrían los efectos de una recesión económica. Por estas razones el Ejecutivo consideró abandonar de manera gradual su proyecto anterior de fomentar políticas activas en favor del aislamiento de Cuba⁸². De manera que Estados Unidos se sumó a la iniciativa que patrocinó en este sentido la Organización de Estados Americanos (OEA) y, al final, en 1975 se adoptó esta decisión revocando la de 1964 aceptada originalmente por presiones de Washington⁸³. Aunque los estadounidenses mantendrían su embargo unilateral, a partir de aquel momento pareció que terceros países eran ya libres de establecer relaciones con Cuba sin temer represalias. En efecto, en 1976 Marruecos publicó en su *Boletín Oficial* un acuerdo comercial bilateral que en realidad había estado vigente desde 1973⁸⁴.

Aunque los intercambios comerciales con la isla se recuperaron en aquel momento, el volumen del intercambio cubano-marroquí ya no tenía la relevancia que tuvo durante la década

⁸¹ Sobre las circunstancias conducentes a este cambio de política véanse Elier RAMÍREZ CAÑEDO: *La política de Estados Unidos hacia Cuba: de la confrontación a los intentos de «normalización» (1974-1980)*, tesis doctoral, Universidad de La Habana, 2012, pp. 36 y ss., recuperado de internet (<https://ebookcentral.proquest.com/lib/uses/detail.action?docID=3204268>, consultado el 19 de mayo de 2018), y David W. DENT y Carol O'BRIEN: «The Politics of the U.S. Trade Embargo of Cuba, 1959-1977», *Towson University Journal of International Affairs*, 50, 1 (2016), pp. 174-178, recuperado de internet (<https://cpb-us-w2.wpmucdn.com/wp.towson.edu/dist/b/55/files/2017/11/POLITICS-OF-US-TRADE-EMBARGO-WITH-CUBA-1cdb37x.pdf>, consultado el 3 de agosto de 2018).

⁸² Jorge I. DOMÍNGUEZ: «Cuban Foreign Policy», *Foreign Affairs*, 57, 1 (1978), pp. 85, 94 y 98.

⁸³ Anna P. SCHREIBER: «Economic Coercion...», p. 389.

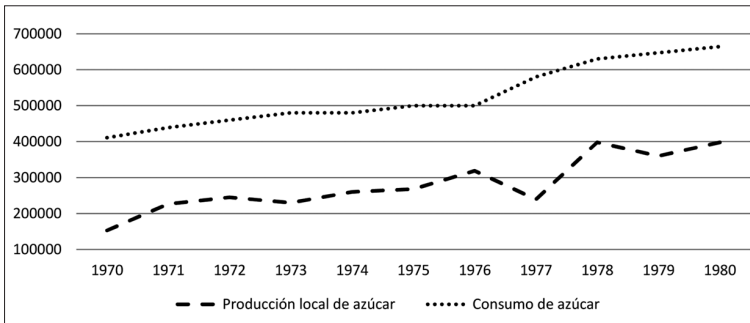
⁸⁴ *Bulletin Officiel du Maroc*, núm. 3334, 22 de septiembre de 1976, pp. 1028-1029.

anterior. Así, los datos disponibles señalan que la importación de azúcar cubano, tras un pico en 1975 y 1976 de 100.280 y 108.777 toneladas respectivamente⁸⁵, fue disminuyendo por razones económicas y políticas.

A pesar de que en 1975 la situación económica seguía siendo complicada, pues el país norteafricano se enfrentaba a una crisis financiera que recordaba a la de 1964 (padeciendo un déficit comercial del 40 por 100), en relación con el suministro de azúcar el panorama no era ya tan desesperado. En los años anteriores el país había realizado un gran esfuerzo por extender las zonas de cultivo tanto de remolacha como de caña y ya alcanzaba a cubrir un 50 por 100 de sus necesidades⁸⁶ (gráfica 3). Además, había conseguido diversificar sus proveedores.

GRÁFICA 3

Producción local y consumo de azúcar en la década de los años setenta



Fuente: Elaboración propia a partir de datos obtenidos de UNITED NATIONS: 1975 *Statistical Yearbook*, Nueva York, 1976, pp. 249, 587 y 644. Recuperado de internet (<https://unstats.un.org/unsd/publications/statistical-yearbook/files/SYB27.pdf>, consultado el 9 de diciembre de 2018), e *id.*: 1981 *Statistical Yearbook*, Nueva York, 1983, pp. 178 y 644. Recuperado de internet (<https://unstats.un.org/unsd/publications/statistical-yearbook/files/SYB32.pdf>, consultado el 9 de diciembre de 2018).

⁸⁵ Gerald B. HAGELBERG: «Cuba's sugar...», p. 130.

⁸⁶ Najib AKESBI: «Évolution et perspectives de l'agriculture marocaine», en *50 ans de développement humain au Maroc, perspectives 2025: rapports thématiques*, Rabat, 2006, pp. 89-192, esp. p. 104.

En este contexto, los condicionantes políticos, derivados de la tensión ente bloques propia de la Guerra Fría, volvieron a imponerse. Por un lado, a mediados de 1976 la política estadounidense de acercamiento a Cuba retrocedió. El régimen castrista intervino militarmente en Angola a la vez que en Estados Unidos se preparaban elecciones presidenciales, por lo que las voces críticas con un cambio radical de política en relación con el país caribeño se impusieron, dando fin a los intentos de normalización con La Habana⁸⁷.

Por otro lado, para el Gobierno de Marruecos las consideraciones políticas también emergieron como un obstáculo insalvable en su relación con Cuba. A partir de 1976, sus posicionamientos contrapuestos en relación con la crisis de Angola, y sobre todo la actitud del régimen castrista ante el conflicto por el Sahara Occidental, claramente condicionaron su relación bilateral⁸⁸. Por último, esta terminó por completo en 1980 al reconocer Cuba a la República Árabe Saharaui Democrática (RASD).

Conclusión

En las páginas anteriores se ha explicado cómo durante las décadas de los años sesenta y setenta, las presiones de Estados Unidos consiguieron limitar el comercio entre Cuba y Marruecos, aunque este no se eliminó por completo dada la significativa dependencia marroquí del azúcar cubano. Sería en 1980 cuando finalmente esto sucediese, de manera abrupta y debido a razones políticas: la de castigar a un aliado del Polisario que reconoció oficialmente a la RASD. Vemos, por tanto, que Marruecos concebía esta relación bilateral con Cuba como de carácter claramente instrumental, girando en torno a dos ejes: el económico y el político.

⁸⁷ David W. DENT y Carol O'BRIEN: «The Politics of the U.S. Trade...», pp. 177-178.

⁸⁸ Telegrama desde La Habana al Departamento de Estado núm. 364 (17 de octubre de 1977), AAD-NARA, recuperado de internet (<https://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=240969&dt=2532&dl=1629>, consultado el 3 de agosto de 2018); Telegrama desde La Habana al Departamento de Estado núm. 115 (16 de enero de 1978), AAD-NARA, recuperado de internet (<https://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=10102&dt=2694&dl=2009>, consultado el 3 de agosto de 2018).

El primer eje fue el económico, derivado de la dependencia del exterior para proveerse de azúcar. Así, desde finales de los cincuenta y, sobre todo, durante la primera mitad de los años sesenta fue cuando imperaron las razones económicas en el establecimiento de relaciones comerciales con La Habana dado que la escasa producción local no podía hacer frente a la demanda interna. La situación evolucionó durante la segunda mitad de los sesenta y principios de los setenta al ir Marruecos incrementando su capacidad de producción local, lo que permitió que se acrecentase al mismo tiempo la relevancia de lo político y así el régimen de Hassan II pudiese evaluar los réditos del mantenimiento de las transacciones comerciales dependiendo del contexto. Por ello, en el bienio 1967-1968 estas se redujeron de manera significativa tras su acuerdo con Washington en febrero de 1967. En aquel momento el Gobierno marroquí tenía que hacer frente a una situación de necesidad de ayuda exterior, tanto alimenticia como militar, y accedió a reducir de forma notable las importaciones de azúcar.

Sin embargo, más tarde se retomaron, aunque de manera discreta, hasta que las limitaciones se suspendieron finalmente por la OEA en 1975. Tras ello, se experimentó un discreto retorno hasta 1979. Fue en 1980 cuando Marruecos definitivamente suspendió las importaciones de azúcar cubano coincidiendo con el apoyo que el régimen castrista otorgó a Argelia y al Polisario reconociendo a la RASD. En aquellas fechas las necesidades de azúcar fueron cubiertas por otros proveedores, como por ejemplo Polonia, aunque poco a poco a partir de los noventa se iría imponiendo Brasil, principal proveedor en la actualidad.

El segundo eje fue de carácter político y respondía a la necesidad de Marruecos por demostrar un determinado posicionamiento ideológico-político, ya fuese a favor del «neutralismo» si mantenía las relaciones con Cuba y otros países comunistas (Polonia), o del «bloque occidental» cuando rompió relaciones con el país caribeño, pues la ruptura se produjo en situaciones de crisis, ya fuese durante la Guerra de las Arenas o el conflicto de Angola, cuando interesaba subrayar el alineamiento con el bando occidental, o, por último, debido al conflicto del Sahara.

Dada la concurrencia de consideraciones político-ideológicas e imperativos económico-financieros, Rabat limitó los contactos a transacciones comerciales en condiciones favorables (fosfatos

por azúcar) adaptándose a las exigencias de Washington: es decir, eliminando la exportación de productos manufacturados y reduciendo considerablemente la de fosfatos. No obstante, la imposibilidad de eliminar por completo a Cuba como proveedor no dejó de obligar a que la Administración estadounidense recurriese a medidas excepcionales para poder permitirselo. Y ello se debió, como se ha explicado, a su necesidad de preservar ciertos intereses estratégicos en la región norteafricana.

Para concluir, este estudio ha analizado un caso de interconexión entre intereses nacionales y posiciones en materia de política exterior durante la Guerra Fría. A través de él se pone de manifiesto la adaptación de la política marroquí a los requerimientos de Washington, aunque de manera limitada. Pues Marruecos aceptó el requerimiento de reducir la exportación de fosfatos, pero al no ponerle fin por completo el presidente norteamericano se vio en la necesidad de aprobar excepciones a su propia ley. Vemos, por tanto, cómo el país norteafricano resolvió con éxito el dilema que presentaba su dependencia exterior manteniendo un difícil equilibrio.

*Un silencio multitudinario: la matanza de Atocha y la contención emocional comunista**

Laura C. Cruz Chamizo

Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea
lccruzch@gmail.com

Resumen: Este artículo plantea que la política de reconciliación nacional promovida por el PCE desde 1956 incluía la contención emocional de los militantes comunistas, quienes debieron incorporar dicha forma de disciplina a su militancia. Esta contención emocional se mantendría como un elemento fundamental en el discurso del partido durante la transición a la democracia, y se convirtió en un elemento clave de legitimación. A través de fuentes hemerográficas, este artículo analiza la respuesta del PCE a los asesinatos de Atocha de 1977, que será interpretada como un ejercicio de contención, dirigido a crear un modelo de duelo y una práctica corporal de profundo significado político.

Palabras clave: Partido Comunista de España, transición a la democracia, culturas políticas, historia de las emociones.

Abstract: This article argues that the Spanish Communist Party promoted a politics of national reconciliation that included a program of «emotional containment», in which communist militants were encouraged to adopt a disciplined stance. This became a fundamental element in the party's discourse during the transition to democracy and a key element of its legitimacy. Through the analysis of the party's press, this article

* Este artículo se enmarca en el proyecto «El desorden de género en la España contemporánea. Feminidades y masculinidades» (PID2020-114602GB-I00), financiado por MINECO y FEDER y el Grupo Consolidado del Gobierno Vasco, IT 1312-19 (código OTRI, GIC18/52). Asimismo, quisiera agradecer a la profesora Nerea Aresti por sus inestimables consejos y ayuda en la redacción de este texto.

will analyze the PCE's answer to the 1977 Atocha Massacre. This key exercise of containment is interpreted as a model of mourning - a deliberate retelling of a corporal practice of deep political significance.

Keywords: Spanish Communist Party, transition to democracy, political cultures, history of emotions.

No hay duda de que las emociones desempeñan un papel decisivo en la vida política. Parto, así, en palabras de José Javier Díaz Freire, de «la importancia de la significación encarnada del mundo para construir la experiencia de los seres humanos»¹. Las emociones no son, sin embargo, algo que tenemos ni el producto necesario de nuestras circunstancias. Como sostiene Jo Labanyi, las emociones deben ser entendidas como productoras, porque «crean cosas» y nos mueven a la acción². Son dinámicas. Cuentan con el poder de unir cuerpos, crear diferencias y establecer límites —también en un sentido político—. Las facultades afectivas son cruciales para analizar las identidades colectivas porque son movilizadoras, crean vínculos con el mundo en el que vivimos y nos mantienen en o enlazan a un lugar³. Ciertamente, la transición a la democracia parlamentaria en España fue un momento histórico marcado por emociones diversas, contradictorias, abrumadoras, desconcertantes, pero también movilizadoras y políticamente productivas. Partiendo de estas premisas, planteo que la política de reconciliación nacional propuesta por el Partido Comunista de España (PCE) a partir de 1956 se sostuvo sobre un cambio en la gestión de las emociones de los perdedores de la guerra. Una vez asentada la dictadura de Franco, la nueva estrategia comunista consistió en recuperar la democracia a través de vías democráticas y pacíficas, abandonando todo deseo de venganza y de reparación. A pesar de que la política de reconciliación nacional pronto se convertiría en fuente de desavenencias entre la militancia, continuó formando parte de la postura oficial del

¹ José Javier DÍAZ FREIRE: «Presentación» del dossier *Emociones e historia*, *Ayer*, 98 (2015), pp. 13-20, esp. p. 13.

² Jo LABANYI: «Doing Things: Emotion, Affect, and Materiality», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 11, 3 (2010), pp. 223-233.

³ Sara AHMED: «Collective Feelings, Or, The Impressions Left by Others», *Theory, Culture & Society*, 21, 2 (2004), pp. 25-42, esp. p. 27.

PCE tras la muerte de Franco en 1975 y a lo largo de la transición a la democracia.

Este artículo expone cómo un componente decisivo de la política de reconciliación nacional promovida por el PCE fue la contención emocional de la militancia comunista, que debió encarnar esta postura disciplinada. Esta contención emocional se convirtió en un protagonista político del periodo y en un elemento clave de legitimación. La respuesta del PCE a los asesinatos de Atocha de 1977 supuso, en este sentido, un ejemplo paradigmático a través del cual mostraré esta idea. Este cambio de dirección política trajo consigo, a su vez, una nueva concepción de lo que significaba ser un militante comunista. Si en etapas anteriores los comunistas se habían autorrepresentado sobre todo como hombres obreros beligerantes y revolucionarios, el contexto de la Transición precisó de una imagen actualizada, más plural y acorde con el régimen emocional del consenso. El partido de nuevo tipo —y con aspiraciones a convertirse en partido de masas— debía dar cabida a hombres y mujeres de niveles socioeconómicos más diversos, por lo que la lucha de clases fue perdiendo protagonismo en el discurso comunista del momento⁴. Este giro tuvo, asimismo, una plasmación directa en el ideal de masculinidad comunista. A partir de entonces se hizo hincapié en una masculinidad más, digamos, civilizada y emocionalmente contenida, perdiendo ciertos tintes épicos característicos de los tiempos de posguerra.

Al analizar las reacciones a la matanza de Atocha, rechazaré una concepción del duelo como portador de una emoción meramente pasiva y paralizante. Más bien, lo que aquí se propone es prestar atención a su capacidad para generar reacciones y subjetividades políticas⁵. El duelo ayudaría, así, a la construcción de una comunidad

⁴ Sobre la evolución del PCE durante el franquismo y la Transición véanse, sin ánimo de exhaustividad, Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *De la hegemonía a la auto-destrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2017; Juan Antonio ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición: la evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012; Manuel BUENO LLUCH y Sergio GÁLVEZ BIESCA (eds.): *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas-Atrapasueños, 2009, y Emanuele TREGLIA: *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012.

⁵ La obra colectiva Loss. *The Politics of Mourning* ofrece varios ejemplos de cómo la muerte ha sido utilizada con fines ideológicos, llegando incluso a impartir

emocional diferenciada, utilizando el concepto propuesto por Barbara Rosenwein, es decir, un grupo de personas que se adhieren a las mismas normas de expresión emocional⁶. El duelo refleja entonces el proceso de disciplinamiento de las subjetividades comunistas, pero al mismo tiempo *representa* una militancia civilizada y respetable a través de la escenificación de este luto. Se trataría de una escenificación de la vía reformista, anteponiéndola a todo rastro de espíritu revolucionario. De este modo, las emociones también pueden ser entendidas como performativas y ritualizadas, en el sentido propuesto por Judith Butler⁷, puesto que repiten asociaciones previamente existentes, y, al mismo tiempo, las generan⁸.

Para ilustrar la incorporación de esta gestión de las emociones a la práctica política del PCE, contrastaré sus discursos, en los que se llamaba a superar aquellas emociones vinculadas a la confrontación violenta, con los homenajes realizados tras el asesinato de los abogados de Atocha y el emblemático funeral sereno y contenido organizado por el partido. Aquellos homenajes no serían simples descripciones de duelo, sino un modelo de comportamiento a seguir, un relato intencionado y una práctica corporal de profundo significado político. Siguiendo la propuesta de Sara Ahmed, mi intención no se centra solo en enseñar la textualidad de las emociones, sino también la emocionalidad de los textos⁹. De esta manera, estos textos, más allá de representar emociones, estarían concebidos con la intención de crearlas o, cuanto menos, activarlas. Se trata, precisamente, de una interpelación a través de las emociones¹⁰ para conseguir una respuesta racional y civilizada, de marcada austeridad emocional.

moralejas políticas. Véase David L. ENG y David KAZANJIAN (eds.): *Loss. The Politics of Mourning*, Berkeley-Los Ángeles, University of California Press, 2003.

⁶ Barbara ROSENWEIN: *Emotional Communities in the Early Middle Ages*, Ithaca, Cornell University Press, 2006, p. 2. Bajo este punto de vista, las emociones son relacionales y cambiantes, lo cual enfatiza la necesidad de historizarlas. Véase ID.: «Problems and Methods in the History of Emotions», *Passions in Context*, 1, 1 (2010), pp. 1-32.

⁷ Judith BUTLER: *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2007.

⁸ Sara AHMED: «Collective Feelings...», p. 32.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ Parto de la idea de Nerea Aresti que propone que una interpelación en el sentido althusseriano será más exitosa cuando cree algún tipo de emoción y tenga relación con el presente, el pasado y el futuro del sujeto al que busca interpelar.

De enemigos internos a mártires de la democracia

El profundo anticomunismo del régimen franquista dibujó una imagen radicalmente negativa de los comunistas que dejó una impronta duradera en la sociedad española¹¹. Como es sabido, durante los primeros años del franquismo se identificó al comunismo como el mayor enemigo de la patria y, bajo el prototipo del «rojo», el comunista fue sistemáticamente representado como amenaza del sistema social, del orden de género¹² y de la paz interna¹³. En los primeros años cuarenta, la revista *Mundo*, uno de los principales portavoces del franquismo en materia de política exterior, perfilaba al comunismo como «un producto surgido de las mismas entrañas del inframundo y que se asemejaba más a una bacteria devoradora de vida, al estilo de la gangrena, que a un régimen político»¹⁴. Para el régimen franquista, los comunistas eran violentos, fuente de todo mal y, en especial, los responsables de la Guerra Civil¹⁵. Esta campaña de desprestigio y difamación orquestada

Véase Nerea ARESTI ESTEBAN: *Masculinidades en tela de juicio. Hombres y género en el primer tercio del siglo XX*, Madrid, Cátedra, 2010, p. 21.

¹¹ Es conocido que una de las bases ideológicas del franquismo recaía, precisamente, en un anticomunismo acérrimo. Para una aproximación más detallada véase Francisco SEVILLANO CALERO: «“Nuestros auténticos enemigos”. La imagen del comunismo en la dictadura franquista», en Manuel BUENO LLUCH y Sergio GÁLVEZ BIESCA (eds.): *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas-Atrapasueños, 2009, pp. 185-202. La Ley para la Represión de la Masonería y el Comunismo de 1940 englobaba a todas las tendencias de izquierda, pero «tenía especial inquina con los comunistas». Véase Guy HERMET: *Los comunistas en España*, París, Ruedo Ibérico, 1972.

¹² Encarnación BARRANQUERO TEIXEIRA: «Ángeles o demonios. Representaciones, discursos y militancia de las mujeres comunistas», *Arenal*, 19, 1 (2012), pp. 75-102, esp. p. 96.

¹³ Guy HERMET: *Los comunistas en España...*, p. 120, y Francisco SEVILLANO CALERO: «El “rojo”. La imagen del enemigo en la “España nacional”», en Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS y Francisco SEVILLANO CALERO (coords.): *Los enemigos de España: imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2010, pp. 325-340.

¹⁴ Recogido en Juan PASTRANA, José CONTRERAS y Josep PICH: «La demonización del comunismo durante la Segunda Guerra Mundial en *Mundo: Revista de Política Exterior y Economía*», *Vínculos de Historia*, 4 (2015), pp. 348-370, esp. p. 358.

¹⁵ Francisco SEVILLANO CALERO: «“Nuestros auténticos enemigos”...», p. 190.

por el régimen franquista resultó efectiva y, unida con la fuerte represión, consiguió que la imagen de los comunistas como alborotadores del orden calara en el imaginario colectivo. Por supuesto, el estereotipo que ya desde la Segunda República confería a los comunistas un carácter antirreligioso e incluso profanador seguía intacto, convirtiéndoles así en una figura contraria a una de las bases de la ideología franquista: la Iglesia católica¹⁶. A ojos de la sociedad española, la imagen que se relacionaba con los comunistas aludía a un obrero agresivo y conflictivo, un modelo que se alejaba del ideal de masculinidad respetable propugnado por el régimen franquista en los años cincuenta¹⁷. De esta manera, el comunista se erigió como un «enemigo interno»¹⁸ común sobre el cual proyectar el odio y el asco colectivos¹⁹, rechazo que actuó como factor de cohesión social²⁰. Por todo ello, darle la vuelta a esta imagen y a su capacidad normativa para calar en amplios sectores sociales fue un asunto de máxima trascendencia para el PCE.

En 1956, veinte años después del inicio de la Guerra Civil, el PCE propuso una nueva estrategia para la lucha antifranquista: la política de reconciliación nacional²¹. Se trataba de una respuesta de

¹⁶ Guy HERMET: *Los comunistas en España...*, p. 125.

¹⁷ Al exponer los cambios producidos en la masculinidad hegemónica franquista, Ángel Alcalde ha señalado la importancia que tuvo el cine de Hollywood para reconfigurar estas masculinidades en los años cincuenta, en un contexto marcado por el anticomunismo de la Guerra Fría. Véase ÁNGEL ALCALDE: «El descanso del guerrero: la transformación de la masculinidad excombatiente franquista (1939-1965)», *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 177-208, esp. p. 189.

¹⁸ Francisco Sevillano ha explicado cómo el uso del odio como emoción negativa hacia el «otro» actuó de aglutinante desde el inicio de la Guerra Civil y perduró en la posguerra. Véase FRANCISCO SEVILLANO CALERO: «La masonería y la imagen del enemigo: el caso de Gerardo Salvador Merino, odio y afinidades electivas en el “nuevo Estado” español (1939-1941)», *Iberic@l*, 6 (2014), pp. 109-116.

¹⁹ Mercedes Arbaiza ha analizado cómo el asco y el miedo operaban como emociones diferenciadoras y estigmatizadoras del movimiento obrero en un contexto anterior. Véase MERCEDES ARBAIZA: «Cuerpo, emoción y política en los orígenes de la clase obrera en España (1884-1890)», *Ayer*, 98 (2015), pp. 45-70, e *id.*: «“Sentir el cuerpo”: subjetividad y política en la sociedad de masas en España (1890-1936)», *Política y Sociedad*, 55, 1 (2018), pp. 71-92.

²⁰ Encarnación BARRANQUERO TEXEIRA: «Anticomunismo en el NO-DO. La continua elaboración del enemigo», *Antropología Experimental*, 17 (2018), pp. 103-117, esp. p. 104.

²¹ «Resolución del Pleno del CC sobre los cambios en la táctica del Partido

los comunistas a un nuevo contexto histórico, que había pasado de la Guerra Civil y la posguerra a una dictadura plenamente establecida y reconocida a nivel internacional. Su finalidad más inmediata consistió en acabar con la dictadura y establecer una democracia a través de medidas pacíficas y democráticas. Para ello, los dirigentes del partido²² formularon la propuesta de superar el conflicto de la Guerra Civil sin exigencia de responsabilidades ni represalia alguna²³. La prioridad, en definitiva, radicaba en instaurar una democracia que beneficiaría a la sociedad española en su conjunto, para que, una vez alcanzado este punto, pudieran darse las condiciones necesarias para que cada partido lograra realizar su actividad política. La declaración «Por la reconciliación nacional, por una solución democrática y pacífica del problema español» marcó, así, un punto de inflexión en la actuación del PCE en los años sesenta y setenta. La historiadora Carme Molinero considera que su influencia fue más allá del propio partido y también tuvo importancia en el antifranquismo en su conjunto, debido al papel protagonista del PCE en la lucha contra la dictadura²⁴.

No obstante, este cambio de dirección no contó con un respaldo inmediato por parte de la militancia del partido ni sus simpatizantes. En el momento de la formulación de esta política se propuso llamar a una huelga bajo el nombre de «Jornada de Re-

para lograr la reconciliación de los españoles y acelerar la caída del general Franco por la vía pacífica», *Mundo Obrero*, 7 de agosto de 1956, pp. 1-3.

²² La propuesta fue redactada por Santiago Carrillo y Jorge Semprún, si bien Cruz y Nieto sostienen que la idea de esta formulación vino de la misma Pasionaria. Véanse Rafael CRUZ: «Pasionaria». Dolores Ibárruri, *historia y símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 183, y Felipe NIETO: *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Madrid, Tusquets, p. 295.

²³ No obstante, Francisco Erice ha sugerido que precisamente con este cambio de táctica comenzaron a proliferar obras oficiales que ofrecen un esquema explicativo de la historia del partido, lo cual, a su entender, desmiente la idea de que la reconciliación nacional iba ligada al olvido estricto del pasado. Véase Francisco ERICE SEBARES: «El “orgullo de ser comunista”. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en Manuel BUENO LLUCH y Sergio GÁLVEZ BIESCA (eds.): *Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas-Atrapasueños, 2009, pp. 165-166.

²⁴ Carme MOLINERO: «La política de reconciliación nacional: su contenido durante el franquismo, su lectura en la transición», *Ayer*, 66 (2007), pp. 201-225, esp. p. 207.

conciliación Nacional», con el objetivo de escenificar el nuevo espíritu conciliador y dialogante en el espacio público. Al final, la jornada se celebró en 1959, con resultados mucho peores de los esperados²⁵. Además, la llamada a la superación de la Guerra Civil provocó numerosas críticas y muchos grupos de la izquierda radical vieron este giro político como una traición a sus luchas anteriores, y al oponerse a él se diferenciaron y distanciaron del PCE²⁶. A pesar del esfuerzo por atraer a la militancia de base para que aceptara la lógica reconciliadora, lo cierto es que aquel fue un proceso complicado que precisó de grandes dosis de pedagogía política para superar la resistencia de buena parte de la militancia y que pronto generó conflictos en el seno del partido.

Un ejemplo ilustrativo de este esfuerzo pedagógico se llevó a cabo a través de Radio España Independiente (REI). «La Pirenaica» resultó un medio fundamental para difundir la idea de la reconciliación nacional entre sus oyentes, personas críticas con el régimen, incluyendo militantes convencidos del PCE. Según Josefina López («Pilar Aragón»), locutora y mito de la REI, entre la abundante correspondencia que recibían de sus oyentes se podían distinguir las llamadas «cartas de odio», que buscaban difundir un mensaje de venganza a través de esta radio, «y en cuanto se convencían de que Radio España Independiente no era instrumento de venganza, sino instrumento de reconciliación nacional, dejaban de escribir»²⁷. En un documental sobre la emblemática emisora también recordaba que «en la primera etapa eran cartas de odio, de odio, ¿eh? De, de, de... ¡bueno! Incluso se nos daban listas de gente a las que, según el que nos escribía, había que liquidar. Y nosotros, pues, venga a darle con la reconciliación nacional, “que no, hombre, que no, que España no puede ser una fábrica de guerras civiles”»²⁸.

²⁵ Gregorio Morán ha relatado cómo el desarrollo de la jornada se exageró en la prensa del partido. Véase Gregorio MORÁN: *Miseria, grandeza y agonía del PCE, 1939-1985*, Madrid, Akal, 2017, pp. 559-560.

²⁶ Consuelo LÁIZ: *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995, p. 30.

²⁷ Recogido en Luis ZARAGOZA FERNÁNDEZ: *Radio Pirenaica: la voz de la esperanza antifranquista*, Madrid, Marcial Pons, 2008, pp. 354-355.

²⁸ RTVE: *Radio Pirenaica. Aventura de una radio clandestina*, segunda parte, emitido el 25 de enero de 1989, 50:06-50:23 minutos. Accesible online en <http://www.rtve.es/alcarta/videos/documentales-en-el-archivo-de-rtve/radio-pirenaica-aventura->

Como medio de difusión del PCE, La Pirenaica tuvo que insistir en el discurso de la reconciliación nacional para superar el conflicto de la Guerra Civil ante un sector de la militancia que se resistía a abandonar sus reivindicaciones de justicia y reparación. Armand Balsebre y Rosario Fontova sostienen que, aun siendo conscientes del abandono de la lucha armada del PCE, algunos oyentes seguían escribiendo a la REI en un tono «enervado» y abogando por «una acción más contundente»²⁹. A pesar de estas dificultades, la política de reconciliación nacional continuó operando a lo largo de la dictadura, y adquirió un peso significativo durante la transición a la democracia.

En el contexto de la Transición, la constante amenaza de una nueva guerra civil, real o no, afectaba a la sociedad, condicionando el curso del devenir político³⁰. El miedo a una polarización de la política que pudiera conducir a un nuevo enfrentamiento armado fue empleado como arma arrojada por quienes buscaban la continuación del régimen. En 1976, Carlos Arias Navarro auguraba que el PCE no sería legalizado ya que simbolizaba «a un grupo que no está tratando de cerrar viejas heridas, sino de reabrir las», y concluía que «la guerra civil me abrió a mí los ojos al comunismo y a sus monstruosidades»³¹. La imagen que se había asociado al comunismo desde la guerra seguía intacta para los dirigentes franquistas. Este miedo a la confrontación y a la violencia actuó como una «vacunación masiva» de los extremos y contribuyó a la construcción del centro como espacio deseado de diálogo³². Tal identificación

[radio-clandestina-2-parte/4639693/](https://doi.org/10.1387/1888-8266/4639693/) (última consulta realizada el 26 de diciembre de 2019).

²⁹ Armand BALSEBRE y Rosario FONTOVA: *Las cartas de La Pirenaica. Memorias del antifranquismo*, Madrid, Cátedra, 2014, p. 70.

³⁰ Los estudios sobre la transición a la democracia se han visto enriquecidos en los últimos años por aquellos trabajos que indagan en el papel de las emociones y los afectos durante este período de profundos cambios. Véase, por ejemplo, la obra colectiva de María Ángeles NAVAL y Zoraida CARANDELL (eds.): *La transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años setenta*, Madrid, Visor Libros, 2016, o el monográfico de David BEORLEGUI ZARRANZ: *Transición y melancolía: la experiencia del desencanto en el País Vasco (1976-1986)*, Postmetropolis, Madrid, 2017.

³¹ Declaraciones de Carlos Arias Navarro a la revista *Newsweek* recogidas en *ABC*, 6 de enero de 1976, p. 1.

³² Zoraida CARANDELL: «Informe sobre el alba. De algunas auroras en la poe-

del «centro» como único espacio político legítimo responde al contexto internacional de la Guerra Fría, en un momento en el que la izquierda internacional iba perdiendo auge.

Los conocidos cambios de dirección del partido a favor de la «política del consenso»³³ y sus aspiraciones electorales en vísperas de la legalización condujeron al intento de presentar una imagen del partido más centrada en el presente y en el futuro³⁴. Dicho cambio, fundamentado en la idea de superación colectiva del conflicto y en la moderación de la imagen más reivindicativa que reclamaba ruptura con la etapa anterior, supuso «la neutralización de la memoria colectiva de los vencidos»³⁵. Este «olvido selectivo instrumental»³⁶ tendría como fin conseguir el mayor número de afiliados posible para poder obtener una mayor representatividad en el gobierno y poder así lograr una mayor influencia en la vida política del país. Estos cambios en la línea política del partido en un sentido posibilista incidieron al mismo tiempo en su modelo de militante, y el énfasis en la combatividad de otro tiempo cedió paso a un espíritu fundamentalmente dialogante y democrático. Pero, más allá de las formulaciones teóricas, el PCE debía mostrar a la socie-

sía de 1970», en María Ángeles NAVAL y Zoraida CARANDELL (eds.): *La transición sentimental. Literatura y cultura en España desde los años setenta*, Madrid, Visor Libros, 2016, p. 120.

³³ La disconformidad de parte de la militancia con las decisiones de las elites políticas en lo referente al consenso puede verse reflejada en varias críticas y escisiones, como fue el caso del PCE. Véanse Magdalena GARRIDO CABALLERO y Carmen GONZÁLEZ MARTÍNEZ: «El puente a la transición y su “resultado final”. Actitudes del PCE y de la militancia comunista en la transición española», *Revista de Historia Actual*, 6, 6 (2008), pp. 71-87, y Juan Antonio ANDRADE BLANCO: *El PCE y el PSOE en (la) transición...* Véase también el análisis realizado por Manuel Ortiz Heras en el que identifica la palabra «consenso» con el espíritu, la metodología y el modelo exportado del caso español. Véase Manuel ORTIZ HERAS: «Nuevos y viejos discursos de la Transición. La nostalgia del consenso», *Historia Contemporánea*, 44 (2012), pp. 337-367.

³⁴ Para un análisis de la representación mediática del PCE en los albores de su legalización véase José Carlos RUEDA LAFFOND: «Perder el miedo, romper el mito. Reflexión mediática y representación del Partido Comunista entre el franquismo y la transición», *Hispania*, 75, 251 (2015), pp. 833-862.

³⁵ José Carlos RUEDA LAFFOND: «¿Un pasado que no cesa? Discurso patrimonial y memoria pública comunista en el franquismo y la transición española», *Revista de Estudios Sociales*, 47 (2013), pp. 12-24, esp. p. 21.

³⁶ José Carlos RUEDA LAFFOND: «Perder el miedo...», p. 851.

dad española que su afán de reconciliación y superación de los rencores de la guerra no quedaban relegados solo al discurso. Considero que la política de reconciliación nacional y la apuesta por fomentar este «sentido de responsabilidad» respondían a una nueva política de respetabilidad del partido, en el sentido propuesto por E. Frances White. Las políticas de respetabilidad hacen referencia a los intentos llevados a cabo por grupos marginalizados de controlar o «monitorizar» a sus propios miembros y mostrar que sus valores concuerdan con la ideología dominante, en vez de ponerlos en cuestión³⁷. En su autorrepresentación como el partido del antifranquismo por excelencia, los comunistas —desde la dirección hasta las bases, pasando por intelectuales y fuerzas de la cultura— debían demostrar su capacidad para superar el pasado y mirar hacia el futuro, difundiendo una imagen de moderación y responsabilidad que resultase lo bastante atrayente para poder consolidarse como un partido de masas.

En definitiva, desde el Comité Central del PCE se dejó de apostar por un ideal de militante combativo; más bien, como parte de su política de moderación, la dirección fomentaba entre sus militantes la manifestación pacífica. Desde las publicaciones periódicas del partido se condenó pronto la lucha armada de ETA, a la vez que recalcan su propia posición como fuerza política moderada y pacífica que «de siempre» se había opuesto al terrorismo como práctica de lucha revolucionaria³⁸. En cambio, la lucha de la clase obrera planteada por el PCE, en términos de «alto sentido de responsabilidad» y «papel determinante en el desarrollo social», la protagonizaban «los millones de hombres y mujeres que, en los últimos meses, han desfilado por las calles de las ciudades, demandando amnistía y libertades» ofreciendo «un ejemplo de disciplina, decisión y unidad»³⁹. Lejos quedaba ya la imagen del comunista combatiente de la posguerra⁴⁰. Aquella fortaleza obrera que en otro

³⁷ E. Frances WHITE: *Dark Continent of Our Bodies: Black Feminism and the Politics of Respectability*, Filadelfia, Temple University Press, 2001.

³⁸ «A propósito de la violencia. Los recientes atentados no ayudan a la conquista de las libertades», *Mundo Obrero*, 18 de febrero de 1976, p. 2.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Además, la imagen de militante comunista pasó de ser eminentemente masculina a incluir la representación de mujeres, fruto de la creciente presión de las militantes feministas y del deseo del partido de integrar a las mujeres en la movili-

tiempo fuera identificada con una fuerza física devino en este contexto en una fortaleza moral y disciplinada, transformando los atributos corpóreos relacionados con el trabajo físico en atributos políticos basados en la disciplina militante⁴¹. La violencia quedaba así desterrada del terreno político a la vez que se redefinía la valentía masculina. El ejercicio de la violencia como forma de hacer política pasó a ser muestra de cobardía, ajena al código democrático que debía regir las relaciones entre hombres. En este nuevo contexto, lo ejemplar, lo revolucionario, consistió en reivindicar la conquista de las libertades a través de una actitud contenida que obedeciera a un alto sentido de la responsabilidad, como protagonistas de la lucha para garantizar la democracia. Es en este contexto en el que se enmarca, de manera muy significativa, la cobertura de la matanza de Atocha de 1977 y el entierro multitudinario posterior, como veremos a continuación.

Desde los asesinatos de los abogados laboristas, este acontecimiento ha sido señalado como un punto de inflexión que trajo consigo la legalización del PCE⁴². La historiografía ha destacado la «impresionante manifestación de orden» de la cual se hizo gala en el multitudinario funeral de los abogados, para, a continuación, ligarlo con la legalización del partido⁴³. Por esta serie de concatenaciones, los abogados asesinados han sido considerados no ya como «már-

zación antifranquista, así como del auge del feminismo internacional. Este tema ha suscitado un creciente interés en los últimos años y cabe destacar, entre otros, los trabajos de María Teresa LÓPEZ HERNÁNDEZ: «El PCE y el feminismo en España (1960-1982)», *Investigaciones feministas: papeles de estudios de mujeres, feministas y de género*, 2 (2011), pp. 299-318; Mónica MORENO SECO: «Compromiso político y feminismo en el universo comunista de la transición», *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, 8 (2013), pp. 43-60; íd.: «Cruce de identidades: masculinidad, femineidad, religión, clase y juventud en la JOC de los años sesenta», *Historia y Política*, 37 (2017), pp. 147-176, y Claudia CABRERO: «El Movimiento Democrático de Mujeres y las comunistas: de la resistencia antifranquista a la movilización feminista», *Nuestra Historia*, 3 (2017), pp. 73-102.

⁴¹ Thierry PILLON: «Working-Class Virility», en Alain CORBIN, Jean-Jacques COURTINE y Georges VIGARELLO (eds.): *A History of Virility*, Nueva York, Columbia University Press, 2016, pp. 523-524.

⁴² En algunas ocasiones, incluso se han llegado a utilizar imágenes del sepelio para ilustrar las portadas de múltiples obras dedicadas a la Transición, como sucede en Sophie BABY: *El mito de la transición pacífica: violencia y política en España (1975-1982)*, Madrid, Akal, 2018.

⁴³ Es el caso, por ejemplo, de Carme MOLINERO y Pere YSÀS: «El PCE y la de-

tires de la revolución», sino como «mártires de la democracia»⁴⁴. Gloria Cabreja de las Heras realizó una primera aproximación al tema, en la que ahondaba en el contexto del suceso y las respuestas más inmediatas desde el partido y la opinión pública⁴⁵. En una obra más reciente, Fernando Nistal ha destacado el papel que tuvo la contención comunista en el funeral de los abogados en la carrera por la legalización, pero poniendo en cuestión el relato teleológico que relaciona ambos acontecimientos —como si el último no hubiera sido posible sin que se diera el primero—⁴⁶. En otra publicación reciente, el historiador Manuel Gallego López ha contextualizado el atentado en un escenario de violencia política, en un momento en el que la ultraderecha vio amenazada su impunidad y su poder⁴⁷. En el género de las memorias, se han publicado en los últimos tiempos dos obras dedicadas en exclusiva a la matanza de Atocha. La primera fue escrita en 2002 por uno de los supervivientes del atentado, Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell⁴⁸, y la segunda, más reciente, por Jorge M. Reverte e Isabel Martínez Reverte en el año 2016⁴⁹. A pesar de esta trascendencia conferida a la contención mostrada en el funeral en distintos trabajos, parece necesario aún problematizar esta narrativa y profundizar en su significado político, sobre todo en su dimensión emocional. El siguiente apartado ahondará en la cobertura de los hechos en la prensa comunista y la elaboración de un modelo prescriptivo de duelo que favoreció a

mocracia», en Carme MOLINERO y Pere YSÀS (coords.): *Las izquierdas en tiempos de transición*, Valencia, Universitat de València, 2016, p. 126.

⁴⁴ Helena VARELA GUINOT: «La legalización del PCE: elites, opinión pública y simbolismos en la transición», *Estudios Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones. Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales*, 8 (1990), pp. 17-18.

⁴⁵ Gloria CABREJAS DE LAS HERAS: «La matanza de Atocha y la semana negra de la transición española», en *Historia del PCE: I Congreso, 1920-1977*, vol. 2, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 2007, pp. 399-412.

⁴⁶ Fernando NISTAL GONZÁLEZ: *El papel del Partido Comunista de España en la transición*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2015, pp. 260-264.

⁴⁷ Manuel GALLEGO LÓPEZ: *Los abogados de Atocha. La masacre que marcó la transición*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2020.

⁴⁸ Alejandro RUIZ-HUERTA CARBONELL: *La memoria incómoda. Los abogados de Atocha*, Burgos, Dossolés, 2002.

⁴⁹ Jorge M. REVERTE e Isabel MARTÍNEZ REVERTE: *La matanza de Atocha, 24 de enero de 1977. El asesinato de los abogados laboristas que conmocionó a la España de la transición*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2016.

la expresión de una emoción contenida y serena en detrimento de sentimientos como la rabia o la búsqueda de venganza.

La matanza de Atocha y la contención emocional comunista

Uno de los acontecimientos más significativos de la transición a la democracia fue la matanza de Atocha de 1977, cuando un grupo de pistoleros vinculados a Fuerza Nueva atacó una oficina de abogados en Madrid, asesinando a cuatro abogados laboristas y un trabajador, todos ellos relacionados con el PCE: Luis Javier Benavides Ordaz, Enrique Valdevira Ibáñez, Francisco Javier Sauquillo Pérez del Arco, Serafín Holgado Antonio y Ángel Rodríguez Leal, e hiriendo de gravedad a Miguel Sarabia Gil, Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell, Luis Ramos Pardo y Dolores González Ruiz. Solo unos pocos días antes, otros dos activistas jóvenes habían sido asesinados en una manifestación: el primero, Arturo Ruiz García, fue asesinado por un miembro de los Guerrilleros de Cristo Rey, otro grupo de extrema derecha; y María Luz Nájera, que murió, precisamente, como consecuencia de la represión policial en una manifestación en protesta por el asesinato de Ruiz García. Se trataba, como vemos, de momentos cargados de violencia⁵⁰. En los días siguientes al atentado, los comunistas se movilizaron en torno al ataque al despacho laborista y realizaron una serie de homenajes a los militantes fallecidos, entre los que destacan la cobertura de los acontecimientos en *Mundo Obrero* y, en particular, el funeral multitudinario que acompañó a los fallecidos.

Considero que la cobertura de la prensa comunista muestra una tendencia a exaltar una serie de valores, a la vez que alude e interpela al orgullo y esperanza de la militancia, así como a la cultura del partido. Por una parte, debido a que estos textos homenajearon a gente querida, eran, en esencia, textos emotivos. El amor, res-

⁵⁰ En los últimos años, nuevos estudios del periodo se han centrado en poner en entredicho la narrativa de «la modélica y pacífica transición», señalando no solo la violencia llevada a cabo por grupos terroristas, sino, sobre todo, la violencia estatal. Para un estudio reciente sobre el caso consultar Mariano SÁNCHEZ SOLER: *La transición sangrienta. Una historia violenta del proceso democrático en España (1975-1983)*, Barcelona, Península, 2010, y Sophie BABY: *El mito de la transición pacífica...*

peto, admiración y dolor estaban presentes en todo momento, coloreando el discurso con intensas emociones. Al subrayar el duelo sereno y disciplinado que llevaron a cabo en los funerales de Atocha, estos tributos y homenajes estarían creando un modelo a seguir. De este modo, este episodio sería un ejemplo paradigmático de militancia refrenada y contenida, que recibió una cobertura mediática que pretendió ser a su vez descriptiva y normativa⁵¹. El funeral, que marcó un hito en la memoria de la Transición, supuso «una demostración al mismo tiempo de orden, de actitud pacífica y de fuerza de los comunistas»⁵².

«Tras un forcejeo que duró hasta el último minuto»⁵³, el funeral se celebró finalmente de forma autorizada. Numerosos medios de comunicación dedicaron sus portadas al entierro, desde *Diario 16*, *Ya* o *El País*, hasta *ABC*. Varios de ellos elogiaron la serenidad mostrada por la militancia comunista y la «impresionante» manifestación de orden y de fuerza mostrada por el partido⁵⁴. Incluso desde el Gobierno Civil se reconoció en una nota distribuida a los medios informativos que «el cortejo fúnebre había recorrido las calles de Madrid en un “ejemplar mantenimiento del orden”»⁵⁵. *Mundo Obrero*, por su parte, se hizo eco de esta gran manifestación y dedicó un ejemplar especial a cubrir el multitudinario entierro, así como para realizar un homenaje a los abogados asesinados. A lo largo de ese número se hace referencia constante a la rabia y dolor colectivos que sintieron los comunistas, pero también se puede apreciar un tono de orgullo por haber sido capaces de demostrar en público la contención masiva de esa rabia. Recordemos que esta era una de las pocas ocasiones previas a la legalización en las que el PCE pudo hacer gala públicamente de todas sus insignias, símbolos y estética característica, marcada, como veremos, por una disciplina absoluta, también en el ámbito emocional. El mismo Santiago Carrillo alabó «la máxima firmeza y grandísima serenidad» que el pue-

⁵¹ Francisco ERICE ya ha planteado que el arquetipo del «activista corriente» de la literatura del partido pretende ser a la vez descriptivo y normativo. Véase FRANCISCO ERICE SEBARES: «El “orgullo de ser comunista”...», p. 157.

⁵² Emanuele TREGLIA: *Fuera de las catacumbas...*, p. 362.

⁵³ Santiago CARRILLO: *Memorias*, Planeta, Barcelona, 2006, p. 800.

⁵⁴ *Diario 16*, 27 de enero de 1977, y *El País*, 27 de enero de 1977.

⁵⁵ «Serenidad en homenaje a los asesinados», *Diario 16*, 27 de enero de 1977, p. 6.

blo español mostró en respuesta a «la gran conspiración fascista»⁵⁶. Asimismo, el dirigente comunista condenó el aumento de la violencia que la extrema derecha estaba intentando promulgar en el país, y también admitió la rabia y furia que los comunistas sintieron como resultado⁵⁷. No obstante, insistió, literalmente, en que estas emociones debían ser contenidas: «Pero nuestra ira y nuestra cólera deben ser frías e inteligentes. Quizá haya quien piense que tenemos que haber salido a la calle a gritarlas, pero eso nos hubiera enfrentado con otros españoles que, como nosotros, están interesados en un cambio político hacia la democracia»⁵⁸.

Es decir, incluso si era legítimo sentir esas emociones, su representación pública debía ser contenida, y utilizada más bien como una muestra de su disciplina y compromiso con garantizar un cambio político pacífico. En sus propias palabras, lo que importaba ahora era dar un paso adelante hacia la reconciliación nacional y conseguir que la mayoría se uniera y superara sus diferencias «con calma y serenidad»⁵⁹. Carrillo presentó al PCE como el partido más dispuesto a asumir «su responsabilidad nacional» de evitar las tensiones que provocaron la Guerra Civil. Después de esto, el secretario general se dirigió directamente a quienes pudieran tener más dificultades a la hora de perdonar y olvidar: aquellos que habían participado en la guerra. Aquellos camaradas que, tras la derrota, tuvieron que soportar el exilio o la represión franquista. Carrillo pidió su apoyo específicamente, sabiendo que su experiencia en la guerra les dotaba de una posición favorecida en la jerarquía del partido como «militantes históricos»: «Quienes participamos en [la guerra], desde uno u otro lado, somos los primeros que debemos dar ejemplo de reconciliación, de nuestra voluntad inflexible de que aquello no se repita. Quien no esté dispuesto a esto, que se aparte»⁶⁰.

Como muestran estas declaraciones, la militancia tenía la obligación de acatar la retórica de la reconciliación nacional o, de lo

⁵⁶ «Hasta siempre en la libertad por la que disteis la vida», *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, p. 1.

⁵⁷ Santiago CARRILLO: «Frente al crimen fascista, reconciliación para la democracia», *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, p. 3.

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Ibid.*

contrario, «apartarse». La disciplina era una de las cualidades más importantes que debía poseer un militante comunista, y, como militantes disciplinados, debían aceptar la política de reconciliación nacional como parte fundamental de los principios del partido. El secretario general concluyó su artículo prácticamente identificando a estos militantes como mártires por la democracia: «[Q]uizá algún día, España entera reconozca que estos hombres, con el sacrificio de sus vidas, salvaron la paz y la democracia»⁶¹. A lo largo del número se repite una y otra vez esta identificación, e incluso se señala que fueron «muertos en defensa de la democracia y la reconciliación nacional»⁶².

En el mismo número, el militante Alberto Duero escribió un texto en el que relató el duelo público mostrado en los funerales que siguieron al atentado. A ellos acudieron no solo militantes del PCE, sino también muchas personas que se mostraron contrarias a estos ataques, como gesto de solidaridad. Muchos de los participantes formaban parte de otros grupos antifranquistas de la izquierda radical. Fue un encuentro masivo coordinado por el PCE y CCOO, todavía como organizaciones ilegales. Alberto Duero describió la atmósfera emotiva que fue tangible durante la ceremonia y la procesión funeraria en las calles de Madrid. Enfatizó tanto la unidad de quienes se manifestaron y los símbolos que compartían, como las atrocidades cometidas por los asesinos: «Millares de puños alzados rindieron el saludo comunista a nuestros camaradas asesinados por la barbarie fascista»⁶³. En esta narración tan emotiva se recalca al mismo tiempo el agravio cometido contra los comunistas y su capacidad de mantenerse serenos ante ello; destacaba, así, tanto la capacidad movilizadora de la cúpula del partido como el autodomínio, templanza y fortaleza de la militancia, y lo convertía en un símbolo de orgullo al que aferrarse ante la pérdida.

Otro componente central del evento fue la presencia del «servicio de orden» del partido. Se estima que unos dos mil militantes, ataviados con un brazalete rojo, se encargaron de contener las reac-

⁶¹ *Ibid.*

⁶² «Muertos en defensa de la democracia y la reconciliación nacional», *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, p. 2.

⁶³ Alberto DUERO: «Madrid, capital del dolor y de la gloria», *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, pp. 4-5.

ciones de la militancia y demás asistentes⁶⁴. Siguiendo criterios militares y jerárquicos, se hicieron cargo de crear un cordón de seguridad que protegiera tanto al velatorio como al sepelio, sin permitir la colaboración de otras organizaciones políticas⁶⁵. Esto nos puede informar sobre la gran importancia que tuvo el hecho de mantener el orden para los líderes del partido. Según Duero, el servicio de orden «demostró al Poder lo que es el orden del Pueblo»⁶⁶. Alberto Duero apuntó a que sí hubo disturbios, pero no tardó en aclarar que no procedieron de los comunistas⁶⁷. Además, de acuerdo con su segmento, muchos militantes se tomaron como responsabilidad personal mantener en calma la demostración de duelo público. No se indicó si estos militantes formaban parte del ya mencionado «servicio de orden», pero sabemos que se habían dado instrucciones a la militancia para que acudieran en masa y desfilaran en silencio rehuendo las provocaciones⁶⁸.

Serafín Holgado, uno de los asesinados, fue enterrado en Salamanca, su lugar de procedencia. La ceremonia también fue retratada más adelante en la prensa comunista, en una pieza que muestra una vez más la necesidad de contener cualquier expresión de duelo que no fuera serena. La matanza de Atocha no podía beneficiar a sus perpetradores: «Podemos afirmar que si lo que pretendían era crispar el ambiente, ofuscar las conciencias, reavivar los odios, han fracasado rotundamente»⁶⁹. De nuevo, no existía lugar para el odio o el resentimiento en la militancia comunista; aquellas eran emociones que debían evitar y contener. El duelo en Salamanca fue presentado como ejemplar, «símbolo de reconciliación», «en expresión serena e indignada de nuestro pueblo»⁷⁰. También llegaron a afirmar que «sin jac-

⁶⁴ Gloria CABREJAS DE LAS HERAS: «La matanza de Atocha...», p. 407.

⁶⁵ Jorge M. REVERTE e Isabel MARTÍNEZ REVERTE: *La matanza de Atocha...*, p. 144.

⁶⁶ Alberto DUERO: «Madrid, capital del dolor y de la gloria», *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, p. 5.

⁶⁷ *Diario 16*, en cambio, aludió a un tímido intento de cantar «La Internacional», rápidamente acallado, así como algún grito aislado de «te vengaremos» en el cementerio de la Almudena, donde se enterraría a Ángel Rodríguez Leal. Véase «Serenidad en homenaje a los asesinados», *Diario 16*, 27 de enero de 1977, p. 6.

⁶⁸ Santiago CARRILLO: *Memorias...*, p. 800.

⁶⁹ A. C.: «Salamanca. Un símbolo de reconciliación», *Mundo Obrero*, 6, 9 de febrero de 1977, p. 5.

⁷⁰ *Ibid.*

tancias podemos decir que ha sido nuestro Partido uno de los artífices más importantes de [la reconciliación]»⁷¹. Como artífices de la política de reconciliación nacional, se enorgullecían de ser quienes iniciaran una conversación pacífica que esperaban concluyera en el final de la dictadura y la consolidación de la democracia.

Además de las declaraciones orales y escritas, el uso de imágenes fue fundamental a la hora de dar cobertura a estos sucesos. En un pie de foto se destacaba, por ejemplo, el «sereno dolor» de los padres del fallecido Ángel Rodríguez⁷², dotando a la imagen de un significado específico y deliberado⁷³. A través de ella se interpelaba emocionalmente a los lectores del periódico en un intento de disciplinar a la militancia y sus respuestas emocionales.



Duelo. Imagen de archivo que no aparece en el número de *Mundo Obrero*. Archivo Histórico del PCE, Fondo Fotográfico, 1977, 66034.

⁷¹ *Ibid.*

⁷² *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, p. 4.

⁷³ Geles MIT: *El tercer texto: imagen y relato*, Valencia, Universitat Politècnica de València, 2008.



Sereno dolor. Esta imagen fue incluida en *Mundo Obrero* acompañada por el texto «El sereno dolor de los padres de Ángel Rodríguez». *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, p. 4.

En el mismo sentido, se incluyó un dossier de cuatro páginas repletas de imágenes del funeral, introducidas por el título «Testimonio de dolor y protesta» y un texto que lee: «Fotos que no precisan explicación. [...] En un impresionante silencio, un puño y un clavel dirigen un último mensaje de esperanza a los que cayeron en pie, como Julián Grimau, para que la marcha a la libertad prosiga hasta la victoria»⁷⁴.

⁷⁴ La mención a Julián Grimau no es casual, ya que, al tratarse de una figura notable en la hagiografía comunista desde su asesinato en 1963, refuerza la identificación de los abogados asesinados como mártires. En el aniversario del asesinato en 1975, *Mundo Obrero* lo recordaba como «el crimen más inexpiable de la dictadura», una operación política «para restaurar el terror y el espíritu de la guerra civil, frente a la política de reconciliación que comenzaba a encenderse en España, como una luz indicando la salida del túnel [...] Con la sangre de Julián Grimau quisieron apagar esa política [...] y provocar a su vanguardia, a nuestro partido, empujándonos hacia la violencia, para justificar la represión política y esa muerte y otras muertes». De una manera similar al caso analizado en este artículo, este texto destaca con *orgullo* el no haber caído en las *provocaciones* del régimen y que la *ira* que sentían les empujara a la violencia. De esta manera, promovieron una «contención de la ira», identificándola como un sentimiento que desaprobaban. Véase «Julián

Las imágenes que seguían mostraban un inmenso gentío que desbordaba el encuadre, gentes con los rostros serios, pero firmes, y los puños cerrados en alto. Solo en una imagen se pueden ver dos figuras femeninas llorando claramente, mientras son consoladas por una masculina que, en contraste, representa la contención buscada. En el Archivo Histórico del PCE se guardan varias imágenes de ese día que no vieron la luz en la publicación de *Mundo Obrero*; fotografías muy emotivas, donde el duelo que se retrata es mucho más desgarrador. Parece claro que el discurso textual se vio reforzado por una narrativa visual de gran poder interpelador.

Además de la matanza de Atocha, en este número de *Mundo Obrero* también se informó sobre el asesinato de Arturo Ruíz García al inicio de la semana. El estudiante fue asesinado por un miembro de un grupo terrorista de extrema derecha durante una manifestación que pedía la amnistía general para todos los presos políticos. Al dar cuenta de este suceso en la prensa comunista, se destacó una supuesta conversación entre algunos protestantes y miembros de la policía, contada a modo de anécdota. De acuerdo con esta representación de la escena, se produjo un encuentro entre varios manifestantes y un grupo de policías en el lugar del asesinato, poco después de que tuviera lugar. En ella se hacía hincapié en la actitud «correcta, comprensiva»⁷⁵, de los policías, aun en momentos de tensión. Ante los gritos de varios manifestantes de «¡Aquí estamos! ¡Nosotros no matamos!», algunos policías se mostraron comprensivos y les urgieron a que mostraran mucha serenidad: «Es lo que conviene». Como respuesta, un manifestante argumentó: «Ya estamos colaborando todos [...] Fíjese en lo que ha pasado y en la serenidad que la gente está mostrando»⁷⁶. Por último, los antidisturbios acudieron a la escena, pero no se mostraron tan comprensivos como los policías y se dispusieron a dispersar a los presentes con granadas lacrimógenas. La narración de esta anécdota cumplía una función buscada, ya que se incluía en un ejemplar especial centrado en los últimos ataques fascistas, pero siempre insistiendo en la necesidad de mantener el orden y no responder de manera violenta o

Grimau siempre entre nosotros», *Mundo Obrero*, 11, abril de 1975, Especial Emigración, p. VI.

⁷⁵ J. MESTRES: «Arturo Ruíz García», *Mundo Obrero*, 4, 27 de enero de 1977, p. 6.

⁷⁶ *Ibid.*

precipitada, sino con la mayor serenidad. Asimismo, se trataba de una clara descripción benevolente de las fuerzas de seguridad, a pesar de haber descrito una respuesta violenta por parte de las fuerzas armadas solo unos párrafos más arriba. La narración de esta conversación adquiere un significado mayor si la consideramos como un intento de convencer a la militancia de mantenerse en calma y respetar a las autoridades, sobre todo si se contrapone con el relato del mismo suceso en *El País*, que señalaba «fuertes incidentes entre la policía y los manifestantes, al intentar estos expresar su protesta por el incidente e impedirlo la fuerza pública»⁷⁷. Lejos de coincidir con la escena narrada en *Mundo Obrero*, en este caso se recogen testimonios de vecinos que alegan que tres policías antidisturbios trataron de limpiar la escena del crimen antes de la llegada de los inspectores de policía, destacando la violenta represión ejercida por dichos agentes.

A raíz de la matanza de Atocha, el diario *El País* preguntó a varios miembros de la oposición si incluirían en la amnistía a los asesinos del atentado. Luis Lucio Lobato, dirigente del PCE y ex preso político, contestó afirmativamente, «[a]unque hay que retorcerse el corazón, para que sea una amnistía que responda al principio de la reconciliación nacional»⁷⁸. Estas declaraciones reiteran el compromiso que el PCE mantuvo con la política de reconciliación nacional, llevada a sus últimas consecuencias apenas transcurridos unos días de los hechos. Finalmente, el partido y sus militantes ganaron el respeto de la opinión pública gracias al ánimo reconciliador mostrado en una escenificación de su contención emocional en la que fuera su primera aparición pública tras casi cuarenta años de dictadura. Esta impresionante manifestación de fuerza produjo una impronta en la memoria colectiva comunista, y se ha mantenido como fuente de orgullo para quienes participaron en ella hasta nuestros días.

⁷⁷ «Incidentes en el lugar del asesinato. La policía borró las huellas de sangre», *El País*, 25 de enero de 1977, p. 10.

⁷⁸ «Encuesta entre la oposición: ¿amnistiaría a los asesinos que han actuado estos días en Madrid?», *El País*, 27 de enero de 1977, p. 12.

Conclusiones

Uno de los mayores retos del PCE durante el franquismo fue hacer frente a la nociva imagen con la que el régimen retrató a los comunistas. Al proponer la política de reconciliación nacional en la década de los cincuenta, el PCE trató de ofrecer una narrativa alternativa a esta percepción, y apostó por la superación del conflicto de la Guerra Civil. Este cambio estratégico no fue fácil de asimilar para la militancia. No obstante, y tal y como he mostrado en estas páginas, la retórica de la reconciliación nacional tomó forma, resultando crucial para ello su incorporación, también emocional, a las prácticas de los y las militantes comunistas. Como consecuencia de ello, el propio modelo de militante comunista cambió. La masculinidad obrera, que antes había sido ligada a una fuerza física con una dimensión épica, tuvo que dar paso a una masculinidad más autocontrolada, civilizada. Ahora su fortaleza emanaría de una correcta gestión de las emociones, de la capacidad para el diálogo político y de la superioridad moral que les confería su trayectoria histórica.

Aunque tradicionalmente los y las militantes comunistas debían seguir una rígida disciplina, en el contexto de la Transición esta disciplina debía enfocarse no en luchar contra el *status quo*, sino en reformarlo. La militancia comunista tuvo que contener emociones que, como la rabia o el odio, pudieran minar este espíritu conciliador. Esta disciplina emocional del partido fue puesta a prueba con el salvaje asesinato de los abogados de Atocha. Sin embargo, el funeral multitudinario que acompañó a los asesinados resultó ser una ocasión para manifestar la viabilidad y la fuerza de aquella apuesta política. Como hemos visto, en aquellos momentos difíciles, muy propicios para una respuesta exaltada emocionalmente, se instó a la militancia a reprimir cualquier afán de venganza, mostrando en su lugar una disposición a la reconciliación, incluso bajo provocación. En este episodio, el duelo colectivo movilizó a miles de comunistas y simpatizantes que decidieron salir a la calle a manifestar su dolor de forma pacífica y contenida. Las emociones actuaron políticamente y la postura del PCE como «el partido del antifranquismo» quedó legitimada públicamente, logrando así dejar atrás la satanizada imagen del comunista que había sido cultivada y cuidada durante toda la dictadura.

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

*Feminización y remasculinización del catolicismo en España**

Alejandro Camino

Universidad Autónoma de Madrid
alejandro.camino@uam.es

Resumen: En la historiografía española contemporánea han sido infrecuentes los trabajos en los que converge la perspectiva de género con la religiosa. En las obras existentes, uno de los temas estrella ha sido la feminización de la religión y, en tiempos más recientes, su correspondiente remasculinización. Como ambos procesos tienen influencia en el ámbito social, político y cultural del periodo, este ensayo bibliográfico hace un balance y aspira a perfilar los planteamientos clave del debate.

Palabras clave: género, religión, historiografía, masculinidades, feminidades.

Abstract: Within the field of modern Spanish history, few works have combined gender and religious perspectives. With respect to those that have adopted such an approach, one of the more interesting themes is the feminization and, more recently, the remasculinization of religion. Both concepts describe processes that have had a major impact on social, political and cultural spheres. This bibliographic essay outlines the main interpretations and key assumptions of the current debate.

Keywords: gender, religion, historiography, masculinities, femininities.

* Este artículo se enmarca en una investigación predoctoral (FPU16/02273) y en el proyecto «Identidades en movimiento. Flujos, circulación y transformaciones culturales en el espacio atlántico (siglos XIX y XX)» (PID2019-106210GB-I00). Agradezco a Darina Martykánová y Pilar Toboso sus comentarios.

Introducción

En la historiografía española contemporánea son frecuentes, por un lado, los estudios sobre historia de género y, por otro lado, sobre historia religiosa y/o eclesial. Sin embargo, hay pocos trabajos que aborden ambas cuestiones de forma interrelacionada. Si bien es cierto que es una línea de trabajo pujante¹ y que los grupos de investigación en materia religiosa han comenzado a dar una perspectiva de género a algunos de sus estudios, dos de las últimas grandes obras colectivas sobre historia religiosa muestran los límites de esta tendencia².

El principal objetivo de este ensayo es hacer un balance acerca de los estudios sobre la feminización/remasculinización de la religión católica en la España contemporánea y tratar de perfilar los planteamientos más difusos, pues las líneas de investigación abiertas sobre estas cuestiones han variado mucho según los presupuestos teóricos y metodológicos aplicados³. Ambos conceptos, que han

¹ Francisco Javier RAMÓN SOLANS: «Quince años de renovación. Un balance historiográfico de los estudios sobre religión en la España del siglo XIX (2000-2015)», *Ayer*, 99 (2015), pp. 253-264, esp. pp. 261-262, e Inmaculada BLASCO: «Religión, género y mujeres en la historia contemporánea de España: un balance historiográfico», en Feliciano MONTERO, Julio DE LA CUEVA y Joseba LOUZAO (coords.): *La historia religiosa de la España contemporánea: balance y perspectivas*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2017, pp. 257-277.

² Feliciano MONTERO, Julio DE LA CUEVA y Joseba LOUZAO (coords.): *La historia religiosa de la España contemporánea: balance y perspectivas*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2017, y AAVV: *De la historia eclesial a la historia religiosa. Estudios en homenaje al profesor Feliciano Montero García*, Madrid, Universidad de Alcalá, 2018.

³ En España existen sobre el tema tres balances historiográficos fundamentales: Inmaculada BLASCO: «Género y religión: de la feminización de la religión a la movilización católica femenina. Una revisión crítica», *Historia Social*, 53 (2005), pp. 119-136; *id.*: «¿Re-masculinización del catolicismo? Género, religión e identidad católica masculina en España a comienzos del siglo XX», en Inmaculada BLASCO (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2018, pp. 115-136, y Raúl MÍNGUEZ: «¿Dios cambió de sexo? El debate internacional sobre la feminización de la religión y algunas reflexiones para la España decimonónica», *Historia contemporánea*, 51 (2015), pp. 397-426. Para un reciente balance general véase Yvonne Maria WERNER: «Concepts, Ideas, and Practices of Masculinity in Catholicism and Protestantism around 1900. Some Reflections on Recent Research», en Daniel GERSTER y

marcado buena parte de los debates sobre la relación entre el género y la religión en la época contemporánea, sirven para describir unos procesos que son parte relevante de la construcción social, política y cultural del periodo. Esto se debe a que la religión contribuyó a formar la identidad de muchas mujeres y hombres, ya fuese por atracción o por oposición. Además, los debates historiográficos surgidos han estado relacionados con otros más generales como los de la secularización, religión, nación y modernidad⁴.

La evolución historiográfica de la feminización de la religión

La tesis de la feminización religiosa (del cristianismo, no solo del catolicismo) nació estrechamente vinculada a la de la secularización y desde finales de la década de 1970 se convirtió en un concepto clave⁵. Esta teoría postula que, durante el siglo XIX, las mujeres aumentaron o, al menos, mantuvieron su compromiso religioso mientras que los hombres se alejaron de las Iglesias cristianas y de la religión. Al principio hubo un consenso general en la interpretación de que las prácticas religiosas piadosas y devocionales se habían sentimentalizado y feminizado durante el periodo más que con anterioridad⁶. La historia de las mujeres en España, en los años

Michael KRÜGGELER (eds.): *God's Own Gender?: Masculinities in World Religions*, Baden, Ergon, 2018, pp. 39-64.

⁴ Para los debates véanse Raúl MINGUEZ: «¿Dios cambió de sexo?...», p. 400, e íd.: «Liberalismo y catolicismo ante el espejo. La construcción de las feminidades decimonónicas», en Inmaculada BLASCO (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2018, pp. 25-45.

⁵ Los conceptos de feminización y remasculinización religiosa tuvieron características transnacionales, pero hubo elementos específicos de cada país o nación dependiendo, por ejemplo, de si era un lugar católico o protestante o de cuál era la religión oficial y/o mayoritaria del Estado. Véase Hugh MCLEOD: *Secularization in Western Europe, 1848-1914*, Londres, Red Globe Press, 2000, pp. 124-136 y 216-247.

⁶ Para las primeras propuestas sobre la feminización de la religión véanse Barbara WELTER: «The Feminization of American Religion 1800-1860», en Mary HARTMANN y Lois BANNER (eds.): *Clio's Consciousness Raised*, Nueva York, Harper & Row, 1974, pp. 137-157, y Ann DOUGLAS: *The Feminization of American Culture*, Nueva York, Knopf, 1977. La idea de la sentimentalización lleva tiempo cuestionada, pero no ha sido desechada por completo. Véase Tine VAN OSSELAER y Thomas BUERMAN: «Feminization Thesis: A Survey of International Historiography and a Probing of Bel-

1970 y 1980, asumió esta tesis esencialista y dicotómica de forma acrítica, asignando a las mujeres un mayor catolicismo y conservadurismo que a los hombres⁷.

En las décadas de 1970 y 1980, los historiadores estudiaron, desde la teoría social y con una metodología cuantitativa, los aspectos que consideraron que posibilitarían conocer con precisión si existió una mayor práctica del cristianismo entre las mujeres que entre los hombres. Con este objetivo trataron de cuantificar la asistencia a misa, la toma de comuniones o los integrantes de las congregaciones religiosas. A pesar de que el poder eclesiástico seguía en manos de varones, los resultados de estos estudios reforzaron y consolidaron la imagen de que, en las diversas ramas del cristianismo, las mujeres cumplían con los preceptos religiosos en mayor proporción que los hombres⁸. Sin embargo, estos trabajos no solían explicar los motivos de este fenómeno de manera clara y convincente.

Cuando empezó a cuestionarse la capacidad de la teoría social para explicar de forma satisfactoria los procesos históricos y las acciones humanas, por estar la explicación muy ligada a las realidades materiales «objetivas», en la historiografía recibió un impulso la aplicación de la teoría cultural. Esta renovación interpretativa ha sido y está siendo muy fructífera para la historia de género, al partir de la premisa de que existe un ámbito cultural, con amplia autonomía, y un ámbito social, bastante más rígido. La historiografía religiosa con perspectiva de género que utiliza la teoría cultural presta especial atención al protagonismo que pudieron tener las mujeres en las iglesias, la relación (o no) entre feminismo y catolicismo, la

gian Grounds», *Revue d'histoire ecclésiastique*, 103 (2008), pp. 497-544, esp. p. 497. En 2021 un sugerente estudio sobre la Francia contemporánea ha puesto en valor la relevancia de la sentimentalidad para las mujeres católicas y el peso que esta tenía en sus actuaciones sociales. Véase Jennifer J. POPIEL: *Heroic Hearts: Sentiment, Saints, and Authority in Modern France*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2021. Sobre España véanse los estudios acerca de la feminización de la piedad y la devoción religiosa de Joseba LOUZAQ: «La Virgen y la salvación de España. Un ensayo de historia cultural durante la Segunda República», *Ayer*, 82 (2011), pp. 187-210, y Francisco Javier RAMÓN SOLANS: «Persecución, milagros y profecías en el discurso católico zaragozano durante la Segunda República», *Historia Social*, 78 (2014), pp. 81-98.

⁷ Entre los estudios destacados, por ejemplo, Rosa María CAPEL: *El sufragio femenino en la Segunda República Española*, Granada, Universidad de Granada, 1975.

⁸ Ralph GIBSON: *A Social History of French Catholicism, 1789-1914*, Londres, Routledge, 1989, esp. pp. 180-190.

continuación y variación histórica del discurso católico que buscaba influir en las vidas de las mujeres y cómo las católicas negocian, resisten o refuerzan dicho discurso⁹.

En los trabajos de historia cultural, el concepto de la feminización religiosa con frecuencia se utilizó sin definir, es decir, sin especificar a qué hacía referencia exactamente, lo cual generó confusión y falta de consenso sobre sus contenidos. Aun así, a través de la teoría cultural, las hipótesis originales sobre la feminización de la religión comenzaron a ponerse en cuestión. Por ejemplo, se defendió que el que las mujeres participasen más en las prácticas religiosas cotidianas no implicaba necesariamente una mayor piedad de estas, ya que pudieron tener otras motivaciones (como el deseo de sociabilizar)¹⁰. Asimismo, se cuestionó que la preponderancia de las mujeres en las actividades religiosas fuese una novedad del siglo XIX. Los autores que adoptaron esta hipótesis renovada postularon que la diferencia está en que fue entonces cuando esta situación generó preocupación entre los intelectuales y activistas cristianos. En un contexto en el que los sectores anticlericales se esforzaron por poner de relieve el predominio femenino en las actividades religiosas, los católicos empezaron a valorar que la situación era contraria a sus intereses porque la parte del laicado con mayor poder político y social para luchar contra la secularización eran los hombres¹¹.

Estos trabajos pusieron las bases para los análisis discursivos de la feminización de la religión, que fueron ganando importancia en un contexto de cambio en las teorías predominantes en la historiografía y en la categoría analítica de género. El postulado de la teoría postsocial acerca de que la realidad no posee significado intrínseco,

⁹ Claude LANGLOIS: «Le catholicisme au féminin revisité», en Alain CORBIN, Jacqueline LALOUETTE y Michèle RIOT-SARCEY (dirs.): *Femmes dans la Cité, 1815-1871*, Grane, Créaphis, 1997, pp. 139-149.

¹⁰ James McMILLAN: «Religion and Gender in Modern France: Some Reflections», en Frank TALLEY y Nicholas ATKIN (eds.): *Religion, Society and Politics in France since 1789*, Ohio, Hambledon Press, 1991, pp. 55-66. En este tema ha profundizado recientemente una sugerente investigación sobre Francia Emily MACHENA: *Women of Faith and Religious Identity in Fin-de-Siècle France*, Syracuse University Press, 2019.

¹¹ Ann BRAUDE: «Women's History is American Religious History», en Thomas A. TWEED (ed.): *Retelling U.S. Religious History*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp. 87-107.

sino que tiene la significación que le dan las categorías con que interpretamos, conceptualizamos y percibimos esa realidad¹², supuso que la feminización religiosa comenzase a entenderse como una categoría más de la organización del conocimiento de la diferencia sexual en el imaginario de la modernidad¹³. Esto, en mi opinión, enriqueció el debate historiográfico en España. Como los principios teóricos del giro lingüístico generaron mucha polémica, buena parte de los historiadores de género que se han aproximado a estos temas de investigación se han esforzado por reflexionar teóricamente para mostrar las virtudes de sus postulados, criticar sus defectos o apostar por cierto eclecticismo.

Con independencia de que la feminización de la religión fuera real o imaginada, lo importante es que tal percepción tuvo implicaciones reales: estaba muy arraigada/naturalizada y a finales del siglo XIX y a comienzos del XX operaba con fuerza en la mayoría de las culturas políticas¹⁴. De hecho, poco a poco se había ido consolidando la idea de que la religiosidad era un atributo natural de la feminidad. Además, la Iglesia española, conforme fue transcurriendo el siglo XIX, apostó por un relato sobre la igualdad espiritual entre los sexos y la superioridad moral de las mujeres. Esta idea ya había calado incluso en las primeras movilizaciones de mujeres católicas a mediados del siglo XIX¹⁵.

En España, la teoría de la feminización de la religión ha estado ligada a los estereotipos aceptados como naturales por los contemporáneos. Por ejemplo, la definición que los sectores anticlericales hicieron sobre las católicas, como unas beatas sometidas a los intereses de los eclesiásticos¹⁶, acabó por ser asumida como una reali-

¹² Sobre esto véase Miguel Ángel CABRERA: «La historia postsocial: más allá del imaginario moderno», en Teresa María ORTEGA LÓPEZ (ed.): *Por una historia global: el debate historiográfico en los últimos tiempos*, Granada, Universidad de Granada-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2007, pp. 41-72.

¹³ Inmaculada BLASCO: «Género y religión...», pp. 119-136.

¹⁴ Algo similar podría argumentarse sobre la teoría de la secularización o acerca de la «apostasía de las masas».

¹⁵ María Cruz ROMEO: «¿Sujeto católico femenino? Política y religión en España, 1854-1868», *Ayer*, 106 (2017), pp. 79-104.

¹⁶ Para la influencia del enfrentamiento clericalismo/anticlericalismo en las percepciones de género véase Pilar SALOMÓN: «¿Espejos invertidos?: mujeres clericales, mujeres anticlericales», *Arenal*, 11, 2 (2004), pp. 87-111.

dad. Esto estableció una dicotomía muy marcada en torno a la religiosidad natural de los sexos, sobre la que pivotaron buena parte de los debates acerca de la participación política de las españolas a finales del siglo XIX y en el primer tercio del siglo XX. El argumento de la mayor religiosidad natural de las mujeres fue utilizado por los sectores liberales y republicanos para justificar su rechazo a que estas pudiesen votar. Mientras, los sectores católicos y conservadores, al apropiarse de la misma percepción, apoyaron la concesión del sufragio a las españolas al considerar que les beneficiaría electoralmente¹⁷. En consecuencia, al utilizar este concepto es necesario asegurarse de que no estamos creyéndonos el diagnóstico de la época.

¿Dónde están los católicos?

En los últimos tiempos algunos autores han cuestionado y matizado la tesis de la feminización de la religión. Los motivos son que consideran que está muy vinculada a las teorías de la secularización, que es esencialista y simplista porque separa las actividades religiosas de su significado político (y viceversa), que interpreta la religión en un sentido restrictivo (confesarse, rezar y acudir a la iglesia) y que no tiene en cuenta la redefinición de la masculinidad que se produjo en los sectores católicos desde finales del siglo XIX¹⁸. Estos autores han puesto en evidencia que la feminización religiosa no se produjo por igual en todos los ámbitos¹⁹ y que los hombres mantu-

¹⁷ Alejandro CAMINO: «La influencia de las mujeres españolas en los resultados de las elecciones generales de 1933», *Revista Historia Autónoma*, 11 (2017), pp. 179-197.

¹⁸ Los trabajos más sugerentes son los de Yvonne Maria WERNER (ed.): *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*, Lovaina, Leuven University Press, 2011; Tine VAN OSSELAER: *The Pious Sex: Catholic Constructions of Masculinity and Femininity in Belgium, c. 1800-1940*, Lovaina, Leuven University Press, 2013; Patrick PASTURE, Jan ART y Thomas BUERMAN (eds.): *Beyond the Feminization Thesis. Gender and Christianity in Modern Europe*, Lovaina, Leuven University Press, 2012, y Tine VAN OSSELAER y Patrick PASTURE (eds.): *Christian Homes: Religion, Family and Domesticity in the 19th and 20th Centuries*, Lovaina, Leuven University Press, 2014.

¹⁹ Por ejemplo, los hombres no se alejaron por completo de las prácticas caritativas. Véase Bernhard SCHNEIDER: «The Catholic Poor Relief and the Feminization of the Caritas in Early Nineteenth-Century Germany», en Patrick PASTURE, Jan ART

vieron el control de las esferas de decisión eclesiásticas y de los espacios (prensa, partidos, asociaciones) que buscaban defender política y socialmente al cristianismo. Por tanto, afirmaron que en estos terrenos hubo hombres comprometidos con las iglesias cristianas y la fe. Incluso algunos autores han postulado que, al comenzar a percibirse como contraria a los intereses del cristianismo la vinculación discursiva entre mujeres y religión, desde finales del siglo XIX comenzó un proceso de remasculinización.

En la última década, diversas investigaciones han abordado la construcción de la masculinidad cristiana durante el primer tercio del siglo XX. Para Blaschke, la remasculinización de la religión fue el esfuerzo que hicieron durante este periodo los intelectuales cristianos (laicos y eclesiásticos) de las diferentes confesiones para construir un ideal de masculinidad renovado. Este otorgaba a la manifestación pública de la fe y a la defensa de las Iglesias cristianas mayor peso que el que entendían que los hombres cristianos le estaban dando, tanto en su vida como en su identidad. Blaschke y Werner parten de la hipótesis de que el intento de movilizar a los hombres para una causa de la que se habían ido distanciando durante el siglo XIX fue una estrategia deliberada de las jerarquías para contrarrestar la feminización de la religión, percibida como una realidad objetiva²⁰.

La remasculinización de las confesiones cristianas pretendió no solo movilizar a los hombres en defensa de la fe, sino contrarrestar el discurso anticlerical que, en su búsqueda de hegemonía, presentaba a los cristianos como poco viriles o feminizados y como incompatibles con la moderna masculinidad. Esto estaba relacionado con que la religión se percibiese como algo femenino. Los sectores cristianos trataron de contrarrestar dicho discurso, aunque las estrategias utilizadas para ello fueron muy diversas según el periodo

y Thomas BUERMAN (eds.): *Beyond the Feminization Thesis. Gender and Christianity in Modern Europe*, Lovaina, Leuven University Press, 2012, pp. 35-56.

²⁰ Yvonne Maria WERNER: «Studying Christian Masculinity. An Introduction», en Yvonne Maria WERNER (ed.): *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*, Lovaina, Leuven University Press, 2011, pp. 11-13, y Olaf BLASCHKE: «The Unrecognised Piety of Men. Strategies and Success of the Re-Masculinisation Campaign Around 1900», en Yvonne Maria WERNER (ed.): *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*, Lovaina, Leuven University Press, 2011, pp. 21-45.

y el lugar²¹. El principal mecanismo que utilizaron fue resignificar las virtudes religiosas (caridad, piedad, obediencia a las autoridades eclesíásticas, disciplina o humildad) valoradas como poco masculinas o como femeninas en los discursos laicos de género, como cualidades que todo hombre viril y heroico debía poseer. De hecho, en el discurso cristiano transnacional, para que los hombres recibiesen el calificativo de héroes no hacía falta que realizaran grandes acciones, bastaba con que tuviesen las características del buen hombre religioso²². Plantearon que las prácticas religiosas cotidianas no solo eran compatibles con la virilidad, sino que eran la verdadera virilidad, por lo que llegaron a afirmar que donde no había religiosidad ni defensa de Dios, no había masculinidad. En un contexto de recristianización social y de anhelo por reinventarse ante la presión de otros discursos, este argumento se convirtió en un elemento de movilización política y de construcción identitaria de los hombres católicos. De todas formas, esta no fue la única estrategia adoptada, porque tampoco se resistieron a adoptar actitudes y prácticas significadas como viriles por otros discursos. Por ejemplo, el pensamiento regeneracionista español influyó en el ideal de hombre católico. En España estuvo muy interconectado el proyecto de reforzar la identidad masculina católica con el de regeneración nacional²³ y

²¹ Evelyn KIRKLEY: «Is it Manly to Be a Christian? The Debate in Victorian and Modern America», en Stephen BOYD, Merle LONGWOOD y Mark MUESSE (eds.): *Redeeming Men: Religion and Masculinities*, Louisville, Westminster John Knox Press, 1996, pp. 80-88; Anna PRESTJAN: «The Man in the Clergyman. Swedish Priest Obituaries, 1905-1937», en Yvonne Maria WERNER (ed.): *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*, Lovaina, Leuven University Press, 2011, pp. 115-126, y David TJEDE: «Crises of Faith and the Making of Christian Masculinities at the Turn of the Twentieth Century», en Yvonne Maria WERNER (ed.): *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*, Lovaina, Leuven University Press, 2011, pp. 127-145.

²² Tine VAN OSSELAER y Alexander MAURITS: «Heroic Men and Christian Ideals», en Yvonne Maria WERNER (ed.): *Christian Masculinity: Men and Religion in Northern Europe in the 19th and 20th Centuries*, Lovaina, Leuven University Press, 2011, pp. 70-77.

²³ Darina MARTYKÁNOVÁ: «Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017), pp. 36-37; Natalia NÚÑEZ: «A la conquista de la virilidad perdida: religión, género y espacio público en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, 1911», en Nerea ARESTI, Karin PETERS y Julia BRÜHNE (coords.): *¿La España invertebrada? Masculinidad y nación a*

los católicos tuvieron que utilizar los modernos recursos de movilización colectiva para luchar por la patria y la religión con las mismas armas que sus adversarios²⁴.

No obstante, el concepto de remasculinización de la religión recibió pronto profundas críticas de autoras como Tine Van Osselaer e Inmaculada Blasco²⁵. La primera defiende que es una categoría que, al igual que la de feminización religiosa, si no se desesencializa y presenta en términos matizados, ofrece una explicación lineal basada en una oposición binaria alejada de la complejidad del pasado. Lo cual no niega que, en la época, en el intento de movilizar a la población, los sectores católicos apelasen a las mujeres y a los hombres de forma distinta, ya que les asignaban diferentes características religiosas por naturaleza. Además, Van Osselaer demostró que la remasculinización de la religión no fue un proceso o estrategia puramente intencional, a excepción quizás de reducidos sectores intelectuales. También recordó que los significados que tienen el discurso de la feminización y remasculinización de la religión son cambiantes y múltiples²⁶. El motivo es que diferentes agentes his-

comienzos del siglo XX, Granada, Comares, 2016, pp. 81-100, y Javier MORENO LUZÓN: «Alfonso *el Regenerador*. Monarquía escénica e imaginario nacionalista español, en perspectiva comparada (1902-1913)», *Hispania*, 244 (2013), pp. 319-348.

²⁴ Julio DE LA CUEVA MERINO: «Católicos en la calle: la movilización de los católicos españoles, 1899-1923», *Historia y política*, 3 (2000), pp. 55-80.

²⁵ También para Aresti la crítica a la tesis de la feminización de la religión era «necesaria pero solo en parte convincente». Véase Nerea ARESTI: «La peligrosa naturaleza de Don Juan. Sexualidad masculina y orden social en la España de entreguerras», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 40 (2018), pp. 13-31, esp. p. 18. Además, los estudios sobre la remasculinización de la religión han sufrido la acusación de que vuelven a invisibilizar a las mujeres. Véase Marja-Liisa KEINÄNEN: «Feminist Reflections on the Study of the Feminization and Masculinization of Religion», en Lena GEMZÖE, Marja-Liisa KEINÄNEN y Avril MADDRELL (eds.): *Contemporary Encounters in Gender and Religion: European Perspectives*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2016, pp. 55-76.

²⁶ Por ejemplo, la masculinidad católica no era incompatible con mostrar sentimientos y emociones, mientras que hubo acciones de las católicas que se describieron con un vocabulario militarizado. Véanse Patrick PASTURE: «Beyond the Feminization Thesis. Gendering the History of Christianity in the Nineteenth and Twentieth Centuries», en Patrick PASTURE, Jan ART y Thomas BUERMAN (eds.): *Beyond the Feminization Thesis. Gender and Christianity in Modern Europe*, Lovaina, Leuven University Press, 2012, pp. 7-34, e Inmaculada BLASCO: «¿Re-masculinización del catolicismo?...», pp. 115-136.

tóricos podían movilizar las ideas asociadas a estas categorías con distintas finalidades, a la vez que los conceptos experimentaban re-significaciones según fueron modificándose las necesidades movilizadoras y los contextos de acción práctica. Un buen ejemplo es que el Sagrado Corazón de Jesús en Bélgica pasase de ser una devoción feminizada a estar, en buena medida, masculinizada²⁷.

Para Blasco, la propuesta interpretativa ofrecida por Van Osse-laer es más útil para el análisis histórico español que las de Werner o Blaschke, debido a que en los discursos de género del catolicismo español no calaron demasiado los rasgos feminizadores que el discurso liberal trataba de asignar a los católicos²⁸. Por este motivo, mientras que en el norte de Europa y en América adquirió mucha relevancia el modelo del cristianismo muscular para combatir la imagen feminizada asignada a los hombres cristianos²⁹, en España este modelo apenas tuvo implantación. Es más, tan importante fue en el proceso español de remasculinización religiosa la imagen del conquistador-soldado de Dios como la figura del padre de familia defensor del hogar católico³⁰.

La remasculinización nunca pretendió que las mujeres dejaran de ser tan religiosas como se entendía que eran, sino que los hombres empezasen a ser tomados como verdaderos hombres si cultivaban la piedad y defendía a la Iglesia. Como han demostrado Pi-

²⁷ Tine VAN OSSELAER: *The Pious Sex...*, pp. 98-115. Véase también Jan ART: «The Cult of the Virgin Mary, or the Feminization of the Male Element in the Roman Catholic Church? A Psycho-historical Hypothesis», en Patrick PASTURE, Jan ART y Thomas BUERMAN (eds.): *Beyond the Feminization Thesis. Gender and Christianity in Modern Europe*, Lovaina, Leuven University Press, 2012, pp. 73-83.

²⁸ Inmaculada BLASCO: «¿Re-masculinización del catolicismo?...», pp. 115-136, esp. p. 122.

²⁹ Clifford PUTNEY: *Muscular Christianity: Manhood and Sports in Protestant America, 1880-1920*, Cambridge, Harvard University Press, 2001, y Hugh McLEOD: «The “Sportsman” and the “Muscular Christian”. Rival Ideals in Nineteenth-Century England», en Patrick PASTURE, Jan ART y Thomas BUERMAN (eds.): *Beyond the Feminization Thesis. Gender and Christianity in Modern Europe*, Lovaina, Leuven University Press, 2012, pp. 85-105.

³⁰ Pilar SALOMÓN: «“Armémonos de valor; y por Dios y por la Patria, adelante”: Definir una masculinidad para la regeneración nacional católica finisecular», en Inmaculada BLASCO (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2018, pp. 93-113, esp. p. 95.

lar Salomón y María Cruz Romeo, el esfuerzo de los intelectuales y publicistas católicos por recuperar a los hombres para la defensa pública de la religión fue una reelaboración del proyecto recatolizador social, con el objetivo de contrarrestar el anticlericalismo en un contexto de incipientes movilizaciones de masas. No obstante, en España, los católicos siguieron destinando la mayor parte de sus esfuerzos a la configuración de la feminidad³¹. Como en otros países, el discurso de la remasculinización fue paralelo a la retórica católica que buscó, en torno a la década de 1910, desarrollar un movimiento católico femenino en el espacio público que adquiriese un significado político. La participación de las mujeres en este terreno se presentó como el mejor servicio que podían prestar a la patria y a la religión, pues se argumentó que las españolas tenían las virtudes idóneas para la preservación de la moralidad y la fe, es decir, una religiosidad natural y otros valores representados como «femeninos» (maternidad, caridad, sentimentalidad). Sin embargo, las mujeres que se implicaron en el movimiento católico femenino no fueron sujetos pasivos sin autonomía, sino que participaron de forma activa y desarrollaron una amplia amalgama de organizaciones femeninas³².

Propuesta final

La pregunta clave que deberíamos hacernos es si los conceptos de feminización y remasculinización de la religión cristiana siguen siendo válidos/útiles tras las críticas recibidas³³. No obstante, hay

³¹ *Ibid.*, pp. 93-113, y María Cruz ROMEO: «El otro género de la religión: masculinidad católica en la España isabelina», en Inmaculada BLASCO (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2018, pp. 69-91, esp. p. 70.

³² Para la primera contribución monográfica al estudio de estas organizaciones en España véase Inmaculada BLASCO: *Paradojas de la ortodoxia. Política de masas y militancia católica femenina en España (1919-1939)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

³³ Michael E. O'SULLIVAN: *Disruptive Power: Catholic Women, Miracles, and Politics in Modern Germany, 1918-1965*, Toronto, Toronto University Press, 2018, p. 14, desecha la tesis de la feminización religiosa al considerar que es demasiado estática y poco operativa.

otras cuestiones que deben preocuparnos. Existen todavía lagunas de conocimiento en el ámbito discursivo de la feminización y remasculinización religiosa en España³⁴, pero hay incluso más carencias en los aspectos cuantitativos. Las escasas investigaciones que han manejado algunas cifras sobre el cumplimiento de los preceptos religiosos por parte de los hombres y de las mujeres han puesto de manifiesto que, en la España contemporánea, la práctica religiosa cotidiana fue más común entre las mujeres que entre los hombres³⁵. Sin embargo, el análisis detenido de los datos también demuestra que el predominio de las mujeres en el cumplimiento de los preceptos religiosos no se dio por igual en todos lugares ni en todas las cronologías.

En mi opinión, la sistematización de buena parte de los datos dispersos sobre la participación de hombres y de mujeres en las actividades religiosas puede mejorar los análisis discursivos, siempre que las cifras se estudien a la luz de las nuevas teorías y corrientes metodológicas. Esto requiere un profundo trabajo de archivo porque el control estadístico del cumplimiento de los preceptos reli-

³⁴ Por ejemplo, apenas está estudiado el impacto que tuvo la Gran Guerra en el proceso de remasculinización religiosa, a diferencia de otros países. Véase Anita Rasi MAY: *Patriot Priests: French Catholic Clergy and National Identity in World War*, Norman, University of Oklahoma Press, 2018.

³⁵ Por lo general no son estudios con perspectiva de género porque, cuando comenzó a trabajarse en España sobre la feminización de la religión desde esta corriente, las tendencias historiográficas a nivel internacional ya habían abandonado el afán cuantificador. Véanse Juan ORDÓÑEZ: *La apostasía de las masas y persecución religiosa durante el periodo republicano (1931-1936) en la provincia de Huelva: los hechos y sus causas*, tesis doctoral, Universidad Pontificia de Salamanca, 1958; Matías SÁEZ DE OCÁRIZ: «El cumplimiento pascual en la ciudad de Logroño a lo largo del siglo XIX», *Berceo*, 76 (1965), pp. 269-288; Valeriano CABEZAS DE HERRERA Y FERNÁNDEZ: «El cumplimiento de los preceptos religiosos en Madrid (1885-1932): una aportación a la historia de las mentalidades», *Hispania: Revista española de historia*, 159 (1985), pp. 101-130; José ANDRÉS-GALLEGO y Antón PAZOS: *La Iglesia en la España contemporánea/1 (1800-1936)*, Madrid, Encuentro, 1999, pp. 350-351; Miguel Ángel HERNÁNDEZ FUENTES: *En defensa de los sagrados intereses. Historia religiosa de la diócesis de Zamora durante la Restauración (1875-1914)*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2016, pp. 780-787, y Maitane OSTOLAZA: «Género, religión y educación en la España contemporánea: estado de la cuestión y perspectivas historiográficas», en Inmaculada BLASCO (ed.): *Mujeres, hombres y catolicismo en la España contemporánea. Nuevas visiones desde la historia*, Valencia, Tirant lo Blanch, pp. 47-68, esp. pp. 53-55.

giosos nunca se generalizó en España, los datos están muy dispersos y se encuentran en fuentes de acceso complicado. Sin embargo, su análisis sería muy útil porque evitaría las generalizaciones que a veces se difunden ante la escasez de datos empíricos. Conocer mejor los datos daría mayor empaque a las argumentaciones y abriría nuevas hipótesis porque se apreciarían diversas tendencias espaciales y temporales con diferentes percepciones en la época. Tampoco es cuestión de limitarse a indagar en la participación de las mujeres y los hombres en las actividades piadosas, puesto que, por ejemplo, la baja participación de los hombres en las misas no necesariamente implicaba falta de religiosidad. Este tipo de trabajos deben abordar también la implicación de los varones en las organizaciones sociales, los periódicos y los partidos políticos que tenían como uno de sus objetivos principales defender los intereses religiosos. Además, sería muy útil conocer si hubo un incremento de la literatura religiosa, especializada o en forma de novela, destinada específicamente a los hombres o a las mujeres en comparación con la producción total³⁶.

³⁶ Bernhard SCHEIDER: «Reading Among German-Speaking Catholic Women and the Significance of the Bible between 1850 and 1914», en Michaela SOHN-KRONTHALER y Ruth ALBRECHT (eds.): *Faith and Feminism in Nineteenth-Century Religious Communities*, Atlanta, SBL Press, 2019, pp. 341-385, esp. p. 354.

DEBATE

Regímenes fascistas y autoritarios: usos de la historia

Alfonso Botti

Universidad de Modena-Reggio Emilia
alfonso.botti@unimore.it

Eduardo González Calleja

Universidad Carlos III de Madrid
edgcal@hum.uc3m.es

Teresa María Ortega López

Universidad de Granada
tmortega@ugr.es

Resumen: En este debate, los historiadores Alfonso Botti, de la Universidad de Modena-Reggio Emilia; Eduardo González Calleja, de la Universidad Carlos III de Madrid, y Teresa M. Ortega, de la Universidad de Granada, reflexionan sobre el auge de la nueva derecha populista, sus eventuales causas y referentes históricos y las respuestas culturales, políticas e historiográficas que se han ido configurando al respecto.

Palabras clave: fascismo, neopopulismo, nacionalismo, extrema derecha, políticas memoriales.

Abstract: In this debate, the historians Alfonso Botti from the University of Modena and Reggio Emilia, Eduardo González Calleja from the Carlos III University of Madrid, and Teresa M. Ortega from the University of Granada, reflect on the rise of the new populist right. They explore its causes and especially its historical referents, while reflecting upon the cultural, political and historiographic responses that have been shaped in this regard.

Keywords: fascism, neopopulism, nationalism, far right, politics of memory.

Este debate, coordinado por los profesores Ismael Saz y Ferrán Archilés, ambos de la Universitat de València, plantea someter a discusión cómo se ha desplegado en el marco europeo la relación entre los regímenes autoritarios y fascistas del siglo XX y los usos de la historia posteriores asociados. Para ello, proponemos abordar esta cuestión en un doble nivel, por una parte, el de los usos públicos de este pasado (en los distintos estados o culturas políticas) y, por otra, los debates analíticos que estos regímenes han generado en la producción académica e intelectual. El trasfondo de esta propuesta de debate es el del ascenso en las últimas décadas de unas nuevas formas de culturas políticas de extrema derecha, neofascistas o nacionalpopulistas que parecen ocupar un lugar cada vez más central en el escenario político europeo (y más allá de Europa). Estas culturas políticas mantienen una relación cuanto menos ambivalente con el pasado autoritario o fascista o han procedido a blanquearlo. Por último, cabe reflexionar sobre los efectos —o su limitado impacto— que las políticas memorialísticas sobre los pasados dictatoriales han tenido en nuestras sociedades, sobre todo en lo que respecta al auge de estas nuevas derechas antidemocráticas, así como el papel que han desempeñado o pueden desempeñar los historiadores. Ha contado con la inestimable participación de los siguientes profesores: Alfonso Botti, de la Università degli Studi di Modena e Reggio Emilia; Eduardo González Calleja, de la Universidad Carlos III de Madrid, y Teresa Ortega, de la Universidad de Granada.

AYER: Las nuevas derechas nacionalpopulistas se ven confrontadas necesariamente con las experiencias —como culturas políticas o regímenes— antiliberales y antidemocráticas en especial del pasado siglo. Pero esta es una relación compleja y cambiante. ¿Cómo crees que cabe situar a los herederos de la extrema derecha en Europa hoy y sus usos de la memoria de los autoritarismos y fascismos?

ALFONSO BOTTI: En el plano analítico e historiográfico, creo necesario diferenciar entre las experiencias del fascismo, del nazismo y de los diferentes autoritarismos en el siglo XX y los movimientos neonacionalpopulistas de las últimas dos décadas. La distinción no quita que puedan existir y que, en efecto, a veces existan vínculos o parentescos. Sin embargo, considero una equivocación —quizás

fruto o de un mecanismo mental que tiende a enmarcar la novedad en lo conocido (y por ende a reconocer en lugar de examinar *ex novo*) o de pereza intelectual— la idea de una continuidad con los movimientos de esta naturaleza que llevaron Europa a la destrucción entre 1939 y 1945. En Italia ha habido y sigue habiendo grupos neofascistas, lo mismo que en Alemania con los neonazis, pero cuando estos grupos se acercan a los nuevos movimientos nacional-populistas no consiguen ni caracterizarlos ni influir de una forma significativa. Además, hay que considerar que tanto el nacionalismo como el populismo existían antes del fascismo y del nacionalsocialismo y han seguido existiendo después. Con esto quiero decir que hay que combatirlos por lo que son ahora y no por lo que produjeron o en lo que se convirtieron a partir de los años veinte del siglo pasado. Tampoco puede darse por descontado que todos ellos cristalicen en regímenes fascistas o en regímenes parecidos o equivalentes. Dicho de otra forma, lo que veo, a pesar de las muchas diferencias, es más que una continuidad, una cierta similitud entre los nacionalismos del periodo a caballo entre los siglos XIX y XX y los soberanismos actuales, mientras considero, con Pierre-Andrés Taguieff¹, el populismo un estilo político transversal a las diferentes familias políticas.

Es evidente que estamos viviendo una crisis de la democracia liberal-parlamentaria. Lo certifica también el último informe de la Freedom House, donde se lee que en los últimos quince años ha habido un constante descenso del nivel de libertad a escala planetaria. Por lo que se refiere al mundo occidental y Europa, las causas son muchas (económicas, flujos migratorios, corrupción y, por último, la pandemia), pero de entre ellas el desafío de los neonacionalpopulismos es la menos trascendente. Claro que pueden cabalgar (como ya cabalgan) el malestar social, pero no son ellos la causa de la crisis de la democracia, sino más bien lo contrario, es decir, que son la consecuencia, el efecto. Además no tienen proyectos de futuro, puesto que la lucha para la seguridad, contra la inmigración, el multiculturalismo y la reivindicación del soberanismo contra los procesos de integración europea dicen bastante poco sobre el modelo de sociedad y de Estado que quieren construir. Sirven para alimentar la protesta,

¹ Pierre-André TAGUIEFF: *La revanche du nationalisme. Néopopulistes et xénophobes à l'assaut de l'Europe*, París, Presses Universitaires de France, 2015.

no para edificar algo nuevo. Lo nuevo —en mi opinión— está en el vacío que todos ellos ocupan y en su modernidad debida a los medios que utilizan, es decir los algoritmos, las redes sociales, los blogs y la web para orientar la opinión. En fin: para entender lo que pasa no sirve el *Mein Kampf*, sino *The Circle*, de Dave Eggers.

Tampoco creo que tengan políticas de la memoria alternativas: ni la Liga de Salvini, ni el Movimiento Cinco Estrellas de Grillo proponen una visión positiva del fascismo italiano, ni el *Rassemblement National* de Marie Le Pen una reevaluación de Vichy y, por lo que sé, tampoco Vox en España llega a celebrar al régimen de Franco. Una cosa es que lo hagan de vez en cuando unos despistados y nostálgicos en los tres contextos, o los neonazis en Alemania, otra cosa es que tengan impacto. En Italia uno de los temas más conflictivos con relación al pasado sigue siendo el de las *foibe*, cuya memoria es indudablemente reivindicada por las derechas. En 2004 una amplia mayoría parlamentaria aprobó la institución cada 10 de febrero del *Día del Recuerdo* de las *foibe* (unas cuevas verticales típicas de la región cársica de Istria y de los alrededores de Trieste, donde fueron tiradas o sepultadas las víctimas, en su gran mayoría italianas y fascistas, de la violencia política de los partisanos de Tito en los últimos dos años de la Segunda Guerra Mundial y en los meses inmediatamente posteriores). Se trató de un ajuste de cuentas que afectó, entre el otoño de 1943 y el verano de 1945, en primer lugar, a los fascistas y, en segundo lugar, a los italianos que allí vivían (Istria, Dalmacia) desde hacía siglos, una prolongación del paralelo y posterior éxodo masivo istriano-dálmata hacia Italia (1941-1956). La historiografía ha investigado la ocupación italiana y fascista de estos territorios, sus prácticas represivas, sus campos de concentración, sus matanzas y su proyecto de desnacionalización de las minorías eslovena y croata. Además ha contextualizado bien las matanzas y el éxodo en el marco de lo que ocurrió en los territorios centroeuropeos ocupados por los nazis al finalizar la guerra. A pesar de todo ello, predomina la sensación de que en la opinión pública se comparte más la narración de las derechas que leen los acontecimientos del confín oriental en clave de «limpieza étnica». Es lamentable también que dos presidentes de la República como Giorgio Napolitano y Sergio Mattarella hayan caído en la trampa, facilitando una autorizada legitimación a esta interpretación sin fundamento histórico.

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA: Las políticas memoriales que despliegan las actuales derechas nacionalpopulistas europeas respecto de las experiencias autoritarias y fascistas de entreguerras resultan significativamente distintas, y tienen que ver con el modo en que cada país experimentó el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. En Europa Occidental y Escandinavia, el carácter fundacional que el antifascismo tuvo en la restauración de las democracias liberales ha generado una memoria social bastante impermeable a una reivindicación abierta de los regímenes autoritarios-totalitarios de entreguerras, manchados además con el estigma de un colaboracionismo pronazi difícilmente digerible por el patriotismo que pregonan los actuales movimientos populistas. Todo lo más, estos se han hecho eco —sin demasiada fortuna, por cierto— de cualquier argumentación que buscara equiparar los sufrimientos de ambos bandos contendientes, como los padecimientos de la retaguardia (en especial los bombardeos masivos contra la población civil), la interpretación de las guerras de liberación nacional antifascistas como guerras civiles (caso de Claudio Pavone para Italia)² o el alcance de la «depuración salvaje», estudiada por Philippe Bourdrel para el caso francés³. Diferente es el caso de países meridionales como España o Grecia, que vivieron guerras civiles convencionales antes y después de la Segunda Guerra Mundial, establecieron regímenes violetamente anticomunistas y optaron durante su tardío retorno a la democracia en la segunda mitad de los setenta por desplegar una política del olvido, que puede quedar ejemplificada en la destrucción de la documentación policial por parte de la coalición de gobierno que constituyeron la derecha de la Nueva Democracia y la izquierda comunista helenas⁴.

Los regímenes y los partidos populistas de Europa Oriental se comportan de manera muy distinta. La larga experiencia represiva

² Claudio PAVONE: *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza*, Turín, Bollati Boringhieri, 1991.

³ Philippe BOURDREL: *L'épuration sauvage, 1944-1945*, París, Perrin, 2008.

⁴ Para el caso griego véase Anastassios ANASTASSIADIS: «El pueblo no olvida...», el Estado sí. La destrucción de los archivos de la seguridad interior en Grecia, entre la instrumentalización política, la historia y el rechazo de la violencia en democracia», en Sophie BABY, Olivier COMPAGNON y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA (eds.): *Violencia y transiciones políticas a finales del siglo XX. Europa del Sur-América Latina*, Madrid, Casa de Velázquez, 2009, pp. 15-28.

de estos países bajo la férula de la Unión Soviética brindó desde el derrumbe del socialismo real entre 1989 y 1992 un argumento equiparador más sólido, vinculado al medio siglo de ocupación soviética. La rápida «descomunización» del espacio público dejó paso a un proceso de *damnatio memoriae*, que afectó a la historiografía. En 1998, Polonia fue el primer país del Este en penalizar por ley el negacionismo de los crímenes nazis y comunistas, seguida de la República Checa en 2000, Hungría y Lituania en 2010, Estonia en 2012 y Letonia en 2014. La tesis del «doble genocidio», argumento procedente de la declaración del Parlamento checo en Praga el 3 de junio de 2008, ha cosechado singular fortuna en aquellos países (como Polonia, los países bálticos o Hungría) que sufrieron ocupaciones sucesivas por nazis y soviéticos. Como la teoría de los «dos demonios» (el terror subversivo y el de Estado) elaborada en Argentina para justificar la Ley de Punto Final de 24 de diciembre de 1986, la tesis del «doble genocidio» se ha convertido en la doctrina oficial que anima la labor de los oficialistas «institutos de la memoria nacional» implantados en Polonia en 1998, Eslovaquia en 2002 y Ucrania en 2006. Como dice Nikolay Kaposov, el problema no es que los gobiernos nacionalpopulistas de estos países sitúen en pie de igualdad la experiencia represiva del nazismo y el comunismo (actitud comprensible por su traumática experiencia de ambas ocupaciones), sino que estos relatos equiparadores se formulan y difunden para absolver de toda responsabilidad a los connacionales (en especial a los vinculados con los regímenes autoritarios y filonazis de entreguerras) y endosarla a fuerzas extranjeras⁵. Esta doble faz de la política de la memoria traumática, interpretada como un ejercicio obligatorio de equiparación entre los crímenes nazis y los soviéticos, hace que se llegue a perseguir a los supervivientes de la *Shoah* que se unieron a la resistencia antinazi a partir de 1941 y se glorifique a los colaboracionistas en el Holocausto en tanto que patriotas antisoviéticos. El caso ucraniano resulta paradigmático a este respecto: sus leyes memoriales califican la Gran Hambruna de 1932-1933 como genocidio y rehabilitan a los grupos armados etnonacionalistas que colaboraron en la limpieza étnica orquestada por los nazis.

⁵ Nikolay KAPOSOV: «La législation sur le passé en Russie», *Mémoires en Jeu/ Memories at Stake*, 9 (2019), pp. 104-108, esp. p. 107.

Estas leyes alientan el desarrollo de guerras de memoria y polarizan el debate público, pero también incitan a la autocensura en el espacio académico: la ley memorial rusa de 2014 actúa penalmente contra la negación de los hechos establecidos por el tribunal de Núremberg, pero también contra la difusión de «falsas informaciones» sobre las acciones de la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial. La ley memorial polaca de 2018 penaliza la atribución a la nación o al Estado polacos de los crímenes cometidos durante la Shoah.

TERESA M. ORTEGA: Pienso que para juzgar de forma adecuada la naturaleza y los planteamientos ideológicos y programáticos defendidos por las nuevas corrientes nacionalpopulistas de carácter derechista en la Europa actual es necesario partir de la constatación de la creciente desafección hacia las fórmulas políticas tradicionalmente empleadas por las democracias avanzadas para resolver los graves problemas acarreados por la globalización, las sucesivas crisis económicas y su parcial resolución. Cundió, entre extensísimos grupos sociales intermedios de numerosos países capitalistas occidentales, una especie de desánimo generalizado ante el funcionamiento, cada vez más desacreditado, de los sistemas de partidos sobre los que descansaban las viejas «democracias occidentales» en proceso de recomposición. La desconfianza expresada por amplios conjuntos de la población hacia las tradicionales élites políticas que manejaban las instituciones democráticas se tradujo poco a poco en el incremento del abstencionismo electoral o en el creciente respaldo otorgado a nuevas formaciones políticas que denunciaban los efectos de la globalización, culpabilizaban ampliamente a la población inmigrante del deterioro de los niveles de renta padecidos por los grupos sociales intermedios más castigados por dicho fenómeno, y reclamaban una reordenación profunda de las reglas del juego democrático proponiendo: la adopción de políticas que pusiesen el acento sobre la reconstrucción de la pureza racial o étnica de la nación; la exclusión de cuantos eran considerados integrantes de colectivos culturales o étnicos que pudiesen contribuir al deterioro de la supremacía deseable de la población autóctona; el rechazo al multiculturalismo; o la exigencia de una remodelación de signo esencialmente populista del funcionamiento político que garantizase la satisfacción plena de la supuesta voluntad expresada

por «el pueblo», concebido como el núcleo sustancial, prístino e inmaculado, convertido en el portador de los valores más esencialistas de la nueva nación que se pensaba fortalecer.

En tal sentido, el nacionalpopulismo de signo ultraconservador y derechista que ha emergido en buena parte de los regímenes políticos democráticos no se halla estrictamente emparentado con el fascismo clásico, si bien ambas expresiones políticas se encuentran muy vinculadas en torno a la defensa de postulados programáticos ciertamente comunes o declaradamente próximos. Parece claro que el nacionalpopulismo derechista no puede ser clasificado tan solo como una nueva expresión del fascismo clásico o como una manifestación del denominado «neofascismo». Esta cuestión es extremadamente compleja. Sin duda, existen vínculos emocionales o soporados por la memoria que aún generan las experiencias del fascismo clásico, y que trazan la existencia de lazos comunes entre dicho fascismo y las expresiones más depuradas del nacionalpopulismo presente en nuestras democracias actuales. Pero, asimismo, resulta obligatorio señalar cómo el nacionalpopulismo no aboga, como sí lo hacían los fascismos, por la radical transformación del sistema democrático-parlamentario. Algunas propuestas del nacionalpopulismo, tales como la reclamación de un imaginario pasado mítico de la nación cuya recuperación es considerada impostergable, así como el antiintelectualismo, el rechazo a la población inmigrante o la defensa radicalizada de la pureza étnica y cultural de la nación, pueden considerarse directamente heredadas del ideario programático del fascismo histórico, pero esto no equipara necesariamente al nacionalpopulismo y al fascismo. Sin embargo, y de hecho debido al descrédito generalizado que sufrieron las fracasadas experiencias fascistas en el continente europeo tras la Segunda Guerra Mundial, los nuevos nacionalpopulismos se han cuidado en extremo de evitar que se les asocie, de una manera simplista, con unas experiencias políticas tan denostadas como las propiciadas por el fascismo clásico de entreguerras.

AYER: En gran medida, las izquierdas se han legitimado históricamente en clave antifascista. Pero la identificación del fascismo mismo ha sido siempre objeto de polémica y debate político e historiográfico. Lo es en relación con el fascismo «clásico» y con las nuevas culturas políticas de extrema derecha. Partiendo de esa

consideración de las izquierdas como herederas del antifascismo, ¿cómo valoras su análisis y el uso actual de los fascismos y del propio antifascismo? ¿Estamos ante un nuevo modelo de antifascismo o se reiteran de manera rígida viejos clichés?

ALFONSO BOTTI: Las izquierdas se han caracterizado por defender los intereses del mundo del trabajo y de las clases populares, así como por plantear proyectos de cambio sociopolítico más radical (izquierda comunista), menos radical (izquierda socialista) o de democracia avanzada (izquierda liberal y keynesiana) para alcanzar una sociedad diferente de la actual. Donde fracasaron sus proyectos, y debido a dicho fracaso (en el que tuvieron sus responsabilidades), surgieron regímenes autoritarios o totalitarios de derecha. Frente a estos regímenes, las tres izquierdas encontraron un punto de cohesión en el antifascismo, que se convirtió en un aspecto históricamente relevante de su cultura política. Sin embargo, el antifascismo es una actitud política que no sirve ni para el análisis de la historia ni para el análisis de la sociedad actual. Se puede estudiar (como se ha hecho) el antifascismo, pero esto no lo convierte en una categoría interpretativa solvente para interpretar el presente. Ahora bien, si con la democracia también la izquierda en su conjunto está en crisis, me entra la sospecha de que, junto a otras muchas causas, algo tiene que ver la permanencia de viejos clichés en la lectura de los procesos políticos y en la evaluación del adversario. Y, por supuesto, un análisis correcto es la premisa de cualquier política sensata.

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA: Como admonición frente a los crímenes cometidos por el nacionalismo revolucionario alemán y sus cómplices en el periodo de entreguerras y como gran metarrelato fundacional y legitimador de las democracias occidentales de la segunda posguerra, el antifascismo tiene cada vez menos impacto e influencia sobre una opinión pública que aparece más preocupada por las incertidumbres del presente y del futuro. El inicial antifascismo, con rasgos ecuménicos cimentados en su inclusividad ideológica, política, social, religiosa, racial o cultural, ha dejado paso a una identidad antifascista cada vez más fragmentada y difusa, que posibilita relecturas interesadas y dotadas de una fuerte carga teleológica. Algunos autores hablan de la existencia de un antifascismo

activo, por lo general de izquierda en su vertiente más combativa, y otro pasivo, más conservador, que se desplegó en actividades resistencialistas que oscilaron entre el exilio interior y la resistencia pasiva⁶. Habría existido un antifascismo «de izquierda» que se considera inseparable de la política revolucionaria que siguió a la Primera Guerra Mundial, se fue definiendo durante la Guerra Civil española y se convirtió en la ideología oficial del totalitarismo soviético. Por otro lado, habría existido un antifascismo democrático, a la postre victorioso, en el cual se pretende incluir una corriente conservadora e incluso contrarrevolucionaria (término singularmente mal escogido por Michael Seidman) que reinterpreta el movimiento en un sentido de restauración de los antiguos regímenes liberales anteriores a 1939⁷. Esta interpretación, difundida por la historiografía de signo anticomunista, simplifica el fenómeno antifascista en tendencias reificadas y mutuamente incompatibles, y desprecia sus componentes dinámico y pluralista en aras de un planteamiento bipolar característico de la Guerra Fría, en cuyo transcurso se habría consumado la pugna entre los antifascismos de corte revolucionario y contrarrevolucionario. Desaparecido el enemigo común, la ruptura y el enfrentamiento de las dos coaliciones antifascistas condujo a una hipertrofia semántica que aún colea: mientras que en el Este de Europa el antifascismo quedó vinculado a la vigilancia contra todo tipo de comportamiento antisoviético, los partidos comunistas de Francia o Italia lo reformularon en un sentido patriótico y democrático, y el macartismo (o el *trumpismo* actual) lo conectó con oscuras actividades desestabilizadoras y subversivas de orden político y cultural. La inflación de significados del término «antifascismo» parece inversamente proporcional a su capacidad de concitar consensos en el debate público, sobre todo en la actualidad.

La actual movilización antifascista ha recogido y reformulado alguno de los mitos fundadores del movimiento histórico por la mediación de las contraculturas inconformistas de la nueva izquierda

⁶ Nigel COPSEY: «Towards a New Anti-Fascist “Minimum”», en Nigel COPSEY y Andrzej OLECHNOWICZ (eds.): *Varieties of Anti-Fascism: Britain in the Inter War Period*, Londres, Basingstoke, 2010, p. XV.

⁷ Véase como ejemplo Michael SEIDMAN: *Antifascismos, 1936-1945. La lucha contra el fascismo a ambos lados del Atlántico*, Madrid, Alianza Editorial, 2017.

de los años sesenta y setenta del siglo pasado, que equipararon fascismo con belicismo, imperialismo, racismo o incluso sociedad patriarcal. Despojado de la mayor parte de su componente historicista, el actual movimiento *antifa* es panizquierdista, antirracista, anticapitalista, internacionalista, multicultural y libertario, y su deriva ocasional hacia modos de violencia reactiva es amplificada por los altavoces mediáticos de la extrema derecha populista con el propósito de minimizar la violencia practicada por los grupos ultranacionalistas, supremacistas y neonazis.

TERESA M. ORTEGA: Estoy convencida de las profundas diferencias que separan las manifestaciones del antifascismo que emergió como una poderosa corriente político-ideológica extremadamente movilizadora en el mundo de entreguerras de aquellas otras manifestaciones, asimismo autodenominadas «antifascistas», que congregan los sentimientos y movilizan las actitudes y los comportamientos políticos de millones de jóvenes en las democracias actuales. Podría afirmarse, aun a riesgo de incurrir en algunos errores de percepción motivados por la relativa inmadurez de los movimientos antifascistas del presente, que las corrientes del antifascismo que se han desplegado con enorme vitalidad en las sociedades capitalistas avanzadas actuales responden a móviles y elementos de causalidad que encierran una significativa distancia con aquellos otros que propiciaron la emergencia de un poderoso movimiento antifascista en la década de los treinta del pasado siglo XX. Lo que podríamos denominar «antifascismo clásico» puede ser agrupado dentro de la respuesta universalista y generalizada, impulsada desde el comunismo internacional, para hacer frente a la deriva crecientemente militarista y furibundamente antidemocrática experimentada por los dos grandes regímenes fascistas implantados en la Europa de entreguerras, de manera muy especial por las políticas expansivas desplegadas por el régimen nazi del Tercer Reich. En tal sentido, el antifascismo de aquellos momentos se erigió en un poderoso movimiento que, reclamando los principios del igualitarismo, la democracia, el pacifismo o el antimilitarismo, suscitó la participación activa de cientos de miles de jóvenes de la época, que se sintieron emocionalmente empujados a la defensa de elevados ideales muy identificados con la democracia, la solidaridad entre las naciones pacíficas, el progreso material y el pleno reconocimiento de de-

rechos políticos y sociales a beneficio de extensísimos segmentos de la población vinculados con las clases populares y trabajadoras.

Por su parte, el antifascismo actual responde a una serie de motivaciones que lo alejan del antifascismo clásico. En el presente, la preservación de la paz mundial y la apelación a la resolución de los conflictos internacionales mediante el empleo de instrumentos de diálogo y negociación de carácter supranacional no constituye un elemento sustancial del debate público. Podría decirse que el antifascismo del presente se ha convertido en un movimiento, esencialmente trabado por las plataformas reivindicativas manejadas desde la izquierda del espectro ideológico, que ha incorporado en su corpus interpretativo toda una amalgama de componentes del debate político que han emergido, como respuesta a nuevas situaciones sociales y políticas, a la palestra de las confrontaciones ideológicas sostenidas desde las últimas décadas en adelante. En tal sentido, no cabe duda de que el antifascismo del presente se nos muestra como un movimiento poliédrico, que incorpora una gran cantidad de nuevas sensibilidades recientemente afloradas en el panorama de las percepciones políticas y culturales que afectan a extensos segmentos de las poblaciones de los países democráticos actuales. El antifascismo del presente reclama la adopción de políticas más permisivas con los movimientos migratorios desencadenados tanto por los efectos de la globalización mundial de las economías, como por aquellos otros derivados del desencadenamiento de mortíferos conflictos geográficamente localizados en algunos espacios de significativa importancia geoestratégica y geopolítica. De igual manera, el nuevo antifascismo reclama la defensa de la diversidad cultural y étnica de los nuevos componentes sociales de las naciones, incorpora la reclamación de derechos y libertades exigidas por el movimiento feminista; pero, de la misma manera, se muestra muy sensible con cuanto tenga relación con la adopción de medidas inmediatas que traten de aliviar las penosas situaciones padecidas por los más débiles o los más intensamente castigados por las derivas de carácter neoliberal que han marcado el desarrollo de las políticas adoptadas por la mayor parte de los Estados democráticos a lo largo de los últimos años. Asimismo, el antifascismo del presente denuncia abiertamente el peligro que, a su entender, significa el avance del nacionalpopulismo o de poderosas corrientes de extrema derecha que, en su defensa explícita de unos modelos de ordenamiento partidista

y constitucional extremadamente partidarios de la pureza étnica o racial de las naciones y del regreso a las tradicionales jerarquías sociales o los valores fundamentales del ordenamiento patriarcal, significan una seria amenaza a la democracia, la igualdad social o el desarrollo humano.

AYER: Parece claro que las políticas de la memoria persiguen por lo general objetivos de verdad, justicia y reparación, pero que tienen también una inequívoca vocación preventiva frente a las nuevas culturas antidemocráticas. Sin embargo, estas últimas parecen crecer sin encontrar excesivos frenos en este crecimiento (como han planteado autores como Henry Rousso o Valentina Pisanty). ¿Cómo valoras los efectos políticos y sociales de las políticas de memoria en Europa? ¿Crees que son eficaces para bloquear el ascenso de la extrema derecha?

ALFONSO BOTTI: Valoro positivamente las políticas de la memoria, pero al mismo tiempo nunca he creído que fuesen eficaces para bloquear el ascenso de la extrema derecha y de los neonacionalpopulismos. Pueden ser un instrumento útil; sin embargo, son insuficientes y además tienen el inconveniente de producir la ilusión de que el conocimiento nos vacuna contra la posibilidad de que se reproduzcan ciertos horrores del pasado. Además, hay que tener cuidado con la ritualización de la memoria, sobre todo cuando no se sustenta sobre un amplio conocimiento histórico de lo ocurrido.

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA: Entre la Ley Gayssot de 13 de julio de 1990, que penalizaba en Francia el negacionismo de los crímenes nazis, y las leyes promulgadas en Europa Oriental desde 1998, la memoria se ha convertido en un marcador democrático y en un nuevo derecho humano, cuya definición y aplicación rebasa las fronteras nacionales. Sin embargo, la aplicación de estas políticas de la memoria violentaba la tradicional separación entre justicia e historia, ya que penalizar la negación de los crímenes nazis podía consolidar una interpretación unívoca e inmutable de algunos de los hechos más controvertidos de la historia europea contemporánea. De modo que las políticas memoriales han encontrado fuertes resistencias tanto entre los defensores de una historia crítica, no sometida a ningún género de censura, como entre los partidarios de

una historia nacional oficialista, que en un principio contemplaron con prevención las implicaciones penales de todo tipo de negacionismo referido a la colaboración autóctona con los crímenes contra la humanidad perpetrados por los totalitarismos de izquierda y derecha. Bien es cierto que, sobre todo en Europa del Este, este riesgo potencial se solventó con la puesta en marcha de leyes, museos y centros gubernamentales de investigación que favorecieron la hegemonía de un discurso minimizador o exculpatorio de los crímenes perpetrados por actores domésticos. Tampoco es menos cierto que la victoria del antifascismo y la persistente memoria de los crímenes cometidos por el Eje y sus regímenes satélites han obligado a la actual derecha nacionalpopulista a renegar de los rasgos más expansionistas, totalitarios, racistas y violentos de sus predecesores fascistas⁸.

En la mayor parte de los casos, la legislación «preventiva» basada en el recuerdo traumático de los genocidios no ha impedido el crecimiento de las opciones populistas de derecha, cuya capacidad movilizadora es alimentada en gran medida por frustraciones muy actuales, referidas a la emigración, el paro, la precariedad sociolaboral, la crisis de la sociedad patriarcal, la identidad nacional, el multiculturalismo, etc. Un partido como Vox no tiene un discurso del pasado reconocible como fascista, aunque haya fascistas, franquistas o falangistas en su seno. Intenta suplir su carencia de una memoria histórica mínimamente articulada con la perpetración de ataques provocativos contra símbolos reconocibles de la memoria antifranquista, como los fusilados en el Cementerio de la Almudena, las «Trece Rosas», Indalecio Prieto o Francisco Largo Caballero. Y ello con el apoyo de los otros grupos de la derecha gobernante en ciudades como Madrid.

Al menos en España, no parece que las políticas de la memoria implementadas hasta la actualidad hayan servido para bloquear el ascenso de la extrema derecha populista, cuya preocupación por el pasado es puramente instrumental. El anteproyecto de Ley de Memoria Democrática, aprobado por el actual Gobierno el 15 de septiembre de 2020, incorpora, a diferencia de la Ley 52/2007, de 26 de diciembre, un régimen de sanciones económicas contra el

⁸ Kevin PASSMORE: *Fascism: A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 88-107.

traslado no autorizado de víctimas de la Guerra Civil o de la dictadura, la destrucción de fosas comunes y otros lugares declarados de memoria democrática, la remoción de vestigios erigidos en recuerdo de las víctimas o la falta de adopción de medidas necesarias para impedir o poner fin a la realización, en espacios públicos abiertos, de actos de exaltación de la contienda o del régimen franquista que entrañen «descrédito, menosprecio o humillación» de los represaliados o de sus familiares. Caso de promulgarse en los términos actuales, la norma castigaría actos reprobables, no ideas; pero creo que su eficacia fiscalizadora de comportamientos políticos iría muy por detrás de sus auténticos propósitos de conocimiento de la historia (con toda la pluralidad posible) y reparación de las víctimas.

TERESA M. ORTEGA: Ante todo, parece meridianamente clara la existencia de un hecho incontestable que podría enunciarse de la siguiente manera: la experiencia traumática de la Segunda Guerra Mundial, entendida como una conflagración internacional que se propuso la contención de los insaciables apetitos expansionistas manifestados por el orden nacionalsocialista implantado en la Alemania del Tercer *Reich*, configuró un amplio espectro de políticas públicas e iniciativas estatales, desplegadas por la mayor parte de los países que sufrieron tan traumática experiencia, destinadas a forjar un relato memorístico de carácter colectivo y oficializado que pretendiese dar respuesta a las trágicas experiencias y las contrapuestas percepciones experimentadas por multitud de individuos como consecuencia del fenómeno histórico antes expuesto. Esto dio paso, en todo lo relacionado con las políticas de «desnazificación» impulsadas por las potencias vencedoras en el conflicto sobre la población alemana, a la forja de una extensa serie de iniciativas públicas que se proponían la inculpación de cuantos, de una manera más o menos solapada, contribuyeron al sostenimiento del régimen hitleriano o colaboraron de manera activa en la implementación de sus prácticas genocidas, persecutorias o encaminadas al alcance de la pureza racial de la nación germánica. No en todos los países europeos que sufrieron el conflicto mundial se articulaban medidas estatales para la elaboración de una memoria unívoca y homogénea. En la mayor parte de los países de la Europa centro-oriental que al final sucumbieron a la hegemonía ejercida por la ex-

tinta Unión Soviética, las prácticas orientadas a la creación de una memoria colectiva, unificada en torno al significado que debía otorgarse a la naturaleza de la Segunda Guerra Mundial, se vieron atravesadas por severas confrontaciones ideológicas, que impidieron la pronta generalización de un discurso homogéneo que proporcionase explicaciones a la particularizada conducta seguida por aquellos mismos países durante el conflicto mundial. No obstante, el ejemplo de Alemania y, en menor medida, de Francia (un país que sufrió la ocupación militar del Tercer Reich y cuya población, en una elevadísima proporción, adoptó una actitud de benevolencia, colaboracionismo o consentimiento ante tales hechos) nos induce a pensar que la imposición, pese a las dificultades que obstaculizaron el éxito final de tal empeño por parte de los Estados en ambos casos, de políticas favorecedoras de la recuperación de una memoria que trataba de esclarecer las responsabilidades de la población en el sostenimiento de los fascismos significó un avance decisivo en la superación de los traumas colectivos y la solidificación de unos valores de permisividad y democracia sólidamente enraizados. En tal sentido, merece la pena destacar la oportunidad y el carácter ejemplarizante contenidos en el argumentario defendido por una obra de reciente aparición. Nos referimos al texto, cálidamente aceptado por buena parte de la opinión pública europeo-occidental, de Géraldine Schwarz, titulado *Les Amnésiques*, editado por Flammarion el pasado año 2017. En dicho texto se sostiene que allí donde se puso en práctica una política pública incentivadora del recuerdo crítico, orientado hacia el favorecimiento del reconocimiento inculporio de la labor colaboracionista llevada a cabo por buena parte de la población en el sostenimiento de las experiencias fascistas del periodo de entreguerras, ha sido posible un mayor y más efectivo fortalecimiento de las actitudes esencialmente democráticas, instaladas sobre la descalificación de los extremismos ideológicos y la condena absoluta de la experiencia del fascismo.

Esto último nos lleva a efectuar una somera evaluación sobre las políticas propiciatorias de la elevación oficializada de un relato memorístico homogéneo y clarificador que, a nuestro juicio de manera infructuosa o equívoca, se han llevado a cabo en nuestro país, España, a lo largo de las dos últimas décadas, centradas casi todas ellas en la formalización de un discurso cohesionado e inteligible que nos permita una mejor comprensión de la trágica experiencia

vivida en nuestra particular crisis de entreguerras. Nos estamos refiriendo, claro está, a las políticas públicas impulsoras de la fabricación de un relato unificado sobre las causas de nuestra última guerra civil que, asimismo, resulte explicativo y convincente en torno a la naturaleza del régimen franquista y su particularizada violencia. Pensamos que no ha tenido éxito el empeño por la configuración de una memoria unívoca ampliamente aceptada por el conjunto de la población. A todo ello ha contribuido la debilidad de las estrategias tímidamente implementadas por algunos gobiernos democráticos recientes a la hora de forjar un sólido discurso que señale los verdaderos elementos que precipitaron el conflicto de 1936-1939, a lo que debe unirse la persistencia de una espesa memoria, albergada entre los sectores ideológicos más derechistas o conservadores, que sigue reivindicando la persistencia de algunas explicaciones justificativas del desencadenamiento de nuestra Guerra Civil indudablemente vinculadas al discurso legitimador que lograron imponer las fuerzas políticas vencedoras tras la implantación del régimen dictatorial franquista. Pensamos que deberían articularse políticas públicas que, desde la edificación de una densa trama de instalaciones museísticas hasta la reordenación de algunos programas educativos, fijen, sobre la memoria compartida por los españoles, los auténticos elementos que la historiografía más respetada ha señalado como los verdaderamente causantes de nuestra Guerra Civil.

AYER: De manera recurrente, en ámbitos académicos y no académicos, parece haberse difundido la idea de que la situación histórica actual se asemeja a la de los años de entreguerras. ¿Crees que Europa vuelve políticamente a los años treinta? ¿Cómo valoras el futuro político de las derechas nacionalpopulistas?

ALFONSO BOTTI: El paralelismo entre las crisis producidas por la Gran Guerra y la de 1929, con las crisis provocadas por el fin de la Guerra Fría, la financiera de 2007-2012 y la pandémica actual no me convence. A quien lo plantea tal vez se le escapa que el marco es por completo distinto, así como lo son las características de los nuevos movimientos nacionalpopulistas con relación a los de los años veinte y treinta del siglo xx. Aquellos nacionalismos fueron belicistas; los actuales son defensivos. Aquellos marcaron una novedosa experiencia de militarización de la política; ahora no hay

nada por el estilo. Aquellos llevaban en sí el viento de una nueva religión; ahora vivimos en un mundo secularizado, en el cual la metamorfosis de lo sacro aterriza sobre objetos que no son políticos o que no lo son *stricto sensu*. Aquellos apuntaban a una palingenesia total de la sociedad a través de la construcción del hombre nuevo; ahora ni con lupa se encuentra algo similar.

La segunda pregunta me saca de mi oficio, que consiste en transformar el pasado en historia y no el de hacer previsiones sobre el futuro. En todo caso diría, con un alarde de optimismo del cual espero no tener que arrepentirme, que la temida ola de los nacionalpopulismos ya ha tenido un parón con las elecciones europeas de 2019 en las que el temido *tsunami* no se produjo. Añadiría que el radicalismo que caracteriza estos movimientos neonacionalpopulistas cuando están en la oposición se diluye y mucho más cuando llegan al gobierno. Considero paradigmático lo acaecido en Italia, donde hemos tenido a lo largo de un año, entre 2018 y 2019, el primer Gobierno neonacionalpopulista de Europa sin que se produjera la catástrofe anunciada. En cambio me preocupa mucho la tendencia típicamente populista de reivindicar la primacía de la voluntad popular sobre la ley, que es el lado más frágil de nuestras democracias y justamente por esta razón aquello por donde los neopopulismos pueden encontrar entradas.

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA: El mundo está gobernado hoy en día en su mayoría por partidos conservadores y/o de derechas, y en Europa Oriental se está viviendo una oleada de autoritarismo que recuerda, al menos en los países afectados, la de la primera posguerra mundial. Sin embargo, la comparación con el periodo 1918-1923 resulta bastante cuestionable: la actual reacción nacionalpopulista no viene dictada por el desmoronamiento violento de estructuras estatales preexistentes (salvo en la antigua Yugoslavia), el despliegue de una amenaza revolucionaria interna y externa (como fue el bolchevismo) o la difusión de una cultura de guerra que vertebró una agresiva movilización ultranacionalista. La derecha radical, como la que está en el poder en Hungría, Polonia, Eslovaquia o la República Checa, no ha sucumbido a la organización extensa de la violencia con objetivos políticos, pero está empleando unos medios de coacción y represión «legales» que dificultan cada vez más la diferenciación entre gobiernos conservadores y regíme-

nes autoritarios. A diferencia de la «política del matonismo» desplegada por los fascismos, estos partidos, movimientos y regímenes no patrocinan una brutalización directa de la política general, pero sí del debate político, que se hace cada vez más enconado y distante de la lógica argumentativa preconizada por Habermas.

Es obvio que, como en la etapa reconstructiva de la primera posguerra mundial y la Depresión iniciada en 1929, la Gran Recesión desatada por el *crack* financiero de 2008, que puso en solfa los fundamentos de la globalización según parámetros neoliberales, agitó el panorama político y cuestionó la capacidad de las democracias representativas para afrontar la situación. A raíz de este ambiente de incertidumbre resurgieron los partidos anti-*establishment* de corte populista, que se han instalado en los márgenes extremos del espectro político. El futuro del nacionalpopulismo es tan incierto como el de las democracias que parasita. Los populistas pretenden encarnar al pueblo, lo que les otorga una supuesta legitimidad moral, situada por encima de las instituciones democráticas y de los demás grupos y organizaciones sociales. Ponen en peligro el sistema porque no se limitan a cuestionar las reglas formales de una democracia pluralista, sino que su retórica amenaza los fundamentos mismos de este régimen al negar la existencia del pueblo-demos, esto es, la implicación cívica en un modelo de democracia participativa⁹. A diferencia del populismo de izquierdas, el de derechas busca ganar apoyo popular por medio de un discurso que excluye de la ciudadanía a amplias capas de la sociedad consideradas ajenas a la comunidad étnica-nacional. Su pervivencia dependerá en buena medida de los modos de salida de la actual crisis que se articulen en cada sociedad nacional, y, a nivel europeo, de la capacidad de la Unión para armonizar el conjunto por medio de un proyecto global cada vez más integrador. Al fin y al cabo, el federalismo democrático continental se fue definiendo como respuesta a este tipo de extremismos.

TERESA M. ORTEGA: No cabe duda de que existen evidentes similitudes y paralelismos entre los fenómenos de desafección frente

⁹ Stéphane BOISARD: «*Èthnos* y *Plèthos* vs. *Dèmos*: lo que el populismo conservador de derechas hace a la democracia», *Alcores*, 122 (2020), pp. 91-110, esp. p. 95.

a la democracia que cundieron entre las actitudes políticas sostenidas por cientos de miles de ciudadanos de la Europa del periodo de entreguerras y aquellos otros que, aun cuando motivados por una pléyade de circunstancias cualitativamente diferenciadas, afectan en la actualidad a extensos segmentos de las clases medias, así como a numerosísimos integrantes de los sectores populares, provocando en sus comportamientos políticos y públicos una descorazonadora y preocupante animadversión y desconfianza hacia los mecanismos gubernamentales y las prácticas institucionales sobre las que descansa el funcionamiento de nuestras democracias actuales. Sin lugar a dudas, tanto las severas crisis experimentadas por las jóvenes democracias liberal-parlamentarias edificadas en Europa durante el periodo de entreguerras como las múltiples amenazas que sobrevuelan sobre el actual funcionamiento de nuestros actuales regímenes democráticos ostentan el denominador común de haberse convertido en factores históricos que debilitaron la creencia en el buen funcionamiento de la democracia suscitados, en muy buena medida, tanto por el creciente deterioro experimentado por las rentas y los niveles de vida de segmentos sociales muy extensos que provocó la crisis internacional de los años treinta, como por el declarado empobrecimiento y pérdida de oportunidades suscitados por la crisis financiera internacional, los perversos efectos de la globalización mundial o por la desaforada desindustrialización que ha afectado a numerosísimas regiones industriales que habían conocido un prolongado periodo de prosperidad desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el inicio de la década de los ochenta o los noventa del pasado siglo xx. Tanto en el periodo de entreguerras como en este otro que se corresponde con los estertores de la crisis financiera global más reciente, las turbulencias políticas y sociales impulsadas por una profunda depresión económica han alentado el surgimiento de prácticas políticas esencialmente populistas, que han basado sus discursos de movilización en la demonización de las instituciones políticas democráticas y la supuesta actuación parcial, sectaria o interesada de los Estados a beneficio de las tradicionales oligarquías plutocráticas instaladas sobre la práctica inmisericorde de la especulación bursátil o el manejo torticero de los grandes fondos de inversión, perjudicando, de esta manera, las formas de vida y supervivencia de los más desfavorecidos. Así pues, tanto en un periodo histórico como el que vio emerger las prime-

ras manifestaciones del fascismo como en este otro, muy próximo a nuestro momento presente, en el que han hecho su aparición las manifestaciones más descarnadas del nacionalpopulismo derechista o la nueva extrema derecha, la extensión de un generalizado sentimiento de desafección hacia la democracia, crecientemente considerada como una forma de gestión de los asuntos públicos incapaz de contener el visible deterioro de los niveles de vida de amplísimos conjuntos de la población, se ha convertido en un fenómeno de difícil tratamiento.

No obstante, es preciso señalar algunas diferencias entre la crisis de la democracia padecida durante el periodo de entreguerras y esta otra que estamos experimentando en la actualidad. Durante el periodo de entreguerras, los fenómenos de depauperación, desempleo y miseria generalizada afectaron de manera mucho más intensa a extensos grupos sociales que la manera en que la crisis financiera global de nuestro presente ha afectado a los niveles de vida de las clases medias y trabajadoras de numerosos países europeos. Asimismo, la crisis de entreguerras dio paso a la emergencia de poderosísimos movimientos de signo fascista, totalitario y antidemocrático, profundamente empeñados en la gestación de modelos estatales dispuestos al aniquilamiento de las libertades individuales y colectivas trabajosamente edificadas tras décadas de luchas sociales y políticas. En el momento presente, los nacionalpopulismos aspiran a realizar un ajuste severo de las formas de gestión de lo público propias de la democracia moderna, sin que esto signifique que se atrevan a proponer una radical transformación del sistema político democrático vigente. De igual manera, cabría señalar que si bien en el periodo de entreguerras, las democracias aún significaban una propuesta de ordenación institucional del Estado que no gozaba de la generalizada simpatía de la población, en el momento presente, y tras un largo periodo histórico de asentamiento y solidificación de actitudes políticas comprometidas con el ejercicio democrático, las democracias gozan de mejor salud que la que disponían en aquel entonces. Baste señalar, por último, que el largo proceso histórico de edificación de los Estados del Bienestar, pese a que en la actualidad se hallen sometidos a un intenso proceso de readaptación que ha mermado muchas de sus facultades, ha permitido la instauración de hondas tradiciones enraizadas en la intervención de poderosas administraciones públicas orientadas hacia la sa-

tisfacción de las necesidades más elementales de la población. Esto último quiere decir que, pese a todos los factores adversos que se conjugan en la situación actual, los Estados presentes están mucho más capacitados que los existentes en el periodo de entreguerras para intervenir de manera eficaz en atención de los sectores de la población más necesitados, o más duramente castigados por los efectos de la crisis global que continúa afectando al crecimiento de los grandes países capitalistas.

Por último, y pese a que no disponemos de suficientes elementos analíticos que nos permitan formular una opinión sólida al respecto, me parece que el futuro de los movimientos nacionalpopulistas que persiguen una honda rectificación del funcionamiento de nuestras democracias puede ser atajado con eficacia si los Estados se avienen a la puesta en pie de importantes medidas tendentes a la potenciación de la inversión pública, el establecimiento de políticas fiscales redistributivas que hagan descansar los esfuerzos para la recuperación financiera sobre los grandes poseedores de inmensas fortunas o bienes de capital, o a la potenciación de un fortalecido sector público de la economía que permita contrarrestar los severos embates provenientes del mundo de la especulación financiera y bursátil. Sin duda alguna, el nacionalpopulismo podrá combatirse mediante el fortalecimiento de los Estados de Bienestar y el aseguramiento de un nuevo pacto social comprometido con un desarrollo igualitario, solidario, equitativo y sostenible.

AYER: De vuestras respuestas se deduce una mirada necesariamente crítica hacia la manera como se ha construido o se está construyendo la memoria del fascismo y el antifascismo, así como una valoración rigurosa de las políticas de memoria públicas emprendidas por los Estados. A partir de aquí quisiéramos plantear una pregunta doble, referida al oficio mismo de historiador. En primer lugar: ¿cuál creéis que debe ser el papel del historiador en un momento memorial tan intenso como el presente y tan marcado por la cultura audiovisual y de las nuevas redes sociales? En segundo lugar, y a la luz del momento político: ¿cómo estimáis que esto puede afectar a la escritura de la historia?

ALFONSO BOTTI: En principio la tarea del historiador sigue siendo la misma: investigar, reconstruir, interpretar e intentar expli-

car lo ocurrido. Con el añadido de que en el marco actual alcanza una importancia fundamental contrastar el desafío de la memoria, insistiendo sobre la diferencia abismal que existe entre la historia y la memoria, incluso la memoria pública, por compartida que pueda ser. El presente está caracterizado por la cultura audiovisual y las redes sociales que bombardean el espacio público con noticias e informaciones. Sin embargo, la cultura, de la cual forma parte la cultura historiográfica, es otra cosa y supone una reelaboración de los datos a través de los protocolos de científicidad que la disciplina ha venido elaborando a lo largo de los últimos ciento cincuenta años. Nunca como ahora, y la pandemia lo ha demostrado con creces, se había producido un enfrentamiento entre *doxa* y *episteme*. En ese nuevo marco, la tarea del historiador es la de reivindicar, contra viento y marea, que sus investigaciones desembocan en interpretaciones y que las interpretaciones quedan a distancia sideral de las opiniones, que su tarea no consiste en escribir cuentos sobre el pasado, sino en transformar el pasado en historia a través de las herramientas propias de la disciplina.

Con todo, no se puede negar que, junto con otras profesiones intelectuales del campo de las humanidades, la figura del historiador ha perdido relevancia social y se encuentra arrinconada en los medios universitarios. Contrarrestar esa tendencia supone, en primer lugar, reconquistar el espacio de la enseñanza primaria y secundaria donde miles de maestros y profesores explican la historia a cientos de miles de alumnos y estudiantes. Justo allí hay que volver a empezar reduciendo la distancia entre la universidad y la enseñanza en los institutos. Implica, en segundo lugar, plantearse el tema de la conquista del espacio público, bien aceptando la posibilidad de dedicar una parte de nuestro tiempo a la divulgación histórica, bien adoptando una escritura no autorreferencial, bien experimentando otras modalidades de involucración del público, como por ejemplo a través de la llamada historia pública.

EDUARDO GONZÁLEZ CALLEJA: Como hace más de cuarenta años, cuando treinta y cuatro historiadores firmaron, el 21 de febrero de 1979, en *Le Monde* una declaración redactada por Léon Poliakov y Pierre Vidal-Naquet contra las dudas planteadas en ese mismo diario por Robert Faurisson respecto del Holocausto, el deber del historiador es aportar pruebas técnicas incontrovertibles de los

hechos, a fin de contrarrestar cualquier tipo de afirmaciones revisionistas o negacionistas científicamente mal fundamentadas¹⁰. Algo parecido se trató de hacer en España en octubre de 2020, cuando más de trescientos historiadores de universidades españolas y extranjeras denunciaron en un informe técnico las falsedades contenidas en la iniciativa que planteó el grupo municipal de Vox en el Ayuntamiento de Madrid para que se retirasen las placas de calles y las estatuas de Francisco Largo Caballero e Indalecio Prieto¹¹. A pesar del indudable eco corporativo que tuvo la iniciativa, su impacto mediático fue bastante limitado. Aun reconociendo el creciente empleo de las redes sociales por los expertos, se antoja que el discurso historiográfico se adapta mal a la sociedad de la representación y el espectáculo, donde se elabora y prevalece un discurso mediático mucho más simplificador, pero potencialmente más accesible al gran público, como muestra el caso de David Irving, recreado en la película *Denial* (Mick Jackson, 2016). Por otro lado, ahora que el pensamiento postmoderno tiende a disolver la relación singular que el discurso histórico mantiene con la verdad, se debería ser consciente del carácter indispensable que tiene lo que Vidal-Naquet llamó «esa antigualla que es lo real» en la distinción, más necesaria que nunca, entre la ficción y la historia.

En relación con la segunda pregunta, debe constatar que estamos contemplando cómo la radicalización de las derechas a escala global está propiciando un replanteamiento discursivo en el que se entremezclan las reclamaciones victimistas de defensa de la libertad de expresión (sobre todo cuando los relatos que se tratan de difundir adoptan la forma de bulos) con un mayor dirigismo oficial y con las crecientes trabas legales y administrativas interpuestas al ejercicio de la actividad investigadora en materia histórica¹². El avance

¹⁰ Pierre VIDAL-NAQUET: «Un Eichmann de papier», *Esprit*, septiembre de 1980, pp. 8-52, reeditado en *Les assassins de la mémoire*, París, La Découverte, 1987, pp. 11-84 (respuesta a Robert FAURISSON: «Le problème des chambres à gaz», *Le Monde*, 29 de diciembre de 1978).

¹¹ El informe en https://fflc.ugt.org/sites/fflc.ugt.org/files/informe_historiadores.pdf.

¹² Un estado de la cuestión para el caso español en Antonio GONZÁLEZ QUINTANA, Sergio GÁLVEZ BIESCA y Luis CASTRO BERROJO (dirs.): *El acceso a los archivos en España*, Madrid, Fundación Francisco Largo Caballero-Fundación 1º de Mayo, 2019.

político, social y cultural de esta derecha iliberal derivará, de forma previsible, en un mayor encono del debate sobre etapas históricas especialmente controvertidas (para España: la Segunda República, el franquismo o la Transición; en Europa: la Segunda Guerra Mundial y la posguerra), y en la ruptura de consensos historiográficos que se creían sólidamente establecidos. La historia, que nunca ha dejado de ser un arma de, por y para el poder, puede pasar a ocupar un primer plano en esta crisis ontológica que está sufriendo el actual modelo de democracia consensual.

TERESA M. ORTEGA: Para ofrecer una respuesta satisfactoria al primero de los dos interrogantes que se nos formulan resulta imprescindible abordar el siguiente planteamiento: la historia, entendida como la interpretación de lo sucedido en el pasado resultante de la utilización de unas herramientas analíticas ampliamente contrastadas en el seno de la comunidad científica y unas metodologías que someten los hechos y las circunstancias de los tiempos pretéritos a una rigurosa comprobación, hasta convertirlos en relatos verosímiles y muy útiles para comprender las fuerzas motrices que nos han sido legadas en la configuración de nuestro presente, debe prevalecer, en todo momento, sobre la memoria. Esta última, considerada como el patrimonio transmisible de relatos fundados sobre la experimentación de los acontecimientos vividos por quienes, de manera total o parcial, los protagonizaron, debe ser siempre empleada como una herramienta adyacente, imperiosamente sometida al tamiz del bagaje instrumental empleado por los historiadores académicos o profesionales en el desempeño de su particular función. Somos conscientes del indudable peso que, en cada etapa histórica, contienen las narraciones memorísticas dispersas en medio de un confuso entramado de transmisiones sensoriales, emotivas o puramente recreativas de la experiencia personalizada de los grandes acontecimientos históricos. El relativamente reciente auge —nos referimos, es obvio, a lo registrado a lo largo de casi todo el siglo XX— alcanzado por las políticas estatales y públicas auspiciadoras del fomento de los relatos memorísticos y la fijación estructurada u oficializada de narraciones inteligibles e interpretaciones del pasado que han podido constituir un auténtico trauma para las sociedades pretéritas no deberían impedir, en ningún caso, la hegemonía indiscutida que debe otorgarse a las construcciones analíticas, en torno a esas mis-

mas interpretaciones a las que acabamos de referirnos, regidas por la historia y el quehacer científico historiográfico, concebidos como fuente suprema para la elaboración de todo el conocimiento condensable que pueda ayudarnos a comprender mejor las enormes complejidades de nuestro momento presente.

En tal sentido, la historia, necesariamente comprendida como aquel ámbito de reflexión sometido a reglas analíticas de carácter científico con capacidad probatoria, no solo debe continuar atenta a las múltiples fuentes de información que, a diario, interfieren en el proceso colectivo de fabricación de relatos esencialmente fragmentarios, aunque muy contributivos a la configuración de nuestra particular visión del pasado, sino que, asimismo, debe erigirse en el patrón codificador que otorgue verosimilitud y credibilidad a tales relatos, superponiéndose sobre todos ellos y confiriéndoles un indudable sello de autenticidad. Desde hace mucho tiempo, la labor de los historiadores ha podido verse seducida por las constantes interferencias provenientes del ámbito de la reflexión socializada, pero ello no debe impedir su compromiso con el cumplimiento de una función reguladora, que permita la fabricación de discursos interpretativos sobre lo sucedido en el pasado concebidos de manera rigurosa, magistral (en tanto que dotada de la capacidad para erigirse en una plataforma respaldada por una legitimidad ampliamente reconocida) y, por qué no, científica.

PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. La revista *Ayer* publica artículos de investigación y ensayos bibliográficos sobre todos los ámbitos de la Historia Contemporánea escritos en castellano.
2. Los autores/as se comprometen a enviar artículos originales que no hayan sido publicados con anterioridad, ni estén siendo considerados en otros medios. Una vez publicados en *Ayer*, los artículos no podrán ser reproducidos sin autorización expresa de la Redacción de la revista. Sí podrá hacerse mención a la edición digital, disponible en el Portal de Revistas de Marcial Pons (<http://revistas.marcialpons.es>) y en la página web de la Asociación de Historia Contemporánea (<http://www.ahistcon.org>).

No se aceptarán para su evaluación trabajos que hayan sido publicados o estén a punto de serlo en cualquier otro medio, en su totalidad o parcialmente, ni los que reproduzcan sustancialmente contenidos ya publicados por el autor/a en libros, artículos o capítulos de libros ya aparecidos o de aparición inmediata. Los artículos deberán presentarse acompañados de una declaración expresa que garantice su plena originalidad, con firma manuscrita del autor/a o autores/as, conforme al modelo que figura en la página web de la revista.

Excepcionalmente, el Consejo de Redacción de *Ayer* podrá considerar la edición por primera vez en castellano de artículos ya publicados en otras lenguas.

3. Tanto los artículos de investigación como los ensayos bibliográficos serán informados al menos por dos evaluadores/as externos a los órganos de la revista y a la Junta Directiva de la Asociación de Historia Contemporánea que la edita, mediante un sistema doble ciego (anónimo tanto para el evaluador/a como para el autor/a del texto). Los artículos que integran los dossiers serán evaluados de la misma forma. Todos los textos deberán recibir posteriormente la aprobación del Consejo de Redacción.
4. La revista se compromete a adoptar una decisión sobre la publicación de originales en el plazo de seis meses. Se reserva el derecho de publicación por un plazo de dos años, acomodando la aparición del texto a las necesidades de la revista.
5. Los autores/as remitirán su texto a la dirección institucional de la revista (revistaayer@ahistcon.org) en soporte infor-

mático (programa MS Word o similar). Igualmente enviarán un resumen de menos de 100 palabras en español y en inglés; el título, igualmente en español y en inglés; cinco palabras clave, también en los dos idiomas; una breve nota curricular, que no debe superar las 100 palabras; y el compromiso de originalidad firmado, que puede escanearse para su envío por correo electrónico (en formato PDF o similar). No será enviado a evaluación ningún artículo que no incluya todos estos complementos.

6. Los trabajos enviados para su publicación han de ajustarse a los siguientes límites de extensión: entre 7.000 y 9.000 palabras para los artículos (notas de pie de página incluidas), tanto si van destinados a la sección de Estudios como si forman parte de un dossier; y de 4.000 a 5.000 palabras (todo incluido) para los Ensayos bibliográficos y las colaboraciones en la sección Hoy.
7. En los dossiers, las presentaciones de los coordinadores no podrán exceder de 3.000 palabras. El título del dossier y el texto de cubierta no deberán superar las 70 palabras.
8. Sistema de citas: las notas irán a pie de página, procurando que su número y extensión no dificulten la lectura.

Por ejemplo:

Libros: De un solo autor: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA Libros, 2010.

Dos autores: Mary NASH y Gemma TORRES (eds.): *Feminismos en la Transición*, Barcelona, Grup de Recerca Consolidat Multiculturalisme i Gènere, Universitat de Barcelona-Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales (Ministerio de Cultura), 2009.

Tres autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ, Pilar SALOMÓN CHÉLIZ e Ismael SAZ CAMPOS (coords.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, Universidad de Valencia, 2009.

Cuatro o más autores: Carlos FORCADELL ÁLVAREZ *et al.* (coords.): *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2004.

Capítulos de libro: Antonio ANNINO: «México: ¿Soberanía de los pueblos o de la nación?», en Manuel SUÁREZ CORTINA y Tomás PÉREZ VEJO (eds.): *Los caminos de la ciudadanía. México y España en perspectiva comparada*, Madrid, Biblioteca Nueva-Editiones de la Universidad de Cantabria, 2010, pp. 37-54.

Artículos de revista: Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer*, 77 (2010), pp. 79-113. Si la referencia es a una/s página/s concreta/s del artículo, se indicarán éstas a continuación del siguiente modo: Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil y acción colectiva en Europa: 1948-2008», *Ayer*, 77 (2010), pp. 79-113, esp. pp. 101-102.

Citas posteriores: Santos JULIÁ: *Hoy no es ayer...*, pp. 58-60. Pilar FOLGUERA: «Sociedad civil...», pp. 100-101.

Si se refiere a la nota inmediatamente anterior: *Ibid.*, pp. 61-62. En cursiva y sin tilde.

Cuando se citan varias obras de un mismo autor en el mismo pie de página: Ismael SAZ CAMPOS: «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 201-222; íd.: «Política en zona nacionalista: configuración de un régimen», *Ayer*, 50 (2003), pp. 55-84; e íd.: «La marcha sobre Roma, 70 años: Mussolini y el fascismo», *Historia* 16, 199 (1992), pp. 71-78.

La ausencia de los datos relativos a la ciudad de edición, la editorial o imprenta, el año o el número en caso de revistas, se indicarán respectivamente con las abreviaturas siguientes:

- s. a. = sin autor
- s. d. = sin data
- s. e. = sin editorial
- s. l. = sin lugar de edición
- s. n. = sin número

Estas abreviaturas irán seguidas, si es necesario, de una atribución de ciudad, editorial o año, que irán entre corchetes.

Los datos sobre el número de edición, traducción, etc., se pondrán, de manera abreviada, entre el título de la obra y el lugar de edición.

Artículos de periódico: Emilia PARDO BAZÁN: «Un poco de crítica. El símbolo», *ABC*, 22 de febrero de 1919. En caso de que resulte relevante indicar la ciudad de edición del periódico, se señalará a continuación del título; por ejemplo: José ORTEGA Y GASSET: «El error Berenguer», *El Sol* (Madrid), 15 de noviembre de 1930.

Tesis doctorales o Trabajos de fin de Máster: Miguel ARTOLA: *Historia política de los afrancesados (1808-1820)*, tesis doctoral, Universidad Central, 1948.

Síntesis de internet: Matilde EIROA: «Prácticas genocidas en guerra, represión sistémica y reeducación social en posguerra», *Hispania Nova*, 10 (2012), <http://hispanianova.rediris.es/10/dossier/10d014.pdf>.

Cuando el documento citado tenga entidad independiente, pero haya sido obtenido de un sitio de internet, esta circunstancia se señalará indicando a continuación de la cita bibliográfica o archivística la expresión «Recuperado de Internet» y la URL del sitio entre paréntesis. Ejemplo: Rafael ALTAMIRA: *Cuestiones Hispano-Americanas*, Madrid, E. Rodríguez Serra, 1900. Recuperado de Internet (<http://bib.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=35594>).

Documentos inéditos: Nombre y APELLIDOS del autor (si existe): Título del documento (entrecomillado si es el título original que figura en el documento (ciudad, día, mes y año si se conoce la fecha), Archivo, Colección o serie, Número de caja o legajo, Número de expediente. Ejemplos: Carta de Juan Bravo Murillo a Fernando Muñoz (22 de julio de 1851), Archivo Histórico Nacional, *Diversos: Títulos y familias (Archivo de la Reina Gobernadora)*, 3543, exp. 9; «Diario de operaciones de la División de Vanguardia» (1836), Real Academia de la Historia, *Archivo Narváez-I*, Caja 1; Juan Felipe MARTÍNEZ: «Relación de lo sucedido en el Real Sitio de San Ildefonso desde el 12 de Agosto de 1836 hasta la entrada de S.M. en Madrid el 17 del mismo mes», Archivo General de Palacio, *Reinado de Fernando VII*, Caja 32, exp. 13.

En el caso de los ensayos bibliográficos o de artículos de carácter teórico, las citas pueden incluirse en el texto (BERNAL GARCÍA, 2010, 259), acompañadas de una bibliografía final.

9. Las aclaraciones generales que deseen hacer los autores/as, tales como la vinculación del artículo a un proyecto de investigación, la referencia a versiones previas inéditas discutidas en congresos o seminarios, o el agradecimiento a personas e instituciones por la ayuda prestada, figurarán en una nota inicial no numerada al pie de la primera página, cuya llamada será un asterisco volado al final del título. Tal nota no podrá exceder de tres líneas.
10. Divisiones y subdivisiones: los epígrafes de los artículos irán en negrita y sin numeración. Conviene evitar los subepígrafes; en el caso de que se incluyan, aparecerán en cursiva.
11. Los artículos podrán contener cuadros, gráficos, mapas o imágenes, aunque limitando su número a los que resulten imprescindibles para apoyar la argumentación, y nunca más de diez en total.

En todos los casos, los autores/as se hacen responsables de los derechos de reproducción de estos materiales, sean de elaboración propia o cedidos por terceros, cuya autorización deben solicitar y obtener por su cuenta, aportando la correspondiente justificación.

Estos elementos gráficos irán numerados correlativamente en función de su tipología (Cuadro 1, Cuadro 2, Cuadro 3...; Gráfico 1, Gráfico 2, Gráfico 3...; Mapa 1, Mapa 2, Mapa 3...; Imagen 1, Imagen 2, Imagen 3...). A continuación del número llevarán un título que los identifique. Y al término de la leyenda o comentario, irá entre paréntesis la palabra *Fuente*; seguida de la procedencia de la imagen, mapa, gráfico o cuadro.

Los mapas y las imágenes se enviarán separadamente del texto y en formato de imagen (tiff, jpg o vectorial) con una resolución de 300 ppp y un tamaño mínimo de 13 x 18 cm. En el texto se indicará el lugar en el que se desea insertarlos, mediante la mención en párrafo aparte del número entre corchetes [Imagen 1]. Los cuadros y gráficos, en cambio, pueden situarse directamente en el lugar del artículo en el que se quieren insertar.

12. La revista recomienda a los autores de artículos aceptados para su publicación, tanto de la sección de Estudios como de los dossieres, que colaboren con la plataforma Geocritiq de difusión de la producción académica en Ciencias Sociales y Humanidades en el ámbito hispanohablante. Se trata de enviar a esta plataforma un texto divulgativo de un máximo de 5.000 caracteres (con espacios), en el que se resuman los contenidos del artículo publicado, acompañado de una ilustración y de una foto del autor a director@geocritiq.com. Para más información, véase: <http://www.geocritiq.com/>.

NÚMEROS PUBLICADOS

1. Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
2. Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
3. Javier Tusell, *El sufragio universal*.
4. Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
5. J. J. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
6. Antonio Morales, *La historia en el 91*.
7. José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
8. J. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
9. Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
10. Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
11. Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
12. Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
13. Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
14. Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
15. Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
16. Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
17. Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.
18. Ramón Villares, *La Historia en el 94*.
19. Luis Castells, *La Historia de la vida cotidiana*.
20. Santos Juliá, *Política en la Segunda República*.
21. Pedro Tedde de Lorca, *El Estado y la modernización económica*.
22. Enric Ucelay-Da Cal, *La historia en el 95*.
23. Carlos Sambricio, *La historia urbana*.
24. Mario P. Díaz Barrado, *Imagen e historia*.
25. Mariano Esteban de Vega, *Pobreza, beneficencia y política social*.
26. Celso Almuíña, *La Historia en el 96*.
27. Rafael Cruz, *El anticlericalismo*.
28. Teresa Carnero Arbat, *El reinado de Alfonso XIII*.
29. Isabel Burdiel, *La política en el reinado de Isabel II*.
30. José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*.
31. Ismael Saz, *España: la mirada del otro*.
32. Josefina Cuesta Bustillo, *Memoria e Historia*.
33. Glicerio Sánchez Recio, *El primer franquismo (1936-1959)*.
34. Rafael Flaquer Montequi, *Derechos y Constitución*.
35. Anna Maria Garcia Rovira, *España, ¿nación de naciones?*
36. Juan C. Gay Armenteros, *Italia-España. Viejos y nuevos problemas históricos*.
37. Hipólito de la Torre Gómez, *Portugal y España contemporáneos*.
38. Jesús Millán, *Carlismo y contrarrevolución en la España contemporánea*.
39. Ángel Duarte y Pere Gabriel, *El republicanismo español*.
40. Carlos Serrano, *El nacimiento de los intelectuales en España*.
41. Rafael Sánchez Mantero, *Fernando VII. Su reinado y su imagen*.
42. Juan Carlos Pereira Castañares, *La historia de las relaciones internacionales*.
43. Conxita Mir Curcó, *La represión bajo el franquismo*.

44. Rafael Serrano, *El Sexenio Democrático*.
45. Susanna Tavera, *El anarquismo español*.
46. Alberto Sabio, *Naturaleza y conflicto social*.
47. Encarnación Lemus, *Los exilios en la España contemporánea*.
48. María Dolores Muñoz Dueñas y Helder Fonseca, *Las élites agrarias en la Península Ibérica*.
49. Florentino Portero, *La política exterior de España en el siglo xx*.
50. Enrique Moradiellos, *La guerra civil*.
51. Pere Anguera, *Los días de España*.
52. Carlos Dardé, *La política en el reinado de Alfonso XII*.
53. Javier Fernández Sebastián y Juan Francisco Fuentes, *Historia de los conceptos*.
54. Carlos Forcadell Álvarez, *A los 125 años de la fundación del PSOE. Las primeras políticas y organizaciones socialistas*.
55. Jordi Canal, *Las guerras civiles en la España contemporánea*.
56. Manuel Requena, *Las Brigadas Internacionales*.
57. Ángeles Egido y Matilde Eiroa, *Los campos de concentración franquistas en el contexto europeo*.
58. Jesús A. Martínez Martín, *Historia de la lectura*.
59. Eduardo González Calleja, *Juventud y política en la España contemporánea*.
60. María Dolores Ramos, *República y republicanas*.
61. María Sierra, Rafael Zurita y María Antonia Peña, *La representación política en la España liberal*.
62. Miguel Ángel Cabrera, *Más allá de la historia social*.
63. Ángeles Barrio, *La crisis del régimen liberal en España, 1917-1923*.
64. Xosé M. Núñez Seixas, *La construcción de la identidad regional en Europa y España (siglos XIX y XX)*.
65. Antoni Segura, *El nuevo orden mundial y el mundo islámico*.
66. Juan Pan-Montojo, *Poderes privados y recursos públicos*.
67. Matilde Eiroa San Francisco y María Dolores Ferrero Blanco, *Las relaciones de España con Europa centro-oriental (1939-1975)*.
68. Ismael Saz, *Crisis y descomposición del franquismo*.
69. Marició Janué i Miret, *España y Alemania: historia de las relaciones culturales en el siglo xx*.
70. Nuria Tabanera y Alberto Aggio, *Política y culturas políticas en América Latina*.
71. Francisco Cobo y Teresa María Ortega, *La extrema derecha en la España contemporánea*.
72. Edward Baker y Demetrio Castro, *Espectáculo y sociedad en la España contemporánea*.
73. Jorge Saborido, *Historia reciente de la Argentina (1975-2007)*.
74. Manuel Chust y José Antonio Serrano, *La formación de los Estados-naciones americanos, 1808-1830*.
75. Antonio Niño, *La ofensiva cultural norteamericana durante la Guerra Fría*.
76. Javier Rodrigo, *Retaguardia y cultura de guerra, 1936-1939*.

77. Antonio Moreno y Juan Carlos Pereira, *Europa desde 1945. El proceso de construcción europea.*
78. Mónica Bolufer y Mónica Burguera, *Género y modernidad en España: de la ilustración al liberalismo.*
79. Carmen González Martínez y Encarna Nicolás Martín, *Procesos de construcción de la democracia en España y Chile.*
80. Gonzalo Capellán de Miguel, *Historia, política y opinión pública.*
81. Javier Muñoz Soro, *Los intelectuales en la Transición.*
82. José María Faraldo, *El socialismo de Estado: cultura y política.*
83. Daniel Lanero Táboas, *Fascismo y políticas agrarias: nuevos enfoques en un marco comparativo.*
84. Pere Ysàs, *La época socialista: política y sociedad (1982-1996).*
85. María Antonia Peña y Encarnación Lemus, *La historia contemporánea en Andalucía: nuevas perspectivas.*
86. Emilio La Parra, *La Guerra de la Independencia.*
87. Francisco Vázquez, *Homosexualidades.*
88. Fernando del Rey, *Violencias de entreguerras: miradas comparadas.*
89. Antonio Herrera y John Markoff, *Democracia y mundo rural en España.*
90. Alejandro Quiroga y Ferran Archilés, *La nacionalización en España.*
91. Maximiliano Fuentes Codera, *La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa.*
92. Emanuele Treglia, *Las izquierdas radicales más allá de 1968.*
93. Isabel Burdiel, *Los retos de la biografía.*
94. Darina Martykánová y Florencia Peyrou, *La Historia Transnacional.*
95. Pedro Rújula, *Los afrancesados.*
96. *Historia joven.*
97. Jordi Canal, *Historia y literatura.*
98. José Javier Díaz Freire, *Emociones e historia.*
99. Ángeles González Fernández, *Las transiciones ibéricas.*
100. Mónica Moreno Seco y Bárbara Ortuño, *Género, juventud y compromiso.*
101. Carolina Rodríguez-López, *La universidad europea bajo las dictaduras.*
102. Ángela Cenarro, *Género y ciudadanía en el Franquismo.*
103. Abdón Mateos, *La izquierda ante la OTAN.*
104. Alfonso Botti, *La crisis de la «Segunda República» en Italia.*
105. Pilar Toboso, *Las redes de poder en el mundo contemporáneo.*
106. Xavier Andreu Miralles, *Género y nación en la España contemporánea.*
107. Gabriela Águila y Luciano Alonso, *La Historia Reciente en la Argentina: problemas de definición y temas en debate.*
108. Gabriel Torres Puga, *El final de la Inquisición en el mundo hispánico: paralelismos, discrepancias, convergencias.*
109. Gonzalo Álvarez Chillida y Gustau Nerín, *La colonización española en el Golfo de Guinea: una perspectiva social.*
110. Anaclet Pons y Matilde Eiroa, *Historia digital: una apuesta del siglo XXI.*
111. Lourenzo Fernández Prieto y Aurora Artiaga Rego, *Soldados para el frente.*

112. Rafael Villena Espinosa, *Revisitar la Gloriosa*.
113. María Concepción Marcos del Olmo, *Catolicismo y República*.
114. Rafael Vallejo Pousada y Carlos Larrinaga Rodríguez, *El turismo en España*.
115. Frédéric Monier y Gemma Rubí, *Modernización y corrupción política en la Europa contemporánea*.
116. Pablo León Aguinaga y Esther M. Sánchez Sánchez, *La ventana al exterior del Ejército español en la Guerra Fría*.
117. Antonio Moreno Juste, *Cambio y continuidad en los relatos sobre las relaciones España-Europa*.
118. Marta Bonaudo y César Tcach, *Del partido de notables al partido de masas: Argentina (1850-1950). Latinoamérica en Ayer*.
119. *Latinoamérica en Ayer*.
120. Alba Díaz-Geada, *Cuestión agraria, historia y estudios campesinos*.
121. Sergio Valero Gómez y Aurelio Martí Bataller, *A los 140 años de la fundación del PSOE*.
122. Alberte Martínez y Alexandre Fernandez, *La energía en las ciudades de la Europa Latina*.
123. Andrea Geniola, *El franquismo y el «regionalismo bien entendido»*.
124. Jorge Ramos Tolosa, *Colonialismo y neocolonialismo en el mundo árabe contemporáneo*.

En preparación:

El Trienio Liberal en América.

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de marzo, junio, octubre y diciembre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 250 páginas con un formato de 13,5 por 21 cm. Los precios de suscripción, incluido IVA, son:

Precios España:

suscripción anual: 65 €

Precios extranjero:

suscripción anual: 65 € más gastos de envío

Precio número suelto: 22 €

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a Marcial Pons, Agencia de suscripciones, c/ San Sotero, 6, 28037 Madrid, tel. 91 304 33 03, fax 91 327 23 67, correo electrónico: revistas@marcialpons.es.

La correspondencia para la Redacción de la revista debe enviarse a la dirección de correo electrónico: revistaayer@ahistcon.org. La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea debe dirigirse al Secretario de la misma, a la dirección de correo electrónico: secretaria@ahistcon.org.

124 ayer



Marcial
Pons